

MINISTERIO DE GUERRA

BIBLIOTECA MILITAR DEL OFICIAL
Nº 32

HISTORIA MILITAR DEL PERU



POR

CARLOS DELLEPIANE

TOMO PRIMERO
1977



MINISTERIO DE GUERRA

BIBLIOTECA MILITAR DEL OFICIAL

Nº 32

HISTORIA MILITAR DEL PERU

POR

CARLOS DELLEPIANE

TOMO PRIMERO

INTRODUCCION GENERAL AL ESTUDIO DE LA HISTORIA MILITAR
LIBRO PRIMERO: GUERRAS DE LA REVOLUCION EMANCIPADORA
LIBRO SEGUNDO: GUERRAS DE CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA.

SEXTA EDICION
TRES MIL EJEMPLARES



MINISTERIO DE GUERRA

CUARTEL GENERAL DEL EJERCITO

Lima, 27 de Junio de 1964.

Of. Nº 1625 C-5

Señora MARIA ALEJANDRINA MARTINEZ Vda. de DELLEPIANE

Asunto: Solicita autorización para reimprimir la Historia Militar del PERU del General Carlos Dellepiane.

Me es grato dirigirme a Ud. para manifestarle lo siguiente:

1.—*Es ampliamente conocida no sólo en el PERU sino en el mundo entero la figura del que fuera su ilustre esposo el General Dn. CARLOS DELLEPIANE, autor de la "Historia Militar del PERU", obra netamente castrense que no tiene parangón en los campos de la literatura militar del PERU.*

2.—*Dichos volúmenes han constituído y constituyen para los que incursionan en los campos de la Historia, una valiosa e indispensable fuente de consulta tanto para el personal militar como también para el elemento civil.*

3.—*La mencionada obra, no obstante las continuas ediciones emitidas, se ha agotado completamente, no existiendo en la actualidad sino muy pocos ejemplares y sólo en poder de algunos Oficiales que lo conservan como un valioso legado espiritual y cultural.*

4.—*Esta Comandancia General está empeñada en resaltar y perpetuar la memoria del General Dellepiane quien dedicó los mejores años de su vida en la estructura de su magnífica Obra; para cuyo efecto solicito a Ud. Señora, su autorización para que sea reimpresa.*

5.—*Asimismo, hago presente a Ud. que con la reimpresión en referencia, no se perseguirá ningún fin lucrativo, toda vez que formará uno de los volúmenes de la Colección "Biblioteca del Oficial", destinada para ser distribuída gratuitamente a todos los Cadetes y Oficiales del Ejército, con lo que se logrará mantener el nivel de conocimientos de la Historia Militar del PERU, cual fue la intención patriótica y desinteresada de su autor.*

6.—*No está demás hacer notar que su ilustre esposo habría visto con simpatía esta reimpresión, ya que él en vida la autorizó para incrementar la Biblioteca Militar del Oficial Argentino, como aporte para los Oficiales del País hermano; en esta ocasión sería mucho más de su agrado por tratarse de un beneficio a sus propios camaradas.*

El suscrito agradece de antemano su patriótica colaboración en el incremento de la cultura de los Oficiales del Ejército Peruano, al ser posible la reimpresión, con su respectiva autorización de la Obra histórica del General D. Carlos Dellepiane.

Hace propicia esta oportunidad para presentarle los sentimientos de su deferente consideración personal.

Dios guarde a Ud.

O - 26000607 - A
JOSE DEL C. CABREJO MEJIA
General de División
Comandante General del Ejército

LPR/ALM

HISTORIA MILITAR DEL PERU

PRÓLOGO A LA 6ta. EDICION

> **"En el orden histórico, mirar hacia atrás es mirar hacia adelante; quién contempla el pasado, está irremisiblemente avizorando el porvenir".**
>
> **(José López F.)**

La historia de un pueblo está determinada por diversos factores culturales, permanentemente ligados a su medio geográfico e idiosincracia de sus hombres; de ahí que el conocimiento de los hechos históricos constituye una necesidad primordial para cimentar la conciencia nacional de un país.

Cuando se formula o se estudia la historia militar, el propósito es conocer o rememorar acciones bélicas con sus implicancias geo-políticas, sociales, económicas; no es, pues, un simple y limitado repaso de hechos del pasado. Es un examen crítico, del cual se deducen enseñanzas y se valoran los aciertos y errores cometidos a la luz de los principios de la guerra.

Sin embargo, en esta crítica no se debe olvidar la distancia que separa los acontecimientos pasados con el nivel actual de los conocimientos castrenses; particularmente en los aspectos táctico y técnico; pues de otro modo tales apreciaciones podrían ser distorsionadas si no se tiene en cuenta la época y circunstancias propias de cada acontecimiento.

Delimitada así la importancia y necesidad de conocer la Historia Militar, la Comandancia General del Ejército reimprime los volúmenes Nos. 32 y 33 de la Biblioteca Militar del Oficial, cuyas páginas se ven engalanadas, una vez más, con la HISTORIA MILITAR DEL PERU, del General de Brigada Don CARLOS DELLEPIANE ALONSO.

El Comando del Ejército, al orientar y divulgar el conocimiento de la Historia Militar en todos los niveles de la Institución, por constituir lecciones de nuestro pasado y acopio de experiencias, no escatima esfuerzo alguno para poner esta nueva edición en manos de sus lectores, debido a que la obra mantiene su vigencia.

La Comandancia General del Ejército presenta esta nueva edición de la HISTORIA MILITAR DEL PERU a los Señores Oficiales Generales, Superiores y Subalternos y a los Cadetes del Ejército del Perú que carecen de esta bibliografía, con la seguridad de que no solo llenará un vacío que contribuya a incrementar su formación profesional, sino que, al mismo tiempo, las generaciones jóvenes encuentren en sus líneas la fuente que alimente su sentido crítico y estimule el interés por conocer nuestro glorioso legado histórico, pues "quien contempla el pasado, irremisiblemente avizora el porvenir".

COMANDANCIA GENERAL DEL EJERCITO
Dirección de Instrucción.

Lima, 26 de Noviembre de 1964.

Señor General de División Comandante General del Ejército.

ASUNTO: *Otorga autorización para la reimpresión de los 2 Tomos de la Historia Militar del Perú del General DELLEPIANE.*

REF. : *Su Oficio Nº 1625 C-5 de 27 Jun. 64.*

Estimado General:

He leído su atento oficio de la referencia, con el que solicita Ud. mi autorización, para la reimpresión de la "HISTORIA MILITAR DEL PERU" cuyo autor fue mi recordado esposo el General CARLOS DELLEPIANE.

Al respecto, agradezco a Ud. sus conceptuosas expresiones vertidas a nombre del Ejército Peruano sobre mi ilustre esposo y, haciendo mía la intención de él, gustosamente concedo a Ud. la respectiva autorización para que se proceda a reimprimir la Historia Militar del Perú en sus dos (2) Tomos, formando parte de los volúmenes de la colección "Biblioteca Militar del Oficial", en un tiraje de 4,000 ejemplares, en las condiciones que indica Ud. en su oficio de la referencia.

Al efectuar dicha autorización, lo hago como una contribución al glorioso Ejército al que él perteneció con lo que creo interpretar este deseo desinteresado y patriótico que siempre lo caracterizó en todos los actos de su vida militar.

Aprovecho de esta oportunidad para reiterarle a Ud. las expresiones de mi mayor consideración y estima personal.

Dios guarde a Ud.

A. M. de Dellepiane

MARIA ALEJANDRINA MARTINEZ VDA de
DELLEPIANE.



MINISTERIO DE GUERRA

CUARTEL GENERAL DEL EJERCITO

Lima, 17 de Diciembre de 1964

Of. No. 3153 C-5.

Señora María Alejandrina Martínez Vda. de Dellepiane

ASUNTO : Agradece autorización para la reimpresión de los 2 Tomos de la Historia Militar del PERU del General Dellepiane.

REF : Su Of. s/n de fecha 26 Nov. 64.

Me es grato dirigirme a Ud. para manifestarle que, con fecha 26 del mes ppdo., he recibido su atenta comunicación de la referencia, en la que, como Viuda del que fue, su ilustre esposo General de Brigada Don CARLOS DELLEPIANE ALONSO, y, de acuerdo a las disposiciones legales vigentes, concede Ud. la autorización correspondiente para la reimpresión de los dos (2) Tomos de la Historia Militar del Perú, en un tiraje de 4,000 ejemplares; al respecto, debo manifestar a Ud. que el Comité Económico del Ejército, al tomar conocimiento de su autorización, consideró que dicha cantidad de ejemplares no sería suficiente para cubrir las necesidades de efectivos de Oficiales para el próximo año, así como efectuar los canjes respectivos, y acordó que dicha reimpresión sea ampliada a 5,000 ejemplares.

Con este motivo, agradezco a Ud. en nombre del Ejército y en el mío propio su gesto altruista y patriótico, que la enaltece, al hacer posible dicha reimpresión, ya que en adelante, todo el personal de Oficiales, Cadetes y las Bibliotecas del Ejército, contarán en lo sucesivo con la valiosa Obra de la Historia Militar del Perú del General Dellepiane, que constituye un aporte a la literatura Militar del Perú y que ha trascendido en el Mundo entero.

Aprovecho de esta oportunidad, para reiterarle a Ud. las expresiones de mi mayor consideración y estima personal

CUARTEL GENERAL DEL EJERCITO — OPNS. E INST.

Dios guarde a Ud.

O - 26000607

JOSE DEL C. CABREJO MEJIA
General de División
Comandante General del Ejército

PLAN DE LA OBRA Y NOTICIA SOBRE SUS EDICIONES SUCESIVAS

PLAN DE LA OBRA

> **"Aunque mis ideas fueran malas, con tal de que originen otras mejores, no habremos perdido el tiempo".—Rousseau.**

Refiriéndose al estudio del Arte de la Guerra, Moltke ha dicho: "Las mejores enseñanzas para el porvenir se obtendrán en las lecciones del pasado". Tal es el lema del trabajo que presentamos a nuestros camaradas, en el que ofrecemos el análisis de los hechos históricos que dejan enseñanzas aplicables a las especiales condiciones de nuestras guerras.

Si el esfuerzo que representa esta Obra se aprecia como un jalón en la preparación de nuestra propia doctrina de guerra y si sus líneas detienen la atención del lector, habremos logrado uno de nuestros más fervientes anhelos.

Creemos que el estudio de los hechos de guerra acaecidos en la primera centuria de nuestra vida independiente son los que tienen mayor interés para el objeto que nos proponemos: éstos ofrecen, efectivamente, grandes enseñanzas sobre el género particular que revestirá la guerra en América, que nos interesa conocer y penetrar a fondo a fin de preparar las campañas del porvenir de acuerdo con ellas.

Por otra parte las operaciones militares realizadas en ese siglo tienen ya suficiente alejamiento como para que puedan ser juzgadas con la debida imparcialidad, a la luz de los documentos existentes y de los trabajos efectuados, y se hallan, sin embargo, bastante próximos para que sus lecciones sean fructíferas y sus enseñanzas aplicables a lo que pudiera acontecer en nuestros días.

El estudio de las guerras del Perú podría iniciarse partiendo de épocas más lejanas; pero la acción militar en nuestro territorio y en el de los países limítrofes no debe tomarse en cuenta, desde el punto de vista del Arte, por varias razones que fundamentaremos, sino a partir del desembarco de la Expedición Libertadora que condujo a nuestras playas al General José de San Martín

Huaqui, Salta, Tucumán, Vilcapuquio, Viluma; Cerro de Pasco, Pichincha, Macàcona, Torata y Moquegua, Zepita, Junín, Ayacucho, Tumusla; Piquiza, Guayaquil y El Portete, Yanacocha, Uchumayo y Socabaya, Paucarpata, Guía, Yungay, Ingavi, Mapasingue, el Dos de Mayo del Callao; Pisagua, San Francisco, Tarapacá, Los Angeles, Tacna, Arica, San Juan, Miraflores, Los Pucará, Marcavalle, Concepción, San Pablo, Huamachuco, son cuarenta nombres de batallas internacionales que recuerdan la acción de nuestros soldados y que constituyen los blasones de nuestros generales.

Ante nosotros se abre el Libro de los Cuarenta Capítulos para recordarnos que mucha sangre peruana se ha vertido en la formación del edificio nacional, que nada ni nadie podrá derruir o siquiera desquiciar...

En lo que respecta a la evolución de los procedimientos bélicos, con relación a las guerras que estudiamos, establecemos dos grandes divisiones:

Operaciones realizadas antes de la guerra franco-prusiana, o sea inmediatamente después de la Revolución Francesa, que marca era en la evolución del Arte Militar, porque trastornó los métodos y procedimientos establecidos, evidenciando los principios de la guerra, ya conocidos, ciertamente, pero sólo practicados al azar y que fueron codificados por decirlo así, en el curso de las campañas de varios años consecutivos que emprendiera Napoleón.

Las campañas de la Revolución Emancipadora y las que llamamos de Consolidación de la República tienen lugar señalado en esta clasificación. Entre las últimas incluímos la guerra de 1866, contra España, a pesar de que el progreso del armamento había ya determinado algunas modificaciones en los procedimientos tácticos.

Operaciones realizadas después de la guerra franco-prusiana, que recibieron la influencia de aquella guerra y de las demás de esas décadas, adoptando sus conclusiones sin expurgar las falsas teorías a que dieron lugar.

Una de estas falsas teorías, fue la que concedió al fuego, enorme e injustificada preponderancia, dejando de lado el movimiento que había dado tantos triunfos a Napoleón en las guerras de la Revolución y del Primer Imperio. Esta errónea concepción, que impuso fuertes sacrificios a quienes descuidaron la doctrina del movimiento, nos da el por qué de las grandes batallas defensivas que presentaron las tropas peruanas en la Guerra del Pacífico. El estudio de esta guerra corresponde, pues, a la segunda división.

Agregaremos, de pasada, al renovar estas consideraciones aparecidas en 1931, en el primer tomo de la primera edición, que la guerra actual en Europa ha demostrado que la historia se repite, según el viejo proverbio.

Uno de los más brillantes ejércitos de ese Continente, pretendiendo interpretar las enseñanzas y conclusiones deducidas de la guerra que terminó en Versalles, ha recaído en el error, ofreciendo ante el adversario un frente defensivo rígido y con un ala en el vacío, con sacrificio de su movilidad y descuido de la principal fuerza de sus bravas tropas, la conocida y avasalladora "furie francaise", celebrada en todas las páginas de la Historia Bélica Mundial.

Por otra parte, la naturaleza de las distintas guerras, la relativa diferencia de los procedimientos de ejecución, y algunas otras consideraciones sociales e históricas, aconsejan estudiar las Guerras del Perú separándolas en tres ciclos:

Guerras de la Revolución Emancipadora,

Guerras de Consolidación de la República, y

Guerra del Pacífico.

Cada uno de estos distintos períodos lo estudiamos en un Libro. Los dos primeros pueden considerarse como uno solo, puesto que los medios de guerra, los procedimientos de ejecución, y hasta los hombres, fueron los mismos. El Tercer Libro, cuyas conclusiones son completamente distintas, dada la naturaleza de la guerra, los procedimientos nuevos que se emplearon y los medios de que se dispuso, constituye un estudio aparte.

En los Capítulos que integran cada Libro, se investigan en primer lugar las causas de la guerra de que se trata, a fin de dar al lector orientación general sobre el estado de espíritu de las masas al comienzo de las operaciones, sin ahondar en puntos de vista sociológicos, y se hacen conocer los medios de guerra de que se disponía en la época considerada. Luego viene la exposición sumaria de la situación política del momento y el análisis detallado de las principales operaciones militares, sin descuidar las de menor importancia que se anotan brevemente, para no cansar la atención con enseñanzas insignificantes; se examina preferentemente la conducción general de las operaciones, o fase operativa, que orienta y lleva las tropas a la batalla, sin olvidar que esta última es el único fin de todas las concepciones y planes forjados por el Jefe.

Voltaire dice: "No escribáis a la posteridad sino lo que es digno de ella". Fundándonos en su aserto, podemos relevarnos de entrar en pequeños detalles, que nos conducirían a la Historia anecdótica y narrativa.

Las Consideraciones, que cierran los Capítulos referentes a las operaciones de guerra, están formuladas de acuerdo con los preceptos establecidos y las enseñanzas dejadas por los maestros de Arte Militar en la época correspondiente.

En la primera y segunda ediciones, cada Libro termina con una serie de Documentos, que presentamos en estrecha relación con los Capítulos.*

* En esta edición han sido suprimidos, remitiendo al lector a las anteriores para el caso de necesarias consultas.

En cuidadosa correspondencia con el texto, la Obra ofrece una colección completa de Croquis, que, a pesar de ser simplemente lineales, permiten fijar seriamente las enseñanzas obtenidas, no ateniéndonos exclusivamente al elemento abstracto, tal como lo preconiza el Coronel Uriburu, antiguo Director de la Escuela de Guerra de la Argentina, cuando dice: "Tal manera de estudiar la Historia Militar (sin croquis), engendra y desarrolla el diletantismo y los Generales diletantes han sido, con frecuencia, más peligrosos para el ejército que el enemigo mismo".

Sabido es, en efecto, que no sólo resulta inútil, sino que es aún perjudicial, estudiar cualquier género de operaciones de guerra sin tener a la vista la figuración del terreno en que se han realizado los acontecimientos, por lo que, mapas, cartas, croquis, constituyen un valiosísimo elemento para comprender las lecciones de la Historia Militar.

La redacción de esos necesarios gráficos presenta algunas dificultades:

La conveniencia de adoptar un solo formato para las cartas y croquis ha hecho reducir o agrandar, según el caso, la escala de las cartas existentes, en la que ha habido que refundir, además, detalles tomados de diversos documentos de esa índole. Esto ha originado ciertas deformaciones que obligan a considerar como muy aproximadas todas las escalas que hemos señalado.

La necesidad de consignar el mayor detalle posible en lo que se refiere a los movimientos de las tropas, o a obras de defensa en los campos de batalla ha dado lugar, también, a que aumentando fuera de la escala la figura o líneas referentes a ellas, se originen nuevas inexactitudes, verdad es que poco graves.

Por fin, en lo que respecta a los croquis, anotaremos que se encuentran plegados de manera original, para permitir la lectura del texto en presencia inmediata y continua de la respectiva figuración del terreno.

NOTICIA SOBRE SUS EDICIONES SUCESIVAS

La Primera Edición de esta Obra, impresa en Lima en 1931, por la Casa Gil, y la Segunda, que vio la luz en 1936, editada en la Imprenta del Ministerio de Guerra del Perú, se encuentran prácticamente agotadas. Por esta razón hemos recibido numerosas solicitaciones para reeditarla.

Entre estas solicitaciones, la que más nos ha honrado es la del Círculo Militar Argentino, que quiere contarnos en la larga lista de los autores cuyas obras difunde, desde hace tiempo y con gran éxito, entre los militares de habla española.

Era imposible negarse a esta solicitación, venida de tan importante Centro Militar, que, comprendiendo su papel con gran altura de miras, ha formado de su instituto la más famosa y preclara editorial del Continente, y la primera de las que dedican sus esfuerzos a la materia militar.

En la presente edición, ateniéndonos preferentemente al estudio del Arte de la Guerra, hemos suprimido los Documentos históricos originales que completan las anteriores.

Procediendo de tal manera hemos aligerado la Obra, que presentamos en dos Volúmenes más breves, comprendiendo los mismos tres Libros que la forman y el mismo número de croquis, cada vez más perfeccionados y de acuerdo con el texto.

Desde la Segunda Edición hicimos notar que la Campaña de la Emancipación de 1824 fue publicada como adelanto de la Obra por la "Revista Militar del Perú", y a nombre de la Sección Histórica del Estado Mayor General del Ejército, cuando el Autor era Subjefe de esa Sección, a la que obsequió los originales de dicha Campaña, en 1930, estando este trabajo ya revisado por la Superioridad Militar, que publicó su aprobación y felicitación en una Orden General de febrero de 1929.

Es interesante este dato bibliográfico, que establece la prioridad y común origen de las dos publicaciones similares sobre esta Campaña: la una bajo el anonimato e impersonalidad de los trabajos de Estado Mayor, y la otra con clara expresión del nombre de su Autor.

La presente es fruto de quince años de profesorado de Historia Militar General y del Perú en la Escuela Superior de Guerra de Lima, interrumpidos por cerca de tres años en Francia, donde comenzamos a consultar y estudiar para escribirla, terminándola y dándola a la prensa después de siete años de continuada labor.

Tres ediciones sucesivas —1931, 1936 *y* 1941— *con las que hemos llegado al octavo millar, la han mejorado, seguramente, y han asentado cada vez más nuestra profunda convicción sobre la verdad de la teoría general y sobre la solidez de las tendencias técnicas que sus páginas sustentan. Teoría y tendencias que, por otra parte, han subido al escenario bélico en Abisinia, en España, en China y en Europa en general, sin contradicción alguna con nuestra tesis y con nuestras previsiones*

Tomando las Guerras realizadas en el Perú Republicano como argumento de fondo, hemos desarrollado los puntos de vista que sostienen en sus obras los más notables tratadistas, procurando aplicarlos, merced al ejemplo vivido en América, a nuestros peculiares teatros de operaciones y a los singulares aspectos de nuestro medio humano.

Desde la primera edición hasta la presente hemos profundizado conceptos; conciliado encontradas opiniones técnicas de los grandes escritores militares; perfeccionado nuestra información histórica, y corregido la exposición y demostración de las ideas fundamentales. En esta tarea hemos sido secundados por todos nuestros alumnos de esa Superior Escuela y aun por los de las Escuelas de Formación de Oficiales del Instituto Armado (Ejército, Aviación, Policía Militar), en las que también profesamos y que han contribuido con sus trabajos, sus preguntas, sus yerros y sus aciertos a mejorar este texto y a completar sus conclusiones.

Al publicar esta edición bajo los auspicios de un alto organismo técnico militar de la República Argentina, nos es muy satisfactorio hacer constar, desde estas primeras líneas, que los juicios críticos sobre la actuación militar y política de San Martín en el Perú son, substancialmente, los mismas que aparecen en anteriores ediciones, sin haber introducido en ellos importantes alteraciones o modificaciones de fondo. Esta circunstancia evidencia el estricto sentido de imparcialidad histórica que los caracteriza.

INTRODUCCION GENERAL

AL

ESTUDIO DE LA HISTORIA MILITAR

INTRODUCCION GENERAL AL ESTUDIO DE LA HISTORIA MILITAR

CAPITULO PRELIMINAR

Importancia del Estudio de la Historia Militar.— Una Doctrina Nacional de Guerra debe fundarse en la propia Historia Militar.— El Método en los estudios Histórico-Militares.— Algunos Factores que intervienen en la Conducción de las Operaciones Militares.

El Arte de la Guerra.— Su Teoría General. — Los Principios Fundamentales y los primordiales Procedimientos de Ejecución.— Esferas de Aplicación de la Teoría General.

La Historia Militar es la más alta Filosofía de la Guerra; constituye la parte científica de los conocimientos relativos a ella. Lo que se encuentre fuera de sus conclusiones, o que no las haya confrontado como es debido, no es profesionalmente técnico, ni valedero, ni permanente.

Su estudio y reflexión es imprescindible para los Jefes de los escalones superiores, pues sin ella no habría Doctrina de Guerra, que es la que:

—abarca y encarrila la Organización y la Instrucción, destinadas a crear y a preparar a las Fuerzas Armadas;

—rige y condiciona la Estrategia y la Táctica, contraídas a conducir y a emplear dichas Fuerzas.

Definiendo de otro modo: tanto la formación del **útil**, como el uso del mismo, requieren la preexistencia de una Doctrina —manera y finalidad— fundada restrictivamente en las experiencias de Guerra, que sólo la Historia Militar estudia y sintetiza objetivamente, prematurizando la capacitación profesional.

El Arte Militar estudia los cuatro sistemas de realizaciones marciales antes citados: creación e instrucción, conducción y empleo de las Fuerzas Armadas; sin olvidar que cada uno de estos sistemas comprende un sinnúmero de esferas subordinadas de ejecución.

Así, solamente la condución y empleo de las Fuerzas representan tal multiplicidad de esferas y su importancia es tan fundamental por referirse a los problemas de orden bélico, propiamente dicho, que a veces se le considera como independiente del Arte Militar y esto da lugar a serias y siempre renovadas confusiones.

Ahora bien: de la ajustada trabazón e interdependencia que queda más arriba evidenciada se desprende que el Arte, como dice Foch, "ha de beberse en sus propias fuentes", y que "no hay ningún libro tan fecundo en meditaciones, para conseguir que un Ejército tienda constantemente a la Guerra, y mantenga su cerebro despierto, que el de la Historia Militar", que es —nos permitimos agregar— la más pura y prístina Filosofía de la Guerra y la Maestra irremplazable para la solución de cualquier problema militar.

IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA MILITAR

> "No basta enseñarle la Historia como a un loro; el gran valor de los hechos del pasado reside en su comparación con los del presente.
>
> Al estudiar la Historia se deben comparar los hechos actuales y los pasados, ya que nuestro juicio no puede perfeccionarse sino por la comparación".- **Consejos de Federico el Grande**, para la educación de su hijo.

El estudio del Arte de la Guerra sólo puede hacerse a base de la experiencia que se adquiere analizando los hechos de armas del pasado. Esta experiencia proporciona las más útiles lecciones y de ella se deducen todas las normas y preceptos que rigen la ardua tarea del mando. En el estudio de la guerra sucede exactamente lo mismo que en el de las artes menores, de mera ejecución; en éstas como en aquélla se necesita, en primer término, la dirección del maestro o artista experimentado, que dicte los principios y procedimientos de ejecución, y esto, que ningún arte presenta las dificultades sobrehumanas que tendrá que vencer el que dirige operaciones de guerra, cuya complejidad escapa a la inteligencia del común de los hombres.

Tal experiencia guerrera no es innata en cualquier hombre de guerra, y nadie podría obtenerla personalmente sino al cabo de una continuada serie de fracasos, que, después de sufridos, la harían tardía e innecesaria.

La guerra norteamericana de Secesión es un ejemplo claro de lo expuesto anteriormente: en ella sólo se obtuvieron éxitos definitivos después de cuatro años de lucha, durante los cuales se realizaron tenaces ensayos como en un curso práctico de aprendizaje; en ella, los improvisados caudillos tantearon todos los métodos y descubrieron por sí mismos los principios que rigen la guerra, perdiendo de esta manera un largo lapso y la vida de sus más enérgicos ciudadanos. El fracaso de los nordistas en la batalla de Frederiksburg; el desacuerdo de los mismos para coordinar sus operaciones contra la acción de Jackson en la primera campaña de la Península; los con-

tinuos cambios en el Comando sudista del Oeste, durante el año 1863, y otros hechos análogos, cuya enumeración sería larga, evidencian que hubo un período de ensayos sangrientos para ambos bandos.

Es necesario, pues, que todo jefe tenga una "experiencia prematura" de la guerra, la que sólo se puede obtener mediante el estudio de las campañas realizadas bajo la dirección de los grandes caudillos o, también, bajo la de Generales mediocres, cuyos errores, examinados a la luz de los principios del Arte, ofrecen lecciones negativas de gran provecho y utilidad.

El Mariscal Foch afirma los anteriores conceptos, cuando en 1921, después de su brillante victoria, dice: "Para mantener en tiempo de paz el cerebro de un ejército, para conseguir que éste tienda constantemente a la guerra, no hay libro más fecundo en meditaciones que el de la Historia. Si la guerra, considerada desde el punto de vista más elevado, es una lucha de dos voluntades más o menos potentes e iluminadas, la exactitud de sus decisiones se inspira siempre en las mismas consideraciones en que se inspiraron las del pasado. En la guerra, se reproducen las mismas faltas trayendo consigo los mismos fracasos. El Arte ha de beberse en sus propias fuentes". El mismo Foch cita en seguida las palabras del General prusiano York de Wartemburg: "Quien quiera comprender la guerra debe ejercitarse en comprender a los que la hacen. Siguiendo la acción y la reacción de los cuarteles generales se encuentra la clave de la Historia Militar, es decir, la clave del arte bélico".

Napoleón decía, en Santa Elena, hablando de uno de sus más distinguidos Generales: "A Lecourbe le faltaba conversar conmigo de la guerra; emplear sus ocios en estudiarla en la historia de los grandes capitanes". Y tenía tal opinión de ese General, a pesar de que durante largos años había combatido al lado de él.

Esa misma idea la expresa el General von Pencker, Inspector General de Instrucción en Prusia, en 1868, es decir, dos años antes de los grandes éxitos de Prusia sobre Francia, diciendo: "Cuando menos experiencia tenga un ejército, tanto mayor será la necesidad de recurrir a la Historia Militar, como instrucción en sí misma y como base de la instrucción. Si es verdad que la Historia Militar no está en condiciones de reemplazar a la experiencia adquirida, puede, en cambio, prepararla. En la paz, es el verdadero medio de aprender la guerra y de determinar los principios fijos del Arte. Es, indudablemente, la fuente inmediata de todos los conocimientos aplicables en la guerra".

Y no cabe duda que a esta predilección por los estudios históricos debieron los prusianos sus victorias de mediados del siglo pasado, haciendo exclamar más tarde a un jefe francés: "Nuestro ejército pagó muy caro su descuido, ante un adversario nutrido de lecciones de Historia".

No es posible negar la importancia de la Historia Militar para el estudio del Arte de la Guerra; esta importancia crece cuando se le considera desde un punto de vista esencialmente práctico, que presenta sólo lo que se necesita saber, sin abrumar la atención y la memoria con una fraseología banal de la que será difícil desentrañar tres o cuatro conceptos o conclusiones de orden militar. Así como un tratadista de física multiplica sus observaciones sobre la

transformación que sufre la materia en señaladas condiciones, y sienta en seguida las leyes generales que han presidido la formación de los fenómenos, el que escribe Historia Militar, al analizar una o varias campañas, no debe tener otra finalidad que deducir de ella enseñanzas exclusivamente militares, que son las que busca el lector profesional. El historiador militar debe, pues, eludir las frases huecas, las exclamaciones de horror y el entusiasmo declamatorio que no convienen al carácter serio y severo de la narración histórica, ni al lenguaje sobrio y conciso del soldado que describe una batalla, no como un lírida que refiere una hecatombe con frase plañidera, sino con la serenidad y comprensión de quien, tarde o temprano, por razón de oficio, ha de actuar en idénticas o parecidas condiciones.

De tal manera, reflexionando sobre los hechos, el lector "se adueña de la experiencia de los otros", sin tener que soportar el buen o mal romance del autor. Sería, pues, innecesario, según este concepto, averiguar si es nívea la cumbre del Condorcunca, o si los cóndores tienen vuelo majestuoso, para estudiar militarmente la batalla de Ayacucho.

Ocurre en este Arte lo mismo que sucede en cualquier otro, en la pintura, por ejemplo, cuya teoría general establece principios fundamentales de los que el artista no debe apartarse si quiere producir obras perfectas; estas reglas básicas son: la perspectiva que rige al dibujo y lo condiciona, la luz que da el claroscuro, o sea el relieve aparente, y el color que ha de conciliar y copiar a los de la naturaleza, que es la que se trata de reproducir y recordar.

Es claro que dentro de estas leyes el ejecutante actúa con entera libertad e imprime a sus obras su propia concepción y su sello personal, formando "composiciones" más o menos acertadas, según sea su temperamento artístico.

Aparte de estas reglas capitales, experimentales, fuera de las que la obra pictórica no tendrá parecido con el objeto reproducido, el artista ha de tener una técnica depurada, fundada en procedimientos de ejecución reconocidos como los mejores para obtener la más útil aplicación de los principios, conociendo las normas y preceptos en boga, sabiendo dar su propio uso a los elementos de que dispone, mézclar los colores y armonizarlos, utilizar los más recientes instrumentos apropiados para cada caso, a fin de obtener de ellos el rendimiento más eficiente para la finalidad propuesta.

Ahora bien: para concluir con este ejemplo digamos que en la pintura se pueden hacer cuadros futuristas, cubistas y otros de capricho y fantasía, sin respetar los principios fundamentales —perspectiva, luz, color—, que están basados en la naturaleza del ojo humano, cuya capacidad de apreciación y propiedades ópticas son prácticamente invariables, o se les considera tales. Pero, en el arte de que nos ocupamos nosotros, en el Arte de la Guerra, cuyos principios están fundados en la inmutabilidad del alma humana, quien quiera hacer futurismo, quien quiera desconocer los principios —potencia, seguridad, destrucción—, es decir, el innatista, el autocrítico, provocará por ignorancia el más calamitoso desastre de las fuerzas que se le hayan confiado.

La Historia Militar demuestra y refrenda, mediante el estudio de numerosos casos concretos, la tesis que aseveramos en el último acápite del párrafo anterior.

El conocimiento de los hechos militares del pasado y el análisis de las operaciones de guerra crean reflejos en el espíritu, que servirán, cuando sea necesario, para plantear y llevar a buen fin una decisión. Es verdad que dos situaciones de guerra no serán jamás exactamente iguales en todas sus modalidades, ni tampoco susceptibles de recibir la misma solución; pero, se puede afirmar que los reflejos creados en el espíritu dictan, en un caso dado, las decisiones más lógicas, las que concilien mejor con lo que han experimentado otros caudillos en parecidas circunstancias, y esa experiencia, ajena, que utilizaremos en nuestro provecho, la habremos adquirido gracias al estudio de la Historia Militar.

Además, se debe tener muy en cuenta la enseñanza directa que proporciona el estudio de los sistemas de guerra y de operaciones empleados en anteriores oportunidades, que nos servirán para reglar las operaciones en que estemos llamados a tomar parte. ¿No es una importante enseñanza directa la que deja el estudio de la Guerra del Pacífico, cuando permite comprobar la inutilidad de nuestros esfuerzos tan luego como nos faltó una escuadra? ¿Y no es también una enseñanza la que nos dejan los caudillos españoles en las campañas de nuestra Emancipación, evidenciando con sus marchas, la manera de salvar en cierta medida la ausencia de transportes por la vía marítima?

Otra de las ventajas que proporciona el estudio de la Historia Militar es la eficacia con que aleja el empirismo de las filas del Ejército, desengañando a los que creen resolver situaciones de guerra mediante antojadizas concepciones estratégicas que por falta de conocimiento parecen realizables, pero que comprobadas en el campo experimental de la historia muestran sus vacíos y caen por tierra.

De esta misma manera, sirve también para poner un dique a equivocadas o absurdas exposiciones verbales o escritas, y a las inverosímiles mistificaciones que, en cada país, corren sobre las propias guerras. Limita la exuberante estulticia de comentaristas mal informados, no profesionales, o que se basan en falsas tradiciones orales, los que, con supina y desconcertante ignorancia de los problemas militares, los tratan, sin embargo, con énfasis dogmatizante y con tendencia escolástica. Suprimiendo estos relatos fantásticos y otros igualmente caprichosos, que son debidos, en algunos casos, a mezquino y personal interés o bandería, o al menguado pacifismo que ha dado sus pruebas últimamente en Europa, se evita que los amantes de la patria alimenten su espíritu con torpes consejos que sólo sirven para dejar a un pueblo desprevenido de todo, porque le hacen creer que todo lo tiene, incurriendo así en la falaz autocrítica, que conduce al providencialismo y señala la ruta, más cómoda, pero terrible, de la imprevisión.

Sabemos muy bien que es seguro el sendero que, pasando por la imprevisión y la consecuente improvisación, lleva a los ejércitos a la derrota, que nadie les perdona y sume a los pueblos en el irreparable desastre, si no en la abyección.

La Victoria que todos anhelan para no sufrir el vae victis del enemigo, no es planta que arraigue al calor de ideas y de votos de última hora.

La Victoria no se obtiene sólo con las virtudes del pueblo; es menester dar a éste los medios materiales necesarios para que se haga sentir y para que pueda recoger el merecido premio de su esfuerzo, su valor y abnegación.

La Victoria se entrega siempre al que sabe combinar mejor esas fuerzas morales y materiales; a quien sepa emplearlas con mayor conocimiento de las leyes que las rigen; leyes experimentales, inmutables, que la Historia Militar nos ofrece mediante las verdades generales que fundamenta sobre los grandes problemas bélicos del pasado; por su afán filosófico para esclarecer la realidad, por el análisis de los propios factores psicológicos, porque, en consecuencia, señala orientaciones precisas para el porvenir.

Si a los antes citados **comentaristas** que caen en el más vulgar empirismo, sumamos los **innatistas** que se atribuyen, ingenua o maliciosamente, un talento nunca probado ni fundado en la experiencia, ya que no vivida siquiera preparada, y, a los **omniscientes** que creen saberlo todo, tendremos el cuadro completo de lo que equivocadamente suponen que se puede hacer la Guerra sin conocer las leyes inmutables que la rigen y los primordiales procedimientos de ejecución que la condicionan, los que, obligadamente, deben buscarse en el estudio técnico de las luchas del pasado.

La Historia Militar, poniendo al futuro operador en contacto con las realidades del pasado, le instruye, dándole a conocer la serie de factores que intervienen tanto en las concepciones del jefe como en las modalidades de la ejecución. Así, cuando a la luz de la Historia analizamos la concepciones de Santa Cruz en la Segunda Campaña a Intermedios, descubrimos con claridad las causas de su fracaso; y, cuando en la campaña de Tarapacá asistimos a la fuga del General boliviano Daza, nos damos cuenta de las causas recónditas, o de orden moral, que influyen decisivamente en las operaciones de guerra.

Desde el punto de vista de la preparación profesional para la guerra, la Historia Militar Nacional tiene gran influencia, porque es el fundamento de la doctrina militar del país; las bases de ésta se ponen al alcance de quien estudia la Historia, haciéndolo así más consciente de su papel de instructor y educador, dándole a comprender qué es lo que debe y qué es lo que puede pedir y exigir a los hombres a sus órdenes.

"Los hombres de guerra —dice el tratadista francés René Tournés—, que más han sabido reconocer la importancia y utilidad de la Historia, han sido, precisamente, los más eminentes, los que han estado más adelantados en los secretos del Arte, los que han podido adquirir la experiencia personal más valiosa: una recomendación poderosa de la bondad de los estudios históricos, es la que hacen con sus hechos Federico el Grande, Napoleón y Moltke". En nuestros días Schlieffen, historiógrafo, preparó los planes que iban a dar a su pueblo la más fulminante victoria de los siglos y Foch, también historiógrafo, ha ratificado este concepto, dando brillantes triunfos a su gloriosa patria.

La demostración de la inalterabilidad e invariabilidad de los **principios** o verdades fundamentales del **Arte**, es otra de las valiosas manifestaciones de la Historia Militar. Durante la exposición de los hechos de guerra, nos damos cuenta de las causas determinativas

que en ellos influyen los **principios** se presentan así con claridad meridiana, toman forma y relieve, y cualquiera que los vea aparecer en distintas oportunidades produciendo los mismos efectos, concluye por darse cuenta de su fuerza ineludible y decisiva.

El interés de los estudios histórico-militares reside en la enseñanza que nos dan de la parte inmutable de la guerra, es decir, de los **principios**, de cuya observancia o inobservancia ha dependido, en todo tiempo, el éxito de las diferentes campañas.

Para analizar los hechos de guerra, es necesario apreciarlos de acuerdo con las normas que existían en la época estudiada y examinarlos a la luz de los preceptos que regían la conducción de las operaciones en el momento contemplado.

Si se acepta, como es lógico, que los caudillos de cada época conocían los **procedimientos** en boga, se pueden establecer comparaciones y señalar las faltas en que incurrieron al apartarse de las normas y preceptos aceptados en su tiempo.

En cuanto a los principios, su desconocimiento o falta de aplicación es en verdad inexplicable, porque ellos han nacido junto con la guerra, siendo practicados y aún expuestos desde la época de Jenofonte; su ignorancia por los conductores de tropas es, pues, más lamentable que el olvido de los procedimientos. Se dice, habitualmente, que la historia trata mal a los caudillos, juzgándolos dentro de leyes que ellos no conocieron porque en su tiempo no existían; pero, al decir esto, se olvida que los principios están fundados en la naturaleza del hombre, en el miedo, en la sorpresa, en el desaliento, y que estos estados de ánimo que el estratega explota, son propios del hombre de todas las edades y de todas las latitudes.

En cambio, no se podría pedir a los caudillos de Ayacucho, por ejemplo, que organicen su ataque por ondas sucesivas o que busquen el enlace de fuegos entre sus elementos de primera línea, porque tales **procedimientos** no se practicaban en esa época, ya que el corto alcance de las armas de fuego hacían que las tropas se empeñaran codo a codo, sin dejar sectores pasivos y sin que fuera necesario, para romper la delgada línea adversa, que se efectuaran esfuerzos en profundidad.

La Historia Militar enseña a hacer la Guerra por el estudio crítico de las luchas del pasado.

Como filosofía de la guerra y base fundamental de todos los conocimientos relativos a ella, deduciendo leyes generales de causa a efecto, y prematurizando la experiencia de los que algún día deberán conducirla, tiene perspectivas muy profundas y muy dilatado panorama.

La simple narración de un hecho de guerra, tomado como caso concreto, ya dejaría provechosas enseñanzas al futuro director o ejecutante. El resultado será tanto mejor si la narración se hace con el íntimo sentido y deseo de ofrecer, en cada línea, una nueva lección para ulteriores contingencias.

Tal es la forma en que interviene la disciplina histórica militar en el estudio de las esenciales cuestiones relativas a la guerra y tal la influencia que, en los ejércitos bien organizados, debe ejercer en la instrucción y preparación de las fuerzas armadas en general. Agregaremos que su acción ha de llegar en lo moral hasta las primeras capas sociales, y decimos así, porque, por lo general, no son las últimas, precisamente, las menos patriotas y las menos amantes del Instituto Armado Nacional.

LA DOCTRINA DE GUERRA NACIONAL DEBE FUNDARSE EN LA PROPIA HISTORIA MILITAR

Si todo lo que llevamos dicho se aplica al estudio de la Historia Militar General, con cuánta mayor razón será valedero cuando se trata de estudiar la Historia Militar Nacional, en que aprendemos a conocer **nuestro** soldado, en **nuestro** territorio, frente a **nuestros** enemigos, más o menos probables, con los que alguna vez hubiéramos luchado o tendremos que luchar.

La Historia es un proceso íntimo y particular de cada pueblo, cuyo desarrollo obedece a las acciones simultáneas de una serie de leyes superiores a la voluntad humana, preexistentes, que condicionan todo, y que atañen a la raza, al estado de cultura, a la idiosincrasia nacional, a la conciencia religiosa, a la estructura social, a la situación política y a algunos otros factores de menos categoría, pero asimismo determinantes y concluyentes. Leyes o factores, algunos de ellos pueden ser modificados en plazo más o menos breve por los dirigentes, estadistas y militares, cuando éstos saben y quieren organizar los valores nacionales.

Para provocar estas modificaciones favorables, es indiscutiblemente necesario amar a la Patria sobre todas las cosas, sobre todos los personalismos y los egoísmos, partidos y banderías. Es necesario, ineludiblemente, haber nacido en el país de que se trata, haber respirado su aire desde el primer día, vivificado la sangre con el calor del propio Sol; dominar su Historia con detalle, por haberla estudiado desde niño con especial calor y emoción; conocer a los compatriotas para penetrar en su psicología, sin esfuerzo, en cualquiera circunstancia; haber sentido de cerca el hábito de las propias masas, convivido con ellas, recibido lecciones de los mismos maestros, instruído en el cuartel a los hijos de su propio pueblo, transformados en soldados.

La Victoria ha pertenecido siempre a los ejércitos de homogénea constitución, movidos por idénticos sentimientos y organizados, primero, y comandados, después, por sus propios hijos elevados a caudillos. No se deben esperar más victorias fabulosas como la de Tirteo, el poeta tuerto y cojo, prestado por Atenas a la orgullosa Esparta, como por irrisión, para que organizara sus ejércitos y los llevara al triunfo...

Sabemos que una Doctrina de Guerra debe ser algo íntimo de un ejército, fundada exclusiva y restrictivamente en lo que es propio. Quien quisiera aplicar a lo suyo la doctrina creada para su uso por otro pueblo, verá pronto sus campos llenos de insolentes y burlones soldados enemigos, verá sus mujeres bejadas, su pabellón por los suelos...

Una Doctrina de Guerra no abarca sólo los postulados del Arte de la Guerra, sino, más extensamente, los del Arte Militar, que incluye la Guerra como una de sus fases.

Conocida la Historia Militar de un pueblo, de la que se deducen calidades —psíquicas y somáticas— de sus hombres: jefes y soldados; de la que se aprende la influencia ejercida por el propio medio: terreno, clima, recursos, etc.; considerando los elementos de guerra de que se dispone y aquellos de que disponga el enemigo; comprobando la forma cómo este último los supo emplear. Suman-

do ochenta por ciento de paasdo, de Historia, y veinte por ciento de presente, un ejército **se organiza** y **se prepara** contra sus adversarios; se **instruye y educa**, extendiendo su acción patriótica en forma enérgica y compulsiva a la civilidad; crea sus **abastecimientos y recursos**; concibe la **estrategia** de la que ha de valerse para la ejecución de sus diversos Planes de Guerra y para cada uno de los Planes de Campaña que son sus derivados; practica y enseña, no una táctica, sino **la táctica** que mejor convenga a sus hombres, a los medios y elementos de que dispone, al territorio en que piensa operar.

De tal manera, sin querer entrar en mayor detalle, debe influir la Historia Militar Nacional en la formación de una Doctrina Nacional de Guerra, que ha de abarcar todas las ramas del Arte Militar y, principalmente, las esferas de acción del Arte de la Guerra que constituye la fase ejecutiva del primero, a la que debe dedicarse toda atención, puesto que a las finalidades de la Guerra deben subordinarse todas las concepciones y creaciones de la Paz.

La Estrategia y la Táctica viven por la Historia Militar y se nutren de ella.

El estudio de las luchas del pasado es el fundamento de toda teoría estratégica que no podría construirse en el reino de la abstracción, sino sobre la más sólida base experimental. Los Métodos y Sistemas que la forman, llamados por Moltke "expedientes de fortuna", con lo que les daba todo el realce de espiritual contingencia que los caracteriza, son deducidos de la Historia.

Este mismo estudio es la mejor y más calificada escuela para las creaciones tácticas que toman de la Historia sus Normas y Preceptos, de mera ejecución.

En una y otra esfera de conocimientos bélicos —Estrategia y Táctica— y en las otras dos que le son respectivamente subordinadas —Logística y Poliorcética— la Historia Militar esclarece la experiencia adquirida y aumenta las potencias morales cuya fuerza sólo puede valorarse al seguir, a través de la lucha misma, el movimiento psicológico multitudinario y el vaivén de sus reacciones ante el éxito, los fracasos y los imprevistos.

Si una de las enseñanzas que proporciona la Historia Militar es el conocimiento de los principios inmutables que rigen el Arte de la Guerra, su papel como fuente principal de la estrategia está plenamente justificado. En efecto: los estudios especulativos de estrategia sólo encuentran fundamento y merecen fe, cuando al enunciado de cada una de sus abstracciones se acompaña el ejemplo de un hecho consumado que sirve para sustentar la teoría; de nada valdría enumerar en forma brillante los resultados de la maniobra sobre la espalda del enemigo, si a la enunciación de las características y provecho que reporta esta operación, no se agregara uno de los ejemplos clásicos de esa maniobra, tomándolo de las páginas de la Historia.

Es verdad que los ejercicios de cuadros o los trabajos sobre la carta, dirigidos con ponderación y bajo la vigilancia de buenos instructores permiten darse cuenta, en grandes líneas, de los resultados que se trata de alcanzar en las operaciones reales; pero es peligroso dejarse absorber por tales abstracciones, exclusivamente, pues ellas sólo conducen a resultados teóricos, fundados sobre todo en la fe que merece el maestro, que es quien establece las situaciones y

da las soluciones finales, en forma más o menos brillante, pero basándose en su propia lógica y manejando tanto las causas como los efectos.

La realidad debe ser, pues, el único maestro y nadie podrá negar que un tema brillantemente tratado no tiene ni remotamente el valor demostrativo de un triunfo en el campo de batalla.

En la teoría pura, en el tema, se prescinde del principal factor de la lucha: el hombre, cuyas facultades físicas, morales e intelectuales pasan a segundo plano.

El Mariscal Foch, refiriéndose a esta tendencia, dice "Esto es como si para aprender equitación, es decir, la conducción del caballo, nos contentáramos con girar alrededor de esas piezas anatómicas de cartón que existen en los anfiteatros; si nos limitáramos a desmontarlas y remontarlas y a aprender los nombres y colocación de las diferentes partes que las componen. ¿A quién se le ocurriría aprender a montar de esa manera sin tener en cuenta el movimiento, la vida, la sangre, el temperamento de su caballo; sin cabalgar en el ser viviente?".

Los Generales de todas las épocas han imprimido a las operaciones que han conducido un sello personal, según las condiciones particulares de su concepción de la guerra o las sublimidades de su genio, marcando así en el desarrollo de una campaña la voluntad del jefe que la ha dirigido. De esta comprobación se deduce que hay tantas maneras de resolver un mismo problema estratégico, cuantos sean los hombres a cuyo talento se encomiende. Por consiguiente, no debe creerse que la conducción de las operaciones pueda ser encauzada en normas fijas e intangibles; pero, en cambio, debe estudiarse la "manera" que cada General ha adoptado para resolver los problemas en cuyo desarrollo intervino, teniendo en cuenta los elementos de que disponía y la intención que le guiaba. De este modo se forman y arraigan en el espíritu las bases de que se debe partir para raciocinar y resolver en estrategia.

"Sólo la Historia puede enseñar estrategia", dice el General Cordonnier.

Ahora bien, la estrategia por sí sola no resuelve todos los problemas de la guerra: orienta y conduce las fuerzas a sus puntos de aplicación, con mayor o menor probabilidad para vencer; pero la guerra no está ganada ni se ha conseguido resultado alguno con el simple hecho de aproximarse al adversario en las mejores condiciones, es necesario destruir y aniquilar las tropas con que el enemigo se opone al cumplimiento de nuestra voluntad, puesto que "mientras existan ambas fuerzas, el conflicto no puede darse por terminado". Es en ese momento que la táctica, el arte de las batallas, debe concluir lo que ha planteado la estrategia.

Y, como la Historia Militar interviene también para determinar los procedimientos de ejecución, por las mismas razones que ha intervenido en la formación de las leyes generales de la estrategia, en los trabajos históricos militares se da preferente atención al estudio de las acciones tácticas, si se acepta el postulado napoleónico que quiere "que el arte de la guerra sea todo ejecución".

En suma: la guerra sólo se aprende estudiando las campañas que se efectuaron en el pasado, y el análisis de las fases estratégicas y tácticas que la componen se realiza fácilmente por medio de la Historia que es, según la frase clásica, "la gran maestra de la Humanidad".

EL METODO DE LOS ESTUDIOS HISTORICO-MILITARES

Se ha escrito mucho sobre Historia Militar en forma anecdótica y episódica, como producto de la exuberante fantasía, a veces desorbitada, de algunos escritores. Con tal proceder se ha dañado el prestigio del historiógrafo, al que se mira con cierta prevenida sorna, considerándolo como fuente inagotable de hueca verbosidad; de esta manera se ha desvirtuado la importancia de los estudios histórico militares. La Historia, presentada de ese modo, a grandes rasgos, "al estilo de Alejandro Dumas", no ofrece enseñanzas dignas de ser tomadas en cuenta.

Otros escritores se han limitado a hacer disertaciones literarias, que entrecortan con la copia de valiosos documentos que, así, resultan sepultados lastimosamente entre abundosos comentarios que no dejan enseñanza alguna.

Estos trabajos no responden al concepto legítimo de lo que es Historia Militar, ciencia y filosofía de la guerra, que sólo debe ocuparse de buscar enseñanzas para formar con ellas lecciones subjetivas del Arte.

Según el método alemán, la Historia Militar debe formarse mediante la relación circunstanciada y exacta de los hechos que se analizan enseguida en párrafos de crítica cuyo nombre, **betrachtungen,** podría traducirse al español por la palabra **consideraciones.** Este sistema se ha hecho común entre numerosos escritores militares de distintos países.

Hacer una narración muy sintética de los hechos, para ampliarla después en la crítica, confundiendo la exposición con el estudio, o entremezclar la crítica con la exposición del hecho, son, tanto uno como otro, sistemas que deben abandonarse; la razón es muy simple: este modo de proceder disuelve la lección táctica o estratégica, que el autor quiere poner en relieve, dentro del dato histórico. El lector no puede discernir así, ni rechazar ni corregir las conclusiones planteadas por el que escribe, cuyas teorías puede juzgar falsas o dudosas o dignas de poca atención.

El modelo sería el trabajo que describiera la operación de guerra con entera imparcialidad, para hacer comentarios después, como cuando se hace un relato a un camarada, para preguntarle su opinión y dar luego la propia.

Ninguna obra histórica puede tener valor probatorio irrecusable si no está respaldada por documentos, que son como la base en el edificio.

Cuando por cualquier razón no se pueden consultar todos los documentos fehacientes para exponer un hecho, o cuando esos documentos no existen, se deben estudiar las discusiones entabladas por otros escritores sobre el punto de que se trata para comparar

los datos que ellos establecen y, en último caso, suspender el propio juicio, limitándose simplemente a la narración de los hechos consumados que no admiten discusión.

Las memorias escritas por los actores de las diversas contiendas tienen un valor histórico considerable; pero no puede negarse que este valor es ínfimo cuando se las toma aisladamente. Sus autores no las han escrito, sin duda, en el campo de batalla, sino tiempos después para arreglarlas en calma, acondicionando los hechos para gloria de su partido y aún de ellos mismos. Escritas al soplo de las pasiones o para justificar los hechos o la causa que se quiere defender, tienen la mayor parcialidad y adolecen de graves errores, tanto más hondos cuanto más voluntariamente se incurrió en ellos.

Los documentos en general, partes, órdenes, artículos de prensa de la época, informes, cartas y otros, requieren gran atención, aunque todos los que se redactan después de las operaciones adolecen de los mismos defectos que las memorias.

En estas condiciones, la averiguación histórica no puede efectuarse, lógicamente, tomando en cuenta los documentos de un solo bando; deben confrontarse con los partes e informes emanados de la autoridad opuesta, y, entonces, por yuxtaposición y comparación se puede dar con el rastro de la verdad histórica.

La tarea se complica cuando no existen documentos abundantes para efectuar comparaciones; en ese caso hay que atenerse a la menor pieza probataria que adquiere, entonces, enorme importancia; esto, si no nos encontramos forzados a aceptar los planteamientos y soluciones adoptados por los historiadores de nota, cuyas conclusiones se deben confrontar para deducir una pequeña parte de verdad.

Si los documentos históricos son necesarios para fijar las ideas respecto a las concepciones de los caudilos o a sus planes de operaciones, en cambio, su necesidad es mucho menor cuando sólo se trata de verificar los hechos. En efecto, un caso concreto permitirá aclarar este concepto: poco se conoce de las causas por las que Bolívar abandonó el mando del ejército de operaciones en Sanaica para dirigirse a Lima, después de la batalla de Junín, porque, aunque existen numerosos documentos contradictorios sobre este asunto, no se ha llegado a penetrar las razones íntimas que influyeron en el ánimo del Libertador para proceder así; en cambio, nadie puede poner en duda que el hecho material de su traslado tuvo completa realización. Lo primero se debe analizar según la opinión de distintos historiadores cuyos datos se deberán confrontar; lo segundo, es fácil de comprobar anotando las fechas de paso del Caudillo por los distintos puntos del itinerario que siguió.

Según el razonamiento anterior, quien rememore el pasado puede salvar la dificultad de encontrarse desprovisto de las pruebas de cualquiera de sus aseveraciones, si se limita, en los casos dudosos, a la simple exposición de los hechos. Cierto es que "sin documentos no hay historia", pero cuando éstos no existen, quedan los hechos que definen las situaciones con mayor veracidad que los papeles de la época.

En algún párrafo de esta obra decimos:

Las pasiones partidaristas del momento, la necesidad de excusarse ante la posteridad, o el deseo de rebajar los valores morales del adversario para encontrar adeptos y justificar la guerra, siempre han hecho que se altere la verdad y que se acuse al enemigo, quienquiera que sea, de los más viles crímenes y de las más vergonzosas ambiciones. Pero, cuando los hechos se examinan lejos de la época en que ocurrieron, compulsando variadísimas opiniones, y cuando se mira desde un plano de imparcialidad suficientemente alto, con la serenidad de quien observa un cuadro, se penetra el sentido oculto de los errores de intención y se les disculpa con justicia; de otro lado, los documentos ignorados en los primeros días, y ocultados como cuerpo de delito por sus autores, ven posteriormente la luz y permiten la justa apreciación de los hechos que los coetáneos califican apasionadamente, sin conocer las fuentes originales y con manifiesto encono.

Y, en efecto, la Historia para ser tal debe ofrecer justa y desapasionada exposición de hechos y caracteres del pasado. Los juicios que presenta deben ser imparciales y, para lograrlo, no han de precipitarse solamente sobre los errores, sino tomar el tiempo y espacio necesarios para formar cabal apreciación, pesando tanto los aciertos como los yerros, sumando las páginas luminosas y las de sombra, para dar a cada cosa y a cada cual su justo valor.

Nadie debe tomar de la policroma madeja de la Historia una sola hebra, la verde o la roja, para presentarla como muestra del color total de aquélla. Es apasionarse el querer ver un solo lado de las cosas, y también es apasionarse el contradecir a quien así se apasiona, oponiéndole una vista, igualmente monocular, del lado opuesto.

El Gran Mariscal don Agustín Gamarra, notable hombre público, gobernante y guerrero peruano, que supo morir con gloria en el luctuoso campo de batalla de Ingavi, expresó alguna vez, en términos parecidos a los que siguen, que la Historia no ha de servir de ludibrio y vergüenza, ni de fuente perenne de incontrolada alabanza para los hombres cuyos hechos anota, sino de equilibrada plataforma que permita mostrar y apreciar su figura sin deformaciones; emitiendo sentencia por suma algebraica de pasiones y acciones, positivas y negativas, a fin de dejar clara y efectiva enseñanza a la posteridad.

La narración histórica tropieza casi siempre en este escollo de la imparcialidad, plantado en el medio de su cauce; muy raras veces la corriente informativa llega a pasar sobre él; fluyen las narraciones históricas de uno y otro lado de esa roca y sólo contados espíritus consiguen escapar a la influencia subjetiva, con el requerido caudal de conocimientos y documentos, para hacer correr sus relatos por encima del obstáculo, dando a cada cual lo suyo. Cuando, además, el tema o sujeto se presta a formar paralelos, la pasión acrece y más aún cuando se advierte entre líneas el reflejo de las banderas que siempre han tamizado, y tamizan mal, la luz solar, la luz cenital de la verdad.

Los documentos deben sufrir una seria crítica antes de su aceptación. Esta crítica tiene dos modalidades: crítica externa y crítica interna. La primera efectúa dos exámenes distintos: examen de proveniencia y examen de restitución, que implican las operaciones necesarias para verificar el origen y confrontar la veracidad del do-

cumento que se considera. La crítica interna hace un examen de la sinceridad empleada por el autor de la pieza y comprueba, además, la exactitud de ella.

Un documento apócrifo o incompleto, un papel inexacto o falto de sinceridad, pueden trastornar completamente una exposición cualquiera, con grave daño para el inescrupuloso que le atribuye, a ciegas, absoluta fe.

Estas cuatro operaciones sucesivas, que requieren una gran erudición y que no pueden hacerse sino con los originales a la vista, presentan enormes dificultades que esterilizan, a veces, un largo trabajo de varios años; ante estos inconvenientes, el investigador cede ante lo imposible y se limita a considerar la aplastante fuerza probatoria de los hechos consumados.

Teniendo en cuenta las consideraciones anteriores, es necesario determinar el modelo a que debe sujetarse un trabajo de esta naturaleza y procurar que tal modelo sea bien autorizado para no seguir equivocadas huellas.

La contextura que el Coronel Goubaux ha dado a sus estudios: **La Campaña de 1796 en Italia**, **La Batalla de Austerlitz** y **La Campaña de los Balcanes de 1918**; así como la que ostenta la obra argentino-alemana **Las Guerras de Napoleón**, por Fritz von der Goltz y Kinkelín, han servido de modelo técnico para este trabajo. Las obras del General Camon, francés, son el más perfecto modelo.

Clausewitz preconiza el procedimiento que han seguido los antes citados autores y lo pone en práctica en sus obras: **Campaña de 1796 en Italia** y **Campaña de 1799 en Italia y en Suiza**. Además, en su **Filosofía de la Guerra** dice que toda teoría de guerra debe estar basada necesariamente en la narración crítica de los hechos, y establece que esta narración debe comprender tres operaciones distintas:

La averiguación histórica, que no tiene ninguna relación con la teoría y que sirve para precisar el dato histórico.

La averiguación crítica, apoyada por la experiencia, que examina los factores que han intervenido en la formación del resultado.

El examen crítico, en fin, que fija la enseñanza que se debe sacar del análisis efectuado.

La averiguación crítica y el examen crítico deben establecer deducciones incontestables, sin limitarse a presentar suposiciones o afirmaciones arbitrarias.

ALGUNOS FACTORES CAPITALES QUE INTERVIENEN EN LA CONDUCCION DE LAS OPERACIONES MILITARES

La exposición de los hechos de guerra y el examen de las concepciones del jefe o de los procedimientos de ejecución no bastan para que sean fructíferas las enseñanzas que se desea obtener del estudio de la Historia Militar; es necesario justipreciar otros elementos, que les están íntimamente ligados, y cuyo olvido determinaría los más ruidosos fracasos en la práctica, esterilizando el trabajo desde el punto de vista especulativo.

En efecto, las situaciones de guerra no se presentan siempre dentro del mismo molde, son distintas en el fondo y en la forma. Los

elementos que influyen en la conducción de las operaciones con fuerza determinativa o modificatoria son: el **terreno**, **el hombre** y **la naturaleza de la guerra.**

Debemos recordar, en efecto, que el conocimiento del medio en que se realiza una campaña tiene capital influencia en su estudio; en dicho conocimiento se deben basar todas las consideraciones y conclusiones. Entendemos por medio las condiciones especiales del espíritu público, el instante moral de las masas y el ambiente geográfico; o en otros términos: el valor físico del suelo y el valor espiritual del hombre, conjuntamente, que constituyen los factores esenciales que intervienen en cada hecho histórico militar.

A estas condiciones se refiere Colmar von der Goltz, cuando dice: "Quien escriba sobre estrategia o sobre táctica, debe tratar de hacerlo desde un punto de vista exclusivamente nacional, pues esta es la única manera de que sean provechosas al país para el que se escribe". El Mariscal Foch, que cita al tratadista anterior, se extiende, asimismo, en un minucioso paralelo en el que fija los puntos de vista desde los cuales cada pueblo europeo debe estudiar la guerra, dada su propia situación en aquel Continente.

El armamento de que están dotados los ejércitos no tiene una influencia propia; las armas sólo valen por la calidad de los hombres que las emplean; pero no cabe duda que sus características modifican los procedimientos de ejecución en el campo táctico y a ello se refería Napoleón cuando dijo: "La táctica cambia cada diez años". En cambio, la fuerza determinativa del armamento es nula, en lo que se refiere a las concepciones del jefe, pues éste no las establece fundándose en las armas de que disponen sus soldados y, al contrario, sólo las cuenta como un medio del que se valen los ejecutantes para imponer al enemigo su propia voluntad.

EL TERRENO

> "Todo hecho de guerra está relacionado con el terreno en que se lleva a cabo".- **Blume.**

La influencia que tiene la configuración geográfica y topográfica del país en que se realiza la guerra, se nota en todo momento, siendo incontrovertible que es decisiva en la ejecución de los planes, a los que modifica continuamente, amoldándolos a su naturaleza. "Toda operación de guerra puede ser planteada en sus líneas generales, pero su ejecución es progresiva y se justifica por los acontecimientos que sobrevienen cada día", ha dicho Napoleón.

La geografía es, en efecto, elemento imprescindible de los estudios estratégicos, incluyendo en ellos las cuestiones logísticas; y la topografía lo es de toda consideración o concepción táctica o poliorcética.

El terreno manifiesta su influencia por el rendimiento de las vías de comunicación que lo cruzan, por los recursos que ofrece y por los obstáculos que presenta.

El rendimiento de las vías de comunicación es de suma importancia. En efecto: las tropas mejor aprovisionadas y armadas al iniciar la guerra, no podrán hacer sentir su acción durante la campaña si sus líneas de comunicación no funcionan con la amplitud requerida. Caso vivido por nuestras tropas en el reciente conflicto llamado de Leticia.

La dificultad mayor se presenta para la concentración de las tropas, operación importantísima que se entraba enormemente hasta hacerse imposible, cuando faltan las vías de comunicación necesarias. En la historia nacional se presenta el caso de Bolivia en la Guerra del Pacífico; esta Nación logró reunir, con gran esfuerzo, algunos gruesos contingentes, a los que quiso despachar a la costa para que tomaran parte en la campaña de Tarapacá, pero sólo consiguió que llegaran algunos batallones a los campos de batalla, sin que los demás lo hicieran oportunamente, demorados en los difíciles caminos, sin recursos, de las serranías de su territorio.

Las vías de comunicación influyen también en el campo táctico, puesto que dificultan el empleo de las masas, haciendo que la acción se limite a empeños virtualmente aislados y, a veces, descosidos de la operación general. La batalla de los Angeles nos da la medida de estas dificultades.

El rendimiento de los caminos limita las facilidades de vida de los ejércitos y la potencialidad de su acción. Los caminos de escaso rendimiento impiden el transporte de elementos de guerra importantes: la artillería pesada, los grandes aprovisionamientos de granadas de mano y los pesados ingenios de guerra de nuestro tiempo, no tienen aplicación en países de escasas y pésimas vías de comunicación. Caso por el que hoy atraviesa Italia en Albania y Libia. Además, el comando no podría proporcionar alimentación para los hombres y para el ganado, si los caminos no fueran favorables para el transporte de aquellos armamentos pesados que congestionarían las rutas, impidiendo la llegada oportuna de las vituallas.

La dificultad que opone el terreno para las transmisiones, es otra de sus influencias. En las guerras que estudiamos sólo se ha empleado el propio o el ayudante distinguido, encargado de llevar noticias de un extremo a otro del territorio, cruzando caminos imposibles. En nuestro suelo, atormentado por las grandes alturas de los Andes y cortado por extensos arenales desiertos en la costa y páramos desolados en la puna, los medios modernos de transmisión tienen mayor aplicación que en cualquier otro país: el avión y la telegrafía o telefonía sin hilos son elementos muy valiosos, ellos permiten salvar de un tranco las enormes distancias que complican la concepción y dañan la ejecución de las operaciones.

Los recursos de vida constituyen otro elemento que debe ser estudiado cuidadosamente al considerar un teatro de operaciones. Los grandes efectivos que se enfrentan en la guerra actual tienen necesidad, cada vez con mayor urgencia, de vivir sobre el país tanto como se pueda, a fin de aliviar, la tarea de los servicios de abastecimiento y de transporte; por consiguiente, se procurará que los teatros de operaciones se hallen en las zonas de abundantes recursos, o lo más cerca posible de ellas, para subvenir a las diarias necesidades de las tropas y del ganado. Al hablar de los recursos no nos referimos únicamente a los víveres necesarios, sino también a las fa-

cilidades para el estacionamiento, hospitalización, evacuaciones, etc., que es necesario prever solícitamente. Es por esta razón que los montoneros, o bien las tropas regulares montadas y de pequeños efectivos, subsisten con mayor facilidad que los grandes efectivos de todas armas, en los **terrenos de difíciles comunicaciones y de escasos recursos**: los montoneros pasan por cualquier parte y no necesitan más avituallamiento que un poco de pan y unas hojas de coca, más unas briznas para sus caballos; esta circunstancia le da gran movilidad, haciéndolos dueños de la serranía, en la que los hombres tienen a veces que esperar turno para pelear, ya que en muchos casos el frente de empeño se cuenta por metros.

Los obstáculos naturales que presenta el teatro de operaciones tienen primordial importancia y se puede decir que condicionan toda acción militar.

Los obstáculos naturales determinan, por otra parte, el mayor o menor desgaste de las tropas por la fatiga que exigen para cruzarlos, lo que origina lentitud y acompasamiento de las operaciones.

Su influencia es decisiva:

Sea que el terreno presente cadenas de montañas de escasos pasajes, o grandes ríos y cortaduras del terreno que favorecen la defensa, unos y otros, porque canalizan la acción del agresor, limitando sus posibilidades de despliegue y el empleo simultáneo de todos sus medios de lucha. O zonas muertas, carentes de recursos, u hostiles al hombre por sus condiciones especiales, ya pantanosas, nevadas, desiertas en gran extensión, o de suelo sumamente atormentado y rugoso, en los que aparecen dilatadas superficies cubiertas por fuertes, continuas e impracticables pendientes, la presencia de estas zonas determina, a veces, verdaderos espacios neutrales, en los que nunca se debe confiar, sin embargo, a pesar de la aparente garantía que significan.

Sea por sus disposiciones de transitabilidad fuera de los caminos, permitiendo el transporte animal o motorizado, o, exclusivamente, el tránsito de peatones como sucede en la alta y media montaña y en la selva; o bien presentando facilidades para desplazamientos por vías navegables, en los ríos, lagos o en el mar; sin olvidar, para unas y otras, las dificultades que les son propias: como las pendientes, la naturaleza del piso, que hace difícil la marcha del hombre, o bien imposible la de elementos mecánicos; como las características de los desembarcaderos, según las mareas en el océano y las vaciantes en los ríos.

Esta especial influencia del terreno se ejerce tanto en el campo estratégico como en el campo táctico, y da lugar a considerar dos clases de movilidad de las tropas: la movilidad estratégica y la movilidad táctica o del campo de batalla, las que, a menudo, se confunde con grave riesgo, pues se dota a las tropas, por ejemplo, de un servicio motorizado de transporte que presta grandes beneficios mientras existen caminos o se puedan construir lejos del enemigo, pero que es inoperante tan luego las tropas se ven en el campo de batalla, donde pueden perecer de sed, si se quiere, porque los motorizados no encuentran caminos o pistas siquiera, por las cuales aproximarse a las tropas, no habiendo previsto otros medios que prolonguen su acción, igualmente grave sería el problema, si se to-

ma el ejemplo del municionamiento que, en caso de ser insuficiente, daría lugar al más calamitoso desastre.

La batalla exige, en efecto, frecuentes desplazamientos fuera de los caminos, sea que se quiera maniobrar a largo radio, como convendría siempre en la guerra de movimiento, sea que el enemigo imponga un campo de batalla que puede elegir, precisamente, fuera de la red caminera existente, para dificultar las operaciones del contrario, que creyó por ingenuidad, ignorancia o falta de prematurizada experiencia, que iba a disponer de buenos caminos por todas partes y hasta el fin.

EL HOMBRE

"Los más grandes maestros del combate serán los que mejor conozcan a los combatientes de hoy y de siempre" -**Ardant du Pic.**

El hombre representa el factor moral de la guerra, del que es único poseedor, cualquiera que sea su procedencia y cualquiera que sea la latitud en que actúe.

La exaltación del deber militar y el culto heroico por la patria, fomentados por el Genio de la Guerra en el campamento de Boulogne entre los soldados del Gran Ejército, puede crearse y desarrollarse por cualquier otro hombre que, dotado de clara visión y de inteligencia superior, haga jugar los mismos resortes y disponga de los mismos elementos de mando que aquél. Si se acepta que del hombre se puede obtener todo por el honor, no hace falta sino estimular este sentimiento para que el resultado sea el mismo, cualquiera que fuera el hombre que se quiera preparar para la victoria.

La voluntad de vencer y el espíritu ofensivo se crean fácilmente en el alma del soldado de todas las latitudes, siempre que, alentado por el espíritu guerrero del país al que sirve, el hombre se sienta depositario responsable del honor nacional a él confiado, por entero, con cariño y fe cívica.

El espíritu militar es distinto del valor, aun cuando éste forma gran parte de aquél; no debe confundirse tampoco con el entusiasmo por la causa de la guerra. El valor es, en general, una cualidad natural; pero puede también formarse por educación y por hábito. En cuanto al entusiasmo, sirve para acrecentar la potencia del espíritu militar, cuando anima a todo un ejército.

"Conservar sus formaciones bajo un fuego espantoso; ser inaccesible a todo temor imaginario; disputar el terreno palmo a palmo, en medio de los mayores peligros; permanecer sereno y orgulloso en la victoria; obediente, disciplinado, confiado en la derrota; someterse, sin murmurar, a los más duros esfuerzos, a las más cruentas privaciones; no ver en todas estas penalidades sino un medio de llegar al triunfo; estar dispuesto a los mayores sacrificios por el honor de la bandera. Tales serían las virtudes de un ejército penetrado del espíritu militar". *

* Clausewitz: De la Guerra

Los bravos tiradores de Valmy y de Jemmapes fueron impulsados por el espíritu de libertad y por la santa indignación de ver sus trofeos, duramente conseguidos, en manos de un entremetido agresor extranjero; la masa tuvo allí un alma propia que la condujo a los más grandes sacrificios y que le dio la decisión y energía capaces de reemplazar, en esos momentos, la educación guerrera de que carecían. La Revolución Emancipadora de América, que hizo triunfar a simples guerrilleros de la tenacidad de los jefes y del valor de las huestes realistas, adiestradas por los soldados de Bailén y de Zaragoza, nos evidencian asimismo que el hombre vale, sobre todo, por la sublimidad de los sentimientos que lo mueven.

Ahora bien, el momento se prepara y la voluntad del pueblo para vencer se crea; sólo se necesita el talento de un hombre que se dedique a la tarea de organizar las armas y amoldar los elementos de guerra, explotando el sentir innato del hombre, siempre inclinado al bien.

Se debe agregar además que las cualidades físicas y la preparación del soldado hacen el resto. A este respecto no debemos olvidar que las aptitudes para la guerra que caracterizan al soldado peruano son excelentes, y tanto que lo colocan muy por encima de los soldados de cualquier otro pueblo; sobrio, resistente, muy disciplinado, sólo necesita un mando enérgico que sepa conducirlo.

La educación guerrera de nuestro indio no debe descuidarse, ya que cuando despierta a la civilización tiene cualidades inmejorables. La vida hogareña que hace el indio lo predispone a guardar fuerte afección por sus tierras y por su familia; esta virtud debe desarrollarse en su espíritu, haciéndole conocer los extensos límites de la heredad nacional: la patria, y el vínculo que lo une a su gran familia: los peruanos en general.

La deserción para buscar el calor del hogar y la desbandada en la derrota son crímenes de que acusan al soldado peruano los historiadores extranjeros, en su mayoría chilenos, que se han ocupado del Perú. A los peruanos nos toca examinar el alma del indio, a través de los estudios históricos, para buscar la causa de ese delito, que no ha podido ser otra que la ignorancia en que se les tenía, en la Colonia, de esas grandiosas concepciones de los hombres libres: la Patria y la Bandera.

Del prólogo de la primera edición de esta obra tomamos el siguiente párrafo del doctor José de la Riva-Agüero "En la introducción de su primer tomo hace usted la justa apología de las aptitudes militares de nuestro soldado indio, de su sobriedad, resistencia y disciplina extraordinarias, tan reconocidas y alabadas por sus antiguos jefes españoles. Para infundirle empuje vencedor, acometividad eficaz, como en sus mejores épocas, lo que necesita es comando respetable, competente y enérgico, y para curar la pasividad y la deserción no hay sino que robustecer sus innegables tendencias de organización conservadora, de ferviente apego a la autoridad, a la tierra y a la familia, en vez de continuar con el absurdo y suicida empeño de socavarlas, negarlas y subvertirlas".

LA NATURALEZA DE LA GUERRA

"La esperanza hace que los hombres sufran y emprendan todo. Si se la quitáis, les despojaréis del alma".-**Mariscal de Sajonia.**

El tercer elemento que hay que tener en cuenta en el estudio de las guerras pasadas es su naturaleza, considerada en sí misma. Así es fácil explicarse las diferencias esenciales que habrá entre las guerras de conquista, las de invasión, las de alianza, las de ideas, las que se emprenden para vengar un ultraje al honor nacional, para salvar la integridad territorial, etc.

Las guerras serán además ofensivas o defensivas, o bien de ofensiva política y defensiva militar y viceversa.

El impulso que se da a las operaciones cuando se inician y la obtención de algunos éxitos preliminares determinan favorablemente el resto de la campaña; sin que este aserto, sostenido por todos los tratadistas, pueda considerarse como regla infalible. Aun las operaciones de defensiva estratégica, en las que se cede la iniciativa al adversario, dan firmeza al conjunto de las tropas y crean los lazos morales que deben existir entre los órganos diferentes de un todo.

Los elementos de guerra acumulados desde el tiempo de paz dan al pueblo conciencia de su poder, y la buena ordenación de las tropas forja la idea de una victoria próxima. Y si el estupor que produce en la masa el comienzo de la guerra, se distrae por algunos desastres infligidos vigorosamente al enemigo, el resto de las operaciones se establece de por sí bajo buenos auspicios, por lo menos desde el punto de vista moral.

Una enérgica ofensiva estratégica del enemigo produce, por el contrario, un efecto deprimento en grado sumo para aquél que se halla limitado en sus expectativas, sin poderlo remediar.

De tal consideración nació en Francia, después de 1870, la idea de la ofensiva estratégica y táctica conducida con gran furia desde el comienzo de las operaciones, y esa escuela de ofensiva a ultranza fue la que lanzó en la hornaza a los buenos batallones franceses, cuando se produjo el conflicto de 1914.

La prudencia con que se conduzcan las operaciones iniciales, sin excluir una acción vigorosa, es la que dará tiempo para hacer tomar campo en la lucha a todos los elementos disponibles, afianzando la balanza a favor de quien espera el momento, sin desdeñar la primera oportunidad. Las esperas estratégicas de Napoleón confirman esta teoría.

Con arreglo a estas ideas, en los capítulos que siguen se tendrá ante el espíritu la imagen de nuestra próxima guerra y a ella se aplicarán las enseñanzas que pudieran obtenerse.

Las guerras más terribles y de efectos más desastrosos son las llamadas guerras nacionales. En ellas intervienen todas las fuerzas vivas de un pueblo que, aun sin disponer de los elementos de guerra de que hacen uso los ejércitos de nuestros días, se lanzan a impulsos de un mismo entusiasmo, de un mismo arrebato, acaso de una misma desesperación, sobre el enemigo de la patria. En la his-



toria de los pueblos sucede a veces que los habitantes, excedidos por el abuso, el engaño u otros crímenes internacionales, se precipitan, empeñando cuanto poseen y despreciando la vida, a una especie de suicidio general.

La resistencia que los españoles opusieron a Napoleón cuando éste invadió en son de conquista la Península Ibérica; el movimiento prusiano de 1813, que dio por tierra con el enorme edificio político levantado por el mismo Caudillo, y muchos otros casos que la historia presenta, son muestras palpables de ese estado de superación indefinible a que llegan los pueblos cuando deciden, aparte de todo convencionalismo, lograr algún gran ideal.

Cuando se emprenden operaciones de este género, el invasor o el que toma la ofensiva no puede conseguir ninguno de los resultados que desea, porque cada paso le cuesta un combate y porque no cuenta para subsistir sino con el limitado territorio que cubren sus tropas. Sus convoyes son desbaratados, sus abastecimientos no llegan jamás y el hambre y la peste se apoderan de todos los elementos vivientes.

Un levantamiento de esta naturaleza se produce por muy distintas causas: ya el pueblo sigue a sus sacerdotes, como sucedía antaño, fanatizado por algún motivo religioso; ya, condenado a la servidumbre o vasallaje de otro pueblo, rompe sus cadenas, ejercitando represalias sangrientas; ya, en fin, los pobladores se levantan en masa contra un invasor extranjero que pretende saquear el legado nacional, para vivir innoblemente del producto de su hazaña.

La naturaleza del país contribuye a prolongar esta guerra general de partidas y guerrillas que, como ya se ha dicho, viven con poco y pasan por todas partes, ciegan la exploración adversa, cortan los caminos que toma la seguridad, sorprenden las vanguardias y los puestos y mantienen en constante angustia a los soldados enemigos, que saben que su vida está a merced del hombre enfurecido e irresponsable que los capture. Los países montañosos son los que más se prestan a este género de lucha, por las dificultades que ofrecen para las operaciones de los ejércitos regulares, por la serie de desenfilamientos y senderos que presentan, muy fáciles de defender con pocos hombres y aun más hoy día, gracias a las armas automáticas; estos difíciles caminos permiten detener al que se aventure por ellos, oponiéndole un puñado de soldados o de irregulares bien comandados, que se vuelven de más en más temerarios.

Cuando estos montoneros están apoyados por un núcleo de tropas regulares que los auxilia y que explota sus éxitos, la tarea del Comandante en Jefe que tenga la misión de reducirlos se hace cada vez más complicada y ardua. Necesita estar en todas partes para contrariar las acciones sorpresivas del enemigo; disponer de enormes efectivos que le permitan destacar grupos de tropa bastante fuertes para que puedan imponerse y que sean, sin embargo, de pequeño efectivo, para que su subsistencia sea fácil y para que dispongan de gran movilidad, condiciones ambas que son inconciliables.

En este género de guerra, persiguiendo continuamente al enemigo, sin llegar a alcanzarlo jamás; yendo de ilusión en ilusión, sin obtener nunca una ventaja; con las tropas exhaustas por el ham-

bre y los combates; rodeado de una población hostil que conspira por todos los medios contra el ejército; siempre burlado y en zozobra permanente, es tarea sobrehumana sostenerse y proseguir la lucha; el ejército más potente, llegado al límite de sus fuerzas, perecerá a la larga, después de haberse agotado inútilmente.

Tal es la concepción de las guerras nacionales, que ha pormenorizado Clausewitz, el maestro militar de Prusia, con la profundidad y ponderación que le reconocen todos los tratadistas.

EL ARTE DE LA GUERRA

> "La táctica, las evoluciones, la ciencia del artillero y del ingeniero pueden aprenderse en tratados como los de geometría; pero el conocimiento de las elevadas cuestiones de la guerra no se adquiere sino por la experiencia y por el estudio de la historia de las guerras y batallas de los grandes capitanes.
>
> ¿Acaso se aprende en la gramática a componer un canto de La Iliada, una tragedia de Corneille?".- **Memorias de Napoleón en Santa Elena.**

Por siglos se ha discutido sobre la existencia de un Arte o de una Ciencia de la Guerra.

Y es que la Guerra, siendo el más complejo de los fenómenos sociales a los que se enfrenta la mente humana y el talento de dirección de un solo hombre, tiene tanto de Arte en su ejecución y desarrollo, como de Ciencia en su estudio y preparación.

No haremos aquí estado de la discusión antes citada, pues si Napoleón habla y escribe a menudo sobre "la ciencia de la guerra", Foch dice, haciendo suya una expresión de Dragomirov, que "a nadie se le ocurriría que existe una Ciencia de la Guerra". Ni queremos tampoco citar, para no caer en inconducente erudición, los numerosos tratadistas, clásicos, que sostienen una y otra tesis.

Podemos llegar, sin embargo, a una definición condicional, pero satisfactoria, empleando el sistema deductivo. Repitamos con Foch que lo único que puede quedar establecido es que "existe una **teoría general** de la guerra, fundada en limitado número de principios", con lo que el Mariscal elude y da por terminada para él la discusión.

Ahora bien, estos principios, que enumera y luego estudia sustentándolos en las guerras del pasado, que examina y analiza concienzudamente, afirma que tienen su origen en la psicología de las multitudes armadas y acaudilladas que constituyen los ejércitos de hoy y de siempre. Queda en esto de acuerdo con los más notables y antiguos publicistas.

Por sustentarlos experimentalmente en las guerras del pasado, deduciéndolos de causa a efecto, los principios constituyen verdades generales, y por afirmar que nacen del factor psicológico resultan siendo inmutables, puesto que el alma humana no ha cambiado ni cambiará por los siglos. De lo anterior deducimos que, expe-

rimentales e inmutables, su determinación exige las características de la Ciencia, ya que por definición ésta busca leyes generales, comprueba y clasifica los hechos, estudia los medios de acción, analiza los acontecimientos y generaliza sus deducciones.

Si el estudio de su teoría general, realizado por reiteradas comprobaciones, ofrece los caracteres genéricos de la Ciencia, su ejecución o desarrollo, que pone a prueba las dotes personales, la inspiración y el carácter de quien la dirige, tiene todas las modalidades y sublimidades propias del Arte.

"El Arte de la Guerra es simple y de pura ejecución", es célebre frase de Bonaparte, que decía: "Leed y releed las campañas de Alejandro, Aníbal, César, Gustavo Adolfo, Turena, Eugenio y Federico; tomad modelo de ellos; tal es el único medio de llegar a ser Gran Capitán y de sorprender las secretos del Arte de la Guerra".

No olvidemos que si Bonaparte, Schlieffen, Foch fueron grandes conductores de ejércitos, o sea verdaderos artistas en la dirección de la guerra, fue porque tenían sólida y profunda versación sobre los métodos y sistemas de lucha empleados por sus predecesores, y porque habían dedicado todos los años que precedieron a su actividad bélica al estudio de la parte científica de la Guerra, la Historia Militar, que ofrece un sistema de verdades generales fundadas en el conocimiento de las causas que son, y lo han sido siempre, las determinantes exclusivas de los efectos.

Concluyamos repitiendo que la Guerra es un Arte de ejecución, basado en una Ciencia experimental. O también: que es un Arte en su conducción y dirección y una Ciencia en su estudio y preparación.

SU TEORIA GENERAL

Antes de profundizar el estudio de la Teoría General del Arte de la Guerra, conviene saber que existe efectiva dificultad para presentar un estudio sintético de estos problemas. Los más ilustres tratadistas y maestros no están aún de acuerdo en lo que respecta al Arte de la Guerra y sus Principios, a la Estrategia y a la Táctica, a los Planes... Tan difícil es precisar las ideas en esta materia que, antes de pecar de exagerados, vamos a citar algunos ejemplos sobre la inexplicable confusión que existe al respecto.

Al tratar de la economía de las fuerzas, veremos más adelante la tangible contradicción que asienta Foch en su obra **Los Principios de la Guerra** *. Luego afirma: "la libertad de acción se traduce en la seguridad", página 104 lo que nos ha autorizado a elevar la Seguridad a la categoría de principio, ya que, además, garantiza la libre disposición de las fuerzas, de la que Foch no se ocupa más, después de enunciarla pomposamente, junto con la libertad de acción, como principios generales del Arte de la Guerra.

Cullman, notable publicista, afirma que "la estrategia es un Arte que tiene Principios"; tendríamos así un arte dentro de otro, el arte estratégico dentro del Arte de la Guerra; por otra parte, vemos que los Principios, según ese autor, son de la Estrategia y no del Arte de la Guerra.

---

* Les Principes de la Guerre, edición 1921, pág. 91.

Mordacq, distinguido actor de la Guerra Mundial y escritor de primera clase, General Comandante de un cuerpo de ejército en 1936, en su obra de 1912 titulada **La Estrategia**, que reproduce exactamente igual en 1921, se pregunta si la estrategia es un arte o una ciencia. Abre así una interrogación desorbitada, puesto que esta discusión se ha referido siempre a la guerra y a su estudio, es decir, al Arte de la Guerra, pero no a la estrategia, que es una simple esfera de sus conocimientos militares, o bien, si se quiere, uno de los varios órdenes de realizaciones bélicas. Este mismo autor considera la economía de las fuerzas como principio y sostiene —contrariando en esto Foch— que existe el principio de la **masa**, según él lo bautiza al crearlo. Resulta así dando dos nombre a una sola idea.

Para Bonaparte es la guerra la que tiene principios —leyes inmutables— que no cambian, "ya que sólo la táctica cambia cada diez años" bajo la influencia del armamento o, en general, de los procedimientos nuevos puestos en práctica: aviación, tanques, gases, redes de alambre, alcance y efecto de los proyectiles. Y veremos después que Bonaparte no empleó —porque entonces no se usaba— la expresión ni el concepto estrategia.

Los espíritus poco advertidos pueden juzgar superflua esta discusión; pero es necesario decir que este resumen constituye un verdadero ensayo original que tiende a establecer la requerida claridad en el total de las ideas dispersas —como brillantes sueltos— que circulan al respecto. Para hacer esta recapitulación ha sido necesario leer y releer autores y tratadistas alemanes, franceses, españoles; oponer los unos a los otros y explotar la formidable cantera de material que sus obras ofrecen; para hacerlo así hemos tenido presente que Napoleón escribe: "Antes que todo, en la guerra, es necesario establecer bien el lenguaje por emplear, a fin de poderse entender, pues por ese inconveniente es que se toma una cosa por otra", y Jomini, el profundo tratadista que actuó y escribió en la misma época y con parecido talento y luminosidad que Clausewitz, dice: "Es esencial entenderse preferentemente sobre las diversas denominaciones...; de otro modo será imposible designar las distintas operaciones y calificarlas". Agregaremos nosotros que será imposible también el comprenderlas y aun el comprendernos.

Para afirmar mejor que existe confusión, como dijimos anteriormente, tomemos en consideración otra fuente inagotable de errores que se producen en esta clase de estudios: algunos autores, torciendo las expresiones originales de los grandes maestros o amoldándolas a su gusto, les hacen decir cosas que jamás pensaron.

Tomemos un ejemplo de estas mistificaciones: Un notable autor de los que acabamos de citar, afanado en demostrar que la estrategia es un arte, cita esta frase de Napoleón: "La **guerra**, lejos de ser una ciencia exacta, es un arte sometido a ciertos principios generales...". Y el autor comenta: "Es cierto que Napoleón emplea el término **guerra**, pero la definición muestra claramente que empleó guerra como un perfecto sinónimo de estrategia". Funda así su definición en lo definido y obscurece el concepto del que estudia, llevándolo dolosamente a un círculo vicioso.

Otro orden de dificultades: el afán de superación, la competencia de nacionalidades. Un ejemplo de esta clase, para pasar a otra cosa. Cullman, en su **Estrategia**, de 1924, dice: "Los alemanes han

obscurecido el papel de la Estrategia...". Y Mordacq, en 1921, decía: "Si recapitulamos nuestro anterior estudio estratégico, nos choca ver la parte preponderante tomada por los escritores alemanes en el establecimiento de la doctrina estratégica". Cullman, pues, no leyó a Mordacq, o bien olvidó, o pospuso o desconoció a los tratadistas alemanes; y éstos son tan notables y mundialmente renombrados, como von Bülow, von Valentini, Willisen, Gneisenau, Scharnhorst, Muffling, Krausneck, Reyher, Clausewitz y luego Moltke, Rustow, von Scherff, Hohenlohe, Boguslawsky, von der Goltz, Schlieffen, sin llegar a los que florecen a partir de la Guerra Mundial, como Ludendorff.

Conviene saber que para interpretar la Teoría General existen varios grupos escolásticos, que simplemente enumeraremos:

Los **innatistas** forman la escuela tal vez más numerosa. Pertenecer a ella es la cosa más simple: se preconiza que la inspiración y el genio dominan toda situación crítica de guerra; se alardea de talento innato y de un don personal, difícil de comprobar mientras no viene la guerra. "¡Se nace estratega o no se nace!..." Se habla del talento improvisador y de los **in promptus** de Napoleón, siendo así que éste dijo: "Todo lo que yo hago no me lo sopla un Genio al oído; es fruto de la reflexión y de la meditación". El General Colin, en su obra titulada **Educación Militar de Napoleón**, sigue paso a paso los estudios que hizo Bonaparte y establece, incontrovertiblemente, que sus éxitos se debieron al profundo conocimiento que tenía sobre "las luchas del pasado".

Los **doctrinarios**, que pretender encerrar la guerra en fórmulas estrechas, en ecuaciones, en figuras geométricas, descuidando generalmente las fuerzas morales, de las que hacen poca cuenta.

Los **ideólogos**, opuestos a los anteriores, que consideran la guerra como un problema de orden psicológico.

Los **racionalistas**, que, sin caer en los extremos del racionalismo puro, se apoyan en el valor de la experiencia para fundar razonadamente sus teorías, dando a cada una de ellas el legítimo apoyo que le pueden brindar los hechos reales del pasado. Es la escuela del sano raciocinio —**bonsens**— preconizada y realizada por los Bonnal, los Schlieffen, los Foch, los von der Goltz, los Langlois, Bernhardi, Négrier y otros tantos; son los modernos, que han llegado a nuestros días fundando la escuela del estudio histórico y de la crítica histórico-militar, que es hoy mundial.

LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES Y LOS PROCEDIMIENTOS DE EJECUCION

La Teoría General del Arte está formada por Principios Fundamentales o Leyes Generales, que son la aplicación a la guerra de simples preceptos de sentido común, de normas de puro juicio natural. Por eso Sócrates decía a sus discípulos: "En la guerra no hay sino principios generales, que no son en sí más que verdades naturales. Existen tantos modos de aplicarlos como circunstancias se presenten, y **éstas no son nunca parecidas**".

Los Principios asientan su importancia en el hecho de que su aplicación tiende a actuar sobre la moral del adversario, puesto

que nunca habremos de olvidar que la guerra es una lucha entre hombres y que éstos se hallan siempre dominados por el sentimiento, por las fuerzas del espíritu. En consecuencia, los Principios no se modifican en su íntima esencia por la influencia de medio físico, ni por el material de que estén provistos los hombres que la hacen.

No hablaremos, pues, de los pseudos principios que algunos escritores notables señalan como nacidos en la Guerra de 1914-1918, agregando que son producto de la potencia del material moderno de lucha, con lo que sus mismos sustentadores los desvirtúan e invalidan.

Son invariables a través de las edades y permanecen siempre como Principios Absolutos:

EL PRINCIPIO DE LA POTENCIA EN EL ESFUERZO,

EL PRINCIPIO DE LA SEGURIDAD Y

EL PRINCIPIO DE LA DESTRUCCION.

EL PRINCIPIO DE LA POTENCIA EN EL ESFUERZO

La guerra se propone quebrantar la voluntad de la nación enemiga por medio de golpes vigorosos lanzados sobre una parte de ella, que es su ejército, y, en escala descendente, sobre una parte importante o fracción considerable de ese mismo ejército, para hacer que el resto reconozca su inferioridad material. La derrota del cuerpo principal de las fuerzas adversas, o bien de la de algunas decenas de miles de soldados, provoca la quiebra moral y arrastra al desastre a otras tantas decenas de miles que, por acción refleja del primer golpe, se verán obligadas a capitular o, por lo menos, a ceder en su empeño. El agente que ha servido de multiplicador de estos resultados materiales es el miedo, el terror.

Es menester, pues, buscar la forma de producir una importante depresión moral en las filas del adversario, aun cuando se disponga de inferiores medios y menores efectivos. En efecto: si por organización dispusiéramos de fuerzas enormemente superiores, como ocurre en la guerra de ejércitos bien constituídos contra masas mal armadas y apercibidas o contra salvajes, la guerra se convertiría en un choque brutal, cuyo resultado, fácil de prever, sería el aniquilamiento del menos numeroso o peor armado, por siemple razón mecánica. No haría falta que habláramos de Arte.

Pero si consideramos dos fuerzas beligerantes debidamente instruídas y dotadas de medios análogos o muy parecidos, es claro que el talento del jefe y su perfecto dominio de los secretos del Arte Bélico serán determinantes y decisivos. Esta habilidad del jefe deberá tender, lógicamente, a emplear y disponer todos sus elementos y sus medios en forma tal que consiga ser el más fuerte en el momento y lugar en que la lucha haga crisis o, mejor aún, en aquel donde su habilidad haya sabido provocar dicha crisis.

Recordemos a Aníbal en Cannas, cuando con 50,000 soldados vence a los 80,000 de Varrón. Comprendió con toda oportunidad que no podía pretender el triunfo si no echaba en la balanza todo lo que pesaba su talento, como táctico y hábil conductor de hombres; una

vez más, en este caso, fue el General quien ganó la batalla, tomando disposiciones ajustadas a los eternos principios del arte de la guerra. Dictó órdenes fundadas en la necesidad de doblegar la moral del adversario por el quebrantamiento parcial de sus fuerzas materiales, para luego, sin espíritu que las aliente y cohesione, capturarlas o dispersarlas.

Desarrollado el combate tal como Aníbal lo concibiera, sincronizada matemáticamente la acción de cada pieza de la gigantesca maquinaria de guerra que dirigía, vencedores los cartagineses, capturaron algunos miles de romanos y degollaron a 50.000 en el campo de batalla; la carnicería se suspendió porque se puso el sol. . "No fue por su armamento ni por su táctica como venció Aníbal —dice Polibio—, sino por el Arte estratégico que impregnó toda su concepción". Es pues indispensable, aun con fuerzas inferiores, agredir al adversario "del fuerte al débil", ya que no en todo su frente, por lo menos en un punto sensible de su dispositivo y en un momento dado.

Este es el primer principio de la teoría; principio que sa ha llamado de la acción en masa o de la acción en fuerzas. Si a este principio, para mejor acordar nuestro léxico, le llamáramos el principio de la Potencia, cortaríamos las perífrasis antes citadas y tendríamos un palabra empleada con propiedad y casticismo para expresar esa idea que abarca una serie de realizaciones.

La enunciación de este principio parece ser de infantil ingenuidad, ya que a cualquiera se le ocurre que para vencer hay que ser el más fuerte; pero, a pesar de la candorosidad que se puede atribuir a quienes ponen este principio a la cabeza del Ideario del Arte, la verdad es que, una vez sentado y bien admitido, imprime a los problemas de la guerra extrema simplicidad, facilitando los cálculos del General y el planteamiento de sus decisiones. En efecto: todo queda asegurado desde que se logra concentrar en un punto dado fuerzas superiores o, por lo menos iguales a las del adversario. Esta clara noción de la masa o del número es la principal, es la que permite resolver con el atrevimiento y la precisión que la guerra exige las graves perplejidades y dudas que ofrece a sus directores; su desconocimiento es el que ha dado lugar a tantas pretendidas finuras y verdaderas sutilezas, que caen siempre en lo pedantesco, siendo así que en la guerra sólo valen las fuerzas —suma de valores morales y materiales— y que la masa, multiplicada por la velocidad con que se le sepa animar, es lo único que ha de tomarsè en cuenta.

Repitamos que no siempre se podrá ser el más fuerte en todas partes, a pesar de lo cual se deberá vencer, y esto se logrará mediante el empleo de ciertos procedimientos de ejecución, gracias a los cuales podremos solucionar esta antítesis.

Como ocurre en todo, existen numerosos medios para alcanzar un fin cualquiera. En la aplicación de los **principios generales** el Jefe deberá, pues, emplear todo su talento para encontrar la mejor forma de ponerlos en acción; recurrirá a determinados **procedimientos de ejecución** que conjugará según su método o sistema de operaciones, el elemento dentro del cual actúe y el cúmulo de circunstancias particulares, siempre variables, que ofrece la guerra en

cuanto a las fuerzas, el terreno, las vías, los recursos y, muy especial y principalmente, según la misión que haya recibido, la que ha de servirle de hilo conductor para volver al fin que se ha propuesto cuando las eventualidades tuerzan su intención o comiencen a desviarla.

Sin embargo, sin pretender —y nadie lo ha pretendido nunca— fijar determinados procedimientos de ejecución con rigidez improcedente, conviene señalar los principales de entre ellos para fijar las ideas.

LA ECONOMIA DE LAS TROPAS * : Es el procedimiento que aconseja nos disgregarlas innecesariamente, debiendo atender con el mínimo estrictamente indispensable al cumplimiento de las tareas secundarias, que resultan siempre inevitables. De este modo se podrá reunir la mayor masa posible —hombres, medios, material— para la tarea principal, que ha de ser asimismo una sola. Por esto último es que se dice que un ejército bien conducido ha de tener una sola línea de operaciones, una sola trayectoria.

La economía de las fuerzas ha sido presentada siempre como principio del Arte de la Guerra. Aquí la señalamos como procedimiento subordinado del principio que llamamos de la Potencia. Foch mismo lo dice, pues considera la economía como principio, poniéndola a la cabeza de los que enuncia en su segunda conferencia de la Escuela de Guerra de París; pero, luego de dedicarle un capítulo íntegro, que constituye su cuarta conferencia, y después de estudiar con detalle la Campaña de Italia en 1796, asienta esta rotunda conclusión con que cierra el citado capítulo *: "El Arte consiste, pues, en **hacer número**, en conservarlo para sí en el punto de ataque escogido; el **medio** es la economía de las fuerzas".

No insistiremos tanto en los demás procedimientos de ejecución que permiten alcanzar la referida potencia, pues su simple enunciación los explica claramente.

LA CONCENTRACION DE LOS MEDIOS: Que exige la previa y secreta acumulación de todos los elementos, tropas, abastecimientos, que vamos a emplear en un punto y en un momento dado, es decir, en aquel en que queremos realizar nuestro esfuerzo principal.

LA CONVERGENCIA DE LOS ESFUERZOS: Armas y unidades, lateralmente y en profundidad deben hacer concurrir sus esfuerzos a un fin predeterminado. Ningún esfuerzo ha de diverger, todos inciden, en gigantesco haz de voluntades, para acrecentar la Potencia que buscamos.

LA ENSAMBLADURA DE LAS MASAS: Que ha de aparecer desde la primera orden dictada por el Jefe Superior, regulando la acción de todos dentro del molde que él impone, manteniendo las

* Que substituimos a economía de las fuerzas pues esta frase hecha, de clisé se ha prestado con singular frecuencia a las más lamentables y lastimosas equivocaciones.

* Les Principes de la Guerre, edición 1921, pág. 91

piezas —divisiones, ejércitos— de la maquinaria bélica que dirige, en el más perfecto sincronismo e interdependencia para que puedan prestarse mútua y oportuna concurrencia y ayuda. De esta manera, se sueldan los esfuerzos parciales y hasta cierto punto independientes, y la suma de todos ellos aseguran la tan buscada Potencia.

EL PRINCIPIO DE LA SEGURIDAD

Si en la guerra nos proponemos encadenar la voluntad del adversario para imponerle la nuestra, es lógico que procuremos **informarnos** de cuál es la situación que ocupa, de su condición moral y material y de la actitud que adopta, conseguido esto, podremos oponernos a todo lo que intente y actuaremos contra él con conocimiento de causa.

Inversa y lógicamente, debemos precavernos contra las imposiciones que el enemigo quiera hacernos sufrir, para lo que impediremos que se informe, a su vez, de nuestras intenciones, actitud o disposiciones, lo que nos obligará a **cubrirnos** en forma muy cuidadosa.

He aquí definido el principio de la Seguridad: **informarse y cubrirse.** Respetándolo en la ejecución de las operaciones y teniéndolo siempre en mira, dispondremos de los beneficios de la libertad de acción y de la libre disposición de las fuerzas, que han quedado señaladas de hecho con la proposición antes planteada. "Es necesario —como en esgrima— atacar sin descubrirse, y parar el golpe sin dejar de amenazar al adversario" (Foch).

Además, a pesar de todas las precauciones, durante las operaciones se presentarán largos períodos en los cuales se permanecerá en la mayor incertidumbre sobre las actividades del enemigo, y, no obstante, se deberá estar prevenido y en **guardia** contra lo desconocido y lo imprevisto, que es ley en la guerra.

Nace de aquí la formidable y aterradora importancia de la sorpresa —estratégica, táctica, técnica—, combinación de astucia, secreto y rapidez, cuya fuerza reside en la tendencia propia del espíritu humano que teme más al mal que se presenta inopinadamente —porque la imaginación lo multiplica y exagera— que al peligro o a la amenaza que le es conocido.

El contendor que consiga realizar estrecha alianza entre sus fuerzas y la sorpresa, decuplicará por lo menos la potencia de su acción. Es pues un factor de éxito que abre el camino de la victoria; es un medio que aumenta, aunque en forma ficticia, la potencia del esfuerzo.

En cambio, el contendor que experimente sus efectos, verá disminuir de improviso la moral de su tropa, sufrirá una perturbadora conmoción en el escalón del propio Comando, por la serie de disposiciones que éste se ve obligado a dictar a última hora, y, a la postre, su tropa, aterrorizada y en confusión, por las precipitadas y encontradas órdenes que recibe, resultará fácil presa del desastre.

Ahora bien: para obtener los antedichos fines, y para garantizarnos contra la sorpresa que acabamos de valorar, es decir, para no trasgredir el Principio de la Seguridad, son tres los elementos suce-

sivos que se requieren: **tiempo, espacio y resistencia.** Para conseguir estos elementos habrá que recurrir a ciertos procedimientos de ejecución, que presentamos en sistema.

SISTEMA DE INFORMACION, espionaje, aviación, caballería, elementos motorizados que pudieran ser adelantados; medios éstos encargados de dar **tiempo** por el dato oportuno, para garantizar la libertad de acción. Al decir que el dato debe ser oportuno viene a la mente en seguida el imprescindible factor complementario de la información: **transmisiones**, que permiten aprovechar los esfuerzos de aquellos elementos de búsqueda, los que, sino pudieran informar a tiempo, más valiera que no se les hubiera adelantado.

SISTEMA DE COBERTURA, que garantiza el **espacio** necesario por su inteligente interposición entre las fuerzas adversas y las propias, subtendiendo una zona de seguridad, gracias a la que se conserva la libre disposición de las fuerzas. El **escalonamiento** en profundidad concurre al mismo fin, pues permite al Jefe renovar sus esfuerzos e impide que un fracaso de la cobertura, abriendo paso al enemigo, ponga simultáneamente a todas las fuerzas frente a un mismo peligro.

SISTEMA DE PROTECCION, que es el tercer factor, y que representa **resistencia**: **vanguardias**, avanzadas, etc., que garantizan a las tropas contra las sorpresas materiales. En este párrafo hay que incluir la protección contra los fuegos que se obtiene por la **articulación y flexibilidad del dispositivo**, siempre equilibrado, para facilitar todas las empresas y parar los imprevistos. Y, además, la protección **antiaérea** y **antigás**, guarda y prevención contra las sorpresas materiales de estos novísimos y terroríficos peligros.

EL PRINCIPIO DE LA DESTRUCCION

Si los ejércitos se organizan, dotan, abastecen y concentran con el fin de doblegar la voluntad del enemigo, quebrantando su moral, es lógico que busquemos con la mayor rapidez posible el choque con las fuerzas de aquél, para destruirlas siquiera en parte, como hemos dicho, a fin de hacerle perder la fe en sí mismo, el deseo de vencer y la esperanza de obtener los fines que se proponía al emprender la guerra. Habrá que ocasionarle el mayor daño posible, en el más breve tiempo.

Este principio absoluto es la verdad y esencia misma de la guerra. Sin embargo, guerras han habido en que ha sido olvidada esta capital y substantiva norma y ley bélica.

Conviene recordar, a propósito de este principio, las frases que dicen: "No hay victoria sin batalla". "La batalla debe tender al aniquilamiento completo del adversario". No llegaremos a decir al exterminio que consiguió Aníbal en Cannas y que pretendió obtener Schlieffen cuando organizó lo que él mismo llamaba una "vernichstungslacht", en los campos de batalla que estudiara para la lucha de 1914.

La "sed de batalla" que caracteriza, desde Napoleón, los sistemas de guerra de los grandes Generales; la búsqueda afanosa del

choque con el enemigo, en lugar de vagar tras la conquista de objetivos geográficos; la enconada explotación del éxito; la inexorable persecución; la expurgación de las cubiertas y abrigos; el empleo de gases y lanzallamas, la creciente potencia de los efectos del fuego de artillería o de las granadas de avión, los "**stukas**", demuestran la continua progresión de aquel afán de exterminio o aniquilamiento que llega hasta el bombardeo y destrucción de ciudades indefensas.

Tal vez este principio no ofrezca, como los otros, una serie de procedimientos de ejecución fáciles de enunciar; esto se debe al hecho de ser tan general y absoluto, que ha de aplicarse a toda realización bélica; se debe, a que ha de existir, más que todo, en el ánimo del Jefe y en el corazón de cada soldado, que no tienen derecho a economizar la sangre del adversario mientras éste, **manteniendo las armas en la mano**, se encuentre en condiciones de hacer daño.

Hoy está muy desarrollado, como consecuencia del grado de civilización a que hemos llegado, un sincero y bien sentido espíritu humanitario que invade en tiempo de paz a los componentes de un ejército. El generalizado anhelo pacifista, puede también influir en el modo más o menos conciliador como miramos hoy la guerra.

Pero conviene recordarle a los soldados que, como lo quieren los más notables Generales y los más ilustres tratadistas militares, la guerra debe ser cruel, sangrienta, catastrófica, para que sea menos dura y exija menores sacrificios. Es paradojal, pero efectivo, que cuanto más pronto convenzamos al enemigo de su absoluta impotencia, tanto menos víctimas habrá de uno y otro lado. Tal es, a pesar de todo sentimental humanitarismo, la teoría que predican los conductores más preclaros de las mejores organizaciones militares. Y tal lo vemos hoy en el Conflicto Europeo, donde no se ahorran víctimas ni siquiera en la población no combatiente.

La guerra es, indudablemente, un rezago de pasadas épocas; el tiempo no ha logrado hasta ahora modificar su naturaleza. Un pueblo prudente para desencadenarla, debe, una vez en ella, empeñarse a fondo con ciega inexorabilidad, con tesonera persistencia y, como quien dice: **sin mirar atrás.**

De lo anterior se deduce que el Jefe que quiera responder bien como caudillo, y cumplir lo que preceptúa el Principio de la Destrucción, ha de emplear: **rapidez,** para acudir hacia el enemigo y para sumar a un éxito inicial sucesivos y redoblados golpes; **agresividad**, que se traduce en ofensiva —aparece recién la ofensiva, elevada, a veces, con error, a la categoría de principio— para suprimir la incertidumbre y comenzar a imponer la propia voluntad; **obstinación** en el ataque o empecinamiento en la defensa; **energía,** dureza, que constituyen un valiosísimo coeficiente que decuplica las fuerzas materiales; **inexorabilidad,** con propios y extraños.

Eso esperan de nosotros, aunque guarden su secreto, amable y amorosamente, nuestros padres y nuestros hijos.

En vista del adelanto de las industrias de guerra, muchos profesionales han deducido, y se afanan en demostrarlo, que la victoria corresponderá al beligerante que disponga de la superioridad en el aire; afirman que esta superioridad les permitirá vehicular en plazos brevísimos, que burlan **el tiempo, el espacio** y **la resistencia**, grandes cantidades de intoxicantes que darán rápida cuenta de la

energía del adversario, destruyendo los puntos vulnerables de su organización general. En esta contingencia, los órganos de fuerza, o sea los ejércitos, que antes partían a cubrir la frontera cerrando el paso al enemigo, se transformarán en impotentes espectadores del aniquilamiento y destrucción total de aquello que se proponían defender —y hoy sucede así en las Islas Británicas— llegando el caso de que los ejércitos sean licenciados sobre el pretendido campo de batalla, sin haber hecho un tiro, para correr en socorro material de la población no combatiente, que, inerme, habrá pedido la paz a su agresor de los aires —y tal sucedió en Polonia y en Francia.

Si aceptáramos esta desopinante conclusión, nuestros estudios serían frívolos y banales, porque nos llevarían a empaparnos del pasado, olvidando el punzante porvenir y el clarísimo presente. En efecto: si la decisión de la lucha debe obtenerse en las capas más o menos elevadas de la atmósfera, los ejércitos verían reducido su papel a la guarda momentánea de fronteras y a la custodia de aeródromos y defensa antiaérea, hasta que la paz fuera aceptada algunos días después de que uno de los adversarios dispusiera de la libre navegación en los aires.

El sentimiento humanitario, que parece oponerse a esta moderna concepción de la lucha de pueblos, no debe ser tomado en cuenta por los hombres de guerra. En este concepto, un bombardeo que destruya e inficcione una capital, por ejemplo, aún sin previa declaración de guerra, será la operación bélica más humanitaria de que pueda gloriarse un caudillo. Tal es, sin filantropía y sin lirismo, la teoría que hoy predican los conductores de las fuerzas armadas, y la que hemos visto pasar a la práctica en los campos de batalla de nuestros días.

Nosotros, sin embargo, podemos todavía hablar de ejércitos, por razones que están al alcance de cualquiera, sin descuidar la simultánea y concurrente actividad de esas nuevas armas que han conquistado la tercera dimensión en la guerra moderna. Frentes y profundidades eran los elementos del pasado; hoy, es necesario agregar la altura de los dispositivos, para poder expresar su solidez y su fuerza. Esta es, tal vez, la más notable de las lecciones que han dejado las guerras más recientes, y la actual.

Podríamos concluir esta síntesis de la Teoría General del Arte de la Guerra, con un ejemplo que puede parecer infantil, pero que sirve para fijar mejor las ideas.

El primer soldado del mundo, es decir, el primer luchador a muerte que hubo en él, Caín, no golpeó suave ni levemente a su ingenuo e indefenso hermano. Parece ser que, con todas sus **fuerzas reunidas**, por **esfuerzo convergente** o concurrente de ambos brazos, **concentrando** en los biceps todo su vigor que reforzó en la acción por el **más pesado** de los garrotes de que pudo disponer; **informado** de las posibilidades e inocente descuido de Abel, y actuando por **sorpresa** y en propia **seguridad**, se aproximó a su objetivo, con **rapidez**, con afán decidido y enconado espíritu de **destrucción**, ciega **obstinación** y cruel **dureza**. El resultado que tuvo esta agresión... es de todos conocido.

ESFERAS DE APLICACION DE ESTA TEORIA

Y ahora, luego de entrever la Teoría General y algo sobre su estudio, examinaremos las realizaciones que la Guerra implica.

La guerra se **prepara** en la paz y se **conduce** una vez desencadenada. Luego se explotan sus resultados imponiendo una paz ventajosa.

La preparación y la conducción es la tarea propia del General, del **estratega.** La explotación es la tarea del diplomático.

La preparación se refiere a la formación del útil. La conducción comprende todo lo relativo a su empleo.

Ahora bien: en la conducción es necesario llevar al útil, es decir, a las fuerzas armadas, en las mejores condiciones posibles y con las mayores probabilidades de éxito, al terreno de la obra, frente a su punto de aplicación que son las fuerzas del enemigo, para darle batalla y destruirlo.

La **Estrategia** domina este vasto campo. El estratega prepara, es decir: organiza, dota, moviliza, las fuerzas armadas. El estratega conduce las fuerzas y las informa, cubre, concentra y despliega, para llegar al campo de batalla en las mejores condiciones. Luego, dirige esta batalla o batallas y se afana por sacar de ellas el mayor producto de destrucción.

La **Estrategia,** que es el dominio propio del General, comprende esta serie de realizaciones. Y está formada por métodos de guerra y sistemas de operaciones, fundados en el conocimiento militar y en el talento propio de cada estratega.

Pero, las marchas preliminares, los transportes, evacuaciones y, principalmente, los abastecimientos que necesita esa masa de hombres, requieren cuidados especiales y absorbente atención. Aparece entonces la **Logística,** hermana menor y auxiliar inmediata de la **Estrategia.**

La Logística tiene, en algunos ejércitos, el disparatado nombre de estrategia de marcha. El concepto original de la Logística se debe a Jomini. En ciertos ejércitos tiene tal importancia que el General es auxiliado por un Jefe de Estado Mayor y por un **Quartier Meister General,** nuestro antiguo Maestre de Campo, quien, según lo establece von der Goltz, "regla todo lo que se refiere a los movimientos interiores o de detalle de las tropas —dentro del gran concepto de movimiento de fuerzas que haya establecido el General de acuerdo con su Jefe de Estado Mayor—, las evacuaciones y los abastecimientos, los Servicios y demás".

Pero volvamos a la Estrategia, que es ahora nuestro motivo capital.

La Estrategia no era, entre los griegos, de donde procede la voz original, escrita o discutida, se sobrentendía como lo propio del General. Alejandro aplicó subjetivamente concepciones estratégicas para invadir Asia y África, las entonces conocidas. El primer libro que pretende abordar el estudio de la estrategia aparece, por Onoxandro, 50 años antes de Jesucristo.

Luego se pierde el término a pesar de las cruentas guerras que se realizaron en el largo período que se extiende hasta 1770, en que Maizeroy, francés, hace revivir la expresión, pero no el concepto... Aunque esta historia de la estrategia no ha sido escrita todavía, suprimiremos la enumeración de autores y transformaciones, para no caer en inútil y ocioso enciclopedismo. Saltando al tiempo de Bonaparte, diremos que éste jamás empleó el término estrategia, cuyas realizaciones designaba con el nombre de Gran Táctica, y, sin embargo, Puysegur, Lloyd, Feuquieres, Guibert, el Mariscal de Sajonia y muchos otros, entre ellos Maizeroy, ya citado, sus inmediatos contemporaneos, lo habían empleado, aunque con timidez y refiriéndose erróneamente a simples realizaciones de orden táctico.

El término toma todo el auge que hoy se le concede y expresa el concepto actual con ligerísimas variantes, a partir de la aparición muy retardada de la obra que subscribiera el alemán von Bülow en 1799. Luego, las lecciones de la pléyade de escritores militares que sucedió al ciclo napoleónico ponen el estudio de la estrategia en boga, hasta que en 1909 y 1910 se comienzan a crear cátedras de estrategia, cuyas bases más firmes habían sido echadas años antes por Bonnal.

La Táctica, cuyo ideario está muy difundido por cuanto sólo se refiere a la ejecución como la estrategia a la concepción y dirección, ofrece las reglas, preceptos y normas para el empleo del útil en el campo de batalla.

No olvidemos decir que, según Clausewitz "existen dos actividades absolutamente distintas: la táctica y la estrategia; la primera ordena y dirige la acción en los combates, en tanto que la segunda enlaza unos combates con otros para lograr los fines de la guerra". Y agregaremos que, en consecuencia, la táctica ha de hallarse profundamente impregnada de concepción e intención estratégica.

Al pasar recordemos que las nociones fundamentales de Potencia, Seguridad y Destrucción dominan en el campo estratégico como en el campo táctico, y así comprobamos una vez más la maravillosa unidad y simplicidad del Arte de la Guerra.

Hermana menor y muy envejecida, prueba es que los poco versados casi no la toman en cuenta, pero hermana legítima de la Táctica, es la **Poliorcética**, que se contrae al ataque y defensa de plazas. Su nombre viene también del griego y de ella se derivó el sobrenombre de Demetrio, sucesor de Alejandro, expertísimo y afortunado expugnador de plazas fuertes, que fuera llamado Poliorcetes. En ese tiempo la guerra no se resolvía solamente en el campo o campos, sino que las plazas atraían la atención y acción de los ejércitos, que eran detenidos por ellas a menudo; así nació la Poliorcética. Por ejemplo: el ataque obstinado y la defensa empecinada y heroica de Verdún, constituyó un problema de Poliorcética; la línea Maginot ha constituído, con la Siegfried, problemas y realizaciones poliorcéticas.

Para terminar, séanos permitido incluir un cuadro sinóptico que hará resaltar los errores que tuviera esta compendiada interpretación del Arte de la Guerra y de su Teoría General bajo cuyas conclusiones hemos redactado los conceptos de esta Obra.

ARTE DE LA GUERRA

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES		PROCEDIMIENTOS DE EJECUCION *
TEORIA GENERAL	Potencia o acción en fuerzas o acción en masa	economía de las tropas, concentración de los medios, convergencia de los esfuerzos, ensambladura de las masas.
		transmisiones
	Seguridad que da libertad de acción y libre disposición de las fuerzas	informaciones, cobertura, protección.
	Destrucción que es aniquilamiento	rapidez, agresividad (ofensiva), obstinación-empecinamiento-dureza
ORDENES O ESFERAS DE ACCION	Estrategia Táctica	Logística Poliorcética

* Los Primordiales o Capitales.

GUERRAS DE LA REVOLUCION EMANCIPADORA

1820-1826

LIBRO PRIMERO

GUERRAS DE LA REVOLUCION EMANCIPADORA

CAPITULO PRIMERO

PRODROMOS DE LA EMANCIPACION

. . . . - 1820

Las causas de la guerra.
Los movimientos iniciales.—Túpac Amaru.- Pumacahua.
Expediciones argentinas.— González Balcarce.- Belgrano.- San Martín.- Rondeau.
Marcha al Perú de la Revolución.
Las tropas beligerantes.- Organización.- Táctica.- Armamento.

LAS CAUSAS DE LA GUERRA

Tan grande fue el trastorno que sufrió la Humanidad con el descubrimiento y conquista de América, como el que representó la dura lucha, de catorce años consecutivos, que dio libertad a la parte Sur del Continente.

Lograr la incoporación de millones de hombres a la más floreciente civilización de aquella lejana época; afiliarlos al progreso; usufructuar lo ubérrimo de sus tierras y sus tesoros escondidos, obteniendo con ello el mejoramiento moral y material de la especie, fue, indudablemente, la mayor gloria que haya cabido a pueblo alguno y que España alcanzó, gracias a sus cualidades de pueblo guerrero, en los albores del siglo XVI. Asimismo, luchar por la libertad, denodada y tesoneramente, bajo la férula de una dominación ya secular y tradicional, como lo hicieron los pueblos de América al comenzar el siglo XIX, significa, también, gloria inmensurable para los hijos de esa misma España.

Los autóctonos de América, luego que tomaron contacto con los europeos, quedaron influídos por los beneficios de una civilización superior a la suya y, desconcertados ante la presencia de hombres que venían de insospechados rumbos, se sometieron a las nuevas leyes y preceptos que éstos imponían, permaneciendo cerca de tres siglos como asombrados discípulos ante el rígido y severo maestro: sin embargo intentaron en repetidas ocasiones librarse del duro tu-

telaje en que se hallaban; pero, no había sonado aún la hora en que debía irradiar, entre torrentes de sangre, la luz maravillosa de la libertad.

El mismo pueblo español, como los demás de Europa, soportaban igualmente el despótico yugo impuesto por el absolutismo de sus monarcas. Correspondía, pues, a esos mismos pueblos, iniciar el movimiento a favor de la deseada libertad y de la igualdad ante la ley; y, en efecto, fue uno de aquellos, Francia, el que obtuvo que se reconocieran y codificaran los derechos absolutos con que todo ser humano se presenta en el palenque de la vida.

La libertad lució, entonces, no sólo para Francia, sino para la humanidad entera, determinando las relaciones de mutuo respeto que deben existir entre los seres que la forman. Y ese pueblo glorioso no sólo enunció los "Derechos del Hombre", sino que luchó hasta establecerlos y cimentarlos, paseando su bandera, triunfalmente, por Europa.

La Revolución Francesa iluminó las obscuras ideas de libertad que las masas alentaban, y con el movimiento mundial que provocó, creó el anhelo de emancipación entre los hombres de Europa y entre los pueblos de América.

Aparte de este general anhelo de libertad, hubieron otras causas que determinaron a los americanos a buscar su emancipación; entre ellas: los celos de los ingleses contra España, cuya influencia económica trataban de aminorar haciendo propaganda política y comercial contra sus intereses; el ejemplo que había dado América del Norte proclamando el Acta de la Independencia y triunfando sobre sus dominadores, gracias al concurso de Francia y de la misma España, y, por fin, la actitud heroica del pueblo español que se organizara en Juntas Nacionales y luchara por largos años contra Napoleón, obteniendo repetidos éxitos y demostrando que la victoria es siempre fruto exclusivo del fuego santo del patriotismo.

Por otra parte, los hispanoamericanos se hallaban mal gobernados y eran víctimas de la general corrupción de costumbres de sus mandatarios. "El bien público era sacrificado a los intereses particulares: la virtud y el respeto a las leyes no eran sino un nombre vano: la opresión y las inhumanidades no inspiraban ya horror a los más de los hombres, acostumbrados a ver triunfar el delito. Los odios, la perfidia, la usura, la incontinencia, representaban en los correspondientes teatros la más trágica escena, y, perdido el pudor, se trasgredían las leyes sagradas y civiles con escándalo reprensible". *.

Si a esta serie de causas se agrega la natural y legítima ambición política de los criollos que se juzgaban aptos para el gobierno de su propio suelo, se tendrá un esbozo de las circunstancias que propendieron a que las ideas de libertad, hallaran en América el más vasto y preparado campo para fructificar.

Hubieron, pues, causas de orden interno o endógenas, a las que se sumaban las de extraño origen o exógenas, que impulsaron a los pobladores de Hispanoamérica a demoler el arcaico edificio administrativo y político que la Metrópoli mantenía en sus colonias.

---

* Documentos Históricos del Perú. Tomo I. Prólogo de su autor, Coronel Manuel Odriozola.

LOS MOVIMIENTOS INICIALES

La Conquista no estaba aún consolidada, cuando comenzaron a producirse rebeliones de los indígenas contra el sistema de conculcación de todo derecho, que implantaron los conquistadores; la reivindicación del reino de sus mayores, que procuraban diversos caudillos aborígenes, conmovía también a las masas que, en repetidas ocasiones, se levantaron contra la tiranía de sus opresores. Pero, estas manifestaciones aisladas fueron reprimidas siempre con facilidad y castigadas con dureza tal que intensificaron las desazones entre los gobernadores y los gobernados; además, las querellas que se produjeron entre los mismos dominadores abismaban al país en la anarquía.

El padre De las Casas, severo juez que acompañó a los conquistadores en las Antillas, se dio cuenta de la ambición que abrigaban los nuevos dueños de estas tierras, en cuya mente germinaba la idea de alzarse con la presa, y llegó a afirmar que los hijos de los conquistadores "no querían otra cosa, en romance, que despojar y echar o desterrar a los Reyes de Castilla de todo aquel orbe y quedarse ellos con él".

La rebelión de Gonzalo Pizarro de 1543 a 1548, la de Francisco Hernández Girón, de 1553 a 1556, y la de Aguirre, en 1580, confirmaron, en lo que respecta al Perú, la aserción del padre De las Casas.

Años antes, el Inca Manco, que se rebeló en el Cuzco en 1536, puso en momentánea zozobra el dominio de los reyes de España; después Apu Inca, sublevado en las montañas de Jauja, en 1743; el inca Felipe, en 1750; Tupac Amaru y los Catari, en 1780, jalonaron la ruta que convenía emprender para conseguir la rehabilitación del Imperio de los Hijos del Sol.

Cuando se reveló Tupac Amaru, en 1780, expuso las causas que lo movían en su edicto de 25 de noviembre, en que dijo: "Hago saber a los paisanos moradores de la provincia de Chichas y sus inmediaciones, que viendo el yugo tan fuerte que nos oprime, con tanto pecho, y la tiranía de los que corren con este encargo, sin tener consideración de nuestras desdichas y abusando de ellas con sus impiedades, he decidido sacudir este yugo insoportable y contener el mal gobierno que experimentamos de los jefes que componen estos cuerpos".

Estas líneas dan a conocer con claridad la situación por la que atravesaba el Virreinato a fines del siglo XVIII y principios del XIX, la que originaría otros graves levantamientos que, a pesar de ser sofocados en forma sangrienta, vivificaban las ideas haciendo concebir en cada fracaso mayores esperanzas en el triunfo.

Los más importantes de estos movimientos iniciales de la emancipación, fueron, en el Perú:

En 1805, el que encabezaron Aguilar y Ubalde, que terminó con la muerte de ambos, condenados a la horca.

En 1807, la realización de un intento monárquico, que fracasó.

En 1808, la conspiración del sabio Unánue, Pezet, Chacaltana y otros que fue denunciada.

En 1809, el descubrimiento de la conspiración de Pardo, en Lima.

En 1810, la deportación de Pezet, Saravia, Anchoris y Cecilio Tagle, a quienes se les confiscaron sus bienes.

En 1811, la rebelión de Francisco Pardo de Zela, en Tacna, y la de Matías Cabrera y Ruiz de la Vega, en Huamanga.

En 1812, la sublevación de Crespo del Castillo y Durán Martel, en Huánuco, quienes sufrieron la última pena.

En 1813, la revuelta que dirigieron Paillardeli y Gómez en Tacna; José Rivera y Ferrándiz, en Arequipa.

En 1814, la gran revolución de Pumacahua, los Angulo, Melgar, Béjar y otros, que fue sofocada después de haber conmovido profundamente al Virreinato hasta agosto de 1815, en que se realizó la luctuosa batalla de Humachiri.

Los movimientos emancipadores fueron detenidos en este punto gracias al talento y tacto político del virrey Abascal, que llegó a develar todo intento y consiguió recuperar el gobierno de Chile y el del Alto Perú, haciendo escollar las expediciones de los patriotas argentinos que quisieron penetrar en el Perú marchando a lo largo de los Andes. La gran importancia de estas expediciones libertadoras exige que se haga de ellas una ligera reseña.

EXPEDICIONES ARGENTINAS

El núcleo principal de las tropas realistas que mantenía la dominación de España en América, se encontraba en el Perú, donde las ideas de libertad no podían germinar, lógicamente, bajo la sombra y presión inmediata de la fuerza. Los americanos, partidarios de la emancipación, originalmente concebida por Tupac Amaru en 1780, y brillantemente sostenida por Pumacahua, en 1814, debieron, pues, acudir a nuestro territorio, desde los confines del Continente, para sacar al hermano mayor de la tutela y para atacar en sus propias posiciones y fuentes de recursos a las fuerzas que mantenían el vasallaje y castigaban con severidad sus intentos de emancipación. Por eso fue que los soldados de la libertad americana debieron confluir por todas las encrucijadas de América para reunirse bajo el Sol de los Incas, a fin de dar la batalla final que hiciera a todos independientes.

Tal fue la tendencia que determinó a los revolucionarios argentinos, después de la Junta de Mayo de 1810, a tomar la ofensiva hacia el Alto Perú para amagar por ese lado al poder realista y asegurar su propia libertad, que no podía considerarse como definitiva mientras no se disolviera el principal agrupamiento de fuerzas del Rey. Y tal fue, también, el primer móvil que lanzó a Bolívar hacia el Sur, para asegurar la cristalización de la Gran Colombia, que acababa de integrar.

La expedición de GONZALEZ BALCARCE, despachada de Buenos Aires con escasas fuerzas, contando con que la sublevación de los pobladores de la zona que iba a atravesar le arbitraría los recursos que le faltaban, salió de esa ciudad a mediados de julio de

1810. El combate de Aroma, que tuvo lugar el 14 de octubre de ese año, en el que los patriotas sorprendieron y derrotaron a una vanguardia realista; el combate de Cotagaita, el 27 de octubre, en el que Balcarce fue derrotado por Córdoba, y la batalla de Suipacha, que se realizó el 7 de noviembre, venciendo Balcarce a su adversario en Cotagaita, son los jalones que marcan el camino que siguió la primera expedición argentina, de 1810. La batalla de Huaqui, que reseñamos en seguida, afectuada el 20 de julio de 1811, en la que el peruano Goyeneche venció a las tropas de Balcarce, señala el fin de esta expedición.

Balcarce, que disponía de 6000 soldados, con 23 piezas de artillería, y de 1200 guerrilleros de Cochabamba, llegó a ocupar la margen sur del río Desaguadero; el General Goyeneche, peruano al servicio del Rey, ocupó la margen norte del mismo río, con 6500 soldados de las tres armas, organizados en 3 divisiones. Después de haber pactado un armisticio de 40 días, que ambos adversarios subscribieron con malicia, se dio la batalla, violando condiciones estipuladas en dicho acuerdo.

La derrota que sufrieron los patriotas argentinos en esta oportunidad, fue de lamentables consecuencias para la causa emancipadora. Los realistas, gracias a esta victoria, reaccionaron y enviaron nuevas fuerzas a reconquistar las tierras ya libertadas.

Sipe-Sipe y San Sebastián fueron dos nuevos triunfos que obtuvo Goyeneche cuando avanzó hacia el sur, cruzando el Alto Perú.

Después de este fracaso, los argentinos decidieron enviar al norte otra expedición, a cargo de BELGRANO, quien, una vez que organizó sus tropas, se dirigió sobre el grueso realista.

La batalla de Tucumán, en septiembre de 1812, y la de Salta, en febrero de 1813, marcaron los primeros pasos que dio hacia el norte este General, logrando que Goyeneche, atemorizado, abandonara gran parte del territorio que había reconquistado meses antes.

Alentado con sus triunfos, Belgrano trató de alcanzar a las fuerzas en retirada del Rey; pero, en el ínterin, Pezuela había reemplazado a Goyeneche y, luego que se dio cuenta del avance de los patriotas, en lugar de continuar el retroceso iniciado por su antecesor, marchó a su vez hacia el enemigo y cayó sobre él gracias a una sorpresa nocturna, infligiéndole un fuerte descalabro en Vilcapuquio el 1º de octubre de 1813. El nuevo jefe de los realistas, victorioso, continuó en persecución de su adversario y lo alcanzó en Ayohuma, donde lo desbarató completamente el 14 de noviembre del mismo año.

Por este tiempo el Coronel **Alvarez de Arenales** lograba obtener algunas ligeras ventajas, en Angostura y San Pedrillo, sobre un destacamento realista que el General Pezuela envió en su seguimiento, a órdenes del Coronel Blanco. Reunido Arenales, después de estos pequeños triunfos, con las tropas de otro caudillo revolucionario, engrosó sus efectivos y esperó a su adversario en La Florida, presentándole combate el 25 de mayo de 1814; en ese combate murió Blanco y el General Arenales, cuyas tropas obtuvieron la victoria, fue recogido del campo de la lucha con catorce heridas de lanza.

Durante el período de relativa calma que siguió a estos acontecimientos, en que los realistas no pudieron actuar por la debilidad

de sus fuerzas, parte de las cuales debieron volver al Perú para luchar contra Pumacahua, asumió SAN MARTIN el mando de las tropas argentinas expedicionarias. El nuevo jefe una vez reorganizados los escasos elementos que le habían dejado las derrotas de sus colegas, inició un sistema especial de operaciones, llamado por él "guerra de zapa", que consistía en tener a las tropas enemigas en constante alarma con falsos movimientos y demostraciones sorpresivas en pequeña escala, tendientes a levantar la moral de sus soldados, descorazonando al adversario, cuya vida se hacía imposible en estas condiciones.

RONDEAU relevó a San Martín cuando éste renunció al mando del Ejército Expedicionario para organizar el Ejército de los Andes, con el que pensaba libertar Chile, a fin de pasar en seguida al Perú por la vía marítima.

Rondeau comenzó por marchar al norte, pero su vanguardia sufrió un primer fracaso al tomar contacto y, días después, el 27 de noviembre de 1815, el grueso fue atacado por Pezuela, que emprendio la ofensiva partiendo de Sora-Sora. La batalla realizada en el llano de Sipe-Sipe, que ya había sido teatro de otra acción de armas, fue llamada batalla de Viluma por los realistas vencedores.

La empresa de Rondeau fue la última que realizaron los argentinos en el Alto Perú. Operaciones de mayor urgencia distrajeron la atención de uno y otro adversario: los patriotas tuvieron que prepararse contra una expedición que se decía que iba a llegar a Buenos Aires desde España, y, además, los planes de San Martín hicieron desviar a las fuerzas hacia otro teatro de operaciones; los realistas, por su parte, dieron también cierta preferencia a la defensa de los territorios de Chile y, en cuanto al Alto Perú, limitaron sus actividades a conservarlo, lo que ya habían conseguido, sin que los sucesos que se realizaban en las provincias argentinas del sur debieran distraer a las fuerzas de su papel principal, que consistía en la defensa del Virreinato de Lima, encargado a su custodia.

La razón de más peso que pudieron darse unos y otros caudillos para no continuar por el camino que habían emprendido, fue que las operaciones conducidas de esta manera, a tan enorme distancia de las respectivas bases de operaciones, estaban condenadas al fracaso para quien tomara la ofensiva, pues ésta, una vez llegada a su límite, produciría el descalabro del que más se hubiera alejado de sus centros de recursos. Tal fue la razón por la que los obstinados esfuerzos de los argentinos en el Alto Perú, sólo produjeron un continuo juego de vaivén entre ambos adversarios.

MARCHA AL PERU DE LA REVOLUCION

El General José de San Martín, durante el tiempo que estuvo a cargo de las fuerzas argentinas en el Alto Perú, afirmó su concepto estratégico de atacar el Virreinato de Lima por la vía marítima. Para realizar su plan juzgó necesario libertar Chile en primer lugar, a fin de alcanzar el Pacífico y llevar por él la guerra a la poderosa colonia.

Además, procediendo en esta forma, dispondría, como auxiliares, de las fuerzas que Chile organizara una vez que hubiera conse-

guido su libertad, ya que este pueblo, como el argentino, tendría sumo interés en afianzar sus propias instituciones destruyendo el poder del Rey, que se apoyaba en el Perú.

San Martín, sin dejarse distraer de su principal finalidad, planteó la operación con toda calma y los hechos correspondieron a sus expectativas.

La organización e instrucción, dotación y abastecimientos de las tropas argentinas que reunió en Mendoza y luego el planteamiento y ejecución del **Paso de los Andes**, constituyeron la primera etapa de la marcha al Perú del General San Martín. En la tarea de preparación tuvo San Martín como segundo al General peruano Toribio de Luzuriaga, llegado después a Mariscal del Perú.

Las batallas de **Chacabuco y Maipú**, realizadas el 12 de febrero de 1817, y el 5 de abril de 1818, respectivamente, en las que los patriotas obtuvieron la victoria, y la sorpresa de **Cancha Rayada**, el 18 de marzo de 1818, en la que venció el realista Osorio, señalan la permanencia de San Martín en Chile. y la segunda etapa de su trascendental empresa.

La formación de la Escuadra Libertadora, constituída por barcos adquiridos al comercio y las presas que Blanco Encalada y Cochrane hicieron a la Marina española, determinaron la partida a nuestros puertos del **Ejercito Expedicionario Libertador del Perú**, que había de proclamar nuestra independencia.

Los pueblos alejados del Virreinato de Lima, centro de la dominación española, se armaron y abrieron campaña por la emancipación, favorecidos por la escasa vigilancia que sobre ellos se tenía, y por la facilidad que ofrecían sus extensas costas atlánticas para el acopio de elementos de guerra, que los mercaderes, principalmente ingleses, ofrecían en venta. El Perú, enclavado en el Pacífico, y solícitamente cuidado en sus vías de acceso (Panamá y Magallanes), no pudo reunir los mismos medios.

Una vez que aquellos pueblos fueron libres, encaminaron sus esfuerzos hacia el Perú, para destruir en su más sólido baluarte el poderío español. Y, si los dos hombres símbolo de la libertad de América, San Martín y Bolívar, se abrazaron en Guayaquil, puerto que entonces era prácticamente peruano, no fue por una banal coincidencia: esa entrevista era la fusión de ambas corrientes libertadoras, que, partidas del Norte y del Sur, trataban de reunirse para tantear la batalla final contra aquellos bravos y tenaces soldados afectos a la causa del Rey, que durante largos años supieron, pasear en triunfo, por el Continente, los reales estandartes de España.

LAS TROPAS BELIGERANTES

ORGANIZACION

Las tropas de los ejércitos patriotas y realistas se hallaban organizadas, con pequeñas diferencias, en la forma siguiente:

La **infantería** se formaba en batallones que comprendían ocho compañías; de éstas, una era de "cazadores", otra de "granaderos" y seis de "fusileros".

Las compañías de "cazadores" estaban formadas por infantes ligeros, bien adiestrados para la marcha y para el tiro, condiciones

que los hacían aptos para formar en las vanguardias tanto de marcha como de combate; en la batalla, su papel era tomar el contacto y preceder con su acción, dispersándose en líneas delgadas, a las compañías de "fusileros". Los "granaderos", que eran también soldados escogidos, tenían distinto papel en el campo de batalla; su empleo se hacía en vista de la resistencia y solidez que se les atribuía, especialmente para sostenerse en un punto determinado o para ocupar una parte del terreno, difícil de conservar, o muy importante, de la posición defensiva.

Como los batallones no tenían casi nunca sus efectivos completos, se suprimió a menudo una o más compañías de fusileros; en tales condiciones, los batallones llegaron a tener sus cazadores, sus granaderos, y sólo cuatro, y hasta tres compañías de fusileros.

A veces se reunían dos batallones porque procedían de un mismo fondo de reclutamiento, o por otra razón cualquiera y formaban un regimiento, cuyo comando era la más alta distinción para un jefe de infantería de la clase correspondiente.

La caballería se organizaba por escuadrones que comprendían hasta tres compañías, formadas cada una por dos mitades. A estas tropas se les reunía siempre en regimientos, llamándolos de "lanceros", "dragones" —aptos para el combate a pie y a caballo—, "húsares", que formaban la caballería ligera, y "granaderos", denominación especial, esta última, sin fundamento práctico, que era muy apreciada por los jinetes; los "granaderos" eran escogidos entre el personal más corpulento, a semejanza de los granaderos de infantería, y, por consiguiente, disponían de los caballos de mayor alzada.

La artillería volante y la de montaña se organizaba también en compañías, de mayor o menor efectivo, según el número de piezas de que disponía.

Existían algunas compañías de zapadores que se formaban precariamente, haciéndoles cumplir el papel de infantería y desempeñar algunos trabajos especiales.

En cuanto a la jerarquía y al mando superior, los españoles distinguían entre los Generales a los Capitanes y Teniente Generales, los Mariscales de Campo, clase correspondiente a la de General de División, y los Brigadieres, o Generales de Brigada, que continuaban perteneciendo a su arma de origen.

En el lado patriota, los Generales dieron preferencia a los títulos honoríficos que recordaban al mismo tiempo su papel político, como Generalísimo, Protector, Libertador; en la jerarquía argentina y chilena existía el Mayor General y el Coronel Mayor, correspodiente este último al Mariscal de Campo español; los colombianos tenían Generales de Brigada, Generales de División y Mariscales.

TACTICA

La táctica que se empleó en las guerras de la emancipación participaba, por razón de época, de las tendencias militares reinantes en el siglo de Federico el Grande y de la "manera" que acababa de emplear Napoleón en los campos de batalla de Europa.

Los Generales que tenían instrucción militar estaban imbuídos de los principios de Federico, que practicaban continuamente, y es

así cómo se ven esas grandes batallas frontales en las que las tropas se precipitan unas contra otras en orden cerrado y en formaciones densas, para buscar la solución por el choque de la masa.

Los Generales que no tenían título militar, sino la aureola de genios o de magistrales aficionados, no conocían método alguno y arriesgaban sus tropas según lo determinaba el momento y la situación; muchas veces se aproximaron a los procedimientos napoleónicos, sin imaginarse por qué lo hacían, contagiados de las ideas del siglo que se podían beber en todas las fuentes; de este modo concibieron operaciones geniales que resolvieron a medias, sin convicción ni entusiasmo, malogrando su ejecución por impericia cuando, a veces, estaban en vías de dar brillantes resultados.

La caballería no se empleó según la manera napoleónica. Si es verdad que se trataba de obtener con ella un efecto rompiente y desmoralizador en el campo de batalla, y si es cierto que se le utilizó en la persecución, en cambio, no se le pedía nada antes de la batalla, salvo raros casos, y fue nulo el servicio de seguridad por el dato, que ella debe proporcionar. Aun en Junín, este papel fue desempeñado por los montoneros, a pie y a caballo, que capitaneaba Miller, permaneciendo la caballería de línea entre las filas de la propia infantería y destacándose adelante sólo cuando creyó perseguir a los realistas, que marchaban en retirada por la pampa de Junín.

Aparte de uno u otro caso en que se empleó la caballería en la persecución y en el combate como reserva móvil, para restablecer la situación en los momentos de crisis, como en Zepita y en Ayacucho, el papel que jugó ésta fue visiblemente secundario por carencia de conocimientos sobre sus posibilidades de empleo o por el absurdo deseo de conservarla hasta el fin.

La infantería, como ha sucedido siempre, fue la que sostuvo gloriosamente todo el peso de las operaciones. Precedida por sus "cazadores" en orden disperso, avanza por compañías, o aun por batallones, sobre un objetivo preciso, que bate con sus fuegos hasta encontrar la oportunidad de asaltarlo. Sostenida en la defensa por sus "granaderos", se aferra al terreno y combate por el fuego hasta que una circunstancia favorable, como en Pichincha, Torata y Zepita, le permita abandonar sus cubiertas para buscar el choque.

Su formación en filas compactas y en dos líneas o en escalones sucesivos, da orientación clara sobre las modalidades de su empleo; la segunda de estas líneas era en realidad una línea de sostén de la primera, que formaban los comandantes de batallón. Las reservas del jefe no llegaban siempre a ser empleadas, porque la acción se resolvía, las más de las veces, antes de que ellas entraran en la lucha; de otro lado, su constitución respondía más bien al deseo de parar lo imprevisto y permitir el repliegue de la primera línea y no al concepto más moderno, de provocar la decisión.

La artillería, por la lentitud de sus procedimientos técnicos de entonces, y dada la escasez de material, no tuvo papel notable en las acciones de armas libradas en la emancipación. Se empleaba generalmente, por razón de alcance, intercalando sus piezas entre las filas de la infantería. En Ayacucho, iba a emplearse en masa —siete piezas asestadas contra la derecha de los patriotas— cuando fue capturada por Córdoba, que supo explotar la obligada morosidad de los artilleros, impidiéndoles que armaran su material.

ARMAMENTO

Las tropas que combatieron en las guerras de la Emancipación de América estaban provistas de fusiles de chispa de fabricación inglesa o española, dotados de balas de a 18 en libra; su alcance máximo era de 250 metros. El mecanismo de estas armas era difícil de entender y su carga y disparo muy complicados; tales inconvenientes hacían que el arma fuera de empleo dificultoso, exigiendo un tiempo largo para hacer partir el tiro. Una bayoneta acodada, de mango hueco, se enchufaba en la boca del cañón. La llamada "mira", guión simple sin alza, puesta sobre la boca del fusil, tenía la forma de un grano de trigo verticalmente colocado.

La caballería disponía de sables o de lanzas y de pistolas; estas últimas se empleaban en el combate aproximado.

La artillería maniobraba piezas de a 4 y también de 1, 2 y 3 libras, cuyo alcance medio era de 600 m. Las piezas se fundían en Lima o en otro punto cualquiera del país, y los proyectiles eran, asimismo, de fácil fabricación; el peso de éstos eran tan grande que en las distintas campañas de la Emancipación no pudieron ser transportados sino en número muy reducido.

SINOPSIS DE LAS PRINCIPALES OPERACIONES DE GUERRA EN LA REVOLUCION EMANCIPADORA *

Bajo San Martín:
- Desembarco en Pisco.
- Expedición de Arenales: Cerro de Pasco.
- Miller en el Sur: Mirave.
- Tristán en Ica: Sorpresa de La Macacona.
- Campaña de Quito:
  - Riobamba.
  - Batalla de Pichincha.

Con la Junta de Gobierno Mariscal La Mar:
- Batalla de Torata.
- Batalla de Moquegua.

En el gobierno de Riva-Agüero: Batalla de Zepita.

Bajo Bolívar:
- Batalla de Junín.
- Batalla de Ayacucho.

* Ver Cronología al final de este Libro Primero

CAPITULO II

LA EXPEDICION LIBERTADORA *

. . . . - 1820

La estrategia de San Martín.
Constitución de los ejércitos.- Ejército realista.- Ejército patriota.- Las montoneras.
La marina.- Realista.- Patriota.
Planes de operaciones.- Patriotas.- Realistas.

LA ESTRATEGIA DE SAN MARTIN

San Martín fue, indiscutiblemente, el primer y más grande estratega de América del Sur. Su émulos obtuvieron brillantes y sonadas victorias, pero ninguno llegó a igualarlo en talento militar, ni alcanzó su altura en las concepciones de gran aliento.

En la guerra debe concederse mayor mérito y prestigio a los hombres reflexivos, capaces de pesar en todo momento el pro y el contra de las empresas que acometen, que a los que por chispazos de genio, por viveza de imaginación, aciertan en las buenas soluciones, corriendo graves riesgos.

El General animoso, temerario, que se halla siempre pronto a probar la fortuna de sus armas en luchas desiguales fundadas en concepciones de su genio, pero improvisadas, debe merecer menos loa que el que madura seriamente sus decisiones, cuenta sus pasos y llega al fin buscado por la ruta que trazó y estudió de antemano.

"La guerra es todo previsión. Nada debe dejarse al azar".

Mucho tiempo se discutió sobre la inspiración genial que animaba al gran maestro de la guerra, Napoleón, cuyos triunfos se atribuían a cualidades extraordinarias y a brillantes **in promptus**. Algunos años debieron transcurrir para que sus colaboradores y sus enemigos se dieran cuenta de que en la clave de sus victorias se encontraba un sistema de operaciones, una "manera", como él mismo la llamaba.

La guerra tiene principios inmutables, leyes eternas, fundadas en la naturaleza del hombre, y mal pueden ser desdeñadas sin correr el albur de perderlo todo.

---

* Capitulo que podríamos llamar de San Martín.

San Martín pertenece a esa clase de Generales que vencieron siempre, sabiendo poner todas las ventajas a su favor antes de emprender una campaña. Los "locos geniales" deben, en el terreno militar, quedar rezagados al segundo plano del escenario en que se desarrolla "ese drama terrible", de que habla Jomini.

Si en la guerra todo ha de ser previsión, y si según un viejo aforismo mandar es prever, no hay duda que el caudillo argentino fue el mejor dotado entre sus contemporáneos, para las tareas y obligaciones propias de quien ejerce autoridad. La improvisación contrariaba su natural inclinación y temperamento; por eso, desdeñándola como propia del talento subalterno, se entregó siempre a la más reflexiva meditación antes de señalar los rumbos por seguir. Sabía que el hombre de Estado, como el General, deben resolver meditada y reflexivamente los elevados problemas que les encomienda el Destino, para hacer la felicidad de sus pueblos. Ni uno ni otro tienen derecho a entregar la suerte de sus contemporáneos a los azares de la fortuna; están llamados, por el contrario, a calcular el peso de los sucesos, prever los acontecimientos y contrariar los imprevistos, que, en la guerra más que en la paz, son, a veces, determinativos finales e incontrastables.

Esta característica temperamental, alejándolo del arrebato imaginativo que pretende crearlo todo mediante expedientes de ocasión, lo condujo por el camino del estudio, formándolo como el más notable practicante de las doctrinas y teoría general del arte de la guerra, que aparecían recién en el horizonte, condensada en breves y sentenciosas fórmulas, afirmadas con el ejemplo de las brillantes campañas de Napoleón: mirífico espejismo en el que se deslumbraron todos los hombres de guerra de aquel período de sublime exaltación bélica.

La obra de San Martín en América es netamente militar. Su carácter no era propio para grandes empresas políticas y su ambición de mando estuvo siempre limitada por las necesidades de la guerra; sus más furibundos detractores reconocen que sólo aceptó el gobierno como un medio, en países de reciente creación, para obtener el triunfo de las armas que habían de darnos libertad.

No será mi pluma débil e insegura, la que levante o engrandezca, siquiera fuera micrométricamente, el bronce perenne con que los hombres representan y honran a San Martín, para recordar sus nobilísimos hechos como ilustre hijo de América, y para loar sus concepciones militares, comparables a las de los más encumbrados y muy escasos grandes Generales de todos los siglos.

San Martín es, por antonomasia, el General de América, hasta hoy insuperado. Alejandro, César, Federico, Napoleón, son figuras epónimas que marcan épocas de la historia del mundo: Grecia y Roma, las luchas de Europa y la Revolución Francesa continuada por la Epopeya Imperial. San Martín, como General, es la Guerra de la Emancipación de América; "es más que un hombre; es una misión, alta, incontrastable, terrible a veces, sublime otras. Sólo bajo este aspecto providencial y casi divino es como la Historia debe ha-

Algunos de estos párrafos son del discurso de orden pronunciado por el autor como vicepresidente del Instituto Sanmartiniano del Perú, en la ceremonia de función del mismo. Lima, 28 de junio de 1935

cerse cargo de su grande nombre y de su gran carrera, llena toda ella de admirable unidad". Tal dice un historiador chileno (Vicuña Mackena), conmovido con su propia voz a medida que produce entusiasta juicio sobre el Libertador de su patria.

Personalidades de gigantesca talla, como Bolívar, el Grande, como el ínclito precursor Miranda anulado por la crueldad del Destino, y tantos otros, ha tenido varios —héroes de la guerra y héroes de la paz— el magnificente suelo americano; pero, hombres de la contextura moral del Protector del Perú, señalado por la Providencia para digno ejemplo nuestro, por sus virtudes y singular altruísmo, son difíciles de encontrar en las páginas de la Historia.

Triunfante y dueño de los destinos de medio Continente, San Martín pudo escapar al impulso frenético de las pasiones; supo moderar a sus colaboradores más ambiciosos y poner fin a su obra en el momento preciso en que ella debió terminar. Su ponderación, ecuanimidad y altura de miras impidieron que se deslizara por la pendiente desastrosa a que conduce la personal ambición, siempre condenable, porque pretende subordinar la vida de todos al imperio e intereses de uno solo.

La ambición y el ensimismamiento han lanzado al hombre, muchas veces, a las más desorbitadas empresas; el ansia del poder, pasión casi siempre parasitaria y consiguiente de la gloria, ha impulsado a las más grandes aventuras. Raros han sido los hombres que no han cometido el error de instalar en el pedestal de su gloria, el espejo deformador de la mezquina satisfacción de mando. Y San Martín, por el contrario, en todos los escalones de su encumbramiento, debido a legítimos triunfos, y en el más alto de ellos, como gobernante del Perú, estuvo siempre listo a desprenderse de toda insigna y título de dominio y autoridad.

De este modo, en julio de 1820 ya escribía con altivez y orgullo: "Todos saben que después de Chacabuco me hallé dueño de todo cuanto puede dar el entusiasmo a un vencedor; el pueblo chileno quiso acreditarme su generosidad ofreciéndome todas las ventajas capaces de lisonjear al hombre, él mismo es testigo de la firmeza con que rehusé admitirlas. Conocí desde ese momento que excitaría celos y me esforcé en calmarlos con moderación y desinterés".

Luego, en agosto de 1822, siendo dueño de los destinos del Perú, dirige una carta a Unánue, en uno de cuyos párrafos, con modestia inigualable, con sencillez extraordinaria, dice: "Antes, ahora y cuando no tenga más destino que el de un patriota particular, digo y diré que el honradísimo y virtuosísimo Unánue es uno de los consuelos que he tenido durante mi administración..." *. Comprobamos en ese documento que no experimenta el vértigo de la altura, ni se cree llamado a excepcional figuración. Antes, ahora y después, forman para su espíritu generoso una sola época, enlazada a través de los años por las virtudes de su espíritu; no distingue etapas en su vida, que juzga una y rectilínea, como lo quería su acerada voluntad; sabía de lo inmutable de su destino, que parecía querer garantizar, fijo y sereno, con sus palabras. No esperaba como ulterior empleo —después de libertar tres naciones— sino disfrutar de los beneficios que corresponden a cualquier "patriota parti-

* Unánue, San Martín y Bolívar, por Luis Alayza y Paz Soldán. Lima, 1936.

cular". Y su digo y diré lo comprometen a respetar su palabra y sus propias obras, no sólo hoy, sino también mañana. Su alma es serena como el infinito; no padece de los múltiples **desdoblamientos que hacen desdecir mañana, a veces por influencia de pequeñas pasiones, lo que hubiera aseverado ayer.**

La primera decisión estratégica de orden elevado y fundamental fue amparada y sustentada por San Martín cuando planteó la invasión del Virreinato de Lima por otra vía que la que habían propugnado sus coetáneos. Era efectivo que la línea de operaciones a Lima que los patriotas argentinos hacían seguir por el Alto Perú actual Bolivia, se prolongaba demasiado; quien emprendiera el avance por ella llegaba pronto al límite de su potencia ofensiva y era fácil presa del adversario, que, replegándose, se acercaba a sus propias fuentes de recursos y reclutamento, aumentando su capacidad de resistencia.

Por otra parte, obteniendo la definitiva libertad de Chile, como lo quería San Martín, se contaría como inestimables aliadas a las fuerzas de ese país, tan preocupado por la libertad del Perú como lo estaban las provincias argentinas.

Además, si se conquistaba la superioridad naval en el Pacífico, la iniciativa estratégica pasaría de hecho a los libertadores, quienes podrían hacer fintas, amagar y, finalmente, atacar **ad libitum** a los realistas defensores del Virreinato de Lima, anclados a un dispositivo fijo en un extenso territorio que impedía a los distintos agrupamientos prestarse mutua ayuda.

A ciento y pico de años de distancia parece infantil hacer las anteriores deducciones, pues resulta muy fácil juzgar **post facto.** Pero, es innegable que estaban muy lejos de esta concepción sanmartiniana aquellos grandes hombres que se empeñaron en las luchas del Altiplano y que sufrieron campañas y dieron batallas desde Huaqui hasta Viluma, con Balcarce, Belgrano, Rondeau, como jefes superiores. Huaqui, Sipe Sipe, San Sebastián; Tucumán y Salta; Vilcapuquio, Ayohuma, La Florida y la final de Sipe Sipe, ya citada con el nombre de Viluma, son porfiadas acciones de armas que forman los blasones de esos Generales y dejan espléndido testimonio de su fervoroso patriotismo, desgastado en estéril lucha de vaivén, que no permitía alcanzar la decisión final de su generoso empeño.

Después de establecer que la ofensiva al Virreinato de Lima debía llevarse por Chile y por la vía marítima, San Martín no se conforma con enunciar la idea, sino que se convierte en un místico propagandista de ella y pone en acción todos sus medios personales para lograr su realización.

Y en esto vemos aparecer otro aspecto del legítmo estratega que no es únicamente el General que comanda en el campo de batalla o que orienta las fuerzas hacia él, sino el que tiene las requeridas dotes de creador para: organizar las fuerzas en forma tal que puedan ser eficaces en la lucha; dotarlas de los elementos necesarios; hacerlas instruir con éxito; abastecerlas con puntualidad de todo lo que han menester, y, además, principalmente, levantar en ellas el sagrado fuego del espíritu militar, amasijo de virtudes guerreras y de orgullo cívico, que es la verdadera fuente de todos los éxitos, espíritu que hace que los hombres se superen en las tareas de sacrificio y abnegación, espíritu que sólo se inculca en las masas acaudilladas, que son los ejércitos en campaña, cuando las virtu-

des y méritos del caudillo pueden servir de ejemplo a sus subordinados. A pesar del material, a pesar de la potencia de las armas, el hombre que las maneja es siempre el principal factor de la lucha; no importan tanto los medios, porque, en suma, es siempre el hombre el que se bate. Organizar, dotar, instruir, templar el espíritu; conducir las fuerzas frente al enemigo en las mejores condiciones operativas; comandar la batalla y explotar su éxito; he aquí la tarea del estratega, del Comandante en Jefe, que, desde la paz, prepara la guerra y prevé sus sangrientas sorpresas.

La creación del Ejército de los Andes, como antes, en escala menor, la formación de "Granaderos"; la conducción del Ejército a Chile; las gloriosas batallas de Chacabuco y Maipú, son sucesivas obras maestras del talento estratégico integral del General D. José de San Martín. Esta última campaña, tiene en efecto todo el mérito y, si se quiere, ofrece el colorido de una campaña de Aníbal o de una de las de Napoleón; para formarle marco olímpico concurren hasta los montes plateados, en este caso del Ande milenario, que cruzara en gallarda actitud de agresión.

Llegamos así al momento en que San Martín se encuentra en Valparaíso, a bordo del navío que recibió su propio nombre, comandando las fuerzas unidas que, con la designación de Ejército Expedicionario Libertador del Perú, iba a conducir a las playas del Virreinato de Lima para someter en sus propias bases a las fuerzas realistas que mantenían en América, insurrecta, la dominación del Rey de España.

No insistiremos en la importancia y magnitud de la labor cumplida para organizar la expedición, para darle considerables medios de movilidad y transporte marítimo, así como para disponer de la potencia naval necesaria a fin de emprender tan extraordinaria hazaña. Bástenos recordar que el convoy formado por 7 barcos de guerra, 18 transportes y 8 lanchas cañoneras, constituía la más considerable fuerza naval que hasta entonces navegara por los mares de nuestra América. Los tripulantes de esos barcos sumaban 2000 hombres; los soldados de la expedición, incluídos los oficiales, llegaban a 4389, entre los que se contaban 2451 de las provincias argentinas y 1938 de Chile.

Sabemos muy bien el esfuerzo y tenaz constancia que costó organizar esas fuerzas y darles con exceso todos los medios de lucha y recursos que les eran necesarios. Más aún, contando San Martín con el enrolamiento inmediato de los patriotas peruanos tan luego tocara tierra, como sucedió, llevaba 15,000 fusiles de repuesto, 2,000 sables y 35 piezas de artillería.

Una invasión conducida sobre territorios de dilatado litoral, debe realizarse, en efecto, por la vía marítima, que es la que más favorece la iniciativa de las operaciones, permitiendo la elección de un punto y un momento dados para emprender la ofensiva terrestre. La guerra a través de un continente puede efectuarse en Europa, donde el exceso de población hace ricas a las comarcas y permite que el ejército marche continuamente como en un granero. Pero, en extensos territorios desplobados, de naturaleza hostil al hombre y desprovistos de recursos y hasta de agua, la vía marítima es la única que permite soldar, por decirlo así, las bases de abastecimiento con los elementos de tropa cuyos pedidos de víveres y municiones

hay que satisfacer en todo momento, con tanta mayor exigencia y abundancia, cuanto más importante sea la masa que opera; además, cuanto más grande sea la extensión del territorio, tanto más obligado se está a salvar las distancias y a vencer los obstáculos que presenta, utilizando una vía fácil para el desplazamiento de las tropas que les permita reservar sus energías para los períodos de operaciones activas.

Por otra parte, no hay duda que San Martín contemplaba en su plan de campaña, con carácter primordial, la ocupación de Lima, capital del Virreinato y fuente de recursos de la administración colonial, y, hallándose en Chile, nada era más fácil para hacerlo que transportarse directamente a sus puertas, eludiendo penosas marchas al fin de las cuales los otros Generales argentinos sólo habían encontrado la derrota, o bien habían obtenido victorias inútiles para la finalidad general de la guerra. Parece que la conquista del objetivo geográfico que representaba Lima, influyó en la preparación y conducción de la ofensiva marítima.

En las operaciones que realizaron los caudillos de ambos bandos durante las gueras de la Emancipación, se palpa la influencia de las teorías militares del siglo XVIII, que reinaron antes de que Napoleón sentara las normas y principios del arte de la guerra. De otro modo, no se explicaría el afán que demostraron siempre por los objetivos geográficos, ni esa insistencia en obtener la batalla con los frentes invertidos, operaciones en las que los jefes de aquel siglo fundaban el éxito de sus campañas.

El tipo de operaciones combinadas por mar y tierra que San Martín ideó y llevó a cabo, se basaba en los fundamentos citados, y así lo demostró el invicto General en el primer ciclo de sus campañas en el Perú, obteniendo los fines que perseguía. Si después, por razones que se expondrán más adelante, erró en su manera de proceder, no dando a las operaciones el impulso requerido, ello no quita nada a la reflexión y madurez con que planteó la campaña, en cuyo molde se iban a vaciar las que subsiguientemente se emprendieron para libertad esta parte de América.

CONSTITUCION DE LOS EJERCITOS

EJERCITO REALISTA

Cuando arribó a nuestras playas la Expedición Libertadora del Perú, era Virrey el Teniente General Don Joaquín de la Pezuela, vencedor de los patriotas argentinos en las campañas del Alto Perú.

Las tropas de que disponía el Virrey se hallaban repartidas en todo el territorio, formando varios agrupamientos, cuya constitución obedecía a las distintas necesidades de la defensa de estos reinos. De tal suerte, había tropas en el Alto Perú para oponerse a las siempre temidas incursiones de los patriotas argentinos; tropas en Arequipa, con elementos destacados en Arica, Tacna y otros puntos del litoral, para guardar la costa del sur de las atrevidas empresas de la escuadra de Lord Cochrane; un destacamento situado en Puno, formaba enlace estratégico entre los citados agrupamientos a los que unía, además con el de Lima, por medio de tropas destacada de

este último lugar hacia Andahuaylas y Huamanga. En el norte del Virreinato sólo habían algunos débiles elementos que ocupaban los valles principales de la costa, puesto que en esa región no se temía nada, ya que la revolución colombiana no progresaba tanto como la argentina; esta debilidad de las guarniciones norteñas permitió la proclamación de la libertad en Lambayeque y Trujillo, cuyos pobladores se afiliaron espontáneamente a la causa de la libertad, sin que San Martín tuviera que emplear un solo soldado.

El núcleo principal de las fuerzas realistas se encontraba en Lima, a órdenes directas del Virrey.

El ejército realista pasaba en ese tiempo por una grave crisis, originada por la disparidad de opiniones políticas y por la diferencia de origen de sus componentes.

Los cuadros, formados en su mayor parte por oficiales peninsulares, contaban en sus filas a numerosos criollos, en cuya mente germinaba la idea de libertad, con más o menos lentitud, pero con toda eficacia. En efecto, muchos jefes de origen americano abandonaron a poco la causa realista, que les era ingrata, para abrazar con entusiasmo la bandera de la patria; estos jefes americanos fueron los que, junto con algunos españoles contagiados por las ideas republicanas del siglo, dieron la señal de defección en las filas realistas, creando de este modo la nueva acepción de la palabra "pasados", nombre con el que se señaló a los que cambiaban de partido.

Si a esto se agrega la profunda división que existía entre los altos jefes españoles, que tenían entre sí rivalidades personales e ideas políticas encontradas, habremos completado el conocimiento del alma del Ejército Realista.

Las tropas del Virrey estaban constituídas en su mayor parte por elementos colecticios que se agrupaban por enrolamiento forzoso de indígenas, los que, faltos en aquel tiempo de cultura cívica, no sabían por qué ni para qué se batían. Obligados a luchar ignorando los fines que sus jefes perseguían y, tal vez, perteneciendo de corazón al bando opuesto, era lógico que, tan luego como se rompieran los duros lazos de la disciplina, abandonaran las armas que empuñaban a la fuerza y desertaran en gran número, debilitando las unidades realistas.

Sin embargo, la gran masa de indios constantemente recompletada y renovada, que los realistas obligaron a batirse en tan extraña condición, dio pruebas de valor imponderable, pues, muchas batallas ganadas por esos forzados se debieron sólo a su coraje y resistencia a la fatiga. Enrolados bajo las banderas de los generales españoles, se batieron y dieron la victoria porque así se les ordenaba hacerlo, sin sentirse animados por el soplo divino de un ideal y, en esta forma, superaron a cualquier otro soldado que no se bate tan sólo porque se lo ordenan, sino porque su propia conciencia lo impulsa a destruir a los enemigos de su causa.

Los negros esclavos entregados por sus amos, formaban también en las filas de sus opresores seculares, constituyendo un nuevo elemento extraño y, en el fondo, reacio a la causa del Rey.

En cuanto a la organización, las tropas realistas se hallaban constituídas en batallones, escuadrones y regimientos, para lo referente a la instrucción y administración. Al emprender operaciones activas estas tropas se formaban siempre en destacamentos de las

tres armas con efectivos reducidos —alrededor de 2000 hombres— para darles movilidad en los terrenos de difícil recorrido y para hacerlos vivir de los escasos recursos de las zonas que debían atravesar; por otra parte, la naturaleza del terreno, muy montañoso y, por consiguiente, fácil de defender, permitía que las tropas así organizadas se bastaran a sí mismas en las misiones aisladas que debían desempeñar. Este modo de operar fue adoptado por los patriotas desde su desembarco.

San Martín, en un estado de fuerza que envió a Chile con oficio para el ministro Zenteno, da la organización y distribución de las tropas del Virrey, como sigue:

INFANTERIA

Primer batallón del "Infante"	850 hombres	
Compañía agregada de "Cárdenas"	139 ,,	
Segundo batallón del "Infante"	799 ,,	
Batallón "Numancia"	776 ,,	
,, "Victoria"	714 ,,	
,, "Cantabria"	856 ,,	
,, "Arequipa"	429 ,,	
Compañía de "Zapadores"	57 ,,	
,, ,, "Volteadores"	126 ,,	de milicias
Batallón del "Número"	336 ,,	,, ,,
Efectivo total de la infantería	5082 hombres	

CABALLERIA

"Dragones del Perú"	373 hombres	
"Dragones de la Unión"	167 ,,	
"Dragones de Carabayllo"	238 ,,	
"Dragones de Lima"	206 ,,	de milicias
"Dragones Cosacos"	178 ,,	,, ,,
Efectivo total de la caballería	1162 hombres	

En distintos destacamentos:

En Huamanga, Andahuaylas, Huaura, Supe y Pisco 1263 hombres.

RESUMEN

Infantería	6286 hombres
Caballería	1218 ,,
Artillería	684 ,,
Total general	8188 hombres (incluidos los oficiales)

El "Ejército de Reserva", de guarnición en Arequipa, con elementos destacados en Tacna y Arica, tenía 1378 soldados, formados en las siguientes unidades:

Batallón "Extremadura" ("Imperial Alejandro").
Batallón "Arica".
Granaderos de "San Carlos", a caballo.
"Dragones de Arequipa".
"Escolta".
"Artillería".

Si a estas tropas se agrega la guarnición de los fuertes del Callao y las unidades que se encontraban en el Alto Perú, a la sazón pacificado, se llega a la cifra de 23,000 hombres, contando las unidades sueltas de milicias que, en realidad, no prestaron gran ayuda a los elementos regulares.

Por último, para conocer a fondo la organización y estado material y moral de estas tropas, conviene leer algunos párrafos de la circunstanciada exposición que presentó al Virrey el entonces Teniente Coronel García Camba *.

EJERCITO PATRIOTA

Los cuadros y tropas argentinos y chilenos que constituían el Ejército Expedicionario Libertador del Perú, que tal fue el nombre que recibió, estaban formados por veteranos de las guerras del Sur. Sus efectivos fueron aumentados desde su llegada a Pisco por los naturales del Perú, entusiasmados por la idea de libertar a su patria. Estos voluntarios, que servían para reemplazar las bajas, eran habitantes del lugar o pasados de las tropas realistas o, en fin, negros esclavos a los que se ofrecía la libertad, si se enganchaban en las filas patriotas, concediendo a sus amos el derecho de reclamar posteriormente el precio de ellos; estas "piezas de ébano", como se les llamaba, prestaron muy buenos servicios en la guerra.

En las citadas condiciones, las tropas del Ejército Libertador eran pues voluntarias, y, por consiguiente, combatieron con toda fe, demostrando durante las distintas campañas su tenacidad en la lucha, su constancia para el esfuerzo y su entusiasmo por la causa que defendían.

La composición del Ejército Expedicionario Libertador del Perú, tomada de un documento que se estableció en Valparaíso a la partida de San Martín, era la siguiente:

DIVISION DE LOS ANDES

Batallón de Artillería de los Andes	213	hombres
" Nº 7	461	"
" " 8	481	"
" " 11	591	"
"Granaderos a Caballo"	421	"
"Cazadores a Caballo"	284	"
Total	2451	hombres

* Véase documentos del Capítulo III (primera y segunda ediciones de esta obra)

DIVISION DE CHILE

Batallón de Artillería de Chile	231 hombres
,, Nº 2	600 ,,
,, ,, 4	679 ,,
,, ,, 5	344 ,,
Cuadro del Batallón Nº 6	53 ,,
,, de "Dragones" Nº 2	31 ,,
Total	1938 hombres

RESUMEN

Infantería	3209 hombres
Caballería	736 ,,
Artillería	444 ,,
Total general	4389 hombres (incluidos los oficiales).

Estas tropas disponían de 800 caballos. En su parque existían 35 piezas de artillería, 2000 sables y cerca de 15,000 fusiles con municiones en proporción.

LAS MONTONERAS

Desde el comienzo de las campañas de la Emancipación hasta que terminó la guerra, los civiles más entusiastas por la revolución se unieron a las tropas para secundarlas en sus distintas tareas de guerra.

Estos montoneros, formados en grupos más o menos numerosos con el nombre colectivo de montoneras, practicaron durante las operaciones el papel de verdaderas vanguardias ligeras del ejército.

El espíritu insubordinado y levantisco de nuestros criollos se presta mucho para esta guerra de guerrillas. Formando simples bandas bajo la dirección del más experimentado o más valeroso de ellos, cumplieron admirablemente arduas misiones especiales de espionaje, exploración y seguridad por el dato; su papel consistía, además, en proporcionar "propios" para la trasmisión de noticias. En el combate, estas formaciones independientes y de organización especial, capaces de infiltrarse tras el menor pliegue del terreno, que conocían admirablemente los caminos y senderos más intrincados donde no pueden llegar las tropas, dirigidas por hombres bravos y astutos, servían para mantener al adversario en continua alarma y desasosiego; las sorpresas nocturnas, las emboscadas y todas las pequeñas operaciones que entraña la guerra, encontraban en ellos decididos ejecutantes. El ataque de convoyes, la interceptación de comunicaciones, eran operaciones de todos los días.

El malestar e intranquilidad que estas fuerzas producen, en general, en las organizaciones del ejército regular enemigo, no son despreciables. En efecto la menor tarea de campaña que tengan

que desempeñar las tropas se complica frente a estas fracciones: los reconocimientos de pequeño efectivo encuentran el camino barreado por tiros de hombres aislados a los que no pueden alcanzar, o hallan su ruta cortada por una partida que ha destruído el sendero momentos antes y que aprovecha de la inesperada detención para fusilar a mansalva a los soldados. Ninguna tropa puede aventurarse fuera de la zona estrictamente protegida, porque al menor descuido caen sobre ella unos cuantos audaces que degüellan a los capturados, a distancia de dos tiros de fusil del propio grueso.

Es imposible alcanzarlos y dispersarlos por la mayor movilidad de que disponen, merced al empleo del caballo del país y por la utilización del terreno, que hacen instintivamente, lo que los convierte en fantasmas, invulnerables en el combate y tenaces en la persecución.

Sabiendo que están fuera de la ley, los montoneros emplean prácticas de guerra extraordinarias y llenas de dureza, lo que desalienta enormememente al soldado regular que se ve envuelto en una lucha para la que no estaba preparado y obligado a combatir sin cuartel, apartándose de todos los usos y convenciones.

Estos guerreros audaces, astutos y que saben que no se les concederá gracia si son capturados, ciegan al Comando adverso cerrándole todas las avenidas e impidiéndole informarse, marchar, abastecerse y aun combatir. Armados, hoy, con elementos modernos de guerra —armas automáticas y fusiles de largo alcance y precisión— serían más temibles que en el pasado.

Para que su acción sea fructífera deberá ser estrechamente encauzada, sin restar libertad a sus formaciones. El agrupamiento de las partidas de una misma zona a órdenes de un solo cabecilla y la subordinación de éste al Comando del ejército regular, proporcionará muchos beneficios al conjunto de las tropas.

San Martín no despreció la cooperación de estas fuerzas irregulares, pues las utilizó ampliamente sirviéndose de ellas en todo momento, tal como ya lo había efectuado en el Alto Perú, cuando tuvo el mando de esas tropas y organizó la llamada guerra de zapa.

LA MARINA

REALISTA

Los barcos de guerra de que disponía el Virrey eran las fragatas "Esmeralda", "Prueba" y "Venganza" que, con el bergantín "Maipú" y dos pontones en el Callao, completaban la escuadra española.

De estas unidades, la "Esmeralda" fue capturada por Lord Cochrane al comienzo de las operaciones, como se verá más adelante. En cuanto a las otras dos fragatas, después de desempeñar aún algunas comisiones, no tomaron parte en la guerra, pues escaparon a Panamá y luego a México, para regresar después a Guayaquil, donde finalmente se entregaron a los patriotas.

PATRIOTA

La escuadra de los expedicionarios que convoyó y transportó las tropas libertadoras estaba formada por las siguientes unidades:

Navío "San Martín".

Fragatas { "O'Higgins". "Lautaro". "Independencia".

Bergantines { "Galvarino". "Araucano".

Goleta "Moctezuma".
Dieciocho transportes.
Ocho lanchas cañoneras.

El equipaje de estos barcos alcanzaba a cerca de 2000 hombres.

PLANES DE OPERACIONES

PATRIOTAS

Al llegar al Perú, la mira principal del General San Martín era sublevar progresivamente a los habitantes del país, cuya decisión por la causa de la libertad le parecía dudosa. Para obtener ese fin juzgó que era conveniente aparecer como vencedor desde el primer momento y no comprometer inútilmente o con imprudencia las fuerzas de la expedición, que se habían alistado con tanto esfuerzo y que eran las únicas con las que a la sazón se podía contar.

De otro lado, el apoyo moral que la presencia del Ejército Libertador daba a los pobladores ayudaba a éstos a insurreccionarse contra el poder del Rey, disminuyendo así los recursos con que contaban los Generales españoles, al mismo tiempo que los patriotas aumentaban los suyos.

Por estas razones, la primera idea de San Martín fue desembarcar en Trujillo, lugar que no estaba guarnecido fuertemente, que ofrecía toda clase de recursos y que permitía, como años después lo hizo Bolívar, la preparación y la partida de la ofensiva cuando engrosaron las fuerzas y se hicieran proporcionadas a la magnitud de la empresa. Y no pensó desembarcar en los puertos del Sur del Virreinato, porque su idea era evitar operaciones que se parecieran a las que se habían llevado a cabo, años atrás, en el Alto Perú; por otra parte, el grueso de las fuerzas realistas se hallaba como siempre orientado hacia la región del Sur, más conmovida y, por consiguiente, mejor apercibida, por las luchas continuas que en ella tenían lugar. La reconocida prudencia y sagacidad de San Martín le hacían actuar de esta manera, que fue a punto fijo la más segura para obtener buenos resultados.

El hecho de haber traído armamento para 15,000 hombres, el triple del efectivo de la expedición, demuestra que San Martín, lógicamente intimidado por los 23,000 soldados que obedecían al Virrey, quería, antes que otra cosa, aumentar sus efectivos para equilibrar sus fuerzas con las del defensor del territorio.

Lord Cochrane, comandante de la escuadra libertadora, aventurero temerario que no empleaba otras normas militares que las que le aconsejaban su valor e impulsividad, propuso a San Martín que atacara de frente a las tropas del Virrey establecidas en Lima, para lo que indicaba que el desembarco se efectuara cerca de la Capital, a fin de apoderarse a viva fuerza de los castillos del Callao, tal como él lo había intentado en otras ocasiones con un puñado de sus heroicos piratas ingleses (2 de octubre de 1818 y 22 de marzo de 1819).

El General patriota, sobre quien recaía la responsabilidad de la enorme empresa, no aceptó que se jugara de un solo golpe el resultado de varios años de preparación. Por otra parte, San Martín juzgaba que la toma de los fuertes no era un triunfo proporcionado a los riesgos que ofrecía esta operación, ni a la potencia de los medios que se quería emplear. El avance ulterior del Callao a Lima era, además, muy problemático, porque entrañaba un desembarco laborioso efectuado a dos leguas escasas del adversario, superior en número y auxiliado por los pobladores que, lógicamente, se plegarían al lado del más fuerte.

Una batalla que se hubiera arriesgado en esas condiciones en los muros de Lima, era una derrota segura y las ventajas que los patriotas hubieran obtenido en caso de vencer, se reducían a la ocupación de la Capital, cuya posesión, en ese tiempo como después, no ha sido un obstáculo para que continúe con obstinación la defensa del territorio del Perú.

La ocupación de la Capital, realizada pacíficamente pocos meses más tarde, comprueba esta aseveración, puesto que ese hecho no impidió que los realistas sostuvieran su causa en la sierra durante tres largos años y esto sin contar con el afecto decidido de los habitantes de esa región. Sin embargo, Lord Cochrane, que no comprendió jamás estas razones simples, de buen juicio y prudencia, se queja en sus **Memorias** de lo que él califica como "irresolución del General San Martín".

La necesidad de contemporizar con Lord Cochrane, de cuyos servicios no podía prescindir la expedición, hizo que San Martín reuniera una junta de guerra durante la travesía, el día 4 de setiembre, para determinar el puerto de desembarco. En esta junta Lord Cochrane presentó la propuesta de desembarcar en Chilca, la que fue rechazada, asimismo, porque esa caleta estaba muy próxima a Lima y se temía que el Virrey, abandonando momentáneamente la Capital, se trasladara con sus gruesos sobre el ejército patriota que, según se ha visto, se hallaba en condiciones de pasajera inferioridad. Además, en la región de Chilca no se encontraban los recursos suficientes para las fuerzas expedicionarias que debían estacionar allí mientras se terminaba el desembarco, y era necesario

reavituallarse porque los víveres que habían traído los barcos se habían agotado, como lo asegura Lord Cochrane en otro párrafo de su ya citadas Memorias.

La Junta de guerra se pronunció a favor del desembarco en la región de Pisco, contra el voto de los Comandantes de los barcos de guerra, que eran todos ingleses y que apoyaban el plan de su Almirante.

Las ventajas que ofrecía Pisco como lugar de desembarco están especificadas en la carta que San Martín dirigió a Miller, y que aparece en su "Correspondencia", cuando éste le preguntó por escrito, año después, el motivo de la elección de ese puerto. San Martín da en dicha carta como razones, la "necesidad de apoderarse de los esclavos para aumentar el ejército, lo que no pudo verificarse sino en muy pequeña parte, pues habiendo faltado el buque que conducía los caballos, dio tiempo a los amos de las haciendas a retirar sus esclavos *; y de remitir, como se verificó, una división con el objeto de insurreccionar al país, y venir por la sierra a ligar sus operaciones por el norte de Lima con el cuerpo principal del ejército y en esta situación obrar según los sucesos de la campaña y la insurrección de los pueblos lo exigiera". Agrega, además: "Nunca entró en el cálculo del General San Martín, con las fuerzas de que disponía el ejército y el estado de su disciplina, ya corrompidas por las revoluciones de las provincias argentinas y los partidos de Chile, atacar a viva fuerza la Capital del Perú".

San Martín escogió para desembarcar, pues, previa madura reflexión, una zona poco guarnecida y de abundantes recursos, que le permitía llamar la atención del núcleo principal de las tropas del Virrey para luego despachar una expedición al interior del país; insurreccionar, bajo su protección, a los habitantes del litoral, creando resistencias a los realistas al mismo tiempo que aumentaba sus propios medios. Por otra parte, gracias a su situación en cuña, cortaba las comunicaciones por la costa entre las fracciones de tropa realistas del Sur y las de Lima; la expedición que actuaría en el interior iba a prolongar esta ación en el centro del país. En fin, los baratos triunfos que obtuvo sobre los mal advertidos destacamentos realistas, acrecieron la moral de sus tropas y propendieron a sembrar el desconcierto entre los hombres que formaban en el bando adverso.

Desde otro punto de vista, los patriotas, que tenían su línea de retirada bien garantizada merced a la movilidad que les proporcionaba la escuadra, eran dueños de plantear y ejecutar toda clase de operaciones estratégicas; y entre éstas, San Martín, establecido en Pisco, no tenía nada que temer si se producía una ofensiva de parte del Virrey, porque gracias a su buen servicio de espionaje hubiera sido noticiado con tiempo para reembarcarse y caer rápidamente sobre Lima, desguarnecida mientras el Virrey efectuaba las cuatro o cinco largas jornadas que median entre la Capital y Pisco. Si tal se hubiera efectuado, los realistas daban un golpe en el vacío y los patriotas hubieran podido apoderarse de Lima, que parecía ser su objetivo primordial.

---

* La fragata Santa Rosa que sólo llegó a Pisco el día 16 de septiembre

REALISTAS

El Virrey, que por falta de elementos navales no podía impedir los desplazamientos del Ejército Libertador, se vio obligado a permanecer, desde el comienzo, en actitud expectante. Perdida la iniciativa de las operaciones, debió limitarse a parar los golpes del adversario.

Para guarnecer los puertos donde era probable un desembarco de los patriotas, organizó, al tener noticia de la expedición, pequeños destacamentos extraídos de los núcleos principales, a los que confió la misión de oponerse o de retardar el desembarco y de replegarse si eran arrollados por fuerzas superiores; desde luego, en uno u otro caso, debían prevenir al Comando. Arica, Quilca, Pisco, Huaura, Supe, contaban con pequeños destacamentos establecidos en estas condiciones.

El Virrey dispuso, también, la aproximación hacia la Capital de algunas unidades de tropa del Alto Perú, a la sazón tranquilo, para que sirvieran de refuerzo sea del núcleo de Lima, sea del de Arequipa, tan luego como el adversario precisara sus intenciones.

Ordenó, además, que se preparara la marcha de una parte de las tropas del Alto Perú y de las del Ejército de Reserva de Arequipa, que debían encontrarse listas para dirigirse a Lima, zona en la que esperaba, con fundamento, que desembarcaran los expedicionarios.

El papel del Comando realista fue pasivo, forzosamente, en este período; se redujo a organizar su propia seguridad y a preparar la acción de las reservas que fueron orientadas hacia las direcciones peligrosas.

Pezuela, en angustiosa expectativa, escuchaba los pasos del adversario que se le aproximaba, pretendiendo parar a ciegas sus golpes, subordinando su propia acción a la del enemigo, que era dueño de la iniciativa de las operaciones y libre de proceder como mejor le conviniera, sin que nadie se lo pudiera impedir. San Martín podía fundar sus decisiones en las faltas del defensor, de cuya actitud y operaciones estaba bien informado, y que aparecía delante de él encadenado a un dispositivo fijo y a merced suya.

CAPITULO III

SAN MARTIN EN EL PERU

1820

Operaciones del Ejército Libertador al sur de Lima.- Desembarco en Paracas y ocupación de Pisco.- Disposiciones del Virrey.- Armisticio de Miraflores.- Preparación de la expedición de Arenales.- Reembarco del Ejército Libertador.

Operaciones del Ejército Libertador al norte de Lima.- Fintas sobre el Callao y Ancón.- La "Esmeralda".- Torre Blanca.- Ocupación del valle de Huaura.- Dispositivo del ejército patriota.- Disposiciones del Virrey.- Operaciones de Alvarado y de Valdez en Chancay.- Pescadores.- El "Numancia".

Consideraciones.

OPERACIONES DEL EJERCITO LIBERTADOR AL SUR DE LIMA

8 de septiembre al 28 de octubre

DESEMBARCO EN PARACAS Y OCUPACION DE PISCO *

El 8 de setiembre de 1820 comenzó el desembarco del Ejército Expedicionario Libertador del Perú, en la bahía de Paracas, hoy Independencia, situada a 8 kilómetros al sur de Pisco.

En la mañana de dicho día desembarcaron los Batallones 2, 7 y 11 con dos piezas de artillería y cincuenta hombres del regimiento "Granaderos a Caballo" a órdenes del Coronel Mayor Las Heras.

Estas tropas emprendieron marcha sobre Pisco que alcanzaron a las siete de la noche; Las Heras ordenó el reconocimiento de la localidad que había sido abandonada por sus pobladores al avistar a la escuadra patriota y presenciar el desembarco; como en el reconocimiento se comprobara que el puerto estaba desocupado, Las Heras estableció a sus unidades en alerta en la población y sólo procedió a acuartelarlas al aclarar el día siguiente.

---

* Croquis No 1

El destacamento realista encargado de la guarnición y defensa de Pisco estaba formado por 500 infantes, 100 jinetes, y dos piezas de artillería, a órdenes del Coronel de milicias Manuel Quimper, recientemente nombrado "Comandante General de la Costa Sur de la Intendencia de Lima". Al efectuarse el desembarco, este jefe se limitó a observar los movimientos de los patriotas y dio cuenta al Virrey, replegándose ulteriormente hacia Ica.

El desembarco de las demás unidades del Ejército Libertador se prosiguió, con absoluta tranquilidad, hasta el día 11 en que toda la expedición estaba en tierra, ocupando los lugares que se indican en seguida:

Cuartel general en Pisco; tropas a lo largo del valle, con fuertes reconocimientos en la dirección de Chincha y de Ica. El día 14 de setiembre el General Arenales ocupó Caucato con un regimiento y 30 granaderos y el día 23 los escuadrones de granaderos se establecieron en el valle de Chincha. Las avanzadas de caballería de los patriotas, extendiéndose progresivamente hacia el norte, ocuparon Cañete a fines del mes.

DISPOSICIONES DEL VIRREY

Cuando el Virrey tuvo noticia de la ocupación de Pisco, por los partes que le envió Quimper, dispuso que éste fuera reforzado por otro destacamento de milicias, cuyo mando confió al Coronel Zavala, miliciano también; el efectivo del nuevo destacamento era de cerca de 250 hombres. El Virrey le ordenó a Zavala que se uniera con Quimper y que se pusieran de acuerdo para las operaciones subsiguientes, sin indicar cuál de los dos Coroneles tendría el mando del total de las tropas.

En cumplimiento de su misión el Coronel Zavala llegó hasta Cañete, donde estacionó, sin poder auxiliar a Quimper que había escogido para retirarse la ciudad de Ica, situada en dirección opuesta al grueso de que dependía; Quimper, retirándose excéntricamente, había perdido el enlace con quien lo destacó, primero por error en la dirección que eligió para su repliegue, y después porque el adversario se interpuso entre él y los otros agrupamientos realistas.

Poco después el Virrey completó sus disposiciones enviando hacia Lurín al General O'Reilly, con 310 hombres de caballería; este General tenía el título de Jefe de la Vanguardia, nombre con que se designó a la suma de las tres fracciones realistas que acaban de ser citadas. El comando de O'Reilly era impracticable por la distancia que separaba a los elementos de la titulada vanguardia, tan ampliamente escalonados y porque, en realidad, cada grupo tenía una misión independiente.

Durante el resto del mes de setiembre ambos ejércitos permanecieron en el mismo dispositivo hasta que concluyó el Armisticio de Miraflores.

ARMISTICIO DE MIRAFLORES

14 de Setiembre al 4 de Octubre

El 14 de setiembre, al mismo tiempo que Arenales ocupaba Caucato, llegó al cuartel general de Pisco un oficial realista portador de un oficio del Virrey, en el que éste invitaba a San Martín a entablar negociaciones. La propuesta fue aceptada y se abrieron relaciones entre los dos cuarteles generales hasta el 26 de setiembre, fecha en la que se pactó una suspensión de armas que debía durar hasta el 4 de octubre.

Con estas negociaciones, el Virrey trataba de conseguir que las tropas patriotas reconocieran la autoridad del Rey, bajo el imperio de la Constitución Española de reciente proclamación; San Martín, por su parte, exigía la independencia incondicional del país. Los arreglos fracasaron, como era fácil prever, dada la divergencia substancial de opiniones.

Durante el Armisticio las tropas realistas esmeraron su instrucción y se proveyeron de los elementos de guerra más necesarios; el Virrey obtuvo, además, que las unidades que había llamado del Alto Perú y de Arequipa se aproximaran a los puntos favorables para emprender marcha a Lima al primer aviso. Por su parte, los patriotas aprovecharon de ese tiempo de calma para continuar la "guerra de noticias", manteniendo en alarma a los realistas que, en el interregno, obtenían ventajas menos positivas.

A la terminación del Armisticio de Miraflores, San Martín reemprendió la ejecución de su plan de operaciones momentáneamente suspendido y comenzó a dar cumplimiento a la segunda parte de su intención, tal como la enunciara mucho después en la carta particular dirigida a Miller, cuyos principales párrafos han sido transcriptos.

PREPARACION DE LA EXPEDICION DE ARENALES

La internación a la sierra de las tropas de Arenales exigía ciertas operaciones preliminares que permitieran asegurar el desdoblamiento del ejército y que facilitaran la desembocadura al interior de la división expedicionaria.

En primer lugar, era necesario desbaratar el agrupamiento de Quimper estacionado en Ica, que podía molestar la retaguardia de la división cuando ésta comenzara a tramontar los Andes o, por lo menos, recobrar fácilmente el territorio que había perdido tan pronto como el cuerpo principal del ejército patriota se reembarcara para trasladarse al norte, como era la intención de San Martín.

En segundo término, para favorecer la desembocadura de los expedicionarios a la sierra, era menester enmascarar el mayor tiempo posible el movimiento que se iba a efectuar y engañar a los realistas de Lima, atrayendo su atención sobre el grueso patriota. En efecto: si el Virrey se hubiera dado cuenta oportunamente de la empresa que San Martín intentaba, hubiera podido enviar al interior un grueso destacamento que detuviera o retardara a los expedicionarios en los difíciles pasos de la sierra, hasta que el General Ri-

cafort, que venía del sur y que iba a seguir sobre sus huellas, se hubiera aproximado lo suficiente para atacarlos de común acuerdo con las tropas enviadas de Lima; en estas condiciones, el desastre de la división de Arenales era irremediable. Pero, eso también estaba previsto por San Martín que conocía con exactitud la situación de Ricafort, e iba a distraer a los realistas de la Capital por medio de aparatosas demostraciones hechas sucesivamente, por tierra, sobre el valle de Cañete en la dirección general de Lima, y por mar, frente al Callao y al puerto de Ancón, aparentando gran decisión para emprender el ataque directo sobre el grueso de las fuerzas del Virrey con el cuerpo principal del ejército.

La internación de Arenales implicaba, pues, la ejecución de tres operaciones diferentes, preparatorias del movimiento:

Avance de los expedicionarios a través de la costa hasta llegar al pie de los cuellos de los Andes, por donde los iban a tramontar; destrucción del agrupamiento de Químper, para no dejar adversarios detrás de la columna, y realización de potentes manifestaciones de ataque sobre Lima, hechas por el grueso del ejército patriota, para engañar al adversario y permitir que Arenales irrumpiera en la sierra por sorpresa.

Estas disposiciones serán estudiadas en detalle en el capítulo siguiente.

REEMBARCO DEL EJERCITO LIBERTADOR

24 al 28 de Octubre

Tan luego como la división de Arenales se internó a la sierra, San Martín decidió transportar el grueso de sus tropas al norte de Lima.

Todos los fines que el Caudillo patriota había perseguido con su permanencia en Pisco se habían realizado puntualmente y la presencia del ejército en esa región no era ya necesaria. Estos fines eran de organización: efectivos, ganado, abastecimientos; políticos: propaganda a favor de la emancipación en el territorio ocupado y desquiciamiento del edificio político realista por la inminencia del ataque, y estratégicos: permitir la desembocadura de la división de Arenales y disgregar los núcleos de tropas realistas de Lima, haciéndoles dividir sus actividades con el fin de oponerse, al mismo tiempo al grueso patriota y a la expedición al interior, cuando llegaran a tener noticias de ella.

La permanencia de San Martín en Pisco se prolongó más de lo que éste deseaba, porque debió esperar que la División Arenales comenzara su internación y ésta se retrasó porque tuvo que esperar el resultado de las correrías de Rojas, segundo jefe de la división, que se dejó atraer por su ardor en persecución de las fuerzas fugitivas de Químper.

El reembarco de las tropas que quedaron a órdenes directas de San Martín comenzó en Paracas el día 24 de octubre y el 28 la escuadra se dio a la vela para el Callao *.

---

* Odriozola, obra citada, tomo IV, pág. 96. Véase documentos de la primera y segunda ediciones.

Pisco quedó asegurado por una veintena de hombres con dos piezas de artillería; en Ica quedaron el Coronel Bermúdez y el Capitán Aldao, con 300 hombres, para proteger a los habitantes de la región comprendida entre Chincha y Nazca.

Cuando se conoció el reembarco del ejército patriota, el General O'Reilly, Comandante de los destacamentos realistas del sur de Lima, se replegó sobre esta ciudad, cumpliendo así lo que le había ordenado el Virrey.

OPERACIONES DEL EJERCITO LIBERTADOR AL NORTE DE LIMA

29 de octubre hasta el fin del año

FINTAS SOBRE EL CALLAO Y SOBRE ANCON

29 de Octubre al 9 de Noviembre

La escuadra patriota, convoyando sus numerosos transportes, se presentó el 29 de octubre frente al Callao, haciendo ostentación de sus fuerzas para avivar el entusiasmo y celo patriótico de los habitantes del Puerto y de la Capital, así como para amedrentar a los realistas, dándoles a entender que la expedición iba a tomar tierra en la bahía. Además, se habían planteado arreglos con algunos patriotas del puerto para la entrega de los Castillos y tal fue otro de los fines que llevaron a San Martín frente al Callao.

Efectuada la exhibición de las fuerzas, y fracasada la entrega de los fuertes, la escuadra patriota tomó rumbo a Ancón el día 30. Tres barcos de guerra, a órdenes de Lord Cochrane, quedaron frente al Callao para bloquearlo.

El mismo día 30 en la tarde la escuadra fondeó en Ancón, desde donde los patriotas continuaron inquietando a los defensores de la Capital hasta hacerles creer que se iba a efectuar un desembarco en ese lugar; para dar fuerza a esta creencia, San Martín hizo desembarcar algunos elementos ligeros que lanzó en reconocimiento en la dirección de Lima. Uno de estos reconocimientos, a órdenes del Capitán francés Raulet, se aproximó bastante a la Capital y logró batir a una de las partidas de caballería que los realistas enviaron en su persecución, tomando prisionero a un oficial español que fue conducido al campo patriota.

Durante la estada en Ancón, el 4 de noviembre, San Martín ordenó la constitución de un destacamento de 200 infantes y 40 jinetes cuyo mando confió al Mayor peruano Reyes, nombrando como segundo al Capitán Brandzen, francés que comandaba los jinetes del destacamento. El Mayor Reyes recibió la misión de marchar de Ancón a Huacho, por Chancay, para requisar en su camino las subsistencias y bestias de silla o de carga que encontrara, a fin de quitar estos recursos a los realistas y aumentar los propios; este jefe al pasar por esos lugares debía, además, preparar el espíritu de los habitantes y excitar el patriotismo de los pueblos de esa región en la que iba a operar el ejército por largos meses.

LA "ESMERALDA"

5 DE NOVIEMBRE

Mientras se desarrollaban los anteriores sucesos, una de las fragatas españolas que se encontraba al ancla en el Callao, bajo la protección de los fuertes de la plaza, fue capturada por Lord Cochrane en la noche del 5 al 6 de noviembre. Cochrane condujo personalmente este golpe de mano, con la fortuna que caracterizaba sus atrevidas empresas.

De esta manera se agregó una poderosa unidad de guerra a la escuadra patriota. La fragata fue presentada al ejército en la rada de Ancón el día 8 de noviembre, produciendo enorme entusiasmo en las fuerzas libertadoras.

TORRE BLANCA

11 DE NOVIEMBRE

El destacamento del Mayor Reyes, que había emprendido marcha al norte el 4 de noviembre, debió permanecer en Chancay durante algunos días para cumplir su misión. Su presencia y operaciones fueron conocidas pronto por el Virrey, quien dispuso que el Coronel Valdez con un escuadrón de "Dragones del Perú", uno de "Dragones de la Unión" y cuatro compañías del batallón "Numancia" emprendiera la marcha hacia Chancay para capturar al destacamento.

Los realistas se aproximaron a las tropas del Mayor Reyes en los alrededores de Chancay y Valdez se adelantó con uno de los escuadrones para atacar el convoy que, conduciendo gran cantidad de elementos de vida, reemprendía la marcha al Norte. El resto de las fuerzas realistas, a órdenes de García Camba, permaneció en segundo escalón.

Tomado el contacto entre la caballería de ambos bandos, Bandzen atrajo a los realistas a los angostos callejones de la hacienda Torre Blanca y una vez que lo consiguió, anulando con este hecho la superioridad numérica que tenían e impidiéndoles desplegarse, cargó con gran vigor sobre el escuadrón que conducía Valdez. Producido el choque en estas ventajosas circunstancias para el Capitán Brandzen, sus 40 jinetes lograron que el escuadrón de Valdez volteara caras y que el que venía en segundo escalón, atropellado por el primero y envuelto en su fuga, se desordenara. Los patriotas persiguieron con ardor a los dos escuadrones y sólo se detuvieron ante el fuego de la infantería realista, que organizó rápidamente García Camba detrás de unas tapias transversales al callejón.

Después de este encuentro, Reyes pudo continuar su marcha hacia Huaura, sin ser molestado por Valdez que hizo languidecer la persecución, paralizando momentáneamente su habitual actividad.

OCUPACION DEL VALLE DE HUAURA *

17 DE NOVIEMBRE

La ocupación del valle del río Huaura tuvo por objeto proseguir en el plan de propaganda política y quebranto de la moral de los realistas, fines que eran primordiales, según el criterio de San Martín. Se trataba de obtener en Huaura lo mismo que se consiguió en Pisco.

La ocupación de la región del norte de Lima, favorecía también la realización integral del plan según el cual actuaba Arenales y, principalmente, propendía a conseguir la adhesión a la causa de la provincia de Trujillo, poco guarnecida y de cuyas ideas a favor de la libertad se tenía conocimiento.

Los fines que San Martín pensaba obtener con el estacionamiento en Huaura están expresados con toda claridad en una carta que éste escribiera a O'Higgins, desde Pisco, en la que dice:

"Arenales debe ponerse a caballo sobre Jauja y comunicarse conmigo por el Norte. Yo debo reembarcarme para atacar el Norte de Lima, sublevar las provincias de Huaylas, Huánuco y Conchucos de cuya decisión estoy muy perfectamente persuadido. Mi objeto en este movimiento es bloquear a Lima por la insurrección general y obligar a Pezuela a una capitulación, sin desatender al mismo tiempo al aumento del ejército y la subyugación de la Intendencia de Trujillo. Casi puedo asegurar que este plan dará los mejores resultados, y que si se verifica, Lima estará en nuestro poder de tres meses a la fecha" * *.

DISPOSITIVO DEL EJERCITO EN HUAURA

El 9 de noviembre la escuadra patriota levó anclas en Ancón para continuar a Huacho, donde tocó el 10. Este mismo día comenzó el desembarco de las tropas que duró hasta el 12, fecha en que todo el ejército estaba en tierra. Del puerto de Huacho los cuerpos pasaron a ocupar acantonamientos a lo largo del valle del río Huaura, en su margen septentrional.

El río Huaura, de 35 kilómetros de longitud, baña el valle de su nombre que se alarga por el este hasta Sayán en las cabeceras de la sierra. De este último punto es fácil pasar al interior, hacia Pasco, por el cuello de Oyón situado en una depresión de la cordillera. El río Huaura, que lleva agua todo el año, está encajonado por altos y escarpados ribazos que hacen de él un serio obstáculo para el pasaje de tropas siendo, por consiguiente, muy fácil de defender.

Disponiendo de una escuadra en el extremo oeste de la línea, que toca el mar, se aumenta la resistencia de las tropas que se establezcan en las márgenes del río. Esta escuadra puede asegurar, en caso de emergencia, la retirada de las fuerzas.

El Ejército patriota acantonó el día 17 de noviembre a lo largo del valle, con el dispositivo siguiente:

---

* Croquis No. 2.

* * Mitre: Historia de San Martín.

Cuartel general en Huaura;
Batallón Nº 4 en Quipico;
Batallón Nº 8 en Vilcahuaura;
Batallón Nº 7 en Acarai;
Los demás cuerpos en Huaura.

El dispositivo, con frente al sur, apoyaba su derecha en el mar cuyo dominio estaba asegurado y su izquierda en las cabeceras de la sierra en aptitud de enlazarse con Arenales que, según el plan, debía buscar este enlace.

La naturaleza del obstáculo que forma el río daba suficiente capacidad de resistencia a las tropas que lo ocupaban y, más aún, si se tiene en cuenta que para que el adversario llegara a él, tenía que atravesar los desiertos que median entre los ríos Chillón y Chancay y entre este último y el río Huaura.

Las necesidades de la táctica se coordinaban, pues, gracias a la ocupación de esta línea, con los fines políticos y las concepciones estratégicas del General en Jefe patriota.

DISPOSICIONES DEL VIRREY

El Virrey para responder a esta actitud de los patriotas ordenó que los 7000 hombres que formaban el ejército de Lima se establecieran en el campo atrincherado de Aznapuquio, organizado a 8 kilómetros al norte de la Capital.

Dispuso que de estas tropas se destacara una vanguardia hacia el río Chancay y la puso a órdenes del Coronel Valdez, formándola con los batallones "Numancia", "Infante" y "Arequipa", dos piezas de artillería y los escuadrones "Dragones de la Unión" y "Dragones del Perú"; el efectivo total de la vanguardia era de 2000 hombres. Otra pequeña vanguardia fue despachada a la sierra.

Por este tiempo, el Virrey ordenó también que apresuraran su marcha los refuerzos que había pedido al sur, que ya se aproximaban a la Capital. Estos refuerzos estaban formados por los siguientes destacamentos:

Con el General Canterac:

2º Batallón del "Primer Regimiento", mandado por el Coronel Gamarra.

Dos escuadrones de "Lanceros".

Estas tropas fueron transportadas por las fragatas "Prueba" y "Venganza", y desembarcadas en Cerro Azul, para seguir a Lima por tierra. Las fragatas nombradas prestaron en esta oportunidad sus últimos servicios a la causa del Rey.

Con el Coronel Valdez:

Batallón "Castro".

Dos escuadrones de "Granaderos de la Guardia".

Valdez se había adelantado, llamado a Lima por el Virrey, dejando en Andahuaylas las unidades que conducía las que, en este

lugar, se unieron a las que comandaba Ricafort, quedando a órdenes de éste.

Con el General Ricafort:

Batallón 1º del "Imperial Alejandro".

Escuadrón "Dragones de Arequipa".

Los destacamentos de Canterac y de Valdez procedían de las tropas del Alto Perú, y el de Ricafort pertenecía al Ejército de Reserva de Arequipa.

OPERACIONES DE ALVARADO Y DE VALDEZ EN CHANCAY

Una vez que las tropas patriotas se establecieron a lo largo del Huaura, San Martín trató de buscar el enlace con Arenales, que debía encontrarse al otro lado de la Cordillera. Con este fin ordenó que el General Alvarado con 450 infantes y 150 granaderos se dirigiera a la sierra, por Sayán y Oyón, para enlazar al General Arenales con el grueso, o para auxiliarlo, si fuera necesario.

Alvarado comenzó a cumplir su misión alejándose hacia el este, pero, el General realista Valdez, jefe de la vanguardia de Chancay, tuvo noticia de la ejecución de este movimiento y avanzó a su vez para interponerse entre el grueso patriota y las tropas de Alvarado, a quien quería cortar para batirlo.

Valdez emprendió su operación y dio cuenta al Virrey del movimiento que había comenzado; pero éste, en lugar de dar la aprobación que se esperaba, desautorizó el plan y ordenó el regreso a Chancay de la vanguardia, disponiendo que su efectivo quedara reducido al Batallón "Numancia" y al escuadrón "Dragones del Perú", con dos piezas de artillería.

Por su parte, el General San Martín había también cambiado de plan a instancias de Alvarado, que proponía apoyar preferentemente la defección del batallón "Numancia". Este batallón estaba en vísperas de cumplir el compromiso que había contraído de pasarse en masa a los patriotas y pedía que se le ayudara para escapar a la segura persecución que Valdez emprendería sobre él, una vez realizada la defección.

Aceptando las proposiciones de Alvarado, San Martín le ordenó que con toda la caballería, cuyo efectivo ascendía a 700 hombres, se aproximara a la vanguardia de Valdez en la dirección de Chancay, para favorecer la operación de los numantinos.

PESCADORES

27 DE NOVIEMBRE

Alvarado, para ponerse de acuerdo con el "Numancia", luego que avanzó hacia la vanguardia realista, envió comunicaciones secretas a Chancay y a Lima e hizo adelantar a la caleta de Pescadores un grupo de 18 jinetes para recoger la correspondencia que remitiera el citado batallón. La partida allí emplazada, a órdenes del Teniente Pringles, fue sorprendida por la caballería de Valdez y, después de luchar con heroísmo contra dos escuadrones, fue capturada íntegramente.

Valdez, después de este hecho, se replegó sobre Chancay donde fue reforzado el día 2 de diciembre por otro escuadrón de "Dragones del Perú", comandado por el Coronel Ignacio Landázuri. De Chancay, Valdez continuó hacia el campamento de Aznapuquio donde, según órdenes del Virrey, debía constituirse con todo su destacamento.

LA DEFECCION DEL "NUMANCIA"

3 DE DICIEMBRE

Durante la marcha de repliegue hacia Aznapuquio, Valdez hizo destacar de la columna a los dos escuadrones de caballería de que disponía con el fin de que se adelantaran en busca de pastos y dejó en segundo escalón de marcha al batallón "Numancia", que debía continuar sobre Ancón durante la noche, para evitar el calor del día en esa región arenosa y desierta.

El batallón "Numancia" descansó sobre la marcha en la cuesta de Huachos y, cuando parte de sus oficiales y tropa estaban durmiendo, en la madrugada del 3 los conjurados sublevaron el batallón y emprendieron marcha de regreso hacia Retes, al norte de Huachos, para reunirse con la caballería patriota que los esperaba a órdenes de Alvarado.

Cuando el "Numancia" se pasó a los independientes tenía el siguiente efectivo:

Oficiales peruanos	3
„ colombianos	25
Total	28
Soldados peruanos	322
„ colombianos	646
Total general	996

Después de reunirse con la caballería de Alvarado, el "Numancia" se embarcó en el puerto de Chancay y se presentó al cuartel general de Huaura el 11 de diciembre. Fue recibido con grandes honores y se le confió, como distinción máxima, la custodia de la bandera chilena del Ejército Expedicionario Libertador del Perú, distribuyéndosele, además, las primas que se le habían ofrecido.

El 2 de diciembre, en tanto que se estaban realizando los anteriores sucesos, se recibieron en Huaura comunicaciones del General Arenales por las que se supo que éste se hallaba en Jauja el 25 de noviembre. Poco después, el 11 de diciembre, en que se presentó el batallón "Numancia" al cuartel general de Huaura, se recibieron los partes de la victoria del Cerro de Pasco.

Ese día fue, pues, de intenso júbilo y entusiasmo patriótico para las tropas del Ejército Libertador.

CONSIDERACIONES

El plan de campaña de San Martín estuvo muy bien combinado. La situación especial en que se encontraba, debiendo invadir un extenso territorio ocupado por numerosas y bien probadas tropas y no disponiendo para hacerlo sino de reducidos efectivos y escasos elementos, justificaba absolutamente las prudentes medidas que adoptara al iniciar la campaña.

Como ya se ha dicho, era necesario tomar tierra en país enemigo sin que los defensores pudieran oponerse; aumentar, en lo posible, la separación que existía entre sus agrupamientos de fuerzas, efectuando fintas en distintos puntos del territorio sin separarse de la escuadra, cuya amplia vía era la más segura y eficiente línea de retirada.

Como el fin primordial era hacer propaganda de la causa y no se debía limitar ésta a los parajes de la costa, San Martín envío al General Arenales a la sierra para que preparar nuevas bases políticas a las operaciones ulteriores en aquella magnífica zona de abundantes recursos, en hombres y elementos de vida. De tal manera, y gracias a pequeños éxitos guerreros, crecía el entusiasmo por la libertad en ambas zonas invadidas, al mismo tiempo que la "guerra de recursos" comenzaba a producir sus frutos, creándose numerosas montoneras que hostilizaban a los realistas y cubrían las operaciones de los patriotas proporcionándoles datos y favoreciéndoles en su acción.

La ofensiva estratégica de San Martín quedó planteada en magníficas condiciones: las fuerzas cerca de los puntos de aplicación más favorables y los realistas atados al territorio y en la imposibilidad de intentar cualquier operación contra el adversario cuya movilidad era, por el momento, insuperable. Privado el ejército realista de su libertad de acción, tuvo que mantenerse en una situación de expectativa y de alerta continua, que gastaba todos sus resortes morales y materiales, en tanto, los patriotas comenzaban a adquirir una superioridad cada vez más amenazadora, gracias al incremento diario de sus fuerzas y a la adhesión progresiva de los pueblos a la causa nacional.

La inacción del Coronel Químper, Comandante General de la costa sur de Lima, dio lugar a que, desde el comienzo, las tropas libertadoras tomaran un gran ascendiente moral. Si es cierto que este jefe no hubiera podido impedir el desembarco con el escaso efectivo de que disponía, en cambio, pudo oponer seria resistencia a tan delicada operación. Después de romper el enlace con su grueso, retirándose a Ica, su conducta es más reprensible aún, puesto que no intenta la menor resistencia en esta última ciudad y, luego, se deja sorprender en su tranquilo refugio de Nazca, en el que permanece desde el 6 de octubre hasta el 15 del mismo mes, sin tomar ninguna decisión y sin tratar de conseguir dato alguno sobre el enemigo que lo acababa de desalojar de Ica.

Las malas disposiciones de Químper resaltan más todavía al compararlas con las del General Arenales, que no pierde el contacto con su adversario, que marcha de noche en su busca abordándolo por medio del destacamento de Rojas y que pone a favor de éste todas las probabilidades de éxito.

Cuando la expedición desembarcó en Pisco, San Martín, debió extender sus tropas en una ancha y profunda zona de la costa para proteger la continuación del desembarco y para afianzar la ocupación del litoral invadido; pero, como el buque que conducía el ganado de la caballería llegó con retraso, se vio obligado a aventurar los primeros elementos de infantería desembarcados que, por su pesadez, no podían darle el amplio margen de seguridad que la operación requería.

El jefe que realiza un desembarco debe tratar de conquistar una zona en profundidad tan luego como sus tropas toman tierra, sobre todo en la dirección probable de ofensiva del enemigo, a fin de procurarse el tiempo y espacio necesarios para continuar su operación con seguridad. En vista de esta necesidad de capital importancia, se deben constituir de manera especial las unidades que desembarcan primero, de modo que se basten para la conquista de esa zona de seguridad. El espacio en profundidad que proporciona la caballería con su progresión rápida hasta puntos suficientemente alejados, donde puede ocupar momentáneamente el terreno, y la facilidad que tiene para el envío de partes, dan a esta arma la preferencia para garantizar a las fuerzas que ejecutan un desembarco.

Un desembarco es comparable al pasaje de un río, operación en la que es necesario establecer una cabeza de puente, a fin de asegurar la desembocadura del grueso a la otra banda y en la que se debe proceder por sorpresa, tanto como sea posible, para impedir que el adversario tenga tiempo de caer sobre las propias tropas en el momento crítico del pasaje, o sea, refiriéndose al desembarco, cuando la mitad de las fuerzas se halla en tierra, sin poder recibir auxilios ni siquiera de los fuegos de su escuadra, y con el mar a la espalda.

Como consecuencia, el defensor de una zona de litoral deberá establecerse en un punto tal que le permita dirigirse con rapidez hacia el lugar en que se inicie un desembarco; permanecerá en el "mango del abanico" para hallarse equidistante de los puntos peligrosos. Los medios de movilidad juegan en este caso un importante papel, porque si el defensor se ve obligado a realizar dos jornadas de marcha para alcanzar a su adversario, habrá dejado pasar la oportunidad de tomarlo a medio desembarco; en estas condiciones sólo se podrá maniobrar con eficiencia cuando se disponga del ferrocarril, automóviles o, por lo menos, de una caballería muy bien comandada que dé tiempo para la llegada del grueso, impidiendo, o estorbando por lo menos, la formación de esta zona de seguridad que trata de organizar el invasor.

Cuando la tropa desembarcada va a permanecer en el litoral, la necesidad de constituir esta zona de seguridad se hace sentir mucho más, porque sólo gracias a su organización se podrán formar bases terrestres de operaciones, indispensables para asegurar los abastecimientos del ejército, que no debe contar exclusivamente con los elementos que le proporciona su escuadra.

Era completamente ilusorio el comando general de los destacamentos de la costa sur de Lima, encargado al General O'Reilly,

porque este General no disponía en realidad sino de los soldados directamente a sus órdenes. Si cada destacamento tenía una misión propia y si se había fijado a cada uno el punto en que debía permanecer, es claro que el comando de O'Reilly se refería sólo a la necesidad de dar un nombre y un jefe a estos elementos escalonados a lo largo del litoral, que eran verdaderos grupos de observación, aislados, a los que se había bautizado con el pomposo nombre de vanguardia.

La suspensión de armas solicitada por el Virrey favoreció mucho los planes de San Martín, permitiéndole establecerse en el territorio con toda tranquilidad y ganar adeptos numerosos, que se decidieron más fácilmente por la causa de la libertad en vista de que el Virrey pedía que se prorrogaran o excusaran las operaciones activas.

Cuando el Ejército Libertador se trasladó de Pisco hacia Ancón, San Martín continuó en su juego de fintas, enviando reconocimientos sobre la Capital.

La expedición del Mayor Reyes contribuyó al mismo fin de alarma y diversión de las tropas realistas, impidiéndoles dirigirse contra Arenaels que maniobraba en la sierra por esos días.

El envío de Reyes hacia Huacho, demuestra, sin embargo, que San Martín tenía un concepto equivocado de la actividad y posibilidades de los realistas, creyendo que no tendrían cómo estorbar el cumplimiento de tan arriesgada operación. La marcha de Reyes era verdaderamente aventurada porque se fundaba, como la de Arenales, en el cálculo exacto del tiempo necesario para desfilar delante del adversario antes de que éste pudiera oponerse; y, si es verdad que la destrucción de ese pequeño destacamento no hubiera desquilibrado las fuerzas patriotas, compensaba, en cambio, los pequeños triunfos que con tanto afán se había tratado de conseguir hasta esa fecha para intensificar la propaganda política.

El dispositivo que San Martín tomó en Huaura da idea muy precisa de sus intenciones: constituyó en esa región una larga línea defensiva, donde esperaba poder resistir a las fuerzas realistas si éstas se hubieran decidido a atacarlo; apoyó las alas de su dispositivo en serios obstáculos naturales y, aprovechando como línea natural de defensa de la cortadura del Huaura, de abruptos ribazos, dejó entre ella y el adversario extensos desiertos, privados de recursos, cuyo recorrido aniquilaría a quien tomara la ofensiva; por fin, estableció su línea de retirada sobre Supe, donde todo estaba preparado para el reembarco del ejército.

Este dispositivo tiene todas las características de la defensiva estratégica, pura y simple, sin participar absolutamente de las modalidades de la espera estratégica, la que se reconoce por su sistema articulado de fuerzas cubiertas por vanguardias en las direcciones peligrosas. Quien adopta la espera estratégica se halla en condiciones de tomar la ofensiva en cualquier circunstancia, concentrando las fuerzas en el momento y el punto deseados; en otros términos: la espera estratégica es la ofensiva estratégica que se detiene momentáneamente. San Martín, como todo lo indica, sólo pensó en conservar sus efectivos manteniéndose a la expectativa de sucesos políticos que le fueran favorables.

El Virrey, que detiene a Valdez cuando éste quiere lanzarse sobre Alvarado, demuestra con este hecho el temor que tenía a la actividad de los patriotas. Su orden, mal recibida por los demás Generales españoles, tenía fundamentos muy lógicos; en primer lugar, no le parecía conveniente que su vanguardia descubriera el frente que se le había asignado; procuraba impedir que las fuerzas defensoras de la Capital se disgregaran en misiones aisladas e independientes y, por último, habituado como se hallaba a la guerra de sutilezas, en la que los patriotas eran maestros, temía que la operación que realizaba Alvarado fuera un cebo para atraer a Valdez, a fin de batirlo con todas las fuerzas patriotas reunidas, luego que se empeñara a fondo en su proyectada operación.

CAPITULO IV

PRIMERA CAMPAÑA DE ARENALES EN LA SIERRA

1820

Marcha de Arenales a Cerro de Pasco.—Plan de la expedición al interior.—Partida de la expedición.— Ocupación de Ica.— Nazca.— Acarí.— Internación y marcha en la sierra.— Mayoc.— Jauja.— Tarma.

Batalla del Cerro de Pasco.

Operaciones de Bermúdez y de Ricafort.— Huamanga.— Cangallo.— Huancayo.

Consideraciones.

MARCHA DE ARENALES A CERRO DE PASCO

4 de octubre al 6 de diciembre

PLAN DE LA EXPEDICION AL INTERIOR

Varios fueron los fines que San Martín perseguía al enviar la división de Arenales a la sierra.

Insurreccionar a los elementos afectos a la libertad que existían en esas comarcas, los que, alentados por la audacia y la fuerza de la expedición, no vacilarían en rebelarse, abandonando sus compromisos morales y materiales con los realistas.

De esta insurrección nacerían montoneras que cooperarían a la acción del ejército patriota. Los jefes Ninavilca y Huavique fueron los primeros de esa pléyade de heroicos y temerarios montoneros, casi anónimos.

El atrevimiento que significaba la expedición daría un fuerte golpe a la moral, ya quebrantada, de las tropas del Virrey.

Por otra parte, no dejaba de entrar en el cálculo del reflexivo General San Martín que las guarniciones de la región que Arenales iba a atravesar eran de pequeño efectivo, porque los elementos que las componían habían sido llevados hacia Lima y absorbidos por el grueso realista. La insignificancia de esas guarniciones permitiría que los patriotas obtuvieran nuevos triunfos que, por pequeños que fueran, contribuirían a desbaratar la fuerza moral del adversario.

Además, la marcha de la división Arenales, alrededor de Lima, cerraba el círculo que San Martín aparentaba establecer, para lo que había amenazado con el grueso de sus fuerzas por el sur de la Capital, trasladándolas después al norte de ella. En realidad, el rodeo de Lima era precario y ficticio, porque los débiles elementos que quedaron en Pisco no tenían la fuerza suficiente para mantenerlo y porque, estando en movimiento, las tropas de Arenales no cerraban tampoco el círculo en ningún instante; pero, si es verdad que la sede de las fuerzas realistas no quedaba materialmente rodeada, en cambio, se interceptaban sus comunicaciones con el interior y se fomentaba el espíritu de la insurrección, dándole a la guerra el carácter nacional que era necesario que tuviera.

Una vez que estas tropas destacadas terminaran su operación, se unirían nuevamente al grueso en el norte de Lima.

*PARTIDA DE LA EXPEDICION

4 DE OCTUBRE

El comando de la expedición fue confiado al General Arenales, quien llevaría como segundo jefe al Teniente Coronel Rojas.

Las tropas que formaban la expedición eran las siguientes:

Batallón "Nº 11 de los Andes".

Batallón "Nº 2 de Chile".

Medio escuadrón de "Granaderos de los Andes".

Un pelotón de "Cazadores de los Andes".

Dos piezas de artillería servidas por 25 artilleros.

El efectivo de estas tropas, reunidas en Pisco para la partida, alcanzaba a 1242 hombres.

Las instrucciones que San Martín dio al General Arenales le prescribían, en síntesis, que efectuara las siguientes operaciones militares:

Batir a Quimper; internarse a la sierra y ocupar Huancavelica; marchar a Jauja para apoderarse de los caminos que unen Lima con el interior, estableciendo activa propaganda por la causa de la libertad; adelantar un destacamento hacia Tarma para hallarse en enlace con el grueso, que iba a trasladarse y permanecer al norte de la Capital.

El 4 de octubre, en que feneció el Armisticio de Miraflores, la división Arenales partió de Pisco hacia Ica, a fin de dar cumplimiento a estas disposiciones.

OCUPACION DE ICA

6 DE OCTUBRE

Las tropas patriotas alcanzaron Ica el día 6 en la madrugada, haciendo fugar hacia el sur, con sólo su presencia, al Coronel Quimper, que, a pesar de haber aumentado el efectivo de sus fuerzas a

* Croquis No. 1.

800 hombres, no pensó sino en retirarse. Dos de las compañías de milicias que Químper tenía a sus órdenes, se pasaron a las tropas de Arenales, tan luego supieron que éstas se hallaban próximas.

Ocupada la ciudad de Ica, Arenales envió sobre Palpa un destacamento de caballería para que tomara datos sobre la actitud de las tropas enemigas. Este destacamento regresó con la noticia de que Químper se había dirigido a Nazca.

NAZCA

15 DE OCTUBRE

Al recibir este informe, Arenales ordenó la formación de un agrupamiento de 80 jinetes con igual número de infantes ancados y con caballos de tiro. Este agrupamiento, mandado por el Teniente Coronel Rojas, recibió orden de capturar a Químper, para lo que se dirigió a Nazca, y, después de contornear este pueblo por el sur, sorprendió en la hacienda de San Juan al Coronel de milicias, haciéndolo escapar hacia la sierra y produciendo la desbandada total de su tropa. El destacamento realista tuvo 40 muertos y gran número de heridos, dejando, además, 36 prisioneros.

ACARI

16 DE OCTUBRE

El Comandante Rojas no se limitó al cumplimiento exacto de su misión, pues, sabiendo por los prisioneros que Químper había adelantado un convoy de armamentos hacia Acarí, envió al Teniente Suárez, con 30 cazadores, para que sorprendiera ese convoy y se apoderara de sus cargas. La operación de Suárez tuvo cumplido éxito.

Después de estos felices acontecimientos, Rojas rehizo su destacamento y emprendió el regreso a Ica, ciudad que alcanzó el 19, reuniéndose allí al grueso de la expedición. La primera parte de la misión del General Arenales estaba ampliamente cumplida, y este jefe quedaba libre para internarse a la sierra.

Mientras se efectuaban los citados movimientos, San Martín ordenó que el ejército hiciera algunas demostraciones hacia Cañete, simulando un avance sobre la Capital. Estos movimientos permitieron extraviar el criterio de los realistas y atraer su atención hacia el sur de Lima, con lo que se logró que no llegaran a conocer la internación de Arenales sino nueve días después de su partida de Ica y cuando este jefe se hallaba en Vinchos, cerca ya de Huamanga.

INTERNACION Y MARCHA EN LA SIERRA

Luego que el General Arenales recogió las fuerzas del Comandante Rojas, partió de Ica el día 21 de octubre y llegó a las primeras estribaciones de los Andes, que tramontó penosamente sin encontrar resistencia alguna de parte del enemigo ni de los escasos pobladores de esas agrestes regiones.

El 31 de octubre avistó Huamanga, encontrándola desguarnecida, porque los intendentes de la región habían fugado al conocer la aproximación de los patriotas. Estas autoridades se dirigieron con su séquito unas hacia el sur, camino de Andahuaylas y del Cuzco, otras al norte para llegar a Lima.

El General Arenales ordenó, entonces, que se persiguiera a los que se encaminaban hacia el sur, encargándose a Lavalle, jefe de la caballería, que cortara camino por la llanura de Cangallo para destruir el puente del Pampas; pero, el mal tiempo que reinaba por esos días impidió que Lavalle avanzara con la debida rapidez, lo que facilitó la fuga de los realistas.

El Virrey, por su parte, había tenido conocimiento en Lima, el 30 de octubre, de la internación de los patriotas, pero juzgó inverosímiles los datos recibidos, ordenando, sin embargo, que algunas tropas acudieran a la región amagada. Con este objeto dispuso que saliera de Lima la Compañía de "Cárdenas", cuyo efectivo ascendía a 150 hombres, dándole por misión interceptar los pasajes del río Mantaro, que unían Huamanga con Jauja; a esta compañía debían agregarse las de milicias y los destacamentos que existían en la zona que se iba a defender. Poco después, el Virrey ordenó la formación de un destacamento de las tres armas que, a órdenes del General O'Reilly, debía operar en el interior; el citado General recibió orden de marchar sobre Jauja, pero esta primera disposición fue reconsiderada y el destacamento emprendió sobre Cerro de Pasco; O'Reilly dejó Lima el 18 de noviembre, cuando la expedición de Arenales estaba por llegar a Huancayo.

Para destruir a las tropas de la expedición de Arenales, el Virrey contaba preferentemente con la división que traía del sur el General Ricafort, al que suponía en aptitud de alcanzar y batir a los expedicionarios en la marcha hacia el norte, que ambos realizaban; los dos mil hombres de esta división eran para el Virrey una sólida garantía. Pero, Ricafort sólo había alcanzado Andahuaylas el 1º de noviembre, cuando los patriotas se encontraban en Huamanga, y como la operación de Arenales se realizaba con la diligencia requerida, gracias a que encontró su ruta libre, los batallones realistas no pudieron alcanzarlo como lo esperaba el Virrey.

MAYOC

11 Y 12 DE NOVIEMBRE

Una vez en posesión de Huamanga, el General Arenales organizó los elementos patriotas que allí existían, formó compañías de milicias, a las que dotó de armamento y constituyó militarmente el territorio ocupado; las compañías de milicias, a pesar de que su eficiencia militar era casi nula, iban a servir ulteriormente para obstaculizar la marcha de los soldados de Ricafort, cubriendo la retaguardia de los expedicionarios.

Por los datos que los patriotas recogieron en Huamanga, supieron que una parte de las tropas que el Virrey había despachado desde Lima para detenerlos, ocupaba los puentes de Mayoc y de Izcuchaca, sobre el río Mantaro. Tuvieron noticia, además, de que

en el último de estos puentes se habían concentrado casi todas las fuerzas defensoras, cuyo efectivo ascendía a 600 hombres con dos piezas de artillería, descuidando en cambio, el puente de Mayoc, que sólo estaba ocupado por veinte soldados de a caballo. Arenales, en vista de esta falta de equilibrio en la defensa, se dispuso a forzar el punto de menor resistencia de la línea adversa. Para realizar su plan hizo marchar a las tropas en forma tal que amenazaron ambos puentes a la vez, tomando un camino intermedio y adelantando elementos de caballería sobre uno y otro puente. El grueso fue encaminado sobre el puente de Mayoc, que era el menos guarnecido, lo que permitió orientar la ofensiva sin preocuparse del enemigo y marchar en la dirección más favorable para amenazar su retirada.

La expedición dejó la ciudad de Huamanga el 6 de noviembre en la mañana, dirigiéndose sobre Huanta. El día 11 de ese mes la partida de caballería patriota lanzada sobre el puente de Mayoc, batió a los pocos realistas que lo defendían y aseguró el pasaje del grueso, que se efectuó al día siguiente. Desde el 12, el General Arenales pisó en el valle de Jauja y se encontró a la espalda de los defensores del paso de Izcuchaca.

El Brigadier Montenegro, jefe de las fuerzas realistas, al saber que los patriotas se hallaban al otro lado del río, y que, por este hecho, la defensa por él organizada era inútil, decidió replegarse hacia el norte antes de verse cortado de la región de Jauja, donde, de conformidad con las primeras disposiciones del Virrey, suponía encontrar el destacamento del General O'Reilly.

JAUJA

20 DE NOVIEMBRE

Continuando su marcha al Norte, al acercarse a Huancayo, Arenales tuvo noticia de que los defensores del Mantaro se retiraban con todas sus fuerzas, veteranas y de milicias, con algunas piezas de artillería y distintos pertrechos en la dirección general de Tarma. Ordenó, entonces a Lavalle, ya ascendido a la clase de Mayor, que entablara la persecución de las tropas del Rey, con 55 jinetes escogidos y voluntarios, muchos de los cuales eran oficiales.

Lavalle alcanzó a los fugitivos a las nueve de la noche del 20 de noviembre, cuando marchaban en una fragosa cuesta a la salida de Jauja. A pesar de las dificultades del terreno, Lavalle ordenó a sus jinetes que cargaran sobre la columna enemiga, y logró desorganizarla por completo convirtiendo la fuga en desastre definitivo. En Jauja, los patriotas capturaron al intendente de Huancavelica, Brigadier Montenegro, y, además, tomaron 300 caballos, cuya requisición en esa zona había sido ordenada por el Virrey para favorecer la proyectada operación de O'Reilly.

TARMA

23 DE NOVIEMBRE

El grueso de la división de Arenales llegó a la ciudad de Jauja el día 21 en la noche. De este lugar, el caudillo patriota, para perseguir a los realistas que habían logrado escapar hacia Tarma, y

para apoderarse de los elementos de guerra que existían en esta última ciudad, dispuso que el Coronel Rojas, jefe de estado mayor, partiera en esa dirección al día siguiente, 22, con el Batallón Nº 2 y 50 jinetes. Rojas llegó a Tarma el 23 y logró hacer gran número de prisioneros de las columnas en retirada; el destacamento tomó, además, 6 piezas de artillería, 50,000 cartuchos y 500 fusiles.

Después de estos éxitos la expedición permaneció en Jauja algunos días y sólo se trasladó a Tarma el 25, para continuar el cumplimiento de su misión que le prescribía avanzar al Cerro de Pasco para tomar el enlace, por Oyón, con el grueso del Ejército Libertador.

En el trayecto de Ica a Tarma el General Arenales ganó a favor de la causa de la libertad a los pueblos del tránsito; hizo jurar la independencia en todos los centros importantes por donde pasó y organizó cuerpos de milicias que dejó bien pertrechados, con el armamento y la munición que había tomado a las tropas del Virrey.

Las milicias de Tarma, Jauja y Huancayo, con 700 fusiles, quedaron a órdenes del intendente patriota de Tarma, Coronel Otero, con la misión de sostener a los insurgentes, continuar la propaganda política e impedir o retardar cualquier empresa de las tropas realistas sobre la retaguardia de la división expedicionaria.

BATALLA DEL CERRO DE PASCO

6 de diciembre

* Durante su permanencia en Jauja, Arenales tuvo noticias de que el General O'Reilly, que se había dirigido de Lima, por la quebrada de Canta, hacia el Cerro de Pasco, permanecía en este último lugar con la intención de detener la marcha de la expedición e impedir sus comunicaciones con el cuartel general patriota, ya establecido en Huaura.

Una vez en Tarma, Arenales precisó los datos recibidos y supo que las fuerzas de O'Reilly, que habían partido de Lima el 18 de noviembre, estaban formadas por el Batallón "Victoria", de 600 plazas, y por los escuadrones "Dragones de Carabaillo" y "Lanceros de Lima", que sumaban 180 jinetes. A este efectivo se habían agregado 200 infantes de distintos cuerpos de Lima; 200 de la compañía de milicias "Concordia del Cerro de Pasco", y 200 de otras tropas y de los fugitivos de la Compañía "Cárdenas". De esta manera, O'Reilly disponía, en total, de 1300 hombres, con dos piezas de artillería.

En posesión de tales datos, y con el fin de eliminar cuanto antes esa resistencia, que podía impedir su enlace con el grueso de Huaura, o dar lugar a un serio peligro actuando en cooperación con Ricafort, el General patriota decidió marchar hacia el Cerro de Pasco para atacar a las tropas de O'Reilly.

Emprendía la marcha, los patriotas llegaron cerca del pueblo de Pasco el 5 de diciembre a mediodía, y acamparon en esa región. El General Arenales, con una partida de "Granaderos a Caballo"

* Croquis No. 3.

avanzó en la tarde hasta el Cerro de Pasco para practicar un reconocimiento, y, a pesar de que las fuerzas realistas intentaron estorbar su operación, alcanzó a ver las características del terreno, desde una altura, dándose cuenta de las probabilidades que ofrecía el ataque que proyectaba.

Cuando Arenales estuvo perfectamente informado de la situación y condiciones en que se hallaban los realistas, decidió abordarlos en su posición. Para esto hizo avanzar a sus tropas el 6 en la madrugada, llegando a las 9 de la mañana a la base de la misma altura que escalara la víspera, donde treparon los soldados con dificultades y gran fatiga. De este lugar, los patriotas dominaban a los soldados de O'Reilly.

Los batallones de la división fueron repartidos desde su salida de Pasco en tres columnas: 280 hombres del Batallón Nº 2, a la derecha; 280 hombres del Batallón Nº 11, a la izquierda; el sobrante de tropa de estos batallones marchaba en reserva, en el intervalo de las dos columnas. En esa misma disposición las fuerzas alcanzaron la cima, a la que tuvieron que subir a brazo las cuatro piezas de artillería de que disponían.

Desde la cumbre, cuando comenzó a aclarar la atmósfera, obscurecida hasta entonces por una intensa nevada, Arenales, que no notaba ningún movimiento de las tropas enemigas, ordenó que su artillería hiciera algunos disparos para obligar a los realistas a revelar sus intenciones. Este procedimiento dio buen resultado, porque inmediatamente O'Reilly dispuso que sus fuerzas salieran a los linderos de la población, estableciéndose delante de ella y ocupando a su izquierda algunas zanjas y ondulaciones del suelo, en las que se parapetó la tropa, y tomando a su derecha una pequeña elevación del terreno.

Cuando O'Reilly mostró su intención y exhibió sus fuerzas, Arenales, sabiendo a qué atenerse, ordenó que sus columnas descendieran de la altura en que se hallaban y que, una vez en el llano, atacaran la línea enemiga, sin cambiar el dispositivo que tenían desde la madrugada.

La carga de las fuerzas patriotas se efectuó con ímpetu y una compañía de cazadores que amenazó contornear la izquierda realista, originó tal pánico entre los defensores, que éstos abandonaron a la carrera el campo de la lucha; los realistas escaparon pasando por ambos costados del poblado, seguidos de cerca por los patriotas.

Al iniciarse la retirada de la infantería realista, la caballería de los patriotas cargó sobre la adversaria dispersando a los escuadrones que mandaba el entonces Teniente Coronel Andrés de Santa Cruz, quien fue hecho prisionero momentos después.

Los vencedores se reunieron al otro lado del pueblo que habían atravesado a la carrera en seguimiento de los dispersos. La división O'Reilly tuvo 58 muertos y 18 heridos durante el combate.

La acción se resolvió a favor de los patriotas, y en la persecución que éstos emprendieron, seguidamente, capturaron 380 prisioneros, la bandera del "Victoria", los estandartes de la caballería, el armamento, y "cuanto tuvieron que perder", según la expresión empleada por Arenales en el parte que elevó al General San Martín. Los

prisioneros aumentaron en los días subsiguientes, obteniéndose la captura del mismo General O'Reilly que, poco después, fue remitido a Huaura como prisionero de calidad.

Una vez que los patriotas se apoderaron del Cerro de Pasco tuvieron expeditas sus comunicaciones con el Cuartel General del Ejército Libertador, habiendo obtenido en la primera acción campal la más completa victoria.

Tal fue la batalla de Cerro de Pasco que, a pesar de la pequeñez de los efectivos en presencia, y de la situación aislada de éstos, influyó grandemente en la moral de los beligerantes, y, por consiguiente, en el desarrollo ulterior de la guerra.

OPERACIONES DE BERMUDEZ Y RICAFORT

1º de noviembre de 1820 al 10 de enero de 1821

* Mientras se desarrollaban los anteriores sucesos, el Coronel Bermúdez y el Capitán Aldao, que fueron dejados en Ica por San Martín, para ocupar el territorio ya libertado, se vieron obligados a abandonarlo con sus exiguas fuerzas, perseguidos de cerca por un destacamento enviado desde Lima por el Virrey, a órdenes del Coronel Pardo. Estos jefes, después de algunos combates episódicos a su salida de Ica, llegaron a Huancayo marchando sobre las huellas de Arenales, al que procuraban alcanzar.

El General Ricarfort que reunió en Andahuaylas, el 1º de noviembre a las tropas del Ejército de Reserva que traía de Arequipa con las que condujera Valdez del Alto Perú, tenía a sus órdenes a los batallones "Castro" y "1º del Imperial", dos escuadrones de "Granaderos de la Guardia" y un escuadrón del "Dragones de Arequipa". Con estas unidades siguió a Lima por el interior, para acudir a la llamada del Virrey. Durante su marcha, reprimió la sublevación de las indiadas, dominó a los más audaces y trató de destruir el germen de libertad que Arenales había sembrado a su paso por esa región.

HUAMANGA

29 DE NOVIEMBRE

En este día, a inmediaciones de Huamanga, Ricafort encontró cerca de 4000 indios con armas primitivas (hondas, rejones) que se habían agrupado alrededor de las insignificantes compañías de milicias de la guarnición; éstas disponían de algunas piezas ligeras de artillería. La muchedumbre así formada, resuelta a disputar el paso a los realistas, esperando vencerlos sólo con el valor y la tenacidad, abrió el fuego de sus escasas armas, sin concierto alguno, sobre las tropas del Rey.

Al recibir esta agresión de los indígenas, el General Ricafort procedió a tomar las disposiciones pertinentes al caso y bastó que hiciera cargar con dos escuadrones para que se produjera entre los

* Croquis No. 1.

indios el más pavoroso desorden, que terminó con la desbandada general. Ricafort hizo transformar esta fuga en una espantosa carnicería que duró hasta que se puso el sol, sin perdonar la vida a todo aquel que era alcanzado; tan inútil matanza sirvió para ahogar en sangre, según propia expresión del General realista, la "criminal insolencia de los indios".

CANGALLO

2 DE DICIEMBRE

Otro triunfo barato se le ofreció a Ricafort algunos días después cerca de la ciudad de Cangallo, donde se habían reunido los pocos hombres de armas que llegaron a salvarse de Huamanga, reforzados con nuevos grupos de indios.

Realizada que fue la inevitable matanza de estos empecinados soldados de ocasión, los realistas incendiaron la población de Cangallo.

HUANCAYO

29 DE DICIEMBRE

Siguiendo al norte, las tropas de Ricafort llegaron frente a la ciudad de Huancayo, en las afueras de la cual las esperaban los insurgentes, comandados por Bermúdez y por Aldao, en número de 5000; este grueso de efectivo de combatientes, sólo disponía de cerca de 500 fusiles y de un cañón ligero.

Las tropas realistas atacaron en columnas cerradas a los grupos patriotas y después de tres horas de combate, la acción se resolvió a favor de los atacantes, que obtuvieron la dispersión de los indios y de los soldados de milicias. Desde el comienzo de la acción una compañía del "Victoria", que se había pasado a los patriotas en la batalla del Cerro de Pasco, abandonó las filas y volvió a los realistas. El combate terminó con la hecatombe de estilo.

El Mayor Aldao, disgustado y separado de Bermúdez se plegó, con los elementos que pudo salvar, a las milicias de Tarma, comandadas por el Coronel Otero. Este jefe, contando con el refuerzo, tomó disposiciones para oponer nueva resistencia; pero Ricafort, cuya misión era llegar a Lima, no se preocupó de los insurgentes de Tarma y se dirigió hacia el oeste para seguir a la Capital por la quebrada de Huarochirí. Su entrada a Lima se efectuó a principios de enero de 1821.

CONSIDERACIONES

La expedición de Arenales a la sierra ha sido calificada como una falla de la estrategia del General San Martín, por los que juzgan que una tropa de pequeño efectivo no debía aventurarse en esas regiones que eran el centro del dispositivo realista. Los que así piensan dicen que el General patriota debió ingresar a la sierra con el grueso del Ejército Libertador, enviando la parte más reducida de su efectivo a hacer demostraciones alrededor de Lima. Ol-

vidan así, cuál era la finalidad que perseguía San Martín al despachar esas tropas; no quieren que éste arriesgue los elementos que condujo Arenales, prefiriendo, en cambio, que se embarque en la misma aventura, que juzgan peligrosa, con el grueso del ejército.

De otro lado, la fuerza de la expedición libertadora residía principalmente en el poder que significaba la escuadra y mal podía San Martín prescindir de su concurso haciendo ingresar al grueso de su ejército al interior del país. Se debe recordar, además, que San Martín tenía la obsesión de ocupar la Capital y que las tropas de Arenales fueron destacadas para cooperar a esta operación, invadiendo la sierra y jugando en ella un papel secundario, de simple diversión, a fin de facilitar la toma de Lima encomendada lógicamente al grueso. Pretender que el grueso fuera al interior, es trastornar por completo el plan del jefe, para criticarlo después sin fundamento.

Por otra parte, el envío de la división de Arenales no era tan arriesgado como parece serlo cuando se aprecia el hecho superficialmente; en efecto: la presencia de un reducido destacamento en medio de las tropas realistas parece extraordinaria y aventurada, para quienes no miden las distancias y no hacen los cálculos convenientes. Pero, la operación estaba resuelta como un problema de mecánica, en el que se consideraran dos móviles animados de velocidades iguales, que debían avanzar uno en pos del otro, siguiendo la misma dirección; en otros términos: la marcha de Arenales estaba calculada de manera que no pudiera ser alcanzado por Ricafort. Así, desde Ica, en carta particular, el General Arenales decía a San Martín: "El Comandante Ricafort había oficiado al referido Quimper, con fecha 19 de septiembre, desde Arequipa, que trataba de reunir las fuerzas de su mando destacadas en varios puntos, para venir a este pueblo en cumplimiento de orden del Virrey y se asegura al mismo tiempo que Ricafort debía salir por aquí (Ica) o desde Nazca, con dirección a Huamanga a reunir tropas y reforzarse por aquellos pueblos. Sobre estos datos, por sí ambos o alguno se pusiese en práctica, tengo mi plan para obrar respectivamente como mejor convenga, deseando que en cualquiera de ellos tengamos la proporción de avistarnos con aquel caribe, no perdiendo nunca de vista lo que urge mi movimiento al destino acordado".

El problema consistía, pues, en encontrarse con Ricafort o con las tropas que se suponía que se enviaran desde Lima, procurando hacerlo con uno u otras, sin dejarse alcanzar por los dos al mismo tiempo; era simplemente una cuestión de duración de desfile y de seguridad por el dato.

Si la marcha que realizaba Ricafort hacia el norte estaba perfectamente medida por los patriotas, les quedaba por conocer el movimiento que podían emprender las tropas que, dado el caso, salieran de la Capital: la distancia a Lima era, pues, otro de los elementos del cálculo y se encontraba estudiada también. En efecto: para burlar a estas últimas tropas, era necesario proceder con rapidez y en secreto, elementos de la sorpresa, de manera de ganar los pasos de la sierra antes de que pudieran acudir a disputarlos; y San Martín, para obtener la sorpresa estratégica, dispuso que la

división expedicionaria partiera en el más absoluto secreto, al que contribuiría el grueso con sus fintas sobre Lima y, además, dio los medios de proceder con rapidez, como veremos en seguida, fijando un momento favorable para la partida y señalando un itinerario que permitía ganar camino a los dos probables adversarios.

En lo que se refiere al momento de la partida, Arenales recibió orden de batir a Quimper, que se creyó que resistiera en Ica; pero, como éste fugó, fue necesario perseguirlo perdiéndose el tiempo consiguiente; el Comandante Rojas, al mandar una parte de sus tropas hasta Acarí, hizo prolongar esta espera, produciendo el consiguiente desasosiego en los jefes que plantearon la operación.

En carta de 16 de octubre, el General Arenales respondía a San Martín, que lo urgía a partir: "Volado estoy con la dilación del suceso de dicha subdivisión"; (la del Comandante Rojas). "No ceso de repetir órdenes para la rápida marcha a la reunión".

El itinerario que San Martín trazó a la expedición le permitía alcanzar Jauja, cortándole camino a Ricafort, para evitar su encuentro. Efectivamente, las instrucciones establecían: "...Penetrar en Huancavelica...; de Huancavelica puede marchar a Jauja...", y agregaban "...Un corto destacamento sobre Huamanga sería conveniente...". Sin embargo, Arenales, a quien se concedía "carta blanca para sus operaciones", decidió no pasar por Huancavelica y alargó su recorrido dirigiéndose con toda la división a Huamanga, fundado en que el alejamiento de Ricafort le permitía hacerlo y sin reparar en que, de esta manera, daba tiempo a las tropas de Lima para aproximarse y organizarse, tal como sucedió en efecto.

En resumen: Arenales debía esquivar un encuentro con Ricafort y no dar tiempo a que las tropas de Lima acudieran contra él; a fin de lograr esto, debía proceder por sorpresa. Para obtenerla, San Martín procuraría el secreto atrayendo la atención de los realistas sobre el grueso patriota; en cuanto a la rapidez, la demora que ocasionó Rojas con sus operaciones, y el paseo triunfal de los libertadores a Huamanga, lo que no estaba calculado en el plan, dio tiempo a que los pasos del Mantaro fueran ocupados por el adversario haciendo peligrar el éxito de la operación.

Una vez internado en la sierra, Arenales cumplió su misión con todo éxito, favorecido por azares de la fortuna; no de otro modo puede llamarse el abandono que hacen de sus puestos los intendentes realistas de las provincias invadidas, que hubieran podido entorpecer la tarea del caudillo patriota si dan pruebas de energía sublevando a las indiadas, antes de que éstas tomaran contacto con las tropas independientes y se contagiaran con las ideas de libertad. Las resistencias sucesivas que, días después, estorbaron la marcha al norte de Ricafort, impidiéndole que diera alcance a Arenales, hubieran podido presentarse a los patriotas para detenerlos momentáneamente, si, como hemos dicho, los intendentes hubieran cumplido su deber oponiendo a los expedicionarios las muchedumbres que después fueron acuchilladas por los soldados de Ricafort.

Los errores y el ensimismamiento de los jefes realistas, aumentaban los éxitos que Arenales obtenía con su enorme actividad, que le permitió efectuar largas jornadas y burlar la vigilancia de los

defensores de los pasos del Mantaro. Los 600 hombres, con artillería ligera, encargados de la ocupación de los puentes de ese río los hubieran defendido con todo éxito, bien destruyendo uno de ellos para enfocar mejor la defensa, bien estableciendo vanguardias en ambos y conservando reunido el grueso de las fuerzas en un punto central para dirigirlas sobre el que estuviera amagado. Para realizar esta última concepción era necesario adelantar elementos de información a la banda opuesta del río y a suficiente distancia; este papel pudo ser desempeñado por los naturales de la región que, a pie o a caballo, saben salvar enormes distancias, teniendo la astucia y el instinto de observación necesarios para esta clase de tareas.

La fuga de los defensores del Mantaro y sus desastres de Jauja y Tarma, ponen en evidencia la desmoralización que reinaba entre esas tropas.

La maniobra que planteó Arenales para pasar el puente de Mayoc, le permitió escoger una dirección de ataque cuya desemcadura le era ulteriormente favorable, porque le permitía aparecer sobre la línea de retirada de su adversario, al que encajonaba en el recodo que forma el río en la región de Izcuchaca.

El acuerdo entre las fuerzas de Ricafort y O'Reilly, que este último debió buscar, aún sin recibir órdenes para hacerlo, hubiera permitido, indiscutiblemente, batir a la expedición patriota. Para ello se necesitaba que O'Reilly entretuviera a su adversario el tiempo preciso para permitir que lo alcanzara Ricafort, o bien que, salido de Lima con anterioridad por la quebrada de Huarochirí y no por la de Canta, hubiera avanzado más al sur para tener espacio donde replegarse. En el primer caso el problema se reducía a una cuestión de fuerza o de buena disposición de las fuerzas para tener capacidad de resistencia y en el segundo era cuestión de tiempo para disponer de espacio en profundidad.

Con el fin de atenuar la responsabilidad del Virrey se debe tener presente que éste, amenazado en Lima por la proximidad de las tropas de San Martín, no podía enviar numerosas fuerzas con O'Reilly, puesto que eso hubiera sido diseminar los efectivos y hacer el juego del enemigo. Esta debilidad de las fuerzas que mandaba O'Reilly y la amalgama disparatada de tropas de toda clase que lo rodeaban, dio lugar a que el destacamento careciera de la eficiencia combativa necesaria y que fuera dispersado a la primera amenaza séria del adversario.

CAPITULO V

ARENALES Y MILLER

1821

Estagnación de la guerra.

Operaciones en el Chancay.—Plan de operaciones.— Movimiento del ejército patriota.— Reincorporación de Arenales y repliegue a Huaura.

Deposición del Virrey Pezuela.

Expedición de Miller al Sur.—Salida de la expedición.— Ocupación de la provincia de Ica.— Toma de Arica.— Disposiciones de los realistas.

Batalla de Mirave.—Operaciones preliminares.— La batalla.— Moquegua.— Calera.— Reembarco y regreso de la expedición.

Operaciones de los realistas en el interior.— Ataura.

Segunda campaña de Arenales en la sierra.

Demostración sobre Lima.

Armisticio de Punchauca.

Consideraciones.

ESTAGNACION DE LA GUERRA

La guerra que conducía en el Perú el General San Martín, entró, por el año de 1821, en un período de manifiesta estagnación. Las operaciones de guerra que no tienden como fin inmediato a la batalla, no proporcionan ventajas de importancia, ni llegan jamás a dar la decisión efectiva, que sólo puede encontrarse en el campo de la lucha. El deseo de imponer al adversario la propia voluntad es el que obliga a emprender la guerra; de nada valdría sostener ejércitos numerosos y abrir campaña con ellos, si no se tratara de buscar al enemigo para batirlo, con aquella "sed de batalla" de que hablaba Napoleón, que es la que ha caracterizado siempre a los grandes Capitanes y que definió a San Martín, como tal, cuando Chacabuco y Maipú.

Las negociaciones diplomáticas y demás procedimientos que existen para retardar los acontecimientos, pueden emplearse para preparar un teatro de operaciones, como en 1820, o para engrosar las fuerzas, a fin de equipararlas con las del enemigo. Pero, en

1821 todas las ventajas se hallaban de lado de los patriotas y, sin embargo, San Martín continuaba postergando innecesariamente la decisión final; con este proceder prolongó la guerra, como lo demuestran los hechos que siguieron.

Para disculpar la inacción de San Martín, que hacía "desgastar su propia máquina de guerra", como dice Mitre, se podría aducir que no conocía la situación del adversario ni sus condiciones morales y materiales, pues, como dice Clausewitz, "en las operaciones de guerra se permanecerá siempre en la duda más cruel sobre lo que quiere y puede el enemigo".

Pero, el caso que estudiamos no presentaba esta característica: ambos ejércitos beligerantes se hallaban rigurosamente espiados y ninguno de sus caudillos era atenaceado por la duda; los efectivos, las intenciones, las calamidades de cada cual, estaban severamente controladas por el adversario. Los realistas sólo disponían de 4500 hombres aptos para tomar las armas, pues había que deducir más de un millar de enfermos de paludismo y fiebre amarilla, endemias que grasaban en su campo; la deserción en sus filas era cada día más numerosa y la proximidad de las tropas patriotas hacían vacilar el temple de los más leales servidores del Rey, dando lugar a un profundo relajamiento moral, aun entre los más altos jefes que, ya deponían al Virrey, ya se pasaban a las tropas patriotas haciendo valer el más leve vínculo con el suelo por libertar; al pasarse trasmitían como prueba de buena fe, los datos e informes más completos sobre el ejército de Lima.

El plan de organización y propaganda política adoptada por San Martín, que se llevó a cabo con indiscutible eficiencia hasta fines de 1820, había alcanzado un límite de madurez tal que se hacía premioso coger el fruto. Es verdad que en el campo patriota habían también 1300 enfermos; pero, a pesar de esto, el efectivo de los soldados libertadores excedía en más de un tercio al de los realistas.

Si al tocar en Ancón, y aun desde antes, los jefes patriotas instaron a San Martín para que ordenara el ataque directo a Lima, que juzgaban posible realizar en ese entonces, con cuanta mayor razón se hubiera podido intentarlo en 1821, cuando casi todo el Perú sentía anhelos de libertad y cuando las tropas patriotas habían dado lucidas pruebas de sus aptitudes guerreras, obteniendo ventajas notables sobre las arrogantes huestes realistas. El General San Martín se contentó, sin embargo con repetir las operaciones realizadas en el año 1820, haciendo ocupar Pisco con Miller, reforzando con Arenales las milicias organizadas a lo largo del Mantaro y permaneciendo inactivo en Huaura; sólo se decidió a salir de este valle para efectuar demostraciones aparatosas sobre Lima, una de las que ordenó con el exclusivo objeto de iniciar bajo buenos auspicios las negociaciones que iba a plantear el comisionado real, don Manuel Abreu, llegado de España por esos días.

La anterior crítica sobre la pasividad de San Martín se refiere únicamente a las cuestiones de orden militar. Los buenos o malos negocios políticos; el deseo de arreglar con filantropía, muy de moda entonces, el gran problema planteado; la necesidad de conciliar opiniones; la trascendencia que los jefes de los bandos en lucha daban a la posesión de Lima, y otras disquisiciones de este orden,

no se toman en consideración, absolutamente. Sólo se toma en cuenta la actitud del Caudillo que, frente al adversario, tenía la misión terminante de batirlo, como en Chacabuco y Maipú, para deshacer todo vínculo con el poder español. Por otra parte, todo indicaba a los patriotas que no debían desperdiciar la oportunidad ni perder tiempo, pues la situación podía cambiar permitiendo que el adversario se rehiciera, por un azar cualquiera o por el envío muy posible, de nuevas tropas peninsulares.

OPERACIONES EN EL CHANCAY

5 al 13 de enero de 1821

* PLAN DE LA OPERACION

Cuando el Batallón "Numancia" se incorporó a las filas patriotas, rompiendo con su defección el equilibrio de las fuerzas contendientes, y se supo que las tropas de Arenales tenían libertad de maniobra en Cerro de Pasco, después de su victoria, San Martín meditó un plan para batir a los realistas del campamento de Aznapuquio, a fin de apoderarse de la Capital si el éxito lo favorecía. La inacción de sus tropas en el valle de Huaura lo determinó, también, a moverlas, para buscar al enemigo en sus posiciones.

El plan del caudillo argentino consistía en avanzar con el grueso de sus fuerzas sobre las tropas del Virrey, para empeñar combate con ellas y fijarlas de frente o, mejor aún, para provocarlas y atraerlas algo más al norte, haciéndolas abandonar su posición; en uno u otro caso, el General Arenales, simultáneamente, debía bajar de la sierra en fecha precisa, entre los valles del Chillón y del Chancay, para caer sobre el flanco del enemigo si éste permanecía inactivo, o sobre su espalda, si avanzaba al encuentro de San Martín.

El grueso patriota arriesgaba poco, porque podía postergar el empeño tanto como quisiera, esperando que la operación estuviera asegurada; tenía expeditas las comunicaciones con su base y, además, le era fácil defender el terreno, en un probable repliegue hacia Huaura. Si fracasaba la operación, la escuadra apoyaría la retirada por el oeste, proporcionando un magnífico refuerzo de fuegos; por el este los contrafuertes de los Andes impedirían al adversario todo envolvimiento, por pequeño que fuera el efectivo que se empleara en defender esa región. A pesar de tales garantías de éxito, la prudencia y previsión de San Martín le hicieron adoptar otras medidas tendientes a obtener la seguridad absoluta de la operación que proyectaba; estas medidas de carácter militar y de buen juicio, fueron las siguientes: reconocimiento minucioso y organización de la zona que iba a recorrer el ejército del Huaura al Chancay; ocupación por la caballería de la cortadura del Chancay, para garantizar hasta esa línea las operaciones y marcha del grueso durante los primeros días; reunión de los enfermos, heridos y de la impedimenta en Supe, para que estuvieran listos a reembarcarse a la primera orden en los transportes de la escuadra, que permanecerían anclados en ese puerto.

---

* Croquis No. 2.

Si el General Arenales concurría a tiempo, proporcionaría al grueso patriota un súbito acrecentamiento de efectivos que lo haría superior al de los realistas; en caso contrario, tenía expedito para replegarse, sea el camino de la sierra por donde había venido, hostilizando en su repliegue el flanco o la retaguardia de las fuerzas realistas, sea la dirección general de Huacho, hacia donde marcharía paralelamente con San Martín, cubriendo el flanco oriental, que se apoyaba en los primeros contrafuertes de los Andes.

Los realistas, que no conocían la combinación que se trataba de realizar contra ellos e ignoraban, según parece, que Arenales iba a cooperar a la maniobra, califican de aventurado el movimiento de San Martín. Para demostrar su aserto hacen resaltar que sus propios efectivos estaban reforzadas por las tropas recién llegadas de Arequipa y del Alto Perú; a mayor abundamiento, agregan, que San Martín hubiera tenido que cruzar durante su repliegue los extensos arenales que separan el río Chancay del Huaura, dando ese repliegue como cosa hecha, sin tomar en cuenta que ellos, a su vez, debían cruzar los desiertos que median entre el Chillón y el Chancay al que llegarían completamente agotados y en el límite de sus fuerzas para hacer frente, en malas condiciones, a un enemigo descansado y en posición; contaban, además, con los recursos que encontrarían en el valle de Chancay, que era lógico que San Martín hubiera agotado, o que los inutilizara antes de abandonar el valle.

MOVIMIENTO DEL EJERCITO PATRIOTA

Para dar comienzo a su plan, San Martín dejó su acantonamiento de Huaura y emprendió marcha hacia el río Chancay el 5 de enero de 1821; cuando las tropas llegaron al valle de ese nombre, el General patriota ocupó Retes, hizo adelantar su derecha 4 kilómetros en la dirección de Ancón, amenazando a los realistas con este avance, y estableció su izquierda en Palpa; la escuadra fondeó en Ancón.

En esta disposición San Martín esperaba aviso de la aproximación de Arenales, cuando éste, que había salido de Cerro de Pasco el 20 de diciembre, dio parte de que sólo había llegado a Huamantanga el día 30, después de tramontar la cordillera, y que no podría concurrir a la operación planteada sino algunos días después de la fecha que se le había fijado.

Esta falla en la ejecución de la maniobra no era un obstáculo insuperable porque el grueso pudo esperar algunos días hasta que Arenales se hallara en condición de concurrir; pero, el ejército patriota disponía de escasos recursos de vida, y sus jefes tenían noticia de que el Virrey, que conocía la presencia de San Martín en Chancay, preparaba una potente contraofensiva a la que no hubiera podido resistir sin la concurrencia de las tropas amigas de la sierra.

Las operaciones concurrentes, que son las que mejor éxito pueden proporcionar, tienen el inconveniente de que implican la medición justa del tiempo y del espacio. En esas operaciones hay un punto y un instante dados en que la concurrencia debe realizarse: antes o después de tal lugar o tiempo, la operación fracasa. La sor-

presa estratégica es otro de los elementos principales de su buena ejecución; basadas tales operaciones en la ignorancia del adversario sobre lo que va a ocurrir, no pueden realizarse tan pronto como éste se encuentra advertido, es decir, en aptitud de parar a cualquier evento.

Notificado el Virrey, San Martín se vio obligado a desistir de la operación conjunta y renunció a su plan de ofensiva, replegándose a sus acantonamientos. Con este repliegue eludió una batalla, que en las condiciones antedichas, era de éxito poco probable para los patriotas; por otra parte, obtuvo que la contraofensiva del Virrey diera en el vacío.

REINCORPORACION DE ARENALES Y REPLIEGUE A HUAURA

Para efectuar el repliegue del ejército patriota, San Martín dispuso que las tropas de la sierra descendieran siguiendo el curso del río Chancay en lugar de hacerlo entre el Chancay y el Chillón, como estaba previsto. En el primer valle citado debían reunirse con el grueso, lo que en efecto se realizó el 8 de enero de 1821.

Realizada la reunión, el Ejército Libertador, cubierto por la caballería que quedó en el Chancay durante algunos días, se replegó a Huaura, el 13 de enero, terminando así la comenzada operación sobre Lima.

Mientras San Martín permaneció en Chancay, el Virrey alistó, como se ha dicho, una contraofensiva potente que quería llevar adelante empleando todos sus medios; los preparativos de esta operación, que se juzgaba muy importante, y el pretendido transporte de la artillería gruesa a través del arenal, hicieron que su partida se demorara hasta que los patriotas comenzaron a abandonar el Chancay. Al recibir en Lima la nueva del repliegue de San Martín, el Virrey dispuso que la ofensiva se precipitara para no dejar escapar la oportunidad, ordenando la formación y marcha inmediata de una fuerte vanguardia a órdenes de Canterac, al que debía seguir el General La Serna conduciendo el grueso, el 27 de enero.

Cuando ya la vanguardia se había adelantado hasta Pasamayo y La Serna se hallaba listo para marchar, el Virrey dio orden de deshacer el movimiento disponiendo el regreso de Canterac al campo de Aznapuquio, adonde éste llegó el 28.

La razón de esta contraorden del Virrey fue la sospecha que le asaltó de que San Martín, con sus movimientos, pretendiera alejar a las fuerzas realistas de la Capital para embarcarse rápidamente y ocupar Lima, o para cortarlas de su base de operaciones una vez que estuvieran en marcha, desembarcando en una caleta intermedia, gracias a la mayor movilidad que le proporcionaba la vía marítima. Contribuía a fomentar esta sospecha, el hecho de que la escuadra patriota permaneciera en Ancón.

El 28 de enero en la noche, ambos ejércitos se hallaban, pues, de nuevo, en sus acantonamientos de Huaura y Aznapuquio,

DEPOSICION DEL VIRREY PEZUELA

29 de enero de 1821

Las vacilaciones del Virrey para dirigir las operaciones militares, su afán de conservar los efectivos del ejército y de mantenerse en la Capital y, sobre todo, la desgraciada situación por la que atravesaban las tropas realistas ante los soldados patriotas que se mostraban más atrevidos y fieles a su propia causa, hicieron que los españoles atribuyeran al Teniente General de la Pezuela, Marqués de Viluma, todos los males que los agobiaban.

Un acuerdo tomado entre los altos jefes realistas dio lugar a la deposición del Virrey, la que se efectuó el 29 de enero de 1821, siendo sustituído en el mando por el Teniente General don José de La Serna.

EXPEDICION DE MILLER AL SUR

13 de marzo al 2 de agosto

* Lord Cochrane había pedido a San Martín, en repetidas oportunidades, que le confiara algunas tropas para emprender con ellas operaciones de aliento, en las que, dado su carácter, era probable que obtuviera algunos éxitos; el General patriota, deseoso de conservar reunidos sus efectivos, eludía estas solicitaciones desoyendo las instancias del bravo marino inglés. El azar determinó, sin embargo, que las gestiones de Cochrane tuvieran buen resultado.

En efecto: los patriotas habían entablado arreglos mediante sus agentes en el Callao para la entrega de la plaza, que debía efectuarse, según el plan, a fines de enero. Cochrane fue encargado de transportar las tropas que debían hallarse frente al citado puerto, a órdenes de Miller, listas para desembarcar y apoyar la rebelión. Las tropas designadas para esta empresa, que eran 600 infantes y 60 jinetes, se embarcaron en Huacho el 30 de enero presentándose en el Callao el mismo día.

Fracasada la entrega de los Castillos, porque se había relevado la guarnición inmediatamente después de la deposición del Virrey, Cochrane devolvió a tierra las tropas puestas a sus órdenes; pero, esta primera delegación de mando conferida por San Martín al prócer inglés le animó para confiarle, en atención a sus insistentes pedidos, la dirección de la expedición que Miller debía llevar al Sur, con el fin de amagar Lima por ese lado.

SALIDA DE LA EXPEDICION

Las tropas a órdenes inmediatas de Miller se componían de 500 infantes escogidos y de cerca de 100 jinetes que se embarcaron en el "San Martín", la "O'Higgins" y la "Valdivia" (ex "Esmeralda"), dándose a la vela el día 13 de marzo. El 20 del mismo mes los expedicionarios desembarcaron en Pisco, ocupando Caucato entre este

* Croquis No. 4.

día y el 22. Algunas partidas de caballería fueron lanzadas hasta Chincha donde sostuvieron el 25 un choque sin consecuencia con tropas de caballería realista, comandadas por el Coronel Lóriga; este choque hizo que, a pesar de su insignificancia, los patriotas fueran más prudentes y se replegaran al valle de Pisco donde permanecieron en observación.

OCUPACION DE LA PROVINCIA DE ICA

Al conocer el Virrey la presencia en la provincia de Ica del destacamento de Miller, que estorbaba sus comunicaciones por la costa y amagaba las de la sierra, determinó enviar contra él, a fin de limitar su acción, al Teniente Coronel García Camba con 200 jinetes. Este jefe ocupó la margen norte del Chincha a mediados de abril.

Establecidos los adversarios en los indicados valles, de Pisco y Chincha, no pudieron emprender operaciones de ninguna clase, porque los soldados de ambos bandos se enfermaron con paludismo, reduciendo su actividad y limitándose, por consiguiente, a una mutua vigilancia. Miller y Camba también fueron atacados del mal, viéndose obligado el primero a permitir que lo condujeran a bordo el 18 de abril y no debiendo reponerse, el segundo, sino algunos meses después. Los jefes que los sucedieron se contentaron con enviar pequeñas descubiertas y reconocimientos a lo largo del desierto que los separaba.

Mientras que las tropas de Miller se establecían en los valles de Chincha y luego en el de Pisco, Cochrane tomó rumbo al Callao en el "San Martín", presentándose ante el puerto el 2 de abril. Después de permanecer algunos días a la vista del Callao se acercó el 5 e inició un corto cañoneo contra los barcos realistas anclados en la bahía; luego que efectuó esta demostración tomó rumbo a Pisco, nuevamente, donde dispuso el reembarco inmediato de las tropas de Miller, en vista de su calamitoso estado, para trasladarlas a otro puerto, más al sur, donde el clima fuera favorable.

Todos los enfermos de la expedición, cuyo total era de 180, fueron reembarcados en la "O'Higgins" y la "Valdivia", así como considerable botín en el que se deben contar 300 caballos y 500 cabezas de ganado vacuno. En el "San Martín", se embarcaron los hombres útiles que quedaban, más 100 negros esclavos, recientemente enrolados en la provincia, que reemplazaron a los enfermos. Los barcos de la expedición levaron anclas el 21 de abril, dirigiéndose el "San Martín" al sur, y los otros dos a Huacho.

TOMA DE ARICA

11 DE MAYO

El navío "San Martín" se puso a la vista de Arica el 4 de mayo e intimó la rendición de la plaza, recibiendo de los defensores una negativa rotunda. Cochrane dispuso entonces que el puerto fuera bombardeado, al mismo tiempo que las tropas de Miller tomaban tierra en Sama. De este lugar de desembarco la expedición se divi-

dió en dos fracciones, una que con Miller ocupó Tacna sin dificultad, y otra, de menor efectivo que, con el Mayor Soler, tomó Arica el día 11. La rendición de Arica dio lugar a la captura de numerosos prisioneros y a que se pasaran a los patriotas otros tantos defensores de la causa del Rey; se hizo, además, un considerable botín en dinero, barras de plata y mercancías, cuyo valor total ascendía a 700,000 pesos. En el puerto se capturaron también cuatro bergantines de comercio que permanecían anclados.

Después de esta hazaña, el total de las tropas expedicionarias se reunió en Tacna el día 14.

DISPOSICIONES DE LOS REALISTAS

El General Ramírez, comandante del Ejército llamado del Alto Perú, que permanecía en Arequipa, recibió informes de la presencia de los expedicionarios en las provincias del sur y dispuso para desalojarlos la organización de un fuerte destacamento constituído por tres columnas, que concurrirían de Puno, Oruro y Arequipa. Luego que estas tropas se reunieran, debían emprender acción conjunta sobre Tacna, lugar en que el General realista creyó que los patriotas iban a permanecer indefinidamente.

Ramírez impartió con oportunidad las órdenes convenientes. Según ellas, La Hera debía salir con 190 hombres de Arequipa sobre Moquegua, donde esperaba reforzarlo con 100 hombres de esta guarnición; de Puno, por Candarave, debían concurrir 250 hombres del Batallón "Gerona", con el Teniente Coronel Rivero, y de Oruro, por los orígenes del río Caplina, 250 del Batallón "Centro", con el Teniente Coronel Ameller. La Hera, segundo del General Ramírez, debía tomar el mando de los tres destacamentos una vez que estuvieran reunidos.

BATALLA DE MIRAVE

22 de mayo

OPERACIONES PRELIMINARES

Miller recibió informaciones completas, suministradas por los habitantes de la provincia de Tacna, de todos los movimientos que pensaban llevar a cabo los destacamentos realistas. Los pobladores de la región del Sur demostraron esta vez una gran voluntad por la causa de la independencia, poniéndose de parte de los expedicionarios para noticiarlos de las menores operaciones y proyectos del enemigo; Miller recibió informes tan precisos que pudo comunicar a San Martín, por carta de 20 de mayo, todo lo que se refería a las tropas enviadas en su busca por Ramírez.

Luego que conoció los planes del adversario, el jefe de la expedición comprendió que, para el logro de sus fines, era necesario impedir la reunión de esas columnas aisladas procurando batirlas en detall y, para realizar su decisión, dispuso que se emprendieran marcha hacia el norte a fin de detener a la columna de La Hera. El 20, los patriotas llegaron a la población de Buena Vista, sobre el río Sama; en este lugar, Miller supo que La Hera se encontraba

ya en Mirave, y que Rivero había alcanzado Curibaya. Ante esa afirmación ordenó que se precipitara la marcha para caer lo más pronto posible sobre la columna estacionada en Mirave, antes de que fuera reforzada por las otras dos.

Los expedicionarios alcanzaron el 21, al anochecer, las elevadas alturas que forman la vertiente meridional del río Locumba y que dominan la población de Mirave por el sur; pocas horas después descendieron al valle y se situaron en la margen meridional del citado río. Algunos soldados patriotas, enviados en patrulla a la otra banda, tuvieron un encuentro con varios realistas que hacían pastar la caballada en ese lugar, y entonces se entabló un ligero tiroteo, con el que ambos jefes superiores quedaron mutuamente notificados de su presencia inmediata. En la escaramuza, los patriotas apresaron a un Teniente realista y a dos soldados, cuyos informes fueron muy útiles a Miller.

La Hera estaba en compañía de Rivero, jefe de la columna de Puno, que se había adelantado un día de marcha a sus tropas para tomar el enlace personal con su jefe; las tropas de Rivero se encontraban muy cerca y la reunión estaba en vías de realizarse. El Coronel La Hera, alarmado por la sorpresiva proximidad de los patriotas, ordenó a Rivero que regresara a Curibaya, rápidamente, a dar alcance a su columna y precipitar la marcha de ésta; al mismo tiempo dictó las disposiciones convenientes para sostenerse hasta la llegada de aquellas tropas. Dispuso también que se guarneciera con una pequeña avanzada la margen del río que él ocupaba, y estableció el núcleo principal de sus fuerzas con frente al sur, en una reducida esplanada que se halla sobre una loma de fácil acceso, dominando el pueblo; esta pampa o esplanada está cortada por una escarpadura que la limita en su lado occidental, la que iba a jugar un papel importante en el desarrollo de la acción.

* LA BATALLA

Miller, antes de que aclarara el día 22, presionó a las avanzadas realistas y llegó a pasar a la margen opuesta del río, atemorizando a los realistas que defendían el paso con los "cohetes a la Congreve" de que disponía. Una vez al otro lado, se estableció a medio tiro de fusil de las tropas de La Hera, que estaban en posición.

Al rayar el día, el Jefe patriota, que disponía de 310 infantes, 70 jinetes y 60 montoneros, ordenó el ataque contra los 250 hombres de La Hera haciendo el esfuerzo principal contra la izquierda realista, a fin de establecerse en cuña, desde el comienzo, entre este agrupamiento y el de Rivero cuya reunión deseaba impedir.

El ataque, conducido con todo vigor, sólo duró 15 minutos al cabo de los cuales se consiguió acorralar a los realistas hacia el borde del corte a pico, de ocho o diez metros de altura, que se hallaba sobre la derecha de la línea de La Hera; los soldados que no pudieron fugar con oportunidad tuvieron que rendirse, situados

* Croquis No. 5.

como se encontraban entre el barranco y el enemigo. Los realistas tuvieron 44 muertos y 106 heridos y prisioneros; los patriotas sufrieron 25 bajas entre muertos y heridos.

Cuando las tropas de La Hera estaban desbaratadas y prisioneras, apareció Rivero, marchando hacia Mirave por la quebrada del río de Curibaya; al intentar el paso de este curso de agua para acudir en socorro de su Jefe, recibió algunos tiros y varios cohetes, y viendo que el grueso patriota se reunía contra él, comprendiendo que había llegado tarde, retrocedió sobre el camino que traía y "se largó en dirección a Moquegua", como dice Lord Cochrane en sus Memorias, remontando el Curibaya para alcanzar después Torata, como veremos.

* MOQUEGUA

24 DE MAYO

Miller, victorioso en Mirave, emprendió con ardimiento la persecución del enemigo dejando a sus heridos a cargo de los habitantes del pueblo y llegando a Moquegua el 24 de mayo, al día siguiete de la firma del Armisticio de Punchauca, del que, lógicamente, no tenía conocimiento. En este lugar encontró al resto de los dispersos de La Hera, a los que hizo cargar con el Capitán Suárez, capturando unos cuantos, entre ellos al Coronel La Sierra, y dejando 20 muertos.

CALERA

26 DE MAYO

Rivero, que como hemos dicho, alcanzó a ver la derrota sufrida en Mirave por La Hera, decidió retirarse hacia Arequipa. El 25 de mayo pasó por Torata y se informó de que Miller se hallaba en Moquegua, a media jornada de distancia; al saberlo, forzó la marcha y se dirigió sobre Omate.

Pero Miller se había impuesto del paso de Rivero por Torata, y ordenó perseguirlo enseguida a fin de batirlo: para cumplir este cometido los patriotas salieron de Moquegua el 25, y alcanzaron a Rivero el 26, en Calera, después de hacer 60 kilómetros en un día. La proximidad de las activas fuerzas patriotas y las malas condiciones morales de la tropa realista hicieron que ésta se desbandara, pasándose muchos de sus soldados a las filas de la libertad y cayendo prisioneros muchos otros.

Después de realizar esta hazaña los patriotas regresaron a Moquegua, donde permanecieron hasta el 4 de junio.

En esta última fecha Miller supo que La Hera había reunido los dispersos de los combates de Mirave y Calera, y que tenía el mando de numerosas tropas de refresco. Como se informó, además, de que los realistas, entre los que se contaban los soldados de Ameller que no habían tomado parte en la primera fase de la operación,

---

* Croquis No. 4.

venían sobre él para vengar su derrota, ordenó el repliegue de su destacamento hacia Tacna, adonde llegó el 14 de junio, precisamente un mes después de haber alcanzado esta ciudad por primera vez.

REEMBARCO Y REGRESO DE LA EXPEDICION

El Armisticio de Punchauca comunicado por esos días a las tropas de ambos bandos, paralizó las operaciones activas e hizo que La Hera y Miller quedaran donde se encontraban: en Moquegua y en Tacna respectivamente.

Cuando feneció el Armisticio, La Hera pasó a los patriotas la notificación de estilo, el 15 de julio, y emprendió la marcha sobre Tacna, para tomar el contacto y abordar a su adversario. Pero Miller, que no se creyó con fuerzas suficientes para resistir a La Hera, se trasladó al puerto de Arica, donde llegó el 19, eludiendo de esta manera la acometida de los realistas que venían en su busca con ligereza.

Una vez en Arica, Miller ordenó el embarco inmediato de la expedición en dos de los bergantines que fueron capturados cuando la toma de la plaza, y que Cochrane había dejado en el puerto para asegurar la retirada.

Las operaciones de reembarco quedaron terminadas el 22 en la mañana; en la tarde de este día apareció La Hera en el puerto, con la precipitación del que quiere vengar un agravio. Horas después de su llegada, los dos bergantines se daban a la vela en presencia de los fatigados realistas.

Miller se dirigió al norte y trató de desembarcar en Quilca u otro puerto favorable de Arequipa, para adelantarse sobre esta ciudad, que suponía desguarnecida; pero, habiéndoselo impedido diversas circunstancias, continuó sobre Pisco, que volvió a ocupar el 1º de agosto. Al destacamento realista, comandado por el Coronel Santalla, que ocupaba la costa de Ica, se le hizo fugar hacia Nazca, donde, una vez alcanzado, fue batido como lo había sido Quimper el año anterior.

Terminada su atrevida y gloriosa correría, Miller envió su tropa a Lima, por mar, viajando él por tierra hacia el mismo lugar. Por esos días los patriotas eran dueños de la Capital, y ya San Martín había proclamado la Independencia.

OPERACIONES DE LOS REALISTAS EN EL INTERIOR

25 de marzo al 10 de mayo

* Cuando Ricafort abandonó la sierra para bajar a Lima, dejó en el valle del Mantaro al Coronel Carratalá para que restableciera el orden en las provincias insurrectas del interior, que, con su actitud y negando recursos de vida, cooperaban en forma eficaz al cerco de la Capital.

---

* Croquis No. 6.

Ricafort, enviado poco después al centro, con ligeros refuerzos para tomar el mando de esa tropa, batió el 3 de marzo a un grupo de indios que le hicieron frente en Concepción.

Del lado patriota sólo había quedado en la sierra el Mayor Aldao, después que Arenales abandonó esa región para unirse, en Retes, al cuerpo principal del ejército. San Martín, deseoso de incrementar las fuerzas de Aldao, que había organizado algunos cuerpos de milicias, dispuso en el mes de febrero que el Coronel Gamarra, pasado al ejército patriota el 24 de enero de ese año, marchara hacia el interior conduciendo cuadros de oficiales y otros elementos.

Por su parte La Serna, tan luego como se hizo cargo del mando, dispuso que salieran algunas columnas contra los indios alzados de las quebradas del interior y especialmente contra los de Huarochirí y Yauyos. La principal de esas columnas, compuesta de 1200 hombres, fue la que condujo Valdez, saliendo de Lima el 25 de marzo; estas tropas debían reunirse a las del General Ricafort, que a la sazón ocupaba Huancavelica y Huamanga, efectuándose la reunión en el pueblo de Mito.

ATAURA

10 DE ABRIL

Luego que las fuerzas de Ricafort y Valdez estuvieron reunidas, el primero de los nombrados, en el que recaía el mando dada su clase, marchó sobre Jauja para dominar el levantamiento de los indios de esa región. En su marcha encontró cortado el puente de Concepción, lo que le obligó a vadear el río en la madrugada del 10 de abril. Una vez en la otra banda dispuso que Valdez siguiera sobre Jauja con la caballería, mientras que se reinstalaba el puente para hacer pasar a la infantería y a las cargas.

Valdez encontró al mediodía, en su avance a Jauja, a una muchedumbre sin concierto, formada por 3000 indios, que le esperaban amenazadores en el puente de Ataura; estos hombres disponían de algunos fusiles y de un cañón, escasos elementos con los que trataban de impedir el paso a los realistas. Valdez arrolló fácilmente aquella masa y la dispersó, impidiendo que sus soldados se cebaran en los prófugos. Los realistas tomaron el cañón, los fusiles y algunos caballos, habiendo quedado muertos en el campo 500 indios, a cambio, tan sólo, de una leve herida que recibió un Capitán español.

Ricafort continuó sobre Jauja tan luego como la infantería pasó el puente, reuniéndose en esta ciudad con el Coronel Valdez. De Jauja, los realistas continuaron por Tarma sobre el Cerro de Pasco, donde llegaron el 25. Al día siguiente el Coronel Carratalá fue destacado sobre Oyón, para tomar el contacto con la división patriota de Gamarra que, fuerte de 600 hombres, había permanecido en ese lugar; pero, este jefe, en vista de la potencia del adversario que lo buscaba, había hecho retirar sus tropas en la dirección general de Huaura.

Después de realizar tales empresas, los realistas retornaron a Lima, dejando a Carratalá en Oyón. El regreso lo efectuaron por la

quebrada de Canta, en cuyos pasos difíciles fueron hostilizados por las numerosas montoneras de la región; tan osados eran los jefes de éstas, que en el pueblo de Obrajillo llegaron a capturar una compañía y a herir malamente al General Ricafort. El destacamento ingresó a Lima el 10 de mayo, conduciendo a su General en camilla.

SEGUNDA CAMPAÑA DE ARENALES EN LA SIERRA

21 de abril al 3 de agosto

* San Martín se informó por la retirada del Coronel Gamarra de los progresos que hacían los realistas en la sierra y decidió, entonces, enviar una fuerte expedición a esa zona a fin de reconquistar los territorios perdidos y alcanzar nuevamente la favorable situación que consiguiera durante el año de 1820.

El General Arenales fue designado para este cometido. Al efecto se le ordenó salir de Huaura con algunas fuerzas y recoger en su camino a las tropas de Gamarra, para internarse a la sierra, desembocando por el paso de Oyón.

Las unidades que se encomendó al General Arenales fueron los batallones 2 y 7 y el Batallón "Numancia", a los que acompañaba el escuadrón "Granaderos de los Andes". A estas tropas debían sumarse las de Gamarra, cuyo total ascendía a 500 hombres; de esta manera, Arenales llegó a disponer de 2500 hombres.

El jefe de las fuerzas expedicionarias partió de Huaura el 21 de abril y llegó a Oyón el 28 del mismo mes, haciendo estacionar a sus tropas en esa región con el fin de que se aclimataran a la sierra.

En Oyón, el General Arenales se informó de que Valdez y Ricafort habían dejado el interior para trasladarse a Lima por la quebrada de Canta y que sólo había quedado una parte de las tropas a órdenes de Carratalá; decidió entonces emprender operaciones contra este jefe, para batirlo o capturarlo, dado que sólo contaba con 500 hombres.

En cumplimiento de su designio salió de Oyón el 9 de mayo y llegó al Cerro de Pasco el 11; pero, cuando alcanzó ese lugar, ya Carratalá había evacuado la región, porque tuvo conocimiento oportuno del avance de su adversario.

Entonces el General Alvarado, que formaba parte de la expedición patriota, recibió orden de emprender la persecusión de Carratalá, pero lo hizo con tal flojedad que éste pudo escapar primero en Reyes y después en Tarma; Alvarado, para excusar su falta de actividad, alegó cansancio de la caballada. El 20 de mayo los patriotas estacionaron en Tarma y los realistas ocuparon Jauja, a suficiente distancia de los primeros, para escapar a su acción directa; en este lugar Arenales, disgustado con la lentitud de Alvarado, lo relevó con el Coronel Gamarra.

El 23 de mayo se reanudó la persecusión a órdenes del nuevo jefe encargado de ella; pero Gamarra también fue burlado por C

* Croquis No. 6.

rratalá, que escapó de Concepción sobre Chupaca y de allí a Huando. El Coronel patriota se disculpó diciendo que tuvo que esperar que fuera de día para pasar el río de Concepción y que, mientras tanto, Carratalá se había retirado.

La persecución fue encargada nuevamente al General Alvarado, pero por esos días, llegó a ambos campos la notificación del Armisticio de Punchauca, que paralizaba las operaciones de guerra. Los adversarios, en consecuencia, quedaron en Jauja y en Huando, lugar en el que se estableció Carratalá.

Al terminar el primer período de la suspensión de armas, los patriotas se movieron nuevamente y llegaron a caer sobre las avanzadas de Huando poniendo en grave desorden a un batallón realista; pero, la notificación de prórroga del Armisticio, que mostraron los soldados de Carratalá, obligó a los patriotas a romper el contacto. De esta violación de la suspensión de armas, que hicieron por ignorancia los patriotas, se aprovechó Carratalá para retroceder hasta Huamanga; Arenales, por su parte, se instaló en Jauja.

Antes de la cesación definitiva del Armisticio, El General Arenales supo que Canterac, salido de Lima, avanzaba hacia Huancavelica y determinó moverse hacia ese lugar para tomar el contacto con el nuevo adversario que se presentaba en su teatro de operaciones. Cuando llegó a Huancayo recibió órdenes de San Martín para retrogradar a Lima, que ya estaba en poder de los patriotas, lo que hubo de hacer muy a su pesar. Su marcha por el valle del Mantaro hasta la Oroya y de allí a la Capital por la quebrada de Huarochirí, sólo fue dificultada por los obstáculos que opone la naturaleza; pero, sus efectivos, que habían llegado con el enrolamiento de indígenas a cerca de 4300 soldados, se vieron mermados por las numerosas deserciones de los hombres del interior, que no querían bajar a Lima ni apartarse demasiado de sus hogares.

Llegado a Matucana con sus tropas, envió un propio a San Martín, quien ratificó, después de alguna discusión y de la exposición de nuevos planes, la orden de alcanzar Lima, donde ingresó la división el 3 de agosto. En esta fecha se realizaba la proclamación de San Martín como Protector del Perú.

DEMOSTRACION SOBRE LIMA

26 de abril al 23 de mayo

Mientras que los sucesos anteriormente reseñados tenían lugar en el interior y se efectuaban en el sur las operaciones de Miller que culminaron en la batalla de Mirave, el grueso de las tropas patriotas estacionado en Huaura, a órdenes directas de San Martín, realizaba algunos movimientos sobre Lima.

En efecto: por esos días llegó de España don **Manuel Abreu**, enviado al Perú por el Monarca español para establecer una Junta Pacificadora que arreglara las diferencias de ambos partidos; como desembarcó en Paita y emprendió marcha al sur por tierra, llegó el 22 de marzo al campamento de Huaura, donde permaneció durante siete días en franca amistad con los patriotas, continuando después a Lima, que alcanzó el 31 de marzo. San Martín, teniendo en cuenta la misión que traía el pacificador, quiso iniciar las

negociaciones bajo un pie favorable a su causa, para lo que ordenó, a partir del 9 de abril, en que recibió las primeras comunicaciones del Virrey, la ejecución de una serie de movimientos demostrativos que amenazaban la Capital, haciendo ostentación de sus fuerzas.

Para conseguir sus fines de intimidación hizo avanzar las tropas ligeras hacia Chancay, amagando Lima por el norte y, al mismo tiempo, embarcó el resto de sus fuerzas en Huacho presentándose delante del Callao y regresando después sobre Ancón, donde hizo fondear sus naves simulando la intención de tomar tierra.

Por ese tiempo las tropas de Arenales se hallaban en marcha a la sierra y las de Miller se habían reembarcado seis días antes en Pisco, para seguir al sur, lo que hacía crecer la incertidumbre en el campo realista sobre las intenciones que abrigaba el jefe patriota. Simultáneamente las montoneras del interior recibieron orden de estrechar el cerco especialmente en las quebradas de Huarochirí y de Yauyos.

Luego que San Martín organizó este simulacro y aparatosa finta, sus fuerzas quedaron en la situación que habían tomado, hasta que se firmó el Armisticio de Punchauca; algunos días después retornaron a sus acantonamientos. La operación no produjo resultado alguno y sólo sirvió como ejercicio a las tropas patriotas que se desesperaban tanto con sus jefes, en la inacción.

ARMISTICIO DE PUNCHAUCA

4 de mayo al 30 de junio

El 9 de abril se recibió en el campo patriota la nota en la que el Virrey, de acuerdo con el comisionado regio Abreu, pedía negociaciones. Desde mediados de abril se acordaron las bases para la reunión de los diputados de ambos bandos que debían formar la "Junta Pacificadora"; la primera de estas reuniones se realizó el 4 de mayo, inciándose en seguida un cambio de notas que terminó el 23 con la firma de un Armisticio de 20 días.

Una de las estipulaciones determinaba que durante el Armisticio debía realizarse una entrevista de ambos caudillos, para aclarar el acuerdo y tratar de hacerlo definitivo. La entrevista se realizó en Punchauca, efectivamente, el 2 de junio, sin ningún resultado práctico. Después de la entrevista los diputados se trasladaron a Miraflores, donde el clima era más favorable para continuar las negociaciones.

El Armisticio terminó el 12 de junio y entonces se planteó su prórroga por 12 días más, a pedido de los realistas; el nuevo acuerdo fue ratificado en la misma fecha, por ambos jefes.

Los negociadores cambiaron una vez más de sede, trasladándose el 19 de junio a la "Cleopatra", nave neutral fondeada en el Callao, para facilitar las comunicaciones con San Martín que se hallaba en el mismo puerto a bordo de la "Moctezuma". El 23 de junio, víspera de la expiración del Armisticio se acordó una nueva prórroga de 6 días, hasta el 30.

La suspensión de armas había durado pues 57 días, desde el 4 de mayo que se iniciaron las conferencias hasta el 30 de junio. An-

tes de que se cerrara definitivamente la negociación, el Virrey emprendió marcha al interior, habiéndolo precedido el General Canterac con un primer escalón de tropas; los patriotas aprovecharon esta circunstancia para ingresar a Lima a partir del 9 de julio.

Las negociaciones continuaron en la Capital sin resultado práctico hasta el 1º de septiembre, fecha en la que los diputados españoles de la Junta Pacificadora pasaron su última nota.

CONSIDERACIONES

Las operaciones realizadas durante el año de 1821 entran en un pesado período de estagnación. Tal vez las conclusiones políticas a que se llegó colmaron los ideales revolucionarios; pero la conducción de los ejércitos sufre desmedro tal, en ese año, que no hay punto o puntos en los que no merezcan censura sus conductores. De esa falta de actividad provinieron todos los fracasos del año, así como la inútil prolongación de la guerra; esta falta fue causa, también, de que la magna personalidad de San Martín se viera absorbida y anulada en la vorágine de acontecimientos que se desencadenaban en el Continente.

El movimiento hacia Lima, que durante la operación de Chancay emprenden de concierto las tropas patriotas, era la maniobra por "cuerpos destacados" que se buscaba antaño en las acciones tácticas; si la operación se hubiera realizado bajo la condición del más absoluto secreto, el desastre completo de los realistas se podía dar como cosa hecha. En efecto: el Comando de las fuerzas del Rey tenía minado el ascendiente moral por la sedición, y sus tropas, partidarias en su mayor parte de la causa patriota, no hubieran secundado con energía las decisiones de aquel. Si a esta circunstancia se agrega el desorden espantoso que se hubiera producido entre las filas realistas al notar la presencia inesperada de cerca de 2000 soldados patriotas en la espalda de su dispositivo, cortándolas de Lima y amenazándolos con arrojarlos hacia el mar, se aceptará que la operación ofrecía magníficas perspectivas. La capitulación en campo raso o la desbandada general eran las dos soluciones que quedaban a las tropas del Rey, dada su moral.

Pero ambos caudillos trataban de economizar sus soldados, cuidando de no arriesgarlos mientras no tuvieran todas las seguridades del éxito; de esta manera, procedían como en las guerras del siglo XVIII y daban a las operaciones un aire acompasado que no correspondía a la época ni a la situación militar. De acuerdo con este modo de pensar, San Martín regresó a sus acantonamientos cuando tropezó con el inconveniente de la tardía llegada de Arenales, y el Virrey deshizo su movimiento ofensivo en cuanto pensó que Lima podía ser tomada, poniendo así de manifiesto que la ocupación de la Capital era lo que más le interesaba.

Las operaciones de Miller en el Sur, conducidas con todo vigor y energía demuestran por oposición que la actividad, el amor a la responsabilidad y el deseo de medirse con el enemigo, son los factores que intervienen decisivamente en la resolución de los problemas de la guerra. El Coronel Miller obtiene, con loable tesón y gran entusiasmo, todo lo que se propone; y, aislado en extensísimo

territorio, rodeado de enemigos por todas partes, logra establecerse entre ellos en cuña, sin siquiera guardar su línea de comunicaciones con Arica pensando, con fundamento que una victoria obtenida sobre las fuerzas enemigas salva de todas las dificultades. Para él, en aquella lejana época, ya existía la fórmula expresada por Foch antes de emprender la ofensiva de fines de 1918: "Los acontecimientos dominan a los razonamientos".

La vigorosa explotación del éxito que Miller realiza a fondo, evidencia su temple moral y su valor como conductor de hombres, a los que, con el señuelo de la victoria, arrastra tras sí en largas marchas por terrenos ásperos y difíciles.

No cabe duda que las disposiciones del General Ramírez carecían de las condiciones necesarias para realizar la acción en enlace, la ensambladura de las masas: tres destacamentos que parten de lugares lejanos; sin comunicaciones fáciles entre ellos durante el largo período de la marcha; sin haber recibido un punto o puntos fijos de reunión estaban condenados, frente a un adversario activo, a ser batidos aisladamente sin lograr ventaja alguna. Reducir el número de esos destacamentos y establecer un punto de reunión suficientemente alejado del adversario, o perfectamente asegurado y protegido de antemano eran condiciones primordiales a las que debía haberse sometido toda la operación y, especialmente, la concurrencia de las tres columnas.

La Hera debió romper el contacto con Miller y dirigirse por la ruta que traía Rivero para juntarse con las tropas de éste, tan luego como tuvo conocimiento, en la noche del 21 al 22 de mayo, de la aproximación de los patriotas; la primera cuestión que se debía resolver era buscar esta reunión para hallarse en fuerzas. Una vez reunido con las tropas del destacamento de Puno, por la mutua aproximación, hubiera ahogado en germen la acción de Miller rompiendo el equilibrio a su favor. Esta era la solución más prudente, ya que en las operaciones de guerra se deben prever los acontecimientos, salvando de antemano todo error de ejecución; La Hera no debía contar con la llegada del destacamento de Rivero en el tiempo justo, ni debía tampoco confiar en la solidez del dispositivo que adoptó para resistir en sus posiciones.

Las operaciones que Ricafort realizó en el interior no tienen importancia, ni influyen en el resultado general de la campaña de 1821; por cuanto, en realidad, la tarea de este jefe se reduce a marchar en la sierra de Sur a Norte, sin encontrar tropas regulares que se le opongan gracias al precipitado repliegue de Gamarra. Desde luego, no se debe tomar en cuenta como acción de guerra la matanza de naturales en Ataura, a la que García Camba llama "el duro escarmiento de los indios alucinados".

La segunda campaña de Arenales, presenta dos fases: primera, persecución de Carratalá, y segunda, intento de ataque a Canterac y repliegue a Lima.

Con respecto a la primera fase, los realistas califican a Carratalá como jefe habilísimo para conducir la retirada de sus tropas

ante un enemigo superior; pero, recordando la manera como lo perseguían Alvarado y Gamarra, cabe hacer notar que si logró esquivarse fue debido a la lentitud de sus perseguidores que, en esta ocasión, defraudaron las esperanzas e intenciones de su jefe.

En cuanto a la segunda fase, cuando Canterac llegó a los altos de Hauncavelica proveniente de Lima con 1500 hombres aniquilados, era una presa fácil para los 4300 soldados de Arenales. Pero, la operación que este jefe tenía iniciada quedó sin efecto por la orden de San Martín, que precisaba: no arriesgar nada sin la seguridad del éxito. Esta fue una equivocada orden de repliegue, que Arenales se vio obligado a cumplir". *.

El jefe de una tropa cualquiera, que actúa aisladamente, debe disponer de ella con toda la amplitud necesaria; mal puede fijar los movimientos que las fuerzas deben realizar en un momento determinado, quien se encuentra lejos del teatro de operaciones y no está al corriente de lo que en él sucede. Tal es un precepto militar que ha de ser siempre respetado.

* Carta de Arenales a San Martín de fecha 12 de Julio de 1821. (Publicada por Paz Soldán y por Mitre).

CAPITULO VI

FUNDACION DE LA INDEPENDENCIA DEL PERU

1821 - 1822

Evacuación de Lima por los realistas.- Proclamación de la independencia.- Los castillos del Callao.

Operaciones de Canterac sobre el Callao.

Capitulación de los Castillos.

Retiro de la escuadra de Lord Cochrane.

Operaciones de fin de año.

Dispositivo y planes de operaciones al comenzar el año de 1822.- Realistas.- Patriotas.

Operaciones en Ica.- Sorpresa de la Macacona.

La "Prueba" y la "Venganza".

Campaña de Quito.

Renuncia de San Martín.

Consideraciones.

EVACUACION DE LIMA POR LOS REALISTAS

26 de junio al 6 de julio

* Las operaciones que el General Arenales realizaba en el interior; la amenaza de que este jefe se estableciera definitivamente en esos ricos centros de recursos; la falta de medios de vida en Lima y la desmoralización en que se abismaban cada día más las tropas realistas de la costa, decidieron al General La Serna a evacuar la Capital ordenando el traslado de su ejército hacia la sierra, donde esperaba reconstituirlo moral y materialmente.

La marcha se hizo por escalones, encomendándose el primero al General Canterac que salió de Lima, con 1500 hombres, el 26 de junio y se dirigió por la quebrada del río Cañete hacia Huancavelica, para buscar la reunión con Carratalá que continuaba en Huando. Durante la marcha, Canterac supo que el General Arenales, al contacto con Carratalá, se había replegado a Jauja dejando un gran espacio libre entre ambos y se animó entonces a trasladar el punto de reunión más al norte; con este fin, impartió las órdenes

---

* Croquis No. 7.

convenientes disponiendo que Carratalá avanzara hasta Chongos, donde se efectuó la reunión de ambos agrupamientos el 23 de julio. De Chongos, los realistas continuaron a la Oroya, tanto con el objeto de amenazar a Arenales que suponían se dirigía a Cerro de Pasco, siendo así que éste había tomado para Lima, según hemos visto antes, como para darse la mano con La Serna que, siguiendo lo acordado con Canterac en Lima debía internar el segundo escalón del ejército por la quebrada de Huarochirí. Pero, cuando Canterac llegó a la Oroya, tuvo noticias de que el Virrey había partido de Lima el 6 de julio internándose por Yauyos y entonces regresó a Jauja a fin de facilitar la reunión, que tuvo lugar el 4 de agosto. La causa por la que La Serna no se internó por Huarochirí ni por Cañete fue la oposición de los montoneros que hicieron tenaz resistencia en estas quebradas, obligándolo a pasar por Topará donde encontró menores obstáculos *.

El efectivo total de las tropas realistas alcanzaba, en Jauja, después de la reunión, sólo a 4000 hombres aniquilados por las enfermedades y duramente fatigados por el paso de la cordillera. Sin embargo, su reconstitución y entrenamiento iban a durar pocos días, a pesar del calamitoso estado en que se encontraban, favorecidos por los abundantes recursos y el buen clima de la sierra.

PROCLAMACION DE LA INDEPENDENCIA

Una vez que la ciudad de Lima fue evacuada por los realistas, de lo que el Virrey previno a San Martín, por oficio, este último procedió a hacerla ocupar por sus tropas, que ingresaron paulatinamente a partir del 9 de julio.

El Caudillo patriota hizo su entrada el 12, dedicándose desde ese día a poner orden en la Capital, a consultar el voto de los pobladores en cabildo abierto y a preparar la ceremonia de la Proclamación de la Independencia, que se efectuó el 28 de julio de 1821.

Como se ha visto en el capítulo anterior, el General Arenales regresó de la sierra a la Capital el 3 de agosto y Miller se presentó de vuelta de su expedición al Sur, algunos días después, habiendo despachado de antemano a sus tropas por la vía marítima desde Pisco al Callao. El Ejército Expedicionario Libertador del Perú se hallaba, pues, concentrado totalmente en Lima en la primera quincena de agosto de 1821.

LOS CASTILLOS DEL CALLAO

Del 4 al 14 de agosto el Ejército y la Escuadra patriotas cañonearon los castillos del Callao, y este último día las tropas dieron un golpe de mano no logrando hacer sino algunos prisioneros; por su parte, los patriotas perdieron varios hombres de tropa muertos en el asalto. El 15 en la noche los barcos bloqueadores, a órdenes de Cochrane, bombardearon los Castillos y sacaron de su fondeadero a tres cañoneras españolas, a pesar del fuego de artillería de la plaza.

* "Los historiadores americanos, admiradores del incontestable genio militar de San Martín, han censurado su actitud inerte en esta ocasión". Mitre, obra citada.

OPERACIONES DE CANTERAC SOBRE EL CALLAO

25 de agosto al 16 de septiembre

* Al abandonar Lima, el Virrey había prometido a los defensores de los fuertes del Callao remitirles recursos con oportunidad, para que continuaran la resistencia. Cuando los patriotas ocuparon Lima le ofrecieron al Mariscal de Campo La Mar, jefe de la guarnición de los Castillos una capitulación honrosa que rechazó en términos altivos esperando el auxilio que debía llegarle, según la promesa del Virrey.

Este, en efecto, una vez instalado en la sierra dispuso que el General Canterac bajara a la costa, tanto con el fin de acordar las medidas necesarias para la resistencia de los fuertes, como para recoger los fusiles sobrantes que quedaron en gran número en la plaza y que eran necesarios a los reclutas andinos.

Canterac, con 3000 hombres, emprendió la marcha el 23 de agosto y avanzó sobre Lima por las quebradas de Huarochirí y el río Lurín; después, hizo reunir sus dos columnas en este último valle utilizando una transversal y ocupó con todo su efectivo la región de Cieneguilla. De este caserío desembocó ulteriormente por Manchay y se dirigió por una serie de diestros movimientos al Cascajal, para continuar sobre San Borja, Mirones y el Callao, donde ingresó el 10 de septiembre.

San Martín, que disponía por esos días de cerca de 6000 soldados en Lima, sin contar las milicias y otros colecticios, y que estuvo prevenido del movimiento de los realistas con toda oportunidad, formó con sus tropas una línea a lo largo del río Surco, frente a la dirección de Rinconada, por donde desemboca el camino de Manchay; después trasladó esa línea entre Mendoza y el Pino, haciendo retroceder su derecha; y, finalmente, se estableció en las salidas oeste de Lima, dando frente al Callao, sin atacar a los reducidas fuerzas de Canterac, a pesar de que los altos jefes patriotas le instaban a hacerlo, al verlas casi a tiro y con menores efectivos.

Canterac permaneció en el Callao hasta el 16 de septiembre tratando de hacer contratos con particulares para el suministro de víveres a los defensores. El 16, haciendo cargar a su tropa la mayor cantidad posible de armamento, vadeó el Rímac y marchó por Oquendo, Pueblo Viejo, Puruchuca y Huamantanga, hacia el interior. Al efectuar su retirada sólo tuvo que lamentar la deserción de algunos oficiales y de muchos soldados, así como algunas bajas que se produjeron en los diversos choques habidos en el valle de Carabayllo y más al interior, en Puruchuca y Huamantanga, contra los 800 hombres destacados por San Martín en su seguimiento. Los soldados patriotas enviados tras los realistas fueron destinados, sobre todo, a desarrollar y amparar la deserción y no a hostilizar y batir al enemigo, para lo que carecían de la fuerza suficiente.

La operación efectuada por Canterac fue, pues, una magnífica marcha de flanco delante del enemigo, al que amenazó e impuso respeto a pesar de su debilidad, confiando en que éste perseveraba en su nuevo "sistema de victos sine sanguine".

* Croquis No. 8.

CAPITULACION DE LOS CASTILLOS

21 de septiembre

Luego que Canterac abandonó el Callao, el Mariscal La Mar aceptó, desde el 19 de septiembre, los términos de la benévola capitulación que había rechazado semanas antes. La Mar y las tropas que le obedecían salieron de los Castillos el 21 de septiembre, después de formalizada la capitulación. En este día el Callao, recibió, por primera vez, una guarnición patriota.

RETIRO DE LA ESCUADRA DE LORD COCHRANE

6 de octubre

La escuadra que había conducido a nuestras playas a la Expedición Libertadora, que continuaba a órdenes de Lord Cochrane, dejó el Callao el 6 de octubre de 1821, negando su cooperación a la causa de la libertad del Perú. La razón de esta deserción comandada, fue la escasez de numerario que afligía al Protector, impidiéndole pagar los sueldos, gratificaciones y premios a la tripulación.

Los ingleses que formaban el equipaje de las naves de la escuadra, no podían tener, por una causa que les era realmente ajena, la abnegación de que hacían gala los americanos; marinos o soldados de paga no querían, con raras excepciones, gastar sus energías y ofrendar su vida sino por el interés del botín que producían las presas y los golpes de mano que dirigía su jefe. Este último, aunque amante de la gloria, participaba de ese mismo concepto y daba gran importancia al prest y a los repartos; los escándalos que fomentó por asuntos de intereses y las formidables reclamaciones que entabló, aún después de la guerra, ponen en evidencia el espíritu mercantil que lo dominaba. Los tripulantes extranjeros querían pasar de simples mercenarios a la categoría de verdaderos dueños de los barcos que capturaban empleando las armas de la Nación.

OPERACIONES DE FIN DE AÑO

Después que los realistas abandonaron la Capital, comenzaron con tesón a reorganizar sus tropas en los valles de la sierra, recibiendo progresivamente el completo de sus efectivos con la recluta de nuevos soldados y gracias al magnífico pie sanitario que alcanzaron, dado el inmejorable clima y la abundancia de recursos de todo género que ofrece esa región.

Las armas que transportó la tropa al evacuar Lima, las que llevó Canterac después de su brillante operación sobre los Castillos del Callao, y las que los realistas arrebataban sistemáticamente a las milicias e indiadas durante sus correrías en el interior, alcanzaron el número necesario para dotar a los nuevos soldados. La munición y las cargas de pólvora para esa clase de fusiles, se fabrica-

ban fácilmente en la sierra; las herraduras, así como las fornituras y correaje, se improvisaban también haciendo trabajar, activamente, a las tropas en el acantonamiento.

A fines del año 1821, los realistas sólo llevaron a cabo algunas expediciones punitivas contra los indios alzados en armas de las distintas comarcas andinas. Las principales de estas expediciones fueron las efectuadas por el Coronel Lóriga, que batió el 7 de diciembre de 1821, a 5000 indios agrupados alrededor de 300 milicianos, mal armados, en las cercanías de Cerro de Pasco, y la expedición de Carratalá sobre Cangallo, a cuyos habitantes sublevados le fue muy fácil vencer el 17 de diciembre, ordenando en seguida el incendio del pueblo para lanzar, después, su célebre proclama que comienza diciendo: "Queda reducido a cenizas y borrado para siempre del catálogo de los pueblos, el criminalísimo Cangallo".

Estas últimas operaciones de guerra cierran el año de 1821.

DISPOSITIVO Y PLANES DE OPERACIONES AL COMENZAR EL AÑO 1822

REALISTAS

Al comenzar el año de 1822, el Virrey comprendió que era necesario que él se encontrara en un punto central que le facilitara la comunicación con sus tropas y elementos más alejados en el territorio. Para realizar su idea se trasladó al Cuzco, donde quedaba equidistante de los agrupamientos de tropas que guarnecían el valle del Mantaro y el Alto Perú; permaneciendo en este lugar, estaría también a proximidad de las tropas de Arequipa, que vigilaban la costa sur.

Las fuerzas realistas tomaron por este tiempo el dispositivo siguiente:

El General Ramírez, jefe de las tropas del Alto Perú, se hallaba en Arequipa con su jefe de estado mayor, que era el General Valdez; desde ese punto debía vigilar y defender la zona del litoral, comprendida entre los puertos de Arequipa y de Tarapacá. El grueso de sus tropas, a órdenes del General Olañeta, se extendía desde Puno hasta Oruro; en el primer punto tenía algunos elementos que se encontraban listos para trasladarse, sea hacia Arequipa, para defender la frontera marítima, sea hacia el Alto Perú.

El General Canterac, con Lóriga, como jefe de estado mayor, ocupaba el valle del Mantaro para oponerse a todo avance de los patriotas en esa región y para vigilar e incursionar sobre Lima o las provincias de la costa cercana a la Capital.

Esta distribución de las fuerzas realistas constituía un verdadero dispositivo articulado que tiene, a primera vista, el gran defecto de que sus elementos se encuentren a enorme distancia, lo que hace creer que eran susceptibles de ser cortados unos de otros y batidos en detall. Para conseguir este resultado hubiera sido necesario operar contra uno de esos agrupamientos con la mayor energía y con gran secreto, en forma tan fulminante que impidiera a

los agrupamientos vecinos acudir con oportunidad. Esta forma de ofensiva, que era la única viable, debía tener, pues, todas las características de una sorpresa estratégica.

Ahora bien: el Virrey tenía en sus manos los medios seguros de evitar esta sorpresa en cualquier circunstancia. En primer lugar, disponía de un magnífico servicio de espionaje que le hubiera prevenido de cualquier movimiento, aun antes de que éste se hubiera iniciado, lo que permitiría ganar por lo menos tres o cuatro días a la operación del enemigo; las tropas de San Martín se encontraban, en efecto, estrechamente vigiladas, por cuanto hacían vida común con los habitantes de la ciudad de Lima que, por la densidad de su población, albergaba tanto amigos y defensores de la causa de la libertad, como enemigos capaces de enviar un dato, con gran rapidez, sirviéndose de un medio cualquiera.

En segundo lugar, las fuerzas patriotas se encontraban muy lejos de los núcleos realistas, razón por la que no podían realizar una acción fulminante e inmediata contra un agrupamiento cualquiera de las tropas virreynales, sin que los avisos llegaran a tiempo. Además, en la sierra, gracias al terreno, cada agrupamiento podía resistir todo el tiempo que fuera necesario para permitir la aproximación de otro agrupamiento que acudiera en su socorro. Por último, los soldados realistas estaban aclimatados a la sierra, y la férrea disciplina de marcha de los españoles permitía efectuar larguísimas jornadas con gran rapidez. Para lograr esta velocidad en los desplazamientos, las tropas del Virrey requisaban ganado de silla y de carga en todos los puntos de paso, y su caballería disponía, además, de un caballo y de un mulo por cada jinete: en caso de urgencia la infantería cabalgaba en el ganado sobrante; los soldados o el ganado que se fatigaban eran reemplazados en el próximo villorio por el enrolamiento y la requisición forzosa, que se realizaban con tal irregularidad y tan grande injusticia, que los aborígenes andinos no la han podido olvidar aún.

Los patriotas que no eran, pues, dueños del secreto de las operaciones y que tenían menor velocidad de marcha que su adversario, no podían realizar la sorpresa estratégica. Para fundar las anteriores afirmaciones basta anotar que mientras los realistas mantuvieron estrictamente este dispositivo, no tuvo éxito ninguna de las campañas que los patriotas emprendieron hacia el interior.

PATRIOTAS

Del lado de los patriotas, convencido el Protector de la necesidad de ser auxiliado por fuerzas numerosas para dar fin a la empresa iniciada, pensó conferenciar con Bolívar para pedirle apoyo y se embarcó el 19 de enero de 1822, con rumbo a Guayaquil, donde esperaba encontrarlo; el Marqués de Torre Tagle quedó entonces a cargo del gobierno, con el título de Delegado Supremo. Durante la travesía, San Martín recibió informes de que Bolívar no se encontraba en Guayaquil como creía y, en consecuencia, regresó al Callao aplazando la entrevista.

Antes de dirigirse a Guayaquil, el Protector, alarmado por los progresos de reorganización de las tropas del Virrey, dispuso que se enviara a la provincia de Ica una división, de 1600 hombres, con

la misión de prevenir cualquier movimiento del adversario hacia esa zona de la costa y amenazarlo, al mismo tiempo, haciéndole creer en un próximo avance a Huancavelica. Esta última región era importante en el sistema de fuerzas del Virrey, puesto que su ocupación por los patriotas hubiera determinado la separación de los agrupamientos del Mantaro y del Cuzco-Arequipa. La división que debía ocupar Ica fue puesta a órdenes del General Domingo Tristán, quien tenía como jefe de estado mayor al Coronel Gamarra.

OPERACIONES EN ICA

18 de enero al 7 de abril

* La división de Tristán se estableció en Ica a mediados de enero de 1822 y permaneció en ese valle durante dos largos meses reforzando sus efectivos y viviendo sobre el país, sin ser molestada por los realistas.

Contra las expectativas de San Martín, el Virrey no se alarmó con la presencia de la división Tristán en la provincia de Ica porque, conociendo el reducido efectivo de ella, comprendió que era ficticia la amenaza de avanzar al interior para cortar el enlace entres sus agrupamientos y se dio cuenta, con oportunidad de que esa división era más bien una presa fácil para sus tropas, si se le atacaba en secreto y con rapidez.

En este concepto, el Virrey ordenó, a principios del mes de marzo, que una parte de las tropas de Arequipa y otra de las del Mantaro se desprendieran de sus guarniciones respectivas para avanzar hacia Ica y batir a la división Tristán. En cumplimiento de esta disposición, Valdez salió de Arequipa con 500 hombres, a fines del mes de marzo, y se dirigió por Acarí en la dirección general de Ica; su misión era llamar la atención de los patriotas hacia el sur, para procurar que alargaran más aún su línea de comunicaciones con Lima. Al mismo tiempo salía del valle del Mantaro otra fuerza más considerable, a órdenes de Canterac, cuya misión era atacar a los patriotas, cortándolos de su línea natural de retirada hacia Lima o cayendo sobre su flanco, si permanecían inmóviles.

Al presentarse las tropas de Valdez, ostensiblemente, en el límite de las provincias de Ica y de Arequipa, Tristán tuvo noticia de la operación que realizaban y envió en la dirección de Nazca una parte de su efectivo, cuyo comando confió al Coronel Gamarra, jefe de estado mayor de la división; el General patriota comenzaba pues, ordenando el fraccionamiento de sus fuerzas, a caer en el lazo. Pero, cuando el destacamento de Gamarra ya había partido, Tristán se informó de la presencia en los pasos de la cordillera de las tropas que bajaban de la sierra, a órdenes directas de Canterac, y dispuso entonces el repliegue de Gamarra pensando en reunir sus elementos para retirarse hacia el norte, hacia Lima, a fin de hacer caer en el vacío la ofensiva concéntrica de sus adversarios.

Canterac había recibido orden de despachar de Jauja una parte de sus tropas a cargo de uno de sus jefes subordinados; pero, es-

---

* Croquis No. 9.

te General, amante de la gloria, y que en esta oportunidad dio muestra de una energía a prueba y de un loable deseo de cumplir su deber con exceso, asumiendo personalmente toda clase de responsabilidades, tomó el mando directo de la expedición.

Las tropas de Canterac salieron de su acantonamiento de Huancayo el 26 de marzo y fueron conducidas con tanta rapidez que consiguieron trastornar las expectativas de Tristán, no dejándole tiempo para efectuar el repliegue a Lima que había planteado. En efecto: once días después de su partida, el 5 de abril, los realistas se encontraban en Ramadilla, a 40 kilómetros al este de Ica. En este punto, Canterac se informó de que la división patriota seguía en sus acantonamientos y continuó la marcha hacia Carmen Alto, lugar situado a 10 kilómetros del grueso de los patriotas, llegando a él el 6 de abril al atardecer.

En las primeras horas de la noche las tropas realistas continuaron su marcha efectuando un desplazamiento lateral para situarse en la Macacona, interceptando de esta manera, el camino hacia Lima que se sabía que iban a tomar los patriotas. Una vez a caballo de la línea de retirada de Tristán, Canterac orientó sus columnas hacia Ica para buscarlo y sorprenderlo en la misma noche del 6 al 7 de abril.

SORPRESA DE LA MACACONA

7 DE ABRIL

Mientras que Canterac preparaba la operación de esta manera, Tristán, que vacilaba sobre lo que debería hacer, supo el 6 por la tarde que su adversario, cuyo efectivo se apreciaba en 1400 hombres, se encontraba desde la víspera en Ramadilla, y ordenó entonces la retirada al norte que tenía planteada. Una vez tomado su dispositivo de marcha y emprendida ésta hacia la Macacona, cayó a la una de la mañana bajo los fuegos de los realistas que, ocupando terreno favorable, atacaron a las columnas patriotas dislocando su formación y arrollándolas irresistiblemente hasta la entrada de Ica.

Las pérdidas fueron muy fuertes para los patriotas: cerca de 1000 prisioneros, muchos de los cuales heridos, numerosos muertos, dos banderas, todos los animales de silla y de carga, 2000 fusiles y abundante parque constituyeron el botín de los realistas, obtenido en forma brillante y a costa de muy escasas pérdidas. El General Tristán y el Coronel Gamarra lograron alcanzar Pisco y de allí siguieron a Lima.

Los "Lanceros del Perú", de la división Tristán, que habían sido destacados a Chincha y que fueron llamados a Ica el 6 para que tomaran parte en la retirada general, se encontraron durante su marcha a la reunión, el 7 en la tarde, con el escuadrón "Dragones del Perú", a órdenes del Comandante Marcilla. Este cargó inmediatamente sobre ellos y logró desbandarlos a los pocos minutos de haberlos avistado.

Lóriga, jefe de estado mayor de Canterac, recibió orden de trasladarse a Pisco con un pequeño destacamento para explotar el

éxito; en este lugar efectuó un nuevo acopio de elementos de guerra abandonados por los patriotas, con los que hizo aumentar a 3000 el número de fusiles tomados. Cuando Lóriga regresó a Ica, después de llenar su cometido, las tropas de Canterac emprendieron el regreso a Jauja. En la provincia reconquistada quedó el General Carratalá.

Valdez que había continuado su marcha al norte por las cabeceras de la sierra alcanzó a Canterac en Huaitará, sobre la cordillera, cuando éste se replegaba a sus cantones. Ambos agrupamientos realistas estacionaron juntos durante una noche, celebrando su triunfo; al día siguiente se separaron las dos divisiones para volver a sus puntos de partida. Valdez se dirigió solo hacia el Alto Perú, adonde el Virrey le había ordenado que se constituyera para batir al Coronel Lanza, cuyas montoneras habían entrado en actividad.

La derrota tan completa como inesperada de la División de Tristán causó profunda alarma y desmoralización en los patriotas de la Capital; se vio con tristeza el regreso de los jefes de ella, acompañados tan sólo por algunos dispersos, después de haber dejado capturar y desbandar a las tropas más escogidas de que disponía la causa de la libertad. Tristán y Gamarra fueron sometidos a un Consejo de Guerra que condenó al primero a un año de suspensión de mando y a cuatro meses de la misma pena, al segundo.

El General Carratalá infligió, algunos días después, dura derrota a una partida de montoneros y rechazó de Ica al Teniente Coronel Raulet que quiso recuperar la ciudad.

LA "PRUEBA" Y LA "VENGANZA"

Las fragatas que llevaban estos nombres, luego que dejaron en Cerro Azul a las tropas que Canterac trajo del Alto Perú, en el mes de noviembre de 1820, se dirigieron a puertos mexicanos de donde retornaron al sur entrando en la ría de Guayaquil el 1º de enero de 1822. A estos barcos se había unido durante la travesía la corbeta colombiana "Alejandro", cuya tripulación estaba sublevada.

Como en la escuadrilla escaseaban los víveres, y las tripulaciones se hallaban impagas, sus jefes entraron en tratos para entregar los barcos a los independientes de Guayaquil y a los agentes diplomáticos peruanos, en misión en esa provincia. Efectuados los arreglos, la entrega se realizó el 23 de febrero.

Según el convenio realizado, la "Venganza" quedó a cargo de los agentes peruanos y el "Alejandro" volvió a poder del gobierno colombiano. La "Prueba", debía pasar al Callao para ponerse a órdenes del gobierno del Perú; con este fin, la citada nave dejó el puerto de Guayaquil el 25 de ese mismo mes.

Lord Cochrane que, como se ha dicho, había abandonado las costas del Perú el 6 de octubre de 1821, hizo rumbo en esa fecha hacia México con la intención de capturar a las fragatas realistas; pero, como no les pudo dar caza, cruzándose con ellas sin verlas en la travesía, regresó al sur siempre en su busca y se presentó en Guayaquil el 10 de marzo de 1822, días después de realizado el arre-

glo que entregaba las naves al Perú. Luego que vio a la "Venganza" fondeada en el río, se apoderó de ella, alegando que era suya por el hecho de "haberla cansado en el mar"; pero los agentes peruanos entablaron negociaciones y obtuvieron que la "Venganza" apareciera como cedida al gobierno de Guayaquil; entonces, Cochrane, para aceptar esta cesión, exigió garantía monetaria de que la fragata no sería peruana.

Una vez establecido el arreglo en lo que se refería a la "Venganza", el Vicealmirante tomó rumbo al Sur, a fin de capturar a la "Prueba", cuya posesión esperaba que nadie le discutiría. Llegado al Callao halló al fin la fragata que buscaba, pero como se encontraba debidamente resguardada bajo el fuego de los fuertes, convencido de que era impotente para tomarla, se contentó con capturar a la goleta "Moctezuma", que entraba descuidada al puerto. Lord Cochrane, después de estos acontecimientos, se dirigió a Chile donde renunció, meses después, para ir a prestar sus servicios al Brasil.

CAMPAÑA DE QUITO

20 de enero al 24 de mayo

Luego que la campaña de Carabobo dio libertad efectiva a los países septentrionales del continente sudamericano, Bolívar marchó sobre Pasto para continuar la guerra en el Sur y atar a su carro triunfal las provincias de Quito y de Guayaquil. Al mismo tiempo Sucre, establecido en esta última región, abría campaña contra las fuerzas de Aymerich; pero habiendo sufrido algunos fracasos decidió dirigirse al gobierno del Perú para pedir auxilio; cuando las negociaciones llegaron a formalizarse, el Protector designó al General Arenales, que se encontraba en las provincias del norte del Perú, ordenándole que marchara a cooperar a la campaña de Quito que iniciaba el Ejército de Colombia. Arenales renunció la designación y entonces se nombró para ese cargo al Coronel Santa Cruz, que era su segundo.

El 20 de enero de 1822 las fuerzas peruanas, a órdenes del citado Coronel, pasaron el Macará e ingresaron al territorio vecino para unirse con las tropas de Sucre en el pueblo de Saraguro el 9 de febrero, según lo establecía el plan de campaña acordado de antemano.

Después de efectuada la reunión se emprendieron operaciones sobre Quito, dándose el combate de Riobamba el 21 de abril de 1822 y cerrándose la campaña con la victoria de Pichincha, obtenida el 24 de mayo, que libertó esas provincias.

El desarrollo de esta campaña será estudiado en el capítulo siguiente.

RENUNCIA DE SAN MARTIN

Cuando se recibieron en Lima los partes de la victoria de Pichincha, San Martín decidió dirigirse a Guayaquil para impedir con su presencia que esa provincia fuera absorbida por la Gran Colombia y para conferenciar con Bolívar, cuya cooperación mili-

tar iba a pedir con el propósito de continuar, con mayor vigor, la ardua tarea emprendida en el territorio del Perú.

El Protector partió del Callao en la goleta "Macedonia" el 14 de julio de 1822 y arribó a Guayaquil el 26 del mismo mes. En este puerto se entrevistó con Bolívar, dándose cuenta de que la provincia de Guayaquil estaba perdida para el Perú, porque el Libertador había ya forzado la opinión de los habitantes para que pidieran su incorporación a la Gran Colombia; sin poder ponerse de acuerdo con Bolívar en los puntos capitales, sobre forma de gobierno y otros, que sometió a su consideración y, por fin, informado por el mismo Bolívar de la deposición de su ministro Monteagudo, que acababa de realizarse en Lima, resolvió regresar al Perú a las cuarenta horas de permanencia en Guayaquil. La entrevista no produjo, en suma, sino grave distanciamiento entre ambos caudillos.

Cuando el Protector regresó a Lima, dispuso la reunión del Congreso para el día 20 de septiembre de ese año, y resignó el mando ante él. El mismo día se embarcó en el Callao y tomó rumbo al Sur; volvió después a Ancón, y a poco abandonó definitivamente el país.

CONSIDERACIONES

La retirada de las tropas del Virrey en dos escalones distanciados por once días de marcha, demuestra la azarosa situación en que se encontraban los realistas; de otro modo no puede explicarse tan desatentada operación. Si el Caudillo patriota hubiera empleado la energía que desplegó en Chile, ambos escalones hubieran sucumbido: el primero vigorosamente detenido por Arenales y batido con facilidad, dada la diferencia de efectivos y la desigualdad de condición moral de ambas divisiones; y el segundo, perseguido por los patriotas en su larga peregrinación por Lurín, Mala, Cañete, Lunahuaná y después por Topará a Turpo. Los montoneros de la quebrada de Cañete que impidieron el paso de las tropas del Virrey, obligándolo a desfilar por Topará, daban ejemplo de la actividad que debía emplearse en esas circunstancias, y, si San Martín hubiera iniciado la persecución, ellos hubieran cerrado el acceso a la sierra favoreciendo así la operación del Ejército Libertador.

El rodeo de Lima que efectuó Canterac en el mes de septiembre para socorrer al Callao, pasando a dos tiros de fusil de los patriotas, fue otra muestra evidente de la osadía de los jefes realistas que no medían el peligro, y del manifiesto decaímiento del espíritu defensivo de San Martín.

El establecimiento en Ica de la división Tristán, que ordenó el Protector a comienzos del año 1822, no parece tener finalidad determinada, y podría creerse que sólo se perseguía que los soldados vivieran con mayor comodidad, extendiéndolos en el territorio ocupado para descongestionar la Capital del exceso de población que representaban las tropas.

Es claro que estas tropas, una vez establecidas en esa región, parecían amagar las comunicaciones entre los agrupamientos realistas y tenían todo el aparato de una vanguardia estratégica, colo-

cada sobre una probable línea de operaciones; pero, tal hecho, no pasaba de ser una apariencia.

No sería lógico creer que el envío de estas tropas obedeció al deseo de establecer algo así como una reunión articulada, a fin de parar la posibilidad de un avance realista sobre la costa, porque la enorme distancia que separaba a la vanguardia del grueso impide toda suposición a este respecto. De todas maneras, esta disgregación del ejército en una extensa región, sin mantener ningún enlace entre sus diversos elementos, consituye un atentado contra el principio de la economía de las fuerzas, que San Martín pagó con la destrucción de esa importante fracción de tropas.

El General Tristán parece que no pensó en cubrirse, y que la permanencia de su división en Ica tenía para él todas las modalidades de un largo y reparador descanso. Sin embargo, la fortuna no le negó sus favores, puesto que, sin quererlo, fue informado del movimiento de Valdez en el sur de la provincia, y, después, de la presencia de Canterac en los altos de Ica. Esta seguridad por el dato no debía haber sido obtenido en forma casual, sino buscada por el jefe que debe ser previsor para responder en cualquier momento a todas las eventualidades.

El General Tristán, tan pronto como se vio independiente, comenzó a diluir sus efectivos, enviando sin razón alguna un destacamento de caballería al valle de Chincha, otras tropas a Pisco y destacando a Gamarra al sur, a la primera noticia de la presencia de Valdez.

La operación de Canterac sobre Ica estaba basada en la sorpresa estratégica que obligaba a proceder en el mayor secreto; esta primera condición se obtuvo por la cooperación de Valdez en el Sur que llamó la atención de los patriotas hacia este lado. Se necesitaba rapidez en la ejecución, que serviría para impedir que el enemigo modificara su dispositivo, y ésta fue obtenida directamente por Canterac, que llegó al teatro de operaciones con gran velocidad. Al cruzar la cordillera no se pudo mantener el secreto por más tiempo y alguien reveló a los patriotas la aproximación de las tropas procedentes del Mantaro; pero, Canterac, supo reemplazar el secreto en este período de la operación, aumentando la velocidad de marcha en las últimas etapas, lo que impidió que Tristán, a pesar del dato, se pusiera a salvo como lo pretendió.

Como se ha visto, las tropas realistas no acortaron su impulso al hallarse a proximidad del enemigo; muy al contrario, marchan de noche y sin descanso, para abordarlo.

De este modo la sorpresa no sólo se realizó en el campo estratégico, sino también en el campo táctico gracias, una vez más, a la velocidad de marcha empleada por los realistas, que les permitió presentarse frente al adversario casi al mismo tiempo que la noticia de su llegada. En efecto, Tristán sabe el día 6 que Canterac se halla en Ramadilla, a 40 kms. en el momento mismo en que éste se encuentra a 10 km., en Carmen Alto, habiendo marchado con la misma velocidad que el propio portador del dato. Después, sin detener su avance, procede en el mismo día a establecerse en la dirección favorable para el ataque, la línea de retirada del adversario, y, por fin, emprende una marcha de noche para asegurar el secreto de la operación táctica y buscar la sorpresa en la acción.

CAPITULO VII

GUAYAQUIL Y QUITO

1821 - 1822

Proclamación de Guayaquil.- Campaña de Urdaneta.- Diversos combates.- La diplomacia.

Campaña de Sucre.- Yahuachi.- Huachi - Armisticio de Babahoyo.

Campaña de Quito.- Formación del ejército Unido.- Peruanos.- Colombianos.- La concentración.- Plan de operaciones.- Marcha sobre Cuenca y permanencia en este lugar.- Marcha hacia Riobamba.

Combate de Riobamba.- La acción.- Marcha a Quito.

Batalla de Pichincha.- Preliminares de la batalla.- La batalla.- Resultados de la batalla de Pichincha.

Consideraciones.

PROCLAMACION DE GUAYAQUIL

9 de octubre de 1820

Guayaquil se proclamó libre el 9 de octubre de 1820. Para acometer empresa de tanto aliento, los patriotas del Guayas contaban con el apoyo moral que representaban la presencia en el Perú de las tropas del General San Martín. El triunfo de Bolívar en Boyacá contribuyó también a que los guayaquileños tomaran tal resolución.

La revuelta contra las autoridades constituídas fue hecha por el Batallón Granaderos de Reserva, unidad de tropa originaria del Cuzco, de guarnición en Guayaquil.

Los jefes del movimiento, tan luego como éste tuvo éxito, enviaron noticia de él a San Martín y a Bolívar; en sus cálculos tenía mucho peso la idea de que las tropas patriotas, de uno u otro caudillo, ampararían el movimiento realizado.

CAMPAÑA DE URDANETA

7 DE NOVIEMBRE DE 1820 AL 3 DE ENERO DE 1821 *

El entusiasmo de los habitantes de Guayaquil fue grande y espontáneo; los hombres aptos formaron cuerpos de tropas voluntarias, a base de los "Granaderos de Reserva", con la intención de defenderse en su propio pueblo de las expediciones punitivas que esperaban, con razón, que los realistas de Quito emprendieran. Pero, una vez que estas tropas estuvieran organizadas, sus jefes, enorgullecidos con su comando y escuchando sólo la voz de su patriotismo, decidieron marchar a Quito, sede de la autoridad principal, con la intención de apoderarse de todo el territorio y subrogar a las autoridades del Rey.

Las unidades de tropa formadas en Guayaquil se organizaron en una división, que recibió el nombre de División Protectora de Quito, la que fue puesta a órdenes del Coronel Luis Urdaneta. Comprendía los Batallones 1º y 2º de "Libertadores", por desdoblamiento del Batallón "Granaderos de Reserva", el Escuadrón "Daule" que ya existía, y cuyo nombre no fue cambiado; y los Batallones "Vengadores", "Voluntarios de la Patria" y "Defensores de la Patria", formados por los cívicos, los voluntarios, y las milicias de la región.

DIVERSOS COMBATES

Los noveles guerreros de la División Protectora, animados de gran entusiasmo, emprendieron la marcha sobre Quito y toparon a poco con una vanguardia realista que los esperaba en Camino Real. Esta vanguardia, que no estaba prevenida para el choque, fue desbaratada por los patriotas en el combate que tuvo lugar el 9 de noviembre de 1820.

Pocos días después los vencedores encontraron al grueso de la expedición que Aymerich había destacado de Quito a batir a los guayaquileños y trabóse en Huachi, el 22 de noviembre, un combate en el que la División Protectora sufrió un rudo descalabro, siendo dispersada hacia el puerto de donde había partido.

Por fin, algunos de los dispersos de Huachi, que había reunido el Comandante García y que quisieron oponerse a los realistas, fueron completamente destruídos en el combate de Tanizahua, el 5 de enero de 1821. El Comandante García pagó con la vida su patriótico intento.

Los realistas, después de sus victorias, se vieron obligados a detener su avance sobre Guayaquil y marcar un tiempo de espera, comprendiendo que ninguna ventaja obtendrían si continuaban alargando su línea de comunicaciones.

LA DIPLOMACIA

La proclamación de Guayaquil creó entre los gobernantes de los países limítrofes la ambición de apoderarse de esos territorios, que dependían tanto del Perú como de Colombia.

---

* Croquis No. 10.

Para obtener la incorporación de Guayaquil al Perú, San Martín envió a Guido en misión diplomática y a su colaborador de Mendoza, el General peruano Luzuriaga, para que tomara el mando de las tropas; entre ambos debían obtener la anexión. Por su parte, Bolívar envió, sucesivamente, a los Generales Mires y Sucre; este último, que llegó con algunas tropas para ayudar a los independientes de Guayaquil, obtuvo que la provincia se plegara a la voluntad de Bolívar, obligando a los habitantes, poco después, a votar su unión con la Gran Colombia. Los hechos probaron esta vez, como siempre, el peso e influencia decisiva que ejerce la fuerza armada en las decisiones de los pueblos, y pusieron en evidencia que las realizaciones tienen superioridad sobre los razonamientos y sobre las buenas y justas palabras.

CAMPAÑA DE SUCRE

6 de mayo al 19 de noviembre

Bolívar que operaba en el sur de Colombia, frente a Pasto, ordenó al General Sucre que se trasladara a Guayaquil con un contingente de 1000 hombres que debía organizarse en la provincia colombiana de Cali. Diversas dificultades impidieron que se completara este efectivo, y Sucre debió embarcarse, en el puerto de Buenaventura, tan sólo con los Batallones "Santander" y "Albión", más un escuadrón de "Guías", todos muy bajos de fuerza. La corbeta colombiana "Emperador Alejandro" transportó parte de esas fuerzas hacia Guayaquil, donde tocó el 6 de mayo de 1821, conduciendo al primer escalón de tropas; el segundo, a órdenes del General Mires, llegó el día 14.

YAHUACHI

19 DE AGOSTO

Reunidas las fuerzas colombianas con las tropas guayaquileñas, Sucre emprendió operaciones hacia el interior contra las unidades que conducía el presidente Aymerich en persona. Este general se había puesto en marcha de Quito a Guayaquil, en dos columnas separadas, con la intención de recuperar el puerto. Los patriotas, después de detener a la columna principal que conducía el Presidente, y mientras éste esperaba la llegada de la otra columna a órdenes de uno de sus Tenientes, con el que debía operar en concurrencia se volvieron rápidamente sobre esta última; y le infligieron un serio desastre en los campos de Yahuachi, el 19 de agosto.

A raíz de este éxito de los patriotas, el General Aymerich, duramente afectado, emprendió rápido repliegue hacia el norte, abandonando al enemigo sus parques y bagajes y dejando en su ruta numerosos dispersos y rezagados que dieron a su retirada todas las características de una derrota. Sólo se detuvo en Mocha, cuando creyó estar a bastante distancia del enemigo.

HUACHI

12 DE SEPTIEMBRE

Los patriotas, estimulados por su triunfo, reorganizaron entonces sus unidades y emprendieron nuevo avance contra los realistas, cuya presencia en Mocha conocían, pretendiendo cortarles su línea de retirada hacia Quito. Para lograr su designio partieron de la Sabaneta, cerca de Babahoyo, el 29 de agosto y avistaron a su adversario el 12 del siguiente mes.

El Jefe realista, al tener noticia del avance de los patriotas, abandonó Mocha y se replegó al norte, ocupando las posiciones de Huachi, que habían sido favorables a su partido en la campaña de Urdaneta.

Sucre, en su seguimiento, llegado frente a la posición de Huachi, inició el combate obteniendo al comienzo algunas ventajas; pero, la súbita intervención de la caballería realista, que cargó sobre el flanco de los atacantes cuando éstos se hallaban empeñados y bajo el fuego del adversario, decidió la acción a favor de los soldados del Rey.

Los patriotas, dispersados por completo después de la acción, emprendieron la fuga; Sucre, que había recibido una pequeña herida, algunos jefes y oficiales y un centenar escaso de hombres de tropa, se salvaron de este desastre.

En el ínterin, el General Aymerich se había establecido en Quito para atender, tanto a las operaciones que desarrollaba el Coronel realista García, en Pasto, contra los soldados de Bolívar, cuanto para enviar refuerzos al Coronel Tolrá, a quien encargó la dirección de las operaciones contra los independientes de Guayaquil, que mandaba Sucre.

ARMISTICIO DE BABAHOYO

Tolrá emprendió la marcha sobre Guayaquil, por Guarandá, después de haber dado dos meses de descanso a su tropa, creyendo que los patriotas procedieran con la misma pasividad que él y que se encontraran en las desastrosas condiciones en que quedaron después de la segunda batalla de Huachi. Pero, lejos de esto, Sucre había organizado nuevas fuerzas durante ese largo período de expectativa, concentrándolas en la Sabaneta, completamente listas para reabrir campaña.

Cuando Tolrá llegó frente a la Sabaneta los patriotas se replegaron a Babahoyo, no sin que el jefe realista se diera cuenta de que Sucre había organizado una fuerza considerable. Temeroso Tolrá de sufrir un descalabro, pidió a Sucre un armisticio que le fue concedido en la entrevista que ambos caudillos tuvieron en la ciudad de Babahoyo, el 19 de noviembre de 1821.

Según los términos del Armisticio, los realistas se retiraron a Riobamba y Sucre tuvo así la libertad necesaria para trasladarse a Guayaquil, foco de la revolución, donde iba a poner en armas nuevas y mayores fuerzas, para aumentar sus efectivos.

Tales fueron los preliminares de la Campaña de Quito, realizada por fuerzas peruano-colombianas, que tuvo lugar en los meses siguientes y que finalizó con la batalla de Pichincha, en la que obtuvo libertad definitiva esa sección del Continente americano.

CAMPAÑA DE QUITO

9 de febrero al 24 de mayo

* FORMACION DEL EJERCITO UNIDO

El General Sucre había pedido al Protector del Perú que le enviara algunas tropas auxiliares o, de preferencia, el Batallón "Numancia", de origen colombiano, cuyo efectivo contaba casi tantos soldados peruanos como colombianos. Con este refuerzo Sucre esperaba definir la condición del extenso territorio de la Audiencia de Quito y del Gobierno de Guayaquil.

El Protector no había podido atender estos pedidos porque su situación era incierta frente a los agrupamientos realisas de la capital del Perú; pero, tan luego como la situación mejoró, una vez que el Virrey evacuó Lima y después de la rendición de los fuertes del Callao, que entregó el Mariscal de Campo La Mar, dispuso que las tropas de guarnición en Trujillo, a órdenes del General Arenales, se dirigieran hacia Guayaquil.

El Ejército Unido, que iba a dar la victoria de Pinchinca, se constituyó, pues, por la reunión de elementos peruanos y colombianos.

PERUANOS

San Martín había dispuesto que en la provincia de Trujillo, que estaba formada por los actuales departamentos del Norte, se organizaran varios cuerpos de tropas, reclutando voluntarios entre los habitantes de esa extensa región. De la organización de esas unidades quedó encargado el General Arenales, quien ejercía el mando político y militar de esa zona independiente del territorio del Perú. Como segundo jefe y comandante inmediato de las tropas de reciente creación, se nombró al Coronel Santa Cruz, alto peruano, pasado a los patriotas después de la batalla de Cerro de Pasco, en la que fue capturado por los soldados victoriosos que obedecían, precisamente, al General Arenales. Para encuadrar e instruir a estas nuevas tropas, el Protector había enviado desde Lima dos compañías del Regimiento "Río de la Plata", las que una vez cumplida su tarea de instrucción, fueron reincorporadas al núcleo de su unidad que permanecía en la Capital.

Los cuerpos de tropa que fueron designados para formar la división auxiliar, que debía marchar en apoyo de Sucre, fueron las que estaban en esa provincia, reforzados por pequeños elementos que se enviaron desde Lima. La División Auxiliar quedó constituída en la forma siguiente:

* Croquis No. 10

Comandante en Jefe, el Coronel Santa Cruz, por renuncia del General Arenales, que no quiso comandar como subordinado de Sucre.

Batallón "Trujillo Nº 2".

Batallón "Piura Nº 4".

Un escuadrón de "Cazadores del Perú"

Un escuadrón de "Granaderos a Caballo" (argentino).

El efectivo total de estas tropas llegaba a 1622 hombres.

La división peruana se formó en Piura y se dirigió al norte, por Macará, Cariamanga y Loja, para concentrarse con las tropas colombianas y guayaquileñas en el pueblo de Saraguro, el 9 de febrero de 1822, pues Sucre había determinado ese día y lugar para la concentración. El recorrido total era de 515 kilómetros, que la división cubrió por etapas regulares desde el 18 de enero en que partió de Piura, hasta la fecha fijada para la reunión en que, efectivamente, alcanzó Saraguro.

COLOMBIANOS

La división colombiana a órdenes de Sucre, estaba constituída a su llegada a Saraguro, por los siguientes cuerpos:

Batallón "Albión".

Medio batallón "Paya", recientemente llegado de Colombia.

Batallón "Yahuachi", formado por la reunión de las compañías del "Guayaquil".

Escuadrón "Dragones" y cuatro piezas de artillería.

El efectivo total de estas fuerzas ascendía a 1200 hombres, que partieron de su campamento de Samborondón el 22 de enero y fueron transportadas en balsas por fracciones, a Machala. De Machala continuaron hacia Saraguro tramontando la Cordillera.

LA CONCENTRACION

El General Sucre había decidido la concentración en Saraguro, punto medio de los acantonamientos peruanos y colombianos, a fin de reunirse suficientemente lejos del enemigo para evitar que éste pudiera impedir la operación o batir a cada división aisladamente. Por otra parte, esta concentración lejos del enemigo, le permitía conocer los elementos de que disponía y armonizar la acción de ellos, teniéndolos reunidos bajo su mando, mucho antes de que comenzaran las operaciones activas.

Las fuerzas enemigas más próximas eran las que comandaba Tolrá, que se hallaban en Cuenca por ese tiempo. Sucre hubiera podido ordenar que la concentración se efectuara en Cuenca, es decir, en el probable campo de batalla, iniciando así la campaña con una maniobra por "cuerpos destacados"; pero, deseoso de juzgar previamente las condiciones morales y materiales del conjunto de sus tropas, no se animó a ordenar una operación, de suyo delicada con unidades desconocidas todavía y que no tenían entre ellas ningún enlace.

Además, con la reunión en Saraguro se aclimataba a los hombres a la región de la sierra, más difícil de atravesar y de mayor altitud, pero más rica en recursos y de mayor salubridad que la región de los esteros que existen en la litoral de Guayaquil.

La división colombiana siguió de Guayaquil a Machala en balsas y de allí por tierra sobre Yulej y Saraguro. Debió, pues, para efectuar la reunión, alejarse de la dirección general de la ofensiva trasladándose hacia el sur para volver después al norte; esta desventaja fue ampliamente compensada por la seguridad de la reunión.

Desde el 30 de enero la división colombiana recibió noticias de la vanguardia de la división peruana, que envió comunicaciones a Sucre buscando el enlace e informando de su propia situación.

La cabeza de ambas divisiones, escalonadas sobre sus ejes de marcha, ingresaron a Saraguro el día preciso señalado para la reunión; los elementos restantes continuaron llegando en orden hasta el 16 de febrero, en que todo el efectivo se encontró a lo largo de su camino al norte, entre Saraguro y Oña, escalonado en profundidad.

PLAN DE OPERACIONES

Las divisiones que mandaba el General Sucre formaban para el conjunto de las tropas de Colombia un "Ejército del Sur", que iba a cooperar, marchando sobre Quito para apoderarse de esta base de operaciones y de las autoridades principales, a la ofensiva que Bolívar emprendería personalmente sobre Pasto, contra el otro ejército realista, dependiente de la misma Presidencia de Quito, que cerraba el avance al sur de los vencedores de Boyacá; éstos formaban, según el plan de Bolívar, el ejército llamado del "Norte"

De esta manera se había planteado, pues, una operación concurrente, en la que el Ejército del Sur tenía por misión apoderarse de Quito para restar fuerzas y atención del lado de Pasto, lugar en el que los realistas se mantenían con energía, apoyados por el entusiasmo de los pobladores afectos a la causa del Rey.

El Presidente de la Audiencia de Quito, tenía, por su parte, el núcleo principal de sus tropas en Quito y dos "antenas", a órdenes de Tolrá y de García, que ocupaban Cuenca y Pasto, respectivamente.

MARCHA SOBRE CUENCA Y PERMANENCIA EN ESTE LUGAR

Luego que estuvieron reunidas las divisiones del Ejército Unido, éste emprendió marcha hacia el norte para, según las instrucciones de Bolívar, operar sobre las fuerzas realistas de Quito.

Cumpliendo esta misión los patriotas ocuparon el 27 de febrero la ciudad de Cuenca, de donde días antes había salido Tolrá. En Cuenca permaneció Sucre con todas sus fuerzas durante más de un mes, hasta el 28 de marzo.

Dos razones poderosas determinaron esta inacción del Caudillo patriota. Primeramente, la discusión sobre la nacionalidad a que debía incorporarse Guayaquil se había agriado, y, en consecuencia, San Martín llegó a ordenar al General Santa Cruz que re-

gresara a sus bases con la división peruana, sin seguir prestando auxilio en una campaña que la ambición de Bolívar iba a explotar exclusivamente en su favor, presentándolo como único vencedor para apoderarse arbitrariamente de la provincia en disputa. A tales extremos llegó la política de Bolívar, que el mesurado y ecuánime San Martín estuvo a punto de declarar la guerra a la Gran Colombia. Los gobernantes de este país, luchando por la libertad, pretendían absorber a una vasta provincia que iban a librar del secular yugo español para uncirla al carro triunfal del Libertador, como sucedió.

La segunda razón que influyó para la prolongada permanencia de Sucre en Cuenca, fue también ocasionada por la ambición de Bolívar. De sus órdenes a Sucre se deduce que era él quien quería tomar Quito con sus colombianos del Ejército del Norte, sin dar participación a los peruanos en los laureles que pensaba coger.

Vencidas felizmente estas dos circunstancias adversas, la primera porque San Martín cedió en sus expectativas con su habitual grandeza de alma, y la segunda porque Bolívar se convenció de que le era más conveniente sacrificar peruanos que colombianos en la ejecución de las operaciones; Sucre pudo continuar su campaña sobre Quito.

El Comandante del Ejército del Sur aprovechó la permanencia en Cuenca para organizar dos divisiones; completar los efectivos con reclutas a cuya instrucción atendió cuidadosamente; remontar la caballería y proporcionar al ejército todos los elementos necesarios para dar la mayor movilidad a las unidades y a los transportes.

MARCHA HACIA RIOBAMBA

Cuando los patriotas avanzaron sobre Cuenca, como hemos visto, Tolrá, presionado por este avance, se había replegado hacia el Cañón, punto situado al sur de Riobamba. En este lugar instaló sus tropas haciéndose informar de los movimientos y marcha del enemigo. Suponiendo que éste se presentaría por escalones sucesivos a lo largo de la ruta, decidió atacar, uno tras otro, los elementos de la columna adversaria.

Sucre, por su parte, contemplando la necesidad de cubrirse desde lejos para tener suficiente espacio en profundidad y en vista del poco rendimiento de los caminos de montaña que impiden el despliegue inmediato, dispuso que sus tropas marcharan escalonadas, como lo había previsto Tolrá, pero dispuso que su vanguardia se adelantara bastante para ocupar la cortadura y obstáculos del terreno con la debida anticipación. De conformidad con este plan, los patriotas salieron de Cuenca el 28 de marzo, precedidos por una vanguardia a órdenes del Coronel Ibarra, que marchaba una jornada adelante. En Alausi, durante la marcha, recibieron el refuerzo de medio batallón "Paya" que se había rezagado en Colombia, por una peste que impidió el embarque completo de la unidad.

Cuando la vanguardia del Coronel Ibarra llegó cerca de Guamote, Tolrá que esperaba esa coyuntura, se lanzó con todas sus tropas sobre este primer escalón, al que atacó furiosamente, contando con destruirlo, dado que las unidades que lo formaban se pre-

sentaban separadas del grueso ante tropas superiores en número y que tenían la ventaja de encontrarse en acecho. Sin embargo, el ataque de Tolrá fue burlado por las disposiciones que había tomado Sucre.

Este jefe, cuya cualidad principal de mando, entre las muchas que tenía, era una minuciosa y continua previsión, había ya ordenado lo conveniente para que la vanguardia cumpliera su papel sin arriesgarse con imprudencia. En efecto, informado de que hallaría a los realistas en su camino, dispuso que la vanguardia no empeñara combate y que, en caso de ser atacada, se replegara al grueso para encontrar el apoyo necesario; de esta manera, la vanguardia atraería al enemigo si éste se empeñaba en perseguirla.

El repliegue voluntario y preparado constituía en aquellos tiempos, una "manera" de operar, especie de ardid, que tanto en el campo estratégico como en el campo táctico daba a veces buenos resultados. Como veremos después, esta maniobra fue ejecutada por Valdez antes de la batalla de Torata, consiguiendo engañar al General Alvarado; en Zepita se realizó en el campo de batalla; y, tal fue también el procedimiento que empleó la caballería en repetidas ocasiones, como en Torreblanca y en Riobamba los argentinos, en Queseras del Medio los colombianos.

Fallado el ataque contra Ibarra, Tolrá experimentado también en esta clase de operaciones, no cayó en el lazo, y sólo persiguió a la vanguardia patriota hasta Tixán, lugar donde pernoctó el 14 de abril, para retrogradar al día siguiente en la dirección de Riobamba.

Su ataque sobre la vanguardia patriota había fracasado, pero su empresa pudo tener un buen fin, a pesar de la previsión de Sucre, si hubiera tratado de envolver al Coronel Ibarra para cortarle la retirada; siempre es posible esta maniobra cuando se está prevenido y en espera de un adversario que, por el hecho de encontrarse en movimiento, se halla menos garantizado por sus elementos de seguridad y de protección.

COMBATE DE RIOBAMBA

21 de abril

Los ejércitos adversarios tomaron y conservaron el contacto desde Tixán, continuando hacia Riobamba. Durante la marcha, Tolrá eludía el combate en la llanura replegándose a posiciones escogidas, en las que ofrecía batalla una vez que sus fuerzas se equilibraban con las del adversario gracias a la ventaja del terreno; Sucre que, lógicamente, no quería hacer el fuego del enemigo, evitaba todo ataque frontal y se dedicaba a rodear las posiciones de Tolrá, amenazándolo con cortarle su línea de retirada a Quito.

Los patriotas estacionaron el 19 de abril a 10 kilómetros al sur de Riobamba, ocupando un lugar llamado Punín; allí permanecieron todo el día 20, dando frente a las posiciones del Cerro Santa Cruz, en la quebrada del río San Luis, donde Tolrá se había detenido para defender hacia adelante la mencionada ciudad, interponiéndose entre ella y el enemigo.

En el transcurso de dicho día 20 Sucre hizo reconocer los pasos que permitieran rodear la fuerte posición de los realistas. La quebradilla de Pantús, que los realistas no habían guarnecido y que se encontraba a la derecha de su posición, proporcionó a los patriotas el paso buscado. En consecuencia, el 21 en la mañana se reemprendió la marcha con el objeto de colocarse entre la ciudad y la posición que ocupaba el defensor.

Esta operación se efectuó a la vista de los realistas, iniciándose por la maniobra de una compañía del Batallón "Trujillo", que ocupó las alturas del paso de Pantús para favorecer el desfile del resto de la columna. Con el deseo de atraer la atención de los realistas para fijarlos al terreno, Sucre dispuso, además, que 25 jinetes del Regimiento "Dragones" amenazaran de frente la posición.

Cuando se inició el desfile del ejército patriota por Pantús, los realistas se dieron cuenta del peligro que corrían y determinaron escapar a la maniobra envolvente del adversario, replegándose hacia Riobamba para seguir al norte. Tolrá, apremiado por el enemigo que marchaba sobre sus huellas después de haber rodeado su posición, formó una retaguardia con el objeto de conservar su libertad de acción y garantizar la marcha de sus tropas. Esta retaguardia fue constituída por toda la caballería realista, fuerte de 400 jinetes, que debía imponerse al enemigo y limitar su avance.

Por su parte los patriotas después de pasar la quebrada de San Luis de Pantús, se informaron de que el adversario había abandonado la posición y que, a favor del terreno, había atravesado la ciudad de Riobamba continuando al norte. Sucre ordenó entonces que su caballería, a órdenes del Coronel Ibarra, se desprendiera inmediatamente del grueso y alcanzara al enemgio para "sujetarlo" y forzarlo a combatir.

LA ACCION

El Coronel Ibarra emprendió la marcha por el camino hacia Ambato, destacando en primer escalón al Escuadrón "Granaderos de los Andes" a cargo de Lavalle, entonces Sargento Mayor, para que tomara el contacto. A la cabeza del resto de la caballería, formada por los escuadrones "Dragones de Colombia", y "Cazadores del Perú", Ibarra recibió a Lavalle a buena distancia, con la intención de apoyarlo tan luego como el enemigo fuera alcanzado.

El escuadrón de punta tomó el trote en la dirección general que seguían las tropas de Tolrá, creyendo encontrar lejos a su adversario; pero, al volver un recodo del camino, Lavalle se dió de improviso con toda la caballería realista que lo esperaba en formación desplegada; entonces, dándose cuenta de que quien ataca primero consigue para sí gran ventaja moral, ordenó el despliegue en batalla de su escuadrón y rápidamente se lanzó, con bravura, sobre la línea enemiga. "El escuadrón, que sumaba 96 hombres, parecía un pelotón respecto a los 400 que tenía el enemigo", dice Lavalle en su informe.

Los realistas esperaron la carga, pero, una vez desencadenada con vigor, no esperaron el choque y se desbandaron por completo, dirigiéndose a buscar la protección de su infantería. Lavalle, que

persiguió a la caballería realista hasta las líneas de su infantería, refiere los incidentes ulteriores con las siguientes palabras:

"El escuadrón llegó hasta tiro y medio de fusil de ellos y, temiendo un ataque de las dos armas, lo mandé hacer alto, formar y volver caras por pelotones; la retirada se hacía al tranco del caballo, cuando el General Tolrá, puesto a la cabeza de sus tres escuadrones, los puso a la carga sobre el mío. El coraje brillaba en los semblantes de los bravos "Granaderos" y era preciso ser insensible a la gloria para no haber dado una segunda carga. En efecto: cuando los cuatrocientos godos habían llegado a cien pasos de nosotros, mandé volver caras por pelotones y los cargamos por segunda vez; en este nuevo encuentro se sostuvieron con alguna más fuerza que en el primero, y no volvieron caras hasta que vieron morir dos capitanes que los animaban. En fin, los godos huyeron de nuevo, arrojando al suelo sus lanzas y carabinas y dejando en el campo cuatro oficiales y cuarenta y cinco de tropa. Ciento cincuenta "Dragones" de Colombia, que vinieron a reforzar al escuadrón, lo acompañaron en la segunda carga y se condujeron con bravura".

Los "Cazadores del Perú", que formaban la cola de esta gloriosa columna de caballería patriota, porque Ibarra los conservó a sus órdenes como reserva, fueron encargados de la persecución de las tropas enemigas después de la segunda carga y la emprendieron con entusiasmo hasta que la obscuridad de la noche los hizo volver al grueso

MARCHA A QUITO

Después del combate de Riobamba, las operaciones se desarrollaron con lentitud hasta la batalla de Pichincha.

Sucre hizo ingresar a sus tropas a Riobamba sólo al día siguiente del encuentro, por exceso de precaución, para impedir una sorpresa probable del enemigo. Las divisiones descansaron en Riobamba desde el día 22 hasta el 29 de abril.

Por ese tiempo Tolrá renunció el mando de las tropas, siendo reemplazado por el Coronel López, que había formado en las filas de los independientes cuando la proclamación de Guayaquil, regresando después a sus banderas, arrepentido de su momentáneo extravío.

En el campo político también se produjo otro cambio de importancia, porque el General Cruz Murgeón, que había reemplazado al presidente Aymerich, murió el 8 de abril de 1822, quedando el gobierno nuevamente a cargo del antiguo presidente de la Audiencia.

El 29 de abril las divisiones patriotas salieron de Riobamba sobre Quito y el 2 de mayo ingresaron en Latacunga, donde estacionaron, esperando la llegada del Batallón "Magdalena", que Bolívar había enviado a órdenes del Coronel Córdova.

El 12 de mayo, ya incorporado al ejército el Batallón "Magdalena", los patriotas continuaron la marcha sobre Quito, buscando al adversario, que se supo que permanecía en las posiciones de Machache, a caballo del camino que lleva de Latacunga a Quito. Durante el avance, Sucre dispuso que se transportaran más al este el eje de la marcha de las divisiones para evitar un choque frontal con el enemigo, que ocupaba las alturas de Jalupana y de la

Viudita, delante de Machache; la marcha continuó entonces por Limpio Pongo hacia el valle del río Chillo, al sudeste de Quito, donde llegó la vanguardia el 16 de mayo, haciéndolo el resto de la columna en los días siguientes.

Este rodeo de los patriotas no pasó desapercibido al Coronel López, quien dispuso el repliegue a Quito, en vista de que su posición en Machache había sido burlada por el adversario; de este modo, el 16, al mismo tiempo que llegaban los patriotas a Chillo, el Coronel López alcanzaba aquella ciudad. Poco después, en tanto que las tropas de Sucre se reunían en el Chillo, los realistas pensaron de nuevo en defender el camino a su Capital, para lo que salieron de ella y se instalaron en las alturas de Puengasí, en la salida sudeste de la población, dominando el valle que ocupaban los patriotas.

Esta nueva posición iba también a ser burlada, pues el General Sucre, una vez que todos sus elementos estuvieron reunidos y suficientemente descansados en Chillo, decidió amagar Quito por otra dirección. Para hacerlo pensó trasladarse a Chillo Gallo, ascendiendo las vertientes nortes de la quebrada del Chillo, lo que efectuó el 20, cubriéndose con la división peruana, que sólo desfiló cuando la colombiana ya lo había hecho; ese día se llegó al llano de Tarubamba, desde donde Sucre presentó batalla a los realistas, perdiéndose el día en hacer algunos tiros de cañón.

El 21 los patriotas se trasladaron a Chillo Gallo, situada a pocos kilómetros al norte de Tarubamba, permaneciendo allí hasta el 23. Durante estos días ambos adversarios se hallaban a la vista, sin que ninguno de ellos tomara la iniciativa del ataque.

BATALLA DE PICHINCHA

24 de mayo

* PRELIMINARES DE LA BATALLA

Del 21 al 23 de mayo el General Sucre tuvo informes sobre la probable llegada de tropas realistas de la región de Pasto, que debían reforzar a los defensores de Quito. Deseoso de combatir, para definir la interminable espera, decidió trasladarse a la región norte de la ciudad, rodeándola, para obligar al adversario a empeñarse, tratando de colocarse en condición de impedir la aproximación de los anunciados refuerzos de Pasto.

Para realizar su decisión dictó las disposiciones convenientes, a fin de llegar, sin alarmar al enemigo, hacia la salida norte de Quito, o sea al llano de Iñaquito, siguiendo un sendero escabroso, tallado en las laderas de Pichincha.

El movimiento de los patriotas se inició en la noche del 23 de mayo, partiendo del estacionamiento a las nueve. Las tropas fueron organizadas en dos escalones, confiando el comando del primero, constituído por los batallones "Trujillo", "Piura" y "Magdalena", al jefe de la división peruana, Santa Cruz; el segundo escalón,

* Croquis Nº 11

con el que marchaba Sucre, se constituyó con los batallones "Yahuachi", "Paya" y "Albión"; este último batallón fue encargado de la escolta del parque del ejército, que debía marchar a la cola de la columna. Parte de la caballería recibió orden de seguir a lo lejos, por el llano, dada las dificultades del terreno; los "Dragones" debían efectuar un gran rodeo que les permitiera llegar al camino de Pasto, después de haber contorneado la masa del Pichincha; la artillería quedó también rezagada, por las dificultades del terreno.

La marcha, contorneando la ciudad por las faldas abruptas y volcánicas del Pichincha, se comenzó a efectuar sin más inconveniente que el que oponía la fragosidad del terreno. Después de marchar toda la noche, el primer escalón sólo alcanzó las lomas del Pichincha que dominan Quito, a las 8 de la mañana del 24 de mayo, en lugar de encontrarse al amanecer en Iñaquito, como Sucre había dispuesto. El segundo escalón y el parque se atrasaron también más de lo que se había calculado.

Mientras tanto, desde la madrugada del 24 los realistas, que habían permanecido en esos días a cerca de 1500 metros del campamento de los patriotas, notaron que éstos habían desalojado su campo y, averiguando rápidamente la dirección que habían tomado por medio de espías indígenas, se encaminaron hacia la falda del Pichincha con el fin de detenerlos, cruzando para esto la ciudad de Quito.

Ambos ejércitos, siguiendo itinerarios encontrados, iban pues, a chocar en las lomas del Pichincha, sin que sus jefes hubieran determinado que así sucediera. Es cierto que los realistas iban a ocupar la altura para detener la marcha de los patriotas y batirlos, pero no imaginaron que éstos se encontraran ya en posición de ella. La acción iba a revestir, pues, las características de lo que hoy se llamaría un combate de encuentro.

LA BATALLA

Una vez que Santa Cruz llegó con parte del primer escalón a la lomada del Pichincha, ordenó que su tropa descansara para esperar que el resto del ejército saliera del desfiladero abrupto que seguía. Mientras tanto las compañías de cazadores, que habían tomado la punta, mantenían la vigilancia en la dirección de la marcra, cubiertas a su vez por espías indígenas*.

Estando en esta situación, los espías previnieron a la tropa, a las 9 de la mañana, que los realistas avanzaban en fuerzas por la ladera opuesta, con la manifiesta intención de apoderarse de la cumbre.

Santa Cruz al recibir este dato se apresuró a comunicárselo a Sucre, que marchaba en el segundo escalón, participándole que, a su juicio, la oportunidad era propicia para atacar. Al mismo tiempo ordenó a las compañías de cazadores del "Trujillo" y del "Paya" que avanzaran por entre los matorrales a detener la ascensión del enemigo. Con el batallón "Trujillo", que era el más adelantado, emprendió en seguida sobre las huellas de los cazadores para apoyarlos en su movimiento.

* En algunos casos, fáciles de discernir, los entonces llamados "espías" no tenían otro papel que el de simples observadores, en marcha o en estación.

La presencia en primera línea de la compañía de cazadores del Batallón "Paya", unidad que pertenecía al segundo escalón, se explica por el procedimiento táctico entonces empleado, que consistía en formar las vanguardias con los cazadores de todas las unidades o de la mayor parte de ellas. Durante la marcha alrededor de Quito, el envío de estos soldados se explica mejor aún si se tiene en cuenta que los Batallones "Trujillo" y "Piura" no eran "fogueados" y que el colombianismo de Sucre le hacía creer que sólo sus tropas eran capaces de llenar cometidos de importancia, como lo creyó siempre.

Los cazadores tomaron pronto el contacto y a las 10 de la mañana rompieron los fuegos contra el adversario, que se detuvo en su marcha ascensional, viéndose obligado a tomar mayores precauciones y a iniciar su despliegue.

Breves momentos después el Batallón "Trujillo" abría un fuego continuo y bien dirigido, que detuvo a los realistas, obligándolos a aferrarse al terreno para mantenerse en él, sin avanzar, durante media hora.

Los batallones que seguían al "Trujillo" en la columna, tuvieron tiempo, en tanto, para desembocar al terreno de la lucha, que alcanzaron a las 10.30. Sucre entonces dispuso, después de darse cuenta de las características del terreno, que el "Yahuachi", prolongara la izquierda y el "Piura" la derecha del "Trujillo", ya empeñado, que quedó al centro. El batallón "Magdalena" recibió orden de envolver la derecha del enemigo, lo que no pudo efectuar por la violencia del fuego y por la escabrosidad del terreno, que le obligaba a desfilar cerca de los soldados realistas a menos de un tiro de fusil; este batallón, luego que fracasó en su maniobra, retrogradó para establecerse en reserva detrás de la izquierda de la línea de batalla.

Mientras se realizaban estas operaciones, alcanzó el campo el batallón "Paya", que formó en segunda línea detrás del "Trujillo".

El último batallón, del segundo escalón de marcha, el "Albión", encargado de la protección del convoy de municiones, era en este momento, cerca de las 11 de la mañana, el único que, por atender a la impedimenta, continuaba retrasado sin concurrir a la lucha.

En estas circunstancias comenzaron a faltar municiones a las tropas de primera línea que, sobre todo los batallones peruanos, habían mantenido más de una hora de fuego violento; el remunicionamiento de las unidades era de gran urgencia, pero el retardo del parque no permitía efectuarlo. Para aliviar este grave inconveniente, Sucre pensó relevar a los batallones empeñados desde el comienzo de la acción, y tan luego como el "Trujillo y el "Piura", centro y derecha, respectivamente, cedieron un tramo del terreno, envió a contraatacar al "Paya", para restablecer el combate y ganar tiempo.

El Batallón "Paya", que recién intervenía activamente en la acción, lo hizo con gran brío y se lanzó a la bayoneta con toda energía, paralizando el iniciado avance de los realistas, que marchaban victoriosos sobre las huellas de los batallones de primera línea, faltos de elementos de lucha.

Ante la violencia de la carga del "Paya" y en atención a la tenacidad de los patriotas en mantener el terreno que ocupaban, el Coronel López, comandante de las fuerzas realistas, se dio cuenta de que el ataque frontal que había emprendido con los batallones "Tiradores de Cádiz" y "Constitución" no tendría resultado favorable para él y, en consecuencia, trató de rodear la línea patriota ordenando que sus tropas realizaran la operación envolvente que ya había intentado el "Magdalena".

Para efectuar esta maniobra designó la mitad del Batallón "Aragón", ordenándole rodear el ala izquierda de los patriotas. El movimiento de estas tropas fue descubierto pronto, y cuando los del "Aragón" terminaban su maniobra se encontraron con una parte del Batallón "Albión", que llegaba al campo de la lucha por ese lado conduciendo el parque. El choque entre ambas unidades fue favorable al Batallón "Albión", que hizo desaparecer la amenaza. Pero, a pesar de haber rechazado el ataque envolvente por la izquierda, la línea patriota se encontraba en situación crítica, puesto que era necesario remunicionar a los batallones empeñados y esta operación implicaba un relevo entre las tropas del primer escalón y las de reserva, que debía efectuarse bajo el fuego de los atacantes.

Entonces, para permitir el repliegue de uno de los batallones del primer escalón, Sucre ordenó al Batallón "Magdalena" que avanzara. Este comenzó a hacerlo y al llegar a la línea su jefe notó que la derecha realista, frente a la que se hallaba, cejaba y cedía el terreno, tanto por la potencia de sus fuegos como bajo la influencia moral que representaba la dispersión de las tropas del "Aragón", que, batidas y en espantoso desorden, se replegaban después del choque con el "Albión".

Al notar este desconcierto de los soldados del Rey, el jefe del "Magdalena", Coronel Córdova, tomó la iniciativa de cargarlos a la bayoneta, para aprovechar el momento de crisis por el que pasaban y aumentar la desmoralización que comenzaba a tomar cuerpo en sus filas.

La carga, encabezada por Córdoba con todo entusiasmo, favorecida por el terreno descendente que debía recorrer y lanzada en un momento muy oportuno, tuvo brillante éxito, quebrantando la resistencia realista en toda la línea. Los demás batallones patriotas, arrastrados por el brío del "Magdalena", siguieron el movimiento y pronto los soldados del Ejército Unido, más numerosos, desbarataron por el choque a los tres batallones del Coronel López, que abandonaron el campo y se desbandaron hacia Quito. Los fugitivos se refugiaron en el fuerte del "Panecillo", sobre el cerro de ese nombre, situado al sur de la ciudad.

A las doce de la mañana del 24 de mayo, gracias a la resistencia de los batallones del escalón Santa Cruz y a la acometida del "Magdalena", la victoria se declaró a favor de los patriotas.

Los cuerpos de otras armas de que disponían ambos contendientes, no tomaron parte de la acción porque el terreno obstaculizó su empleo. La caballería realista, que comandaba Tolrá, se retiró desde Iñaquito en la dirección de Pasto cuando se produjo la derrota; pero se dio con el Regimiento "Dragones de Colombia" que,

como hemos visto, tuvo que contornear el Pichincha para seguir el movimiento general de los patriotas; y, completamente desmoralizada por el desastre que había presenciado desde el llano de Iñaquito, se dispersó en todas direcciones

Días después, el 11 de junio, en el pueblo de Túquerres, se rindió a Córdoba el Batallón "Cataluña", que se trasladaba de Pasto a Quito, en socorro de Aymerich, ya vencido.

RESULTADOS DE LA BATALLA DE PICHINCHA

Las ventajas obtenidas por los patriotas en la acción de Pichincha fueron numerosas. La liberación de todo el territorio de la actual República del Ecuador y la captura de las autoridades realistas, que capitularon después de la batalla, fueron las más importantes.

El núcleo de tropas que obedecía al Presidente Aymerich quedó disuelto, dejando en el campo de batalla 400 muertos y cerca de 200 heridos.

La capitulación ofrecida por Sucre al Presidente de Quito, que éste aceptó el mismo día, entregaba a los patriotas 1100 prisioneros de tropa, 160 oficiales, 14 piezas de artillería, 1700 fusiles y todos los elementos de guerra con que contaban los realistas. El fuerte del "Panecillo", convenientemente artillado, fue ocupado también por las tropas de Sucre.

CONSIDERACIONES

La campaña de Urdaneta y la de Sucre se reducen a simples encuentros aislados que no ofrecen grandes enseñanzas. Se pueden anotar, sin embargo, dos particularidades dignas de cierta atención

La longitud de la línea de comunicaciones de los realistas, al emprender campaña desde Quito sobre Guayaquil, les hace detener su ofensiva estratégica cuando llegan frente al enemigo, que los espera en el centro de sus recursos.

La habilidad de Sucre para batir la columna secundaria de Aymerich, trasladándose sobre ella por sorpresa, mientras se cubre de la otra y la fija, primero por la presencia de las tropas y después por la astucia, burlando al General en Jefe enemigo, que comandaba personalmente la columna principal.

La campaña del Ejército Unido presenta mayor interés desde todo punto de vista.

La concentración en Saraguro fue sabiamente determinada; gracias a ella se logró escapar a toda acción que el enemigo hubiera podido emprender contra las fracciones colombiana y peruana, que iban a formar el Ejército Unido.

Cuando existen sólidos medios de enlace, esta operación de concurrencia se puede realizar en las condiciones en que planteó San Martín su maniobra de Chancay. En el caso de la campaña de Quito, se pudo proceder en forma análoga, atrayendo al adversario sobre las tropas peruanas, es decir, desviando la atención de Tolrá hacia el sur, para caer después sobre su espalda con los colombia-

nos, a fin de cortarle las comunicaciones con Quito; para esta última tarea la división colombiana hubiera partido de Guayaquil a Cuenca, concurriendo con los peruanos en el campo de batalla.

Pero esta solución no debe tomarse en cuenta sino desde el punto de vista teórico, porque en la práctica los patriotas hubieran tropezado con gravísimos inconvenientes, derivados de la distancia que separaba a ambos organismos, de las dificultades de trasmisión que impone el terreno y, por tanto, de la falta de enlace por el dato. Estas circunstancias hubieran sido muy favorables a la acción de Tolrá, que pudo haber infligido una derrota al Ejército Unido en las mismas condiciones en que Sucre obtuvo, meses antes, la victoria de Yahuachi, es decir, maniobrando contra uno y otro, sucesivamente, para batirlos en detall.

En la marcha desde Saraguro a Quito se pone en evidencia el sistema de operaciones favorito de Sucre, que rehusa la batalla continuamente, esperando que el adversario se halle en situación desfavorable para emprender entonces el ataque.

Se pueden hacer dos consideraciones respecto a esta manera de operar de Sucre. O bien el General patriota pretendía trasladarse sobre Quito sin combatir, para ser cada vez más amenazador y cooperar así a las operaciones del Ejército del Norte, comandado por Bolívar, no arriesgando las tropas que se le habían confiado a fin de ser más útil de esta manera a su caudillo; o bien, pensaba dar batalla con los frentes invertidos para obtener un resultado decisivo, copando a los de Tolrá de los núcleos realistas de Quito y de Pasto.

En la primera suposición procedía equivocadamente, porque su capacidad ofensiva iba a llegar al límite justamente cuando el adversario fuera reforzado por las tropas de Quito y se encontrara en potencia, gracias a la proximidad de sus bases; esa era la operación menos útil para el resultado general de la guerra. Por otra parte, la lentitud de sus marchas demuestra que su fin no era únicamente trasladarse al norte, porque no se interesaba en realizar su avance con la debida rapidez.

En el segundo caso, si trataba de cortar la línea de retirada de su adversario, debió haber empleado la sorpresa —rapidez y secreto— para presentar elementos de tropa a la espalda del adversario, antes de que éste pudiera remediarlo retirándose, como lo realizó a menudo, dejando burladas las expectativas de los patriotas. En cuanto a que pensara realizar la maniobra sobre la espalda, parece que aquello no pasó por la imaginación del jefe patriota, pues para que ésta llegue a buen fin se necesita fijar al adversario de un lado y aparecer después por su espalda; tal operación no se planteó durante todo el desarrollo de la campaña, salvo cuando quedaron veinticinco "Dragones" para atraer la atención del enemigo, mientras que el grueso desfilaba burlando la posición.

Por lo expuesto, parece, pues, que el plan de Sucre no respondía ni a uno ni a otro propósito y que su operación sólo satisfacía el deseo de atraer al enemigo, empleando para ello la mayor prudencia. No arriesga batalla ni trata de poner al adversario en la obligación de aceptarla; su prudencia le aconseja marchar con todas sus tropas reunidas en bloque, sin precuparse de su línea de retirada y avanzando con fe ciega en orden compacto, sin otro fin

que marchar, esperando aprovechar de un error cualquiera que cometa el enemigo, pero sin provocar ese error y confiando en que el azar le presente oportunidad favorable; su norte era Quito, el objetivo geográfico fijado por Bolívar.

La tendencia a mantener las tropas reunidas y la influencia que Sucre concede a las distancias, a las posiciones y al dispositivo, presiden la conducción de esta campaña, que tiene todas las características de los que efectuaban los generales del siglo XVIII.

Los realistas quedaron imposibilitados para emprender operaciones de aliento, por la prudencia de los movimientos de Sucre. Esperaban a su vez las faltas que éste cometiera, pensando en aprovecharlas a pesar de que disponían de menor efectivo; pero ante la parsimonia del General patriota, no les quedaba sino retrogradar para reunirse a su grueso, ya que el adversario rehusaba el combate. La escasez de tropas impidió contener los movimientos desbordantes de los patriotas, que no destacaron siquiera un cuerpo para envolverlos, limitándose a alargarse por las alas con sus tropas reunidas para desbordarlos en la medida justa y ciñéndose estrechamente a su dispositivo.

La estrategia del siglo XVIII, pesada y lenta, ganando terreno sin dar batalla, fue empleada en la marcha a Quito.

Riobamba fue un combate de retaguardia, sin importancia ni consecuencias apreciables para el resultado general de la campaña, salvo en lo que se refiere al acrecentamiento de la moral de los patriotas.

La batalla de Pichincha tiene todas las características de la batalla de encuentro. Ni uno ni otro de los adversarios esperaban batirse en las faldas de Pichincha, porque ambos ignoraban su presencia.

Ya en el campo de batalla, los espías indígenas que previnieron a Santa Cruz de la presencia de los realistas, jugaron el papel de la seguridad del jefe, permitiendo que éste orientara sus tropas y se apoderara del terreno con toda oportunidad.

La acción táctica se presentó desfavorable para los patriotas por la falta de municiones, que sólo lograron conseguir con la tardía llegada del parque que custodiaba el Batallón "Albión".

Las enseñanzas de esta batalla son poco interesantes, ya que la acción se redujo al empeño frontal en el que debía vencer el combatiente que disponía de mayores fuerzas. Sin embargo, ambos jefes se propusieron envolver al enemigo, acusando con este hecho un deseo de maniobra que no supieron llevar a buen fin, y, además, condujeron su batalla parando las eventualidades, remediando serenamente los inconvenientes y dirigiendo personalmente la acción.

En la batalla de Pichincha los patriotas tenían de su lado, además de la fuerza numérica, el factor moral, por cuanto sus tropas lejos de todo recurso, no podían contar sino con la victoria para restablecer su difícil situación.

La naturaleza del terreno impidió que actuara la caballería y la artillería, armas que tuvieron que verse rezagadas.

La consecutiva dispersión de la caballería realista, a órdenes de Tolrá, dio el golpe final a los defensores de Quito.

CAPITULO VIII

PRIMERA CAMPAÑA A INTERMEDIOS

1822 - 1823

La Junta de Gobierno.

Plan de la ofensiva.- Disposiciones del Virrey.- Fuerzas en presencia.- Primeras operaciones.- Tacna.- Locumba.

Batalla de Torata.- Operaciones preliminares.- El terreno.- La acción.

Batalla de Moquegua.- Operaciones preliminares.- El terreno.- La acción.

Operaciones de Miller.

Consideraciones.

LA JUNTA DE GOBIERNO

Cuando San Martín renunció el mando, el Congreso nombró una Junta de Gobierno formada por tres representantes, uno de los cuales debía ejercer la Presidencia; ésta recayó en la persona del Mariscal de Campo D. José de La Mar.

Luego que la Junta de Gobierno entró en funciones dictó las disposiciones necesarias para emprender operaciones de guerra a fin de desembarazar al país de las autoridades y de las tropas realistas que, con su permanencia en el territorio, hacían ilusoria la libertad y amenazaban anular las pequeñas ventajas obtenidas.

Careciendo de un plan de campaña y en la imposibilidad de trazar uno por la premura del tiempo, la Junta adoptó el que había ideado San Martín en las postrimerías de su permanencia en el Perú. Los sucesos políticos que embargaron la atención del Caudillo en aquel tiempo; algunos inconvenientes de orden militar que se le presentaron para la realización de la ofensiva general y el viaje que emprendió a Guayaquil para abocarse con Bolívar, habían postergado la ejecución de las operaciones planteadas, que la Junta, tan pronto como obtuvo la normalidad política, decidió emprender.

PLAN DE LA OFENSIVA

El plan de San Martín estaba basado en consideraciones militares de elevado alcance. La maniobra por líneas interiores, fundada en la más absoluta sorpresa estratégica, era la base de su concepción.

El dispositivo que adoptaron los realistas en la sierra, a comienzos en 1822, les permitía detener con uno cualquiera de sus agrupamientos a las fuerzas adversarias que se aventuraran en esa región, dando tiempo, de esta manera, para que se aproximara otro de sus agrupamientos, con lo que el equilibrio se rompería a su favor. San Martín, para impedir que las divisiones realistas se socorrieran mutuamente, y para imposibilitarles todo movimiento de "enroque", ideó fijarlas anteladamente, haciendo fintas sobre algunas de ellas, en tanto que con una expedición principal, de grueso efectivo, ingresaría al interior para conseguir superioridad material y batir uno a uno a los distintos agrupamientos *.

Esta expedición principal, que era el eje de la maniobra planteada, debería transportarse con presteza a una base de partida en el litoral del Sur del país, empleando la vía marítima de que disponían libremente los patriotas. Una vez que tocara tierra en Puertos Intermedios debía internarse con la mayor rapidez, para introducirse en "cuña" entre los gruesos realistas y maniobrarlos por líneas interiores. La acción de estas tropas sería facilitada por el avance concurrente de otras fuerzas patriotas, encargadas inicialmente de fijar al adversario. Estas fuerzas concurrirían de la periferia, para lo que se reabrieron negociaciones diplomáticas con las Provincias Argentinas y con Chile, directamente interesados en la libertad del Perú, como ya se ha dicho, acordando, con los respectivos gobiernos, que enviaran ejércitos auxiliares.

Como los puertos del Sur tenían guarniciones realistas, cuyo núcleo se encontraba en Arequipa, el plan contemplaba la destrucción de esas tropas para franquear la entrada al territorio, infligiendo al adversario un rudo golpe al iniciar las operaciones.

El plan era muy complicado, como se ve, y su ejecución presentaba serias dificultades. En efecto, la resolución del problema requería que se salvaran una serie de inconvenientes relativos, tanto a la **organización** de los elementos, como a ciertas **condiciones estratégicas y de orden táctico**, que la Junta no acertó a salvar, como veremos en seguida.

En cuanto a **organización**, la Junta de Gobierno procedió a constituir el cuerpo expedicionario, que recibió la denominación de "Ejército Libertador del Sur", nombrando como jefe de él al General Alvarado. Para que este ejército, que iba a desempeñar el papel principal, tuviera la fuerza requerida, se ordenó que la División Auxiliar de Colombia que por entonces había enviado Bolívar, fuerte de 2000 hombres, formara en sus filas.

Con las tropas que quedaban en la Capital, la Junta formó otro agrupamiento, al que llamó "Ejército del Centro", que puso bajo el mando del General Arenales. Este ejército tenía la misión de avanzar de Lima al interior y desembocar frente al agrupamiento realista del valle del Mantaro, que mandaba el General Canterac, para atacarlo con decisión y obligarlo: sea a mantener sus posiciones, caso en el que no podría moverse ni proporcionar auxilios a los agrupamientos de Puno y del Cuzco; sea a retrogradar hasta que cayera en manos de Alvarado que, por esa fecha, se encontraría en posi-

* Véase Capítulo VI, Título 6

sión central en la sierra del Sur; en esta última circunstancia, Arenales, siguiendo a Canterac en el interior, operaría en concurrencia con el Ejército Libertador del Sur.

Finalmente, un "Ejército Argentino", a órdenes de Urdininea, debía partir de las Provincias Argentinas para actuar contra los realistas del Alto Perú, en la misma forma que el Ejército del Centro lo iba a hacer contra los del Mantaro.

Desde el **punto de vista estratégico**, la operación del Ejército del Sur debía fundarse en la sorpresa estratégica a fin de no darle tiempo al adversario para obstaculizar el movimiento o para modificar su dispositivo inicial. Era, pues, de capital importancia que los ejércitos concurrentes, del Centro y Argentino, emprendieran operaciones contra los extremos del dispositivo realista con la debida antelación o, por lo menos, simultáneamente, a fin de fijar al adversario y "engancharlo" antes de que éste se informara de la presencia del Ejército Libertador del Sur, que iba a procurar establecerse sobre sus líneas de enlace estratégico. Si se obtenía este sincronismo, lo que era muy difícil, se encubría la maniobra de la expedición principal y se proporcionaba a ésta la más amplia libertad de acción.

La rapidez, uno de los elementos de la sorpresa, estaba del lado de los patriotas que, dueños de la vía marítima, se hallaban en condiciones de ganar con presteza una base en el litoral del Sur. El secreto de la operación, otro de los elementos de la sorpresa, era en cambio muy difícil de conservar, porque la población en general, y especialmente los habitantes de Lima, tenían opiniones divididas entre uno y otro partido, y las noticias corrían de un campo a otro con profusión y oportunidad; de otro lado, la imposibilidad de disimular los preparativos de la expedición principal podía dar la alarma en el campo realista.

Una vez que la expedición a Intermedios tomara tierra, su jefe debía dar pruebas de actividad insuperable y de extraordinaria rapidez de concepción que le permitieran efectuar un verdadero golpe de mano sobre las organizaciones del enemigo, sin permitir que éste reacomodara su dispositivo. Para lograr la citada finalidad, convenía que los tres ejércitos emprendieran operaciones en el mismo día en forma tal que, cuando Alvarado desembocara en el Sur, ya Olañeta en el Alto Perú y Canterac en Jauja, estuvieran fijados. Alvarado podría arrollar entonces al agrupamiento de Arequipa abriéndose paso a Puno, donde caería sobre los débiles elementos que estaban en ese lugar a órdenes directas del Virrey. Una vez que hubiera realizado esta brusca entrada en posición central se hallaría en condiciones de avanzar, sea al norte, en concurrencia con Arenales para batir a Canterac, sea al sur, para concurrir con Urdininea contra las fuerzas realistas del Alto Perú.

Como veremos, el General designado para llevar a cabo esta magna empresa no era capaz por su carácter apocado, de efectuar esa ofensiva fulminante y esa maniobra atrevida fundada, exclusivamente, en las condiciones del jefe.

Para la obtención de resultados favorables en el **campo táctico**, se proporcionó al General Alvarado todos los medios que le eran menester, y se constituyó el ejército a su cargo con el mayor número de tropas que fue posible confiarle. Se trataba de impedir a todo

trance que el Ejército del Sur fuera batido al dar el primer paso, puesto que de suceder así, toda la maniobra caía por tierra.

Este plan, ideado por un General que conocía innegablemente los principios eternos de la guerra, requería ser llevado a la práctica por el jefe que lo ideó, puesto que su ejecución o desarrollo, encomendado a otros hombres, que no habían calculado o que no sabían calcular la importancia de cada una de las piezas del mecanismo general, tenía que dar lugar al más lamentable fracaso.

En efecto, abierta la campaña, principiaron a presentarse una serie de inconvenientes a cual más grave.

La división auxiliar de Colombia, mandada al Perú por Bolívar después de la victoria de Pichincha, que estaba formada por los Batallones "Vencedor en Boyacá", "Yahuachi", "Pichincha" y "Numancia", a órdenes del General Paz del Castillo, negó su concurso porque el General colombiano no obedecía sino a las lejanas inspiraciones de su caudillo. El comandante de la división auxiliar alegó los más nimios y fútiles pretextos para no cooperar en la campaña: dijo que no podía marchar porque sus tropas se encontraban en malas condiciones y hasta sin ropa; la Junta le pidió que, en consecuencia, dejara partir solamente al "Numancia", bien equipado y mantenido por el Perú, desde hacía largos años, y respondió que tenía orden expresa de Bolívar para no disgregar las fuerzas de la división; entonces se le desafectó de la expedición principal, disponiendo que marchara con el Ejército del Centro a órdenes de Arenales, para lo que le fue entregada la mayor parte de los elementos y vestidos que pedía, pero tampoco aceptó esta condición, diciendo que Arenales no era peruano; en fin, la Junta, comprendiendo que los colombianos entorpecían las operaciones y creaban dificultades, los licenció y dispuso que regresaran a su país en buques especialmente fletados por el Gobierno peruano.

Los dirigentes de las Provincias Argentinas, después de mucho discutir con el Enviado Especial peruano, Coronel La Fuente, aceptaron sin entusiasmo el pedido de auxilio y ofrecieron formar un ejército para cooperar a la ejecución del plan; este ofrecimiento no se pudo cumplir.

Chile, ofreció enviar las tropas que se le pedían, lamentándose de su escasez y falta de recursos.

Fue ante esta perspectiva desconsoladora que San Martín retrasó la ejecución de su magno proyecto militar; pero la Junta de Gobierno, que no midió estos inconvenientes, puso el plan en práctica, algunos meses después, como si para remediarlos bastara simplemente el tiempo transcurrido. En tan difíciles condiciones la operación se inició, pues, de manera tal que auguraba el desastre: en efecto, recapitulando, la Junta no pudo dar al Ejército del Sur toda la fuerza que necesitaba por la insubordinación de los auxiliares Colombianos; no pudo hacer partir al Ejército del Centro, cuyos efectivos tuvo que rebajar para reemplazar en el del Sur a los soldados de Paz del Castillo, y, por fin, no consiguió asegurar dentro de límites fijos, la concurrencia del Ejército Argentino y la llegada de los refuerzos pedidos a Chile.

En el hecho, la vasta operación estratégica que planteó el General fue transformada, por los representantes a Congreso, igno-

rantes de las cosas de la guerra, en una expedición parecida a la que condujo Miller al Sur, en 1821; en esta vez las tropas iban a ser más numerosas, lo que hizo que, arriesgando mayores fuerzas, con resultado nulo, el desastre fuera considerable.

DISPOSICIONES DEL VIRREY

Este "no ignoraba el proyecto de los enemigos; sabía el estado en que la expedición se hacía a la mar, las fuerzas de que se componía, cuál era su designio capital y el punto preferente de su desembarco; así fue que se preparó con mucho acierto para recibirlo", según lo dice García Camba en sus Memorias.

En efecto, el Virrey, basado en las informaciones precisas que había recibido, dispuso que Valdez * se trasladara del Alto Perú hacia Arequipa, para tomar el mando de las tropas que allí se encontraban, y destinó como jefe del Estado Mayor de este agrupamiento al General García Camba, quien hubo de marchar desde Jauja al lugar de su destino. Ordenó, al mismo tiempo, que Canterac enviara al Cuzco dos batallones y dos escuadrones de las tropas a sus órdenes, para tenerlas listas a cualquier emergencia o para reforzar a las que obedecían a Valdez.

Así apercibido, el Virrey esperó la llegada de los patriotas y el desarrollo de las operaciones.

El General Valdez, por su parte, tan pronto como se hizo cargo del mando estableció sus tropas en Omate, Torata y Moquegua e hizo guarnecer los puertos del litoral con elementos ligeros. Entre las disposiciones que dictó, como primera misión de las tropas del litoral, ordenó que retirarán a 100 kilómetros al interior todos los recursos de vida y de transporte existentes en esa zona.

* FUERZAS EN PRESENCIA

El 17 de octubre partió del Callao el Ejército del Sur, con un efectivo total de 3953 hombres. Alvarado, Comandante en Jefe, hizo rumbo al sur y tocó en Iquique el 11 de noviembre. En este puerto quedó el cuadro del Batallón Nº 2 de Chile que debía completarse levantando efectivos en Tarapacá.

En seguida, el convoy regresó al norte para tocar en Arica donde desembarcaron los cuerpos argentinos "Río de la Plata", Nº 11 y "Granaderos a Caballo"; los Batallones chilenos 4 y 5, el Batallón peruano Nº 1 de la "Legión" y 10 piezas de artillería. Una vez en Arica, el 3 de diciembre, Alvarado dispuso que el ejército avanzara

---

* El General Ramírez, jefe de las tropas del Alto Perú, había obtenido permiso para trasladarse a España obligado por los males que lo agobiaban; estaba convencido, además, de que el final de la guerra presentaba mal cariz para los intereses del Rey, y, por otra parte parte, sus colegas lo habían disgustado desde tiempo atrás porque, siendo Teniente General más antiguo que La Serna, no había sido investido de cargo de Virrey cuando la sublevación de Aznapuquio, para la cual ni siquiera habían consultado su opinión. Su Jefe de Estado Mayor, Valdez, se hallaba en el Alto Perú, donde había acudido después de la sorpresa de la Macacona, y en estas circunstancias Ramírez fue reemplazado por el entonces Brigadier La Hera, que tomó el mando de las tropas de Arequipa con el carácter de Comandante General interino.

* Croquis Nº 12. Conviene consultar al mismo tiempo los dos croquis siguientes (13 y 14), para aclarar las ideas sobre la configuración y particularidades del terreno.

sobre Tacna por escalones; el primer escalón, formado por 1000 soldados, a órdenes del General Martínez, llegó a Tacna el 29 de diciembre, cerca de un mes después de que la expedición tomó tierra.

Por esta fecha Valdez disponía en el teatro de operaciones de las tropas siguientes:

Batallón "Gerona", en Torata.

Batallón "Centro", en Omate.

Tres escuadrones de "Cazadores".

Escuadrón "Dragones de la Unión".

Escuadrón "Dragones de Arequipa".

Compañía de "Zapadores" y dos piezas de artillería en la ciudad de Moquegua.

El total de estas tropas sumaba 1765 infantes y 757 jinetes.

Las unidades que Canterac debía enviar al Cuzco, en auxilio del Agrupamiento del Sur, fueron conducidas personalmente por este General que conociendo mejor que el Virrey, por estar más próximo a Lima, los inconvenientes que existían para la internación del Ejército del Centro y sabiendo que el núcleo de tropas de Jauja no tenía nada que temer, dejó el mando de éstas al General Lóriga y partió el 19 de noviembre agregando otros dos escuadrones a las tropas que el Virrey le había pedido. Las unidades que marcharon a sus órdenes, desde Jauja, fueron las siguientes:

Batallones "Cantabria" y "Primero del Infante".

Dos escuadrones de "Dragones de la Unión".

Dos escuadrones de "Granaderos de la Guardia".

Esta iniciativa no agradó al Virrey; pero después la aceptó, y, conservando a sus órdenes en el Cuzco y en Puno algunas unidades, cambió otras y nombró a Canterac Comandante General de la totalidad de las fuerzas en operaciones.

Canterac se trasladó del Cuzco a Puno y de allí emprendió marcha sobre la región de Moquegua con los Batallones "Burgos" y "Cantabria", dos escuadrones de "Dragones de la Unión" y dos de "Granaderos de la Guardia", más dos piezas de artillería.

PRIMERAS OPERACIONES

Mientras que Canterac se aproximaba al teatro de operaciones, Valdez, al conocer el punto de desembarco que habían escogido los patriotas, se trasladó a Sama, tanto para vigilar de cerca la internación de los recursos, como para hallarse próximo a las tropas enemigas, a fin de conocer sus movimientos y explotar a su favor cualquier falta que cometieran. Por otra parte, el General realista tenía el mayor interés en atraer sobre sí a las tropas patriotas, haciendo que se empeñaran en perseguirlo, para batirlas, aprovechándose de las características del terreno una vez que se internaran en la comarca; de este modo, conservaba sus efectivos sin arriesgarlos en una acción parcial y daba tiempo para que llegara el refuerzo que conducía desde el Cuzco el General Canterac.

TACNA

1º DE ENERO DE 1823

Valdez se vio forzado a abandonar Sama por falta de forrajes dejando en este pueblo sólo un escuadrón. Poco después se informó de la presencia en Tacna del primer escalón patriota que conducía el General Martínez y, juzgando que se le presentaba ocasión favorable para obtener ventaja sobre esa fracción aislada del enemigo, decidió emprender marcha a ese punto para sorprenderlo. Dando cumplimiento a su plan se trasladó nuevamente de Moquegua a Sama, en la tarde del 31 de diciembre de 1822, con 400 infantes montados y 400 soldados de caballería, conduciendo, además, dos piezas de artillería. Su intención era abordar al enemigo en la madrugada del 1º, para lo que salió el mismo 31 en la noche del pueblo de Sama; pero, extraviado en el desierto que separa este pueblo de la ciudad de Tacna, perdió tiempo y sólo avistó la población muy entrada la mañana de dicho día. Fracasada la sorpresa, porque el enemigo se dio cuenta de su presencia y siendo imprudente llevar a cabo el ataque que había planteado, decidió desviar su marcha hacia Calana, punto situado a 8 kilómetros escasos al este de Tacna, sobre el río que baña la ciudad. Su fin era penetrar al valle para hacer abrevar al ganado y proveer de víveres y de agua a su tropa, que se encontraba agotada por una marcha nocturna de cerca de 50 kilómetros en el arenal.

El General Martínez, prevenido de la aproximación de Valdez, y teniéndolo a la vista en condiciones de manifiesta inferioridad, permaneció indeciso sin saber qué actitud debería tomar y decidió, al fin, emprender una desganada persecución que inició con un lento tiroteo. Los realistas, ante esta desmedrada actitud, se cubrieron por débiles patrullas de caballería, que bastaron para contener la acometividad de los patriotas y permanecieron en Calana hasta mediodía, reposando de las fatigas de la noche.

A la una de la tarde Martínez se animó a moverse con más actividad sobre su adversario que, habiendo descansado toda la mañana, emprendió una lenta retirada, volviendo caras a menudo, empleando su artillería y dejando correr el resto de la tarde en replegarse pausadamente hacia Pachía, punto situado en el mismo valle. El General patriota, continuó por largo espacio sobre las huellas de los realistas y volvió después a su acantonamiento, dejando escapar la brillante oportunidad que se le ofrecía para obtenerse un éxito de importancia. Valdez, libre ya de la amenaza de su adversario, se dirigió a Tarata y ulteriormente a Candarave, donde llegó el 6.

En el transcurso de estos días, Alvarado condujo el resto de las tropas patriotas de Arica a Tacna, quedando totalmente instaladas en esta ciudad el 3 de enero.

El destacamento de Valdez, después de descansar en Candarave, continuó su marcha por Camilaca a la ciudad de Moquegua, reingresando a sus cuarteles el 10 de enero. Cuando Valdez pasaba por Camilaca el 8, recibió un parte en que se le daba cuenta de que el Coronel Ameller, jefe del "Gerona", que quedó en Moquegua, había emprendido marcha a Sama con una compañía y 20 jinetes,

para sorprender a un escuadrón patriota señalado en ese valle, y que, habiendo alcanzado a ese escuadrón el 6 en la tarde, lo dispersó y tomó muchos prisioneros.

El 10, Ameller, de regreso de su feliz expedición, se entrevistó con Valdez, quien resolvió que aquél volviera a partir tan luego como se tuvieran nuevos datos.

LOCUMBA

14 DE ENERO

En esta expectativa se hallaban los realistas cuando fueron informados de que Alvarado se dirigía a Moquegua, y que sus elementos adelantados habían alcanzado el 12 de enero el valle del río Locumba; en consecuencia, Valdez ordenó que el Coronel Ameller, con tres compañías del Batallón "Gerona" y 125 jinetes, se trasladara a ese lugar para sorprender y batir a las tropas allí señaladas.

El Coronel Ameller partió al día siguiente y fue noticiado, al aproximarse al valle, antes de que aclarara el día 14, de que el enemigo que se encontraba en él era muy superior a lo que suponía; tuvo noticia, además, de que éste ocupaba la planicie que se extiende al norte de la población, o sea la margen derecha del río. En vista de este dato, que modificaba substancialmene la situación, Ameller decidió trasladarse a la ribera opuesta para cortar a los patriotas del grueso de sus fuerzas, que creyó que continuaban en Tacna.

Al amanecer se halló en la posición que había elegido, sobre la retaguardia del adversario, a caballo del camino de Locumba a Sama-Tacna; pero, una vez allí, se dio cuenta de que la ventaja que había buscado para sí se tornaba en su contra, pues las fuerzas que ocupaban el valle y la margen derecha del río eran todo el ejército de Alvarado, contra el que no podía intentar nada por razón de efectivos. Entonces resolvió trasladarse hacia la sierra, cumpliendo lo que se le había indicado en el segundo párrafo de su misión, para el caso en que fracasara la sorpresa.

Ahora bien: para marchar a la sierra le era necesario descender al valle a fin de dar agua a su caballada, lo que realizó en efecto, llegando al río bajo el fuego de los patriotas; después, con hábiles movimientos e imponiéndose a sus adversarios gracias a la gran energía que desplegaron sus tropas, logró continuar por el camino del valle hacia Mirave; la persecución que emprendieron los patriotas sólo llegó hasta la confluencia del Cinto con el Locumba. La serenidad de Ameller y el valor de sus tropas le permitieron escapar de tan arriesgada situación, en condiciones análogas a las de Valdez frente a Tacna.

Ameller, después de su hazaña continuó por Ilabaya a Torata acampando el 19 en este lugar, cuando comenzaban los fuegos de la batalla de Torata. En toda su penosa y arriesgada incursión, sólo perdió cinco soldados.

BATALLA DE TORATA

19 de enero

OPERACIONES PRELIMINARES

El ejército patriota se hallaba en Locumba, como hemos visto, el 14 de enero; a partir del 15 el General Alvarado envió elementos ligeros sobre la Rinconada, en el valle de Moquegua, y luego trasladó el grueso a ese valle, llegando a ocuparlo con todas sus tropas el 16, a la altura de la hacienda El Conde situada al oeste de la ciudad de Moquegua.

Una vez en la Rinconada, Alvarado empeñado en la persecución que creía efectuar contra los realistas que se retiraban delante de él, prosiguió a Moquegua, donde llegó el 18. Valdez, en posesión de la localidad, mantuvo durante ese día un lento tiroteo ocupando primero los cerros a pico de Chenchén y después el lindero nordeste de la población; luego que este simulacro produjo el efecto que se proponía, ordenó el repliegue, durante la noche del 18, en la dirección general de Torata.

Los patriotas, animados por la debilidad de la resistencia que habían encontrado, emprendieron la marcha al día siguiente en alcance de los realistas, creyendo obtener sobre ellos una fácil victoria dada la flojedad, muy visible, con que defendían el terreno.

No contaban con la maniobra ideada por el General Valdez, que consistía en retardar al caudillo patriota, aprovechando las facilidades para la defensa que ofrece el terreno en esa región, y procurando atraerlo en la dirección en que debía aparecer Canterac, para reunirse con las tropas que éste conducía a fin de emprender la ofensiva, entonces, disponiendo de mayores elementos. Como Canterac ya había partido de Puno y debía llegar a Torata entre los días 18 y 20, Valdez retrocedía, pues, en la dirección probable de llegada de su jefe, midiendo el tiempo para realizar la reunión que trataba de conseguir. La operación así conducida servía además para reconocer y desgastar a los patriotas, engriéndolos y haciéndolos concebir la esperanza de un triunfo que iba a resultar ilusorio. La maniobra, hábilmente conducida desde los reconocimientos de Tacna y de Locumba, fue coronada por el más cumplido éxito, pues se efectuó, punto por punto, tal como estaba planteada.

* En la mañana del 19 de enero Valdez se estableció en el pequeño caserío de Yacango, que, promedia el camino de Moquegua a Torata, para retardar al enemigo; Alvarado alcanzó la región de Yacango a las nueve de la mañana y emprendió con brío el ataque contra los realistas, que cedían el terreno palmo a palmo. El fuego sostenido por ambas tropas, con ventaja aparente para los patriotas, continuó hasta el mediodía, en que Valdez tuvo noticia de que éstos habían hecho rodear la quebrada del río Torata, que él defendía, y que habían enviado sobre su espalda algunos elementos que estaban ya en posesión de los altos de Valdivia; en vista de estos datos, Valdez despachó su caballería y tres compañías del "Gerona" a reconquistar su línea de repliegue, que parecía amagada, y ordenó,

* Croquis Nº 13.

con la prontitud que lo requería la difícil situación en que creía hallarse, abandonar el terreno que ocupaba. Los patriotas, estimulados por este inesperado movimiento retrógrado, supusieron que la moral del adversario se había quebrantado, y alucinados con la obtención de un brillante éxito, que suponían en sus manos, avanzaron llenos de ardimiento y furor.

Cuando Valdez llegó al pueblo de Torata, en su rápido repliegue, supo que el aviso que había recibido era falso, y, entonces, explotando las ventajas que ofrece el terreno, decidió ocupar las salidas de Torata para detener a Alvarado, empleando para aferrarse al suelo el tiempo que había ganado en su rápido retroceso. En el mismo momento Canterac le comunicaba que llegaría a Torata, con sus unidades ligeras, al atardecer.

EL TERRENO

El río Torata forma la quebrada de su nombre, estrecha y encajonada, que gana altura muy rápidamente a partir del cerro de Los Angeles, por cuyo pie corre. Paralelamente al río va el camino de Moquegua a Torata, sobre el que se halla la aldea de Yacango, situada en un ensanchamiento de la quebrada que, a partir de este punto, vuelve a estrecharse cada vez más, no permitiendo los cultivos sino en una angosta faja de terreno, en pendiente, cuyo ancho medio alcanza a 200 metros. El camino sigue por el fondo del valle, en terreno completamente pedregoso, flanqueado por escarpadas alturas que lo encajonan. Otro ensanchamiento de la quebrada ha permitido la formación del pueblo de Torata, de relativa extensión, rodeado de campos cultivados que ocupan movidas lomas y altozanos de fácil pendiente, pero de muy variado y encontrado relieve; a proximidad del pueblo, hacia el este, el ensanchamiento se halla limitado por las estribaciones de los Andes conocidas por el nombre de Altos de Valdivia, por encontrarse en la cima de ellos el pueblecito de ese nombre. Por Valdivia pasa el camino de Torata a Puno, que se inclina hacia el norte; de Torata sale también el camino que, dirigiéndose sensiblemente hacia el sur, sigue por Camilaca y Cojata, sobre Ilabaya y Candarave; este último camino fue el que siguieron Valdez y Ameller al regresar de sus incursiones a Tacna y Locumba, respectivamente.

LA ACCION

Llegados los patriotas frente a las tropas de Valdez que creían perseguir, extendieron su línea a la salida de Torata apoyando su derecha en el lindero norte del pueblo donde desplegó la "Legión Peruana", el Regimiento "Río de la Plata" ocupó el centro, y los Batallones Nos. 4 y 11 constituyeron la izquierda. El Nº 5 y la caballería formaban una masa de maniobra que Alvarado colocó detrás de su izquierda, para cortar al enemigo el camino de Puno, pensando envolver la derecha realista.

Los de Valdez establecidos en los Altos de Valdivia, y dando frente a Torata ,tenían a su izquierda el Batallón "Centro", con Espartero; parte del "Gerona" y dos mitades de "Cazadores Montados" en las pendientes delante de Valdivia; luego durante el desarrollo

del combate, las tres compañías restantes del "Gerona" que descansaban con Ameller del reconocimiento sobre Locumba, prolongaron la derecha, siendo sostenidas por el resto de la caballería.

El General Alvarado, que había tomado sus disposiciones y efectuado el despliegue sobre la marcha, atacó con vigor la línea realista; su intención era fijar al adversario con su centro y derecha y maniobrarlo con su izquierda, para lo que había agrupado a este lado sus reservas. La maniobra planteada comenzó a realizarse, pues los Batallones Nos. 4 y 11, izquierda de la línea patriota, iniciaron briosamente su avance para cortar el camino de Puno a los realistas; pero Valdez, viéndose amenazado en esa forma, hizo intervenir las compañías del "Gerona", como se ha dicho, para prolongar su línea y parar el golpe; estas compañías, conducidas con bravura por Ameller, lograron desordenar a los Batallones 4 y 11, rechazándolos sobre el 5, que estaba en segunda línea, y haciendo mezclar y arremolinar a los tres batallones patriotas.

Mientras se producían estos sucesos en la izquierda de Alvarado, el Regimiento "Río de la Plata", del centro patriota, avanzó a su frente consiguiendo hacer retroceder a las compañías del "Gerona" que se habían desplegado desde el comienzo y a las unidades de "Cazadores"; este avance le permitió flanquear con sus fuegos a las compañías de Ameller, que tuvieron que detenerse. La situación, difícil para los realistas, fue salvada con presteza, porque Valdez reforzó el centro de su línea empeñando la última compañía del Batallón "Centro", que tenía a su disposición. El combate se rehizo en este punto y estabilizó una vez equilibrado.

En estos instantes, cinco de la tarde, llegó al campo de batalla el General Canterac, con tropas de caballería; luego que examinó la situación y tomó rápido acuerdo con Valdez, empeñó los elementos frescos que traía, y ordenó un ataque general; colocándose personalmente a la cabeza de sus jinetes a pie, avanzó hacia la línea de fuego. Los soldados de Valdez, apoyados por este refuerzo y entusiasmados por la actitud del General en Jefe, progresaron conjuntamente y con gran decisión; Valdez, tomando bajo sus órdenes las tropas del centro de su línea, "Gerona" y "Cazadores", atacó a la bayoneta al "Río de la Plata"; Ameller, con sus agotadas compañías del "Gerona", se lanzó de nuevo sobre el 4 y 11, que no volvían aún del desorden por las dificultades del terreno; Espartero avanzó con el Batallón "Centro", en la izquierda realista, sobre la "Legión Peruana". El choque total fue potente y los batallones patriotas, desmoralizados por la presencia de los refuerzos realistas que seguían bajando del camino de Puno a su vista, confundidos y mezclados en su izquierda desde el comienzo del combate, no pudieron resistir la furiosa acometida y se desbandaron iniciando un desordenado repliegue.

Alvarado hizo reunir sus tropas a toque de corneta, al oeste de Torata; allí logró reorganizar sus fuerzas gracias a que comenzaba a obscurecer y a que los realistas, muy fatigados, no emprendieron la persecución. Esa misma noche ordenó la retirada sobre Moquegua, que alcanzó en la mañana del 20.

Los jefes realistas dieron, en esta oportunidad, muestras de arrojo temerario y de gran conocimiento en el arte de emplear las tropas. El General en Jefe, Canterac, conduciendo personalmente

los refuerzos al fuego; Valdez a la cabeza de una carga de infantería, cayendo bajo el segundo caballo que le mataron en el combate, y así, en tierra, espada en mano, defendiendo su causa y su vida, a pesar de haber recibido once heridas; Espartero, que pierde un caballo y recibe tres heridas; Ameller, que consigue desbaratar y confundir tres batallones con sólo tres compañías, habían dado evidente prueba de atrevimiento y ardor, amor a la bandera y a la causa que defendían.

Del lado patriota, el Teniente Coronel La Rosa, comandante de la "Legión Peruana", resistió bravamente el esfuerzo de los realistas.

Canterac no ordenó la persecución, inmediatamente, porque las tropas de Valdez se hallaban fatigadas por la serie de operaciones que venían realizando desde los últimos días de diciembre; por otra parte, juzgó conveniente esperar el resto de las tropas frescas que había conducido personalmente. Sólo el día 20 en la mañana Canterac trató de recuperar el contacto, avanzando hasta Yacango, para continuar sobre Moquegua.

BATALLA DE MOQUEGUA

21 de enero

* OPERACIONES PRELIMINARES

Después del fracaso que sufriera en Torata, el General Alvarado se replegó sobre Moquegua, haciendo acampar a sus tropas entre esta ciudad y los alrededores de Samegua. Con soldados desmoralizados, cuadros diezmados y disponiendo sólo de ocho cartuchos por plaza, se imponía una amplia retirada que le permitiera escapar a la persecución de su adversario, recuperar espacio y volver a cobrar libertad de acción. Lejos de esto, el caudillo patriota permaneció inactivo en Moquegua, sin adoptar acuerdo alguno y vacilando entre combatir nuevamente o retrogradar, sea hacia Tacna, sea hacia Ilo, según los diferentes consejos de sus más altos subordinados.

Mientras Alvarado permanecía indeciso en Moquegua, el 20 se unieron a las tropas de Valdez los Batallones "Burgos" y "Cantabria" y el total de dos escuadrones de "Granaderos de la Guardia" y dos de "Dragones de la Unión", traídos por Canterac de Jauja a Puno y de allí a Torata. Reunidas en ese día todas las fuerzas realistas, fueron organizadas en dos divisiones a órdenes de los Brigadieres Monet y Valdez para presentarse ante los patriotas el 21 de enero.

EL TERRENO

Al nordeste de la ciudad de Moquegua y dando comienzo a las alturas en anfiteatro que la rodean, se encuentra una llanura árida, de pronunciada pendiente, que está dividida en su parte media por el río que desciende de Tumilaca, formando dos campos simétricos separados por los escarpados ribazos de dicho río. En el campo del

* Croquis Nº 14.

del combate, las tres compañías restantes del "Gerona" que descansaban con Ameller del reconocimiento sobre Locumba, prolongaron la derecha, siendo sostenidas por el resto de la caballería.

El General Alvarado, que había tomado sus disposiciones y efectuado el despliegue sobre la marcha, atacó con vigor la línea realista; su intención era fijar al adversario con su centro y derecha y maniobrarlo con su izquierda, para lo que había agrupado a este lado sus reservas. La maniobra planteada comenzó a realizarse, pues los Batallones Nos. 4 y 11, izquierda de la línea patriota, iniciaron briosamente su avance para cortar el camino de Puno a los realistas; pero Valdez, viéndose amenazado en esa forma, hizo intervenir las compañías del "Gerona", como se ha dicho, para prolongar su línea y parar el golpe; estas compañías, conducidas con bravura por Ameller, lograron desordenar a los Batallones 4 y 11, rechazándolos sobre el 5, que estaba en segunda línea, y haciendo mezclar y arremolinar a los tres batallones patriotas.

Mientras se producían estos sucesos en la izquierda de Alvarado, el Regimiento "Río de la Plata", del centro patriota, avanzó a su frente consiguiendo hacer retroceder a las compañías del "Gerona" que se habían desplegado desde el comienzo y a las unidades de "Cazadores"; este avance le permitió flanquear con sus fuegos a las compañías de Ameller, que tuvieron que detenerse. La situación, difícil para los realistas, fué salvada con presteza, porque Valdez reforzó el centro de su línea empeñando la última compañía del Batallón "Centro", que tenía a su disposición. El combate se rehizo en este punto y estabilizó una vez equilibrado.

En estos instantes, cinco de la tarde, llegó al campo de batalla el General Canterac, con tropas de caballería; luego que examinó la situación y tomó rápido acuerdo con Valdez, empeñó los elementos frescos que traía, y ordenó un ataque general; colocándose personalmente a la cabeza de sus jinetes a pie, avanzó hacia la línea de fuego. Los soldados de Valdez, apoyados por este refuerzo y entusiasmados por la actitud del General en Jefe, progresaron conjuntamente y con gran decisión; Valdez, tomando bajo sus órdenes las tropas del centro de su línea, "Gerona" y "Cazadores", atacó a la bayoneta al "Río de la Plata"; Ameller, con sus agotadas compañías del "Gerona", se lanzó de nuevo sobre el 4 y 11, que no volvían aún del desorden por las dificultades del terreno; Espartero avanzó con el Batallón "Centro", en la izquierda realista, sobre la "Legión Peruana". El choque total fue potente y los batallones patriotas, desmoralizados por la presencia de los refuerzos realistas que seguían bajando del camino de Puno a su vista, confundidos y mezclados en su izquierda desde el comienzo del combate, no pudieron resistir la furiosa acometida y se desbandaron iniciando un desordenado repliegue.

Alvarado hizo reunir sus tropas a toque de corneta, al oeste de Torata; allí logró reorganizar sus fuerzas gracias a que comenzaba a obscurecer y a que los realistas, muy fatigados, no emprendieron la persecución. Esa misma noche ordenó la retirada sobre Moquegua, que alcanzó en la mañana del 20.

Los jefes realistas dieron, en esta oportunidad, muestras de arrojo temerario y de gran conocimiento en el arte de emplear las tropas. El General en Jefe, Canterac, condúciendo personalmente

los refuerzos al fuego; Valdez a la cabeza de una carga de infantería, cayendo bajo el segundo caballo que le mataron en el combate, y así, en tierra, espada en mano, defendiendo su causa y su vida, a pesar de haber recibido once heridas; Espartero, que pierde un caballo y recibe tres heridas; Ameller, que consigue desbaratar y confundir tres batallones con sólo tres compañías, habían dado evidente prueba de atrevimiento y ardor, amor a la bandera y a la causa que defendían.

Del lado patriota, el Teniente Coronel La Rosa, comandante de la "Legión Peruana", resistió bravamente el esfuerzo de los realistas.

Canterac no ordenó la persecución, inmediatamente, porque las tropas de Valdez se hallaban fatigadas por la serie de operaciones que venían realizando desde los últimos días de diciembre; por otra parte, juzgó conveniente esperar el resto de las tropas frescas que había conducido personalmente. Sólo el día 20 en la mañana Canterac trató de recuperar el contacto, avanzando hasta Yacango, para continuar sobre Moquegua.

BATALLA DE MOQUEGUA

21 de enero

* OPERACIONES PRELIMINARES

Después del fracaso que sufriera en Torata, el General Alvarado se replegó sobre Moquegua, haciendo acampar a sus tropas entre esta ciudad y los alrededores de Samegua. Con soldados desmoralizados, cuadros diezmados y disponiendo sólo de ocho cartuchos por plaza, se imponía una amplia retirada que le permitiera escapar a la persecución de su adversario, recuperar espacio y volver a cobrar libertad de acción. Lejos de esto, el caudillo patriota permaneció inactivo en Moquegua, sin adoptar acuerdo alguno y vacilando entre combatir nuevamente o retrogradar, sea hacia Tacna, sea hacia Ilo, según los diferentes consejos de sus más altos subordinados.

Mientras Alvarado permanecía indeciso en Moquegua, el 20 se unieron a las tropas de Valdez los Batallones "Burgos" y "Cantabria" y el total de dos escuadrones de "Granaderos de la Guardia" y dos de "Dragones de la Unión", traídos por Canterac de Jauja a Puno y de allí a Torata. Reunidas en ese día todas las fuerzas realistas, fueron organizadas en dos divisiones a órdenes de los Brigadieres Monet y Valdez para presentarse ante los patriotas el 21 de enero.

EL TERRENO

Al nordeste de la ciudad de Moquegua y dando comienzo a las alturas en anfiteatro que la rodean, se encuentra una llanura árida, de pronunciada pendiente, que está dividida en su parte media por el río que desciende de Tumilaca, formando dos campos simétricos separados por los escarpados ribazos de dicho río. En el campo del

---

* Croquis Nº 14.

norte, llamado Pampa de Tombolombo, se halla el acceso al cerro de los Angeles que es uno de los pasajes para Torata; en el campo del sur, llamado del Huico, se encuentra el pueblo de Samegua a cerca de 4 kilómetros de Moquegua; entre estas últimas localidades está el cementerio del lugar. Formando marco al campo sur se encuentran algunas grupas pedregosas, orientadas de este a oeste, que se prolongan hasta la ciudad en la que se presentan cortadas a pico tomando el nombre de cerros de Chenchén. Para pasar de un campo a otro hay que cruzar el ancho lecho pedregoso del río, al que se llega por senderos tortuosos y empinados formados en los ribazos; el río sólo está en llena durante algunos días de la estación de las lluvias y el resto del año su caudal es tan insignificante que se puede vadear en cualquier punto.

LA ACCION

En la mañana del 21 de enero se presentó Canterac con el grueso de sus tropas a la vista de los patriotas, estableciéndose en la pampa de Tombolombo, o sea en la margen norte del río. Alvarado, que acampaba del otro lado del Moquegua, comprendió la imposibilidad de retirarse ante la presencia inmediata del enemigo del que sólo le separaba una distancia menor de 4 kilómetros.

Sorprendidos en su campo, los patriotas formaron su línea de batalla en el borde sur del río, apoyando su izquierda en el cementerio y alargando su derecha hacia el pueblo de Samegua; delante de sí batían con su artillería el principal de los senderos que cruza el cauce seco. A su derecha una larga y empinada cuchilla que formaba T con la línea, les servía de aparente apoyo, puesto que, para que ese apoyo fuera efectivo, hacía falta emplazar en ella algunas tropas que la mantuvieran a todo precio, impidiendo que el enemigo la ocupara.

Canterac hizo alto en Tombolombo, a las 10 de la mañana, frente a la línea patriota; reconoció el campo, se dio cuenta de la importancia capital que tenía la posesión de la altura que Alvarado había abandonado a su derecha y ordenó inmediatamente que Valdez hiciera los desplazamiento necesarios para ocuparla, a fin de amagar desde allí el flanco derecho y retaguardia patriotas. En tanto Monet, con el "Burgos" y el "Cantabria", iniciaría y sostendría un ataque de frente cruzando el cauce del río.

La operación se efectuó tal como la había ideado el jefe realista. Valdez, con el "Gerona" y el "Centro", disponiendo del 3º de "Dragones de la Unión", conquistó la cuchilla que flanqueaba la línea patriota. Ligeras guerrillas del "Río de la Plata", que Alvarado enviaba para prolongar su frente, haciendo martillo, fueron vigorosamente rechazadas por Espartero, Ameller y Pujol, jefes de los cuerpos citados.

El "Burgos" y el "Cantabria", con Pardo y Tur, cruzaban entretanto el cauce del río en dos columnas, bajo el fuego enemigo y sufriendo grandes pérdidas; su avance estaba cubierto al frente por sus compañías de cazadores en guerrilla y a la derecha por el resto de la caballería que marchada por el camino a Moquegua; además la progresión estaba apoyada por el fuego de cuatro piezas de a cuatro.

Las tropas patriotas inactivas, contentándose con la defensa por el fuego, permanecían en sus posiciones presenciando su propio envolvimiento; los débiles elementos empeñados frente a Valdez no fueron suficientes para detenerlo. El ataque envolvente que este jefe conducía desembocó, después, de la altura al llano y llevado con ímpetu, al mismo tiempo que el ataque de frente alcanzaba los bordes del barranco, produjo el terrible choque que determinó la derrota. Las tropas patriotas, atacadas con vigor por todas partes, cedieron el campo y se desbandaron.

Los trofeos de los realistas consistieron en tres piezas de artillería, las banderas de los batallones, 60 jefes y oficiales y 1000 soldados prisioneros.

La dispersión del resto de los independientes fue completa. En la retirada se distinguió solamente Lavalle que volvió caras repetidas veces en su repliegue a Ilo, para cargar con granaderos a la caballería realista que lo perseguía. Los "Granaderos de los Andes" fueron perseguidos por Canterac con nueve escuadrones en las salidas de Moquegua; después Valdez tomó el mando de la persecución y, por último, Solé, jefe de los "Cazadores Montados"; este último destruyó en gran parte a esa unidad; los granaderos que salvaron se embarcaron en Ilo y Arica para regresar a la Capital.

Alvarado se trasladó a Ilo donde reunió 500 dispersos que embarcó y despachó con rumbo a Pisco, a órdenes del General Martínez; éstos naufragaron, llegando a Lima sólo una parte de ellos. Personalmente, el Caudillo patriota navegó hacia Iquique para recoger el cuadro del Batallón Nº 2 al que encontró ambarcado para escapar de Olañeta, que en cumplimiento de las órdenes del Virrey había bajado de Oruro sobre Iquique. Creyendo Alvarado que los realisttas habrían ya abandonado el puerto, envió un destacamento a tierra para recoger víveres y tomar informaciones, pero Olañeta, que se había emboscado en el cementerio, sorprendió a las tropas de desembarco ocasionándole numerosas bajas y tomando bastantes prisioneros (14 de febrero).

OPERACIONES DE MILLER

21 de diciembre de 1822 al 12 de marzo de 1823

Miller, que formaba en la expedición, pidió al General Alvarado cuando las fuerzas tocaron en Arica, que le confiara 120 hombres para realizar incursiones en la costa de Arequipa, a fin de cooperar en esta forma a la acción de su jefe, impidiendo que desde esa ciudad se enviaran refuerzos contra él. En efecto: el 21 de diciembre se embarcó Miller en Arica para desembarcar en Quilca; el éxito coronó sus esfuerzos y sus hazañas episódicas pusieron a Carratalá, encargado de la defensa de Arequipa, en alarma continua. Cuando Miller supo el fracaso de Alvarado se reembarcó dirigiéndose al Callao, donde llegó el 12 de marzo.

CONSIDERACIONES

Desde el punto de vista de la conducción general de las operaciones, la inacción de Alvarado merece la más dura crítica; tal vez toda la campaña hubiera constituído un éxito si, desde el comienzo,

la actitud del Caudillo, en vez de vacilante y medrosa, hubiera sido decidida y enérgica. Es cierto que su adversario retiró todos los elementos de guerra que los patriotas necesitaban, obligándolos así a marcar un tiempo de detención; pero, de la misma ausencia de recursos se desprendía la necesidad de actuar rápidamente para hallarse en aptitud de alcanzar y batir a las tropas adversarias. Una enérgica e inmediata ofensiva de Alvarado hacia el valle de Moquegua, realizada a fines del año 1822, le hubiera procurado todos los medios que le hacían falta, trastornando los planos realistas y dándoles la posesión de un valle con suficientes recursos; además, hubiera tenido el camino a Ilo y al mar, expeditos para replegarse, si hacía falta, hasta que llegaran los esperados refuerzos de Chile y hasta tener noticias de que las operaciones encargadas al Ejército del Centro, de Arenales, comenzaban a desarrollarse. La irresolución del Caudillo originó el fracaso de la expedición; por ella, los realistas tuvieron el tiempo necesario para reunirse, que era lo único que les hacía falta.

La evidente timidez de Alvarado para emprender operaciones activas, y su disimulado deseo de no medirse con el enemigo, hizo que en Calana primero y en Locumba después, dejara escapar la ocasión de batir a los agrupamientos que se presentaron, totalmente desprevenidos, ante las fuerzas patriotas superiores en número y completamente descansadas.

Desde el comienzo de la campaña se nota que no hay intención definida del lado patriota. Marchan los patriotas sobre Moquegua sin estar seguros de la presencia del enemigo y dejan escapar los reconocimientos de Valdez y de Ameller con los que tomaron el contacto; después, la pseudo persecución tras las tropas de Valdez fue conducida sobre las huellas de éstas, ocupando el terreno que abandonaba, sin aprovechar las ventajas que ofrece este género de operaciones y dejándose conducir "como de la mano, a una total perdición", según el parte del propio Valdez.

En la acción de Torata, desde el punto de vista táctico, hay que reconocer la aptitud del Comando patriota para dirigirla. Que el éxito correspondiera a los realistas por las mejores condiciones de sus tropas y el temerario arrojo de sus jefes, no hace desmerecer las buenas disposiciones tomadas. En efecto: dado que el enemigo retrocedía constantemente por una razón cualquiera, la solución del problema consistía para los atacantes en cortarle el camino de la retirada y, para hacerlo, se requería fijarlo por el frente aprovechando que se animaba, al parecer, a presentar batalla, a fin de poder contornearlo y lanzar en seguida las masas de ataque en la dirección del camino a Puno; las disposiciones que se dictaron para la ejecución de este plan eran lógicas y respondían por completo a los preceptos de la táctica.

En efecto: el centro de gravedad de las fuerzas patriotas se halló, desde el comienzo de la acción, desplazado hacia la izquierda tal como convenía para ejecutar la decisión del jefe; sólo quedaron a la derecha y centro los elementos precisos para fijar al adversario.

Los patriotas fueron derrotados porque las tropas encargadas del movimiento envolvente perdieron desde el principio la oportunidad del ataque y abandonaron la iniciativa de él al adversario. Pues, si es verdad que el primer movimiento ofensivo partió del la-

do patriota, también es cierto que ese movimiento no fue conducido con el vigor requerido y sólo sirvió, llevado flojamente y sin empuje, para descubrir antes de tiempo la maniobra proyectada.

Parado el golpe envolvente por el contraataque que efectuó Ameller, la intención del General patriota se desvaneció ante este primer tropiezo. El efecto de sorpresa, que debió buscar lanzando enérgicamente a sus tropas, lo desperdició también dejando traslucir con el ataque a medias, vacilante, la decisión que trataba de obtener.

Faltó pues energía en la ejecución, empleo de la sorpresa y tenacidad para sostener la decisión tomada.

Se debe reconocer la eficiencia de los Generales realistas en el campo estratégico, su buen juicio y talento, que hacen resaltar los errores de Alvarado en este orden de cosas, pues, como hemos visto, se deja conducir ciegamente al desenlace buscado por el activo, inteligente y valeroso Valdez.

El plan de Valdez, que se había cubierto de gloria en todas las campañas en que tomó parte en América, era atraer a los patriotas en persecución suya, para desgastarlos por el solo hecho de tomar la ofensiva; reconocer sus fuerzas; infligirles pérdidas por el combate en retirada que efectuaba; internarlos en el país, que ofrece dificultades para una ofensiva prolongada y facilita la defensiva mediante la utilización de los obstáculos naturales. Trataba, al mismo tiempo, de reunirse con Canterac, cuyas órdenes debía tomar y con cuyas fuerzas iba a ser superior, en un momento dado, a los patriotas.

Si la ofensiva prolongada desgasta, generalmente, tanto como el combate, cuando es conducida en terreno montañoso las circunstancias se agravan, porque al hecho mismo de su ejecución hay que sumar las dificultades de encaminamientos, la imposibilidad de despliegue, la completa insuficiencia de los ataques de frente sobre un enemigo en posición. Cuando en un punto y momento dados, gracias a este conjunto de circunstancias, las fuerzas se equilibran, la victoria es del más audaz, del más bravo, de aquel que conduce mejor sus tropas aunque tenga menores efectivos.

Durante la ejecución de la marcha retrógrada de Valdez, hubo un momento angustioso para las tropas realistas: aquel en que tuvieron noticia de que sus perseguidores les habían cortado la retirada ocupando Torata. Esa maniobra de envolvimiento que hubiera decidido la batalla a favor de los patriotas, no se había realizado, y no era de esperar que Alvarado la ordenara, dada su medrosidad y característica falta de espíritu de empresa; pero, a pesar de no haberse realizado, demuestra la importancia que hubiera tenido por cuanto cortaba a los realistas su línea de retirada, cerrándoles la salida de la angosta quebrada que ocupaban; así vemos que Valdez precipita su repliegue y se deshace de toda su caballería y de tres de sus mejores compañías que envía con García Camba, su jefe de Estado Mayor, para recuperar sus líneas. Si la citada maniobra patriota se hubiera verificado, el fracaso de la acción de Camba estaba descontado porque el terreno era fácil de defender y Valdez hubiera quedado encerrado en el valle, detenido por las fuerzas que

ocupaban Torata, contra las que tenía que batirse para abrirse paso, y debiendo hacer frente al grueso de Alvarado que lo acosaba de cerca.

En la batalla de Moquegua los patriotas no tenían ningún plan y se limitaron a retardar los movimientos del enemigo; esperaron el ataque realista en su campo, por la indecisión de su jefe, que no supo qué rumbo imprimir a la campaña que se le había confiado. Si los caminos por los que aparecieron los realistas no hubieran sido visibles desde el campo patriota, Alvarado sólo se habría dado cuenta de la presencia de su adversario al recibir el ataque, ya que ni siquiera dispuso que fueran vigilados, con elementos ligeros, las direcciones peligrosas.

El secreto de las victorias realistas durante las guerras de la Emancipación Americana, se halla en el vigor empleado por los caudillos de ese partido en la ejecución de las operaciones y en su firme decisión de doblegar la voluntad del enemigo. Intención que medita el jefe, se ejecuta con tenacidad y se lleva a cabo a cualquier precio. La razón de esta conducta hay que buscarla en la superioridad moral que tenían los Generales españoles sobre los caudillos patriotas, por los que sentían, erróneamente, cierto desdén. Anotemos de pasada, que la presencia de varias banderas influían muy desfavorablemente en la solidez moral de las filas patriotas.

Imaginándose a Espartero con el brazo roto y atado desde Torata, decidir la acción con su valor; representándose a Valdez con once heridas y una cadera fuertemente contusa, que lo iba a obligar a hacer un largo mes de cama, conduciendo sus tropas al fuego; recordando al General en Jefe en la línea de fuego y a la cabeza de la persecución que entabla la caballería, arma a la que pertenecía, es cómo se comprenden los éxitos de las tropas del Rey que, por otra parte, y jamás debemos olvidarlo, eran peruanos en abrumadora mayoría *.

---

* Algunos historiadores cuentan la Campaña de Alvarado como Segunda a Puertos Intermedios, considerando como Primera la incursión que realizó Miller, en 1821, a los puertos de Pisco y de Arica. En esto hay error, pues sólo se deben considerar con el mismo nombre las campañas realizadas con el mismo fin o, siquiera, dentro de un plan análogo.

Otros escritores, todavía más generalizadores, cuentan ya como Segunda el acantonamiento de Tristán en Ica, resultando así cuatro Campañas a Intermedios, que no tienen de común sino el haber desmbarcado en dichos puertos.

CAPITULO IX

SEGUNDA CAMPAÑA A INTERMEDIOS

1823

Situación política.

Plan de operaciones.- Dispositivo realista.- Observaciones sobre el plan de campaña.

Partida de la Expedición.

Ocupación de Lima por los realistas.

Operaciones en el Sur.- Plan de los realistas.

Batalla de Zepita.- El terreno.- La acción.

La "Campaña del Talón".- Operaciones de Sucre.- Los ejércitos concurrentes.

Consideraciones.

SITUACION POLITICA

La Junta de Gobierno, bajo cuyo mandato partió la expedición de Alvarado, tenía atribuciones muy restringidas y su autoridad era completamente nominal; debía proporcionar elementos de guerra para los ejércitos en campaña, sin disponer de los medios para conseguirlos por que no podía imponerse en el país, supeditada como se hallaba por el Congreso, del que no obstante procedían sus miembros; su influencia ante los países vecinos, como gobierno estable y formal, para la subscripción de tratados de auxilios y para arreglos diplomáticos era, también, muy débil; su convencional y vacilante situación no inspiraba a dichos vecinos la confianza necesaria para darle el apoyo que le era menester, a fin de que el territorio no cayera de nuevo bajo la autoridad del Rey.

Tal situación, de suyo difícil, se agravaba aún más ante la urgencia de mantener el estado de guerra en todo el país, atendiendo el sostenimiento del Ejército del Sur encargado al General Alvarado y al de Lima o del Centro que permanecía a órdenes del General Arenales.

El plan de operaciones que concibió San Martín, y que la Junta había hecho suyo, requería la presencia de un poder central sólidamente establecido, único responsable de los acontecimientos, y que poseyera una actividad probada capaz de asegurar la concurrencia de todos los medios hacia el fin que se trataba de obtener, estableciendo armónica y enérgica dirección que proveyera a cada agrupamiento de los elementos necesarios.

Las tropas de Lima impagas, con armamento y vestuario escasos, desprovistas de medios de transporte y con efectivos reducidos a causa de haber tenido que llenar los claros que produjo en el Ejército del Sur el regreso a Colombia de la división auxiliar del General Paz del Castillo, no pudieron emprender, como estaba dispuesto, la operación del Centro; sus quejas y reclamos exacerbaron contra la Junta a la opinión pública que tachaba a sus miembros de inactivos e incapaces.

A estos males se deben agregar los que producían la campaña de intrigas y desprestigio emprendida por algunos patriotas de la Capital que, con sentido más práctico, preveían el desastroso fin de la expedición al Sur. Estos políticos ideaban la forma de obviar las dificultades y anotaban, con profundo desagrado, los desaciertos de la Junta que no tomaba las medidas que eran urgentes en tan desesperada situación.

En esas lamentables condiciones políticas, se recibió en Lima, el 4 de febrero de 1823, la noticia del fracaso completo del General Alvarado en el teatro de operaciones del Sur.

Las pasiones en efervescencia se desbordaron entonces y Lima entero pidió la cesación de la Junta. El órgano de ejecución de este sentir general fue el Ejército del Centro que, acaudillado por Santa Cruz (por renuncia de Arenales que abandonó el país para no intervenir en cuestiones políticas), ejerció presión enérgica sobre los representantes a Congreso pidiendo que éstos nombraran Presidente de la República al activo y diligente Coronel de milicias don José de la Riva-Agüero (28 de febrero); a pesar de la resistencia que opusieron a este cambio algunos notables hombres públicos, se logró conseguir que Riva Agüero fuera designado para ejercer el mando. Después de sufrir esta imposición, el Congreso fue dócil a las insinuaciones del ejército y confirió, a los cuatro días, el grado de Gran Mariscal del Perú al Presidente de la República.

Tan pronto como Riva-Agüero tomó el mando, comenzó con gran actividad a poner en ejecución los planes que había trazado. Organizó un ejército esencialmente nacional cuyo mando confió a Santa Cruz; obtuvo participación cuantiosa en el empréstito que Chile colocó en Inglaterra; consiguió, por medio de representantes diplomáticos, que Bolívar enviara un ejército auxiliar importante; planteó arreglos con Chile y con las Provincias Argentinas para que cooperaran con nuevas tropas a la guerra contra los realistas y comenzó a formar la escuadra peruana, cuyo mando confió al Vicealmirante Guisse. Encontrándose en estas actividades, tuvo noticia de haberse finalizado en Londres las negociaciones entabladas por San Martín para obtener un empréstito directo.

Entonces, engreído por sus innegables éxitos en la diplomacia y por sus méritos de organizador, imaginaba ardientemente dar libertad al Perú bajo su mandato, haciendo exclusión de todo poder extraño que pudiera superarlo o arrebatarle parte de su prestigio y autoridad; para obtener este resultado deseaba que sus Generales batieran cuanto antes a los agrupamientos realistas, enseñoreados en los ricos y extensos territorios de los Andes, que se tornaban más amenazadores y orgullosos muy singularmente después de sus rotundas victorias de Torata y Moquegua.

Como veremos, el loable afán nacionalista y el noble entusiasmo patriótico de Riva Agüero iban a ser la causa de su ruina, pues Bolívar, con el propósito de desopinarlo y desautorizarlo, a fin de presentarse como salvador del país, iba a envolverlo en un estrecho círculo de intrigas.

Según los arreglos hechos con el Libertador, la primera división auxiliar de Colombia comenzó a llegar al Callao a mediados de abril de 1823, fuerte de 3000 hombres. De acuerdo con los pedidos y solicitaciones que el Congreso había hecho a Bolívar para que viniera al país, éste ofreció llegar en breve, conduciendo otros 3000 soldados.

El ofrecimiento del Libertador, a quien temían los políticos por su excesiva severidad y por su carácter absorbente, hizo que Riva-Agüero anticipara la campaña que tenía planteada, pensando obtener con su ejército los éxitos que eran necesarios para ilustrar su administración y dar solidez a su gobierno. Había pensado en repetir la operación fracasada meses antes bajo las órdenes de Alvarado y, para realizarla, confió el mando del nuevo Ejército Expedicionario al General Santa Cruz.

La partida de la expedición se fijó para cuando la concurrencia de los ejércitos auxiliares estuviera asegurada.

PLAN DE OPERACIONES

Los directores de la guerra atribuían el fracaso de la campaña anterior a las condiciones personales de Alvarado, sin penetrar que no fue sólo ésta la razón que influyó en los resultados, sino, principalmente, la ausencia de los ejércitos concurrentes que debieron completar el sistema general de fuerzas.

Si en la primera vez no se obtuvo el resultado buscado por falta de un poder central que orientara y dirigiera la guerra, en esta nueva campaña serían las disenciones políticas las que, esterilizando la acción de ese poder que ya existía, anularon los resultados de la expedición; además, en esta segunda campaña se produjo en idéntica forma la falta de puntualidad de los auxiliares que, atendiendo en primer lugar a sus cuestiones internas, se despreocuparon del interés general de América que vacilaba en los campos del Perú.

El plan general quedó establecido según los siguientes lineamientos: el "Ejército Expedicionario", a órdenes de Santa Cruz, haría rumbo al sur para invadir esa región, no debiendo internarse en el país, al comienzo, sino permanecer "constantemente a la mira de su retirada al mar", como decían sus instrucciones; debía ser reforzado por la división auxiliar de Chile que se encontraba en Coquimbo, siéndole permitido avanzar al interior, con prudencia, sólo cuando sus efectivos fueran bastante numerosos para batir a los agrupamientos realistas; con el fin de obtener la superioridad de fuerzas debía esperar que el adversario se disgregara atraído hacia los extremos de su dispositivo por los ataques de las fuerzas concurrentes, que actuarían según el detalle siguiente:

El "Ejército del Centro", formado por las tropas auxiliares de Colombia que quedaron en la Capital a órdenes del General Manuel Valdez, debía marchar sobre Jauja para retener a Canterac en esa región, impidiéndole que se dirigiera en apoyo de los núcleos realistas del Sur.

El "Ejército Argentino" de Urdininea, que amagaría por el Alto Perú, debía fijar al General Olañeta para que no se adelantara contra el Ejército Expedicionario; con esta finta los argentinos darían tiempo a Santa Cruz para desembarazarse de las tropas establecidas en Sicuani a órdenes del Virrey, logrando de esta manera la libertad de acción necesaria para batir a Olañeta, o para dirigirse al norte, contra el agrupamiento de Canterac.

DISPOSITIVO REALISTA

La distribución de las tropas realista favorecía la operación proyectada por los patriotas. En efecto: la necesidad de cubrir y ocupar la extensa zona que aún obedecía a la autoridad real, había obligado al Virrey a distribuir las tropas a lo largo de la sierra: Canterac permanecía en el valle de Jauja con 8000 hombres, disponiendo en Ica de 1000 más a órdenes de Monet; La Serna estaba en Sicuani con un efectivo de 900 hombres que trataba de aumentar; Carratalá en Arequipa, con 2000 hombres; Olañeta con 2500 en el Alto Perú, y Valdez en Huamanga, con un destacamento de tres batallones y un escuadrón. Los agrupamientos realistas, como se ve, se hallaban separados por enormes distancias y los caminos que los unían presentaban en su desarrollo extensos desiertos, páramos, cadenas de montañas y grandes ríos, barreras naturales que retardarían su reunión; esta dificultad para socorrerse entre sí sólo podría ser allanada por operaciones dilatorias que debía emprender el agrupamiento que fuera atacado, a fin de dar tiempo a que llegaran refuerzos, tal como lo había efectuado Valdez en sus operaciones contra Alvarado.

OBSERVACIONES SOBRE EL PLAN DE CAMPAÑA

El plan general de la campaña que emprendían los patriotas respondía perfectamente a la situación del momento, y si se hubiera conseguido una exacta concurrencia entre los distintos ejércitos, el mecanismo, reglado con precisión, habría dado inmejorables resultados.

Si Santa Cruz procedía con actividad, para lo que se necesitaba la llegada oportuna de las tropas de Chile al punto de reunión, no tendría que habérselas sino con el Virrey; una vez alcanzado el agrupamiento de este último y batida su escasa fuerza, pudiendo aún aprisionar a La Serna, hubiera quedado dueño de la situación; suprimida así la dirección mesurada, juiciosa y severa del Virrey, el ya previsto rompimiento entre Olañeta y los amigos de Canterac, se hubiera adelantado.

Otra operación que estaba al alcance de Santa Cruz era la destrucción del agrupamiento de Carratalá, para lo que debió dirigirse en rápida marcha, con todo el ejército reunido, hacia un punto intermedio entre el Cuzco y Arequipa, a fin de separar del Virrey al citado General; luego que Santa Cruz se situara entre los dos agrupamientos realistas, le era fácil volverse contra uno u otro batiéndolos sucesivamente, si operaba con rapidez y energía.

Después de haber obtenido un primer éxito sobre los agrupamientos más próximos, que eran justamente los de efectivo más re-

ducido. Santa Cruz hubiera sido dueño del país teniendo completa libertad para batir a las demás fracciones realistas, una tras otra; para hacerlo contaba con Urdininea y el guerillero Lanza que lo secundarían contra Olañeta o con las tropas del General colombiano Valdez para atenazar a Canterac, en el centro. Con el enorme escendiente moral que hubiera cobrado Santa Cruz procediendo en las primeras operaciones con el brío y energía que se requería y disponiendo de cerca de 8000 hombres (5095 peruanos y 2500 chilenos), habría podido constituirse en el árbitro de los destinos del Perú y en el más noble y encumbrado rival de Bolívar; la Historia repetiría su nombre al lado del de éste último y del de San Martín.

Pero hay que convenir en que el espíritu del caudillo altoperuano no estaba preparado para llevar a buen término estas concepciones. Su manera de operar no estaba de acuerdo con los preceptos del Arte: en oposición a la actividad y energía de que debió haber hecho gala, Santa Cruz procedía con notable lentitud e indecisión, dando pruebas de una ceguedad que le hacía dejarse conducir por los acontecimientos, sin tratar de dominarlos. Y no se crea que las prácticas de aquel Arte, todo energía y acción, le eran desconocidas: hacía algo más de un año que Miller había dado muestra, en el mismo teatro de operaciones del Sur, de lo que puede obtenerse con el talento y la actividad puestos al servicios del carácter.

El Ejército Expedicionario debió dar muestras de dinamismo para obtener al comienzo de las operaciones un ruidoso éxito; de esta manera el nivel moral de los realistas habría descendido con brusquedad y los auxiliares se hubieran ofrecido, a porfía, para cooperar a tan brillante como fácil operación.

El plan tenía, pues, algunos inconvenientes de ejecución, que los realistas iban a explotar a su favor.

En primer lugar los patriotas contaban con la concentración en fecha precisa de los refuerzos chilenos; esperaban la acción argentina y creían poder lanzar al ejército de Lima hacia el interior para el desempeño de su cometido; estas condiciones indispensables eran tan difíciles de concertar que en el hecho, ninguno de estos tres organismos llenó su papel. El fracaso, en esas condiciones, era seguro y debía esperarse tan pronto como fallara un engranaje cualquiera del complicado mecanismo.

En segundo término, los patriotas hubieran obtenido un resultado mínimo batiendo siquiera a uno de los agrupamientos adversos, si lograban la sorpresa estratégica en la que estaba basado todo el plan. Pero para obtenerla se presentaron tres grandes inconvenientes: era el primero el hecho de que el Virrey tuviera un magnífico servicio de espionaje en la Capital, que le hizo conocer con oportunidad la partida del ejército de Santa Cruz; después, era desventajosa para los patriotas la asombrosa velocidad de marcha de las tropas indígenas que obedecían a los activos Generales españoles; y, por último, la stiuación hubo de agravarse por la absoluta falta de condiciones de Santa Cruz, quien, con su lentitud, hizo fracasar el enorme esfuerzo nacional.

PARTIDA DE LA EXPEDICION

14 de mayo

* Entregado el comando del ejército al General San Cruz, éste recibió un extenso pliego de instrucciones que le señalaban la manera de mantener el acuerdo y el enlace con los ejércitos que iban a operar en esta campaña.

El Ejército Expedicionario, en el que actuaba el General Gamarra como jefe de Estado Mayor, tenía la composición siguiente:

Batallones 1º de la "Legión"; "Cazadores"; "Vencedor"; 1º, 3º, 4º y 6º.

1º, 2º y 3º Escuadrones de "Húsares de la Guardia", dos escuadrones de "Lanceros".

Ocho piezas de artillería.

El efectivo total ascendía a 5095 soldados de las tres armas.

Una vez organizado el ejército, se procedió a contratar los barcos de comercio que debían transportar a las distintas unidades y se comenzó a preparar su embarque y partida al Sur.

Las fuerzas chilenas que debían agregarse en el puerto de desembarco habían sido ofrecidas para principios de junio, y, en consecuencia, la expedición se despachó del Callao a mediados de mayo, comenzando el embarque el día 14. Influyó en la precipitación de la partida el afán que manifestaba Santa Cruz por salir de una vez y el deseo que tenía el Presidente Riva Agüero de obtener éxitos importantes, tal vez decisivos, antes de la llegada de Bolívar al Perú.

El convoy que conducía a los expedicionarios hizo rumbo al sur y tocó en Iquique, donde Santa Cruz ordenó el desembarco de una fracción pequeña de tropas, que debían avanzar en la dirección general de Oruro para amagar a Olañeta; esta tropa debía procurar, al mismo tiempo, completar sus efectivos por el enganche voluntario de hombres de esa región. Luego que desembarcó este detacamento, Santa Cruz hizo que el convoy regresara al puerto de Arica, que había sido tomado por el Vice-almirante Guisse desde el 7 de junio.

En la región de Arica dictó las disposiciones convenientes para sorprender a un escuadrón realista, cuya caballada le sirvió para aumentar su movilidad iniciando la campaña por este aislado golpe de audacia, que, desgraciadamente, no intentaría repetir en situaciones análogas. En este mismo puerto el Caudillo independiente repartió sus tropas en dos divisiones, una de las cuales hizo desembarcar en Arica, a órdenes del General Gamarra, con la misión de avanzar ulteriormente al interior; Gamarra se dirigió a Tacna, donde dió descanso a sus soldados.

Después de realizado el desembarco de esta fracción de su ejército, Santa Cruz hizo rumbo a Pacocha (Ilo) con el resto de sus tropas. Llegado a este puerto ordenó que otro pequeño destacamento continuara la navegación más al norte para que desembarcara en

* Croquis Nº 15

la costa de Arequipa y se dirigiera a esa ciudad para amagarla y distraer a su guarnición. Por fin, el 20 de junio, el General saltó a tierra con el efectivo que se reservaba, dirigiéndose a Moquegua donde hizo acampar la división, enviando una parte de ella a estacionar en Torata, a 25 kilómetros de distancia, hacia el interior.

El Caudillo independiente había perdido por completo la dirección de la operación que debía realizar y tomaba, desde el comienzo, disposiciones opuestas a los más elementales principios del arte de la guerra; esta dispersión inicial de las fuerzas se mantuvo hasta el fin de la campaña, sin que el General tuviera en su mano, en ningún momento, todas las tropas que formaban su ejército.

OCUPACION DE LIMA POR LOS REALISTAS

18 de junio al 16 de julio

Por este tiempo, el Virrey, enorgullecido de los triunfos que habían logrado sus armas, venciendo a los patriotas en la Macacona, Torata y Moquegua, decidió, aunque tardíamente, recuperar Lima para imponerse al enemigo dudando de los progresos de organización que se atribuían a éste, y a pesar de tener datos circunstanciados del buen pie en que se hallaban las tropas independientes.

Para realizar su designio ordenó que Canterac descendiera de los Andes sobre Lima, debiendo agregársele las tropas de Valdez que marcharía a la Capital desde la región de Huamanga, donde se encontraba.

En Huamanga los realistas tuvieron noticia de los preparativos de partida de la expedición de Santa Cruz, pero juzgaron imposible que llegara a tanto la audacia de los patriotas; ya en Lurín, en su marcha sobre Lima, recibieron la confirmación del dato recibido, pero era tarde para regresar a sus respectivas guarniciones y la ocupación de Lima se realizó tal como había sido ordenada.

A la aproximación de las tropas de Canterac las fuerzas patriotas de la Capital, a órdenes de Sucre, que había llegado de Colombia poco antes de que partiera Santa Cruz, se retiraron al Callao para encerrarse en los Castillos hasta que, como consecuencia de las operaciones de Santa Cruz en el Sur, los realistas se vieran obligados a abandonar Lima. Los patriotas creyeron además, que era inútil e imposible la resistencia en vista de los escasos efectivos de que disponían.

El ejército del Virrey, que ocupó Lima el 18 de junio de 1823, tenía 9000 hombres de efectivo, con catorce piezas de artillería. Durante su permanencia en la ciudad, Canterac ordenó la requisición de los elementos necesarios para las tropas de su mando e impuso fuertes contribuciones que se pagaron en dinero o en alhajas. La ocupación se señaló por algunos actos de rigor y crueldad innecesarios, que acabaron de hacer odiosos a los Generales del Rey.

Las tropas de Canterac y Valdez permanecieron en Lima cerca de un mes, habiendo efectuado algunas escaramuzas y tiroteos con los patriotas de los castillos del Callao, hasta que el Virrey reclamó su concurso para detener a Santa Cruz, cuyas operaciones en el Sur se volvían cada vez más amenazadoras.

En los primeros días de julio las tropas de Canterac comenzaron a evacuar Lima por escalones: dos escuadrones de "Granaderos" partieron el 1º de julio hacia Cañete, siguiéndolos el día 5 los Batallones "Gerona" y "Centro" y 400 jinetes más. Estas tropas se reunieron en Cañete y emprendieron marcha hacia el Cuzco, a órdenes del General Valdez. Pronto se les unió en el camino el Batallón "Cantabria" y 14 piezas de artillería que envió Canterac en su alcance.

Las tropas de Jauja que se hallaban en Lima, se dirigieron poco después al interior, para ocupar el puesto que tenían asignado en el dispositivo realista, abandonando definitivamente la Capital el 16 de julio, dos días antes de cumplirse un mes de la ocupación.

Cuando salió de Lima el último realista, los soldados de Sucre reingresaron a la ciudad y cuatro días después, el 20 de julio, este General partió por mar hacia el Sur, en refuerzo de Santa Cruz.

Dos escuadrones realistas, el "Dragones de Lima" y el "Constitución", que quedaron en Pisco, fueron sorprendidos y dispersados por los patriotas el 11 de agosto.

OPERACIONES EN EL SUR

23 de julio al 24 de setiembre

* Mientras los realistas efectuaban con presteza su concentración en el Sur, el General Santa Cruz resolvió dar muestra de actividad trasladándose al interior para invadir el territorio del Alto Perú. En consecuencia, las divisiones patriotas estacionadas en Moquegua y en Tacna desde mediados de junio, emprendieron la marcha el 23 de julio, después de más de un mes de inacción. La internación de las tropas se realizó sin encontrar otros inconvenientes que los que presenta la naturaleza; Gamarra tomó por Ancomarca y Santiago de Machaca hacia el vado de Nasacara, de donde continuó a Viacha, que alcanzó el 9 de agosto; Santa Cruz siguió el itinerario que partiendo de Torata pasa por Tres Ojos, Santa Rosa, Huacullani y conduce al puente del Inca sobre el Desaguadero, de este lugar continuó a La Paz, donde llegó el 8 de agosto.

Cuando las divisiones patriotas se hallaban en La Paz y Viacha, se presentaron delante de este último lugar algunas unidades de tropa del agrupamiento de Olañeta, que este General había enviado para conocer la situación y efectivos de los patriotas, de cuya presencia se informó casualmente en Ayo Ayo, mientras efectuaba una marcha.

Prevenido Santa Cruz de la aproximación de las fuerzas de Olañeta, ordenó al General Gamarra que buscara el contacto con ellas para obligarlas a retrogradar al sur; con la mira de favorecer el cumplimiento de esta misión, Santa Cruz dispuso que la división Gamarra fuera reforzada por una parte de las tropas cuyo mando se había reservado personalmente.

* Croquis Nº 15.

Gamarra había recibido en Arica las siguientes unidades para formar su división:

"Batallón Nº 1"	776 hombres
"Batallón Nº 3"	480 "
"Batallón Nº 6"	630 "
Dos escuadrones de "Lanceros"	276 "

Cuatro piezas de artillería.

El refuerzo que recibió, el 12 de agosto, para efectuar la persecución de Olañeta hacia Oruro, consistió en 400 hombres escogidos de los batallones de la Primera División y en el 1er. Escuadrón de "Húsares de la Guardia". Recibió, además, los 600 guerrilleros de Lanza llegando a alcanzar, cuando ocupó Oruro, un efectivo total de 3294 hombres, sin deducir las bajas que se habían producido desde el comienzo de la campaña.

Al conocer Olañeta la operación que se planteaba contra él, justamente alarmado por la agresividad del enemigo, decidió retirarse hacia Potosí pasando por Oruro, donde abandonó gran cantidad de elementos de guerra que la presión inmediata de los patriotas le impidió recoger. Cuando Gamarra llegó a Oruro, sobre las huellas de Olañeta, se conformó con que el enemigo se retiraba y no intentó nada contra él, limitándose a ocupar la ciudad.

PLAN DE LOS REALISTAS

A medida que las operaciones de Santa Cruz iban desarrollándose en el Sur, el Virrey ordenó la concentración de algunas unidades de tropa en Sicuani, a fin de parar el golpe que intentaba dar el enemigo, que, según la expresión de García Camba "era grandioso y estaba bien concebido". La Serna dispuso que Canterac desocupara Lima, como se ha dicho, y le pidió que enviara al Sur una parte de las tropas de la Capital, a órdenes de Valdez; previno a Carratalá para que estuviera listo a replegarse de Arequipa hacia el Cuzco y ordenó que Olañeta permaneciera en la región que ocupaba, esperando la oportunidad de reunirse con el grueso de las tropas. La concentración comenzó a realizarse, efectuándose las marchas necesarias, cuando Valdez llegó a Sicuani adelantándose a tomar las órdenes del Virrey y dejando en Andahuaylas las tropas que había conducido desde Lima en magníficas condiciones.

En unión de Valdez, el Virrey ideó un plan de operaciones: los patriotas ocupaban la región norte del Alto Perú y su intención era, probablemente, batir a Olañeta; pero, como gran parte de las fuerzas de Santa Cruz se hallaban en La Paz, la situación del General Olañeta no se consideraba grave ni peligrosa; esto se confirmaba por noticias procedentes de Potosí, según las que el citado General no estaba seriamente amenazado.

Los reducidos efectivos de que por el momento disponía el Virrey le impedían atacar a los patriotas, resolviéndose a esperar la reunión de todos sus elementos y procurando, mientras tanto, ganar tiempo y aumentar la separación de las dos divisiones en que Santa Cruz había fraccionado su ejército. Para lograr esto último, e impedir que Olañeta fuera atacado, dispuso que Valdez, con los 900

soldados de Sicuani, que habían estado a órdenes del Virrey, y con un refuerzo que conduciría Carratalá desde Arequipa, fijara y atrajera a Santa Cruz, dando tiempo para que las tropas llegadas de Lima, que habían quedado en Andahuaylas, alcanzaran el Cuzco. Ulteriormente se buscaría la unión con Olañeta.

Como las fuerzas patriotas que se sabía que operaban con Sucre en Arequipa, podían amagar el Cuzco en tanto que la concentración se realizaba, La Serna ordenó a Canterac que se trasladara al Sur, a fin de cubrir la línea de comunicaciones del ejército, que, según el plan general, debía pasar al otro lado del Desaguadero. Finalmente, el Virrey dispuso que Lóriga retardara el probable avance del Ejército del Centro, permaneciendo en Jauja con el resto de las tropas de Canterac.

El plan consistía, pues, en fijar a Santa Cruz mientras se reunían las tropas disponibles, para unirse después con Olañeta. En tanto el ejército se cubriría de la dirección de Arequipa, al comienzo con una parte de las fuerzas de Carratalá, que quedarían en ese lugar hasta que se vieran obligadas a retirarse y después con las tropas de Canterac, que alcanzarían un punto intermedio entre Arequipa y el Cuzco.

Siendo la principal preocupación del comando español la destrucción del grueso enemigo, no importaba que Jauja quedara defendida con pocas tropas que podían replegarse y aun abandonar esa región, hasta que, una vez destruído el ejército principal de los patriotas, se pudiera acudir a recuperarla.

BATALLA DE ZEPITA

25 de agosto

Santa Cruz establecido en La Paz, en la más completa inacción, tuvo noticia, el 18 de agosto, de que Valdez había pasado por Puno, el 16, con dirección al Desaguadero. Pensó entonces en cubrir la marcha que ejecutaba Gamarra contra Olañeta y en impedir que Valdez pusiera el pie en el Alto Perú, para lo que decidió trasladarse al puente del Desaguadero a fin de cerrarle el paso.

Procediendo de este modo, él mismo se asignaba una misión secundaria, de cobertura de las fuerzas de su Teniente.

Para reunir sus tropas hizo replegar hacia el Desaguadero al Coronel Cerdeña, adelantado en Pomata con su Batallón 1º de la "Legión" y un escuadrón de "Húsares" y, por su parte, se trasladó de La Paz al puente del Inca, conduciendo a los Batallones "Cazadores" y "Vencedor", que llegaron el 24 de agosto.

Valdez había partido de Sicuani el 2 de agosto con un batallón, un escuadrón y dos piezas de artillería que le encomendó el Virrey, dejando a órdenes de éste las tropas que había traído de Lima, a las que era necesario hacer descansar; el 16 pasó por Puno, como se ha dicho, y el 22 recibió, en Pomata el refuerzo traído de Arequipa, con toda oportunidad, por Carratalá; este refuerzo consistía en 1000 hombres formados en un batallón y dos escuadrones. Valdez dispuso entonces de un total de 1900 soldados y dos piezas de artillería, con los que continuó sobre el Desaguadero.

El 23, a la vista del puente del Inca, los realistas iniciaron un ligero tiroteo del que resultó "herido un patriota y tres españoles muertos", según el parte de Santa Cruz; Valdez dice que halló el puente cortado, retirándose al pueblo de Zepita, al caer la tarde, "para dar mayor comodidad a las tropas".

El 24 llegaron al Desaguadero los batallones patriotas de La Paz, inclusive el Nº 4, que debió marchar en segundo escalón, pero llegó junto con los demás.

Tal era la situación la víspera de la batalla.

EL TERRENO *

El camino de Zepita a Pomata sube, a cerca de 8 kilómetros del primer punto, una fácil pendiente para coronar una cerrillada que se desprende del cerro Capía; este accidente tiene su mayor dimensión haciendo frente al camino que viene de Zepita, y a derecha e izquierda, detrás de este frente se hallan dos quebradillas que se unen, casi, en la altura, dando la forma aproximada de un estribo a este movimiento del terreno. La cerrillada sólo alcanza a 50 metros de elevación en el punto más alto; sus pendientes son suaves y el suelo es de tierra firme, ligeramente pedregoso. La posición es muy fácil de contornear por el oeste, paralelamente al camino que conduce a Pomata.

"Una lomada pendiente, pero de difícil acceso", dice el General Valdez que era la posición escogida, "situada como a una legua y tres cuartos de Zepita", teniendo por delante un llano y en uno de sus flancos alturas de consideración (el cerro Capía) y el lago Titicaca. Dice Santa Cruz: "El enemigo creyó poder aceptar el combate confiando más que con su mayor número, con las muy fuertes posiciones que ocupó en los altos de Chuachuani".

LA ACCION

En la mañana del 25 de agosto, Santa Cruz, que disponía de toda su división reunida, a la que había hecho pasar la víspera el puente del Inca, emprendió el avance sobre Zepita para buscar al enemigo precedido por una vanguardia a órdenes del Coronel Brandsen, compuesta por el Batallón de "Cazadores" y el 2º Escuadrón de "Húsares". El puente, para asegurar la retirada, quedó custodiado por dos piezas de artillería y una compañía de cada batallón.

Al llegar la vanguardia frente al pueblo de Zepita y chocar con las patrullas de Valdez, que oportunamente prevenido del avance del adversario ya estaba en retirada, vaciló y detuvo su marcha. Se le reforzó entonces con el 3er. Escuadrón de "Húsares", las dos piezas de artillería de la columna y dos compañías del Nº 4.

Los patriotas al notar el repliegue y hallar delante de sí solamente algunas patrullas de los realistas, trataron de apresurar su avance creyendo que éstos fugaban; pero Valdez dejaba Zepita por las alturas de Chuachuani únicamente "para hallar acomodo a su tropa", según su propia expresión.

* Croquis Nº 16

Al mediodía, una vez que los realistas estuvieron en posesión de las alturas, se inició un violento tiroteo entre ambas líneas formadas paralelamente.

Valdez, en la altura, ocupó con sus batallones de infantería "Partidarios", "Victoria" y un destacamento del 1er. Regimiento, la ladera sur del cerro haciendo frente a la dirección de Zepita; sus piezas de artillería las estableció al centro del dispositivo; la caballería, dos escuadrones de "Cazadores" y el 3º de "Granaderos", formaron a cubierto en la quebradilla que dobla la posición por la izquierda.

La línea patriota se formó así:

Batallón 1º de la "Legión", a la derecha.

Batallón Nº 4, al centro.

Batallón "Cazadores", a la izquierda.

Detrás de la "Legión" tomó emplazamiento el Batallón "Vencedor", como reserva general. El 3er. Escuadrón de "Húsares de la Guardia" en el ala derecha y el 2º Escuadrón en el ala izquierda; ambos en escalón retrasado. La artillería —dos piezas— en el centro de la línea, desde donde "hacía un fuego repetido y con buena dirección".

Valdez, que sólo quería mantener a Santa Cruz lo más lejos posible de Gamarra, y que, tal vez hubiera retrogradado de posición en posición para atraer al norte al General peruano, se mantuvo a la defensiva limitándose a responder el fuego; sin embargo, hubo un momento en que pasó al ataque engañado por un ardid de Santa Cruz. Este General dice en su parte de la batalla: "La tarde estaba vencida, y para obtener un triunfo cierto y más pronto en el tiempo que daba el día, era preciso burlarlo". Con este fin Santa Cruz simuló un ataque general, y cuando el avance se produjo en algunas decenas de metros las compañías del Nº 4, según órdenes recibidas, dieron media vuelta aparentando haberse desordenado para refugiarse entre las filas del "Vencedor" que estaba prevenido para recibirlas. El desorden voluntario del Nº 4 fue secundado por la "Legión", según parece, y todo hizo creer que las tropas patriotas abandonaban el combate presas de pánico.

Valdez, que desde que vio producirse el ataque, recordó lo sucedido al comienzo del año con Alvarado en Torata, se lanzó al contraataque tan luego se arremolinaron las tropas de Santa Cruz, empeñando "la acción porque creía batirlo y permitir, con ese triunfo, que el Virrey se opusiera a Sucre", que se hallaba entre Quilca y Arequipa.

El parte de Santa Cruz, al referirse a este momento, dice: "En esta disposición se encendió un fuego matador por todas partes: la "Legión" y sus tiradores adelantaron como debían sobre la gran resistencia que encontraron; las compañías del Nº 4, aparentando una fuga desordenada, según las órdenes que tenían, se replegaron entre el "Vencedor" destinado a sostenerlas y lograron así atraer al enemigo que, creyendo cierta su ventaja, hizo descender toda su infantería y numerosa caballería entre el Nº 4 y el de "Cazadores" que, a pesar de ser fuertemente acometido, se sostenía con bizarría.

Entonces los escuadrones de "Húsares" se aprovecharon del momento y decidieron el combate".

Los ataques de la infantería realista fueron conducidos personalmente por los jefes superiores: Valdez se dirigió contra la izquierda patriota y Carratalá atacó el centro; ambos ataques, ejecutados con brío y favorecidos por la caballería realista que actuó con oportunidad, lograron desordenar seriamente a los simuladores. Pero, en este momento, con el fin de salvar la crisis intervino por ambas alas la caballería patriota y logró desbandar a la parte que se había empleado de la realista, llegando con gran impulso hasta las filas de la infantería que la resistió en cuadro. Reorganizados los realistas después de soportar tan duro choque, gracias al vigor con que pararon la carga de los jinetes, regresaron a su posición, desde la que continuaron la acción por el fuego, evacuándola en orden a la caída de la noche.

El General Valdez dice en sus **Memorias** "que los patriotas no pueden atribuirse la victoria, porque ellos fueron los que tuvieron mayor número de infantes acuchillados".

Cien muertos, 184 prisioneros, 240 fusiles, 52 caballos ensillados, lanzas, carabinas y sables que quedaron en el campo, fueron los trofeos de los patriotas. Veintiocho muertos y 84 heridos constituyen las pérdidas de la división de Santa Cruz.

Los independientes permanecieron en el campo hasta la noche del 25, en que retornaron al Desaguadero. Parece que la batalla de Zepita "atemorizó a ambos contendientes, porque los dos se retiraron: Valdez a Pomata, Santa Cruz al Desaguadero", dice Paz Soldán.

En la noche del 25 de agosto, en tanto que Valdez se retiraba satisfecho del desempeño de su cometido, el General Santa Cruz, en medio de la algazara que producía entre sus tropas la recolección de trofeos, comprendió, seguramente, que el derrotado era él.

LA "CAMPAÑA DEL TALON"

30 de agosto al 20 de setiembre

* Al día siguiente de la batalla, Santa Cruz volvió a establecerse en sus anteriores acantonamientos, dando parte a Sucre y a Riva Agüero de su victoria. Noticiado poco después de que el Virrey se había reunido con Valdez el 28 de agosto, en Pomata, decidió marchar hacia Oruro para buscar a Gamarra a quien ordenó avanzar a su encuentro. Sólo cuando se presentó el peligro inminente de que el enemigo lo abordara estando fraccionado, se dio cuenta del grave error que había cometido separando su ejército en dos divisiones aisladas.

En tanto que se realizaban las anteriores operaciones, el General Sucre, que dejó el Callao a partir del 20 de julio, había tocado en el puerto de Quilca con una división de 3000 hombres; el 23 del mes de agosto, esa división tomó tierra en el citado puerto. Finalizado el desembarco, el General Sucre ordenó la marcha sobre Are-

* Croquis Nº 17.

quipa que ocupó fácilmente el 31, porque el Coronel Ramírez, jefe de la guarnición dejada en esa ciudad por Carratalá, había evacuado la plaza al tener noticia de lo ocurrido en Zepita. Una vez que ocupó Arequipa, Sucre brindó su cooperación a Santa Cruz, como estaba acordado, pero éste, orgulloso de su aleatorio triunfo de Zepita desdeñó el auxilio que se le ofrecía consignando en su respuesta los planes brillantes que pensaba poner en ejecución, para batir uno tras otro a los agrupamientos enemigos. Sucre permanecía pues en Arequipa, mientras los realistas se reunían para operar contra Santa Cruz.

Cuando el Virrey llegó a Pomata, el 28 de agosto, organizó los 4500 hombres con que contaba en dos divisiones que encargó a los Generales Carratalá y Villalobos, designó a Ferraz como jefe de la caballería y nombró a Valdez jefe de Estado Mayor del ejército en operaciones; con esta organización, tomó a su cargo la dirección de la campaña.

Habiendo recibido informes de que el puente del Inca se hallaba ocupado por tropas independientes, y deseando ganar tiempo y también espacio para la operación que proyectaba, el Virrey decidió orientar su marcha sobre el vado de Calacoto, a 150 kilómetros al sur del puente. Para ello tomó el camino de Pisacoma y Santiago de Machaca y llegó el 2 de setiembre al vado en referencia.

Entre los días 2 y 3 los realistas vadearon el Desaguadero, con bastante peligro por la fuerza de la corriente. Después de esta operación el Virrey dirigió sus tropas sobre Viacha con la intención de buscar el núcleo de Santa Cruz; pero cuando sus elementos ligeros llegaron a esta región, le informaron que el jefe patriota se había retirado precipitadamente hacia Oruro, al conocer el avance a Calacoto de las fuerzas realistas. Teniendo en cuenta estos datos, y deseando obstaculizar la reunión de Santa Cruz y Gamarra o bien impedir que una vez reunidas emprendieran operaciones de aliento contra Olañeta, La Serna continuó velozmente en seguimiento de Santa Cruz, ocupando en las distintas jornadas los lugares que este último acababa de abandonar. Con todo, y a pesar de la actividad desplegada, no fue posible alcanzar a las fuerzas del General patriota sino cuando estuvieron reunidas con las de su Teniente, Gamarra, lo que se realizó el 8 en la fuerte posición de Panduro, a cerca de 30 kilómetros al norte de Oruro, sobre el camino a La Paz.

La Serna llegó el 11 frente a las alturas de Panduro donde creía encontrar a su adversario; pero, con gran sorpresa, halló libre la posición que Santa Cruz había desocupado, fundándose, como escribió después, en que "ese lugar no ofrecía recursos para hacer vivir a las tropas"; al abandonar su magnífica posición, el caudillo patriota se trasladó a Oruro, corriéndose de allí sobre Sora Sora, lugar situado al sur del anterior.

El 12, confiando el Virrey en la pasividad de su adversario, desfiló amenazador frente a los patriotas tomando por Sepulturas para rodear el emplazamiento que ocupaban las tropas independientes, a fin de darse la mano con Olañeta, que venía por su orden de Potosí. Cuando Santa Cruz vio que los realistas se reunían irremediablemente, regresó a Oruro, marchando en sentido contrario que la víspera, sin tratar de impedir la reunión de los realistas, que se efectuó con éxito el día 14.

Desde el momento en que La Serna y Olañeta se reunieron, Santa Cruz, que no había querido batirse en la fuerte posición de Panduro, a pesar de su superioridad sobre las unidades que conducía el Virrey, hallándose frente al conjunto de las tropas realistas, que no dejaban duda sobre sus enérgicas intenciones, perdió la poca serenidad de que disponía y sólo atinó a buscar el puente del Desaguadero, para copiar la maniobra del Virrey; entonces pensó en la conveniencia de unirse a Sucre, a quien suponía por esos días en la región del lago Titicaca. En consecuencia, el mismo 14 ordenó abandonar la plaza de Oruro para dirigirse al norte con increíble rapidez.

El 15 de setiembre el Virrey dispuso el avance sobre Oruro para atacar a los patriotas, pero, contra toda suposición, halló la ciudad desocupada. Noticiado por los habitantes de la vertiginosa marcha al norte que había emprendido Santa Cruz, dictó las órdenes convenientes para que se le persiguiera con todas las tropas, desandando el camino recorrido, tras las huellas de los patriotas que avanzaban a razón de 65 kilómetros por día.

Empleando parecida velocidad los realistas, que disponían de 6500 soldados contra 6000 que tenía el ejército de Santa Cruz, llegaron a alcanzar a los patriotas cerca de Ayo Ayo, el 17 de setiembre. En ese lugar Santa Cruz quiso detenerse para combatir, pero, notando en el último momento que la artillería se había extraviado, dio orden de continuar la retirada e hizo cundir el pánico entre sus tropas con esta muestra de debilidad. A partir de ese día ya no se contaban las tropas de Santa Cruz por unidades constituídas, sino como muchedumbre de dispersos, sin orden ni concierto; los soldados sólo procuraban pasar el Desaguadero para oponer ese obstáculo natural a la tenacidad que demostraban los realistas para alcanzarlos.

El Virrey permaneció un día en Ayo Ayo, ordenando a Valdez que continuara la persecución con toda la caballería y alguna infantería aligerada. En esta persecución se capturaron las banderas, imprenta, municiones, artillería y cerca de 2000 prisioneros del ejército patriota.

El 20 de setiembre Santa Cruz llegó a Pomata, buscando a Sucre; allí los jefes que lo acompañaban decidieron continuar por Moquegua al puerto de Ilo, para ganar los barcos y abandonar su desgraciado teatro de operaciones. Cumpliendo este acuerdo, los restos del ejército patriota alcanzaron Moquegua a partir del 24 del mismo mes.

OPERACIONES DE SUCRE

Durante el tiempo en que se desarrollaba la última fase de la campaña de Santa Cruz, Sucre había emprendido marcha de Arequipa hacia Puno para atraer sobre él algunos elementos realistas y apoyar de este modo a las fuerzas que operaban en el Desaguadero; pero, cuando sus batallones estaban recién a 40 kilómetros de Arequipa, en Apo, tuvo noticias, el 27 de setiembre por una carta del General Gamarra, de la llegada a Moquegua de los primeros dispersos de las tropas expedicionarias y resolvió contramarchar para verificar los informes recibidos y preparar su reembarco: juzgó,

pues, que su acción era inútil desde el momento en que el grueso de Santa Cruz había desaparecido y creyó que no debía presentar batalla a un enemigo de doble efectivo que el suyo.

Luego que Sucre reingresó a la ciudad de Arequipa, confirmó la noticia recibida informándose de que Santa Cruz había llegado a Moquegua y decidió dirigirse a este lugar para apreciar personalmente el estado de las fuerzas, a fin de obrar con conocimiento de causa. En aquel punto sólo halló cerca de 700 hombres desalentados y en completa desorganización; ratificando entonces su decisión, Sucre regresó a Arequipa que alcanzó el 6 y ordenó la evacuación de la zona que ocupaba, disponiendo el reembarco de las unidades que, dadas las circunstancias, era urgente salvar antes de que fueran englobadas en el terrible desastre.

Mientras tanto, el Virrey había reemplazado al General Valdez con el General Carratalá para efectuar la persecución de los dispersos de Santa Cruz. Y sin hacer tomar a las tropas reposo alguno, después de los prolongados esfuerzos de la campaña, emprendió sobre Arequipa con sus agrupamientos principales, ordenando que se le uniera Canterac que estaba en el Cuzco, para avanzar juntos sobre las tropas de Sucre.

El 22 de setiembre el Virrey se hallaba en Zepita; alcanzó Lampa el 30 y, al amanecer del 8 de octubre, se reunió con Canterac en Apo; este último día, su vanguardia avistó la ciudad de Arequipa donde había quedado Miller con alguna caballería patriota para cubrir la retirada de la división de Sucre. Ferraz, comandante de la vanguardia realista, sostuvo varios combates con la caballería patriota en las calles de la ciudad y en sus alrededores y obligó a Miller a retirarse hacia la costa después de haber cumplido su misión; cuando el embarco del grueso quedó asegurado, Miller se dirigió al norte por tierra, tomando por Camaná y Chala sobre Ica.

El embarco de las unidades que comandaba Sucre se realizó en los días 10, 11 y 12 de octubre, haciéndose el convoy a la vela, con rumbo al norte, en este último día.

De esta manera quedó terminada la campaña que dirigió el General Santa Cruz, de la que dio triste cuenta, haciendo desaparecer los noveles cuerpos de tropa del Perú, que se le había confiado.

LOS EJERCITOS CONCURRENTES

Las tropas concurrentes argentinas no dieron señales de su presencia en el teatro de operaciones que se les asignó.

Los elementos chilenos, con que se contaba para dar mayor fuerza al cuerpo expedicionario, arribaron al puerto de Arica a órdenes del General Benavente en los primeros días del mes de noviembre, en lugar de haberlo hecho en junio. Como la derrota del cuerpo principal ya se había producido por esa fecha, Benavente inició desde sus barcos una larga discusión con el General Santa Cruz, que también estaba embarcado en las aguas de dicho puerto. Después de inoficiosas negociaciones, los chilenos navegaron inútilmente al norte y, por fin, pusieron proa a Coquimbo donde desembarcaron, negando, a partir de este momento, toda ayuda para la emancipación del Perú.

CONSIDERACIONES

Según las instrucciones que había recibido, el General Santa Cruz debió esperar a Sucre o, por lo menos, a los chilenos de Benavente para sumar a sus fuerzas las unidades que éste conuducía; pero, por obscuras razones, no lo efectuó así, burlando el establecimiento del comando único, que constituye y ha constituído siempre la primordial garantía de la victoria.

Divididas las tropas expedicionarias en dos fracciones principales, cada una de ellas fue débil para desempeñar el cometido general. El hecho de efectuar este fraccionamiento, que agravó enviando pequeños destacamentos sobre Arequipa y hacia Tarapacá, pone en evidencia que el Caudillo independiente no basaba sus concepciones en el principio del Arte de la Guerra que pide potencia en el esfuerzo, y que exige economizar las fuerzas empleadas en tareas secundarias, que en este caso eran, además, tareas inútiles e innecesarias.

El provincialismo de Santa Cruz le hizo dirigir sus pasos hacia el Alto Perú, despreciando las claras probabilidades que se le ofrecían para operar sobre el agrupamiento del Virrey o sobre el de Carratalá. Esta resolución pone de manifiesto la ambición personal de los caudillos de la época, que tendían a conquistar ventajas propias dentro del marco del propio terruño. La influencia de la epopeya napoleónica, nabía trastornado, en efecto, la mentalidad de muchos de los Generales de la emancipación que querían la victoria personal para explotarla en propio beneficio.

La inacción del Caudillo en Moquegua, y la desmembración de sus tropas en dos divisiones, a pesar de las instrucciones recibidas, son dos hechos absolutamente contradictorios: con la espera en el litoral parece que quiere engrosar sus fuerzas esperando a la división de Chile y se diría que tiene claro concepto del precepto de la concentración de las fuerzas; pero, disgrega sus efectivos y se contenta con el simple papel de comandante de una división, demostrando con esto que la inacción en la costa no obedecía a espera alguna, ni al deseo de conseguir una abrumadora superioridad que, en todo caso, debió buscar reuniéndose a Sucre.

La campaña pudo tener franco éxito si se hubieran explotado las ventajas que proporciona la sorpresa estratégica; para ello era menester operar en el Sur en forma fulminante, buscando con ahínco al adversario. Pero como el plan se fundaba en la posibilidad de fijar al enemigo en los extremos de su dispositivo por la acción de los ejércitos concurrentes, Argentino y del Centro, Santa Cruz creyó que disponía de absoluta latitud para emprender la ofensiva, cuando quisiera, con su propio agrupamiento; ahora bien, como fracasaron estas acciones concurrentes, no llevándose a cabo ninguna de ellas, pronto, el que se presentaba en el Sur como agresor, se vio envuelto en sus propias redes.

Santa Cruz, atraído por natural afecto a su tierra natal, prefirió marchar directamente hacia el Alto Perú para ocupar el territorio, sin buscar al enemigo; esta operación, a pesar de que no estuvo prescrita en sus instrucciones, debió realizarse con todas las fuerzas reunidas para poder aplastar a Olañeta, entropando además los

600 hombres del guerrillero Lanza, que hostilizaban de cerca al General realista. Actuando de esta manera habría tenido, en el peor de los casos, una línea de retirada hacia las Provincias Argentinas, donde pudiera haber encontrado a Urdininea, que, según el plan, debía estar a sus órdenes con 1000 soldados. Después de haber batido a Olañeta, y una vez reunido con Lanza y Urdininea, pudo defender el Desaguadero conservando la independencia del Alto Perú y manteniéndose a la expectativa de la decisión integral que buscaría a órdenes y con el apoyo de Sucre que, con el segundo escalón, ya estaba en Arequipa. Esta decisión se hubiera obtenido fácilmente gracias a la acción del Ejército del Centro, que debía marchar sobre Jauja para impedir que las fuerzas de Canterac acudieran al teatro de operaciones del Sur.

La ventaja principal del plan consistía en aprovecharse de la separación inicial de los agrupamientos adversarios, para introducirse en cuña entre ellos, con fuerzas superiores, a fin de batirlos uno a uno. Santa Cruz perdió esta ventaja lamentablemente, presentándose fraccionado y débil en todas partes. Parece que el General patriota exageró los beneficios que debía reportarle el secreto de la operación, que no llegó a obtenerse, ampliamente, pues el Caudillo mismo contribuyó a perderlo con su parsimonia. El secreto, en las operaciones de guerra, debe buscarse tanto en el campo táctico como en el campo estratégico; pero no se debe contar con él como elemento activo y absolutamente a nuestra disposición. En nuestra época, ese secreto en el campo estratégico es cada vez más difícil de obtener por los numerosos medios de observación y trasmisión de que están dotados los ejércitos.

Establecido Santa Cruz en la región Viacha-La Paz, se dejó atraer por la presencia de Valdez; verdad que entre permanecer en la inacción en La Paz o emprender marcha al Desaguadero, era preferible lo segundo; pero, una vez ante el obstáculo que forma ese río, su papel de cobertura le aconsejaba defender sus pasajes mientras Gamarra, en el sur, trataba de batir a Olañeta; no debió, de ningún modo, dejarse arrastrar por la quimera de una victoria que, en todo caso, debió procurar que fuera decisiva, costará lo que costara, para no hacer el juego adversario.

Valdez cumplió su misión satisfactoriamente, puesto que consiguió "enganchar" a Santa Cruz. Con esto no solamente aumentó la separación inicial de los agrupamientos patriotas, sino que, gracias a Zepita, consiguió reconocer las fuerzas, descubrir las intenciones e informarse del valor militar de las tropas adversarias. Es por eso que se repliega una vez realizado su fin, tratando de empeñar a los patriotas en infructuosa persecución para reunirse con La Serna y repetir la maniobra de Torata, efectuada a principios del mismo año. Si, a pesar de lo que le indicaba su misión, se arriesgó a contraatacar en el campo de Zepita, fue porque las ocasiones de batir al enemigo no deben ser desperdiciadas.

Por parte de los patriotas, la acción táctica de Zepita estuvo en riesgo inminente de perderse, cuando al simulado desorden del Nº 4 sucedió el desorden efectivo de los batallones de la derecha. Parece que la intervención de la caballería patriota no estaba prevista, porque el parte de la batalla dice: "los escuadrones de Húsa-

res aprovecharon el momento", lo que da a entender que ese movimiento fue espontáneo. Claro es que la iniciativa de los jefes de Húsares fue meritoria, pero hay que anotar que la idea de su intervención no fue fruto directo de la reflexión del jefe.

Valdez confiesa en su parte que su caballería "volvió caras cobardemente"; si tal no hubiera sucedido, la batalla habría sido ganada por los servidores de la causa del Rey.

En las marchas y contramarchas que los realistas llamaron irónicamente la "Campaña del Talón" no debe perderse de vista:

1º De cuánto es capaz un comando activo, que sabe utilizar los elementos puestos a su disposición, cuando persigue un fin determinado con el sagrado entusiasmo que da el cumplimiento del deber.

2º Que el pánico de las tropas de Santa Cruz es un ejemplo que se puede evitar, cuando se estudia este fenómeno, citar los casos de pánico que se han presentado en otros ejércitos, más aguerridos, en distintas épocas y lejanas o próximas latitudes.

3º Las atinadas disposiciones de Sucre, en Arequipa, que le permiten, por medio de una retirada oportuna y voluntaria, salvar parte del ejército, que, si se hubiera empeñado, habría realizado el sacrificio más inútil haciendo el juego del enemigo, quien se hubiera mostrado muy satisfecho al batir uno después de otro a los dos grupos aislados en que formaban los patriotas.

—

CAPITULO X *

CAMPAÑA DE JUNIN

1823 - 1824

La acción de Bolivar antes de la ofensiva de 1824.- Sucesos políticos.- Acontecimientos militares.

La preparación de la ofensiva.

Situación general y planes de operaciones.- Patriotas.- Realistas.

Marcha del Ejército Libertador.

Fuerzas en presencia.- Patriotas.- Realistas.

Operaciones preliminares.

Batalla de Junín.- Retirada de Canterac y avance de los patriotas.

Consideraciones.

LA ACCION DE BOLIVAR ANTES DE LA OFENSIVA DE 1824

1º de setiembre de 1823 al 6 de agosto de 1824

SUCESOS POLITICOS

Mientras se desarrollaba en el Sur la Segunda Campaña a Intermedios, se realizaron en el país acontecimientos de gran importancia.

Riva-Agüero, con su autoridad minada por las intrigas de Bolívar, cuyos agentes revivieron la animadversión que tenían por él los miembros del Congreso desde su imposición por el Ejército se vio forzado a abandonar Lima y a encerrarse en el Callao, al acercarse las tropas de Canterac. Aprovechando de esta circunstancia, los diputados confirieron el 19 de junio el gobierno del territorio que ocupaba al General Sucre, quien renunció aparentemente a ese cargo; el Congreso insistió, entonces, y llegó hasta exonerar del mando al Presidente, el 23 del mismo mes.

---

* Capítulo que podríamos llamar de Bolívar. Este capítulo, como el siguiente, fueron tomados o simplemente copiados (croquis inclusive) para aparecer, en nombre de la Quinta Sección del Estado Mayor General, en Revista del Círculo Militar del Perú el año 1930, cuando el autor era subjefe de esa Sección y no esperaba poder publicar la presente obra , ya aprobada por la Orden General del Ejército, desde febrero de 1929.

Riva-Agüero, desoyendo las injustas disposiciones del Poder Legislativo, se trasladó entonces a Trujillo con algunos diputados adictos a su persona y trató de seguir ejerciendo el mando desde ese lugar; contaba, además de la fuerza que representaban los elementos que le eran leales, con el reconocimiento que hacía de su autoridad el General Sucre, que fingía desvincularse de toda cuestión política ofreciéndole su apoyo; sin embargo este General, disimuladamente, trató poco después de desarmarlo pidiéndole que le remitiera los soldados a sus órdenes, para emprender campaña al Sur.

Sucre, sin poder conseguir que el Presidente le entregara las tropas que le obedecían, partió al Sur el 20 de julio, delegando el poder que decía haber renunciado, en la persona del Marqués de Torre Tagle. Con estos procedimientos, lograba dividir la opinión repartiendo el respeto a la autoridad entre tres entidades cuya fuerza y acción, parecían idénticas, a saber: el Presidente Riva-Agüero en Trujillo, con la mitad del Congreso; Sucre, como encargado del mando militar del territorio, y Torre Tagle como delegado de Sucre, función que este último no tenía el derecho de delegar porque la había renunciado. Sucre cumplía así la consigna de Bolívar que había ordenado: "A mi llegada debe ser el Perú un campo rosado para que pueda hacer en él lo que me convenga". Corroborando esta orden decía a Mosquera, su ministro en el Perú: "La medida adoptada por Sucre de nombrar a Torre Tagle, embarcando a Riva Agüero con los diputados y ofrecer a éste el apoyo de la división de Colombia para disolver el Congreso, es excelente. Es preciso que no exista ni simulacro de gobierno y esto se consigue multiplicando el número de mandatarios y poniéndolos en oposición".

El Presidente Riva-Agüero, una vez en Trujillo, decidió disolver el Congreso, constituyendo en cambio un Senado con restringido número de representantes, que obedecían sus órdenes. Los diputados cesantes se trasladaron entonces a Lima para ponerse al servicio de Torre Tagle que, por su parte, hacía funcionar otro congresillo adicto a su persona. De esta suerte habían, pues, dos poderes legislativos y dos ejecutivos, sin contar la autoridad y mando territorial que se había conferido a Sucre.

La situación política, trastornada profundamente por estas intrigas, había llegado al punto que el Libertador quería aprovechar. Entonces anunció su venida y se presentó en el Callao el 1º de setiembre de 1823. El 10 del mismo mes se hizo conferir el gobierno y el mando militar en el teatro de operaciones del Sur, haciendo subordinar la autoridad de Torre Tagle a la suya propia.

Riva-Agüero, para ganar tiempo y asegurar su predominio político, tal vez con designios nacionalistas muy loables, tendientes a coactar la avasalladora voluntad de Bolívar, cuyas miradas absorbentes se traslucían cada día con mayor claridad, inició negociaciones con los realistas sobre la base de los acuerdos de San Martín y La Serna en Punchauca; de esta manera pensaba obtener un arreglo que hiciera innecesaria la presencia en el territorio de los, para él, odiados y presuntuosos colombianos.

Por su parte, el Libertador se aprovechó de esta circunstancia, que contrariaba sus planes, para presentar al autor de la negociación con los españoles como reo de lesa patria. Sugestionó en este sentido al Coronel La Fuente, enviado por Riva Agüero con comu-

nicaciones de arreglo y coordinación entre los dos caudillos patriotas, y logró que éste convencido algún tiempo después de los procedimientos de Riva-Agüero, por documentos probatorios * que cayeron en sus manos, sublevara al Escuadrón "Coraceros", a su cargo, para capturar al Presidente. El 25 de noviembre de 1823 se realizó esa sublevación y Riva Agüero fue tomado preso.

La Fuente recibió orden expresa de Torre Tagle para fusilar al Presidente y a los principales jefes que le obedecían; pero, con gran cordura, no cometió esta arbitrariedad, limitándose a embarcar a Riva-Agüero y despacharlo a Guayaquil. De este modo evitó que la sangre del primer presidente peruano fuera derramada en territorio nacional, por soldados peruanos, tal como lo pretendía con arrogancia y temeridad el nuevo director de los destinos del país.

Desde la caída de Riva-Agüero, Bolívar, dueño absoluto del poder pudo dedicarse por entero a la tarea de allegar elementos de guerra para que sus Generales abordaran y batieran al enemigo, buscándolo con ahínco en sus propios cuarteles.

El 11 de noviembre, días antes de que Riva-Agüero fuera depuesto y embarcado por los sublevados, el Libertador, para proceder por la fuerza contra el Presidente, se dirigió al Norte, sobre Huamachuco y Cajamarca; terminadas las disensiones, sin que hubiera necesidad de hacer un tiro por la defección de La Fuente, Bolívar regresó a Pativilca donde se detuvo a partir del 1º de enero de 1824, presa de grave enfermedad.

ACONTECIMIENTOS MILITARES

Durante la permanencia del Libertador en Pativilca, se produjo la rebelión de las tropas argentinas que guarnecían los fuertes del Callao, las que depusieron a sus jefes el 4 de febrero y entablaron reclamación por los haberes que se les adeudaba y por la calidad de los víveres que recibían. La falta de tino del General Martínez, que trató de engañar a los cabecillas de la rebelión, a los que procuró aislar con la mente de fusilarlos, hizo que aquéllos, amedrentados con fundamento, vieran su situación como insalvable y se inclinaran a favor de los realistas, a cuyas órdenes se pusieron para escapar a la dura sanción con que se veían amenazados. Como consecuencia de esta resolución, el Coronel realista Casariego, preso en los Castillos, fue declarado jefe de ellos, se izó el pabellón español y se cambió el nombre del Regimiento "Río de la Plata", formado por los Batallones 7 y 8 de los Andes, llamándolo en adelante "Regimiento de la Lealtad" y después "Real Felipe".

Al tener conocimiento de estos sucesos, el Teniente Coronel Alaix, de las tropas que mandaba el brigadier Rodil en Ica, se trasladó por mar al Callao donde ultimó los arreglos consiguientes a la defección y preparó el ingreso de tropas realistas a los fuertes, disponiendo que el General Alvarado gobernador general de la plaza, cuando la sublevación, que había sido apresado, fuera conducido a

* Riva-Agüero, en la exposición que publicó en Londres acerca de su conducta política sostiene que era falsa la carta del General Herrera que, en aquella circunstancia, exhibió La Fuente.

Ica; poco después este alto jefe fue trasladado a Puno donde permaneció prisionero de los realistas hasta que se efectuó la batalla de Ayacucho.

Alarmado el Congreso por la defección de las tropas argentinas del Callao, sin fuerzas suficientes para defenderse del inminente avance de los realistas sobre Lima, nombró Dictador a Bolívar el 10 de febrero.

El 14 del mismo mes una parte de los "Granaderos de los Andes" se sublevó en Lurín y, apresando a sus jefes, se plegó a los sublevados en el Callao, ingresando a los Castillos donde quedaron hasta el fin de la guerra.

Cuando Canterac tuvo noticia de los acontecimientos del Callao, destacó de Jauja al Brigadier Monet para que, reuniéndose en Lima con las tropas de Rodil, tomara posesión de los fuertes y extendiera la ocupación a la Capital; la operación prescrita se realizó con facilidad y los soldados de Monet llegaron al puerto el 29 de febrero.

Poco antes de esto, en vista de la amenaza que representaba la próxima llegada de los realistas, Bolívar ordenó que se evacuara la Capital, disponiendo para ello que Necochea, jefe de la guarnición de ella, remitiera prisionero al cuartel general de Pativilca al Presidente Torre Tagle, a quien acusaba de mantener relaciones con los españoles; Bolívar pretendía en forma manifiesta fusilar al gobernante peruano, para imponerse por ese golpe de autoridad; pero, el Marqués de Torre Tagle prevenido oportunamente por el caballeroso General Necochea, decidió refugiarse en los castillos del Callao, prefiriendo ser prisionero de los españoles y abandonar la causa patriota, a sufrir la dura suerte que le reservaba el Libertador; desde el 4 de marzo en que se presentó a pedir hospitalidad al enemigo, permaneció en el Callao hasta que ocurrió su muerte producida por la peste que se desarrolló durante el largo asedio de la plaza.

La ciudad de Lima, evacuada oportunamente por Necochea, según las órdenes del Libertador,- alojó a los realistas hasta el 18 de marzo en que Monet trasladó sus fuerzas al interior. La tropa que quedó en los Castillos, a órdenes de Rodil, iba a permanecer en ellos hasta mucho después de la capitulación de Ayacucho.

Al mismo tiempo que se desarrollaban en Lima y el Callao los anteriores acontecimientos, se iniciaba en los primeros días de enero la rebelión de Olañeta en el Alto Perú. Este General primero con disimulo y después con toda franqueza, desobedeció las órdenes del Virrey declarándose, finalmente, en abierta rebelión contra él.

LA PREPARACION DE LA OFENSIVA *

Como consecuencia de estas circunstancias políticas y militares, la guerra por la emancipación del Perú parecía tocar a su término a principio de 1824. Dos causas poderosas iban a influir para obtener los resultados que se habían buscado durante tan largo lapso: era la primera la creación de un poder absoluto, que hizo irradiar de un solo foco, formando un solo haz, las energías hasta

* Apareció en Revista de la Escuela Militar, en 1927, con el apropiado título: "Cómo se prepara la Victoria"

entonces empleadas para cimentar en los campos del Perú la libertad del continente hispanoamericano; fue la segunda la desatención con que el gobierno de la Metrópoli veía las operaciones de guerra que se realizaban en esta parte de sus extensos dominios, lo que hacía que la lucha languideciera del lado realista, si no en lo que respecta a las fuerzas materiales, que los Generales del Rey sabían hallar en el mismo país, por lo menos en la depresión moral que sufrían como consecuencia de ese abandono y aislamiento. Una muestra de la desmoralización que comenzaba a cundir en el comando realista fue el hecho extraordinario y desatentado de la rebelión de Olañeta, que hizo disgregar las tropas del Virrey para atender por un lado a los patriotas y por el otro al enemigo que actuaba en las propias filas.

La política, valiéndose de sus agentes y empleando los medios de acción que le son peculiares, había logrado que se consolidara en el Perú un gobierno fuerte, capaz de dictar decisiones cuya ejecución, buena o mala, no podía criticarla ni impedirla nadie, por el momento.

El Libertador, dueño absoluto del poder público, inició la más afanosa búsqueda de los recursos que eran necesarios para emprender campaña. Había ordenado a Torre Tagle que propusiera arreglos de paz a los españoles con el fin de ganar tiempo. Dispuso levas y reclutamientos inhumanos: en una carta dirigida al Coronel Andrés de los Reyes, prefecto del Departamento de la Costa, le ordenaba que enviara al ejército a todos los individuos aptos para el servicio, "desde la edad de doce años hasta la de cuarenta"; al Coronel O'Connor le previno que si continuaba la deserción, "tan excesivamente como había empezado, quintara a los que quedaban y los ejecutara en el acto"; además, le ordenó que durante su marcha "hiciera toda la recluta posible y llevara a los enganchados con toda seguridad como si fueran prisioneros"; mandó al Prefecto de Huánuco que "no pagara sueldos a los empleados civiles y que les diera ración de tropa y que si no aceptaban continuar su trabajo en esa forma, los enrolara y mandara al ejército como soldados".

Reorganizó las montoneras que existían en las quebradas de la costa e hizo reconstituir las de la sierra. El mando de las primeras fue encomendado al Coronel Ortega, quien tenía a sus órdenes a los Coroneles Caparroz, Dehesa, Franco y Novajas; Sucre, al dar cuenta a Bolívar de que había señalado a Ortega para que mandara el conjunto de estas tropas auxiliares, le pide que "disponga quién debe ser el comandante general de tanta gente y de tantos Coroneles".

Los montoneros de la sierra obedecían al Coronel Francisco Otero, que comandaba las montoneras de los Coroneles Vidal y Guzmán, que actuaban en Yauli, las del Coronel Ninavilca, en Huarochirí, las del Mayor Suárez en Canta, y las del Comandante Fresco, en Reyes (Junín). El fraile Terreros, así como Huavique, operaban en la costa sur de Lima y después lo hicieron en Yauli.

Desgraciadamente, poco tiempo después de la entrega de los castillos del Callao, Novajas, Ezeta y Caparroz se pasaron a los realistas, conduciendo prisionero a su comandante general, el Coronel Ortega.

El Libertador hizo establecer férrea disciplina entre estos atrevidos voluntarios, que trabajaban animosamente sin pedir nada pa-

ra sí, jugando sus vidas en episódicos combates que iniciaban y llevaban a buen término sin más técnica que la que les dictaba su exaltada imaginación. Estos generosos patriotas pasaron por angustiosa expectativa antes de que se iniciara la campaña de junio, porque Bolívar ordenó que fuera ejecutado todo aquel "que no se le encontrara con su fusil", y, por carta de su secretario Heres, ordenó al Comandante Fresco "que hiciera fusilar a todos los oficiales de la montonera de Carhuamayo que se habían negado a continuar sirviendo, y que a los montoneros los mandara al ejército con buena custodia".

Para arbitrarse fondos y recursos el Libertador ordenó la apropiación de todo lo que tuviera algún valor en el vasto territorio que las tropas ocupaban. Las iglesias debían entregar todas las alhajas y joyas que tuvieran, exceptuándose sólo un cáliz, la custodia y un incensario, que era lo que les autorizaba a conservar para celebrar el santo oficio de la misa. A los pobladores se les arrebataron todas las prendas y artículos que pudieran ser útiles para el ejército; géneros para vestuario de la tropa, cuero para el correaje, víveres, metales, eran recogidos manu militari, sin dejar a sus legítimos dueños ni siquiera un comprobante; durante la noche se hacían allanar los alojamientos particulares, por tropas debidamente comandadas, con el fin de sorprender a los vecinos en pleno sueño e impedirles, de este modo, que ocultaran sus valores.

Cuando se produjo, la sublevación de la guarnición de los castillos del Callao, Bolívar, ordenó al General Martínez y después a Necochea, gobernadores generales de Lima, que se apoderaran de todo elemento de guerra que existiera en esta ciudad antes de evacuarla; su oficio a Necochea, de 8 de febrero, fechado en Pativilca, concluía así: "Nada tiene U. S. que esperar de los vecinos gratuitamente, todo es necesario pedirlo o tomarlo por la fuerza; este medio a la verdad es duro, pero en la actualidad es indispensable". En la misma fecha escribía a Sucre: "Necesitamos hacernos sordos al clamor de todo el mundo, porque la guerra se alimenta del despotismo y no se hace por el amor de Dios. Muestre usted un carácter terrible, inexorable".

Se impusieron fuertes cupos en la provincia de Trujillo, que entonces comprendía los actuales departamentos de La Libertad, Piura, Lambayeque y Tumbes. En Huánuco, Huamalíes, Yungay, Huaraz y Cerro de Pasco se procedía en la misma forma. En el Departamento de la Costa, que comprendía Huacho, Chancay, Supe y Barranca, el Prefecto Reyes, que no quiso apoderarse de los bienes de las iglesias, fue reemplazado por el Coronel Velazco, y corrió gran riesgo de que se le fusilara por su desobediencia. Cajamarca tenía, asimismo, intendentes muy severos para recolectar fondos y objetos de valor.

El General colombiano Lara, recién llegado, procedía en la misma forma en Huamachuco; Bolívar le escribía a Sucre: "Lara está en Huamachuco disponiendo todo y sacando dinero".

La pena de muerte con que el Libertador amenazaba a sus subordinados por la menor desobediencia a estas órdenes, hacía que se cumplieran con dureza, hasta volver odiosos a los intendentes y a los jefes que las ejecutaban, así como la tropa que los apoyaba. "Que

la plata llegue volando, volando", era frase repetida a menudo por el Libertador en su correspondencia, y que se ha hecho tradicional, como varias otras que se refieren a este período de rigor extremado.

La requisición de bestias de silla y de carga, de reses y ganado menor, hacía que sólo el ejército dispusiera de esta clase de elementos, debiendo los habitantes del país conformarse con lo que sobraba. El grano y los víveres, en general, pertenecían de hecho al ejército, cuyos soldados usufructuaban los campos, o los rozaban para no dejar elementos de vida al enemigo.

A principios de marzo el Libertador estableció su cuartel general en Trujillo, haciendo estacionar en ese lugar la mayor parte de la caballería. La ciudad de Trujillo, a la que declaró capital provisional del Perú independiente, le sirvió de residencia hasta que partió a la sierra el 11 de abril para vigilar, personalmente, el allegamiento de recursos que había encargado a sus Tenientes de esa región. Por otra parte, ya Trujillo estaba agotado y no había nada más que extraer de su población. Al llegar al interior, Bolívar estableció su cuartel general en Huaraz.

En los meses de mayo y junio visitó los acantonamientos de las tropas confiadas al Mariscal La Mar y al General Lara. Este último, que había llegado de Colombia con una fracción de tropas, cuando el Libertador se hallaba en Trujillo, pasó de aquí a la sierra estableciéndose en la región de Huamachuco, con todas las fuerzas colombianas.

La Mar permanecía en Cajamarca, donde había reunido los restos de las tropas peruanas de Santa Cruz, las unidades que se habían sublevado contra Riva Agüero, los soldados que el General Necochea salvó de Lima y del Callao cuando la entrega de los Castillos, y las fuerzas que se iban creando a medida que le afectaban reclutas de la costa y de la sierra; de esta manera formó una división peruana de más de tres mil hombres. Gran parte de los reclutas peruanos fueron destinados a completar los efectivos de los cuerpos de Colombia, razón por la que, a pesar de la cifra numerosa de enrolados peruanos, La Mar sólo llegó a tener el indicado efectivo.

El General Córdoba llegó a Pacasmayo con más tropas auxiliares colombianas el 27 de mayo; éstas formaron una división con el primer escalón de las mismas que, a órdenes del Coronel Figueredo, había desembarcado en Huanchaco el 22 del mismo mes.

Durante el período de organización, las tropas recién enganchadas se disciplinaron e instruyeron a la perfección, y los soldados de Colombia, más habituados al servicio militar, se aclimataron en la sierra.

Las directivas epistolares de Bolívar a sus Generales eran precisas para la aclimatación y adiestramiento de las tropas que debían emprender la guerra especial de la sierra. Detallista, como todos los grandes caudillos, Bolívar insistía con gran tenacidad en que los jefes cumplieran sus órdenes estrictamente y daba consejos e indicaciones para los asuntos más nimios.

La instrucción, basada en la más severa disciplina, se llevó a cabo con la mayor eficacia, y las tropas dieron todo lo que se les pidió en las batallas que se libraron en los meses siguientes.

Entre las recomendaciones del Libertador para la instrucción se indicaba: hacer marchar a los soldados "diez leguas por día", pa-

ra acostumbrarlos a las marchas forzadas; aclimatarlos al soroche, haciéndolos pasar crestas o cuellos elevados; enseñarles a avanzar sobre las pendientes con agilidad y ejercitarlos en correr una hora u hora y media, para precipitar sus movimientos cuando fuera necesario abordar al enemigo. En una carta de 10 de diciembre decía a Torre Tagle: "Debemos hacer marchar a nuestros soldados por las punas, para enseñarles a respirar el soroche y a saltar por entre peñas como los huanacos, en cuyo país vamos a hacer la guerra".

La presentación de las tropas era magnífica: las telas para los abigarrados uniformes que se usaban en esos tiempos, se habían conseguido en el país y se llegó, según escribe Sucre al Libertador desde Yungay, a transformar las bayetas y castillas, por un procedimiento especial, en telas unidas que tenían la consistencia y aspecto del mejor paño; los morriones confeccionados en Trujillo bajo la vigilancia de Bolívar, que puso en esa ciudad contribuciones en trabajo a los habitantes, tenían igualmente la mejor presentación; fornituras y correaje, se tenían en depósito con exceso. Las armas traídas de Colombia, en su mayor parte inglesas, eran perfectas, así como las que el Libertador encontró al servicio de los cuerpos peruanos y de las tropas que trajo San Martín; se procedió a su reparación y a la fabricación de cartuchos.

Las medidas que se tomaron para la conservación y adiestramiento del ganado eran también muy minuciosas. El Libertador dedicó gran atención a la aclimatación de las bestias de silla y carga, impidiendo que los caballos se mojaran con el agua helada de la sierra para evitar pasmos, y ordenando que se les hiciera marchar en pendiente, aumentando gradualmente el esfuerzo pedido. Dictó en persona disposiciones referentes al herrado, pidiendo herrajes a Guayaquil, Cuenca y Quito y haciendo que se forjaran del hierro de las verjas de los templos, arrancadas de su basamento con gran escándalo de frailes y creyentes; hizo fabricar clavos de herradura y dio desde Trujillo instrucciones detalladas al General Sucre, que se encontraba en la sierra, sobre la manera de poner los clavos y sobre la forma cómo se podría endurecer los cascos de los caballos costeños para las operaciones en el suelo rocalloso de la sierra; entre otros procedimientos, para lograr esto último, recomendó que se "quemaran los cascos con planchas de hierro caliente".

"Parecían increíbles los arbitrios de que se valía para suplir la falta de materiales que se necesitaban en la construcción de algún objeto; para hacer las cantinas, por ejemplo, hizo recoger todos los artículos de hoja de lata y jaulas de alambre en muchas leguas a la redonda. Faltaba el estaño para soldarlas; pero aconteció que un día, al levantarse de su asiento, se rasgó el pantalón en un clavo, examinólo al instante y resultó ser del metal de que había menester. Demás está decir que al día siguiente no quedó en ninguna casa de Trujillo, ni en las iglesias, una silla con clavos de estaño.

"El mismo enseñaba a hacer las herraduras y los clavos y cómo se debían mezclar las diferentes clases de hierro. Daba el molde para el corte de las chaquetas, a fin de economizar tela y daba instrucciones para teñirlas" *

* Memorias de O'Leary.

Este proceder, absolutamente militar, que consistía en la requisición de los recursos necesarios para emprender las operaciones y que el Libertador vigilaba personalmente, imprimiendo la mayor economía en los gastos, despertó la crítica acerba de los habitantes y determinó un gran odio por los colombianos a los que se juzgaba como opresores más exigentes que los mismos españoles.

Por este tiempo, Sucre tramontó tres veces consecutivas la cordillera de los Andes, haciendo el reconocimiento de los caminos y acantonamientos probables que existían en la zona libre entre los dos Ejércitos. Bajo la protección de las montoneras de la costa y de la sierra, cuya organización estableció, ejecutó planos y croquis y determinó todo lo que era necesario para la realización de la marcha de Huaraz a Cerro de Pasco. Fijó los lugares en los que se debían organizar las pascanas a lo largo de la ruta que se iba a seguir; indicó los recursos que eran necesarios almacenar en cada una de ellas; determinó la forma y los procedimientos que debían observarse para recolectar esos recursos: leña, víveres, forrajes, etc.; llegó al extremo de hacer construir algunas barracas y ramadas en la puna deshabitada, cuya instalación y sostenimiento encomendó a los montoneros de la región.

El servicio de espionaje se realizaba, asimismo con grandes resultados, permitiendo que los libertadores se hallaran informados de los menores movimientos del enemigo.

Los montoneros, en esta ocasión, prestaron grandes servicios a la causa de la patria y demostraron la actividad de que son capaces cuando se les manda bien. Su jefe, el Coronel Francisco Otero, abnegado patriota y muy conocedor de la región, cumplió admirablemente todas las tareas que le fueron encomendadas.

Hacia el norte de Huaraz fueron enviados el Coronel irlandés O'Connor *, y el Coronel alemán Althaus, para que estudiaran el terreno que quedaba detrás de las tropas, en el que Bolívar pensaba defenderse si hubiera sido atacado, primero, por el enemigo.

En conclusión, Bolívar necesitaba tener en su mano la suma del Poder. Para conseguirlo hizo nacer y fomentó la división entre los políticos y militares peruanos y se aprovechó después de estas divisiones para entronizarse como supremo juez y árbitro de los destinos del país.

Le urgían recursos y los consiguió, sacrificando a los menos para obtener el bien de todos.

Teniendo el poder absoluto y los recursos necesarios fabricó un arma —el Ejército de Junín y Ayacucho— que forjó pieza por pieza: moral y disciplina, fuerzas del espíritu; víveres y vestidos, elementos necesarios al cuerpo; organización e instrucción, condiciones militares que no se pueden eludir.

Con un arma así forjada y templada, le bastó empuñarla y esgrimirla en Junín para espantar al adversario, que huyó alebronado ante la cabal sorpresa que consiguió el Gran Caudillo.

* Autor de una original autobiografía que escribió en la senectud, en la que se atribuye todos los planes e iniciativas brillantes que brotaron en la gesta emancipadora y aun después, en que siguió actuando en Bolivia.

atrás las posiciones que podían ser defendidas en caso que el enemigo tomara la ofensiva y con sus tropas perfectamente organizadas, no faltaba sino una orden, una chispa, para descargar ese maravilloso cúmulo de energías, para desencadenar, como un torrente, a esas magníficas divisiones, endurecidas en el trabajo, resistentes a la fatiga y henchidas de ideal.

REALISTAS

Por este tiempo los realistas atravesaban aguda crisis. El General Olañeta, que había comenzado meses antes a desatender las disposiciones del Virrey, se declaró el 20 de junio en abierta rebelión y hubo que enviar al Alto Perú al General Valdez para que, con sus tropas, lo redujera a la obediencia.

Con el desplazamiento al sur del General Valdez, el dispositivo realista rompió su equilibrio. Las tropas de este habilísimo jefe eran las más maniobreras y mejor organizadas; por reunir estas cualidades el Virrey las había establecido en Arequipa, desde donde se hallaban listas, sea para trasladarse a los puertos del sur, como vanguardia general del dispositivo, sea para dirigirse hacia el Alto Perú, lo que por entonces parecía poco necesario, puesto que los patriotas argentinos y chilenos sólo se ocupaban de lo que ocurría en sus propios territorios; sea, en fin, para ir en socorro del Ejército del Norte que, a órdenes de Canterac, era el más amenazado dada la proximidad de los patriotas y los aprestos que éstos realizaban, de lo que tenían perfecto conocimiento los Generales españoles.

El Virrey había pensado en hacer retroceder lentamente hacia el Norte al General Olañeta, si por esos días se hubiera presentado una expedición argentina, de este modo reunía sus fuerzas, aunque fuera con pérdida del territorio ocupado, para hacer frente a los acontecimientos que se esperaban en la región de Jauja. La sublevación de Olañeta, que le obligó a enviar al General Valdez hacia el Alto Perú, trastornaba completamente todas sus previsiones. La crisis era para él gravísima, porque sus tropas de enroque iban no sólo a tomar emplazamientos excéntricos, sino que serían atraídas al sur, en seguimiento de Olañeta, que declaró que no emprendería la ofensiva y que se limitaría a defenderse al sur del Desaguadero.

Por el momento el Virrey debía tratar de reducir al sublevado, a fin de ganar fuerza moral, continuar usufructuando la región que el disidente ocupaba y batir al enemigo más próximo.

Las operaciones con que amenazaban los patriotas podían retrasarse por cualquiera circunstancia o por algún azar de la preparación; además, se suponía fundamentalmente que las tropas de Canterac bastaban para detener toda empresa de aliento que aquéllos emprendieran. Por otra parte, desde hacía algunos meses se había decidido que Canterac avanzara sobre Huaraz para destruir a las fuerzas patriotas aún en formación; pero distintas circunstancias, entre las que no era la menor la dificultad de comunicaciones que existía entre los agrupamientos realistas, habían retardado la ofensiva que se realizó más tarde, cuando su oportunidad había pasado.

Tal era la situación general y los planes de operaciones de los caudillos de Huaraz y de Sicuani, al comenzar el mes de junio de 1824.

MARCHA DEL EJERCITO LIBERTADOR *

A fines de mayo, antes de comenzar la marcha a la región del Cerro de Pasco, el ejército patriota se hallaba escalonado ampliamente, desde Cajabamba, hasta la región de Cajatambo.

El "Batallón de la Legión", los Batallones 1, 2 y 3 y las seis piezas peruanas de artillería, que formaban toda la artillería del ejército, constituyendo la División La Mar, se encontraban acantonados en Cajabamba y Huamachuco. En este lugar se hallaba también el "Regimiento de Húsares del Perú".

Los batallones colombianos se encontraban escalonados desde Huaylas hasta la región de Cajatambo, a lo largo del Callejón de Huaylas, ocupando los lugares siguientes:

—en Huaylas y Caraz, los Batallones "Vencedor" y "Rifles", respectivamente;

—en Aquia, el Batallón "Vargas", con orden de efectuar correrías hacia Canta para llamar la atención de los realistas por ese lado.

—en Chiquián, "Voltígeros" y "Pichincha", para continuar hacia Cajatambo;

—en Huari, el Batallón "Bogotá";

—en Caraz y Yungay, respectivamente, los "Húsares de Colombia" y los "Granaderos de Colombia";

—en Caraz, acantonaban también los "Granaderos de los Andes", junto con la caballería colombiana, ya mencionada.

Este amplio escalonamiento del ejército estaba cubierto en su frente y flanco por las montoneras, divididas en dos grandes núcleos, como ya se ha dicho.

Convencido Bolívar, por la veracidad absoluta de las informaciones que le llegaban continuamente, de que Valdez se había trasladado con sus tropas hacia el Alto Perú, dispuso lo conveniente para emprender la marcha sobre el Cerro de Pasco y ulteriormente sobre Jauja, donde se encontraba Canterac. Su intención era aprovechar el trastorno que causaba Olañeta con su rebeldía, para lanzarse sobre el agrupamiento más próximo que, por el momento, no podía ser socorrido.

La primera fase de la ofensiva patriota implicaba la realización de una serie de marchas que debían conducir al ejército a la región de Cerro de Pasco. Estas marchas iban a realizarse por uno y otro lado de la cordillera, es decir, siguiendo las direcciones en que se hallaban orientados los núcleos principales.

* El Libertador dio la orden para emprender el movimiento en los primeros días de junio y se dirigió personalmente a Huánuco, luego a Huariaca y ulteriormente a Cerro de Pasco.

Durante los meses de junio y julio las divisiones del Ejército patriota se ponen en marcha para alcanzar la región del Cerro de Pasco.

---

* Croquis Nº 19.

La División Peruana marchó por Huaylas y Huaraz, atravesando la cordillera por Chavín de Huantar, para dirigirse por Lauricocha a la región ya mencionada.

Los batallones colombianos se dirigieron sobre Caina: "Vencedor" y "Rifles", por Chavín, Huallanca y Baños; "Pichincha", "Voltígeros" y "Vargas", por la provincia de Cajatambo. De Caina continuaron sobre Tupac, Yacán, Chango, Chacayán, Vilcabamba, Yanahuanca en el valle de Huácar, que alcanzaron entre el 14 y el 16 de julio de 1824, para continuar la marcha, ya reunidos, hacia el Cerro de Pasco.

El Batallón "Bogotá" con el escuadrón irregular "Lanceros de la Victoria", enviado a Huari desde el 4 de febrero por orden de Bolívar, se dirigió de este lugar hacia Huánuco, para de allí remontar el valle de este nombre y seguir por Huácar el itinerario de los demás batallones.

Toda la caballería patriota marchó por el callejón de Huaylas hasta Pachacoto, para continuar en seguida por el itinerario de los Batallones "Voltígeros" y "Pichincha".

Finalmente, el Batallón "Caracas", desembarcado en Santa a fines de junio, se encaminó por Huaylas, Huaraz, Chavín para reunirse al ejército patriota.

No habiéndose presentado ningún obstáculo por parte del enemigo, y gracias a las informaciones y cobertura proporcionadas por los montoneros, el ejército realizó su movimiento en forma normal, quedando concentrado, entre el 31 de julio y el 1º de agosto, en la región Cerro de Pasco-Rancas.

El ejército de Bolívar ha sido la masa más grande de tropas que ha cruzado los Andes del Perú en esa región, por los cuellos y parajes más elevados y difíciles, a 4300 metros sobre el nivel del mar y con un recorrido total de 300 kilómetros.

Mientras se realizaba la marcha, el espionaje cumplía sus fines gracias a la actividad y entusiasmo de los civiles, que trasmitían las informaciones por medio de propios y de chasquis.

La exploración y la cobertura, confiadas a las montoneras, dirigidas por Miller a partir del 25 de julio, desempeñaron perfectamente su papel. Los montoneros tomaron el contacto, hostilizaron al enemigo, reconocieron el frente de éste, y lo contornearon penetrando por sus flancos hasta Yauli y Tarma y organizaron un magnífico servicio de datos.

Las jornadas que debían hacer las divisiones fueron marcadas de antemano y las pascanas en que debían detenerse perfectamente establecidas, permitiendo el abastecimiento, al terminar la marcha, de los víveres más apropiados: charqui, papas, maíz, que se conservan indefinidamente, almacenados en los tambos o aún a la intemperie. La leña para la cocina y el ichu y la cebada para el ganado, también habían sido acumulados con tiempo.

Para la atención de los enfermos y cansados se habían levantado algunos barracones, espaciados a lo largo de la ruta, dotados de los principales medicamentos y de yerbas de remedios; grandes ramadas para el ganado, organizadas con la debida anticipación, completaban tales instalaciones, habiéndose habilitado éstas sólo para las soedades de la puna, evitando su instaación cuando las jornadas debían terminar en un caserío cualquiera.

Para completar el avituallamiento se trasportaba con las columnas toda clase de víveres y otros elementos, que eran conducidos por largas filas de indios cargadores, enganchados por requisición de habitantes. Algunos millares de reses en pie, tomadas por rodeo, seguían a las tropas.

Se dotó de ponchos a los soldados para que se protegieran contra el frío y la intemperie. Cada jinete montaba una mula para las marchas y disponía de un caballo para el combate; esta medida favorecía el transporte de pesos suplementarios e imprevistos y aun permitía conducir infantes cansados o cargas de infantería, equipos y demás.

Por fin, se dictaron disposiciones regulares para la ejecución de la marcha. El Ejército se fraccionó en tres columnas. Se dispuso que a la cabeza de cada unidad marcharan hombres dotados de herramientas para hacer las pequeñas reparaciones que son necesarias en los caminos de ladera. En los estrechos senderos que debió recorrer el ejército, el alargamiento era exagerado, y más aún si se tiene en cuenta que cada soldado de caballería tenía dos bestias de silla; las medidas para evitar los inconvenientes del alargamiento, toques de clarín en la niebla o en la noche, plantones en las encrucijadas, jalonadores, etc., se tomaron cuidadosamente.

Bolívar y Sucre fueron, dirigiendo esta operación, dignísimos émulos de los más grandes capitanes y justificaron los pomposos dictados que han merecido de la Historia.

FUERZAS EN PRESENCIA

PATRIOTAS

Desde fines de julio principiaron a llegar al Cerro de Pasco las unidades del ejército, y su concentración estuvo terminada, sin mayor dificultad, el 1º de agosto. Las tropas se establecieron en la región Quillococha, Rancas, Sacramento, con un efectivo aproximado de 10.000 hombres de las tres armas.

El Libertador fijó el día 2 de agosto para pasar una revista general en la pampa del Sacramento. En esa parada comprobó la buena condición y presentación de las tropas e hizo efectuar algunas evoluciones para verificar el estado de la instrucción.

El ejército tenía una presentación tan brillante que Miller escribió, desde Caraz, a un amigo suyo de Londres: "Yo le aseguro que los libertadores, tanto la infantería como la caballería, pueden presentar una revista militar en el campo de Saint James y llamar la atención".

Estas condiciones de la tropa influían en el ánimo de los soldados y en el de los civiles que presenciaron sus evoluciones, levantando el espíritu de unos y otros.

Uno de los hombres más distinguidos del Perú, Sánchez Carrión, decía a un dirigente de Chile: "Cuanto pueda depender del Arte de la Guerra, está en favor del Ejército Unido; los numerosos cuerpos que lo componen, el extraordinario entusiasmo que los anima, el valor y decisión de los oficiales y, sobre todo, la dirección que a esta gran masa de bravos da S. E., el Libertador, con un tino y una consagración inexplicables, afianzan la victoria de una mane-

ra tan segura, que sería extraño en el orden natural de los sucesos, cualquier resultado contrario a las armas de la Patria".

El Libertador, después de la revista, arengó a las tropas en vibrantes términos, que dieron lugar a la proclama escrita, que transcribimos en seguida:

"¡Soldados! Vais a completar la obra más grande que el cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud.

"¡Soldados! Los enemigos que vais a destruir se jactan de catorce años de triunfos: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras que han brillado en mil combates.

"¡Soldados! El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria: y aún la Europa liberal os contempla con encanto porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo. ¿La burlaréis? ¡No! ¡No! Vosotros sois invencibles".

Bolívar organizó un cuartel general de la Dirección de la Guerra, que él ejercía, nombrando jefe de Estado Mayor de éste al General Andrés de Santa Cruz, y constituyó el Ejército Libertador en la forma siguiente:

Comandante en jefe: General Antonio José de Sucre

Jefe de Estado Mayor General: General Agustín Gamarra

DIVISION VANGUARDIA (II División Colombiana)

Comandante: General José María Córdoba

Batallones de infantería de Colombia	"Caracas" "Pichincha" "Voltígeros", antes "Numancia". "Bogotá"
Caballería	"Granaderos de Colombia" (2 esc.). "Granaderos de los Andes" (1 esc.). "Húsares del Perú" (1 esc.) .

DIVISION CENTRO (División Peruana)

Comandante: Mariscal de Campo José de La Mar

Batallones de infantería del Perú	"Legión Peruana" "Nº 1 de la Guardia" "Nº 2". "Nº 3"
Caballería	* "Húsares del Perú" (2 esc.).
Artillería	Seis piezas, con el personal correspondiente.

* "Primer Regimiento de Caballería del Perú", antes "Coraceros", formado por soldados peruanos de la región del Norte, que mandaba La Fuente cuando la destitución de Riva Agüero. Tenía tres escuadrones, uno en la División Vanguardia y dos en la Peruana.

DIVISION RETAGUARDIA (I División Colombiana)
Comandante: General Jacinto Lara

Batallones de infantería de Colombia	"Rifles" "Vencedor en Boyacá". "Vargas"
Caballería	"Húsares de Colombia" (3 esc.). Partidas sueltas de montoneros, al mando del General Correa, con un total de 1200 hombres.

Comandante general de la caballería del ejército: General Mariano Necochea. Esta arma, como se ha visto, fue afectada a las divisiones para la organización y marchas.

Comandante de la caballería peruana, incluyendo al escuadrón de "Granaderos de los Andes": General Guillermo Miller.

Comandante de la caballería colombiana: Coronel Lucas Carbajal.

REALISTAS

Después de la "Campaña del Talón", el Virrey había dividido sus tropas en dos ejércitos: el del Norte, con 8000 hombres, a órdenes de Canterac, y el del Sur, con 7000, bajo el mando del General Valdez; de este ejército dependía la división con que Olañeta guarnecía el Alto Perú; 1000 soldados estaban en el Cuzco, a órdenes directas del Virrey, y 2000 se hallaban distribuídos en pequeños destacamentos y afectados a la guarnición de los castillos del Callao. El total de las tropas realistas ascendía a 18.000 hombres.

La composición del Ejército del Norte, a cargo de Canterac, era la siguiente:

Infantería	Batallón "1º del Infante" " "1º del Imperial" " "Burgos". " "Cantabria".	División Maroto
	" "Castro". " "Victoria". " "Guías". " "Centro". " "2º del Primer Regimiento".	División Monet.
Caballería	Un escuadrón "Húsares de Fernando VII". Un escuadrón "Dragones del Perú". Cuatro escuadrones de "Dragones de la Unión"	
Artillería	Nueve piezas.	

La infantería de Canterac formaba dos divisiones, que tenían aproximadamente 3500 hombres cada una mandadas por los Brigadieres Maroto y Monet; la caballería formaba una división con 1300 plazas, a órdenes del General Bedoya.

OPERACIONES PRELIMINARES

* Cuando el Libertador llegó a Cerro de Pasco, tuvo conocimiento de que Canterac había emprendido marcha hacia el norte, abandonando sus cantones el 1º de agosto; esta información no permitía, sin embargo, precisar la ruta que escogerían los realistas.

Por su parte, los patriotas podían elegir entre las dos rutas paralelas que del Cerro de Pasco se abren hacia el sur: una al oeste y otra al este del lago de Junín. Siguiendo la primera, aprovecharían del obstáculo que presenta el río Mantaro, que les permitía el desplazamiento sin correr el riesgo de ser abordados sorpresivamente por un adversario que operara en la otra margen; tomando esa ruta se avanzaba en la dirección más favorable para la ofensiva, penetrando entre el ejército de Canterac y la dirección general de Lima con lo que se separaba, en cierta medida, a los agrupamientos realistas de Jauja y de los castillos del Callao cortándoles sus comunicaciones; por último, esta dirección daba mayor espacio a los libertadores para envolver al adversario, interponiéndose entre él y Jauja y pudiendo recobrar su frente normal en todo caso, previo un desplazamiento lateral hacia la costa. El único inconveniente que se presentaba al tomar ese camino era que había que recorrer más distancia para llegar al mismo punto.

Teniendo en cuenta las antedichas circunstancias, los independientes emprendieron la marcha el 3 de agosto, dirigiéndose a Cochamarca donde estacionaron; al día siguiente continuaron al Diezmo situado a 30 kilómetros del Cerro de Pasco; de este lugar prosiguieron sobre Conocancha, que alcanzaron el 5, donde supieron que Canterac operaba en la margen oriental del lago, o sea sobre la ruta paralela a la que ellos llevaban.

Efectivamente, mientras que los patriotas marchaban al sur por el camino indicado, los realistas habían salido de Jauja para alcanzar Tarma dirigiéndose de allí por Tilarnioc y Reyes, a Carhuamayo; llegado Canterac a este lugar, detuvo en él a sus divisiones de infantería, a cargo de Monet y de Maroto y continuó con la caballería hasta Cerro de Pasco, para buscar datos del enemigo; cuando llegó a esta última localidad se informó, con gran sorpresa, de que los patriotas ya habían abandonado esa región y que marchaban al sur por la margen occidental del lago.

Tal era la situación de ambos adversarios en la noche del 5 de agosto, víspera de la batalla de Junín.

Cuando Bolívar recibió en Diezmo, el 4, y en Conocancha, el 5 de agosto, las informaciones que le precisaban cuál era la situación de los realistas, trató, con muy claro concepto, de ganar rápidamente la línea de comunicaciones del enemigo (como lo dice en una carta del día 7), para lo que ordenó el avance del ejército hacia el pueblo de Reyes, vadeando el Mantaro en Carhuaro, a fin de hallarse sobre la ruta que había traído Canterac en su marcha al norte, que era la única de que éste disponía para regresar a sus bases. De tal, manera, el Libertador pensaba simplemente en provocar una acción con los frentes invertidos, pero estuvo a punto de tomar a su enemigo en "flagrante delito de retirada".

---

* Croquis Nº 20.

Canterac, por su parte, luego que tomó datos en el Cerro, se replegó rápidamente con su caballería hacia Carhuamayo, donde se reunió con la infantería en la misma noche del 5 y ordenó la marcha al sur de todo su ejército, con el fin de recobrar su frente normal.

Los dos adversarios comenzaron, pues, a converger sobre Reyes por las dos márgenes del lago en la madrugada del 6; la distancia por recorrer para llegar a este pueblo era casi igual, alrededor de 35 kilómetros, para los dos ejércitos; una pequeña diferencia en la hora de partida y la rapidez de marcha de las tropas realistas, que fue favorecida por la naturaleza del terreno, permitieron que Canterac pasara por el punto peligroso, o sea por Reyes, dos horas antes que Bolívar desembocara en la pampa de Junín, por la quebrada de Chacamarca. Esta quebrada corta la cadena de montañas de la margen occidental del lago en dirección a Reyes; el pueblo de Reyes hoy Junín, queda a la vista desde el abra de Chacamarca.

BATALLA DE JUNIN

6 de agosto

* A las 2 de la tarde del 6 de agosto los realistas habían salido de Reyes hacia la pampa de Junín y se hallaban a 10 kilómetros al sur de ese lugar, en dirección a Tarma; Bolívar tramontaba en ese momento la cadena que, circundando el lago, limita por occidente la extensa llanura. La orientación de la marcha de los patriotas está determinada por la frase de Canterac, cuando dice en su parte de la batalla: "Aparecieron por la derecha de mi retaguardia".

Sólo la caballería patriota, fuerte de 900 hombres, había llegado a la vista del enemigo, pues, a pesar de que las tropas del grueso recibieron orden de precipitar su marcha, estaban aún a 10 kilómetros atrás. Bolívar había perdido la ocasión de cortar la retirada a Canterac y las tropas del Rey conseguían, gracias a una pequeña ventaja de itinerario, escapar a su destrucción total. El Libertador había obtenido sólo el resultado mínimo de su maniobra: hacer que el enemigo cediera terreno; pero el máximo, consistente en aparecer a su espalda para obligarlo a la batalla, no se podía conseguir por el retraso sufrido.

Desde lo alto del abra de Chacamarca, Bolívar ve desfilar por la pampa a las tropas realistas, que burlan su acción; a fin de retardar a Canterac, piensa entonces "engancharlo", atrayéndolo a un combate parcial, con el que espera dar tiempo para que llegue su propia infantería. En cumplimiento de esta decisión lanza al llano a sus escuadrones, orientándolos hacia el enemigo.

El Libertador, a proximidad de las primeras líneas, presencia el descenso precipitado y el despliegue en el llano de su caballería. El despliegue es casi irrealizable: los contrafuertes de la cordillera, que la tropa acaba de descender, a la derecha, y un extenso pantano, a la izquierda, hacen que las unidades sólo puedan formar con frente de un escuadrón. La dificultad era tan grande que un escuadrón de "Húsares del Perú", que comandaba Suárez, quedó dentro

---

* Croquis Nº 21.

de la quebrada de Chacamarca esperando su turno para entrar en la línea y sin desplegar aún, cuando se produjo el choque.

Canterac en esos momentos, durante su marcha a través de la pampa, vio que la caballería patriota, con su rápido descenso al llano, le provocaba con osadía y entonces, contando con la visible superioridad numérica de la suya, ordenó que sus jefes de división de infantería continuaran la marcha al sur para burlar la manifiesta intención de su adversario, que quería engancharlo, y decidió parar en persona el ataque de los patriotas, lanzándose con sus 1300 jinetes sobre los mal apercibidos escuadrones del Libertador, que iban alcanzando la llanura con esfuerzo y desplegándose con dificultad.

Entretanto la caballería patriota llegó a establecerse en columna de escuadrones, en el siguiente orden:

Dos escuadrones de "Granaderos de Colombia", en batalla, con Braun; sólo éstos formaban el frente de choque, sobre el que se estrellaron los seis escuadrones de Canterac;

Un escuadrón de "Granaderos de los Andes", en batalla, tras los anteriores, con Bruix;

"Húsares de Colombia", tres escuadrones sucesivos en batalla, con Silva;

"Húsares del Perú" (2 esc.), con Miller, que tuvo orden de desbordar la derecha del ataque realista y, en consecuencia, se abrió a la izquierda hacia los pantanos;

"Húsares del Perú" (1 esc.), con Suárez, cuyo frente quedaba casi perpendicular al de los últimos elementos de la columna de escuadrones, en que se hallaban los patriotas al recibir el choque.

Canterac efectuó una brillante conversión a su derecha, para separarse de la columna que formaban sus divisiones de infantería y desplegó en una sola línea a los escuadrones "Húsares de Fernando VII" y "Dragones del Perú"; hizo reforzar las alas de su dispositivo por los cuatro escuadrones de "Dragones de la Unión", dispuestos en columnas de medio regimiento sobre la misma línea, para favorecer de esta manera el desbordamiento y envolvimiento del estrecho frente que tenía el enemigo; su formación comprendía, pues, cuatro escuadrones en el frente y dos en segundo escalón, detrás de las alas. Luego que sus tropas desplegaron sobre la marcha, se lanzó a la carga desde el punto en que se encontraba, a dos kilómetros de distancia, para impedir que los patriotas tuvieran tiempo de concluir su despliegue y para caer sobre ellos antes de que salieran "del mal paso que cruzaban", según expone en su parte.

Eran cerca de las 4 de la tarde cuando se produjo el choque de ambas masas de caballería. La fuerza del número y las condiciones del dispositivo dieron todas las ventajas a los realistas, que, desbaratando a los dos escuadrones patriotas de primera línea, hicieron volver caras a los demás, que abandonaron en desorden el campo de batalla. Los "Granaderos de Colombia" resistieron a pie firme el primer choque, enristrando sus largas lanzas y detuvieron con su ejemplo, durante un instante, el precipitado repliegue de los patriotas. Entre los primeros que se retiraron se contó a Bolívar, "que cruzó como un relámpago la distancia que lo separaba de la infantería" *, la que se había aproximado, en el ínterin, hasta cinco kilómetros del campo de batalla.

---

* Documentos Históricos de Odriozola, tomo VI

Los realistas, empeñados en la inmediata explotación del éxito, sólo pensaron entonces en dar alcance a los que fugaban, sin que pudiera contenerse la confusión y mezcla de las tropas de ambos bandos en la refriega. Como Canterac no disponía de ninguna unidad reservada que pudiera parar los imprevistos, los perseguidores estaban a merced del primer elemento patriota que se conservara en orden.

Y, en efecto, así sucedió, pues el primer escuadrón de "Húsares del Perú", que se hallaba a órdenes del Teniente Coronel argentino Suárez, había quedado, como hemos visto, en espera de la oportunidad de entrar a la línea o, mejor dicho, de tomar su sitio como último elemento de la columna de escuadrones, para de allí pasar a la línea general cuando hubiera el frente de despliegue necesario. Los "Húsares" notaron desde su emplazamiento el desorden de los perseguidores que, mezclados con los perseguidos, pasaron como una tromba delante de ellos, presentándoles el flanco izquierdo. Esta favorable oportunidad dio a su jefe la determinación de intervenir, lo que hizo, efectivamente, lanzándose a la carga sobre la espalda y el flanco de la caballería realista. El escuadrón de Suárez, que estaba próximo y en orden, que actuaba por sorpresa y conservando su cohesión, era el refuerzo poderoso que los patriotas necesitaban *.

Cuando "Húsares del Perú" apareció bruscamente sobre el flanco y retaguardia de los obstinados perseguidores, éstos se desordenaron al tener que atender a un nuevo adversario que aparecía en orden y en dirección insospechada; pronto se desmoralizaron y volvieron caras "inesperadamente, sin que se pudiera imaginar cuál fue la razón", dice Canterac en su parte de batalla. La refriega de "Húsares" con los victoriosos realistas duró breves minutos, que dieron tiempo a los escuadrones patriotas, ya en retirada, para que se rehicieran y volvieran a la lucha.

Inclinada la victoria del lado de los independientes, por un verdadero azar, éstos se transformaron de perseguidos en perseguidores; y los "Granaderos de Colombia" sablearon y lancearon a los escuadrones de Canterac hasta las líneas de su propia infantería.

La acción duró 45 minutos y en ella no se hizo un solo disparo.

RETIRADA DE CANTERAC Y AVANCE DE LOS PATRIOTAS

A pesar de que los realistas sólo tuvieron en la acción 248 bajas, entre muertos y heridos, y 80 prisioneros, el golpe recibido infundió tal desaliento en el espíritu de Canterac, que en la misma noche del 6 emprendió una precipitada retirada, no ya con el fin de regresar a sus acantonamientos de Jauja, como había sido su propósito anterior, o tratar de hacer frente a los patriotas en el valle del Mantaro, sion para poner la mayor distancia posible entre su ejército y el del enemigo.

Es así como el 7 alcanzó Jauja y el 8 Huayucachi, habiendo cubierto en estos dos días, casi sin descanso, la considerable distancia de 160 kilómetros. Desde este último lugar se dirigió al Virrey haciéndole conocer el desastre de su caballería y pidiéndole, angustio-

* El entonces Mayor Rázuri, peruano, natural de San Pedro de Lloc, declara en documentos debidamente legalizados que la iniciativa de este ataque le correspondió.

samente, que Valdez acudiese en su auxilio. En su parte, le expresaba que proseguía su retirada, como si el enemigo lo hostilizara, pero sin señalar el límite de ésta, ni tampoco manifestar ninguna idea de resistencia.

Habiendo descansado sólo una noche en Huayucachi, el 11 alcanzó Izcuchaca, cuyo puente hizo cortar; continuó después por Acobamba y Huanta, llegando a Huamanga el 22. En este lugar tampoco se detuvo, pues continuó hasta trasponer el Pampas, donde al fin hizo tomar aliento a sus tropas.

Las consecuencias de esta precipitada retirada tenían, por fuerza, que serle funestas. Bagajes perdidos o abandonados, rezagados que iban jalonando el camino y desertores en alarmante número, habían constituído el pasivo de las pérdidas materiales; pero al lado de éstas, tanto o más graves fueron las de orden moral. El desaliento natural de las tropas, que en su mayoría no alcanzaban a penetrar el porqué de estas vertiginosas marchas, que más propiamente tenían el carácter de una fuga, se esparcía en las poblaciones del tránsito, dando de esta suerte un golpe mortal al prestigio de la causa realista, robustecida hasta entonces por los éxitos anteriores y por la ignorancia en que vivían los habitantes de estas regiones con respecto a las actividades de los patriotas. A estas consecuencias se debe agregar los conflictos que se suscitaron entre la impaciencia de Canterac por alejarse y la reflexión de algunos de sus altos subordinados; efectivamente, cerca de la Mejorada, en el pueblo de Paucará, el General Maroto quiso imponerse ante el Comandante en Jefe para que tomase una decisión más acorde con la situación, puesto que los patriotas no daban señales de su presencia, pero, la actitud de Maroto fue mal vista por el General, y así, aquél debió dimitir su cargo de comandante de división y marcharse solo al Cuzco.

Cuando el Virrey tuvo conocimiento de lo ocurrido en el Ejército del Norte, prescribió a Canterac que, sin comprometerse demasiado, procurara sacar el mejor partido del terreno en que actuaba a fin de dar tiempo a la llegada de Valdez, a quien ordenó, al mismo tiempo, que abandonando a Olañeta, volase al Cuzco.

Pero Canterac había perdido el tino completamente; no obstante que los patriotas continuaban alejados, que su propia detención de 15 días en la región del Pampas había rehecho el estado físico y moral de sus hombres, no quiso saber nada de su adversario y optó por esperar la concurrencia de las tropas de Valdez, o de las que se encontraban en el Cuzco, al abrigo de una fuerte posición. Eligió como tal la margen derecha del Apurímac, sobre la que se replegó definitivamente a mediados de setiembre.

En su retirada, Canterac había perdido, en cifras redondas, el considerable número de 3000 hombres, comprendiendo a los desertores, rezagados, enfermos o extraviados y, al lado de esto, había abandonado almacenes, armas y municiones.

Después de la victoria de la caballería patriota en Junín, Bolívar se dirigió a la población entonces llamada Reyes, donde permaneció con todo el ejército, celebrando el triunfo, hasta el día 8. Durante este tiempo se incorporó al ejército el escuadrón "Guías de Venezuela", de escaso efectivo.

La detención del ejército en Junín dio por resultado que los patriotas perdieran la magnífica oportunidad de aumentar, por lo menos, el desconcierto que habían producido en el ejército de Canterac

Bolívar sólo dispuso que algunas partidas de montoneros —a cuya cabeza se encontraban intrépidos jefes, como los Coroneles Carreño, Otero, Terreros, Estomba, el Comandante Peñaloza, Mayor Astete, y otros—, marcharan sobre las huellas de los realistas con la misión de hostilizarlos y dar cuenta de sus movimientos.

El 9 de agosto el ejército patriota abandonó Junín marchando a Tarma donde acampó el mismo día, el 11 siguió a Jauja, el 14 a Huancayo y el 22 a Huanta, donde quedó una parte del ejército, continuando la otra a Huamanga, precedida por una vanguardia, donde estuvo el 24.

Después de la victoria el Libertador no se contrae a la acción militar y no ordena la consiguiente persecución, sino que se dedica exclusivamente a extender su autoridad política en los pueblos que las tropas iban ocupando. Al mismo tiempo, dictaba disposiciones para estrechar a Rodil y procuraba ganarse a Olañeta o, cuando menos, alentarlo en su rebelde actitud *.

Parece que al proceder así, Bolívar creyó que sería estéril la persecución del enemigo en un territorio por demás difícil, con tropas menos maniobreras que las realistas y que acababan de realizar penosísima marcha, las que hubieran sufrido considerable desgaste al emprender enérgica y veloz persecución.

Las disposiciones que tomó con los montoneros, le pareció que bastaban para tener conocimiento oportuno de los movimientos del enemigo, sirviendo, en cierta medida, para favorecer sus deserciones.

Cuando el Libertador llegó a Huamanga fue informado de la detención de Canterac sobre el río Pampas, y, más tarde, a mediados de setiembre, supo igualmente que el citado general se replegaba sobre el Apurímac.

Esto datos decidieron al Libertador a dirigirse más al sur para ganar mayor extensión de terreno. Ordenado el movimiento, el ejército patriota, al mando del General Sucre * * reemprendió su marcha entre el 14 y 18 de setiembre, precedido por el Escuadrón "Granaderos de Colombia" y la división Lara, como vanguardia. El 24 del mismo mes, el ejército alcanzaba Challhuanca, donde se detuvo, mientras las partidas de montoneros de esa región ocupaban Abancay y otros puntos de la orilla izquierda del Apurímac.

El ejército estacionó en Challhuanca y alrededores, ocupando dicho pueblo el cuartel general, parte de la caballería y los parques de artillería.

---

* Con este objeto o con el de ahondar las dificultades de Olañeta con el Virrey, Bolívar expidió una proclama en la que daba a dicho General realista el título de Segundo Libertador del Perú.

* * Después de Junín, Bolívar comisionó a Sucre para el recojo de los heridos y rezagados, recayendo el comando del ejército en el General La Mar.

Sucre, después de cumplir la comisión mencionada, se manifestó ofendido, pues la conceptuó como una humillación, por lo que fué ampliamente desagraviado por el Libertador.

Carta de Sucre al Libertador, de 28 de agosto — Carta de Bolívar, 4 de septiembre (respuesta a la anterior).

CONSIDERACIONES

Si se tiene en cuenta que en la guerra todo es previsión, se debe reconocer el acierto de las disposiciones de Bolívar que, hasta la batalla de Junín desempeñó su función de jefe sujetándose a todas las prescripciones del Arte de la Guerra y proveyendo a sus tropas de todos los elementos que necesitaban, para presentarse delante del enemigo con las mayores probabilidades de éxito. Sobre la base de esta buena situación material, se afirmó la enorme superioridad moral con que las divisiones libertadoras entraron en campaña.

Hablando de Bolívar y refiriéndose al rigor y arbitrariedad de sus medidas, se ha dicho: "Cuando el huracán bate las alas prepotentes; cuando el mar se encrespa en trombas y tumbos, y silba, y se remueve de superficie a fondo, la naturaleza no piensa en lo que puede eliminar, ni se duele de aquello que llega a destruir; no se para a gemir sobre los restos de las aves que se precipitan fulminadas sobre las arenas, ni ante los peces barridos que se debaten y ahogan con las brisas de la playa; su objeto es purificar, rehacer, reconstruir. Y reconstruye, en efecto, sobre las ruinas y hecatombes del pasado, porque es ley humana que la muerte sirva de fuente y de comienzo a la aurora de otra vida" *.

Bolívar fusiló, arrebató los tesores de los templos, puso la mano en la fortuna pública y privada, y no vaciló en imponer su voluntad por cualquier medio y a pesar de todo; pero, de esta manera, logró que nadie ni nada dejara de concurrir a la lucha empeñada para dar libertad al Continente.

Las condiciones de resistencia física y de vigor del soldado americano se evidenciaron, una vez más, en el curso de esta operación. El paso de la cordillera era casi imposible, y sólo pudo realizarse porque se contaba con la seguridad absoluta que proporcionaron los montoneros de Miller, ocupando de antemano el extenso territorio delantero de la zona de marcha y penetrando hasta Yauli y Tarma. Gracias a este magnífico servicio de seguridad, Bolívar pudo trasladar sus elementos pesados hasta Cerro de Pasco.

La caballería ligera patriota, si así se nos permite llamar a las montoneras, cumplió su papel en forma brillante. La exploración fue perfectamente realizada merced a la audacia y talento de Miller, que supo emplear sus montoneros con la amplitud requerida; desde el punto de vista de su empleo, las disposiciones tomadas pueden considerarse como modelo en las guerras de movimiento que se realizarán siempre en nuestros países. La búsqueda del enemigo, la trasmisión oportuna del dato y el mantenimiento del contacto, no podrían cumplirse hoy de mejor manera.

Mediante las informaciones de esta caballería, el Libertador conservó su libertad de acción y pudo determinar en el Cerro de Pasco su dirección de marcha, fijando, además, el momento oportuno para desocupar el estacionamiento. Esa misma libertad de acción le permitió discernir con facilidad el instante en que el abordaje del enemigo era posible; y, si la naturaleza del terreno por recorrer hizo retrasar a la infantería patriota durante dos largas horas,

---

* Discurso pronunciado en Lima el 31 de julio de 1921, ante el monumento del Libertador, por Germán Leguía y Martínez, historiador peruano.

en cambio, los jinetes regulares se encargaron de dar la victoria con su valor y tenacidad en el campo de la lucha.

Se ha visto que la vigilancia de los movimientos de Canterac se había establecido con rigurosidad y que los datos se trasmitían con la prontitud requerida, pues la misma noche del 5 de agosto, en que el General realista alcanzó el Cerro, Bolívar fue noticiado de ello.

La inacción de los realistas en Jauja fue duramente castigada. La marcha de Canterac al norte, emprendida con precipitación y sin establecer más seguridad que la que proporcionan las vanguardias, ofrece a la crítica el grave error de no emplear su caballería, que era fuerte de seis escuadrones de línea. En efecto, llegado Canterac al extremo meridional del lago, se embotelló en uno de los caminos que lo bordean, sin asegurar el camino de la otra ribera; si hubiera dispuesto que su caballería llenara el papel que le correspondía, se habría informado de la dirección de marcha de su adversario antes de introducirse en uno de aquellos dos desfiladeros, con la misma eficacia con que éste lo hizo. El orgullo del Caudillo realista, acostumbrado a vencer a las tropas independientes, lo hizo marchar confiadamente sin respetar las consideraciones elementales a que debe estar subordinada toda marcha; el fuerte reconocimiento efectuado sobre el Cerro, en última instancia, ya no podía servirle para orientar sus operaciones; explorar a posteriori el frente de sus tropas empeñadas a ciegas en una dirección predeterminada, no le devolvía su libertad de acción gravemente comprometida; debió explorar con tiempo las dos márgenes del lago, que eran las dos direcciones probables que podía tomar el enemigo o desperdiciar parte de sus tropas en guardar su línea de retirada, tal era la disyuntiva forzosa de la operación; sólo un accidente fortuito, la practicabilidad del terreno, que facilitó su marcha retrógrada, pudo salvarlo de la crítica situación en que se encontraba. Se puede argüir que el Caudillo realista no imaginaba que el adversario se hubiera adelantado tanto hacia el sur, pues bien, es eso justamente lo que se le reprocha, porque su primera tarea era buscar informaciones y formar una cortina delante de sí, para garantizar la maniobra de su grueso.

El plan que formó Bolívar en el Cerro de Pasco para atacar a Canterac, cortándole su línea de comunicaciones y apareciendo sobre su espalda, al mismo tiempo que marchaba por la divisoria de los agrupamientos de Lima y de Jauja, cubriéndose con el río Mantaro de las sorpresas tácticas, evidencia la reflexión y juicio militar del Libertador. Sólo faltó, para que la operación tuviera todas las características de la maniobra napoleónica sobre la espalda del enemigo, que el Caudillo independiente hubiera provocado el avance de Canterac por la margen oriental del lago o que lo hubiera engañado sobre sus intenciones fijándolo inmediatamente al sur del Cerro; esta última condición se realizó inopinadamente por la impetuosidad e irreflexión de Canterac, que se precipitó a ciegas por el desfiladero que le pareció libre.

La impetuosidad es una virtud en el campo táctico; ella hace llevar a fondo las decisiones tomadas en el momento en que sólo es necesaria la energía en la ejecución; pero es una causa de fracaso

en la conducción general de las operaciones, que exige cautela, reflexión y previsión.

En la acción táctica se produjeron graves errores. Los patriotas no pudieron desplegar en batalla ni aseguraron suficientemente lejos la desembocadura del desfiladero que tenían que cruzar; no guardaron reserva alguna para efectuar la operación que realizó Suárez y que dio la victoria inpensadamente. Tan inopinado fue el triunfo, que el Libertador, instalado a la altura de su infantería, después del primer choque, no creyó en el éxito hasta que no recibió un parte de Miller, hecho con lápiz en el campo de la acción, en el que le comunicaba el éxito.

La pésima disposición del terreno, impidiendo que los patriotas desplegaran sus fuerzas, produjo la desbandada total de los escuadrones independientes. Canterac, por su parte, conociendo el mal paso en que se encontraba su adversario, precipitó el momento de la carga desencadenándola desde dos kilómetros de distancia, con lo que impidió que éste traspusiera el obstáculo, como dice en su comunicación al Virrey. Pero, en cambio, dio lugar al desorden en sus propias filas y, por el largo desarrollo del ataque, sus seis magníficos escuadrones llegaron al choque sin cohesión y con sus caballos agotados; los dos escuadrones de "Dragones de la Unión", por el hecho de avanzar en segundo escalón se mezclaron con la primera línea y su acción fue ineficaz por esa mezcla; llegados en desorden y fatigados a las líneas patriotas, estaban condenados a desmoralizarse tan luego como una tropa reunida los abordara.

La intención de Canterac no era que los "Dragones de la Unión" formaran reserva, como quiere darlo a entender en uno de los párrafos de su parte, hecho dos días después de la batalla, porque desde el comienzo de la carga los situó muy cerca de la primera línea de ataque para "envolver al enemigo", como escribe en otro de los acápites de la citada pieza histórica.

La explotación inmediata del éxito que realizan los libertadores, llegando hasta la proximidad de las columnas de la infantería realista en la misma pampa de Junín, merece tenerse en cuenta; en efecto, "nada se ha hecho mientras queda algo por hacer", y ese algo es la destrucción completa del enemigo en la que debe emplearse el último aliento de los hombres y de los caballos. Por el contrario, es condenable que no se hubiera ordenado proseguir en ese camino mediante una encarnizada y tenaz persecución.

Después de la batalla el General realista procede con mayor acierto: Canterac, aunque con injustificada precipitación, que contribuye a la pérdida de la moral de sus soldados, ordenó al replegarse la inutilización de toda clase de elementos, destruyendo el camino y los puentes que recorría. Los patriotas, al contrario, se contentan con el triunfo obtenido y emprenden una tardía y morosa marcha en seguimiento del adversario, haciendo avanzar su caballería a una jornada atrás de las columnas de la propia infantería, para premiar su triunfo con el descanso; sin embargo, la persecución es el mejor premio que pueden concederse al jefe y al soldado después de la victoria. Para obtener esta superación en el esfuerzo, basta hacerles comprender que, impidiendo la reorganización del adversario, evitarán la renovación de sangrientos riesgos.

CAPITULO XI

CAMPAÑA DE AYACUCHO

1824

Situación de ambos ejércitos.- La Legua.- Operaciones en el Sur.- Plan de los realistas.- Plan de los independientes.

Constitución de ambos ejércitos.— Ejército patriota.- Ejército realista.- Dispositivo de las fuerzas beligerantes.

Operaciones estratégicas.- Marcha sobre Huamanga.- Corpahuaico.- Preliminares de la batalla.- El terreno.- Planes de ambos contendientes.- Plan de ataque del Virrey.- Disposiciones de Sucre.

Batalla de Ayacucho.

Consideraciones.

SITUACION DE AMBOS EJERCITOS

El 1º de octubre de 1824, en tanto que los patriotas continuaban en Challhuanca, los realistas, reunidos en Limatambo, cerca del Cuzco, se organizaban a órdenes del Virrey para volver sobre el enemigo, tan luego como acabaran de llegar las tropas de Valdez que habían recibido orden de reconcentración para tomar parte en la nueva campaña. Valdez abandonó el Alto Perú a mediados del mes de agosto, después de librar el combate de la Lava contra una parte de las tropas de Olañeta, y se dirigió al Cuzco efectuando en esta oportunidad una brillante y rápida marcha; la campaña emprendida contra los realistas rebeldes quedó, pues, inconclusa, y Olañeta pudo pronto marchar sobre el Desaguadero, ocupando en seguida Puno y el litoral de Tarapacá. Tales hechos se producían en el Sur, cuando el Virrey se vio obligado a preocuparse únicamente de los independientes que habían marchado ufanos sobre las huellas de Canterac.

La concentración que efectuaba el Virrey con el fin de emprender la ofensiva contra los patriotas, llegó pronto a conocimiento de Bolívar, quien se dio cuenta entonces del grave error que había cometido al empeñar sus tropas en una marcha tan profunda hacia el enemigo. En efecto, los patriotas se hallaban muy cerca de las fuerzas realistas que, una vez concentradas, iban a tener un efecti-

vo superior; permanecían en medio de poblaciones a las que aún no había llegado la propaganda de las ideas de libertad y que, por consiguiente, les eran hostiles y por fin, lo que es muy importante desde el punto de vista militar, había alargado su línea de comunicaciones, separándose de sus centros de recursos y de los refuerzos que debían llegar de Colombia por mar, a los que Bolívar había orientado sobre los puertos al norte de Lima. Por otra parte, alargando sus propias líneas habían empujado al enemigo hacia sus bases, y, en un momento dado, el equilibrio se rompería en su contra. El Libertador tuvo que reconocer que había llegado al límite de su potencia ofensiva, dándose cuenta de que, desde ese momento, su situación era realmente falsa y peligrosa.

Por estas razones, seguramente, resolvió entregar el mando de las tropas al General Sucre, en el que tenía gran confianza, decidiendo trasladarse a la costa donde pensaba reunir nuevos medios para reforzar con premura al ejército de operaciones. Para llevar a cabo su proyecto, procedió a reconocer las márgenes del río Apurímac, acompañado por Sucre, al que dio las instrucciones necesarias para la conservación del territorio conquistado, entregándole después la dirección de las operaciones en el pueblo de Sanaica. El 7 de octubre, Bolívar salió de Challhuanca y se dirigió a Jauja, de donde tomó por Oyón a Chancay, que alcanzó el día 5 de noviembre.

LA LEGUA

3 DE NOVIEMBRE

Mientras Bolívar alcanzaba Chancay, para organizar los medios y apresurar la llegada de refuerzos de Colombia, los que ya estaban en viaje, se realizó en las inmediaciones del Callao un luctuoso encuentro.

El Coronel Urdaneta, que quedó en Lima en observación de los fuertes del Callao ocupados por Rodil, aventuró sus tropas el 3 de noviembre, hacia la citada plaza, con el fin de tirotear y hostigar a sus defensores; pero, al pasar por La Legua, completamente confiado, fue sorprendido por los realistas que le habían preparado una emboscada en ese lugar. Como consecuencia de la refriega los soldados de Urdaneta fueron dispersados y perseguidos por la carretera que va a Lima, sembrándola con sus cadáveres en el largo trayecto que media entre La Legua y la plazuela de San Marcelo.

Algunos oficiales fugitivos se dirigieron a Chancay para reunirse al Libertador, darle cuenta del suceso y ponerse a sus órdenes, puesto que las unidades a que pertenecían habían quedado disueltas; pero, enterado Bolívar del resultado fatal del combate les enrostró "haber corrido tanto, abandonando a sus compañeros" y ordenó que se fusilara **incontinenti** a los dos primeros portadores de la noticia.

Después de la sorpresa de La Legua el Libertador, siempre en espera de los refuerzos que había pedido, dejó Chancay, el 6 de noviembre para dirigirse a Lima, donde llegó el 7, siendo recibido en forma brillante. Mientras permanecía en Chancay y en Lima, se desarrollaba en el interior la campaña que terminó en Ayacucho el 9 de diciembre, un mes y dos días después de su llegada a la Capital.

*OPERACIONES EN EL SUR

Una vez que Sucre tomó el mando en Sanaica decidió, de acuerdo con las instrucciones de Bolívar, trasladar sus tropas más al este y ocupó Lambrana, Pichirgua y Cashinchigua, detrás del río Pachachaca, dando frente a la dirección del Cuzco; desde allí logró informarse de los movimientos realistas y supo que el Virrey había concentrado todos sus medios en el Cuzco y Limatambo, y que las tropas de Valdez comenzaban a llegar a esa ciudad desde los puntos más remotos del Alto Perú. Tuvo noticia, además, de que una parte de las unidades realistas, después de pasar por Paruro, se reunían en el pueblo de Acos, frente a Accha, por donde parecía probable que intentara el pasaje del río Apurímac, para dirigirse al norte.

El ejército patriota que había llegado a Chalhuanca a fines de setiembre sin una idea determinada, se presentaba ante los realistas, sin quererlo ni desearlo, con la apariencia de una tropa vencedora y orgullosa que amenazaba a su adversario en sus propias posiciones; en cambio, sus efectivos lo hacían poco temible e incapaz de grandes empresas, ante el potente núcleo de fuerzas de que el Virrey dispondría después de la concentración.

El plan que en consecuencia se trazaron los realistas, fue más que un plan de operaciones, el planteamiento de una persecución contra los caudillos patriotas que, con el descuido de todas las reglas del Arte de la Guerra, venían a ofrecer al adversario un triunfo fácil, después de haber perdido todas las ventajas de la ofensiva inicial.

Canterac, Teniente General y Comandante en Jefe del Ejército del Norte, que siempre juzgó con desdén a los soldados independientes, y que después de su fracaso de Junín tendría grandes deseos de recobrar su prestigio, debió influir mucho en la preparación del plan de la ofensiva realista que consistía, en suma, en acorralar a los soldados patriotas que se presentaban ingenuamente amenazadores, sin tener la potencia ofensiva necesaria para cumplir su reto.

Valdez, Mariscal de Campo y Comandante en Jefe del Ejército del Sur, que sabía cuán bisoños eran los Generales patriotas, a los que juzgaba como neófitos en el Arte de la Guerra y con menos quilates que el General Olañeta, cuyas tropas acababa de desbaratar, pensaría también en dar una buena lección al General patriota colocándose a su espalda, desde el comienzo, para introducir en sus filas la confusión moral y material que esta operación produce en tropas no aguerridas, mandadas por Generales novatos.

Sucre, por su parte, ocupaba el territorio; creía que lo atacarían de frente; esperaba resistir; confiaba en la llegada casi inmediata de refuerzos; suponía que Olañeta seguiría distrayendo con su revuelta una parte de las tropas del Virrey y, por fin, contaba con que los realistas no emprenderían operaciones activas hasta que no llegara la buena estación. Su acción estaba subordinada a las órdenes terminantes que le dejó el Libertador y se basaba, como se

---

* Croquis N 22

ve, en un conjunto de esperanzas y suposiciones favorables a su causa, en las que no tomaba en cuenta para nada la actividad del enemigo.

Los patriotas, de otro lado, exageraron la importancia de su éxito de Junín, que no supieron explotar debidamente, y creyeron que los realistas no recobrarían tan pronto su fuerza moral y material, que suponían hondamente quebrantada después del 6 de agosto. Además, el General patriota tenía confianza ilimitada en la magnífica calidad de sus tropas, lo que se acreditó durante la campaña. Por último, los jefes patriotas no merecían el desdén que por ellos tenían los Generales realistas, puesto que desde hacía catorce años estaban en guerra continua para independizar el suelo americano.

La sorpresa que los realistas experimentaron sobre la eficiencia de la organización y del mando patriota, fue una de las causas de su derrota en Ayacucho; esto enseña a no despreciar las fuerzas del enemigo y demuestra la necesidad de mantenerse siempre al corriente, gracias al espionaje y demás medios de informaciones, de su organización, intenciones y posibilidades.

PLAN DE LOS REALISTAS

El Virrey se sentía obligado a tomar la ofensiva para recuperar el territorio que Canterac había perdido y batir a Sucre antes de que Olañeta, que recién avanzaba hacia el norte, se tornara amenazador. Se puede decir que en tales circunstancias el Virrey iba a disfrutar de las ventajas e inconvenientes que ofrece el hallarse entre dos agrupamientos enemigos, pudiendo batirlos sucesivamente.

Disponiendo los realistas de un ejército más maniobrero que el de los patriotas, el Virrey concibió, de acuerdo con sus Generales, un plan de operaciones que tendía a forzar el adversario a librar una batalla decisiva. Para obtenerla, decidió presentarse sobre la espalda del enemigo, a fin de cortar sus líneas de comunicaciones, y obligarlo a batirse, al mismo tiempo que impedía la llegada de refuerzos provenientes de la costa. Entraba también en los cálculos del Virrey, el deseo de no alargar su línea de comunicaciones avanzando de frente sobre los patriotas, que en este caso le hubieran atraído hacia el norte, presentando una serie de resistencias sucesivas y ocasionándole el desgaste consiguiente a esta clase de ofensiva.

El desarrollo de la operación planteada por el Virrey se resolvió en tres fases consecutivas, completamente distintas y casi independientes de su voluntad. Primera fase: desbordamiento por el oeste y envolvimiento del ejército patriota, lo que dio lugar a la marcha hasta Rajay; como se verá en seguida, para cortarlo de la costa y de su línea de comunicaciones hacia el norte. Durante esta fase de su maniobra, el Virrey perdió el contacto con su adversario y no se ciñó bien, como debía, a las fuerzas que quería envolver; por este error hizo el doble del esfuerzo necesario y, por añadidura, dio un golpe en el vacío.

Segunda fase: regresó de Rajay sobre el Pampas, presentándose en masa a la espalda del enemigo y recuperando el contacto.

Tercera fase: marcha paralela de ambos ejércitos hacia el norte, para terminar en la batalla de Ayacucho.

PLAN DE LOS INDEPENDIENTES

Sucre no tenía un plan, precisamente, sino órdenes que cumplir. Estas órdenes le obligaban, en síntesis, a conservar las unidades del ejército en espera de los refuerzos que se le habían ofrecido. uno de los procedimientos para conservar las fuerzas era no separarlas, lo que recomendaba el Libertador con gran afán, en todas sus comunicaciones.

Las órdenes impartidas por Bolívar dejaban a Sucre en completa libertad para actuar como conviniera en cada situación particular, pero con la prescripción absoluta de conservar sus efectivos a todo trance. Esta circunstancia hizo que el General patriota, a pesar de que su situación, le obligaba a buscar una salida, se limitara a moverse cerca del enemigo, aprovechando las fuertes posiciones que la sierra brinda al que quiere defenderla.

CONSTITUCION DE AMBOS EJERCITOS

Las tropas que concurrieron a esta campaña y que asistieron a la batalla final de la Emancipación del Perú, fueron las siguientes:

EJERCITO PATRIOTA

Comandante en Jefe: General Sucre

Jefe de Estado Mayor: General Gamarra

División Peruana, Mariscal La Mar.	Batallón "Legión" " 1º " 2º " 3º
Primera División Colombiana, General Lara.	" "Vencedor en Boyacá". " "Vargas". " "Rifles".
Segunda División Colombiana, General Córdoba.	Batallón "Bogotá". " "Pichincha". " "Voltígeros" (ex "Numancia"). " "Caracas".
División de Caballería, General Miller.	Regimiento "Húsares de Colombia". (2 escuadrones). Regimiento "Granaderos de Colombia", (2 escuadrones). Regimiento 'Húsares de Junín". (2 escuadrones). Escuadrón "Granaderos de los Andes". (80 hombres).

EJERCITO REALISTA

La Serna había resuelto fusionar en un solo ejército las tropas de Valdez y las de Canterac que, como sabemos, antes de Junín, se agrupaban en dos ejércitos llamados Ejército del Sur y del Norte, respectivamente; pero, en su ánimo existía duda para designar al General que debería comandar este numeroso conjunto. Si a Canterac lo favorecía el hecho de ser Teniente General y el más antiguo entre los subordinados del Virrey, así como el haber sido bastante afortunado hasta antes de Junín, su reciente descrédito le había conquistado la animadversión general y no faltaba quien reparase ahora, que no era español de nacimiento. Valdez, en cambio, unía a su reconocido talento militar, una actividad sorprendente: su criterio era tomado muy en cuenta por todos, y rara vez el Virrey dejó de consultarle las decisiones de importancia.

Comprendiendo el embarazo del Virrey, Canterac y Valdez le hicieron presente sus deseos de ser empleados "sin reparo a sus clases, sino del modo más útil al mejor servicio de la campaña que se disponía *. Esta loable conducta facilitó la fusión en un solo cuerpo de las tropas realistas que, con el nombre de "Ejército de Operaciones del Perú', al mando directo del Teniente General La Serna, recibió la organización que sigue:

Comandante en Jefe: el Virrey

Jefe de Estado Mayor: Teniente General Canterac

División Vanguardia, Mariscal Valdez.	Batallón "Centro". ,, "Cantabria" ,, "Castro". ,, "1º del Imperial".
Primera División, Mariscal Monet.	,, "Burgos". ,, "Infante". ,, "Guías". ,, "2º del 1er. Regimiento". ,, "Victoria".
Segunda División, Mariscal Villalobos.	Batallón "1º del 1er. Regimiento". ,, "2º del Imperial". ,, "Fernando VII". Regimiento "Gerona" (2 batallones)
División de Caballería (en dos brigadas). Brigadier Ferraz.	Regimiento "Granaderos de la Guardia" (2 escuadrones). Regimiento "Dragones de la Unión" (3 escuadrones). Regimiento "Dragones del Perú". (2 escuadrones). Regimiento "Húsares de Fernando VII" (3 escuadrones). Escuadrón "San Carlos". ,, "Alabarderos del Virrey"

* García Gamba.

Las organizaciones que acabamos de presentar arojaban los siguientes efectivos:

Realistas: 9320 soldados y 11 piezas de artillería.

Independientes: 5780 soldados y 2 piezas de artillería.

* DISPOSITIVOS DE LAS FUERZAS BELIGERANTES

Según los datos que ya había recibido Sucre, el 3 de octubre, el "Ejército de Operaciones del Perú" ocupaba ambas márgenes del río Apurímac, en el siguiente dispositivo:

La División Vanguardia, en el pueblo de Accha, sobre la orilla izquierda del río, con elementos avanzados en la línea Capacmarca-Colquemarca, comprendida entre los ríos Velille y Santo Tomás.

El grueso (Primera y Segunda Divisiones, en Paruro y alrededores.

Como por el momento las tropas sólo debían dedicarse a la instrucción, y escaseaban los pastos en la zona ocupada, la caballería fue establecida en las cercanías del Cuzco, donde se contaba con mayores recursos para el ganado.

En tanto que los realistas se organizaban y daban forma a sus planes, tomando el dispositivo antes citado, Sucre reunió en Challhuanca, pocos días después de la partida de Bolívar, una Junta de Guerra con el objeto de formular un plan de operaciones, pues en el campamento patriota se tuvo la confirmación de la llegada de Valdez al Cuzco, lo que hacía presumir que los realistas pretendieran emprender la ofensiva.

Aunque los miembros de la Junta, Generales Sucre, La Mar, Lara y Miller, se manifestaron de acuerdo en la inconveniencia de permanecer en la inacción mientras el enemigo se restablecía con toda tranquilidad, en el centro mismo de sus recursos, todos opinaron también, según Miller, "que era cosa sumamente delicada operar en contradicción a las instrucciones del Dictador" quien había dispuesto, simple y llanamente, que el ejército estacionara.

Los miembros de la Junta, indecisos sobre el temperamento que convenía adoptar, no llegaron a conclusión alguna, por lo que Sucre determinó que, cuando menos, se debía reconocer la situación que tenían los realistas sobre el río Apurímac —región de Accha— para verificar los datos recibidos y mantenerse en favorable expectativa.

Al efecto, Sucre, llevando consigo a Miller, Gamarra, Althaus y otros, partió de Challhuanca en dirección a Mamara con el "Regimiento Húsares de Junín", un escuadrón de "Granaderos de Colombia" y el Batallón Nº 1 del Perú.

Alcanzada la citada población, Sucre confirmó el dato que tenía sobre la llegada de Valdez al Cuzco, y, habiendo verificado igualmente que la división de dicho General era la que se encontraba en Accha, sobre la margen izquierda del Apurímac, ordenó el acopio de víveres en Mamara con el fin de hacer avanzar al ejército a dicho lugar para obligar al enemigo a repasar el río y observarlo de más cerca. Esta disposición no llegó a ejecutarse, como veremos más ade-

* Croquis Nº 22.

lante. Al mismo tiempo, el Comandante en Jefe patriota ordenó a Miller que reconociera al enemigo en las direcciones de Tambobamba, Capacmarca, Colquemarca y Velille. Estos reconocimientos comprobaron que la línea Capacmarca-Colquemarca estaba ocupada por puestos avanzados realistas, de los que el Alférez Olmos y el Coronel Althaus capturaron algunos elementos.

Pocos días después cuando, según lo dispuesto por Sucre, el ejército patriota se preparaba para avanzar a Mamara, una contraorden suya paralizó el movimiento. La causa de esta reconsideración se debió a que Sucre recibió una carta de Bolívar en la que éste prescribía "de modo definitivo" que el ejército acantonase. Ante disposición tan perentoria, el Comandante en Jefe se limitó a trasladarse personalmente a la región de Lambrana, ordenando al mismo tiempo el movimiento de algunas unidades, ya por razones de subsistencias, ya para proteger a las unidades de caballería que efectuaban reconocimientos sobre el Apurímac y, finalmente, para cubrirse en Larata de la dirección de Limatambo.

Estando en esta situación, sin que nada previniera de la iniciación de la ofensiva realista, se presentó Miller, que en cumplimiento de su misión de exploración había permanecido en observación cerca de los puestos avanzados del enemigo, para informar a Sucre, a última hora, del avance del ejército realista hacia Mamara.

Al recibir esta tardía información, Sucre ordenó, el 7 de noviembre, con la premura que el caso requería, que el ejército se replegara sobre el río Pachachaca, donde el Coronel O'Connor había reconocido una posición "ofensiva y defensiva a la vez", en torno de la que estacionaron las tropas en la siguiente forma:

Cuartel General y Primera División, en Pichirhua;

Caballería y Tercera División, en Cashinchihua;

Segunda División, en Challhuani.

En este dispositivo el ejército se encontraba con sus divisiones a cinco kilómetros una de otra; con una ala apoyada en el río y su centro de gravedad cargado a la derecha.

OPERACIONES ESTRATEGICAS

22 de octubre al 3 de diciembre

* Para poner en ejecución el plan ya preparado, el Virrey abrio campaña personalmente el 22 de octubre y el 23 vadeó el río Apurimac en Accha, dirigiéndose con sus tropas hacia los altos del Mamara, que alcanzó el 31. En ese lugar supo que los independientes se trasladaban en la dirección general de Andahuaylas, lo que afirmó su creencia de que Sucre trataba de escapar al norte; en estas condiciones resolvió continuar rápidamente en paralela dirección, tomando la ruta que pasa entre los Andes occidentales y el camino —del Cuzco, Andahuaylas, Huamanga— por el que suponía, según las informaciones, que seguían los patriotas; su fin era sobrepasarlos y aparecer sobre su línea de comunicaciones a Lima.

---

* Croquis Nº 22.

Las tropas del Virrey desfilaron de Mamara por Challhuanca, Pampachiri, Carhuanca, Vilcashuamán y Rajay, donde estacionaron el 18 de noviembre.

Desde este lugar el Virrey destacó una vanguardia sobre Huamanga, creyendo que ya se encontraba en esa ciudad el enemigo; pero, esa vanguardia informó, con gran sorpresa de todos, que los patriotas no habían aún aparecido por esa región.

En efecto, Sucre, contando con el gran valor moral de sus tropas, y disponiendo en la zona por la que atravesaba de toda clase de recursos, había ordenado que no se precipitara la marcha hacia el norte; salió personalmente de Lambrana el 7 de noviembre y llegó a Andahuaylas el 14. Del 14 al 19 los patriotas estacionaron en este último lugar, extendiéndose entre Talavera, San Gerónimo y Andahuaylas.

Esta fue la primera fase de la operación, en la que el Virrey quedó burlado en su intención de cortar la retirada al enemigo, por haber abandonado voluntariamente el contacto con éste; entonces se dio cuenta de que contra todas sus expectativas los patriotas sabían conservar el terreno y no abandonaban el campo al menor amago de ataque, como lo habían hecho otros Generales independientes en las campañas anteriores.

El General Sucre, por su parte, tuvo noticia al llegar a Andahuaylas de que los realistas se hallaban en Huamanga o cerca de ella y que, por este hecho, su línea de comunicaciones se hallaba cortada. Suponiendo entonces, fundadamente, que era muy probable que el enemigo lo atacara por rebatimiento, pensó en tomar una posición cerca del Pampas para detener la ofensiva del Virrey y escogió las alturas de Bombón reputadas como inaccesibles.

Las alturas de Bombón constituían una magnífica posición para los patriotas porque no pueden abordarse, viniendo de norte a sur, sino después de cruzar el caudaloso río Pampas; el paso por este río puede hacerse por el vado de Carhuanca al sur de Bombón, por Concepción o por el puente del Pampas frente a la posición. Las laderas escabrosas de Bombón ofrecían, además, gran facilidad para la defensa hacia el oeste, que era una de las direcciones que podían dar los realistas a su ataque.

Cuando Sucre avistó las alturas de Bombón el 20 de noviembre éstas ya se hallaban ocupadas por algunos elementos ligeros que los realistas habían adelantado; envió entonces dos compañías de infantería para que reconocieran al enemigo y lo desalojaran. Cuando se llegó a ocupar la posición, después de un ligero tiroteo, los patriotas vieron que el grueso de las fuerzas del Virrey estacionaba al otro lado del río "cortando perfecta y completamente nuestras comunicaciones y situándose a nuestra espalda", conforme dice el General independiente en sus comunicaciones al Libertador.

Efectivamente, luego que el Virrey se informó en Rajay de que los patriotas sólo habían avanzado hasta Andahuaylas comprendió, aunque tarde, que había exagerado la amplitud de su movimiento envolvente y regresó sobre sus pasos para ganar Bombón antes que Sucre; su vanguardia llegó a este lugar el 20, el grueso sólo alcanzó la región el 21, estacionando en la margen opuesta del río; poco después de ocupar la posición, las compañías realistas de vanguardia fueron desalojadas de ella por los patriotas, como queda dicho.

La segunda fase de la maniobra del Virrey, consistente en tomar una posición defensiva a caballo de la línea de retirada patriota, había también fracasado, porque Sucre se adelantó a ocupar ese baluarte natural de cuya posesión dependía, en efecto, el éxito de las operaciones subsiguientes.

Durante el regreso de Rajay al Pampas, el Virrey lanzó una proclama al país en la que prevenía que se dirigía a la costa con el objeto de recibir un refuerzo de 14.000 hombres que debían llegar de la Península; como las comunicaciones de los patriotas con Lima estaban cortadas, Sucre cayó en el lazo que le tendía el Virrey creyendo en la noticia que, de ser cierta, hubiera trastornado por completo todo plan; sin embargo, sin dejar de temer por el resultado general de la campaña, el Caudillo independiente no llegó a los extremos a que quería conducirlo el Virrey con esa falsa alarma.

En estas circunstancias comienza la que llamamos tercera y última fase de la operación del Virrey, que había de conducir a los dos adversarios al campo de batalla de Ayacucho.

MARCHA SOBRE HUAMANGA

Las tropas de ambos partidos permanecieron a la vista, con el Pampas de por medio, desde el 20 hasta el 24 de noviembre, sin que el Virrey se decidiera a atacar la inexpugnable posición de los independientes. El General Sucre, que según sus instrucciones no debía arriesgar la batalla, sino ganar tiempo para permitir la llegada de refuerzos, esperó pacientemente que el enemigo tomara la iniciativa recibiendo, en tanto, toda clase de recursos de la región de Andahuaylas donde había organizado sus bases de abastecimiento.

El Virrey quería precipitar los acontecimientos que se presentaban ostensiblemente favorables a su causa, pero no podía atacar de frente la posición del enemigo; por otra parte, comprendiendo que Sucre permanecía en las alturas para ganar tiempo y no presentarse en el llano donde sus pequeños efectivos hubieran sido batidos, pensó en facilitar a los patriotas el descenso hacia Huamanga, su dirección probable de retirada, desocupando al efecto la margen del río y dejando los vados y pasajes intactos y sin custodia. A partir de este instante, el Virrey abandonó su plan de envolvimiento y se limitó a buscar la batalla sin tratar de acorralar a los patriotas, como había pensado hacerlo al comienzo, cuando creyó que con el simple hecho de su aproximación éstos iban a abandonar el terreno.

Para ceder paso a los patriotas y abrirles el camino al norte, el Virrey ordenó que su ejército se trasladara el 24 al pueblo de Vilcashuamán, situado al oeste de los pasos del Pampas, para invitar al enemigo con este movimiento a que siguiera su ruta y abandonara la inexpugnable posición de que se había apoderado.

Pero, cuando Sucre notó el repliegue de los realistas se contentó con avanzar sus gruesos desde Uripa a Bombón, puntos poco distantes entre sí, descubriendo así su intención de concentrarse cerca del puente para seguir ulteriormente al Norte; sin embargo, no precipitó su retirada, a la que nadie lo obligaba.

Conociendo el Virrey que su traslado a Vilcashuamán no había dado todo el resultado que esperaba, se dirigió con todas sus tropas por Huambalpa a Carhuanca, sobre la margen izquierda del río

Pampas, para simular que pensaba repasar el río. Desde Carhuanca destacó el 29, a la División Valdez, con la misión de amenazar a los patriotas contorneando su posición y amagándola por retaguardia, para lo que debía presentarse por el camino de Uchubamba. La estratagema dio el resultado que se buscaba, porque los patriotas convencidos por el movimiento general hacia Carhuanca, que habían visto, de que todo el grueso realista era el que se había trasladado a la margen derecha del río, lo pasaron a su vez por el puente del Pampas para seguir cubriéndose con él y abandonaron de este modo las alturas de Bombón.

En la mañana del 30 de noviembre los gruesos de los dos ejércitos se hallaban, pues, a la izquierda del Pampas, gracias a la maniobra del Virrey.

* CORPAHUAICO

3 DE DICIEMBRE

Una vez logrado su objeto, el Virrey dispuso que se continuara la marcha de Carhuanca sobre Concepción el 1º de diciembre; luego de pasar Concepción esperaba reunirse con Valdez que descendía el río por la otra margen, lo que se realizó efectivamente, en la madrugada del día 3, en las laderas de la margen izquierda del Pampas. Sucre, que había alcanzado Matará el 2, iniciaba en dicho día 3 el pasaje de la quebrada de Corpahuaico, en marcha al norte.

El Virrey, con todas sus tropas reunidas en las vertientes occidentales de la quebrada de Corpahuaico, sobre las alturas de Pomacahuanca, a la 1 del día 3, dispuso que, a la mitad de la tarde, la división Valdez que se hallaba casi al contacto, pronunciara un ataque a fondo y por sorpresa sobre la retaguardia patriota. Lanzado el ataque con energía se logró deshacer al Batallón "Rifles", que estaba encargado de cubrir la marcha y fueron capturadas gran número de cargas de la impedimenta y del parque; entre estas últimas cargas cayó en poder de los realistas una de las dos piezas de artillería de que disponían los patriotas.

En la sorpresa de Corpahuaico se tomó el primer contacto entre los ejércitos opuestos.

PRELIMINARES DE LA BATALLA

Después del choque de Corpahuaico los patriotas estacionaron en las pendientes nordeste de la quebrada, haciéndolo los realistas en la banda opuesta. De allí los primeros continuaron su marcha hacia Huamanga y llegaron el 4 a la región de Tambo Cangallo, donde Sucre decidió esperar al enemigo y presentarle batalla; pero, las divisiones del Virrey, en lugar de atacar se trasladaron, siempre cargándose al oeste, a ocupar las elevadas alturas que dominaban el campo patriota e imposibilitaban su acción ofensiva.

Sucre, después de ver que el Virrey rehusaba la batalla, se dio cuenta de que la posición que ocupaba era inconveniente y decidió pasar la quebrada de Acocro durante la noche, vadeando el río

* Croquis Nº 23.

Pongora, que corre por ella; el 5 al aclarar el día, los realistas notaron la ausencia del enemigo y trataron de alcanzarlo nuevamente, para lo que también tuvieron que cruzar el Pongora, algo más al oeste, dirigiéndose a ocupar las alturas de Pacaicasa.

En su marcha de noche, del 4 al 5, los patriotas habían alcanzado Huaichao, donde acamparon, para continuar el 5 hacia Acos Vinchos y de allí a la Quinua, que alcanzaron el 6.

El Virrey, al ver que Sucre había continuado a la Quinua escapando, a la dominante posición de Pacaicasa, descendió nuevamente al Pongora y penetró por él a la quebrada de Huamanguilla, continuando sobre los cerros de Condorcunca, donde hizo acampar a su tropa, frente a los patriotas, al atardecer del 8 de diciembre. Los Generales realistas habían descrito, gracias a la movilidad de las tropas indígenas que comandaban, las tres cuartas partes de un círculo, rodeando el emplazamiento que ocupaban los patriotas para hacerse dueños del Condorcunca, a fin de poner en práctica el procedimiento normal de ataque del Virrey, obstinado, como siempre, en atacar descendiendo de las alturas.

* EL TERRENO

A 12 kilómetros de Huamanga se halla la pampa de la Quinua, llamada Ayacucho por los indígenas. Esta pampa es un glacis de suave pendiente que prolonga las faldas del Condorcunca, montaña que se destaca de la cordillera occidental. Descendiendo el Condorcunca de este a oeste, y continuando por la pampa, que tiene 1600 metros en esta dirección, se llega al pequeño pueblo de la Quinua, situado al término del glacis. La pampa tiene 600 metros en su mayor ancho y se encuentra limitada al norte por un barranco, y al sur por una abrupta quebrada; a mitad de la pampa existía una "llocila" con bordes de fuerte pendiente, que cortaba el campo de norte a sur * *.

PLANES DE AMBOS CONTENDIENTES

Varias consideraciones influían en el ánimo del Virrey para presentar batalla; de un lado, su ofensiva se iba agotando por las largas y veloces marchas realizadas desde que se abrieron las operaciones activas; de las catorce piezas de artillería con que salió del Cuzco había tenido que dejar cuatro en el camino por falta de animales de carga; y sus efectivos habían decrecido por las bajas

* Croquis No. 24.

* * La pampa era conocida por los aborígenes con el nombre de Ayacucho, que en quechua quiere decir Rincón de Muertos, de aya, muerto, y cucho, rincón: debía esta denominación a la matanza que de sus enemigos hicieron en ella los guerreros de Cápac Yupanqui, hijo y General de Pachacútec Inca, lanzados por éste a la conquista del Chinchaysuyo.

Tan sugestivo nombre y el hecho de haberse realizado en ella la batalla que selló la independencia del Perú y de Hispano América, decidieron a Bolivar a dar el nombre de Ayacucho, por decreto dictatorial del 15 de febrero de 1825, a la ciudad de Huamanga, denominada así por los españoles, que suavizaron por corrupción la palabra quechua humanccaca, que significa Roca de Alcones. Este mismo decreto creaba el departamento de Ayacucho, no debiendo conservar el nombre de Huamanga sino la provincia donde se encontraba la ciudad. (Mayor Manuel Odría).

que en tan largo período de operaciones se produjeron (desertores, enfermos, rezagados); de otro lado, la necesidad de cortar a los patriotas de la dirección de Jauja, camino para Lima, había desaparecido, porque los partidos de Huanta y de Huamanga se habían sublevado contra los patriotas, asesinando a los enfermos en los caseríos donde se alojaban e impidiendo, real y efectivamente, toda comunicación; por último, los puentes de Reyes y de Huarpa, sobre el Mantaro, habían sido cortados por estos mismos partidarios de los realistas.

En vista de todas estas circustancias, el Virrey juzgó que la fase estratégica de la operación se había realizado y que sólo era necesario orientar las fuerzas hacia su punto de aplicación y poner la masa en movimiento. La disposición más favorable para abordar al enemigo consistía en ocupar las alturas a fin de descender al llano y arrollar a las tropas adversas; el ataque estaba pues decidido en la mente de los Generales realistas, desde que ocuparon el Condorcunca, y aún desde que se emprendió la marcha por Huamanguilla, prueba de ello es la prescindencia absoluta de los avituallamientos y la despreocupación de la formación de una base; sólo se pensaba en dar batalla, contando con que el éxito que se obtuviera permitiría abastecerse y descansar en Huamanga.

En cuanto a Sucre, rodeado de peligros por todas partes, no tenía más solución que romper el cerco en que se encontraba, jugando en una sola carta la suerte del Perú. Además, el 4 había recibido nuevas instrucciones del Libertador en las que se le daba la autorización más amplia para que comprometiera batalla en el momento que lo juzgara oportuno. Triunfar era para los patriotas la única esperanza de salvación y Sucre se decidió a buscar ese triunfo, contando con el valor de sus tropas y confiando en su propio talento.

El terreno que Sucre había escogido, asesorado por sus tenientes, presentaba ventajas extraordinarias para la acción táctica. La pequeña pampa que lo separaba de su adversario, la **zona polémica** que se decía entonces, se hallaba encajonada entre dos profundas quebradas que aseguraban los flancos del dispositivo patriota, suprimiendo de esta manera todo peligro de desbordamiento o envolvimiento; esta misma circunstancia impedía que el Virrey desplegara el total de sus fuerzas dado el reducido espacio de que disponía, el terreno forzaba a los realistas, pues, a efectuar un ataque frontal, lo que hacía disminuir sus probabilidades de exito.

Para la ejecución del ataque los realistas tenian en su contra todos los inconvenientes: en primer lugar, el campo de batalla estaba cruzado, paralelamente al frente de ataque, por una quebradilla o "lloclla" * de regular profundidad que el atacante tenía que atravesar bajo el fuego enemigo, lo que indudablemente desordenaría las columnas de ataque; en segundo término, el descenso de la altura y la reunión de los realistas en el llano tenía que efectuarse en un terreno en glacis, que formaba un anfiteatro a tiro de cañón de los patriotas *.

Estas dos graves dificultades no fueron tenidas en cuenta por los jefes realistas, quienes no se preocuparon de tomar disposiciones

* Dicha "lloclla" se nota cada vez menos, como consecuencia de la erosión

de ataque durante la noche del 8, como debieron hacerlo, para encontrarse en la llanura en la madrugada del 9, posesionándose con tiempo de la quebradilla que iba a molestar su despliegue y progresión; procediendo de esta manera, el Virrey hubiera tenido sus elementos reunidos y prontos para entrar en acción simultáneamente, a fin de hacer sentir su mayor fuerza.

El hecho de que Sucre no hiciera vigilar durante la noche ese accidente importante para impedir su ocupación por el enemigo, parece indicar que unos y otros Generales no tenían concepto claro de las ventajas que proporciona la obscuridad para mantener el secreto, elemento de la sorpresa que es importante factor del éxito. Sin embargo, en anteriores operaciones como en la Macacona, Pichincha, en los reconocimientos de Valdez sobre Tacna y Locumba y, días antes, en el cambio de posición de Sucre hacia Acos Vinchos, se había empleado la noche para maniobrar en secreto.

La noche del 8 al 9 de diciembre se utilizó, en cambio para efectuar una algarada cuya iniciativa se disputaron ambos comandos; los realistas se lamentaron de que ellos la tenían preparada, pero que los patriotas se adelantaron y éstos celebran, a su vez, la oportunidad con que Córdoba la llevó a cabo y el buen éxito que alcanzó.

PLAN DE ATAQUE DEL VIRREY

El Virrey, dominando con la vista el campo patriota, formó un plan de ataque de acuerdo con su jefe de Estado Mayor. En la mañana del 9 fueron convocados los Generales Comandantes de las divisiones realistas para darles a conocer este plan, cuya ejecución debía iniciarse una hora después. El Virrey había resuelto efectuar un ataque frontal, empleando desde el comieno el máximo de sus tropas, para imponerse por la fuerza del número y por el choque brutal de sus masas.

La caballería y la artillería de los realistas habían permanecido durante la noche en la cima del Condorcunca; una parte de la infantería, la división Valdez apoyada por cuatro piezas de artillería, había tomado posiciones en el llano, frente a la izquierda patriota con la que mantenía el contacto, habiendo adelantado algunas compañías de cazadores que iniciaron desde el atardecer del 8 un ligero tiroteo; el grueso de la infantería realista sólo descendió de la cumbre en la mañana del 9.

El plan que adoptó el Virrey comprendía dos fases consecutivas:

La primera consistiría en tomar el dispositivo de ataque, gracias a la conquista de determinados objetivos adelantados, cuya posesión daría el espacio necesario para que descendieran de la cumbre sobre seguro y para que se formaran las demás tropas, y la segunda, una vez tomado el dispositivo dentro de esa zona de seguridad, en desencadenar el ataque general con todas las fuerzas.

La operación debía desarrollarse de la siguiente manera: el General Valdez que estaba al contacto, iniciaría la acción atacando la izquierda patriota; debía apoderarse de una pequeña casita, que se hallaba a la mitad del campo, para continuar en seguida de frente. Mientras que el ataque de Valdez llamaba la atención en esa

ala, el General Villalobos, que debía descender de la altura frente a la derecha de Sucre, adelantaría un batallón para que conquistara una zona de seguridad bastante profunda, a fin de favorecer el ulterior descenso al llano y la formación en él de la caballería y de la artillería realista; los cuatro batallones restantes de la división Villalobos formarían en segundo escalón para apoyar la maniobra del primero, debiendo quedar dos de ellos a disposición del Comandante en Jefe, Canterac, como reserva general. El General Monet, que formaba en el centro del dispositivo, permanecería a la expectativa en el llano durante el desarrollo de estas operaciones preliminares, pero tan luego como la división Valdez hubiera avanzado lo suficiente para favorecer su paso al otro lado de la quebradilla, Monet debía cruzarla para ocupar su borde occidental desde donde secundaría y enlazaría los ataques de las divisiones de ala.

Luego que se efectuaran estas operaciones que servían, según el plan del Virrey, para poner al total de las fuerzas en su base de partida, se debía desencadenar el ataque general apoyado por el resto de la artillería que en este momento ya se encontraría armada detrás de la división Villalobos y cuyos tiros "servirían a todos de señal". En este ataque general debía empeñarse a fondo la División Monet, menos desgastada, e intervendría la caballería por la parte sur de la pampa, donde el terreno no estaba cruzado por la "lloclla" que la interrumpía.

DISPOSICIONES DE SUCRE

Los patriotas no tenían un plan bien definido. La intención de Sucre era contener a los realistas y explotar la menor falta o error que cometieran. En consecuencia, en su dispositivo reservó toda la caballería y una buena parte de su infantería de mayor confianza.

La derecha de su línea la ocupó la división Córdoba, la izquierda la división peruana de La Mar; detrás del centro, vacío, reservó a sus órdenes la división Lara y toda la caballería. En esta disposición esperó los acontecimientos.

BATALLA DE AYACUCHO

9 de diciembre

* Los realistas comenzaron a dar cumplimiento al plan del Virrey a las 10 de la mañana. Las tropas de Valdez lograron apoderarse de la casita que era su primer objetivo e hicieron retroceder y vacilar a la división peruana de La Mar, que formaba la izquierda independiente. En la derecha patriota las guerrillas de la división Córdoba se replegaron también ante el impetuoso ataque del 1er. Batallón del 1er. Regimiento encargado de conquistar espacio a su frente, al que apoyaba el Escuadrón "San Carlos" que había logrado descender el Condorcunca desde el comienzo de la acción.

Mientras se realizaban estos encuentros preliminares, la artillería realista descendió a la falda del Condorcunca y comenzó la entonces muy lenta operación de armar sus cañones, ocupando el

* Croquis N° 21

espacio en profundidad que había procurado el avance del batallón enviado por Villalobos. Tres escuadrones realistas que habían terminado de bajar, comenzaron también a formarse en esa misma zona.

Hasta ese momento el plan del Virrey se cumplía tal como había sido ideado.

En la derecha realista, las cuatro piezas de artillería afectadas desde el comienzo a la división Valdez, rompieron entonces sus fuegos apoyando el ataque de su división, que continuaba haciendo retroceder, palmo a palmo, a las tropas peruanas. Dadas la fuerza e importancia del ataque de Valdez, parecía que la acción iba a resolverse en la izquierda de los independientes y, lógicamente, las tropas de la división Lara, que permanecían en el centro, en segundo escalón, recibieron orden de encaminarse a ese punto en el que la batalla hacía crisis por el momento.

En la izquierda realista, mientras tanto, el jefe del 1er. Batallón del 1er. Regimiento, Coronel Rubín de Celis, encargado únicamente de proporcionar una zona de seguridad, irreflexivo e impetuoso, creyó al oír los fuegos de la artillería de Valdez, que había llegado el momento del ataque general, es decir, la segunda fase del plan, y, sin preocuparse más del desempeño de su misión, a pesar de las indicaciones de su jefe, Villalobos, firmemente convencido de que cumplía con su deber se lanzó a la carga sobre la división Córdoba que pensó desbaratar con su impulso, despreciando el factor numérico y sin que le impusiera respeto el orden y perfecta formación de los soldados independientes. El General Córdoba rechazó fácilmente este ataque infligiendo duro castigo al osado batallón, cuyo jefe cayó muerto entre los primeros.

Sucre, que observaba el campo, al ver retroceder en desorden al batallón de Rubín de Celis, dispuso que Córdoba explotara este éxito avanzando a su frente, para lo que le envió en refuerzo una parte de la caballería a órdenes de Miller. La división se lanzó entonces al ataque persiguiendo a los del primer batallón que desordenaron en su fuga al segundo batallón del "Imperial Alejandro", conducido personalmente por Villalobos. Estos batallones, desbaratados rápidamente, fueron apoyados por el Escuadrón "San Carlos" que incapaz de contener a toda la división colombiana, dejó por tierra la mayor parte de su efectivo sacrificándose en defensa de la infantería.

Al ver el Virrey que la preparación de su ataque se perdía ante la acometividad de la derecha patriota, y deseando restablecer la situación, decidió adelantar el momento del avance de Monet dándoles las órdenes convenientes para que, con su ataque, atrajera al adversario sobre el centro. Al mismo tiempo, el General Canterac condujo personalmente a los dos batallones del "Gerona", puestos a su disposición por la división Villalobos, para contener a Córdoba; durante breves instantes Canterac tuvo éxito, siendo envuelto y arrollado por los colombianos poco después. Los tres escuadrones realistas que habían bajado de la altura intervinieron entonces en socorro de los cuatro maltrechos batallones empeñados y del Escuadrón "San Carlos" pero los "Húsares" y "Granaderos" colombianos, que acababan de llegar con Miller, los recibieron a pie firme con sus largas lanzas enristradas, esta extraordinaria actitud desmora-

lizó a los realistas, los detuvo y determinó su desbande y consiguiente mezcla en la gran confusión de unidades ya desorganizadas.

Desde ese momento, la división Córdoba luchaba con una multitud de dispersos de distintos cuerpos y armas entre los que se abrió paso fácilmente, haciéndolos desbandarse y logrando apoderarse de las 7 piezas de artillería realistas, que todavía no se habían llegado a armar en sus cureñas.

El último batallón de la división Villalobos, el "Fernando VII", muy bajo de fuerzas, que había sido colocado desde el comienzo de la acción en las faldas del Condorcunca, detrás de la división Villalobos, abrió entonces el fuego sobre los atacantes, protegiéndose con un ligero movimiento del terreno, pero la expurgación de esta posición fue obra de pocos minutos para los patriotas.

Las tropas de Córdoba, poseídas de heroico entusiasmo, y dirigidas por el más joven y bravo de los Generales independientes, marcharon a "paso de vencedores", con empuje incontenible, arrollándolo todo, hasta la mitad de la falda del Condorcunca donde, con gran algarabía, hacieron flamear el pabellón de Colombia.

Al mismo tiempo que se desarrollaban estos sucesos en la izquierda realista, los independientes obtenían otros éxitos, no menos importantes, contra el centro y derecha de las tropas del Rey.

En el centro, Monet, para cumplir la orden del Virrey, pretendió cruzar por brigadas sucesivas el barranco que lo separaba del adversario; tan pronto como Sucre vio la iniciación de este movimiento supuso, con razón, que esas tropas se desordenarían al cruzar el obstáculo bajo el fuego y con la precipitación natural que impone la lucha; ordenó entonces que el resto de la caballería, escuadrones peruanos de "Húsares de Junín" y los "Granaderos de los Andes", secundados por el Batallón "Vargas" de la división Lara, cargaran a la primera brigada de Monet antes de que acabara de pasar al barranco, para aumentar el desorden e impedirle el acceso al borde opuesto; las tropas designadas avanzaron rápidamente en esa dirección y se hallaron al borde de la cortadura con la oportunidad necesaria y con el ímpetu requerido, para cargar y arrollar a la primera brigada en el momento en que finalizaba el paso; el reflujo de los dispersos de este primer escalón y el enorme desorden consiguiente, impidió que la segunda brigada intentara el pasaje; desde ese momento las dos brigadas quedaron mezcladas siendo perseguidas por una parte de los jinetes que lograron cruzar la "lloclla".

En la derecha realista, el retroceso inicial de La Mar fue limitado, gracias a la intervención del Batallón "Vencedor" y de una parte del "Vargas" que, como hemos visto, fueron lanzados desde el principio en su apoyo; este refuerzo logró desordenar a los de Valdez, restableciendo el combate por ese lado. El General Valdez pudo apreciar de cerca el fracaso que acababa de sufrir el General Monet y se dio cuenta, además, del avance general de la derecha patriota cuando distinguió la bandera colombiana de la división Córdoba lanzada al viento en las pendientes del Condorcunca; sus batallones cedieron entonces el terreno y se replegaron en pequeños grupos desordenados, siguiendo la corriente general de la dispersión que se efectuaba hacia la cima.

El campo quedó por los patriotas.

Una vez obtenido el triunfo cuyos resultados eran fáciles de apreciar, Sucre ordenó a Córdoba, que había llevado la parte más dura de la jornada, que se detuviera para reorganizarse y encargó la persecución de los realistas a las otras dos divisiones. Estas la emprendieron hasta que la desmoralización de los soldados realistas, que pretendían asesinar a sus propios jefes, obligó a los bravos generales españoles a pedir una capitulación en beneficio suyo y de los pocos soldados peninsulares que sobrevivían a las fatigas de tantos años de guerra.

Tal fue la batalla final de la Emancipación del Perú, que consolidó e hizo efectiva la libertad del Continente Americano. Dura y sangrienta para ambos adversarios, entregó a los independientes al más distinguido de los gobernadores que tuvo el Virreinato, malamente herido en la accción en que intervino "como un simple granadero" llevado de su personal valor.

La quinta parte del efectivo empeñado por ambos beligerantes quedó fuera de combate, contándose en la batalla 3000 bajas sobre cerca de 15.000 combatientes.

Habiéndose dispersado el ejército principal de los defensores de la causa del Rey, prisionero el representante de su autoridad y capitulados sus principales caudillos con explícito abandono de todos los intereses españoles, eran necesario pacificar el país, llevarlo al camino del orden, asentar sobre sólida base las instituciones republicanas que ya habían hecho sus primeros ensayos, someter a los pobladores a las nuevas autoridades y reducir a Olañeta que actuaba en el Alto Perú.

Sucre se encargó de esta magna tarea, emprendiendo marcha triunfal al Sur.

CONSIDERACIONES

Las operaciones que realizaron los patriotas en seguimiento de las tropas de Canterac después de la batalla de Junín, que fueron conducidas desatentadamente y sin plan alguno, no encuentran justificación desde el punto de vista militar. La persecución del enemigo debe llevarse a fondo, según principios bien conocidos; su ejecución tiene por objeto abordarlo para aniquilarlo y no sólo ocupar el territorio, dejando al enemigo que se reorganice y que gane sus bases, con positiva desventaja para el perseguidor que, en una ofensiva prolongada, alarga su línea de comunicaciones debilitándose en grado sumo y dando lugar a que se restablezca el equilibrio o a que se rompa en favor del adversario. La marcha de la caballería patriota a una jornada detrás de su propia infantería pone en evidencia, por otra parte, que la intención de Bolívar no era alcanzar al enemigo sino pasear en triunfo por el territorio que le cedían los realistas desmoralizados; la entrada de las vanguardias independientes a la ciudad de Huamanga, efectuada sólo dos días después de la salida de Canterac, demuestra que pudo alcanzársele fácilmente. Después de Junín y durante la marcha hasta Challhuanca, primer paso efectivo hacia la batalla de Ayacucho, se debe hacer notar la falta de una enérgica y vigorosa persecución. No es la marcha sobre las huellas del vencido la que da fin a una campaña; es

ONIO
JACTAYO
FELIPA

la persecucion indirecta rápida y agresiva, que permite a la caballería desempeñar una de sus más importantes papeles: la explotación del éxito.

Bolívar debió adelantar su victoriosa caballería por la margen del Mantaro opuesta a aquella por la que marcharon los realistas y, en todo caso, afanarse para ganar antes que éstos los pasos del Mantaro hacia el Pampas

Cuando el Virrey reunió sus tropas en la región del Cuzco decidió trasladarlas hacia el oeste en las primeras etapas, para cerrar los pasos de la costa que podían utilizar los independientes, ganándoles de esta manera una de las salidas que tenían; la inacción de Sucre le permitió trasladarse después hacia el norte para cortarle su línea de comunicaciones y establecerse sobre el camino que debían traer los refuerzos; procediendo de este modo esbozó una maniobra sobre la espalda, que tendía a obligar al General Sucre a una batalla decisiva. Pero, para que el planteamiento de esta operación hubiera sido completo, hizo falta dejar algunos elementos al otro lado del río Apurímac, con el fin de que atrajeran de frente la atención de los patriotas. El Virrey no cumplió con esta condición esencial de la maniobra sobre la espalda, contando seguramente con la gran movilidad de sus tropas, probada en distintas oportunidades.

Otro grave error del Virrey en la conducción de las operaciones, fue el hecho de abandonar el contacto con el grueso de las fuerzas enemigas sobre las que no buscó informaciones permaneciendo, durante la larga marcha al norte, sin noticias sobre sus movimientos y situación. Por esta razón, cuando los realistas llegaron a Rajay y despacharon una vanguardia a Huamanga, se dieron cuenta de que habían dado un golpe en el vacío y tuvieron que contramarchar para rehacer su malograda maniobra.

La realización de esta contramarcha pone en evidencia el plan del Virrey, que desconcertó a propios y extraños. Ya Bolívar en su correspondencia al Ministro de Guerra de Colombia manifestaba desconocer el fin que perseguía el Virrey con esa marcha al norte; el punto se aclara después, cuando Sucre dando parte al Libertador, desde Uripa, le dice: "El enemigo se ha situado a nuestra espalda, cortando perfecta y completamente la línea de comunicaciones con Lima".

La maniobra sobre la espalda del enemigo se caracteriza por la elección de una dirección general de ofensiva, tomada a priori, que permite al que la emprende evitar los tanteos disminuyendo el número de direcciones en que hay que buscar al enemigo. Ahora bien: para realizarla con éxito es necesario obtener previamente dos condiciones:

La primera es que el enemigo esté fijado en el campo estratégico por fuerzas colocadas delante de él, que tienen por misión presentarle un cebo o señuelo mientras la maniobra se realiza *.

En la campaña de Ayacucho no se llenó esta condición esencial; la operación se realizó como una simple provocación de bata-

* Citamos el acordonamiento de Ulma como caso típico durante esa operación la caballería de Murat atrajo la atención de Mack hacia el oeste, en tanto que los gruesos franceses describían un arco de círculo por el norte y después por el este de la plaza de Ulma.

lla con los frentes invertidos, tal como la planteaban en su época los Generales del siglo XVIII, pero se debe tener en cuenta que estos últimos operaban frente al adversario y de posición en posición para efectuar el envolvimiento, sin elegir una dirección general de ofensiva como lo hizo el Virrey. La maniobra de La Serna participaba pues de los dos sistemas lamentablemente combinados, y no se puede decir que los Generales de la Emancipación ignoraron la clásica maniobra napoleónica, puesto que, justamente los realistas, habían guerreado en Europa contra las tropas francesas, sufriendo las consecuencias de esos métodos, que aprendieron algunos de ellos a costa de su propia sangre.

La segunda condición que se debe buscar para que la maniobra sobre la espalda surta sus efectos, obligando al adversario a una batalla decisiva, es colocarse en una situación tal que le quite todo recurso de vida y le haga perder toda esperanza de salvación; es cierto que la simple presencia del enemigo sobre las líneas de comunicaciones desmoraliza a cualquier tropa, pero esta conmoción moral, muy importante, tiene sus efectos más notables en el campo táctico *.

En cambio, en el campo estratégico un General tendrá siempre una manera para salir del cerco, aunque ésta sea el ataque; dispondrá asimismo de los elementos necesarios para subsistir antes de que la presencia del enemigo se torne amenazadora **.

Es claro que, en una u otra circunstancia, quien se halle en tan angustiosas condiciones está seguro de que por pequeño que sea el fracaso que sufra, éste tendrá el carácter decisivo de las grandes batallas, sobre todo si se tiene en cuenta la persecución que debe realizar el vencedor, arrojando al vencido cada vez más lejos de sus centros de recursos.

Cuando los realistas se presentan amenazadores delante de Bombón, sucede lo que se acaba de exponer: los patriotas, suficientemente protegidos por la posición y disponiendo de los recursos de vida necesarios, no se atemorizan, a pesar de que el enemigo les cortaba toda salida y los amenazaba, dados los efectivos, con una inminente destrucción.

En las maniobras que efectúan los realistas alrededor de la posición de Bombón se pone en evidencia al aserto napoleónico: "Es rodeando al enemigo como se ganan las batallas". En efecto: Sucre instalado defensivamente en las alturas de Bombón se ve obligado a evacuarlas tan luego como el enemigo hace la simple amenaza de envolverlo, haciendo pasar a una de sus divisiones a la margen del río que él ocupa. El más sigiloso secreto contribuyó a la buena realización del plan del Virrey, pues gracias a él se consiguió engañar a los patriotas, haciéndoles consentir que era el total de las fuerzas el que había pasado a la otra margen del río.

---

* Cuando en Castiglioni aparece Fiorella sobre la espalda del dispositivo de batalla austríaco, la desmoralización y pánico fueron tales que se puede afirmar que sólo esa tropa fue la que dio la victoria.

** En Marengo por ejemplo, a pesar de que el Primer Cónsul se hallaba a la espalda de Mélas, éste, tratando de abrirse paso, tuvo tiempo para reunir sus fuerzas y presentar una batalla en la que poco faltó para que resultara vencedor.

El secreto permitió la ejecución de la misión de Valdez, puesto que por poco que se hubieran conocido sus fuerzas, habría sido batido por los patriotas aprovechando de que, separadas del grueso, no serían socorridas a tiempo por la dificultad insalvable, o la demora por lo menos, que significaba el paso del río. La maniobra ordenada por el Virrey fue, pues, aventurada y peligrosa. El 11 de diciembre Sucre afirmaba, en su parte de la batalla de Ayacucho, que todas las tropas realistas pasaron el Pampas, lo que demuestra el error en que incurrió por falta de informaciones precisas y por defecto de contacto.

Las concepciones de los Generales realistas no tuvieron su habitual lucidez en el campo de Ayacucho. Su ataque se resiente de falta de preparación: la previsión más elemental exige, en efecto facilitar la tarea de las tropas que atacan, para permitirles que aborden ordenadamente al adversario y con este fin se debió establecer una guarnición de seguridad en la "lloclla" que atraviesa el campo, facilitando así el empeño de las unidades cuyo eje de ataque cruzaba el obstáculo. Monet debió preocuparse, también, de asegurar la desembocadura de su división al otro lado del mismo accidente.

Uno de los elementos de la sorpresa, que ha valido en todos los tiempos, es el secreto, y éste se obtiene por los desplazamientos a cubierto de las vistas del enemigo. Para obtener el secreto se ha utilizado siempre la noche y nada impidió que las fuerzas realistas se hallaran dispuestas para el ataque al amanecer; la obligación de buscar el secreto era imperiosa, porque las tropas debían desfilar a sus emplazamientos de combate, no sólo a la vista, sino bajo el fuego del adversario.

Procediendo como lo hizo el Virrey, era necesario conquistar de antemano una zona de seguridad, más profunda y sólidamente organizada, que permitiera la desembocadura y formación de todas las fuerzas en el llano. El empeño gota a gota, por escalones sucesivos de la división Villalobos, permitió que los independientes progresaran en forma imprevista para ellos mismos, logrando capturar la artillería e invadir la zona de reunión de la caballería que, fuerte de trece escuadrones, no llegó a emplear sino cuatro en la izquierda realista.

Las disposiciones del Virrey sólo contemplaban las posibilidades de su propio ataque, sin preocuparse debidamente de la presencia del enemigo con cuya oposición a los movimientos preliminares no contó, puesto que descuidó las medidas de seguridad necesarias La simple indicacion hecha a la primera línea de que existía una segunda, hubiera detenido a los dispersos aunque fuera momentáneamente.

Si es verdad que la capitulación de un ejército en el campo de batalla echa un baldón sobre el que la pide, se debe reconocer que en Ayacucho ya no contaban los rendidos con fuerza alguna. Cuando los Generales del Rey aceptaron las propuestas de Sucre, ya su ejército, formado por el reclutamiento forzoso de indígenas, carecía de elementos materiales para sostener la causa que tan brillantemente supieron defender durante largos años.

CAPITULO XII

OPERACIONES DESPUES DE AYACUCHO

1824 - 1826

Marcha al Sur del Ejército Libertador.- El Virrey Tristán.- Marcha de Huamanga al Cuzco.- Del Cuzco a Puno.- Negociaciones con Olañeta.

Campaña en el Alto Perú.- Situación de las fuerzas realistas.- Defección de las tropas de Olañeta.- Ocupación del territorio.- Concurrencia de fuerzas argentinas.- Combate de Tumusla.- Fin de la campaña.

Sitio y bloqueo del Callao.- Fuerzas en presencia.- Incidentes del sitio.

Consideraciones.

MARCHA AL SUR DEL EJERCITO LIBERTADOR

Vencidos los realistas en Ayacucho, Sucre dio su misión, personalmente, por terminada; pero, como las instrucciones que le había dado Bolívar le obligaban a acabar definitivamente con las fuerzas realistas que ofrecieran resistencia y Olañeta, en el Alto Perú, comandaba un núcleo importante de ellas, cuya actitud era incierta a pesar de las declaraciones de su jefe, el Mariscal de Ayacucho decidió continuar al sur. De este modo, iba a ocupar todo el territorio que había formado el Virreinato de Lima para hacer imperar en él las formas republicanas y hallarse en aptitud de reducir a Olañeta, si así se lo prescribía el Libertador.

Sucre no daba importancia a las operaciones militares que parecía necesario emprender para reducir a Olañeta, creyendo que bastaba confiar tal cometido a uno cualquiera de los Generales que tenía a sus órdenes. Además, como los territorios del Alto Perú formaban parte del Virreinato de Buenos Aires desde 1776, tenía incertidumbre sobre la forma en que debería proceder contra las tropas que los ocupaban y, escrupuloso como era para actuar en política, temía intervenir en esas provincias que pertenecían tanto a la entonces naciente República Argentina, como, prácticamente, al extinguido Virreinato de Lima, al que habían vuelto, a partir de la Revolución Argentina de 1810, por Real Orden de Fernando VII *.

---

* La Acción del Perú en la Emancipación Americana. E. Gutiérrez de Quintanilla. Lima.

EL VIRREY TRISTAN

Firmada la Capitulación de Ayacucho las tropas realistas constituídas, que quedaban aún en el territorio, eran las siguientes:

Tropas de Olañeta en el Alto Perú	5097	hombres.
Guarnición del Cuzco, a cargo del General José María Alvarez	1700	,,
Guarnición de Puno, a cargo del General Echevarría	400	,,
Guarnición de Arequipa, a cargo del General Pío Tristán	700	,,
Batallón "Arequipa", que fue disuelto en Quilca al tener noticia de la capitulación de Ayacucho ..	600	,,

El General Alvarez, Gobernador del Cuzco, al saber por uno de los fugitivos de la batalla de Ayacucho que el Virrey estaba prisionero y que el grueso del ejército realista había capitulado, reunió a la Audiencia con cuyo consejo determinó continuar la resistencia y constituir un nuevo ejército sobre la base de los elementos disponibles; como jefe de este ejército fue designado el General Pío Tristán, quien asumió las funciones de Virrey que le correspondían por ser el Mariscal de Campo más antiguo en la región del Sur.

MARCHA DE HUAMANGA AL CUZCO

A pesar de las dudas que Sucre abrigaba sobre la mejor manera de cumplir la misión que se le había encomendado, juzgó conveniente iniciar cuanto antes el cumplimiento de ella, para extender la dominación de los libertadores en el territorio peruano y ordenó, en consecuencia, que el ejército vencedor en Ayacucho emprendiera marcha al sur.

El primer escalón de marcha lo formaría la División Peruana, encargada, por enfermedad de La Mar, al General Miller y después, accidentalmente, al Coronel O'Connor. Tras estas tropas debían seguir las dos divisiones colombianas que Bolívar había ordenado conservar.

Para guarnecer la región donde se habían realizado las últimas operaciones militares, Sucre dispuso que quedaran en ella el Batallón colombiano "Vargas" y los "Húsares de Colombia", así como los 80 "Granaderos de los Andes", de los que el Mariscal de Ayacucho quería deshacerse, tal como lo indica en su carta de 23 de diciembre al Ministro de Guerra *. En Huancavelica quedaron, asimismo, cerca de 200 hombres.

---

* Documentos relativos a la Creación de Bolivia, por Vicente Lecuma, pág. 33.

Parece que el colombianismo de Sucre y el deseo de halagar al Libertador, que participa exageradamente del mismo sentimiento, le hacia conducirse en tal forma.

Esta misma desconsideración por las tropas no colombianas fué causa de que La Mar se declarara enfermo después de Ayacucho

En fin, era explicable que Sucre no quisiera tener tropas argentinas en el seno del ejército cuando emprendía operaciones hacia el Alto Perú, sección territorial sobre cuyo dominio podían alegar fundados derechos las Provincias Argentinas, a pesar de que ya su Congresc había instaurado el régimen político de autonomía provincial.

La División Peruana debía ser precedida por el Batallón Nº 1 del Perú, que Sucre encargó a Gamarra, nombrado Prefecto del recientemente creado departamento del Cuzco, de donde era oriundo este General. El Batallón Nº 1 dejó Huamanga el 12 de diciembre, tres días después de la memorable batalla de Ayacucho.

El 14 de diciembre emprendieron marcha las demás tropas de la División Peruana; el 18 partió la División Colombiana del General Córdoba, y el 20 la del General Lara, ejecutando el ejército independiente una marcha por escalones en dirección al Cuzco. Sucre dejó Huamanga el 20, con el tercer escalón; el 22 llegó a Andahuaylas, y el 25 alcanzó Abancay. Ya en camino al Cuzco, el Mariscal de Ayacucho escribió a Bolívar * pidiéndole nuevamente órdenes claras y terminantes a fin de adoptar una norma de conducta en el conflicto político en que se veía; en su carta, en términos jocosos, amenazaba al Libertador con enfermarse o desertarse si no le llegaban las claras instrucciones que pedía: Bolívar, desatendiendo las solicitaciones de Sucre, lejos de darle instrucciones concretas sobre los puntos expresamente consultados, se limitó a ordenarle que prosiguiera la marcha al Cuzco y que penetrara en el Alto Perú cruzando el río Desaguadero, que separaba los territorios que fueron del Virreinato de Lima y del de Buenos Aires.

Durante la marcha de Huamanga al Cuzco trató de oponer resistencia a Gamarra el Teniente Coronel realista Miranda. Este jefe, que mandaba una columna formada por 800 infantes y 150 jinetes, se sometió a los independientes al saber la magnitud del triunfo patriota de Ayacucho, rindiéndose en Mollepata; Gamarra le ordenó, entonces, que lo precediera con sus fuerzas en la marcha al Cuzco.

De la misma ruta fue despachado el Coronel Otero, con algunas tropas, para hacerse cargo de la Prefectura de Arequipa en las mismas condiciones en que Gamarra se iba a hacer cargo de la del Cuzco.

En esta última ciudad, se encontraba como Presidente el Coronel realista Sanjuanena, disponiendo de cerca de 1000 hombres como guarnición. Este jefe, al tener noticia del desastre sufrido en Ayacucho por las armas realistas abandonó su puesto y la ciudad que guarnecía, encargando el poder al Mariscal de Campo Alvarez, de origen argentino, a cuya iniciativa fue convocada la Junta de Guerra que nombró a Tristán como Virrey.

A pesar de las decisiones de la Junta, la situación era demasiado crítica para que los Generales realistas sostuvieran la resistencia y, ante la aproximación triunfal de las tropas que mandaba Gamarra y los síntomas de rebelión que Alvarez notara en las fuerzas que le obedecían, se dicidió a entregar formalmente la ciudad y su guarnición, el 25 de diciembre, al General Prefecto del Departamento, que había llegado el 24 de ese mes. La presencia del General Gamarra en el Cuzco, así como la de la División Peruana, que alcanzó esta ciudad el 30 de diciembre, dio lugar a inequívocas

* Carta de Sucre a Bolívar fechada el 25 de diciembre en Abancay, en la que éste decía a Bolívar: "Yo no quisiera meterme en este barullo de cosas del Alto Perú, pero, por si de golpe las circunstancias me meten, deseo saber por qué ruta política marcho; como he dicho a usted, cuento haber concluido mi misión en Ayacucho y ruego mil veces que no se me haga pasar adelante"

muestras de regocijo patriótico y general contentamiento; este ferviente entusiasmo se renovó con la llegada, en los primeros días de enero de 1825, de las dos divisiones colombianas y del Mariscal Sucre, que fue recibido en triunfo.

Como se ve, en las primeras semanas de enero, el Cuzco albergó y festejó a todo el ejército independiente, deducción hecha de las guarniciones dejadas a lo largo del camino seguido por los vencedores y de las tropas que Bolívar organizaba en la región de Lima, a las que habían de sumarse las últimas fuerzas que llegaron de Colombia por ese tiempo.

DEL CUZCO A PUNO

El Virrey La Serna, el emprender campaña hacia el norte, la que había de terminar con la batalla de Ayacucho, resolvió que el General Maroto quedara en Puno a cargo de la guarnición realista de esa región. El grave disentimiento que se suscitó entre este General y Canterac, cuando el precipitado repliegue de este último a raíz de la batalla de Junín, sería sancionado de este modo.

La guarnición de Puno tenía a su cargo la custodia de los prisioneros patriotas, que los realistas habían ido concentrando en las islas del lago Titicaca.

Cuando llegaron a Puno noticias sobre el desastre realista de Ayacucho, el General Maroto, incluído por sus jefes en la Capitulación, abandonó la guarnición y se encaminó a la costa para reunirse con el Virrey, en camino a ese mismo lugar, o para tomar pasaje en un barco que lo condujera a España. Las tropas que le obedecían. en su mayor parte indígenas, aprovecharon esta circunstancia para rebelarse contra el poder del Rey y libertar a los prisioneros poniéndose a órdenes del más caracterizado entre ellos, el General Alvarado, que era además el más notable de los militares patriotas de esa región.

El 27 de diciembre se terminó el movimiento de rebelión de Puno y los patriotas pudieron contar con estos nuevos elementos.

Sucre, ya en el Cuzco, fatigado por la magnitud de la empresa que venía realizando, se quejaba a Bolívar por carta fechada 13 de enero de 1825, y le decía al terminar: "...en cuanto a mí, debo declarar francamente que, no teniendo ya objeto en este país, deseo mi regreso a Colombia". Sin embargo, a pesar de este anhelo, debió continuar la campaña iniciada trasladando sus fuerzas hacia el Alto Perú para reducir a Olañeta, que se mostraba cada vez más amenazador.

Efectivamente, en la tercera semana de enero el ejército vencedor en Ayacucho continuó del Cuzco hacia Puno, llevando siempre como vanguardia a la División Peruana, confiada en esta oportunidad al Coronel O'Connor. La División Peruana estaba formada en esos días por las siguientes unidades:

Batallón "Legión", con 600 hombres.

Batallón "Nº 2", con 550 hombres.

Regimiento "Húsares de Junín", con 550 hombres (3 escuadrones).

El Batallón "Nº 1" del Perú, con 800 hombres, había partido hacia Arequipa y el "Nº 3", con 550 hombres, quedó de guarnición en el Cuzco, según disposición de Sucre.

El ejército patriota comenzó a llegar a Puno, a partir del 20 de enero.

De este lugar, Sucre dispuso que la División Lara, fuerte de 3500 hombres, se dirigiera hacia Arequipa, a fin de cumplir las instrucciones de Bolívar, que le prescribía economizar las fuerzas colombianas en la campaña del Alto Perú.

Las Divisiones Peruana y de Córdoba, mermada la primera por los destacamentos que había desprendido, y contando la segunda con 3000 hombres, se hallaban en aptitud de cruzar el Desaguadero y operar contra Olañeta.

En Arequipa, entre tanto el General Pío Tristán, nombrado Virrey por la Junta que se reunió en el Cuzco, se esforzó por responder a la confianza que se había depositado en él; pero, viendo frustradas las esperanzas de apoyo que fundaba en los agrupamientos del Cuzco y de Puno y en el ejército de Olañeta, entregó sus fuerzas en Arequipa al Coronel Otero, que asumió el cargo de Prefecto de ese Departamento conforme a las órdenes que tenía.

NEGOCIACIONES CON OLAÑETA

Desde el Cuzco, con fecha 1º de enero de 1825, Sucre había escrito a Olañeta noticiándolo de la Victoria y Capitulación de Ayacucho y haciéndole saber que, por este hecho, todo el país quedaba bajo las armas libertadoras; que los generales, jefes, oficiales, en fin, todo el ejército español, sus parques, almacenes, guarniciones y cuanto le pertenecía, estaban en su poder; que las guarniciones de Puno, Cuzco y Arequipa habían aceptado dicha Capitulación. Le declaraba franca y sinceramente que no se le había considerado en la Capitulación, no obstante que muchos jefes españoles así lo quisieron, porque Bolívar le había ordenado que considerara a sus tropas como formando parte del Ejército Libertador; Sucre terminaba felicitando a Olañeta porque, a su juicio, una gran parte de la victoria le correspondía, debiéndosela la Patria a él y a sus bravos y constantes compañeros; agregaba, finalmente, que las tropas que hubiesen prestado servicios en la última campaña de oposición al Virrey La Serna, serían liberalmente recompensadas.

Poco después, Sucre envió a La Paz al Coronel Elizalde, como enviado especial ante Olañeta, para reclamar sobre la ocupación del Departamento de Puno, ya que esta región era peruana y estaba incluída en la Capitulación de Ayacucho; además, Elizalde llevaba instrucciones para establecer un convenio con el jefe político y militar del Alto Perú, con la condición de que éste declarara que reconocía la Independencia de esa zona territorial y diera a sus tropas por incorporadas al Ejército Libertador, conservando el mando de ellas.

Olañeta contestó las cartas de Sucre ofreciendo su amistad y la lealtad de las fuerzas que mandaba a la causa patriota. Al mismo tiempo, pedía a Elizalde un armisticio de cuatro meses para deliberar y tomar una línea de conducta. Elizalde le concedió este armis-

ticio *, pero el General Sucre lo desaprobó, pues en el convenio se descubrieron muchos principios de mala fe y, particularmente, el manifiesto interés de Olañeta de que se le dejase Tarapacá porque, como se verá después, quería introducir armamento por el litoral de esa región; en rigor, el armisticio pedido no era más que un subterfugio de Olañeta, que estaba decidido a continuar la guerra, contando con la cooperación de Tristán y alentando la esperanza de que llegasen refuerzos de España.

Por esos días Olañeta lanzaba una proclama en que ofrecía defender los intereses del Rey "hasta la muerte", lo que hizo ver a Sucre la imposibilidad de entrar en negociaciones formales y la conveniencia de cumplir las órdenes dadas por Bolívar, decidiéndose a emprender operaciones activas contra el Caudillo realista.

CAMPAÑA EN EL ALTO PERU

* * Para iniciar las operaciones, Sucre dispuso que de Puno las tropas pasaran a La Paz, a fin de dirigirse de este lugar contra las fuerzas realistas que operaban en el territorio del Alto Perú y contra su núcleo principal, a órdenes de Olañeta, que permanecía en Potosí. En cumplimiento de esta disposición, las divisiones Peruana y Segunda de Colombia dejaron Puno y se dirigieron a La Paz, donde llegó Sucre el 7 de febrero. Los habitantes de esta ciudad lo recibieron con las más vivas demostraciones de entusiasmo patriótico; este fue el lugar donde la población demostró —según Sucre— más agradecimiento y amistad a las tropas independientes.

En La Paz, Sucre perfeccionó la organización de los cuerpos de tropa, quedando éstos en un brillante pie, sin necesidad de tomar reclutas.

En Challapata, camino a La Paz, se unió a los patriotas el Batallón "Aguerridos" o "La Paz", organizado por el Coronel paceño José Miguel Lanza, que éste ofreció a la Causa.

SITUACION DE LAS FUERZAS REALISTAS EN EL ALTO PERU

Después de la batalla de Ayacucho, Olañeta se encontró aislado en el Alto Perú y, como si desconociera su situación, intentó resistir poniéndose a órdenes del General Pío Tristán, a quien, como hemos dicho, correspondía el cargo de Virrey; después, pensó en sostener operaciones de guerra, al mismo tiempo que se avenía a entrar en ficticios arreglos con el General Sucre.

Entre fines de 1824 y primeros días de 1825 la situación de las tropas de Olañeta era la siguiente:

En Oruro, 1700 hombres a órdenes inmediatas de Olañeta.

En Cochabamba, el Escuadrón "Santa Victoria", Batallón "Fernando VII" y dos compañías de "Partidarios"; esta fuerza ascendía a 440 hombres de caballería y más de 600 de infantería.

A doce leguas de Cochabamba se encontraban 400 infantes y 100 hombres de caballería.

---

* Firmado en La Paz, el 12 de enero de 1825, entre Antonio Elizalde y José Mendizábal Imaz, delegado de Olañeta.

* * Croquis No. 25.

En Viacha, el Batallón de "La Unión" y el Escuadrón "Dragones Americanos", al mando del General José Valdez (apodado "el Barbarucho").

En Ayo-Ayo, el Batallón "Cazadores".

En Valle Grande, el Escuadrón "Dragones de Santa Cruz" y un piquete de artillería con dos piezas.

En Santa Cruz, una pequeña guarnición de 170 hombres, al mando de Sánchez, hermano del Coronel del mismo apellido.

En Chuquisaca, el Escuadrón "Dragones de Charcas", con 180 hombres.

DEFECCION DE LAS TROPAS DE OLAÑETA

En el mes de enero de 1825, al conocerse en el Alto Perú el triunfo de Ayacucho y tenerse noticia de la aproximación del Ejército Libertador, las tropas de Olañeta comenzaron a dispersarse sin combate; la sedición rodeó a este Caudillo por todas partes; el grito de independencia se esparció.

El 16 de enero, varios oficiales de "Dragones Americanos" sublevaron a su tropa a favor de la libertad; aprehendieron a los jefes que no quisieron secundar el movimiento, así como al gobernador de la plaza; marcharon en seguida a someter al Batallón "Fernando VII", del que se apoderaron a costa de una débil resistencia, lo mismo que del Escuadrón de "Santa Victoria". Una vez triunfantes, nombraron Jefe de la Guarnición al Coronel Saturnino Sánchez e hicieron jurar la independencia a la población de Cochabamba, en medio de grandes demostraciones de entusiasmo. Sucre, para celebrar este suceso, decretó honores especiales a esta población, haciendo llamar "Fieles de Cochabamba" a sus pobladores.

El escuadrón que se encontraba en Valle Grande "Dragones de Santa Cruz", se pronunció por la independencia, así como las provincias orientales de Santa Cruz, Mojos y Chiquitos, que hallaron oportunidad para adherirse a la causa patriota.

El 22 de febrero la ciudad de Chuquisaca se pronunció también por la independencia; la guarnición de esta plaza fue sublevada por el Comandante Araya, quien se puso a la cabeza del movimiento. Igual cosa sucedió en la población vecina de Chayanta.

La ciudad de La Paz proclamó su independencia el 29 de enero, siendo ocupada por el General Lanza. Sucre al frente de las tropas independientes avanzaba, por este tiempo, hacia el Desaguadero.

Cuando Olañeta tuvo noticia de la defección de las tropas que le obedecían y supo que el Virrey Tristán había resignado en Arequipa la autoridad virreinal de que fuera investido, emprendió la retirada a Potosí para tomar espacio en espera de los acontecimientos. Desde Oruro, este obstinado General, envió a Chile a su secretario Pablo Echevarría, llevando 100,000 pesos, con el fin de comprar armas para continuar la resistencia; esta última decisión no llegó a cumplirse, porque el comisionado cayó prisionero de los patriotas con el indicado caudal y fue fusilado por orden del General Sucre, pues era capitulado en Puno y quebrantaba con este hecho su compromiso

Al mismo tiempo que Olañeta despachaba a Echevarría, escribía el 25 de febrero al Brigadier Quintanilla, Gobernador de Chiloé, ofreciéndole ponerse a sus órdenes en el caso de que continuara defendiendo la causa del Rey; esta comunicación fue interceptada por los patriotas *.

De esta suerte, a Olañeta no le quedaba más tropas, aparte de las que mandaba personalmente, que las del General José Valdez, que él había promovido a esta clase; debiendo agregarse que en la marcha a Potosí perdió, por deserción, la mayor parte de las fuerzas que tenía a sus órdenes directas.

A pesar de todo, en el mes de marzo el General Olañeta, tenaz en su empeño, consultaba a sus jefes en Junta de Guerra, sobre la conveniencia de capitular honrosamente o proseguir la guerra. La Junta opinó por la continuación de la guerra.

OCUPACION DEL TERRITORIO

Sucre partió de La Paz hacia Oruro el 9 de marzo, haciendo avanzar hacia el mismo lugar a la División Peruana. El General Córdoba, con su división, debería quedar en La Paz por tres meses para descansar; esta división había llegado a la citada ciudad entre el 23 de febrero y el 4 de marzo, sufriendo el desgaste ocasionado por las naturales penalidades de la marcha, en la que perdió 76 hombres, contando en sus filas 200 enfermos.

Antes de salir de La Paz, Sucre envió al Coronel Videla a Santa Cruz de la Sierra, para que se encargase del mando político y militar de este departamento y para que, con la pequeña guarnición formada por los "Dragones de Santa Cruz", impidiera que Olañeta penetrara en Chichas; asimismo envió al Coronel Plaza, del "Batallón de la Legión", para que se encargara de la Presidencia y Comandancia General de Cochabamba.

Partida de La Paz el 9 de marzo, como se ha dicho, la División Peruana llegó a Oruro el 15 del mismo mes; de este lugar continuó a Condo, distante 27 leguas de Oruro, por escalones de marcha; el 16 partieron los "Húsares de Junín", el 17 el Batallón Nº 2 del Perú, el 18 el Batallón "Legión" y el Batallón de "La Paz". Como el Regimiento de "Dragones Americanos" se encontraba en Challapata, pueblo situado entre Oruro y Potosí fue recogido en el camino y todas las fuerzas citadas se reunieron en Condo, para seguir luego a Chuquisaca, en masa, en caso de que Olañeta hiciera resistencia. La marcha de Sucre por Chuquisaca tenía tres objetos principales: primero, tomar el flanco de Olañeta y obligarlo a abandonar Potosí, que era posición bastante fuerte, teniendo de esta manera una ruta segura y bien abastecida para buscarlo por Chichas, que era precisamente hacia donde parecía dirigirse Olañeta, por el camino que pasa por Cinti; segundo, cerrar a Olañeta el paso hacia Santa Cruz y Chuquisaca, donde hubiera sido más difícil destruírlo y tercero, incorporar en Chuquisaca el escuadrón de "Dragones de Charcas" y a dos compañías de infantería de Cochabamba que marchaban por esa dirección.

* Gaceta de Lima, 8 de mayo de 1825.

Para realizar esta última fase de la campaña Sucre pensó delegar el mando en otro jefe, porque deseaba organizar política y administrativamene los departamentos de Chuquisaca, Potosí, Santa Cruz y Cochabamba, pero no pudo realizar su deseo por no tener un General cerca de él, pues, Miller, a quien llamó por carta de 12 de marzo, se encontraba enfermo en Puno; Sucre se vio entonces obligado a dirigir personalmente la campaña, tomando a su cargo los dos mil quinientos hombres de que constaba la División Peruana. Además, dio orden para que marchara a incorporarse a la división el Batallón Nº 3 del Perú, que había quedado en el Cuzco.

El 28 de marzo de 1825 el ejército peruano ocupaba Potosí, al mismo tiempo que el General Olañeta abandonaba la ciudad en dirección a Chichas.

CONCURRENCIA DE FUERZAS ARGENTINAS

Por el mes de febrero de 1825 el General Alvarez de Arenales se encontraba de Gobernador de la Provincia de Salta y era Comandante en Jefe de las fuerzas auxiliares argentinas. Al conocer el avance de Sucre, Arenales envió a Tupiza un escuadrón, al mando de Urdininea, con la misión de estrechar a Olañeta por ese lado. Se disponía a continuar con sus fuerzas tras de su Teniente, habiéndose retardado a fin de reunir los elementos necesarios para la expedición, cuando, después de haberse puesto en marcha, recibió noticia de la muerte del General Olañeta; no obstante, continuó hacia el norte para reducir a Valdez, pero supo que éste se había rendido, y tuvo información oficial en que Sucre le comunicaba que el Alto Perú era libre de la tiranía, lo que lo decidió a no intervenir.

COMBATE DE TUMUSLA

Como resultado de la Junta de Guerra que reunió Olañeta en Oruro, éste dispuso que José Valdez se dirigiera a Chuquisaca que en esos días se había pronunciado por la independencia; al mismo tiempo ordenó que un batallón fuera a Cotagaita y otro a Tumusla a cargo de Medinacelli. Estando las fuerzas distribuídas en esta forma, Olañeta supo que Sucre avanzaba sobre Potosí con su vanguardia, y, por otra parte, tuvo conocimiento de que Urdininea, con un escuadrón, avanzaba por Tupiza; resolvió entonces abandonar Potosí, enviando por delante una pequeña columna al mando de su ayudante, Teniente Coronel Hevia, para reforzar a Medinacelli, que se hallaba en Tumusla; pero Hevia, al llegar a este lugar, tuvo conocimiento de que Medinacelli, con su batallón, formado en su mayor parte por habitantes de Chichas, se había sublevado y plegado a los independientes de Cotagaita; supo, además, que este jefe se preparaba a avanzar contra las fuerzas que comandaba Olañeta. Comunicadas estas noticias al jefe de los realistas, éste dispuso que el General Valdez abandonara su comisión a Chuquisaca y se reuniera al grueso y se apresuró, por su parte, a juntarse con Hevia en Vitichi, de donde emprendió marcha contra Medinacelli.

Avistáronse ambas tropas el 1º de abril de 1825, a las tres de la tarde. Olañeta disponía de 700 hombres y Medinacelli de 300 soldados chicheños, trabado el combate, que duró hasta las 7 de la no-

che, Olañeta fue mortalmente herido, lo que originó el anonadamiento de su tropa y su consiguiente derrota, quedando en poder de Medinacelli 200 prisioneros, incluyendo veinte oficiales, todas las municiones y una gran cantidad de bagajes.

FIN DE LA CAMPAÑA

Sucre, que pensaba marchar de Potosí al sur, el día 3 de abril recibió noticia de la sublevación de las tropas de Medinacelli, así como de la muerte de Olañeta; en vista de esta nueva, sólo mandó a O'Connor con los Batallones "Legión", "La Paz" y el regimiento de "Dragones Americanos", creyendo que con esta fuerza y 300 hombres que tenía Medinacelli, bastaba para reducir a José Valdez, que venía de Chuquisaca con 400 hombres, para reunirse a su jefe.

Al llegar a Vitichi, O'Connor tuvo conocimiento de que el General José Valdez se encontraba en marcha por las pendientes opuestas del Alto del Rayo, que dominan Vitichi; trató entonces de alcanzarlo, pero Valdez no buscaba ya la lucha, noticiado de la desgracia de su jefe, y sólo pretendía atravesar la quebrada de Viachacha para rendirse a Urdininea, lo que hizo efectivamente.

De tal manera terminó toda resistencia en el Alto Perú y esta zona territorial pudo sentar las bases de su organización política.

Del extinguido poder español en Sud América sólo quedaban dos minúsculos núcleos de tropas abroqueladas en obras fortificadas, de situación excepcional si se les considera como puertas de acceso al territorio libertado: Rodil en el Callao y Quintanilla en Chiloé.

SITIO Y BLOQUEO DEL CALLAO

3 de enero de 1825 al 23 de enero de 1826

* Cuando Bolívar tuvo noticia de la batalla de Ayacucho y de los términos de la Capitulación firmada a raíz de ella, pasó una nota al jefe de los castillos del Callao, en la que le pedía que cumpliera los párrafos referentes a la entrega de la plaza.

El General Rodil se negó rotundamente al reconocer la Capitulación, declarando que no la respetaría porque no se consideraba comprendido en ella. Al mismo tiempo que hacía esta declaración, ordenó la reparación de algunos bastiones, dictó las disposiciones necesarias para una larga defensa y se aprestó a combatir y sostenerse. Para ligar su acción con los demás elementos realistas que existían en América, despachó comunicaciones para Olañeta y para Quintanilla, jefe de las fortificaciones de Chiloé, que se hallaba al sur de Chile en igualdad de condiciones.

En represalia de esta insólita actitud, el Libertador, dispuso, por medio de un decreto, que los defensores y habitantes de la plaza no gozarían de ninguna garantía, declarándolos fuera de las leyes de la guerra, por cuanto su actitud no se ajustaba a los procedimientos usuales; ordenó asimismo que fueran secuestradas a favor del Estado todas las propiedades de los asilados y de los defensores, da-

* Croquis No. 26.

do que la negativa a entregarse los ponía fuera de las concesiones otorgadas a los que aceptaron la Capitulación, una de cuyas cláusulas establecía que serían respetadas las propiedades de los realistas.

Además de estas disposiciones, Bolívar, en vista de la actitud de Rodil, ordenó que se iniciara, en forma, el sitio del Callao, aumentando para esto el número de tropas que hasta entonces sólo habían permanecido en observación y vigilancia.

FUERZAS EN PRESENCIA

Las unidades de que disponía Rodil al comienzo de 1825 eran las siguientes:

Batallón del "Infante"	900	hombres.
Batallón "Arequipa"	1000	"
Artillería, con 160 piezas de distintos calibres	300	"
Una columna de caballería de	80	"

El efectivo total alcanzaba a 2280 soldados. Era jefe de Estado Mayor de Rodil, el Coronel Alaix.

Bolívar encargó las operaciones del sitio al General Salom, llegado de Colombia, con algunas unidades de tropa de ese país, que no alcanzaron a participar en la Campaña de 1824.

Las tropas sitiadoras estaban formadas en las siguientes unidades:

Infantería:
- Regimiento Nº 3 del Perú (dos batallones)
- Batallón "Caracas" } colombianos
- Batallón "Araure" } colombianos

Caballería:
- Escuadrón "Dragones"
- Escuadrón "Lanceros de Venezuela"
- Escuadrón "Voluntarios" (montoneras) mandadas por el Coronel peruano Huavique.

Algunos zapadores.

Un batallón de artillería.

Por mar, cooperaban al sitio estableciendo el bloqueo del puerto "La Prueba", "Guayaquileña", "Congreso", "Macedonia" y "Limeña" de la Escuadra del Perú y las corbetas, "Pichincha" y "Chimborazo" de Colombia, que obedecían las órdeenes del Vicealmirante Guisse al servicio del Perú. El 10 de enero se agregó a las fuerzas bloqueadoras la "O'Higgins", chilena, comandada por el Almirante Blanco Encalada; este auxilio "fue el fruto de una larga gestión diplomática de Bolívar", dice un escritor de esa nación, con lo que demuestra la despreocupación de Chile por la causa de la Emancipación que, en realidad, estaba virtualmente asegurada.

Algunos días después de la iniciación del bloqueo llegó la "Moctezuma", que se sumó a las naves bloqueadoras.

Como el Almirante Guisse se encontraba en Guayaquil, el mando de los barcos correspondió a Blanco Encalada, quien tuvo así la suerte de enarbolar la insignia de jefe de la escuadra bloqueadora en el único buque chileno que existía en el Callao.

INCIDENTES DEL SITIO

Los realistas al comienzo del sitio enviaban su ganado a pastar en los alrededores de la plaza, bajo la protección de los cañones de los fuertes. El 16 de febrero, salieron piquetes de caballería y alguna infantería, como de costumbre, para realizar esta tarea; pero, tropas patriotas más numerosas que Salom había hecho ocultar durante la noche cerca de los Castillos, les dieron una sorpresa y los persiguieron hasta las fortificaciones. Las pérdidas fueron considerables para ambos bandos, habiendo terminado el combate con la intervención de refuerzos realistas que salieron de la plaza a órdenes del Coronel Alaix.

En el mes de abril los patriotas establecieron las primeras baterías que bautizaron con los nombres de "Bolívar" y "Puller". Este último era el apellido del jefe de zapadores.

Rodil tenía interés en desembarazar la plaza de la población civil que se veía forzado a alimentar con los reducidos recursos de que disponía sin que cooperara, por otra parte, a la defensa; en consecuencia, hizo salir progresivamente a esos refugiados inútiles, enviándolos hacia el campo patriota; de esta manera logró "descargarse en cuatro meses de 2389 personas inhábiles para la defensa". Los patriotas se dieron cuenta de que este procedimiento era favorable para los realistas que podían prolongar la resistencia valiéndose de este medio y decidieron oponerse a la evacuación de inhábiles.

El 2 de mayo Rodil, continuando en su sistema, expulsó una veintena de mujeres que fueron rechazadas a tiros por los patriotas y desalojadas por los realistas a la bayoneta; sin embargo, no sufrieron daño alguno y consiguieron al fin que los patriotas las recibieran, condolidos naturalmente de su triste condición. A raíz de este suceso, los patriotas cambiaron de método y pusieron banderas blancas en los lugares por donde autorizaban a los expulsados a pasar, incitándolos a que se presentaran y amenazando a los que se quedaban con no darles cuartel; de esta manera pensaron debilitar la defensa y desmoralizar al adversario, auspiciando la deserción.

El cañoneo era continuo por ambas partes y hasta el fin del sitio se llegaron a disparar cerca de 81.000 tiros por los sitiados; recibiendo los Castillos alrededor de 50,000 proyectiles de los patriotas; la escuadra bloqueadora hacía converger sus fuegos con los de tierra, cooperando al bombardeo.

La peste del escorbuto grasó en el campo realista; Torre Tagle y otros notables asilados murieron de esa enfermedad. Berindoaga, Ministro de Guerra de Torre Tagle que se había asilado también en los Castillos para escapar a la saña de Bolívar, quiso dejar la plaza para salvar de la peste y lo hizo el 2 de octubre empleando para ello un bote; pero los patriotas lo descubrieron y lo condujeron a Lima, donde se le juzgó y fusiló por orden de Bolívar, poco tiempo después; su cadáver fue expuesto en la horca para acreditar su imputada calidad de traidor, de la que no existen pruebas hasta el día.

Los víveres comenzaron a faltar en la plaza y los sitiados fueron racionados desde mediados del año 1825. A fines de este año los defensores se habían comido sus caballos, los perros, los gatos, y hasta las ratas y ratones, que alcanzaron subido precio.

En los Castillos se produjeron varias sublevaciones y motines; pero el Gobernador los dominó con severidad, llegando a ordenar el fusilamiento de 36 conjurados en un solo día.

El fuerte de San Rafael cayó en manos de los patriotas el 3 de enero. Por falta de tropa para mantener en él una guarnición, los realistas lo abandonaron minándolo para hacerlo saltar; pero, los patriotas, que recibieron denuncia de lo que ocurría por los datos que suministró un pasado, decidieron avanzar a cortar las guías de la mina antes de que la carga explosiva produjera sus estragos y, de esta manera, tomaron para si el fuerte que el enemigo pensaba destruir.

El 11 de enero de 1826, Rodil enarboló bandera de parlamento en los Castillos y el 15 pidió una capitulación. La primera conferencia para la entrega de la plaza tuvo lugar el 17, el 22 se firmó el tratado y las tropas realistas salieron de los fuertes el 23. En esa misma fecha, Rodil se embarcó acompañado por algunos jefes y oficiales españoles con rumbo a la Península.

Los soldados y oficiales que capitularon sólo llegaban a 400, en lamentable estado de salud por el hambre y las enfermedades que habían sufrido. Los rendidos originarios de España, eran 91; el resto estaba formado por los soldados americanos, entre los que se contaban en gran número los que entregaron los Castillos a los realistas en febrero de 1824 y los pasados en esa época.

CONSIDERACIONES

El General Olañeta, como oficial procedente de las milicias, no tenía sólido criterio profesional y carecía de las dotes necesarias para afirmar en su espíritu los conceptos de disciplina y solidaridad; estas virtudes no pueden adquirirse cuando se toma la carrera ocasionalmente, saltando algunos grados para llegar a la cima. El espíritu militar se forma y desarrolla en la juventud, durante los largos y penosos días de aprendizaje que no pueden transcurrir sino al pie de los elevados y sombríos muros de un cuartel.

En el concepto de Olañeta, las operaciones de guerra eran una simple cuestión de valor personal del jefe, valor de que hizo gala en todas las épocas de su vida hasta morir bravamente en el campo de batalla. El Arte de la Guerra se basaba, según su extraviado criterio, exclusivamente en la impulsividad y la tenacidad, que él ostentaba como sus únicos títulos militares.

Su rebelión contra el Virrey, es la mayor muestra de su falta de disciplina y de solidaridad, que le impidió percatarse del grave peligro que para él mismo entrañaba esta escisión frente al enemigo. Su irreflexión e impulsividad se advierten claramente cuando ordena a sus tropas que avancen dispersas, primero contra el Virrey y después contra Sucre; por fin, Tumusla no es otra cosa que el término fatal de esa acometividad mal empleada. La tenacidad en las resoluciones es una gran virtud, cuando se mide con juicio el alcance de las decisiones que se han tomado o de las que se piensa tomar; pero, cuando se emplea para sostener errores, no sirve sino para agravarlos y acrecer el fracaso inicial, como en cualquier otra circunstancia.

Sus allegados y consejeros, amigos disimulados de la libertad, explotaron fácilmente esas condiciones del carácter de su jefe, lanzándolo por senda extraviada y engañándolo para restar de la defensa del Virreinato, con malas e indignas artes, las fuerzas que ese General comandaba.

Al juzgarlo como soldado, sus conmilitones del Ejército Real manifestaban cierto desdén; lo que era lógico que sucediera puesto que veían en él a un advenedizo que gozaba de las mismas prerrogativas que ellos, sin tener iguales méritos. Esta fue otra de las circunstancias que supieron explotar los que medraban a la sombra del infortunado General, haciéndolo apartarse de sus colegas.

Su afán inmoderado de riqueza lo hizo desear el gobierno del Virreinato; sus consejeros fomentaron y acrecieron esta ambición, haciendo circular la falsa nueva de que La Serna había ocultado el título de Virrey que a favor de Olañeta, decían, había extendido la Corona. Su espíritu mercantilista, que lo llevara a explotar a sus propias tropas en campañas anteriores, realizando con ellas negocios usurarios, le hizo ver los tesores del Rey al alcance de su ambición.

Si a estos alicientes que le ofrecía la rebelión, capaces de deslumbrarlo, se agrega su reconocida falta de talento político, se comprenderá que los aduladores que le rodeaban, tenían en él un sujeto fácil de conducir y de explotar.

Luego que Olañeta rompió con el Virrey, no debiendo esperar de éste sino el merecido castigo de su falta, volvió la vista a los libertadores alentándolos y ayudándolos inconscientemente para que batieran a La Serna, que era para él, por el momento, el mayor peligro que le amenazaba; pensaba deshacerse en seguida de los patriotas, esperando que transcurriera mucho tiempo hasta que lo alcanzaran, contando con el natural desgaste de las tropas patriotas cuando ultimaran su primera campaña y confiando en cualquier otra circunstancias en que interviniera el azar. Su correspondencia con los libertadores hacer ver con claridad que alentaba en secreto el deseo de engañarlos.

La victoria decisiva que obtuvieron los patriotas en menos tiempo del que todos esperaban y la inmediata marcha al sur que emprendió Sucre, malograron los planes de Olañeta, quien no tuvo a su favor el factor tiempo, con el que contaba para dar mayor potencia combativa a sus tropas. El armisticio de cuatro meses que pidió y que no le fue concedido, así como su tentativa para envenenar a Sucre, demuestran, junto con la empresa del Brigadier Echevarría, capitulado en Puno y encargado después de hacer adquisiciones secretas de armamento, que Olañeta se halló a descubierto y fue sorprendido por la celeridad con que los patriotas condujeron las operaciones.

Si las tropas libertadoras a órdenes de Sucre hubieran permanecido en Huamanga por uno o dos meses, si hubieran operado con la indecisión de Alvarado en Tacna o con la parsimonia de Santa Cruz en Moquegua y La Paz, Olañeta hubiera restablecido la guerra, formando un poderoso ejército con elementos de Arequipa, Cuzco y Puno, con sus propias tropas de potente efectivo y con la recluta forzosa, siempre expedita, que podía levantar en los extensos territorios en que dominaba.

Por otra parte, la rapidez de las operaciones de Sucre, que demostraba una arrolladora potencia, impresionó a los subordinados de Olañeta, que comprometidos o no con los patriotas, encontraron más cuerdo someterse al vencedor. La ambición e indisciplina de que Olañeta les había dado muestra, influyeron también en la mente de esos jefes para cohonestar su defección.

Para los escritores españoles de la época, el General Olañeta fue traidor a su Rey y a su causa; algunos historiadores de nuestro tiempo lo presentan con sombrío ropaje moral. Parece, sin embargo, que los traidores fueron aquellos que lo indujeron e incitaron a la rebelión, siendo sus parientes y amigos, y conociendo sus escasas condiciones intelectuales y su lamentable irreflexión. Los patriotas lo juzgaron como un ambicioso extraviado, y Bolívar lo llegó a calificar, con enorme desagrado de Olañeta, como "Segundo Libertador del Perú".

Las pasiones partidaristas del momento, la necesidad de excusarse ante la posteridad o el deseo de rebajar los valores morales del adversario para encontrar adeptos y justificar la guerra, han hecho siempre que se altere la verdad y que se acuse al enemigo, quienquiera que sea, de los más viles crímenes y de las más vergonzosas ambiciones. Pero, cuando los hechos se examinan lejos de la época en que ocurrieron, compulsando variadísimas opiniones y cuando se mira desde un plano de imparcialidad suficientemente alto, con la serenidad de quien observa un cuadro, se penetra el sentido oculto de los errores de intención y se les disculpa con justicia; de otro lado, los documentos ignorados en los primeros días y ocultados como cuerpo del delito por sus autores, ven posteriormente la luz y permiten la justa apreciación de los hechos que los coetáneos califican apasionadamente, sin conocer las fuentes originales y con manifiesto encono.

Olañeta pagó sus graves errores con la vida, que perdió luchando como soldado a la sombra de las banderas del Rey, y, en cambio, Casimiro Olañeta, su sobrino, Saturnino Sánchez, Arraya, López, Medinacelli y otros muchos, vivieron en forma brillante y esplendorosa bajo los flamantes estandartes de la República.

Lo que dice la Historia con respecto a Rodil es casi incomprensible: se le alaba por su constancia, espíritu de sacrificio y firmeza en la desgracia; pero, en cambio, se le acusa de inhumanidad porque los hombres a sus órdenes tuvieron que sufrir enfermedades, hambre y, en suma, los males de la guerra; se dice, además que realizó un sacrificio inútil y que la sangre que hizo derramar fue sin provecho alguno.

Entre otros muchos historiadores, el laborioso Paz Soldán tiene juicios muy duros para Rodil, que expresa haciendo derroche de adjetivos lapidarios; lo hace aparecer "como inscripto en el catálogo de los verdugos de la humanidad", partiendo para ello de la base falsa de que la defensa de Callao ya era inútil.

La defensa del Callao no dio ventaja alguna a la causa realista, porque no se supo o no se pudo sacar provecho de la tenacidad y del esfuerzo de hombres como Rodil y Quintanilla, el de Chiloé. Para aprobar y aplaudir el empecinamiento de estos Generales hay que situarse en su época y penetrar su pensamiento, examinando su actitud desde puntos de vista exclusivamente militares.

Rodil, amante de su patria y confiado, por tanto, en la fuerza y potencialidad militar de España, creyó que el Rey no se avendría a perder con tanta resignación las tierras que esforzadamente habían conquistado, primero, y defendido, después, sus buenos y valerosos súbditos. Esperando los refuerzos y el empeño de las tropas españolas, que, según él, debían llegar formando un segundo escalón de fuerzas, Rodil se mantuvo a todo precio en el reducto que, de acuerdo con su criterio militar y su heroico corazón, no debía abandonar hasta no ser socorrido o morir en la demanda.

Todo hacía suponer la llegada de nuevas tropas y elementos de guerra, y así como el Virrey se sostuvo durante cuatro años esperando esas tropas, Rodil tenía también fundado derecho para creer lo mismo y el deber le obligada a sostenerse en forma idéntica.

La posesión de los fuertes de Chiloé a cargo de Quintanilla y la de los del Callao, sostenidos por Rodil, hacía probable la reconquista de los territorios de América. Esos fuertes, que eran los dos únicos que existían en la costa del Pacífico, hubieran servido de base naval y terrestre para una operación cualquiera que se intentara por mar; eran la llave del territorio costanero de América y es lógico que a quienes les tocó en suerte ocuparlos, procuraran defenderlos hasta el límite extremo de sus fuerzas.

Rodil soñaba con la llegada de una nueva y potente expedición española y cuántas veces creería ver en el horizonte, por entre las almenas de sus Castillos, las diez o quince velas blancas de los navíos cargados de tropas que alucinado esperaba. El papel que desempeñó heroicamente, lo hubiera querido cumplir cualquier otro militar de su época.

Además, cuando se ha recibido una misión, o cuando se adopta una decisión, el jefe debe encontrar los medios de ejecutarla. Si los generales van a rendir sus armas y entregar la bandera cuya defensa se les ha confiado, porque unos soldados tienen hambre y otros están enfermos, la guerra no alcanzaría, jamás, los resultados que en ella se buscan. Quien estorbe, por otra parte, el cumplimiento de la tarea encomendada al Jefe, debe ser eliminado sin piedad y sin temer que alguien tache de cruel este proceder, que no es sino el cumplimiento estricto de sagrados deberes de función.

El papel del Comando es tanto más duro y penoso, cuanto más graves son las circunstancias en que se encuentra.

CAPITULO XIII

CONSIDERACIONES GENERALES

Conducción general de las operaciones.
Los teatros de operaciones: sus características.
Los generales: su "manera"
El soldado de la Emancipación.

CONDUCCION GENERAL DE LAS OPERACIONES

Las operaciones de guerra que se efectúan en territorios de extenso litoral, están sometidas a las vicisitudes de las campañas marítimas que tienen que precederlas forzosamente, para efectuar los transportes estratégicos que conducen a las masas a sus puntos de aplicación.

No es siempre en la frontera donde se halla el punto vital de la potencia del defensor, ni en ella se encuentran tampoco, obligadamente, los recursos y elementos de guerra del vecino. Será necesario, pues, escoger una dirección general de ofensiva sobre uno o varios puntos que tengan importancia capital en el dispositivo enemigo, sin que por ello se piense en buscar objetivos geográficos, sino vivir sobre el territorio adverso y amenazar los centros más importantes de su organismo nacional. Operando de esta manera se obtienen enormes ventajas materiales que influyen mucho en la moral del pueblo agredido, el que se ve, en tan angustiosa contingencia, sin los medios para oponerse a la voluntad del enemigo, que comienza imponiéndose por un golpe de fuerza incontrastable. Si estos centros se hallan sobre el litoral será, pues, por operaciones marítimas cómo se inicie la guerra.

Cuando los teatros de operaciones están sembrados de accidentes geográficos hostiles al hombre, como ríos caudalosos, montañas inaccesibles, páramos helados y arenales desiertos que dificultan las comunicaciones o que las hacen imposibles; o cuando la escasez de elementos de vida impide las grandes concentraciones de tropas, el mejor medio de salvar esas dificultades consiste en efectuar transportes por mar, para buscar regiones en las que las condiciones de vida sean favorables. De esta manera, se obliga al enemigo a batirse en zonas que él no ha escogido y que presentan ventajas para el invasor, que se halla cerca de sus líneas de comunicaciones,

La combinación ineludible de operaciones marítimas y terrestres, que se complementan unas a otras en estos casos, dan características especiales a esta clase de guerra. En ella, la marina de guerra es al mismo tiempo medio de transporte y órgano de fuerza al servicio del ejército, sirviendo, además, de base de operaciones; la vía marítima constituye una magnífica línea de comunicaciones, que enlaza al ejército con sus centros de recursos de guerra.

En este género de guerra, la iniciativa de las operaciones no se puede adquirir sino practicando ese sistema de transportes estratégicos. El ejército que es dueño del mar guarda para sí toda la iniciativa y encadena a su adversario al terreno en que vive, en el que no puede moverse sino con una velocidad diez veces inferior. La sorpresa estratégica, que favorece la acción de las tropas y permite obtener grandes resultados militares sobre el enemigo, es muy fácil de obtener en tales condiciones.

Sin embargo, el apoyo que la escuadra puede prestar a un ejército desembarcado tiene sus límites. Sus barcos no protegen la internación y el afianzamiento de las tropas en el país invadido, por poco que éstas progresen hacia el interior, viéndose obligadas, en tal caso, a abandonar sus bases marítimas. La guerra deja de ser, entonces, de tipo combinado.

La acción de la marina para enlazar a lo largo de la costa los elementos distantes de un ejército tiene gran valor; constituye en sí una magnífica línea de "enroque" para el ejército en operaciones, conduciendo tropas de un extremo a otro del territorio invadido con gran velocidad y burlando la vigilancia y disposiciones del enemigo. Sólo una larga línea férrea o autovía puede parar estos desplazamientos ganando a las naves en velocidad de transporte, pero sin poder impedir, con la debida oportunidad, un desembarco en el punto o puntos más inesperados para el defensor. Además, el enemigo desembarcado atrae al defensor sobre él y esto puede dar lugar a que, haciéndolo abandonar sus bases, caiga a su espalda, tal como lo temía Pezuela cuando San Martín ocupaba Pisco y cuando se trasladó a Huaura.

La nación que disponga del dominio del mar podrá mantener sus comunicaciones con el resto del mundo y usufructuará los recursos del territorio enemigo para comerciar con los demás países. Sus elementos de guerra pueden ser aumentados incesantemente, puesto que tiene a su espalda la libertad más completa para abastecerse, según lo demanden las necesidades. Por el contrario, el país cuyos puertos están cerrados por la inutilización de sus vías normales de acceso, es presa de un agotamiento progresivo y lento, pero seguro, que favorecerá al que domina en el mar.

Las campañas de la Emancipación demuestran la importancia que tiene el dominio del mar. Si los patriotas no hubieran dispuesto de él ampliamente y sin oposición, sus ofensivas al sur del territorio y los desplazamientos de tropas durante la campaña final hubieran sido imposibles o sofocados **ab ovo**, debiendo realizar largas y pesadas marchas por la vía terrestre, al estilo de las que se efectuaron en las obstinadas campañas argentinas sobre el Alto Perú o según el modelo de las operaciones de Bolívar frente a Pasto, en Colombia.

Por parte del dueño del territorio, la defensa de la costa es siempre difícil, por las razones de movilidad aducidas y por la incertidumbre en que permanece el defensor sobre las intenciones del adversario, que puede escoger el punto sensible de la defensa con entera libertad y amagar en varios de ellos para distraer la atención, buscando con estas fintas la oportunidad para lanzarse sobre seguro contra el enemigo, empleando la mayor fuerza numérica.

Los españoles, convencidos de la dificultad enunciada anteriormente, abandonaron la costa porque el comercio, embrionario e incipiente en aquella época, no era su fuente principal de recursos que se encontraban en el interior del territorio; pero, a pesar de todo, lo hicieron con carácter provisional, esperando resfuerzos de la Metrópoli. De otro lado, los elementos de guerra de aquel tiempo eran fáciles de improvisar en el interior porque, excepto la fabricación de fusiles, los cartuchos, pólvoras, vestuario, etc. y hasta los cañones, eran fácilmente fabricados con los minerales y otros medios de que se puede disponer en esa región. En nuestra época no se podría fabricar armamento, salvo que existieran las grandes fábricas que son necesarias y sólo podría solucionarse una situación mediterránea buscando nuevas vías que unan a los ejércitos con los centros productores de material de guerra.

De las consideraciones anteriormente expuestas se deduce que el invasor necesita destruir la marina de guerra enemiga y aniquilar su poder como lo hizo Cochrane; el defensor, por su parte, debe establecer y mantener en buen rendimiento numerosas vías secundarias de comunicación con el exterior, para suplir el cierre de los puertos y la falta de medios de transporte en las vías normales de abastecimiento. La vía del Amazonas y de los grandes ríos, por ejemplo, bastaría para proveer a nuestro país, ligándolo con los grandes centros industriales del mundo.

La aptitud de las tropas para la marcha es una ventaja en territorio de vasta superficie, en los que serios accidentes geográficos se presentan como verdaderos obstáculos impidiendo conducir gruesos efectivos, desplegar las tropas o imponerse por la fuerza del número. Sólo la maniobra puede dar algunas ventajas en esas condiciones y para realizarla se necesita tener gran movilidad: aligeramiento de la tropa, conducción de los elementos estrictamente indispensables, abastecimientos de boca y guerra, aclimatación, endurecimiento a la fatiga, etc.

Para atender a la defensa de los extremos de un dispositivo cualquiera se requiere, además del entrenamiento y de la resistencia natural del hombre de fila, la más minuciosa preparación de las marchas, que permite dar al soldado todas las facilidades de que ha menester, en lo que se refiere a hospitales, alimentos, medios de transporte, depósitos de material, y aun, relevos o reemplazos del personal que se aniquila por el esfuerzo continuado, desapareciendo a lo largo de las rutas, casi impracticables, bajo un cielo inclemente; por otra parte, el escalonamiento que debe darse a las tropas a fin de que estén orientadas y listas para acudir a los puntos amagados, obliga a estudiar dispositivos, en el campo estratégico, que tengan las características de la reunión articulada, para favorecer la llegada sucesiva de las tropas a una zona determinada, cubriendo al grueso por vanguardias estratégicas.

La velocidad de las marchas entrabada por los accidentes del terreno no depende solamente de la ligereza de las tropas sino, de la continuidad en el esfuerzo, que se obtiene por el entrenamiento y la aclimatación, sin los cuales es contraproducente exigir largas o repetidas jornadas.

Las previsiones que hace el comando influyen grandemente en la ejecución de las marchas, porque sólo gracias a ellas se pueden evitar o remediar los grandes trastornos físicos y morales que ocasiona tarea tan desproporcionada a las fuerzas humanas. La determinación previa de las etapas y su perfecta disposición, la provisión oportuna de toda clase de artículos, la preparación de los transportes, la requisición antelada de elementos de vida y las precauciones necesarias para la conservación de la salud de los hombres y del ganado, exigen del jefe una actividad constante y un esmerado esfuerzo que, por poco que desmerezca, puede conducir a los mayores fracasos.

En este sentido fue magnífica la preparación de la marcha de Huaraz al Cerro de Pasco, al iniciarse la campaña de 1824; igual característica tuvieron las pausadas marchas que precedieron a la batalla de Pichincha.

La necesidad de llegar a un punto preciso en un momento dado, calculando con toda exactitud la distancia por recorrer y la demora que imponen los obstáculos que se deberán vencer, obliga, por otra parte, a preparar el desarrollo de la operación de manera tal que cualquier incidente se venza con facilidad, para que las tropas lleguen frescas y en el instante oportuno. La marcha de Canterac a fines de 1822 y comienzo de 1823, para llegar con exactitud a la batalla de Torata, constituye un verdadero ejemplo a este respecto; es cierto que Valdez propició técnicamente esta maniobra, explotando la inocuidad del adversario que se le enfrentaba. La reunión de Carratalá y Valdez en Pomata, en fecha y hora determinada, antes de la batalla de Zepita, merece también tenerse en cuenta. Por fin, la concentración de las tropas de Sucre y Santa Cruz en Saraguro, al iniciarse la campaña de Quito, es también digna de estudio.

Mucho se ha ponderado la cruel disciplina de marcha de los Generales realistas y a ella se atribuye la extraordinaria movilidad de los soldados peruanos a sus órdenes. Pero, si es verdad que la retaguardia de las columnas tenía orden de fusilar a los rezagados, también es cierto que los equipos y demás cargas de la infantería eran conducidas, en las marchas lejos del enemigo, por los habitantes de los lugares del tránsito que sin distinción de sexo, eran obligados a transportar de un pueblo a otro el excedente de peso que llevaba la tropa; estos pobladores, inhábiles para el servicio de las armas, seguían a las columnas por una sola jornada, en condición de cargueros; Bolívar también se valió de ellos antes y después de Junín. Además, para el transporte de elementos de guerra o vida se empleaban bestias de carga de toda clase, utilizando de este modo todos los recursos del país para el fin que se perseguía, y poniendo a órdenes del ejército todos los medios que éste encontraba a lo largo de sus rutas.

Los generales realistas tenían la constante preocupación de dar a su tropa el abrigo y alimentos necesarios, así como el debido descanso; jamás la hambruna, la peste, la sed acosaron a esos ejér-

citos cuyos jefes preveían las necesidades y las cubrían con toda oportunidad.

El bravo General Valdez arrojandose al Pampas para salvar a nado a dos soldados que se ahogaban, pone en evidencia el afecto y consideración que los realistas más encumbrados tenían por sus hombres de armas. Canterac, a pie, a la cabeza del ataque en Torata; el Virrey sableado en Ayacucho al lado de sus granaderos, dan ejemplos de amor por su tropa, de igualdad en el peligro y de verdadera conciencia de su papel de hombres de guerra, abnegados, prontos a sacrificarse por el interés común en las mismas condiciones que sus modestos soldados de fila.

De tal manera, esos jefes, a pesar de las ejemplarizaciones crueles, pero necesarias, que alguna vez ordenaron, se hacían acreedores al cariño de su tropa y obtuvieron de ella los más penosos y prolongados esfuerzos, logrando conservar bajo el dominio del Rey el vasto territorio que se había confiado a su inteligencia y carácter.

En cuanto a los esfuerzos efectuados por las tropas a órdenes de los Generales patriotas, no cabe hacer iguales comparaciones, porque estos hombres, desde el simple soldado hasta el caudillo más notable, estaban animados por el soplo divino de un ideal, que es el más potente móvil de las acciones humanas; en tales condiciones, no les hacía falta rigor alguno para marchar sobre el enemigo con patriótico fervor.

LOS TEATROS DE OPERACIONES

Los teatros de operaciones en que se desarrollaron las Guerras de la Emancipación pueden agruparse en dos grandes categorías, desde el punto de vista de los accidentes geográficos que los caracterizan, y que dan lugar a diferencias en la calidad de las vías de comunicaciones y en la naturaleza de los recursos, de vida y de guerra, que ofrecen: teatros de operaciones de la costa, en los que tiene amplia intervención la marina de guerra y teatros del interior, o de la sierra.

En la costa, los centros de recursos se encuentran separados por grandes extensiones desiertas, a veces de más de una jornada de marcha, en las que es necesario hacer provisión hasta de agua y evitar desplazamientos de día, para no correr el riesgo de aniquilar la tropa trasladando una gran masa de hombres en el calor y padeciendo por la sed.

Los valles de la costa no permiten las grandes concentraciones de tropas por la escasez de recursos que los caracteriza; estas concentraciones sólo pueden realizarse cuando se reciben víveres del interior por los "puertos" de la sierra, abras o pasajes de la cordillera situados en las cabeceras o ceja de la sierra, que pueden ser obstruídos fácilmente con ligeros elementos de tropa. Esta condición especial obliga al que ocupa la costa a precipitarse sobre esas avenidas, sin detenerse en ninguna otra consideración, sea para buscar su propia subsistencia si viene del mar, sea para cerrar esos pasajes y molestar al enemigo, si es dueño del territorio. Según este último concepto, fue que el General O'Reilly marchó a la sierra cuando llegó la Expedición Libertadora; su fracaso fue una de las más pode-

rosas causas de la desmoralización de los jefes y soldados del Rey, en ese período.

Si se acepta que la superioridad marítima es de gran influencia en el desarrollo de las operaciones, se debe observar al mismo tiempo, que ella tiene menor importancia cuando el ofensor no dispone, conjuntamente, de las tropas necesarias para que se trasladen en tiempo útil a conquistar las abras, al paso que domina en el mar.

De este razonamiento se deduce que el defensor, si se repliega a la sierra, debe guardar esos pasos para asegurar su dominio en el territorio, haciendo precaria la ocupación de la costa que el enemigo ha logrado con tanto esfuerzo. San Martín apreció debidamente estas singularidades y, dueño del mar, se preocupó con tenacidad de estorbar el avituallamiento de los realistas enviando primero la expedición de Arenales y orientando la acción de los montoneros en el sentido de cerrar las quebradas que bajan de los Andes, apoyándolos con las milicias de Otero, de Aldao y con las tropas a cargo de Gamarra; por último, con este mismo fin, hizo partir la segunda expedición de Arenales a la sierra.

Cuando la situación se invirtió, los realistas no procedieron de idéntica manera porque lo reducido de la población y la pequeñez de los efectivos de San Martín permitía que éste se avituallara, en parte, por la vía marítima de la que era dueño. Sin embargo, una de las razones que asistieron al Protector para enviar la división de Tristán a Ica, fue la de aliviar la población fija y flotante de la Capital, que se trataba de descongestionar para facilitar el avituallamiento.

Se debe recordar, además, que San Martín no abandonó en el Perú el sistema combinado de guerra, marítimo y terrestre, y que todas sus operaciones se plantearon y ejecutaron contando con la superioridad en el mar; la potencia de este socorro inmediato influyó en el ánimo del Protector que conservó sus tropas en la mano y cerca de la escuadra, enviando sólo algunas expediciones al interior aseguradas por el grueso del ejército intacto, que él guardaba con esmero en el litoral.

Esta cuestión de recursos influyó decisivamente en todas las campañas. El desembarco inicial se fijó en Pisco por la abundancia de elementos de vida que este lugar ofrecía; la operación del Mayor Reyes, que tuvo tan buen éxito en Torre Blanca, se dispuso para reunir recursos en Huacho, quitándole al enemigo los del valle de Chancay; la planteada batalla de Chancay, fracasó, entre otras causas, por escasez de elementos de vida en ese valle; la evacuación de Lima por el Virrey; la desgracia de Tristán en Ica, adonde fuera enviado para aliviar la falta de recursos de la Capital; el desbarato de las tropas de Alvarado en 1822-1823 y alguna otra operación, se debieron a esta carencia de recursos en la costa.

La naturaleza del terreno en los teatros de operaciones de la costa impone, cuando se avanza paralelamente al litoral, una serie de trabajos y previsiones especiales, así como procedimientos característicos.

La necesidad de avituallar a las tropas obliga a no abandonar un centro de recursos, es decir, un valle, mientras no esté asegurada la ocupación de un nuevo centro en el otro borde del desierto; de esta consideración nace la necesidad de hacer empleo muy am-

plio de las informaciones, que pueden ser proporcionadas por el espionaje, secundado por un servicio activo de datos o por la caballería llamada a recorrer esas extensiones con mayor rapidez y que une a su movilidad, que le permite adelantarse y enviar datos, la posibilidad de mantener sólidamente el terreno para impedir su ocupación por el enemigo. El contacto que conserva la caballería no es únicamente un medio seguro y eficiente de obtener datos, sino también un primer elemento que detiene al enemigo, dando tiempo para que lleguen medios más potentes.

En esta clase de territorio la caballería debe preceder en una jornada a los gruesos, ocupando sucesivamente las cortaduras del terreno, y así lo hicieron con buen criterio los Generales de ambos bandos en las luchas de la Emancipación.

San Martín desembarcó en Pisco, y tan luego como se lo permitieron sus medios, lanzó adelante su caballería que ocupó el valle de Chincha y ulteriormente el de Cañete, confiando los invasores para tomar este último valle en la pasividad comprobada de los realistas y en la aptitud propia de la caballería que puede eludir rápidamente el combate y romper el contacto con presteza, si es atacada por fuerzas superiores. Los realistas, por su parte, conservaron asimismo las cortaduras al sur de Lima para retardar su ocupación por el enemigo y para impedir que éste las utilizara como base de partida o de apresto para la ofensiva hacia la Capital.

Cuando San Martín se instaló en el Huaura, su caballería y la realista ocuparon alternativamente el valle de Chancay, fundándose en ese mismo concepto. Cosa análoga aconteció cuando Miller desembarcó en Pisco, antes de continuar al sur para dar la batalla de Mirave.

En la Primera Campaña a Intermedios, Alvarado lamenta la falta de ganado al iniciar sus operaciones, porque Valdez, dándose cuenta de la necesidad que su adversario tendría de este elemento y estando prevenido de la llegada de los patriotas, hizo recoger todos los medios de movilidad y de vida de la región. Santa Cruz, igualmente, pasa un período crítico al iniciar la campaña de 1823, por la demora de la caballada que debía llegar de Chile.

En la Primera Campaña a Intermedios, Valdez realiza dos reconocimientos sobre el enemigo, gracias, exclusivamente, a la movilidad de los elementos que emplea. Estos reconocimientos corrieron grave riesgo de ser capturados por la dificultad de abastecimiento que les obligó a descender al mismo valle que ocupaba el enemigo, a fin de abrevar su ganado que había marchado durante doce horas en el desierto.

Los extensos arenales que separan los valles de la costa, ofrecen enorme ventaja para el defensor inteligente y bien advertido que ocupe uno de ellos. El que emprende la ofensiva va a caer agotado y en el límite de sus fuerzas, después de pesada marcha, bajo el fuego de un defensor agresivo, fresco, que ocupa la posición cuya conquista es de vida o muerte para el que abandonó sus bases a la ventura, contando con la victoria. Esto es lo que pensó San Martín con su permanencia en Huaura, en espera de un ataque realista.

En las operaciones en la costa, si el adversario tiene el dominio del mar es necesario atraerlo al interior con el objeto de hacerlo perder el apoyo que le proporciona su marina. De esta manera se es-

capa, asimismo, a la posibilidad de que el enemigo desembarque tropas sobre el flanco o retaguardia realizando una verdadera operación concurrente por la vía marítima.

De las consideraciones anteriores se desprende que los desembarcos sólo tendrán éxito, en general, cuando en su ejecución intervenga la sorpresa estratégica que permite caer sobre regiones de abundantes recursos o sobre los núcleos de fuerzas enemigas, sin dar tiempo al defensor para que obstaculice las operaciones, sobre todo en el período crítico del desembarco.

El pasaje de la costa a la sierra es una operación muy delicada. A partir del momento en que se emprende la marcha hacia el interior se pierde el apoyo que proporciona la marina, separándose cada vez más de las bases marítimas; esta operación se facilita cuando se logran impedir los preparativos y previsiones del defensor actuando con rapidez y decisión. Tal fue el caso del desplazamiento que hizo Sucre de Guayaquil a Saraguro; tal el de Santa Cruz sobre el Desaguadero y el de Arenales en su primera expedición a la sierra; sucede lo contrario cuando el enemigo está prevenido del avance, lo que aconteció en las campañas de Urdaneta y de Sucre sobre Quito, en la primera expedición a Intermedios, así como en la evacuación de Lima efectuada por el Virrey La Serna. El pasaje de los soldados de Bolívar de Trujillo a la sierra fue una operación interna, por decirlo así, realizada lejos del adversario y en territorio libre, donde no había peligro de oposición armada.

La dificultad del pasaje proviene de las ventajas que tiene el defensor de la sierra para conservar el terreno que ocupa, cuya naturaleza, como veremos, se presta mucho para la defensa.

Las vías de comunicación son numerosas en la costa, pero no permiten desplazamientos rápidos y continuos por la fatiga que produce la marcha sobre terreno arenoso, por la falta de agua y por el calor.

Las vías de la costa pueden agruparse en dos categorías: vías longitudinales, paralelas al litoral y que unen los distintos valles que existen en ella; vías de internación o penetración, que permiten el acceso al interior del país.

Estas últimas están formadas por dos tramos que se diferencian substancialmente por su naturaleza y condiciones de vialidad: un primer tramo que sigue el valle en la región de la costa y que tiene generalmente magníficas condiciones y un segundo tramo, el más difícil, que comienza con la subida de las cabeceras de la sierra donde el terreno es fragoso, sembrado de obstáculos de toda clase, cortado por quebradillas perpendiculares a la dirección general del valle, que se estrecha cada vez más hasta formar cañones o torrenteras cuyos senderos son casi impracticables.

Estos caminos de penetración tienen, pues, en la parte baja de los valles las características de los buenos caminos de la costa, para cambiarse a medida que aumenta su altitud en los peores caminos de sierra.

Los recursos, son tanto más raros y difíciles, cuanto más se asciende en busca del puerto. El alargamiento de las columnas es enorme, las continuas detenciones por las dificultades del pasaje entorpecen la marcha; la fatiga originada por estos trastornos es notable y a ello se agrega el penosísimo esfuerzo de marchar en ina-

cabables cuestas ascendentes. A todas estas dificultades hay que sumar, además, la gran molestia del soroche o mal de altura y del "surumpi" ocasionado por la refracción en las regiones nevadas, que imposibilita a los hombres y al ganado para efectuar esfuerzos prolongados.

Sólo un entrenamiento perfecto y una cuidadosa y lenta aclimatación permiten operar en estas zonas, que son más difíciles que las de las altas planicies, donde los hombres llegan, mediante una dura selección, cuando son fuertes.

Desde el punto de vista de las operaciones de guerra, esta zona es asimismo la más difícil para el que emprende la ofensiva porque, además de las circunstancias anotadas anteriormente, ofrece grandes ventajas al defensor que aprovecha de los accidentes naturales para cubrirse, que opera por sorpresa y que puede detener con pequeños efectivos a tropas numerosas que pierden todas sus ventajas y sobre todo la numérica, ya que el terreno les impide desplegarse y maniobrar para envolver o contornear. El defensor disfruta también de la facilidad de que sus fuegos y ataque los ejecuta hacia abajo, adueñándose de las alturas, con sus flancos cubiertos, al mismo tiempo que dispone de los recursos que vienen de atrás, del interior, donde tiene amplio campo para enrocar sus reservas, lo que permite, en el campo estratégico, operar por líneas interiores.

Por fin, el agresor pasa por una verdadera criba que disminuye la potencia de sus fuerzas y de sus elementos de ataque los que no pueden empeñarse sino por pequeñas fracciones, tal como se lo permiten los caminos y plazas de reunión o ensachamientos que encuentre a lo largo de la ruta.

En las planicies de la cordillera y en la región andina, en general, hay abundancia de recursos a lo largo de los grandes ríos que forman extensas zonas cultivadas y regularmente pobladas.

Sin embargo, la comunicación entre los valles de la sierra es difícil, pues los caminos que la cruzan tienen las mismas características que los que van de la costa a la sierra.

Ríos caudalosos, elevadas montañas, angostos desfiladeros, veredas en ladera suspendida sobre el abismo, una inverosímil sucesión de cuestas, la escasez de recursos consiguiente a esta inhospitalaria topografía, obstaculizan los desplazamientos de las tropas. A tales inconvenientes, que provienen de la naturaleza del suelo, hay que agregar la intensidad de los fenómenos meteorológicos tan frecuentes en esas alturas: lluvias torrenciales, nevadas, granizo, borrascas, tempestades, cambios bruscos de temperatura por la acción de los vientos, lo que da lugar a entorpecimientos en las operaciones de guerra, originando modificaciones profundas tanto en las disposiciones del comando, como en los esfuerzos de la tropa.

Las operaciones que llevó a cabo Sucre para rodear Quito antes de la batalla de Pichincha y la guerra de posiciones que caracterizó esa campaña; las maniobras de Valdez, antes y después de la batalla de Torata, así como la campaña de 1824, ofrecen particulares enseñanzas sobre la guerra en la sierra.

La escasez de recursos en las largas travesías obliga a que las tropas traten de llevar consigo los avituallamientos necesarios para marchar durante cuatro, cinco o más días; pero, la naturaleza y poco rendimiento de las vías de comunicación dificulta la realiza-

ción de ese propósito y de allí nace una nueva preocupación e improba tarea para el comando, que debe obviar esta dificultad.

En sus grandes desplazamientos los realistas salvaban este último inconveniente practicando la requisición forzosa, no sólo de avituallamiento, sino de medios de transporte. Sucre, por su parte, al iniciar la campaña final de la Emancipación hizo adelantar en la zona de maniobra de que disponía, cubierta por los montoneros, los recursos que hacían falta; sus disposiciones previsoras y atinadas permitieron el desplazamiento del Ejército Libertador en las mejores condiciones.

LOS GENERALES

Los jefes de uno y otro bando actuaban bajo la influencia de la escuela de Federico II de Prusia: sus operaciones, en efecto, como se observa en el desarrollo de todas las campañas, obedecieron en gran parte a los preceptos de guerra del siglo XVIII. Sus maniobras se limitaban por lo general a buscar la batalla con los "frentes invertidos", como se observa por ejemplo en la conducción por Sucre de la campaña de Quito, y, cuando intentaron a veces salir de sus procedimientos de práctica para tomar mayor alcance y ejecutar maniobras de gran vuelo, maniobras napoleónicas que no les eran extrañas, pero cuya técnica desconocían, fracasaban, no llegando a realizar sino ensayos incompletos.

SAN MARTIN, que concibió brillantes y complejas operaciones estratégicas para resolver la situación del Perú, no llegó a ejecutarlas por exageración en el cálculo y en el balance de las posibilidades y las reconsideró, a veces, cuando los naturales inconvenientes parecían alterar las premisas en que fundaba la resolución del problema. De tal manera, la Operación del Chancay, verdadera maniobra napoleónica, que hubiera sellado la Independencia a comienzos de 1821, fue suspendida por el retraso de las fuerzas concurrentes, que traía Arenales hacia el previsto campo de batalla; en esta oportunidad no tuvo fe en su propia combinación, ni el necesario temperamento improvisador, que permite parar lo imprevisto y contrariar las inopinadas contingencias de toda acción.

La anterior concepción, así como las dos suyas, muy luminosas, que fueron desarrolladas por otros Generales en las dos Campañas a Intermedios, desmerecieron al pasar a la ejecución, por carencia de fervor para la empresa, por exceso de prudencia y lentitud y, también, por deficiencia en las previsiones dictadas para garantizar el exacto sincronismo de las fuerzas concurrentes.

De la alta inspiración estratégica de San Martín provino que fuera él quien primero se diera cuenta, entre sus coetáneos, de la gran importancia de la vía marítima de invasión al Virreinato de Lima y que le tocara ser, también, el primero en practicar, con todo acierto y ventaja, la guerra combinada por mar y tierra que fue la base de todas sus concepciones. El beneficio que obtuvo de este género de operaciones lo perjudicó, en cambio, pues con esa obsesión, por apoyarse demasiado en la Escuadra, no llegó a internarse en el país para buscar al enemigo y aniquilarlo, única finalidad política y militar que lo había traído al Perú.

LA SERNA, antes de Ayacucho, intentó el envolvimiento estratégico, pero sólo consiguió dar en el vacío, amenazando a un enemigo que no se daba cuenta del grave peligro que corrían sus cuerpos de tropa. El Virrey conocía las ventajas de la maniobra que planteó: cortó a Sucre su línea de comunicaciones con Lima y con la costa; se valió de esto para difundir falsas noticias, que tendían a desalentar a los patriotas; pensó sorprender a los patriotas en flagrante delito de retirada, u obligarlos, por lo menos, a abandonar el territorio que ocupaban para obtener así el resultado mínimo de su operación; esperó conmover al adversario en lo moral y en lo material y forzarlo a abrirse paso por entre las fuerzas del Rey; por último, urgió a Sucre a buscar una decisión que, dadas las circunstancias, suponía catastrófica para los patriotas.

Pero, no fijó al enemigo por su frente, atrayendo su atención hacia el sur como debió hacerlo para agravar su situación; no ocultó la dirección general de su ofensiva, que tomó franca y desembozadamente sin preocuparse de conseguir la sorpresa estratégica. Estas condiciones técnicas eran ineludibles; pues la maniobra sin ellas, es decir, sin ceñirse a los principios del Arte, estaba condenada al fracaso. Ahora bien: si el Virrey no fijaba al enemigo previamente, le hubiera sido necesario saber por lo menos qué disposiciones tomaba éste y, además, conocer su situación precisa a fin de evitar el exceso de fatiga de sus tropas y no aparecer en un punto cualquiera y lejos, sino cerca y en la dirección que Sucre trataba de cubrir.

El éxito de esta maniobra se obtiene conservando el contacto y practicando todos los medios de información, condiciones sin las cuales el que envuelve es el que se encuentra en el vacío, sin apoyo alguno, lejos de sus propias bases, con los frentes invertidos y ante un enemigo que dispone de su libertad de acción y no se siente forzado a batirse en las condiciones desventajosas que se pretende imponerle.

Es notorio que los Caudillos de la Emancipación conocían los principios eternos del Arte, evidenciados en su siglo durante las campañas napoleónicas; pero, en cambio, parece que no dominaban los procedimientos de ejecución o que, por lo menos, los aplicaban grosso modo.

Una mezcla de los procedimientos de Federico y de Napoleón, caracterizó la dirección de las campañas en uno y otro bando.

Ninguno de los Generales que tomaron parte en estas campañas estuvo a la altura del Mariscal de Campo don JERONIMO VALDEZ, después Conde de Torata, quien supo explotar las magníficas cualidades de sus tropas y las características que ofrecía el terreno para imponer su voluntad al enemigo. En todas las operaciones en que tomó parte, jamás se lanzó ciega e impetuosamente a la batalla, queriendo dominar al adversario a ultranza, sino que, con la debida reflexión y la calma necesaria, lo condujo siempre a su "total perdición"; las operaciones que realizó en Chancay y sus acciones dilatorias en Locumba, Torata y Zepita, evidencian la habilidad de este Caudillo que sabía combinar en sus maniobras la prudencia, método y conocimientos de San Martín y de La Serna, con la impetuosidad que caracterizaba a Bolívar y a Canterac para lanzar sus tropas a la batalla. De esta manera siempre logró obtener lo que de-

seaba, atrayendo al enemigo al campo de lucha por él escogido y sometiéndolo a su más pequeño capricho: prepara la acción táctica pacientemente y cuando cree que la operación está a punto, se lanza con gran vigor sobre el adversario al que ha colocado, previamente, en las más críticas condiciones.

SUCRE puede igualársele en la preparación de las operaciones, sobre todo en lo referente a la organización de las tropas de los recursos y a la conservación de los efectivos antes de la batalla. Su manera es poco complicada: respeta intuitivamente el precepto de la economía de las fuerzas, pues agrupa a las tropas a sus órdenes directas, sin hacer destacamentos. Así, en la campaña de Quito se desprende de los "Dragones", antes de Pichincha, porque eran realmente inutilizables en el terreno en que iba a operar y porque, en tales condiciones, bastaba darles un punto de reunión al otro lado del macizo montañoso para tenerlos cerca, en Iñaquito, donde él pensaba llegar tranquilamente con el resto del ejército; los "Dragones" aprovecharon de esta situación excéntrica para dispersar a la desmoralizada caballería de Tolrá que cayó en sus manos, sin que ellos lo quisieran ni buscaran. En la campaña de Quito, al salir de Cuenca, Sucre adelanta la vanguardia del Coronel Ibarra con la misión expresa de retrogradar y reunirse al grueso al menor amago; en Riobamba hace avanzar a la caballería a órdenes del mismo Ibarra, sólo a corta distancia y cuando cree que el enemigo fuga. Tales fracciones desprendidas del grueso, en esas condiciones, no son verdaderos destacamentos sino puntas del dispositivo general. En la campaña de Ayacucho, tanto por cumplir las órdenes de Bolívar, partidario de la misma práctica, como por íntima convicción, Sucre no se desprende de uno sólo de sus elementos, maniobrando y marchando siempre armado, por decirlo así, y apto a presentar batalla, que ofrece, repetidas veces, después de abandonar Chincheros.

La prudencia del Mariscal de Ayacucho es notable en todas las operaciones que efectúa; a pesar de que en las campañas de Guayaquil y de Quito, así como antes y después de Junín muestra deseos de emprender la ofensiva, sabe moderarse oportunamente para tomarla con toda actividad cuando juzga que ha llegado el momento crítico para el adversario.

Otra de las características de la manera de operar de Sucre era su tendencia a ocupar con antelación las serranías, como en las campañas de Quito y de 1824.

Si la virtud principal que debe caracterizar al Jefe de Guerra es la previsión, uno de los que mereció mejor tal dictado fue el Gran Mariscal de Ayacucho; en efecto: la preparación de la marcha de Huaraz a Sacramento se hizo admirablemente, como no puede menos de reconocerlo el más apasionado historiador realista. Torrente, "cruzando los horribles desfiladeros de la cordillera andina, con tanta constancia y sufrimientos, que sería una injusticia negarle el mérito contraído en esa campaña".

BOLIVAR, genial orador, verdadero tipo del conductor de multitudes, tenía como méritos la tenacidad en la ejecución y la constancia en el esfuerzo. Iluminado por un ideal, y alentado por desmesurada ambición, su tarea fue tesonera, abnegada y reclamó con-

diciones especiales de carácter, energía rayana en la crueldad y un espíritu de arbitrariedad que impedía la oposición a sus más pequeños deseos.

Sucre fue siempre el regulador de las pasiones y acciones de Bolívar, y estos dos hombres de condiciones opuestas, se unieron, en lugar de rechazarse, para bien de las repúblicas que habían de emancipar.

Entre las cualidades y defectos de ambos Generales se estableció un equilibrio perfecto: inquieto, impulsivo, ostentoso el uno; ponderado, sereno, modesto el otro.

Estos hombres, que el Destino juntó, aisladamente no hubieran cumplido la mitad de la tarea que les tocó en la magna empresa de asegurar la libertad de América.

Los otros Tenientes de La Serna, como los demás de San Martín y Bolívar, citando solamente a los que ejercieron Comando en Jefe: **CANTERAC**, militar experimentado, pero irreflexivo, orgulloso, sanguinario; **SANTA CRUZ**, egoísta, medroso y desatinado; **ALVARADO**, irremplazable como dócil subordinado, pero débil de carácter y desgraciado en el mando; **GAMARRA** y Domingo Tristán, civil este último, muestran su contextura moral y los quilates de sus conocimientos profesionales en las operaciones que les cupo en suerte dirigir.

Entre ellos, merecen párrafo aparte, **ARENALES**, bravo, caballeroso, activo y honrado; el inglés **MILLER**, esforzado, emprendedor y de gran valía moral y, como figura de gran magnitud, **COCHRANE**, díscolo, turbulento, ambicioso, cuyos actos casi llevan al fracaso a la Expedición Libertadora.

Tales los Generales de las Campañas de la Emancipación, que, afiliados a uno u otro partido, empeñaron su esfuerzo y talento con la firme convicción de que hacían el bien del país.

EL SOLDADO

Los soldados que combatieron en la Revolución Emancipadora del Perú fueron tanto españoles como americanos y, de éstos, peruanos en su abrumadora mayoría.

Fueron peruanos los que tan pronto aparecían en uno como en otro confín de nuestros accidentado y extenso territorio; ellos lucharon ya en Viluma con Pezuela, ya en Pichincha con Sucre, e iniciaron la guerra por la Emancipación mucho antes de Checacupe, para terminarla en el Sitio del Callao.

Estos hombres se batieron varios años por la defensa de su causa y soportaron con abnegación el sacrificio que sus jefes les pedían. Tramontando enriscadas cumbres con rudo esfuerzo, disponiendo de míseros recursos, hallaron en su bien templado espíritu la fe necesaria para trasladarse de un extremo a otro del país, una y mil veces, en busca del enemigo. Su reposo material y moral se encontraba en la batalla, hacia la que corrían para encontrar el premio de su esfuerzo y para calmar su inquietud.

Más fuertes y más sufridos que los soldados que habían batallado años antes en los campos de Europa, no sólo soportaban la

amenaza del fusil del enemigo, sino la oposición de la naturaleza misma que es hostil en todas sus formas al soldado de estos países, en los que la altura, el clima, las pendientes, abruman al más bravo y endurecido.

Canterac, con soldados peruanos, marcha sobre Ica, de día y de noche, y después de cruzar la cordillera por los puntos más altos y glaciales llega a la costa, plana y soleada; para buscar de noche al enemigo, sorprenderlo, luchar con él y enviar sus partes de victoria. Había realizado una marcha de 300 kilómetros en once días, para llegar frente al adversario y vencerlo.

Valdez reconoce al enemigo, lo burla, lo atrae a su terreno, y lo bate; no dá el menor reposo a sus tropas fatigadas que después de diez y nueve días de operaciones activas obtienen la victoria de Torata. Con las mismas tropas, a pesar de sus heridas y contusiones, Valdez recobra el contacto con intervalo de algunas horas y ataca, derrota y persigue al adversario de su causa.

Las tropas de Santa Cruz, organizadas por Riva-Agüero con exclusivismo nacionalista, marchan a razón de cincuenta kilómetros por día para reunirse con las de Gamarra en Panduro, luego de tramontar la cordillera e imponer sus armas en Zepita. Un año antes, con tropas también peruanas, este mismo Caudillo contiene al enemigo en Pichincha, después de más de tres meses de marchas por terrenos fragosos, para perseguirlo hasta su campo y hacerlo capitular, bajo las órdenes de Sucre, y en unión de los valerosos soldados libertadores de la Gran Colombia.

Los montoneros del indio Huavique, los de Ninavilca y otros, exploran, cubren y combaten, antes de Junín. Ni siquiera se hubiera iniciado la épica campaña final si no es por lo montoneros que ven y dan parte, imponiéndose, en sus "morochucos" y con sus rejones, a los gallardos peninsulares orgullosos de Bailén, del Dos de Mayo y de la "Inmortal Zaragoza".

No es menester decir nada sobre los peruanos que decidieron la batalla de Junín, y los bravos de La Mar en Ayacucho; sobre los héroes de la campaña de Olañeta, y los hambrientos y empecinados compañeros de Rodil.

Cualquiera que fuera la causa que abrazaran esos soldados peruanos —sea como voluntarios en uno u otro de los bandos; bien, como "levados" bajo las banderas del Rey; o como "reemplazantes" de las bajas ocurridas en las filas auxiliares— vertieron su sangre de comienzo a fin en el titánico empeño de la Emancipación de Hispano América, y a ellos se debió que fuera el Sol de Ayacucho, el que alumbrara el último paso de los esforzados y gloriosos paladines de la Libertad Continental.

FIN DEL PRIMER LIBRO

GUERRAS DE CONSOLIDACION
DE LA REPUBLICA
1827-1866

LIBRO SEGUNDO

GUERRAS DE CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA

CAPITULO PRIMERO

MODALIDAD PARTICULAR DE ESTAS GUERRAS

1827 - ....

Causas de las Guerras de Consolidación.- Parcelamiento y absorción territorial.- Determinación de la influencia de los nuevos países.- La política bolivariana.- Equilibrio político y militar.

El caudillaje.- Génesis del caudillo.- Elementos de guerra.- Odios personales.- La xenofobia.

Características de las guerras de los primeros tiempos de la República.

CAUSAS DE LAS GUERRAS DE CONSOLIDACION

Las sistemáticas expansiones de la civilización y del poder de los Incas, llevaron los linderos del Tahuantinsuyo hasta Pasto por el norte y el río Maule y el Tucumán * por el sur; pero las capitulaciones que en el siglo XVI otorgaron los reyes de España a los conquistadores de América, dieron lugar al parcelamiento, entre capitanes y aventureros, de las tierras del Nuevo Mundo que le tocó colonizar a aquella nación. No por esto dejó de ser vasto e importante el Imperio de los Incas, trasformado poco después en el Virreinato de Lima; más, las sucesivas modificaciones administrativas que sufriera el dominio colonial, la agregación y desagregación de un mismo territorio a diferentes autoridades, ya políticas o eclesiásticas o militares, originaron la más inextricable confusión tan luego como los nuevos estados fueron ajenos a la administración central del Rey.

---

* Región que se extendía bastante al sur de Mendoza y Córdoba, actuales. Historia Argentina, por Vicente F. López. Tomo I.

La demarcación entre las distintas reparticiones coloniales, hecha **ad libitum** sobre los imperfectos mapas enviados a la Metrópoli, adolecía de profundos errores. Según sus líneas, ya se separaban territorios poblados por un mismo grupo étnico para que obedecieran a distintas autoridades extrañas y alejadas; ya una misma circunscripción dependía en lo militar de un gobierno, en lo eclesiástico de otro, teniendo, además, su propia administración; en el primero de estos casos se encontraba el territorio de la actual República Boliviana que debía obedecer a Buenos Aires desde 1776 en que se formó este Virreinato, a pesar de que todo indicaba la necesidad de mantenerla reunida al Perú, y en el segundo, la actual República del Ecuador, cuyas distintas autoridades residían en Lima, en Santa Fe de Bogotá y en Quito.

Sería largo, y acaso estaría fuera de nuestro objeto, seguir el proceso de demarcación política del dominio colonial, que sufrió múltiples transformaciones y acomodos administrativos ocasionados por el incesante descubrimiento de riquezas y por el conocimiento, cada vez más detallado, de las distintas regiones que lo formaban. Entre otras causas, la referente a la extensión territorial que impedía el buen gobierno obligó a seccionar los territorios más dilatados para constituir nuevas administraciones.

Al iniciarse la lucha por la independencia, el Perú se hallaba disminuído en gran porción de su territorio como consecuencia de estas divisiones. Del antiguo Tahuantinsuyo se había formado: parte del Vireinato de Buenos Aires, la Capitanía General de Chile, la Audiencia de Charcas, la Presidencia de Quito y el Gobierno de Guayaquil.

Cuando los pueblos alcanzaron su libertad hubo que sumar a estas causas de desavenencia, la natural ambición de los nuevos políticos y de los caudillos de la Revolución, que querían que la bandera de su patria de origen ondeara en las más dilatadas comarcas.

Los errores de que adoleciera la organización del dominio colonial español, entre los que se contaba el desatender más a unos que a otros países, según la importancia y significación que para la Metrópoli tuvieran, dieron lugar a que la libertad se proclamara, en primer término, en las regiones más alejadas del centro del poder del Rey, que era Lima.

Así, Chile no sólo sacudió el yugo metropolitano, sino que, con el auxilio argentino, se libertó de la dominación directa de la Ciudad de los Reyes, sede de su real e inmediato gobierno.

La provincia de Guayaquil, como lo hizo Trujillo o lo pudo hacer cualquiera otra del Virreinato de Lima, se rebeló contra el poder central y, peruana como era, realizó el movimiento separatista valiéndose de los soldados cuzqueños de guarnición en el lugar.

Charcas, cooperó a las invasiones repetidas de las tropas de Buenos Aires y presenció los fracasos que sufrieron éstas al hacerles frente los soldados realistas, que esterilizaron su acción.

De esta manera, los revolucionarios de los confines de la Colonia, no sólo lucharon contra la Metrópoli sino también contra sus hermanos del Perú, que hacían suya la causa del Rey; y, por consiguiente, al rebelárse contra el Virrey ahondaron el ficticio trazado de los linderos y relajaron o rompieron los seculares lazos que los ligaban al pueblo del que, en realidad, formaban parte.

Por lo anterior se podría afirmar que, en aquella época, el Perú cayó con España en este Continente.

La lucha por la emancipación no había terminado aún, cuando los propios libertadores se disputaban ya el dominio y la influencia sobre las diversas regiones sudamericanas.

San Martín y Bolívar, por la ambición de este último, se hallaron al borde de una guerra cuando se produjeron los sucesos de Guayaquil en 1822; y a poco estuvo que, ese mismo año, Sucre y Santa Cruz se hubieran batido por disputarse aquel importante puerto cuya nueva bandera no estaba todavía definida.

Santa Cruz quiso siempre ser tenido por peruano, pero al comandar en jefe, en 1823, esterilizó y dejó perder la brillante expedición que se le había confiado, atraído a la margen sur del Desaguadero por natural inclinación al lugar de su nacimiento.

Bolívar precipitó la campaña sobre Quito, entre otras razones, para llegar pronto a esas tierras y presentarse en ellas como libertador, a fin de imponer su prestigio personal y adueñarse de Guayaquil, ensanchando así el territorio de la Gran Colombia. Llamado al Perú, comenzó por dividir a los peruanos, para vencer después a los españoles y, una vez dueño del territorio, lo seccionó para absorberlo. No contento con segregar el Alto Perú, aprovechando de su autoridad como Dictador y de la indiferencia de las Provincias Argentinas, discutió con el peruano La Fuente sobre la conveniencia de ensanchar Bolivia a costa del Perú, como se desprende de las negociaciones que por su orden hiciera el ministro Ortiz de Zevallos, para entregar el puerto de Arica; al mismo fin tendía su proyectada federación entre el Perú y Bolivia, que debilitaba al primero de estos países, dividiéndolo en dos Estados.

La necesidad de que unos pueblos acudieran en socorro de los otros para dar fin en América con el poder del Rey, hizo aún más confusa la delimitación del dominio territorial de cada nuevo estado, por cuanto los soldados, cualquiera que fuese el lugar de su nacimiento, dondequiera que se encontrasen, tenían carta de ciudadanía y paseaban su arrogancia de uno a otro confín del Continente.

La comunidad de los intereses que se defendían dio lugar a la mezcla de los elementos de guerra, originando deudas por concepto de transportes, vestuario, sueldos, armamento, etc.

Los caudillos, dándose cuenta de que en las grandes conmociones sociales el triunfo es del más osado; contagiados, como no podían dejar de estarlo, por el mirífico espejismo napoleónico de su siglo, quisieron arrastrar a los pueblos tras el brillo de su espada.

Y de tal modo se produjeron hechos políticos que sólo pueden explicarse en épocas como aquellas, de profunda perturbación social, que justifican todos los excesos; tales hechos muestran, a pesar de altisonantes proclamas y discursos, que esos hombres nuevos en las tareas políticas, sedientos de mando u orgullosos de sus triunfos, menospreciaban, con variadas miras, los anhelos democráticos de las jóvenes nacionalidades americanas.

A mayor número de victorias obtenidas y cuanto más grande era la gloria de los caudillos, más amplias eran sus expectativas políticas y de allí ese deseo de absorción territorial en gran escala, que tendía a fundar un solo estado por la reunión, arbitraria o no, de los territorios recién libertados. En realidad. lo que se quiso destruir con la lucha de la emancipación fue la autoridad de los españoles y

el poder de quienes los auxiliaban en la defensa de los derechos del Rey, y no se quiso, precisamente, implantar el dominio absoluto de de la libertad, puesto que se anularon viejos privilegios para crear otros, tal vez más duros, más directos e injustos, con la única novedad de beneficiar a jefes americanos.

La desagregación de determinadas comarcas de un país para facilitar su absorción total, la creación y fomento de intereses encontrados entre las nuevas nacionalidades de que se trataba de oponer entre sí para hallar un artificioso equilibrio, son hechos que ponen en evidencia el imperialismo de los caudillos.

Tras los errores coloniales de demarcación de fronteras y delimitación de potestades, se presentaron, pues, como nuevas causas de disgregación y odio y enconos, las partijas, segregaciones y absorción que ordenaron los mismos libertadores.

La legítima ambición de estos últimos por dirigir la cosa pública, favorecía esta caótica situación y formaba escalón para las grandes aventuras; y un protervo deseo de acomodo llevaba a los satélites de los probables dirigentes a plegarse tanto a uno como a otro bando, internacional o interno, aumentando así la confusión general y el malestar político que reinaba en América en los primeros años de la era republicana.

Cuando no eran los caudillos los que trataban de imponer su influencia, eran los pueblos mismos los que, deseando mantener la supremacía en el Continente y tomar ascendiente político, desmejoraban los progresos de los estados vecinos para obtener su propio beneficio. Así, Chile prestó su concurso para la Expedición Libertadora, salida de su suelo con bandera chilena y mantuvo su compromiso para la emancipación del Perú mientras alentó la esperanza de darnos libertad él solo; pero cuando en la lucha contra los realistas intervino Bolívar, negó su auxilio en forma capciosa, fundándose en su innegable pobreza, la que no le había impedido, sin embargo, ayudar a San Martín cuando daba por segura la influencia política que obtendría. Su apoyo sólo fue efectivo hasta que se produjo el fracaso de la expedición de Santa Cruz negándolo después, tan luego vio "que esto se volvía cada vez más colombiano", según la expresión de su agente Campino.

La Gran Colombia tampoco intervino en nuestro favor sino cuando desperezada la ambición del Libertador, éste pensó que la causa de la libertad se perdía en el Perú por falta de un gran jefe cuyas dotes, a ojos vistas, no totalizaba Riva Agüero. La ascensión al poder del titulado gran Mariscal, impuesta a los ambiciosos políticos del Congreso por el Ejército, era obligadamente una causa de rencilla doméstica que, ahondándola, permitiría arrebatarle el mando; con esa misión política llegó Sucre a Lima, y cuando la autoridad del Presidente estuvo suficientemente minada, Bolívar logró interesar a la Gran Colombia en los destinos del Perú, de los que ya había hecho voluntario abandono cuando Paz del Castillo, por orden del Libertador, dio insolentes excusas para batirse.

Un gesto americanista de San Martín había dado lugar, años antes, al envío de Santa Cruz a Saraguro para cooperar a la independencia de Quito, creyendo el Protector que con este auxilio generoso afirmaría el declarado peruanismo de los guayaquileños. Pero, recién iniciada la campaña, las tropas peruanas estuvieron a

punto de volver a sus cantones, cuando notaron que su esfuerzo iba a servir para aumentar la influencia de Bolívar, con desmedro de la poca que ellos habían ya ganado.

La política bolivariana fue otra grave causa de las discordias que sucedieron al período de la lucha por la Emancipación.

Bolívar quería dominar en América. Ha pasado a la categoría de hecho histórico, probado e indiscutible, que ambicionaba someter el Continente a su dominadora férula: la planteada expedición a Chiloé, la promesa de llevar sus armas a Buenos Aires, ponen en evidencia la exageración de sus miras. El Congreso Anfictiónico de Panamá; la desmembración del Perú; la absorción de Guayaquil y Quito por la Gran Colombia, y, su sistema de gobierno vitalicio con derecho a elegir sucesor, se presentan en tangible contradicción con sus sonoros discursos y atildadas oraciones.

Pero, para oponérsele, creyéndose con los mismos títulos para el mando, existían Santander en Colombia, Páez en Venezuela, Obando en el Ecuador. La Mar en el Perú y Santa Cruz en Bolivia; hasta Freire como Supremo Dictador de Chile, emprendió con empeño la expedición a Chiloé para eliminar la posibilidad de que el Libertador pisara el suelo de su patria. Por último, las Provincias Argentinas hicieron también oír su voz para impedir que Bolívar aproximara fuerzas a sus fronteras y el Imperio del Brasil tuvo que sufrir una arrogante amenaza del Libertador y de sus agentes.

La lucha entre los partidarios de la política bolivariana, entonces apodados "vitalicios", con los que no participaron de esas opiniones de gobierno, fueron causa principal del encono de los caudillos y de las guerras fratricidas que tuvieron lugar en esos tiempos en la banda occidental de America del Sur. Ellas dieron lugar a los tratados de Piquiza y de Guayaquil, impuestos por el Perú.

La separación del Alto y del Bajo Perú, ordenada, o por lo menos autorizada por Bolívar, fue otra causa de discordia. Esta equivocación del Libertador, que Gamarra quiso corregir empleando la fuerza para reabsorber a Bolivia, y que Santa Cruz pensó enmendar por las argucias de la política, planteando la Confederación Perú-Boliviana, originó el fracaso político de esos viejos comilitones y produjo veinte años de constante intranquilidad en los países interesados. Estas inquietudes fueron la causa de Yanacocha, Socabaya, Paucarpata, Guía, Yungay y sólo terminaron en Ingavi, con la muerte de su principal actor.

Otro móvil de las luchas de este período, puede haber sido el imperativo sociológico que obliga, inevitablemente, a buscar el equilibrio político y militar entre naciones recién formadas o profundamente sacudidas por graves conmociones sociales.

Es indudable que varios cuerpos políticos que toman forma uno al lado de otro, tienden a desbordarse a expensas de sus vecinos, siguiéndose de esto que hay un tiempo de tanteo y desacuerdo entre aquellos antagónicos organismos que acaban de cristalizarse.

De la vitalidad de los pueblos que se hacen oposición en esta fase de acomodamiento depende que el ciclo de turbación inicial se prolongue más o menos, hasta encontrar el equilibrio de las fuerzas y la limitación de las aspiraciones. Nuevos problemas nacen en es-

te mismo período y se substituyen a los anteriores, se crean nuevos intereses, y unos y otros dan la estabilidad necesaria para el libre desarrollo de las nacionalidades, consolidando lo ya adquirido.

Ahora bien, el equilibrio de ambiciones políticas y de fuerzas militares entre las naciones recién formadas en América del Sur, sólo se consiguió largos años después de que los pueblos conquistaron y ejercitaron su soberanía.

Las causas de discordia y de rozamiento fueron, como se ve, numerosas y complicadas; eliminarlas progresivamente fue obra de aliento y esfuerzo intenso que, a pesar del tiempo transcurrido, originan aún hoy no pocos sobresaltos a los Estados Nos referimos a las cuestiones pacíficas y honestas de demarcación territorial, que todavía se suscitan a causa de la maraña de líneas absurdas y contradictorias que nos legara la Colonia, y no a los asaltos al bien ajeno que, como caso de excepción, se han producido también en América.

EL CAUDILLAJE

Las guerras de la independencia de América trajeron consigo, después del período de la lucha, una larga secuela de complicaciones originadas por el desbordamiento de las pasiones que nacen y se desarrollan obligadamente en el desorden y la arbitrariedad a que siempre da lugar el empleo de la fuerza.

La ambición de los jefes, su absurda sed de mando, el desquiciamiento del organismo político establecido, las tendencias partidiaristas multiplicadas al infinito, hicieron surgir el caudillaje, verdadera valla para el desarrollo de las instituciones constitucionales, que aparta a los hombres del servicio de la patria para hacerles seguir distintas banderías acaudilladas por civiles o militares. Además, el enorme esfuerzo realizado por los pueblos de América en largos años de cruenta lucha, la multiplicidad de los problemas por resolver, el sinnúmero de opiniones e intereses encontrados, hizo nacer el más desatentado caudillaje.

Ideas de política interna precisas o indefinidas, reivindicaciones territoriales justas o ilegítimas, deseo de conquista para ensanchar el propio país, afán de hegemonía exterior y otros desiderata políticos, formaron tantas banderías como caudillos se glorificaron en las luchas de la Emancipación.

Los militares y políticos peruanos, bolivianos y ecuatorianos, querían escapar a la tutela de Bolívar, pero éste y sus partidarios se obstinaban en hacer definitivo e inconmovible el dominio momentáneo que los pueblos mismos le concedieron para libertarse del Rey. Bajo Santa Cruz se revela Lima contra los colombianos y provoca la sublevación de las tropas de Lara, agente de Bolívar. Bajo La Mar, que sucede al primero, Gamarra invade Bolivia para expulsar a Sucre con el beneplácito de Urdininea, Blanco y Velazco y el propio La Mar marcha después sobre el Sur Colombiano para subtraer a Guayaquil y a Cuenca, su suelo natal, de la mano del Libertador.

Años después, Santa Cruz invade el Perú para reunirlo a Bolivia. Los propios peruanos ven en esto un peligro y Chile se llama restaurador para cortar el nuevo vínculo que han formado sus vecinos. Por último, Gamarra busca durante largos años la reabsor-

ción de Bolivia que no logra obtener y Castilla se lanza en la aventura inútil de la invasión del Ecuador.

El exceso de elementos de guerra, la abundancia de hombres de armas, el hábito de lucha que crea insospechadas energías y la necesidad de emplear tanta actividad guererra, desencadenó igualmente la tempestad de luchas continuas que se produjeron en América en aquella época. Eran energías latentes que pedían ser empleadas y que, al no serlo, se desbordaron.

El autoritarismo, la injusticia y los abusos de los distintos jefes durante la Revolución Emancipadora, les concitó terribles odios personales que movían las pasiones haciéndolos lanzarse ulteriormente unos contra otros, seguidos por las tropas de cada país, que les obedecían, ya por afinidad nacional, ya por bandería, participando así de la misma animadversión que los jefes mantenían entre sí.

La exacerbación del sentimiento de libertad, impulsaba a los pueblos al odio contra el extranjero limítrofe que ingresó como defensor y sostenedor de la emancipación por todos deseada, para trocarse en el mantenedor inconsciente de la ambición de sus jefes, cuyos móviles secretos no alcanzaban a desentrañar.

Afanosos de mandar en su propia tierra, después de duros y constantes socrificios, los pobladores de cada región odiaban cordialmente al extranjero dominador que, embozadamente y so pretexto de auxilios, restauración, etc., invadía su territorio y ejercía autoridad.

CARACTERISTICAS DE LAS GUERRAS DE LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA REPUBLICA

Desde el punto de vista militar, en lo que se refiere a organización, conducción de las operaciones y empleo de las tropas, nada nuevo había en este ciclo guerrero que pudiera trastornar las normas aceptadas durante la Revolución Emancipadora.

Los jefes y la mayor parte de los hombres de fila eran los mismos y, aunque más aguerridos, siguieron idénticos procedimientos bélicos. No se dieron a luz concepciones militares notables en ninguna de las campañas que corresponden a este período; las luchas se realizaron con un carácter casi interno, viéndose a los enemigos de ayer adoptar el bando del caudillo contrario. La guerra se hacía planeando sobre las defecciones en masa del adversario, como la de los bolivianos en 1828; sobre las capitulaciones en campo raso, como la de los chilenos en Paucarpata, o sobre la innocuidad del adversario, como cuando la invasión al Ecuador.

La acción de la política interna se deja traslucir en todas estas guerras y, al intervenir como elemento extraño, falsea las conclusiones militares a que se quisiera llegar.

Las amplias concepciones estratégicas, las operacions tácticas bien planteadas, las maniobras de brillante ejecución, no se presentan a menudo en este período; generalmente las campañas se reducen a movimientos de tropa combinados con ardides y sutilezas o con obscuras connivencias políticas.

La lección más importante de este ciclo de luchas, tal vez sea la que muestra todas las posibilidades que tuvo el Perú en el tiem-

po en que disponía de eficiente superioridad naval, sobre los países avecindados al litoral del Pacífico. Esta superioridad ya obtenida por la Escuadra Libertadora de San Martín, al iniciarse la Guerra de la Emancipación, fue conservada por los dirigentes peruanos y el incremento de la flota de guerra fue una de las primordiales y muy legítimas preocupaciones de la Nación. En tanto que nos asistieron tan favorables condiciones, la acción política del Perú tuvo carácter de predominio y los limítrofes contuvieron y ni siquiera dejaron traslucir sus pretensiones y ambición.

En la Guerra contra la Gran Colombia y en la Expedición del Presidente Castilla contra el Ecuador, así como en el transporte de tropas de uno a otro extremo de la República, la flota de guerra propició todas nuestras decisiones internacionales. Al comenzar las luchas de la Confederación, Salaverry, gracias a la Escuadra, operó sobre los puertos bolivianos e hizo sentir en ellos la fuerza de sus armas; la misma Escuadra le permitió escoger en el sur el teatro de operaciones que parecía convenirle, después de las inútiles maniobras realizadas en el interior.

Dicha superioridad naval cambió de mano después del asalto a nuestras naves que Chile perpetró en plena paz, como operación previa, cuando sus dirigentes convinieron en que la Confederación Perú-Boliviana debía ser desintegrada, porque estorbaba a sus intereses y a sus velados fines de hegemonía. Este violento cambio de posesión, seguido por repetidos abordajes y sorpresas a barcos peruanos aislados, le permitió trasladar al Perú las dos expediciones perú-chilenas conocidas con el nombre de Restauradoras. En este mismo tiempo, sin embargo, dos naves peruanas, bien mandadas, nos dieron episódicos triunfos en las costas de Chile, y, una escuadra armada en corso por el Perú, estuvo a punto de darnos grandes y decisivos éxitos.

Ya en la invasión del Ecuador que antes citamos, dirigida por Castilla en 1859-1860, nuestra flota tenía renovada importancia, la misma que creció notablemente cuando la Guerra con España en 1866, en la que el Perú debió auxiliar a Chile, Ecuador y Bolivia, en la Cuádruple Alianza del Pacífico, dando a las armas peruanas el famoso triunfo de Abtao en las costas sur de Chile.

La ulterior incuria, verdaderamente delictuosa, de los políticos civiles que gobernaron la Nación, nos hizo perder esta valiosa superioridad hasta llegar a las condiciones en que nos encontró la Guerra del Pacífico, que estudiamos en el Libro Tercero, siguiente, de esta Obra.

SINOPSIS DE LAS GUERRAS DE CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA

Invasión a Bolivia.- Tratado de Piquiza
1827 a 1828

Guerra con la Gran Colombia 1828 - 1829	Campaña marítima	Combates en el Guayas Bombardeo y toma de Guayaquil
	Campaña terrestre	Saraguro Portete de Tarqui

- **Guerras de la Confederación Perú-Boliviana. 1835 - 1839**
  - Campañas Perú-Bolivianas 1835 - 36
    - Contra Gamarra
      - Yanacocha
    - Contra Salaverry
      - En el Interior. Pilpichaca
      - En el Sur
        - Gramadal
        - Uchumayo
        - Socabaya
  - 1ra. Expedición Restauradora. 1836 - 37
    - Filibusterismo chileno
    - Tratado de Paucarpata
  - 2da. Expedición Restauradora. 1838 - 39
    - Campaña de Lima
      - Guía
      - Matucana
    - Campaña del Norte
      - Buín
      - Yungay
- **Guerra con Bolivia 1841**
  - Invasión a Bolivia
  - Mecapaca
  - Ingavi
- **Invasión al Ecuador 1859 - 1860**
  - Toma de Guayaquil
  - Tratado de Mapasingue
- **Guerra con España 1866**
  - Revolución del Coronel M. I. Prado
  - Abtao
  - Dos de Mayo del Callao

CAPITULO II

INVASION A BOLIVIA

1827 - 1828

Término de la intervención bolivariana en el Perú.

Ocupación de Bolivia.- Causas de la invasión.- Intrigas preliminares.

Paso del Desaguadero.- Resistencia y defección bolivianas.

Tratado de Piquiza.

Consideraciones.

TERMINO DE LA INTERVENCION BOLIVARIANA EN EL PERU

26 de enero

Después del triunfo de Ayacucho, cuando los peruanos disfrutaban de los bienes de la libertad y Sucre se encontraba en Bolivia, el Libertador se trasladó a esta naciente república para conocerla e intervenir en su formación. Una vez en ella planeó e hizo aprobar la Constitución que debía regirla; el texto de esa Constitución establecía, en su extenso articulado, la existencia de un presidente vitalicio con derecho a elegir sucesor.

Tan pronto como el Libertador consiguió sus fines en Bolivia, se dispuso a regresar al Perú para hacer aceptar la misma Ley Fundamental, que recibió el nombre de Constitución Boliviana *. Llegado a Lima convocó a los Colegios Electorales que, coactados por la presencia de la fuerza, aceptaron su Código casi por unanimidad.

Por ese entonces se producían en la Gran Colombia sucesos políticos que obligaron al Libertador a dejar Lima y proseguir al norte, para poner orden en el edificio político que dejara establecido en aquellos países al venir al Perú. Con tal fin dejó la Capital y se embarcó el 3 de septiembre de 1826 hacia Guayaquil.

Tan luego como el Libertador abandonó Lima, se inició un sordo rumor de protesta contra la novísima Constitución, el que creció hasta formar grave tormenta contra los colombianos. La Constitución Bolivariana era, en efecto, una ley desopinada en las nuevas democracias ansiosas de disfrutar con amplitud de las ventajas de

* Derivado que se formó entonces del nombre de Bolívar; hoy, todo lo que se refiere al Gran Caudillo se llama bolivariano.

su reciente autonomía, conquistada tras dura lucha; sus preceptos habían sido aceptados con reserva y más que aceptados, impuestos coactivamente.

Las tropas colombianas adictas al Libertador que habían tomado parte en las campañas de la emancipación del Perú, quedaron en Lima, en Arequipa y en Bolivia, para mantener el régimen político establecido. Estas tropas, llamadas auxiliares, a pesar de que nada justificaba su permanencia en el país y mucho menos su auxilio que era innecesario, servían en realidad como tropas de ocupación bolivarianas.

De guarnición en Lima permanecía la Tercera División Colombiana, a órdenes del General Lara y los elementos que la formaban eran los de la división que mandó el mismo General en la batalla de Ayacucho, completados por los soldados que sitiaron el Callao y lo rindieron en 1826; los cuerpos que la constituían eran los siguientes:

Batallones:
- "Vencedor".
- "Rifles".
- "Caracas" (de la división de Córdoba).
- "Araure" (de las tropas de Salom).

Caballería: 4º escuadrón de "Húsares de Ayacucho".

Los políticos peruanos autonomistas, deseosos de hacer salir del país estas fuerzas adictas al Libertador, efectuaron tenaz propaganda entre los soldados de la Tercera División y los convencieron de que la Constitución Colombiana de Cúcuta, que los regía, iba a ser cambiada por Bolívar, radicalmente, con grave desmedro de su propia nacionalidad; excitaron su amor a la lejana Colombia, haciéndoles desear el regreso a la patria; les trasmitieron noticias de la rebelión que, contra el Libertador, tenía lugar en su país y estimularon la ambición de sus jefes haciéndoles ver el brillante papel que desempeñarían si volvían a poner orden y a impedir desmanes liberticidas en la tierra de su nacimiento; por fin, los alucinaron con la oferta de pagarles inmediatamente los premios y sueldos devengados, a que tenían derecho, si es que emprendían el regreso. Con estos alicientes hábilmente presentados por los políticos peruanos y creyendo las tropas colombianas que cumplían fielmente con su deber, se sublevaron el 26 de enero de 1827 y, a órdenes del Mayor Bustamante, apresaron a sus jefes y pidieron abandonar Lima, declarando al mismo tiempo que no se inmiscuirían en los sucesos políticos que se desarrollaran en el Perú.

Luego que los peruanos obtuvieron esta ventaja, anulando así la amenaza que representaban las tropas de ocupación, desarrollaron el plan que se habían trazado para rechazar la odiada Constitución Bolivariana, restableciendo la de 1823, y para anular la designación de Bolívar como presidente vitalicio.

Los Generales Lara y Sanders, jefes de la Tercera División colombiana, así como otros oficiales que no se adhirieron al movimiento, fueron embarcados en el bergantín "Blücher" y salieron del Callao el 30 de enero para el puerto colombiano de Buenaventura, conducidos bajo la custodia severa de cuarenta soldados colombianos.

La división sublevada estacionó en los pueblos de Bellavista y Magdalena, en buen orden y con todo acatamiento a las autoridades peruanas. Sus soldados pagados, premiados y vestidos por el gobierno de Santa Cruz con la necesaria diligencia, para evitar cambios en la situación o nuevos trastornos, se embarcaron el 21 de marzo en buques fletados especialmente por el Perú y emprendieron viaje al norte, debidamente escoltados por varias naves de guerra de esta nacionalidad.

Una parte de la Tercera División desembarcó en Paita a órdenes del jefe de los amotinados, Bustamante, para internarse y seguir a Loja; otra, a órdenes de Elizalde, desembarcó, en Manta y se dirigió a Guayaquil donde secundo al Mariscal La Mar en el pronunciamiento de ese puerto, que también quería libertarse de la tutela bolivariana.

Cuando se produjo en Lima, la sublevación de las fuerzas colombianas, Santa Cruz, Presidente del Consejo de Gobierno en quien Bolívar había delegado el mando, se vio precipitado por Vidaurre y otros políticos peruanos a desconocer la autoridad bolivariana que él mismo ejercía por delegación y que no podía ya sostener por falta de elementos de fuerza.

Santa Cruz convocó al Congreso y éste eligió al Mariscal La Mar como Presidente de la República, el 9 de junio de 1827. Como La Mar se hallaba en Guayaquil, Santa Cruz siguió al frente del gobierno hasta el mes de agosto, en que aquél se hizo cargo de la primera magistratura.

Los bolivarianos acusaron a Santa Cruz de haber hecho desencadenar la rebelión de la división de Lara en Lima, procediendo contra los intereses de Bolívar que lo había encumbrado; el historiador peruano Paz Soldán, respondiendo a esta acusación y otras que sustenta el escritor colombiano Restrepo, dice:

"Así terminó en el Perú la intervención colombiana y el poder de Bolívar. Este cayó por que él mismo labró y preparó los elementos de su caída. Sus más acalorados defensores y entre ellos el ilustre Restrepo confesaban: "que con sólo la indicación de que se adoptara la Constitución Boliviana se alarmaron los numerosos amigos que Bolívar tenía en Venezuela y en otras partes de Colombia"; "gran parte de las demostraciones que recibió en el Perú emanaban del temor que se tenía al poder absoluto ejercido por él", "que más de una vez el peso de esta autoridad se dejó caer sobre los que manifestaban alguna oposición a los actos y miras de las personas que desempeñaban el gobierno del Perú"; "que los pueblos limítrofes de Bolivia, es decir el Perú y las Provincias Argentinas, profesaban con entusiasmo los principios democráticos y republicanos de que se alternen todas las magistraturas"; "que las tropas colombianas estaban desmoralizadas en el Perú y Bolivia"; "que aunque parecía que todos aquellos actos (los relativos a la aprobación de la constitución boliviana) eran libre y conformes a la opinión de la mayoría nacional, había en el Perú un partido que los calificaba de tiránicos, ilegales e impuestos por la fuerza; se contaban en sus filas hombres distinguidos, por su influjo en el país, que aspiraban a la Suprema Magistratura y a los más altos empleos de gobierno; así como los republicanos puros, que apetecían el triunfo completo de los principios democráticos, a cuya sombra pensaban medrar, adquiriendo consideración y riquezas".

"Si todo esto es efectivamente cierto —sigue Paz Soldán— ¿por qué se indigna y enfurece ese mismo historiador Restrepo contra el Perú y los peruanos que sacudieron el yugo colombiano que sobre ellos pesaba? ¿Por qué los califica de ingratos, de espíritus mezquinos y almas bajas; y de innoble conducta, de chocante inmoralidad a Santa Cruz, y otros, que ligeramente supone que no sólo consintieron en el cambio del 27 de enero, sino asevera que lo fomentaron y apoyaron? ¿Cree el señor Restrepo que los ciudadanos que reciben honores y premios del jefe de la nación en recompensa de sus servicios, o porque los considera dignos de tomar parte en los negocios públicos, están obligados por gratitud a convertirse en humildes siervos y eternos servidores de ese jefe, hasta para sostener sus caprichos, ambición y despotismo?"

"El jefe de una nación que coloca en elevados puestos a hombres sin mérito, tan sólo con la mira de que lo sostengan a todo trance; ése no es jefe de una república, sino de una pandilla o facción que por la intriga y la fuerza y el cohecho, se ha apoderado del mando supremo; y quien conspira así contra los derechos y las leyes y oprime la libertad, debe ser precipitado del puesto que ha asaltado, y no tiene derecho de que se le agradezcan los honores que prodiga, no para recompensar el mérito sino para comprar servicios a pretorianos. El ciudadano virtuoso sólo debe agradecer a la Ley y a la Nación, que le recompensa su mérito y patriotismo". *

OCUPACION DE BOLIVIA

1º de mayo al 8 de septiembre

CAUSAS DE LA INVASION

Aniquilada la preponderancia de Bolívar y de los llamados vitalicios, era necesario afianzar la naciente nacionalidad peruana. En efecto, los dirigentes fijaron pronto su atención en que el país se hallaba encerrado entre los colombianos del Sur, "suranos" como llamaba Bolívar a los ciudadanos de la República del Ecuador, y los agentes del Libertador, dueños de Bolivia, que presidía Sucre también por delegación. Deseosos los peruanos, de acuerdo con su ideal político, de eliminar tan inminente riesgo para la nacionalidad, resolvieron hacer desaparecer toda dominación extranjera en la nación hermana del Altiplano: se ideó, en consecuencia, la manera de hacer salir de ese territorio a las tropas colombianas que eran una amenaza para el Perú, así como la forma de obtener que Sucre dejara el mando. Tal fue la causa de la apertura de hostilidades contra la nueva República de Bolivia, cuya redención se proponía el Perú.

INTRIGAS PRELIMINARES

Los gobernantes peruanos se valieron, para llevar a cabo sus planes, de combinaciones políticas por las que entraron en acuerdo con algunos militares y hombres públicos de Bolivia que favorecían

* Paz Soldán: Historia del Perú Independiente. Segundo Período continuado página 153.

la acción peruana tendiente a emanciparlos de la tutela del Libertador. Realmente, las provincias del Alto Perú, a pesar de haber albergado en su territorio desde hacía mucho tiempo a las tropas emancipadoras, no disfrutaban aún de verdadera libertad, pues la autonomía que les dieron Sucre y Bolívar, a expensas de otros pueblos, no era hasta entonces sino mera ilusión.

Los planes fraguados por los políticos peruanos tendían a que las propias tropas de Bolivia defeccionaran ante el invasor, dejando a éste en entera libertad para actuar contra las autoridades y fuerzas colombianas de ocupación, a las que debían hacer salir del país.

A fin de favorecer la insurrección de los bolivianos, el General Gamarra, Prefecto del Cuzco, se situó con sus tropas a proximidad del Desaguadero, dispuesto a cruzar el río e invadir Bolivia tan luego como se presentara la oportunidad. La división peruana del Sur estaba formada por los Batallones "1º y 2º del Zepita", "1º y 2º del Callao", el "Pichincha" (peruano) y el Regimiento "Húsares de Junín".

Sucre, que parece que no tenía idea alguna de intervención en el Perú, a pesar de los sucesos contrarios a la política bolivariana que tuvieron lugar en Lima el 26 y el 27 de enero, se limitó a desvirtuar las sospechas de los peruanos a este respecto, manifestando públicamente sus deseos de paz; pero, no logró que éstos le creyeran, escarmentados como estaban de la sutileza y astucia de que había dado pruebas repetidas.

Entretanto se produjo en La Paz el motín del Batallón "Voltígeros", (ex Numancia) colombiano de la Primera División, que hizo un movimiento el 25 de diciembre de 1827 en condiciones parecidas a las de la Tercera División de Lima, siendo reducido y disuelto.

Sucre, entre las diversas gestiones que efectuó por la paz, pidió a Gamarra una entrevista para cambiar opiniones; la entrevista se realizó en el Desaguadero el 5 de marzo de 1828, sin llegar a conclusiones claras. Durante el curso de esta negociación, Gamarra fingió ser decidido partidario de la paz con Bolivia.

A pesar de los acuerdos del Desaguadero, bajo la protección material de las tropas peruanas que seguían en la frontera, se produjo en Chuquisaca la sublevación de los "Granaderos de Colombia", el 18 de abril de 1828. Sucre, al querer sofocar la revuelta, fue herido en un brazo por las tropas de su misma guardia sublevadas en el Palacio Gubernamental.

Herido y asilado en Ñuccho, cerca de Chuquisaca, después de debelada la sublevación el día 22 por el Coronel López, el Gran Mariscal de Ayacucho entregó el mando al General Urdininea como Presidente que era del Consejo de Gobierno, dándole el mando directo de las tropas por ser al mismo tiempo Ministro de Guerra.

PASO DEL DESAGUADERO

1º de mayo

* De este motín contra Sucre se valió el General Gamarra a la expectativa en la frontera, para pasar el río Desaguadero el 1º de mayo de 1828, con los 5000 hombres de su división llamada del Sur.

* Croquis No. 27.

Al invadir Bolivia, Gamarra dio como pretexto legítimo, en sus proclamas y escritos, que trataba de "interponerse entre la víctima y sus asesinos"; pero, llevaba el fin de alejar del país a los colombianos, para lo que estaba de acuerdo con los elementos más distinguidos del gobierno y del ejército de Bolivia. Además, su ambición le hizo concebir, por un instante, la formación de una nueva república, agregando a Bolivia los departamentos de Arequipa y Cuzco, que pensó separar del Perú para formar con el todo un gran estado que esperaba presidir.

Las tropas colombianas presentes en el Alto Perú en aquella época, pertenecían a la división del General Córdoba y eran las siguientes: doscientos soldados del "Pichincha", que no habían logrado embarcarse para Colombia por falta de barcos; este batallón que se encontraba en Arequipa con un escuadrón de los "Húsares de Colombia" (llamado también "Húsares de Ayacucho"), fue despachado a Puno por el General La Fuente, Prefecto de aquel departamento, en febrero de 1827, tan pronto como se tuvo noticia de los sucesos de Lima; el 27 del mismo mes Santa Cruz ordenó desde Lima que se les hiciera pasar a Bolivia desde el lugar en que estuviesen, a fin de librarse de su presencia en el Perú, pero no dispuso lo necesario para que se les pagara sus sueldos y premios; esta inconsulta medida dio lugar a que los soldados colombianos, dirigidos por el Coronel Leal y con la aquiescencia de Sucre, se apoderaran con violencia de la caja del tesoro de Puno para hacerse pago; después de su hazaña se asilaron en Bolivia. Cuando Gamarra cruzó el Desaguadero, la compañía de granaderos del batallón a que nos estamos refiriendo se pasó íntegra a las tropas peruanas, combatiendo a su lado desde ese momento.

El Regimiento "Granaderos de Colombia", formado por dos escuadrones, era otra de las unidades colombianas. De este regimiento se habían sublevado, meses antes, 170 granaderos a órdenes del Teniente Matute, pasando a Salta en la Argentina, donde se dedicaron al bandolerismo hasta su dispersión total por el General Arenales, Gobernador de esa Provincia. Una pequeña fracción de este regimiento fue la que se rebeló en Chuquisasa, dejando a Sucre mal herido. Los granaderos restantes, secundados por algunos bolivianos, combatieron a órdenes de Braun contra Gamarra.

Además de las tropas colombianas ya citadas, había que contar tres batallones bolivianos en La Paz, con 1800 hombres; 400 lanceros bolivianos en La Paz y en Cochabamba y los "Cazadores a Caballo", cuerpo boliviano que, a órdenes del Coronel Blanco, permanecía en Potosí.

Córdoba, Comandante de la Primera División de Colombia, cuyas unidades, los Batallones "Bogotá", parte del "Pichincha" y "Voltígeros", en cuadro este último, se habían embarcado para Panamá desde el 6 de marzo de 1827, se dirigió a Lima, por orden de Sucre y con la aquiescencia del gobierno peruano, para tomar el mando de la Tercera División sublevada en esta ciudad; cuando llegó a la Capital las tropas de esa división navegaban ya con rumbo al norte y él debió seguir a Colombia, aisladamente.

RESISTENCIA Y DEFECCION BOLIVIANAS

El ministro de Guera de Bolivia, encargado del mando por Sucre tomó algunas disposiciones para resistir a la invasión peruana. Pero, el Coronel Blanco defeccionó con el cuerpo de "Cazadores a Caballo" que mandaba y se dirigió al sur para dispersar los esfuerzos de sus compatriotas y favorecer el plan de Gamarra.

Entonces se vio que el ministro Urdininea, en lugar de emplear sus tropas en batirse contra el ejército de Gamarra, como parecía pretenderlo, ordenó que el General López emprendiera marcha sobre la lejana provincia de Chichas en persecución de Blanco y procedió, por su parte, a efectuar una serie de maniobras en retirada que lo llevaron hasta Potosí.

Blanco, mientras tanto, oportunamente notificado, realizó una veloz marcha de circunvalación que le permitió burlar a López y reunirse a los peruanos, con el auxilio de los cuales —división del General Cerdeña— entró en Chuquisaca el 12 de junio; una vez dueño de Chuquisaca, Blanco tomó preso a Sucre y lo trasladó consigo durante las operaciones hasta la firma del tratado de paz de Piquiza, en que le dio libertad; el Gran Mariscal de Ayacucho se alojó entonces en Mojotoro, cerca de Chuquisaca, de donde había de partir para su país.

Sólo Braun, con algunos granaderos de Colombia y con pequeñas unidades bolivianas, opuso resistencia y aún se lanzó en busca del enemigo siendo duramente castigado en todas sus empresas. De estos combates episódicos, el más importante fue el que sostuvo Braun el 25 de junio frente a la ciudad de Oruro.

En estas condiciones, Bolivia quedó inerme ante el invasor que pudo imponer su ley al amparo de las bayonetas y que ocupó Oruro, Potosí, Chuquisaca y Cochabamba.

Urdininea hizo frente a los peruanos en Paria con el resto de las tropas que le obedecían, pero dada su debilidad, sólo trató, según parece, de obtener condiciones ventajosas para los arreglos de paz que se plantearon en ese lugar y que tuvieron debida terminación en Piquiza.

Una vez que los peruanos ocuparon el territorio y alejaron todo asomo de resistencia, exigieron el retiro inmediato de los restos de la División Colombiana de ocupación, "Granaderos" y "Húsares"; Sucre no se opuso a esta exigencia, pues él mismo había pedido meses antes que los dejaran pasar por el sur del Perú para embarcarse en Arica, pero esta concesión había sido diferida por el gobierno peruano que recelaba de los procedimientos políticos del Mariscal de Ayacucho, ya probados en los sucesos del año 1823.

Cuando las tropas de Colombia fueron despachadas, Sucre dejó un vibrante mensaje protestando ante el Congreso Boliviano de la felonía cometida por sus poderdantes y se dirigió el 2 de agosto, aun no curado de su herida, al puerto de Cobija o puerto La Mar, a donde llegó el 25, tomando pasaje en un barco inglés que lo dejó en Guayaquil el 19 de septiembre de 1828. Durante la travesía se detuvo en el Callao, ofreciendo sus servicios como mediador en el conflicto que comenzaba a plantearse entre la Gran Colombia y el Perú, distanciados y en vísperas de una ruptura por la continuada serie de sucesos desfavorables a la primera de las citadas naciones,

en los que el Perú tenía gran parte, como se verá en el capítulo siguiente.

El Gran Mariscal de Ayacucho, antes de dejar Bolivia, había convocado el Congreso para presentarle su dimisión que desde antes de la invasión tenía planteada para el 6 de agosto. Al mismo tiempo que el mensaje a que nos referimos, Sucre presentó una terna para mandatarios, cuya elección proponía; los ciudadanos en ella considerados eran el General Santa Cruz, que a la sazón se encontraba de ministro del Perú en Chile, y los Generales Velasco y López.

Luego que el Congreso se reunió en Chuquisaca, eligió al primero de los nombrados con la complacencia de Gamarra, que se impuso a la representación boliviana ocupando la ciudad donde ésta debía sesionar, la tarde del mismo día 2 de agosto en que la abandonaba Sucre. Gamarra expulsó una compañía del Batallón "Constitucional", de Bolivia, que estaba de guarnición en ese lugar y asistió personalmente a las sesiones del Congreso.

Mientras Santa Cruz llegaba de Chile, el Congreso boliviano ordenó que el General Velazco se hiciera cargo del mando con beneplácito del General invasor.

TRATADO DE PIQUIZA

6 de julio

Gamarra permaneció en Bolivia el tiempo que le convino; dictó e hizo firmar el tratado de Piquiza el 6 de julio de 1828. Por ese tratado se estipulaba la salida inmediata de los colombianos auxiliares, se exigía el abandono del país por todos los extranjeros que tuvieran o hubieran tenido un papel político y se disponía que Bolivia pagara los gastos efectuados por el Ejército Peruano durante la campaña.

Santa Cruz, el Mariscal de Zepita, dice, en la "Explicación de su conducta pública y móviles de su política" (Manifiesto de Guayaquil, año 1841): "Bolivia, dominada por el invasor, confirmó entonces su humillación suscribiendo el tratado de Piquiza, por el cual accedió a las más injustas pretensiones de sus agresores, quienes permanecieron allí, influyendo en todos los actos nacionales y disponiendo de los fondos públicos, hasta que fueron llamados a las fronteras del norte del Perú en donde se preparaban acontecimientos políticos de igual naturaleza: otra invasión a Colombia. . ." *.

Después que Gamarra obtuvo ampliamente los fines que perseguía ordenó la evacuación de Bolivia para ponerse a órdenes de La Mar, Presidente del Perú, que excedido por las amenazas y el tono de Bolívar emprendía campaña en el Norte de la República contra la Gran Colombia.

El Gran Mariscal de Piquiza * * comenzó a evacuar Bolivia a partir del 8 de septiembre, después de haber hecho vestir, avituallar

* Prosigue denostando la política peruana de aquellos días.

* * Aclamado así por sus soldados e investido después de esta alta clase.

y pagar con creces a sus tropas, que dieron libertad efectiva y sólida a la república hermana.

La División Peruana del Sur, llegó a Arequipa el 17 de octubre de 1828.

CONSIDERACIONES

La influencia perturbadora y mezquina de la política interna destruyó la disciplina del aguerrido ejército de Bolívar, que, después de largos años de noble lucha, halló pretextos para cohonestar las más tristes defecciones y la rebelión que lo llevara hasta cometer el crimen de maltratar al más notable General de la independencia.

Los colombianos, bravos, heroicos, disciplinados en la guerra, perdieron sus virtudes en el ocio, con la euforia del triunfo y con los regalos de la paz: ellos dieron el ejemplo. Los bolivianos, reprodujeron lo que poco antes habían hecho los soldados de Olañeta: plegarse al más fuerte.

CAPITULO III

GUERRA CON LA GRAN COLOMBIA

1828 - 1829

CAMPAÑA MARITIMA

Causas de la guerra.
Operaciones navales.- La "Libertad".- Naranjal.- Balao.- La "Pichincha".
Bombardeo de Guayaquil.- Muerte de Guisse.
Entrega de Guayaquil.- Operaciones alrededor del puerto.
Consideraciones.

CAUSAS DE LA GUERRA

Los agravios de que los bolivarianos inculpaban al gobierno y al pueblo del Perú, se fundaban en los hechos siguientes:

La rebelión de la Tercera División Colombiana en Lima, contra Bolívar y su Constitución, que a todas luces había sido provocada por los políticos peruanos a fin de romper la tutela del Libertador.

La actitud que tomó esta división al llegar al Ecuador, donde continuó en revuelta, hasta que la sumisión de algunos de sus elementos la entregó al General Flores, bolivariano. A esta división se le hacía el cargo de que, pagados sus jefes por el Perú, quería incorporar a esta república el Sur de Colombia e independizarlo del yugo de Bolívar. Lo cierto era que los "suranos" anhelaban esa unión desde muchos años atrás, con claro sentido práctico y profunda visión política.

La expulsión del ministro colombiano Armero, a quien se hizo salir del Perú porque pretendía subvertir el orden y restablecer la supremacía de los bolivarianos, para lo que había recibido instrucciones y dinero que Sucre le envió desde Bolivia.

Los artículos que se publicaban en los periódicos peruanos que, disfrutando por primera vez de amplia libertad de prensa, aplaudían a los colombianos sublevados y denigraban la dictadura o la presidencia vitalicia, poniendo en ridículo el edificio político de Bolívar.

A estas inculpaciones agregaban los colombianos distintas exigencias:

---

* República formada por las actuales de Venezuela, Colombia y Ecuador.

El pago de la deuda contraída por el Perú a mérito de los auxilios que prestara el gobierno de la Gran Colombia para la emancipación; el monto de esta deuda se hacía ascender a 3'595.747, pesos, cuya cancelación pedían los bolivarianos en plazo perentorio;

La entrega inmediata de los territorios de Jaén y Mainas, que Bolívar exigió sin derecho alguno y en forma que implicaba evidente desmedro para el honor del Perú;

El reemplazo de las bajas que sufrió el ejército auxiliar de la Gran Colombia entre los años 1823 y 1824, en las últimas campañas de la emancipación; este reemplazo debía hacerse con soldados del Perú, según lo pedía Bolívar, fundándose en un tratado absurdo e ilegal. Embarcar peruanos y ofrecerlos al Libertador en los puertos colombianos, era cometer un atentado contra la libertad individual y deshonrar a la República con esa especie de tributo en hombres, propio de las épocas de barbarie.

Por último, los bolivarianos acusaban al Perú de haber fomentado la rebelión de las tropas colombianas en Bolivia y de haber provocado la defección de los soldados bolivianos auxiliares. Por su parte, los gobernantes peruanos negaban haber influído en los motines aludidos, sosteniendo que la invasión a Bolivia la habían efectuado llamados por los pobladores del país, y con el fin de impedir que Sucre invadiera el Perú. "Felizmente, dice el General La Mar —en su manifiesto a la Nación, a raíz de la enconada exposición del Libertador y refiriéndose a la invasión de Bolivia— la terminación de estos sucesos desmiente las calumnias del General Bolívar; y convence de que el Perú no llevó allí la guerra, sino la independencia; no la conquista y la opresión, sino la libertad y el reposo. El pueblo se constituye por sí mismo, no ve a su frente extranjero alguno que impida su marcha: del más vergonzoso pupilaje, de la abyección más ignominiosa se levanta a figurar entre las repúblicas del Nuevo Mundo. El Ejército Peruano se retira, no cargado de la excecración que siempre sigue a los que han derramado la sangre de los pueblos, sino en medio de las bendiciones de una nación que, con su auxilio ha restaurado sus derechos y derrocado al despotismo extranjero".

A todo esto podría agregarse, aún, la odiosidad personal que existía entre los jefes superiores de los ejércitos de ambos Estados; la animadversión que había en el Perú, contra los auxiliares, motivada por las exigencias y severidad de que alardearon para cumplir las órdenes arbitrarias y despóticas de su jefe; la conducta de Paz del Castillo que había originado un serio resentimiento; el menosprecio que el Libertador manifestó siempre por los peruanos en general y sobre todo por el valor de sus soldados, lo mismo que hizo con cualquier otro que no le fuera profundamente adicto; las intrigas que tramaron los bolivarianos para destruir el edificio nacional que comenzaba a levantarse y otras causas, más remotas o menos importantes, que sumadas a las anteriores eran suficientes para provocar un rompimiento.

Por otra parte, el puerto de Guayaquil, a pesar de las imposiciones de los bolivarianos, con las que pretendían hacerle aceptar la autoridad del Libertador, proclamaba su afecto al Perú en todas sus fiestas, demostrando un peruanismo ardiente que era correspondido con todo fervor y que aún hoy se considera y agradece.

OPERACIONES NAVALES

19 de septiembre de 1828 al 1º de febrero de 1829

* El 19 de septiembre de 1828 el gobierno peruano ordenó el bloqueo de la costa colombiana, desde Machala hasta Panamá. La superioridad enorme que los peruanos tenían en el mar, dio a las operaciones navales decisiva influencia en toda la campaña.

Imposibilitada la Gran Colombia para utilizar sus puertos de la costa del Pacífico, tuvo que sufrir la consiguiente demora para apercibir sus elementos de guerra, tropezando con serios obstáculos en las rutas terrestres que impedían el transporte de tropas y la concentración de las fuerzas.

Las fuerzas navales de ambos países fueron las primeras en chocar y este hecho, así como la ocupación de Guayaquil, dio gran relieve a las operaciones marítimas.

El 31 de agosto de 1828 la corbeta peruana "Libertad", que volteje aba en crucero desde principios del mismo mes en la costa de Tumbes, para obstaculizar la llegada de fuerzas colombianas, interceptar comunicaciones e impedir la entrada y salida de elementos de guerra, vio, estando a la altura de la punta de Malpelo, que se le aproximaban dos barcos colombianos en los que reconoció a la corbeta "Pichincha" y a la goleta "Guayaquileña", armada en guerra en el puerto de Guayaquil. A las señales de amistad que hicieron estos barcos, la "Libertad", que desconfiaba de sus intenciones, respondió ordenándoles que mantuvieran su distancia; pero, como continuaron aproximándose con el propósito manifiesto de abordar a la goleta peruana, ésta abrió el fuego, sosteniéndolo durante una hora, hasta que los buques enemigos continuaron a lo largo después de sufrir fuertes pérdidas en las compañías del Batallón "Caracas" que formaban su guarnición y después de haberse iniciado un incendio en la "Guayaquileña".

Tal fue el primer acto de beligerancia que se realizó en esta guerra, correspondiendo el triunfo al Comandante Postigo de la corbeta peruana "Libertad".

La escuadra peruana, a órdenes del Vicealmirante Guisse, que montaba la fragata "Presidente', se presentó a fines de septiembre frente a Guayaquil para estrechar el bloqueo y cañonear la plaza. Guisse envió marinería de desembarco a los villorios de la ría para caer por sorpresa sobre las guarniciones, tomar prisioneros y elementos de guerra, influyendo así en la moral del defensor. El 1º de octubre fueron capturados varios oficiales y hombres de tropa en Naranjal y el 11 del mismo mes Guisse dio parte, desde Punta Arena, de que había ordenado otra corta incursión sobre Balao con parecidos resultados.

El 6 de noviembre se presentó en Paita la corbeta colombiana "Pichincha" cuya tripulación, sublevada contra el Libertador, se puso a órdenes del gobierno del Perú. La corbeta recibió un equipaje peruano y empleó sus armas al lado de las unidades de Guisse,

* Croquis No. 28.

sirviendo la causa que sus jefes y tripulantes habían juzgado más honrosa, declarándose "enemigos de cualquier tirano que, como el General Bolívar, pretendiera despotizarlos". Tal defección fue un terrible golpe moral para la causa colombiana; al que debió sumarse, en breves días, la rebelión de los habitantes y de parte de las tropas de los alrededores de Guayaquil que vivaron al Perú, se opusieron a los movimientos de fuerzas colombianas y aislaron al puerto del resto del país.

BOMBARDEO DE GUAYAQUIL

22 al 24 de noviembre

Los anteriores sucesos y la revuelta perenne en que se hallaban los cuerpos de tropa de la Gran Colombia, principalmente el "Caracas" de guarnición en Guayaquil, decidieron al Vicealmirante Guisse a adelantar la fecha para el ataque de este puerto coadyuvando así a las operaciones del Ejército que, a órdenes de La Mar, comenzaba a invadir el Sur de la Gran Colombia.

La fragata "Presidente", la corbeta "Libertad" y la goleta "Peruviana" se hallaban fondeadas en las bocas de la ría, frente a la Puná, donde Guisse se había preocupado de adiestrar a los tripulaciones para la empresa que intentaba. Durante este período tuvo noticia de la denuncia en Guayaquil de un motín del "Caracas" y de que se comenzaba a ajusticiar en masa a los cabecillas de la sublevación; entonces, juzgando que este momento de desorden y conmoción popular le era propicio, adelantó su plan en algunos días y el 21 de noviembre remontó el Guayas hasta llegar a Zono, donde ancló a dos millas del puerto. Al día siguiente continuó remontando el río y avanzó hasta ponerse frente a la batería Las Cruces, formada por 10 cañones.

Las tropas colombianas, a órdenes del General Illingrot, habían organizado la defensa tendiendo sobre balsas una gruesa cadena que cerraba la boca del puerto y fondeando detrás de ella sus barcos de guerra, que iban a utilizar como baterías flotantes para cooperar al fuego de las fortificaciones de Las Cruces, de La Planchada y de El Astillero establecidas en las riberas del río.

La "Guayaquileña", una goleta y cuatro lanchas cañoneras constituían una imponente fila de cañones detrás de la cadena. El bergantín "Adela", recién construído y marinado en Guayaquil, formaba en segunda línea.

El Vicealmirante peruano, hizo avanzar sus barcos formados en dos líneas hasta llegar a la cadena donde la "Peruviana" y las cañoneras de primera línea tuvieron que detenerse, abriendo vivo fuego; la "Presidente" que venía en segunda línea las sobrepasó entonces y rompió la cadena con la proa, permitiendo así el paso del resto de los barcos; el cañoneo fue vivísimo y pronto calló la batería de Las Cruces y enmudecieron los barcos colombianos. La "Peruviana" desembarcó tropas que ocuparon la batería inutilizada, rechazando los repetidos asaltos del Batallón "Caracas" que sufrió fuertes pérdidas al querer recobrarla; después de estos asaltos, los tripulantes peruanos abandonaron la batería, destruyéndola por completo para reembarcarse.

Al día siguiente, en la mañana, se volvió a empeñar el combate contra las naves de la defensa, las baterías de La Planchada y las del cerro La Pólvora. Guisse navegó aguas arriba cañoneando ambas riberas, echó a pique el bergantín "Adela" y destruyó las baterías de La Planchada. En la tarde continuó el bombardeo y destruyó la batería del cerro La Pólvora, echó a pique las cañoneras, hizo rendir a la goleta y obligó a varar a la "Guayaquileña" cuyos tripulantes, después de encallarla en el Daule, se dieron a la fuga. Guisse hizo cañonear entonces la población en cuyas calles y malecón había dispuesto el Coronel O'Leary algunas baterías y los restos del Batallón "Caracas".

En la noche del 23 al 24 la fragata "Presidente" descendió el río para precaverse de cualquier actividad nocturna del enemigo, pero por error de uno de los pilotos, varó cerca de Las Cruces. En la mañana del 24 las fuerzas colombianas renovaron el combate alrededor de la fragata almirante que parecía presa segura por la crítica situación en que se encontraba; pero, tan luego como subió la marea cesó toda acometida, porque una vez que el barco estuvo a flote abrió nuevamente el fuego y se puso a salvo.

A mediodía del 24, la defensa estaba aniquilada. Guisse iba a proceder a la ocupación del puerto, cuando una bala de cañón le tocó en el pecho poniendo fin a su vida. Su secretario, Valle Riestra, tomó el mando de la fragata y se puso a órdenes de Boterín que era el Comandante de mayor graduación, jefe de la "Libertad". Boterín llevó la escuadra a las bocas del Guayas y fondeó en Punta Piedra para hacer honores a Guisse y remitir su cuerpo al Perú, en la corbeta que comandaba.

Este suceso originó un momentáneo entorpecimiento en la conducción general de la empresa, que en realidad había tocado a su término.

ENTREGA DE GUAYAQUIL

1º de febrero

El General Gamarra que se encontraba en Paita, al recibir noticia de los sucesos de Guayaquil y de la muerte de Guisse, ordenó que el Comandante Postigo se hiciera cargo de la flota, enviándolo a ese puerto en la corbeta "Arequipeña" que reforzaría a la escuadra; poco después, el Presidente La Mar, en campaña en el Sur de Colombia, desaprobó ese nombramiento hecho sin su venia.

Gamarra ordenó también que el Coronel José Bustamante avanzara por tierra sobre la ría para desencadenar y apoyar la rebelión de los habitantes de Guayaquil, cuyas inquietudes hacían cada vez más insostenible la defensa en que estaba empeñada el General Illingrot. Bustamante consiguió el fin que Gamarra se proponía y rodeó la plaza por el sur y el este con un cordón de habitantes y soldados hostiles a los defensores que, bloqueados por mar, no recibían recursos ni noticias.

De otro lado, los batallones "Cauca" y "Caracas", así como un escuadrón de la guarnición colombiana, debieron dirigirse al inte-

rior para concentrarse a órdenes de Sucre que iniciaba operaciones para limitar la invasión del sur del Azuay, que por esa fecha emprendió el Mariscal La Mar; por este motivo Guayaquil sólo quedó defendido por los Batallones "Girardot" y "Ayacucho", de escaso efectivo.

Al mismo tiempo que se realizaban estos sucesos, Boterín jefe de la escuadra peruana, exigía la rendición y entrega inmediata de la plaza y se producía en Daule una sublevación de tropas colombianas, auxiliadas por los habitantes; este movimiento que cerraba la única vía de comunicación de Illingrot, forzó a éste a aceptar la capitulación que se le imponía.

La ratificación de la capitulación se efectuó el día 20 de enero de 1829 y el 1º de febrero avanzó la escuadra e hizo tomar el puerto con una parte del Batallón "Ayacucho", haciendo adelantar una fracción de tropas al interior, para cubrir la ocupación de la Plaza. La región de Guayaquil quedó pues en manos del Perú que cerró de esta manera la principal vía marítima del sur de Colombia, amenazando el flanco de las tropas de Sucre que se hallaban orientadas hacia la frontera con el Perú y que habían sobrepasado Cuenca.

Por ese tiempo el Mariscal La Mar, que conducía la campaña terrestre, había llegado a Saraguro con el grueso del Ejército Peruano.

OPERACIONES ALREDEDOR DE GUAYAQUIL

Ocupado el puerto, el Coronel Prieto, nombrado Comandante General, envió algunas pequeñas expediciones para dispersar los cortos destacamentos enemigos que estaban al alcance de la guarnición, aumentando de este modo la extensión de territorio que obedecía a las autoridades peruanas.

Las más importantes de estas expediciones fueron las que condujo el Coronel Bustamante sobre Baba en marzo y sobre Naranjal y Balao en mayo; a este último lugar habían llegado dos compañías del "Yahuachi", a las que los expedicionarios dispersaron capturando gran número de soldados.

En la primera quincena de febrero se establecieron comunicaciones entre los peruanos que ocupaban Guayaquil y los que llegaron a Cuencia pertenecientes a los cuerpos de tropa que mandaba el Mariscal La Mar. Raulet, dueño de Cuenca, remitía comunicaciones y prisioneros hacia Guayaquil, como la vía más fácil y corta para llegar al Perú.

Illingrot, que evacuó Guayaquil con 800 hombres, se replegó a Daule donde pronto vio disminuir sus efectivos por las enfermedades y la deserción. El Coronel Prieto envió contra él algunas tropas que precipitaron su ruina, haciéndole abandonar Daule y fugar al interior (23 de febrero).

CONSIDERACIONES

Se debe insistir sobre la extraordinaria importancia que tiene el dominio del mar para un ejército que actúe en países como los de la banda occidental de la América del Sur. Quien posea la superioridad naval tiene numerosas ventajas.

En el caso que estudiamos estas fueran las siguientes:

El bloqueo, en primer lugar, aniquiló el comercio del invadido, hizo lentas y penosas las operaciones por tierra e impidió el abastecimiento de las tropas anulando sus esfuerzos, en cierta medida.

La facilidad, en segundo término, que tuvieron los peruanos de vivir sobre el país y apoderarse de los centros de recursos, permitiendo al mismo tiempo cerrar las comunicaciones del enemigo con el exterior y mantenerse fácilmente en el litoral conquistado.

Por fin, la posibilidad de cortar la línea de comunicaciones de Sucre cuando éste se empeñó a fondo en su dirección general de ofensiva, esto es, hacia las fronteras terrestres del sur, donde debía contener la invasión de las fuerzas de La Mar.

Desde el punto de vista moral, nada es más deprimente para un ejército que el saber que, en el campo estratégico en lo que se refiere a transportes de concentración, iniciativa de las operaciones, maniobra estratégica, está verdaderamente sitiado sin poder parar, o siquiera oponerse, al avance del enemigo. Esta amenaza continua desgasta todos los resortes morales y conduce al aniquilamiento de un ejército que, en otras condiciones, pudiera responder al deseo nacional.

CAPITULO IV

GUERRA CON LA GRAN COLOMBIA

1828 - 1829

CAMPAÑA TERRESTRE

Sucesos políticos.
Concentración en Tambo Grande
Paso del Macará.- Llegada de Gamarra.- Fuerzas en presencia.
Operaciones estratégicas.- Cuenca.- Saraguro.
Operaciones hacia Cuenca.- Planes de operaciones.
Batalla del Portete de Tarqui.- El terreno.- La acción.
Convenio de Jirón.- Evacuación de Guayaquil.
Consideraciones.

SUCESOS POLITICOS

Rotas las hostilidades a raíz del combate naval que sostuvo la "Libertad", el 31 de agosto de 1828, contra la "Pichincha" y la "Guayaquileña", los gobiernos del Perú y de la Gran Colombia comenzaron a preparar sus elementos de guerra para la campaña que iba a iniciarse.

Durante los días que precedieron a la apertura de las operaciones terrestres, se produjeron sucesos políticos de gran importancia:

La revolución antibolivariana que encabezaron en Popayán los Generales colombianos Obando y López, apoderándose de Pasto y manteniéndose en las márgenes del río Juanambú para favorecer las operaciones de La Mar, cuyas órdenes solicitaban con insistencia.

La revolución dirigida en Nueva Granada contra la dictadura de Bolívar por el Vice presidente de esa República, Santander, favoreció asimismo, aunque en forma indirecta, las operaciones del Ejército Peruano.

La rebelión de los habitantes del Guayas y la expulsión de ese territorio, por los peruanos, de las autoridades y tropas bolivarianas.

Las protestas violentas y las operaciones efectivas del Coronel Bustamante, con la Tercera División Colombiana, en la región de Guayaquil.

Estos hechos evidenciaron el rechazo que los pueblos hacían de los procedimientos de Bolívar, a quien, en forma manifiesta, no querían obedecer indefinidamente, como él se proponía.

A los citados acontecimientos se debe agregar, aún, la revuelta separatista que dirigía Páez en Venezuela desde 1826, y, en fin, la protesta diplomática oficial de Bolivia, que renegaba del título de "hija predilecta de Bolívar", con que éste la llamaba, llegando, en su desengaño de la pureza de intenciones del Libertador, hasta ofrecer al Perú su concurso económico y el de sus tropas para invadir Colombia.

Los "suranos", por otra parte, se oponían a la recluta de hombres para la guerra y combatían verbalmente y aun por la fuerza, a favor de los peruanos, a quienes esperaban con ferviente anhelo para unirse a su suerte. El General La Mar no era extraño a este estado especial del espíritu público del Sur de Colombia, que alentaba como verdadero "surano", nacido en Cuenca, escribiendo a sus amigos y exacerbando las pasiones a favor de la verdadera libertad, que ofrecía a sus comprovincianos con la ayuda de las bayonetas del Perú.

Muy diferente era la situación política en este último país. El gobierno de La Mar era sólido e interpretaba el sentir general de la nación y sobre todo el de los verdaderos patriotas, que querían paz y libertad efectivas, para dedicarse a las tareas que sólo fructifican bajo el imperio del orden y las garantías políticas.

Gracias a este estado de opinión pública, muy favorable a sus deseos, le fue fácil al Mariscal Presidente crear y desarrollar los medios de defensa, hacer recluta numerosa y hallar con holgura los recursos económicos para la guerra, disfrutando del prestigio y ascendiente necesario para emprender la campaña.

Para evidenciar la fuerza de opinión con que contaba el Presidente, basta recordar que habiéndole ordenado al Vicepresidente Salazar y Baquíjano que organizara el Ejército de Reserva, éste llegó a contar pronto con más de 8000 soldados para cumplir esta disposición se formaron en el Cuzco varios batallones de reserva, sobre cuadros del "Pichincha" y del "Zepita", que alcanzaron en poco tiempo un total de 2000 hombres; en Lima se movilizó a los cívicos en cuatro gruesos batallones y se pidieron contingentes a Junín y Ayacucho, que el General Otero organizó rápidamente en número de 3000 hombres. De esta manera, con gran presteza, se formó un nuevo ejército tan potente como el que se encontraba en el norte.

El Ejército del Norte contaba con 4500 soldados, a los que había que sumar los 3100 que condujo Gamarra. Los 1600 que mandaba La Fuente en Arequipa no llegaron a reunírsele, no obstante haber recibido orden para hacerlo.

A pesar de esta brillante situación, apoyándose en algunos extraviados jefes y soldados, obedientes a una consigna política, se preparaba en la sombra el más pérfido golpe contra el orden, del que La Mar era esforzado paladín. Gamarra, La Fuente y Santa Cruz minaban el espíritu público y esperaban la menor ocasión favorable para aparecer como salvadores de la patria y apoderarse del mando.

Gamarra, después de la invasión de Bolivia, demoró en Arequipa, en Lima y en Piura, su reunión con el Presidente que lo llamaba estando frente al enemigo; pensó con este retardo dar lugar a la destrucción de los soldados que acompañaban al Jefe del Estado; de esta manera, trataba de que sólo quedaran en fuerzas las tropas del Ejército del Sur que comandaba, cuyos jefes, enaltecidos por él, eran ciegos ejecutores de sus designios.

La Fuente, Prefecto de Arequipa, de acuerdo con Gamarra no debía subrepticiamente, cumplir las órdenes que el gobierno le impartiera y una vez que llegara a Lima despojaría al Vicepresidente Salazar encargado del mando. En tanto, Gamarra procedería en el norte en forma idéntica con la persona del Presidente.

Santa Cruz, estimulando tan perversas maquinaciones esperaba aprovechar la situación, quedando secretamente a la expectativa de lo que podía ocurrir a sus cómplices.

En tales condiciones, La Mar abrió campaña contra las tropas bolivarianas de la Gran Colombia.

CONCENTRACION EN TAMBO GRANDE

15 de octubre al 18 de noviembre

Desde que a principios de julio de 1828 hubo sospechas sobre las intenciones de Bolívar, el gobierno peruano hizo reunir una parte del ejército en el departamento de La Libertad para cubrir el probable teatro de operaciones o hallarse, según las circunstancias, en aptitud de invadir la Gran Colombia. Esas tropas, que formaban el Ejército del Norte, llegaban hasta Piura en su amplio escalonamiento.

Dispuesto el Mariscal La Mar a emprender la guerra, ordenó al General La Fuente que se dirigiera al norte con las tropas de Arequipa a su cargo, para reforzar los elementos que ya se encontraban frente al teatro de operaciones. La Fuente hizo diversas objeciones para retardar su partida que realizó mucho después, llegando únicamente a Lima donde lo llamaban sus propios intereses.

Luego que La Mar impartió las órdenes convenientes para la concentración de las fuerzas y el buen gobierno, se dispuso a seguir al norte entregando el mando al Vicepresidente de la República, Salazar y Baquíjano. El Presidente se embarcó el 18 de setiembre con rumbo a Paita, de donde continuó a Piura el 27, para tomar el mando del ejército ya concentrado en esa localidad.

De Piura pasaron las tropas, formadas en dos divisiones, con un total de 4500 soldados, a Tambo Grande, cerca de la frontera, donde se establecieron el 15 de octubre para esperar a las unidades que debía traer La Fuente del Sur y a las que obedecían a Gamarra quien, después de sus éxitos en Bolivia, habían también recibido orden de reunirse al ejército de operaciones.

La escasez de acémilas para el transporte demoró un tanto esta operación. Las consideraciones que La Mar guardaba a los habitantes le impidieron requisar ganado para la movilidad de sus tropas y para la de las que venían del Sur, lo que fue pretexto para que, ulteriormente, Gamarra permaneciera en Paita durante algunos días en la más completa inacción.

PASO DEL MACARA

1º al 10 de diciembre

* Una vez concentradas las tropas del Ejército del Norte en la hacienda de Tambo Grande, La Mar decidió esperar a las divisiones que debían venir del Sur, para reunir el mayor número de fuerzas y penetrar en el territorio enemigo.

Como La Fuente había dado disculpas para no trasladarse al norte, se le ordenó que permaneciera en Arequipa donde debería formar dos nuevos escuadrones que agregaría a las fuerzas de su mando; entonces se dieron órdenes para que Gamarra precipitara su marcha, a fin de reunirse en la región de Piura con el Ejército del Norte.

Mientras que el Mariscal Presidente se afanaba por el buen éxito de las operaciones en que se jugaban los intereses de la patria, el General Gamarra no ponía la debida actividad para dar cumplimiento a las órdenes de simple ejecución que se le habían trasmitido. Gamarra llegó a Arequipa procedente de Bolivia, el 17 de octubre de 1828; pero, las fiestas y ceremonias que organizó en su honor el General La Fuente, prefecto del departamento, le hicieron perder el tiempo en la más completa inacción.

Instalado a partir, tanto por las órdenes del gobierno, como por los papeles públicos que dejaban constancia de su actitud sospechosa, se resolvió a dejar Arequipa el 9 de diciembre, después de debelar la sublevación del Batallón "Pichincha" que pedía más actividad de parte de su General y exigía algunas sumas que se le adeudaban. El Ejército del Sur llegó al Callao el 13 de diciembre, con un efectivo total de 3100 hombres.

En Tambo Grande, mientras tanto, La Mar había recibido halagadoras nuevas sobre el estado de desorganización política en que se hallaba la Gran Colombia. El bombardeo de Guayaquil, por Guisse, la rebelión de Obando, la revolución de Santander, la imposibilidad en que se hallaba el General Flores, jefe del ejército colombiano del Sur, para formar tropas importantes, eran circunstancias muy favorables para el Perú y el Mariscal La Mar decidió cruzar la frontera para vivir sobre el país y aproximarse a sus objetivos, a pesar de que su ejército no alcanzaba aún el efectivo deseado.

A partir del 28 de noviembre las divisiones peruanas comenzaron a pasar la frontera. El 1º de diciembre el General Plaza, comandante de la Primera División, llegó a Sosoranga donde preparó recursos para el resto de las tropas. La marcha continuó en los días siguientes y el 10 de diciembre todas las fuerzas ocuparon Loja, rezagando a la caballería en Catamayo y Malacatos.

Durante la marcha de las tropas peruanas en territorio enemigo, los pobladores recibieron complacidos a las divisiones, saludando y vitoreando a sus salvadores. Se enrolaron gran número de hombres aptos para las armas y se recibió en las filas no pocas decenas de desertores "suranos" que se ofrecían, por grupos, a tomar las armas contra Bolívar; la situación era, pues, análoga a la que atravesara Bolivia cuando la invasión del General Gamarra.

---

* Croquis No. 29.

De Loja, el comando destacó al Coronel Raulet con una columna volante compuesta de un escuadrón y una compañía; estas tropas marcharon el 23 sobre Saraguro, ocupando este lugar y desalojando a la guarnición colombiana que sufrió numerosas pérdidas. El 2 de enero, Raulet continuó al norte, reforzado por otra compañía que condujo el Coronel Vidal y llegó a Oña, donde sorprendió y dispersó a las tropas que obedecían al General Braun, venido de Bolivia con los célebres "Granaderos de Colombia", ocasionándole numerosas bajas.

Bajo la protección de los soldados de Raulet, La Mar dispuso en los días subsiguientes que se adelantara a Saraguro una parte del parque y algunas unidades de tropa, entre las que se contaba el 2º Batallón "Callao".

La lentitud de las operaciones que realizaban los peruanos tenía un doble fin: exaltar el peruanismo de los "suranos" haciéndoles tomar confianza en el ejército, cuyos elevados móviles era fácil apreciar; y, dar tiempo para la llegada de Gamarra, que por esa fecha se hallaba ya en marcha de Paita hacia el Cuartel General.

LLEGADA DE GAMARRA

El 18 de enero de 1829 entró Gamarra en Loja y las tropas del ejército que comandaba alcanzaron el día 25 la misma ciudad. Habían partido de Lima el 20 de diciembre, para tocar en Paita el 31 del mismo mes.

Cuando todo el ejército peruano se encontró en Loja, las tropas recibieron una nueva organización y se dio el debido impulso a las operaciones.

FUERZAS EN PRESENCIA

El ejército fue puesto a órdenes directas de Gamarra, designado Comandante en Jefe por el Presidente La Mar, que se reservó el cargo de Director de la Guerra y de las operaciones; tenía la siguiente organización:

Primera División, General Plaza.	Batallón 1º de "Ayacucho". " "Nº 3".
Segunda División, General Cerdeña.	Batallón "Pichincha". " "Zepita".
Tercera División, Coronel Prieto.	Batallón 2º "Ayacucho". " 2º "Callao".
Columna Independiente, Coronel Benavides.	Batallón 1º "Callao" Compañías de cazadores del 2º "Ayacucho". 2º "Callao", "Pichincha" y "Zepita".
División de caballería, General Necochea.	Regimiento "Húsares de Junín". " "Dragones de Arequipa" " "Lanceros del Callao".

El ejército disponía de 4 piezas de artillería y tenía parque abundante para dos años de operaciones. Su efectivo alcanzaba a 7500 hombres.

Las tropas colombianas a órdenes del General Flores, bajo la dirección de Sucre, estaban constituídas en la siguiente forma:

Primera División, General Urdaneta.	Batallón "Rifles".
	,, "Yahuachi".
	,, "Caracas".
	Escuadrón "Cedeño".
	,, 4º de "Húsares".
Segunda División, General Sanders.	Batallón "Cauca".
	,, "Pichincha".
	,, "Quito".
Caballería.	Escuadrón "Dragones del Istmo".
	,, "Granaderos de Colombia".
	,, 3º de "Húsares".
	,, 2º de "Húsares".

Bolívar por su parte, había organizado algunas unidades y creado otras con el fin de apoyar a Sucre, en las operaciones que iba a realizar en el departamento del Azuay. Estas tropas, formadas en Nueva Granada, cuyo conjunto recibió el nombre de Reserva, debían trasladarse al sur, por Pasto y Quito. Bolívar tenía el mando de este ejército y emprendió efectivamente la marcha en la dirección de la fronera del Perú, pero no pudo cumplir sus designos porque fue detenido por el General Obando que se le opuso, de acuerdo con La Mar, en la región de Pasto.

OPERACIONES ESTRATEGICAS

* A fines de enero las divisiones peruanas se hallaban en Saraguro cubiertas hacia Cuenca, donde acampaba Sucre, por la Primera División que ocupaba Oña y que tenía en vanguardia, en Nábon, al destacamento de Raulet compuesto por dos compañías y 60 jinetes.

CUENCA

10 DE FEBRERO

Las operaciones activas se abrieron a partir del 7 de febrero en que Raulet emprendió la marcha sobre Cuenca, conociendo desde el 1º la toma de Guayaquil, para caer por sorpresa sobre la espalda del enemigo que por esa fecha había abandonado la ciudad trasladándose más al sur, para buscar el contacto con los peruanos. Raulet tomó el camino de Jirón desbordando la derecha de las tropas de Sucre y llegó a la ciudad de Cuenca que ocupó el 10, batiendo a los 400 hombres de la guarnición; los defensores, a órdenes del Coronel González, sufrieron fuertes pérdidas, dejando gran número de prisioneros, entre los que se contó a su jefe; estos prisioneros fueron enviados con buena custodia al puerto de Guayaquil, como el punto más favorable para su evacuación al Perú. 1200 fusiles, parque, pertrechos, etc., que fueron inutilizados, constituyeron el botín de esta expedición.

---

* Croquis No 29

A partir del momento en que Raulet envió datos y prisioneros de Cuenca a Guayaquil, se puede decir que el ejército peruano ocupaba todo el sur del actual Ecuador, puesto que sus tropas tenían esa línea en completa y efectiva posesión.

Para establecer comunicaciones con Guayaquil, Raulet avanzó algo al oeste, hasta el pueblo de Sayausi que alcanzó el día 11. Luego regresó por Cuenca y apareció por el ala izquierda del dispositivo de Sucre para reunirse el día 18 al ejército peruano, que por esa fecha se encontraba en San Fernando. Raulet describió, pues, un círculo alrededor de las tropas de la Gran Colombia; replegándose al grueso sólo cuando los colombianos retrocedieron sobre Cuenca para recobrar su línea de comunicaciones. Había realizado una brillante y aventurada incursión (raid) tras las líneas del enemigo.

Por este tiempo el Coronel Jiménez reemplazó en la Tercera División, al Coronel Prieto que fue enviado a Guayaquil como comandante de esa plaza, recién entregada por los colombianos.

El 10 de febrero Sucre se encontraba en Paquichapa y el ejército peruano en Saraguro; se hallaban sólo a legua y media uno de otro, y ambos ocupaban magníficas posiciones que les impedían abordarse. En esta situación, y antes de tener noticia de la expedición de Raulet a Cuenca, el General Sucre pidió la apertura de negociaciones de paz que le fueron concedidas: la reunión de los negociadores del armisticio preliminar se efectuó en Saraguro y en Paquichapa los días 11 y 12 de febrero, pero las pretensiones de ambos directores de la guerra eran muy exageradas y dieron como resultado la ruptura de tales arreglos, cuyas bases no fueron aceptadas por los beligerantes.

SARAGURO

13 DE FEBRERO

Luego que se interrumpieron las negociaciones, La Mar ordenó el día 12 un movimiento general por Yunguilla sobre Jirón, para repetir en grande la operación realizada por Raulet hacia Cuenca. A fin de dar a su movimiento la debida rapidez, dispuso que el parque del ejército quedara en Saraguro bajo la protección de las tropas del Coronel Jiménez, que formaban la retaguardia.

Sucre, enterado en la noche del mismo día 12 de esta aventurada operación, decidió dar un golpe de mano sobre esa retaguardia aislada para lo que formó un pequeño destacamento a órdenes de Urdaneta; el destacamento debía atacar por sorpresa a las tropas de Jiménez, lo que realizó efectivamente en la madrugada del 13 dispersándolas hacia Loja. La sorpresa fue tan eficaz porque el Coronel Jiménez no había puesto elementos de seguridad en la dirección del enemigo; sólo durante el día se emplazaron unas compañías de avanzada que se retiraron en la noche a la plaza del pueblo, donde dormía toda la tropa tranquilamente cuando se produjo el asalto. El Coronel Jiménez se disculpó ulteriormente de su imprevisión alegando haber recibido órdenes de Gamarra para proceder en esta forma *.

* Odriozola, obra citada, tomo VIII

En esta sorpresa los colombianos tomaron e inutilizaron una gran parte de material y armas del parque, así como los abastecimientos reunidos en ese pueblo y almacenados en locales cerrados; incendiaron la localidad y destruyeron 2 de las 4 piezas de la artillería peruana que habían quedado con la retaguardia.

OPERACIONES HACIA CUENCA

2 al 27 de febrero

Después de la sorpresa de Saraguro, el Mariscal de Ayacucho ordenó el repliegue general de sus tropas, por Oña y Nabón, en la dirección general de Cuenca; este repliegue tenía por objeto librarse de la presión del destacamento de Raulet, de cuya presencia a su espalda fue informado Sucre el mismo día 12 de febrero, y conservar su línea de comunicaciones escapando al envolvimiento por la derecha que intentaba La Mar. Ambos fines se consiguieron, obligando a Raulet a desalojar Cuenca para reunirse a su grueso y forzando a La Mar a continuar más al norte para encontrar el flanco que el enemigo le esquivaba.

A pesar del éxito que representó para los colombianos la sorpresa de Saraguro, Sucre no intentó marchar sobre Yunguilla, en seguimiento de los peruanos, para aparecer sobre la espalda de las divisiones de La Mar, porque sus fuerzas no eran suficientes para emprender esa operación arriesgada, en que podía verse envuelto y porque, aun cuando hubiera alcanzado un nuevo éxito parcial, poco probable, sus ventajas hubieran sido mínimas corriendo el riesgo de quedar aislado en territorio devastado, cayendo en su propia red. Por otra parte, esta operación le obligaba a abandonar el terreno que debía defender, cediendo al invasor una nueva y magnífica línea de operaciones por Guayaquil y facilitándole, además, sus comunicaciones con los rebeldes de Pasto que obedecían a Obando, amigo del Perú. En cambio, disponiendo el repliegue hacia Cuenca para aparecer frente a los peruanos por el norte de Jirón, se ponía en condiciones de obstaculizar la marcha de éstos y cubría directamente la ciudad de Cuenca que era su base de operaciones adelantada; de esta manera respondía mejor a su plan general de operaciones, consistente en retardar la solución definitiva esperando que las circunstancias le fueran francamente favorables.

Sucre se presentó en Jirón el 16, para enfrentarse a los peruanos y recobrar el contacto; en ese lugar se informó de que las tropas de La Mar se hallaban en Lenta, a cuatro leguas al sur de Jirón y en dirección a Cuenca. Poco después supo que los peruanos, siempre con el plan de desbordarlo por su extrema derecha, habían avanzado más al oeste, hacia San Fernando, cortando los puentes sobre el río Jirón para proteger su permanencia en ese pueblo.

El General colombiano atribuyó este exceso de precaución a que su presencia inesperada había impuesto respeto a los peruanos; pero, la razón verdadera de este movimiento era la necesidad de marcar un tiempo de espera para permitir la llegada de los dispersos de Saraguro, que, en efecto, alcanzaron San Fernando el 23 de febrero conducidos, en número de 700, por el Coronel Castro.

Como durante estos días los peruanos no daban muestra de querer atacar y Sucre tampoco quería hacerlo, se paralizaron momentáneamente las operaciones activas, empleando La Mar ese tiempo en ordenar que se practicaran reconocimientos hacia el norte y por la derecha de las tropas colombianas. Sucre se convenció entonces de que su situación era falsa y decidió efectuar un nuevo repliegue hacia Tarqui, pensando invitar al enemigo con este movimiento a que abandonara la fuerte posición que ocupaba, río de por medio. Pero La Mar, dejos de buscar el contacto directo, como esperaba Sucre, comenzó a enviar nuevos reconocimientos, cada vez más fuertes, sobre Baños, continuando en su intención de desbordar la derecha colombiana para ganar Cuenca sin combate. Esta operación dio lugar a una nueva contramarcha de los colombianos, que se trasladaron a Narancay, cerca de Baños, a donde llegaron el 21 de febrero, para interponerse entre el enemigo y la ciudad, impidiendo las comunicaciones de los peruanos con Guayaquil.

Tal era la situación la víspera de la batalla.

PLANES DE OPERACIONES

En el desarrollo de las actividades militares de los colombianos, que se ha expuesto en los párrafos precedentes, se reconoce con claridad la manera de operar de Sucre: no hace nunca el juego del enemigo, conserva sus tropas reunidas, maniobra con parsimonia, sólo se desplaza de posición en posición, evita la acción con los frentes invertidos cuando le es favorable y espera con paciencia la oportunidad propicia para acometer sobre seguro, permaneciendo mientras tanto a la expectativa de las faltas del adversario gracias a un buen servicio de informaciones, a sus reconocimientos personales y a su propio conocimiento del terreno. De estos procedimientos es que nace la lentitud y acompasamiento que se observa en la primera parte de la campaña.

Sucre no tiene un plan a priori que tienda a obligar al enemigo a la batalla o que lo disgregue, desequilibrando su dispositivo, sino que permanece en indefinida expectativa, maniobrando con prudencia para no caer en falta, listo a lanzarse sobre el contendiente tan luego éste cometa un error cuyas consecuencias sean fáciles de explotar.

La Mar, por su parte, al confiar el mando al Mariscal Gamarra, que no era, como debió serlo, un segundo jefe subordinado y activo, sino un rival empeñado en restar glorias a su superior, creó, sin pensarlo, un mando más, antagónico, que estorbaría su concepción, malogrando la ejecución de las operaciones.

Gamarra trataba de salvar el Ejército del Sur, con el que invadió Bolivia, para que conservara la fuerza necesaria a fin de oponerlo, desde el punto de vista político, al ejército de La Mar, del Norte, que estaba también a sus órdenes; para lograr sus fines desprendió destacamentos de este último en condiciones aventuradas, que se presentaron aislados ante el adversario: las acciones de Saraguro y del Portete tuvieron esta característica. Por otro lado, Gamarra imprimía cierta lentitud a las operaciones para cansar al ejército y al país con una larga y dura campaña sin brillo militar, haciendo apa-

recer la guerra como injusta e innecesaria; cuanto más se prolongaran las operaciones se daba mayor campo al desconcierto en el Perú y en las fuerzas armadas y se desopinaba a La Mar con el fin de preparar un cambiamiento político.

La Mar, como director de las operaciones, conducía la ofensiva con innegable acierto. Deseaba conquistar por completo la voluntad del país invadido, que le era favorable desde antes de abrir campaña; rodear y envolver a Sucre; ocupar Cuenca; enlazar sus tropas con las de Guayaquil; abrir comunicaciones con Obando y López. Este plan general se reconoce fácilmente al seguir el desarrollo de las operaciones que él inspiraba en sus líneas generales; pero, para realizar sus concepciones, La Mar debía arrastrar tras sí la sorda resistencia de su segundo y del numeroso partido de éste que se agitaba en el ejército, fraguando la perdición de los adeptos al mandatario y la desgracia de este.

Para avanzar a Cuenca los peruanos se concentraron en San Fernando y enviaron a la división Plaza, del Ejército del Norte, sobre Jirón. Ulteriormente todo el ejército continuó a Jirón, y Plaza fue empujado de antemano, por orden de Gamarra, sobre el Portete de Tarqui, que debía ocupar en condición de elemento de seguridad; en esta forma constituía una punta de lanza en dirección del enemigo a más de 15 kilómetros de distancia del propio grueso y, por consiguiente, sin probabilidad de ser socorrida por éste en caso de sorpresa. El 26 de febrero Plaza se hallaba en el Portete de Tarqui; el grueso del ejército peruano llegaba en la tarde de ese día a Jirón, y, Sucre se hallaba a 15 kilómetros al norte del Portete, pues había avanzado al sur de Narancay, luego que supo que a Plaza se le enviaba adelante en esa forma inconsiderada y ajena a todo precepto.

El General Plaza, que se daba cuenta del absurdo que entrañaba la operación, protestó de ella; pero se le tranquilizó diciéndole que el ejército íntegro partiría poco después en su apoyo, lo que no pudo realizarse sino cuando la acción estuvo muy comprometida.

En estas condiciones, y de conformidad con los planes anteriormente expuestos, se desarrolló la acción del Portete de Tarqui.

BATALLA DEL PORTETE DE TARQUI

27 de febrero

* EL TERRENO

Un contrafuerte de la cordillera, orientado de este a oeste, forma una barrera montañosa que corta los caminos N-S que cruzan esa región; en sus vertientes se encuentra el origen de los riachuelos que corren hacia el norte para formar el río Paute de la Cuenca Amazónica y hacia el sur el Jubones, alimentado por el Jirón y otros.

En este contrafuerte existe un cuello orientado NO-SE que permite pasar a Tarqui y Cuenca, por el norte y a Jirón y Nabón hacia el sur. En las vertientes norte, después de cruzar una quebradilla

* Croquis No. 30.

de poca importancia, casi paralela al contrafuerte, se halla la llanura de Tarqui; en las vertientes sur se encuentran los caminos citados más arriba, el más occidental de los cuales, que va a Jirón, corre por el desfiladero de su nombre entre bosques enmarañados, tropicales, formando una verdadera trocha.

El paso del Portete era obligado para las tropas peruanas que iban desde el sur hacia Cuenca.

LA ACCION

Cuando Sucre supo el 26 que Plaza se hallaba en Jirón, partió de Narancay al sur para atacarlo; llegando al pueblo de Tarqui, al anochecer del 26, tuvo conocimiento de que la División Plaza había dejado Jirón y que ocupaba el Portete; dispuso entonces que se efectuara una marcha de noche para cubrir rápidamente la distancia que lo separaba de su adversario y abordar la posición por sorpresa, aprovechando de que Plaza se hallaba virtualmente aislado del grueso y en posición aventuradamente adelantada.

A las dos de la mañana emprendió la marcha la Primera División colombiana, precedida por un destacamento, verdadera vanguardia, formada por 200 hombres escogidos, a los que debía apoyar de cerca el escuadrón "Cedeño". A las cuatro y treinta de la madrugada del 27 se detuvo la Primera División para esperar a la Segunda, que se había retrasado. En esos momentos se produjeron los primeros tiros dirigidos por el defensor sobre el escuadrón "Cedeño", que había sobrepasado a la infantería de la vanguardia, extraviada durante la marcha de la noche.

Por su parte, el General Plaza, que ocupaba el Portete desde el 26, había hecho un minucioso reconocimiento personal del terreno, estableciendo sus batallones sobre las pendientes, cubriéndolos hacia adelante, en la quebrada, por varias compañías avanzadas. Dispuso que el batallón "Callao" se mantuviera en el Portete mismo, con una compañía avanzada en la quebrada del lado del enemigo y una de cazadores en las alturas inmediatamente a su izquierda; el batallón "Ayacucho" prolongó la derecha del anterior, avanzando a la quebrada a sus cazadores y granaderos y colocando una compañía en prolongación de su ala, en el bosque impenetrable que servía de apoyo al dispositivo.

Al recibir los fuegos de las avanzadas peruanas, el "Cedeño" se replegó y Sucre lo reemplazó en seguida por el batallón "Rifles", que mantuvo el tiroteo. En estos momentos apareció la extraviada vanguardia colombiana de infantería, que había vuelto a encontrar su camino y desconociéndose mutuamente con "Rifles", abrieron el fuego y lucharon entre ellos, infligiéndose fuertes pérdidas.

Cuando aclaró el día, Sucre reorganizó sus tropas e hizo prolongar la izquierda del "Rifles" por una compañía del "Yahuachi", a la que le ordenó tomar las alturas; por la derecha del "Rifles" lanzó al "Caracas" y al resto del "Yahuachi", reforzados por el escuadrón "Cedeño", que hizo avanzar de nuevo.

Tan numerosas tropas dominaron a los batallones peruanos que permanecían a la defensiva; la infantería peruana no tenía la dotación completa de cartuchos, sólo contaba con los que la tropa llevaba en la cartuchera, que hubieran bastado para una batalla

en campo raso, donde la maniobra es factor decisivo, pero no para sostener una posición. Las alturas de la derecha peruana fueron dominadas pronto por la compañía del "Yahuachi", reforzada por los cazadores del batallón "Cauca", de la Segunda División colombiana, que acudieron al "paso de trote" llamados vivamente por Sucre.

En tanto que se desarrollaban estos sucesos, las otras dos divisiones peruanas marchaban de Jirón al Portete, habiendo partido del primer pueblo citado a las tres de la madrugada, para cubrir los 15 kilómetros que las separaban de la división Plaza.

Cuando las divisiones que conducía Gamarra llegaron al Portete a las siete de la mañana, encontrándose con ellas el Mariscal Presidente, ya la posición estaba virtualmente tomada y, a pesar de que el combate se restableció por un momento; el repliegue de las tropas peruanas tuvo que proseguir en vista de la llegada de la Segunda División colombiana, que completó el desbarato de los batallones de Plaza. De otro lado, el empeño de las divisiones peruanas de segundo escalón, cuya entrada en acción hubiera equilibrado las fuerzas, no pudo realizarse porque llegaban tarde y porque el terreno les impedía desplegar, embotelladas como se hallaban en un desfiladero por el que no podían avanzar sino hombre por hombre.

A pesar de estas circunstancias, la batalla no estaba perdida, contando con que Plaza había sostenido bien la posición y que faltaba poco para que el grueso se hiciera sentir. Sin embargo, Gamarra, dando el fracaso por definitivo, ordenó el repliegue general y se retiró personalmente más allá del Jirón para recoger y reunir los dispersos, según manifestó al dejar el campo de batalla al Director Supremo de la Guerra, La Mar continuó en el combate hasta el fin y dispuso lo conveniente para que el repliegue se efectuara en orden a través del terreno boscoso que conduce a Jirón. Plaza quedó prisionero en la posición que había defendido brillantemente.

Entusiasmados los colombianos con lo que juzgaban derrota completa de los peruanos y dueños del Portete, descendieron las laderas sur de éste para perseguir a los dispersos de la División Plaza. Unas compañías colombianas de cazadores, apoyadas por el escuadrón "Cedeño", quisieron cumplir esta tarea, que juzgaron muy fácil; pero Necochea, comandante general de la caballería, tomando el primer escuadrón de "Húsares de Junín", que mandaba Orbegoso, cargó y dispersó a esas compañías y al "Cedeño", del que sólo salvaron 6 ó 7 hombres, quedando el resto en el campo; para cooperar a la acción de los húsares peruanos las dos piezas de artillería de que disponían las tropas de La Mar tomaron una posición y abrieron el fuego. Estas dos demostraciones de fuerza detuvieron de golpe la persecución y los peruanos pudieron abandonar el campo con todo orden, bajo el mando directo del Presidente, que se retiró con los últimos. Las divisiones peruanas permanecieron todo el día 27 a tiro de cañón del ejército de Sucre y sólo se retiraron en la noche a una altura situada al sur de Jirón.

Tan descontento quedó Sucre de su aleatorio triunfo y tan poca fe tenía en sus soldados que, detenido en las alturas del Portete, pidió nuevamente la apertura de negociaciones, fundándose en consideraciones filantrópicas y de amor a los peruanos, que no le asis-

tían en realidad, puesto que en esos momentos permitía el fusilamiento y degüello de los prisioneros y toleraba, días después, que la cabeza de Raulet, muerto en el combate, fuera paseada en la punta de una lanza por las calles de Cuenca, teatro de sus últimas hazañas. El General Urdaneta, personalmente, quiso lancear al General Plaza, prisionero indefenso; felizmente su falta de destreza y vigor le hicieron fallar el golpe. Las bajas colombianas llegaron a 800 hombres y las de los peruanos a cerca de 1200 entre muertos y heridos.

CONVENIO DE JIRON

28 de febrero

Ocupando los colombianos el Portete y las tropas peruanas una nueva posición en Jirón se firmó el 28 de febrero, a pedido de Sucre, el convenio que lleva el nombre de éste último pueblo. Una de sus cláusulas establecía la evacuación del territorio invadido por los peruanos y otra pedía la desocupación de Guayaquil.

Según el convenio, las tropas de La Mar se retiraron a Piura, cruzando el Macará, entre los días 23 y 24 de marzo; al llegar a Piura el ejército contaba todavía con 4500 hombres.

En cuanto a la cláusula que establecía la desocupación de Guayaquil, no se cumplió sino mucho después, ya que los colombianos. dirigidos personalmente por Bolívar en la campaña que él llamara del Buijo, no lograron hacerla efectiva, ofreciéndose ambos adversarios "atacar Guayaquil a sangre y fuego" y "defender la plaza a sangre y fuego" durante largos meses, sin que los atacantes llegaran a decidirse, como escribe un historiador nacional. Además, cuando el Comandante General de Guayaquil y Jefe de la Escuadra, recibió las letras del convenio de Jirón, y junto con ellas la orden de abandonar el puerto, reunió a los jefes de las tropas y barcos para discutir sobre el procedimiento que debería adoptarse y acordaron no entregar la plaza hasta que el convenio de Jirón no fuera ratificado por el Congreso peruano, según lo establecía la Constitución. Tomado este acuerdo, comunicaron a Lima su decisión y prolongaron la ocupación, esperando órdenes de la Capital.

De otro lado, la fragata "Presidente", que se incendió en parte el 24 de mayo por accidente casual, se encontraba entonces en reparación y fue decidido el no evacuar la plaza hasta que ese barco estuviera en condiciones de hacerse a la mar.

Este procedimiento fue ampliamente aprobado por el Gobierno del Perú que, autorizando lo acordado por la junta de jefes reunida en Guayaquil, ordenó que las fuerzas se sostuvieran en ese puerto a toda costa. Los Generales Sanders y Cordero, comisionados por Sucre para recibir la plaza, tuvieron que volver donde su jefe a dar cuenta de su malograda gestión, habiendo durado cinco días los infructuosos arreglos. Los argumentos en que se apoyaban los peruanos para no respetar el convenio de Jirón eran lógicos y ajustados a los preceptos constitucionales; el Mariscal La Mar se negó también a cumplir dicho convenio, poco después, indignado por la conducta de Sucre que, luego de obtener la indecisa victoria del Porte-

te, había procedido en forma incorrecta, exagerando su triunfo en forma ofensiva al decoro y al honor del Perú.

* Por estas razones La Mar decidió recomenzar la guerra, haciendo movilizar las tropas del Centro y del Sur de la República, constituyendo batallones de reserva y tomando otras medidas tendientes a recuperar lo perdido. Ordenó, además, no soltar Guayaquil y dispuso que su guarnición fuera reforzada por tropas que envió desde Piura, a órdenes del General Necochea; este General recibió la misión de conservar el puerto, a pesar de que los colombianos era muy probable que trataran de recuperarlo tan pronto como dispusieran de las fuerzas necesarias.

Los cuerpos de tropa que condujo Necochea, en cinco barcos fueron los Batallones 1º del "Ayacucho" y 1º del "Callao" y los escuadrones, a pie, de "Húsares de Junín" y "Dragones de Arequipa". A estas unidades había que sumar la guarnición del puerto y 300 civiles a órdenes del Coronel Bustamante, cabecilla de la sublevación en Lima de la Tercera División de Colombia. Sobre la base de estos civiles se organizó el Batallón "Guayas" y después se creó el "Nº 10".

Frente a las tropas peruanas de Guayaquil se hallaban desde comienzos de abril los Batallones colombianos "Caracas", "Yahuachi", "Rifles" y el Escuadrón "Húsares de Colombia", a órdenes del General Flores. En Daule, con Illingrot, se encontraban los Batallones "Ayacucho", "Quito", "Pichincha" y parte del "Rifles" y del "Girardot", más los restos del Escuadrón "Cedeño", que comenzaba a reconstituírse después de haber sido destrozado en Tarqui.

El 1º de mayo se trabó un combate en las cercanías de Guayaquil entre las tropas peruanas y las del General Flores, que fueron batidas, replegándose a Daule.

A comienzos de julio Bolívar llegó frente a Guayaquil, ordenando la concentración en esa zona de algunos otros cuerpos de tropa. Rechazó de Baba al Batallón peruano "Callao" y estableció un campamento en Buijo, abriendo la campaña que tomó este nombre, sin obtener en ella ningún resultado.

Mientras se realizaban estas operaciones terrestres, la escuadra peruana, a órdenes de Bouchard, con Mariátegui y Boterín, mantenía el bloqueo hasta Panamá; capturaba las naves enemigas mercantes o armadas en guerra que hallaba a su paso, llegando su espíritu de empresa hasta arrancar de manos de los colombianos un bergantín inglés capturado por contrabandistas, el "John Cato", hazaña que se realizó bajo los fuegos de los castillos de Panamá.

En Piura, Gamarra fraguaba por estos días un complot político contra La Mar, que se realizó semanas después, capturando al Presidente, subrogándolo en el mando y haciéndolo salir del país. La Fuente procedía en Lima en la misma forma con el Vicepresidente. Hubo un solo día de diferencia, del 6 al 7 de junio de 1829, entre uno y otro movimiento realizados en Lima y Piura, sincronismo que prueba la existencia de un antelado acuerdo.

---

* Croquis No. 28.

EVACUACION DE GUAYAQUIL

11 de JULIO DE 1829

Producida la rebelión de Gamarra contra La Mar y la expulsión de este último, todo hizo esperar un próximo avenimiento con los adversarios del Portete, lo que se tradujo por un período de relativa calma en las operaciones. En este período, y como consecuencia del cambio de gobierno, el General Necochea, Comandante General de Guayaquil, fue relevado por el Coronel Benavides.

Las negociaciones entabladas por Gamarra con los colombianos en el Cuartel General de Piura, llevaron al acuerdo de Guayaquil por el que se suspendían las hostilidades. Poco después el General Cerdeña reemplazó a Benavides y debió entregar la plaza a partir del día 11 de julio. El tratado de Piura que anulaba el de Jirón, sólo fue refrendado en Lima el 16 de octubre de 1829.

CONSIDERACIONES

Se ha reprochado al Mariscal La Mar que no hubiera procedido con mayor cautela, conservando sus fuerzas para esperarlo todo de la desorganización política de la Gran Colombia. Entre otras razones, los que sostienen la conveniencia de actuar en esa forma aducen que dado el desquiciamiento del organismo político bolivariano ofrecía una victoria fácil, la simple presencia de las tropas peruanas hubiera producido la crisis, desarrollando el germen revolucionario y sublevando a los pobladores por la recluta forzosa que necesitaba hacer Bolívar para sostener la guerra; esta razón la ratifican repitiendo las palabras de Heres, que decía refiriéndose al reclutamiento: "el ejército de operaciones cuesta lágrimas y sangre".

Asimismo, se acusa a La Mar de injustificada precipitación al trasponer la frontera sin esperar a los soldados de Gamarra.

Pero los que tal escriben no penetran las razones militares que impulsaron al Caudillo peruano a tomar esa determinación. En efecto, es indiscutible que éste debía aprovechar la facilidad de vivir sobre el país enemigo; debía incrementar la moral del propio ejército, tomando una actitud ofensiva y destruir la del enemigo arrebatándole la iniciativa de las operaciones; para cooperar a la toma de Guayaquil le era necesario atraer la atención del adversario hacia otro teatro de operaciones a fin de desarticular sus fuerzas; era condenable mantener al ejército en la inacción, confesándose impotente para tomar la ofensiva; había que aprovechar la crisis parcial que provocaba la revolución del General Obando, que cortaba las comunicaciones entre Bogotá y Quito; acrecentar y amparar el descontento de los pobladores apoyándolos en sus pretensiones contra Bolívar y favorecer de este modo la eclosión del sentimiento público a favor del Perú. Si a esta serie de razones se agrega el conocimiento perfecto que tenía el Mariscal La Mar de la impotencia casi absoluta de los colombianos, que no podían oponerse a su acción, se verá que nada justificaba la permanencia del ejército en Tambo Grande, en espera de refuerzos que, por el momento, no le eran absolutamente indispensables.

En cambio, durante la ejecución de las operaciones activas, sí era necesaria esa parsimonia para no arriesgar inútilmente los magníficos resultados ya conseguidos; pero Gamarra se encargó, durante esas prudentes operaciones, de exponer elementos del Ejército del Norte con innecesario atrevimiento, para hacerlos caer desprevenidos y sin auxilio posible bajo la actividad de un enemigo vigilante y conocedor de los resortes de la sorpresa. Procediendo en esta forma, a pesar de la ponderación del Jefe Supremo, se aniquiló paulatinamente la fuerza moral y material del Ejército del Norte, haciendo estéril y desgraciada la contienda para mermar la autoridad y el prestigio del Director de la Guerra, que era el Jefe del Estado.

Los interesados en realzar el episódico combate del Portete, efectuado entre un ejército y una división, califican a Sucre como un gran estratega fundando su juicio en la suposición de que el Mariscal de Ayacucho atrajo a su adversario al terreno que a él le convenía, que le franqueó la entrada al territorio, para una vez en las montañas, envolverlo y batirlo. Sin embargo, la concepción de Sucre fue mucho más brillante; impotente como se encontraba por razón de efectivos y por desconfianza en la moral de sus tropas, sublevadas repetidas veces en Bolivia, rebeladas en Lima, Guayaquil, Pasto, Bogotá y con Páez en Venezuela, no pensó en envolver al enemigo, como pudo haberlo hecho después de Saraguro si tal hubiera sido su intención, sino en resistir frontalmente para ganar tiempo, ceder el terreno, a palmos, aumentar sus fuerzas contemporizando, retardar la solución como lo obtuvo pidiendo las negociaciones de Saraguro; tal era el método que se impuso y vencer las dificultades que éste ofrecía fue muestra evidente de su talento de estratega.

Experimentado en la campaña de 1822, que concluyó en Pichincha, nadie estaba más calificado que él para apreciar el terreno, el género de operaciones y la maniobra que convenía para cumplir su plan. Es curioso, desde el punto de vista militar, que el ofensor de 1822 fuera el defensor de 1828-29; las circunstancias eran exactamente iguales: los planes, los efectivos, la opinión pública, la posesión de Guayaquil, el dique de Pasto que en ambos casos limitó el teatro de guerra por el norte, todo colocaba a Sucre en las mismas condiciones en que estuvieron los Coroneles Tolrá y López en la campaña de Quito; era lógico, pues, que el que fue agresor y conocía la crisis que había sufrido en su ofensiva, pesando al mismo tiempo las posibilidades del defensor, explotara a su favor tan inmediatas y efectivas lecciones.

Con el simple hecho de que el corto destacamento de Raulet apareciera en Cuenca, Sucre juzgó necesario retrogradar para escapar a esa presión y recobrar sus líneas; esta operación dio lugar a que perdiera una gran extensión de terreno, por enviar hacia atrás otro destacamento capaz de desalojar a los expedicionarios.

Cuando la sorpresa de Saraguro, Sucre debió perseguir a fondo a los dispersos, pero esto lo distraía de su plan general y le restaba parte de su efectivo. Pudo dejar, también, una pequeña fracción que amagara la retaguardia del adversario como lo había hecho Raulet con los colombianos, que cortara sus comunicaciones y que, por fin, impidiera la reunión al grueso de los desbandados de Saraguro.

Ninguno de estos procedimientos correspondía, sin embargo, a la manera invariable del caudillo colombiano, que marchaba con sus tropas reunidas y a su alcance, exagerando el concepto de la economía de las fuerzas, como en la campaña de Quito y en la de Ayacucho. El empleo de vanguardias de combate y la ejecución de marchas de noche caracteriza también la manera de Sucre.

Es original que los peruanos, al comienzo, adelantaran el parque a Saraguro en la dirección del enemigo. Lo mismo puede decirse sobre el hecho de rezagar la caballería en Malacatos y en Catamayo, cuando el grueso se hallaba adelante de estos puntos.

En cuanto a la acción del Portete se puede hacer resaltar en ella la característica de la guerra de montaña, que permite defender una estrechura o desfiladero con pequeño efectivo, pero con la condición esencial de que los defensores dispongan de accesos fáciles que permitan reforzar la defensa. La fuerza numérica, base de toda combinación en la guerra, es inútil cuando el terreno impide su aprovechamiento, obstaculizando su despliegue.

Hemos dicho al comienzo de este libro que las operaciones de guerra del período que estudiamos se desvirtúan en lo que se refiere a sus altas finalidades nacionales, por el mezquino interés partidarista que existía en las filas, desarrollado y explotado por los caudillos. Nos ratificamos en lo dicho. ¿Se pueden analizar los procedimientos militares puestos en práctica a la luz de los preceptos del Arte de la Guerra, cuando cada ejército tiene que habérselas con dos enemigos: el extranjero que se le enfrenta y el peor, el interno, que actúa embozadamente en el mismo ejército?

CAPITULO V

GUERRAS DE LA CONFEDERACION PERU - BOLIVIANA

1835 - 1836

CAMPAÑAS PERU - BOLIVIANAS

La situación política en el Perú y Bolivia.- Pacto de Santa Cruz y Gamarra.- Tratado de Orbegoso y Santa Cruz.- Inteligencias de Salaverry y Gamarra.

Paso del Desaguadero.-Entrevista de Vilque.

Operaciones contra Gamarra.- Batalla de Yanacocha.

Operaciones de Salaverry.—Expedición a Cobija.- Campaña del Centro.

Campaña del Sur.- Incursión en Arequipa - Expedición a Iquique.- Ocupación de Arequipa.- Gramadal.- Arequipa.- Uchumayo.

Batalla de Socabaya.- Operaciones preliminares.- La acción.

Establecimiento de la Confederación.

Consideraciones.

LA SITUACION POLITICA EN EL PERU Y BOLIVIA

El movimiento militar que encabezó Gamarra en Piura para apoderarse del mando supremo, expulsando del país al Presidente La Mar, fue la iniciación de un período de motines de cuartel y rebeliones contra el poder constituído. Para combatir a Gamarra por los mismos procedimientos que él había empleado, se produjeron durante su gobierno repetidos movimientos sediciosos que logró dominar con rara fortuna.

La revolución federal que acaudilló Escobedo en el Cuzco, en agosto de 1830, instigada por la propaganda separatista de Bolivia, obligó al General Gamarra a trasladarse al Sur para sofocar el movimiento. El Presidente se convenció entonces de que los trastornos en esa rica y extensa región del territorio nacional eran originados por la ambición de Santa Cruz, Presidente de Bolivia, que quería ensanchar los límites del país que gobernaba a expensas del vecino.

Este hecho, comprobado por Gamarra en el teatro mismo de los sucesos, dio lugar a una tirantez de relaciones entre ambos gobiernos que estuvo a punto de originar una ruptura y la consiguiente invasión del territorio boliviano. Felizmente los inconvenientes se salvaron gracias al abocamiento, en el puente del Desaguadero, de los presidentes Gamarra y Santa Cruz; esta entrevista conocida con el nombre de "entrevista de los Tres Días del Desaguadero",* se realizó el 15, 16 y 17 de diciembre de 1830, favoreciendo el arreglo de las diferencias y dando lugar a un tratado preliminar de paz y amistad suscrito en Tiquina el 25 de agosto de 1831. Mediante este tratado ** se devolvió al Perú la corbeta "Libertad" y el bergantín "Congreso", unidades de guerra peruanas cuyas tripulaciones sublevadas habían entregado los barcos al gobierno de Santa Cruz, presentándose en el puerto de Cobija.

La desconfianza que existía entre los políticos dirigentes del Perú llegó a tal punto en esa época que, sospechando Gamarra de las intenciones del General La Fuente, encargado por él del mando como vicepresidente de la República, lo hizo expulsar del país el 16 de abril de 1831. Para lograr su objeto Gamarra hizo intervenir a su esposa, doña Francisca Zubiaga, a la sazón en Lima, quien desempeñó en esta ocasión, como en muchísimas otras, un papel militar de combate y definido rol de caudillaje; la Mariscala, como se le llamaba honrosamente, sabía hacer fervientes partidarios y su actividad y hechos militares corrían parejas con los de los más notables caudillos.

Las movidas elecciones que se efectuaron en 1833 para reemplazar en el mando a Gamarra, que debía cumplir su período en los últimos días de dicho año, originaron graves complicaciones políticas que terminaron aparentemente con la designación del General Orbegoso como presidente provisorio, por la Convención Nacional entonces reunida, la que se abrogó facultades que no tenía respecto a la sucesión presidencial.

El Mariscal Gamarra, descontento con el nombramiento de Orbegoso, lanzó a la revuelta, el 4 de enero de 1834, a su candidato, el Coronel Bermúdez; pero el pueblo de Lima se alzó en armas y obligó a las tropas del protegido de Gamarra a retirarse a la sierra, donde "el abrazo de Maquinhuayo" (24 de abril) entregó la totalidad de las tropas nacionales a Orbegoso, viéndose los promotores del conflicto obligados a abandonar el país.

Para preparar su elección como presidente constitucional y para debelar una rebelión separatista que se anunciaba en el Sur, Orbegoso se trasladó a Arequipa en noviembre de 1834; pero al llegar a esa ciudad supo que el General Salaverry, a quien había dejado como gobernador de los castillos del Callao, por ser uno de los jefes de su confianza, se había rebelado contra su autoridad, to-

* En las conferencias, los bolivianos presentaron, por primera vez, su pretensión de que se les cediera el puerto de Arica. Ante este pedido, extraño e inaceptable, se exasperó Gamarra tanto y habló con tal franqueza en plena reunión, que las negociaciones estuvieron a punto de fracasar con escándalo.

** El convenio firmado en Tiquina, después de sufrir algunas modificaciones, se hizo definitivo en Arequipa el 8 de noviembre de 1831.

mando el título de Jefe Supremo (25 de febrero de 1835). Para dominar este movimiento despachó sobre la Capital al General Valle Riestra con orden de desembarcar en la costa de Ica y marchar contra los rebeldes que secundaban a Salaverry; pero la división de Valle Riestra se defeccionó en Pisco y se puso a órdenes del Jefe Supremo el 28 de marzo. Como en el norte de la República el General Nieto levantara tropas a favor de Orbegoso, Salaverry marchó al norte y obtuvo que se le unieran en Cochapampa las fuerzas orbegosistas de dicho General (10 de mayo de 1835).

Salaverry quedó, pues, libre de todo cuidado en el Centro y Norte de la República y pensó en trasladarse al Sur para destruir las pocas tropas que obedecían al Provisorio. Mientras dictaba algunas buenas disposiciones de gobierno y formaba en su campamento de Bellavista el más disciplinado ejército que ha visto el Perú, supo que Gamarra, apoyado por Santa Cruz, había cruzado el Desaguadero y marchaba sobre el Cuzco, después de ocupar Puno. Una división orbegosista que estaba de guarnición en el Cuzco y que se había pronunciado por Salaverry hizo un contrapronunciamiento y se plegó a Gamarra, aumentando notablemente las fuerzas de este último. En tales circunstancias se anunciaba ya como inminente la intervención de Santa Cruz en los asuntos del Perú.

Desde que Santa Cruz gobernó el Perú como delegado de Bolívar y después como encargado del mando hasta la llegada del Presidente La Mar, había pensado en reunir en un solo estado el Bajo y Alto Perú, que Bolívar y Sucre separaron.

Entre los generales que se habían ilustrado en las campañas de la Emancipación, el que tenía mayores dotes para el gobierno era indiscutiblemente el Mariscal de Zepita; el orden que imperaba en Bolivia en el tiempo que corría de su mandato, así como los innegables progresos que este país realizaba, lo acreditaron como un acertado y enérgico gobernante, de lo que ya había dado pruebas, además, durante su gestión política en el Perú.

Sus partidarios y los pueblos beneficiados por él eran numerosos. En estas condiciones, la oferta que hacía a los peruanos del Sur de mantener el orden, dar garantías y propiciar la paz y el progreso era aceptada con agrado, por cuanto ya había acreditado suficientemente sus cualidades de hombre de Estado.

Nacido en las provincias alto peruanas, sus comprovincianos estaban orgullosos de él. Conocedor del Perú, al que siempre había servido con abnegación, y estimado por los peruanos por su innegable amistad y amor por el país donde había hecho su prestigio y carrera, no encontraba grandes resistencias para el plan de federación, que presentaba con franqueza y desinterés, concediendo a unos y otros sus derechos y prerrogativas.

La facilidad que ofrecía el puerto peruano de Arica para las transacciones comerciales de Bolivia había mantenido el contacto de los habitantes de ambos países, que se comprendían, además, por razones étnicas. En el fondo, la idea de constituir el "Gran Perú" era magnífica, y basta recordar, para demostrar su valor, la angustia y desasosiego que originó en los países limítrofes, que corrieron a las armas para deshacer la magna combinación política.

Entre los estadistas y dirigentes peruanos, aquellos que pensaban más en la patria que en el interés personal, no podían desaprobar la tenaz gestión de Santa Cruz en el sur del Perú para formalizar su idea. Los ambiciosos del poder eran opuestos a ella por razón natural, pues sólo alcanzaban a ver en este juego de política internacional un medio de que Santa Cruz se valía para apoderarse del mando total, anulando así sus expectativas.

PACTO DE SANTA CRUZ Y GAMARRA

El Mariscal Gamarra, asilado en Bolivia, después del acontecimiento de Maquinhuayo, recibió invitación de Santa Cruz para arreglar las bases de la Confederación. Deseoso de reasumir el mando, en el que legalmente había cesado, aceptó que Bolivia lo apoyara con elementos de guerra para volver al Perú y recobrar, por una revuelta, su anterior posición política; obtenido este primer fin, para lo que era necesario batir a Orbegoso, que mandaba en Arequipa, y a Salaverry, que gobernaba efectivamente el resto del Perú, debería auspiciar la proyectada federación. Con esta condición, Santa Cruz le brindó el auxilio que era menester para acometer la empresa.

El Mariscal de Piquiza, satisfecho por haber encontrado una fórmula que le permitiera mandar nuevamente el Perú, aceptó la combinación aparentemente, pues jamás pensó subordinarse en política a Santa Cruz, de quien era disimulado rival.

A mediados de mayo de 1835 Gamarra pasó el Desaguadero y a poco recibió en Puno, el 18 de mayo, la división del Coronel Lopera, antiguo gamarrista, que sirviendo con Orbegoso se había pronunciado en marzo a favor de Salaverry. Esta división estaba formada por los Batallones "Pichincha", "Defensores", "Puno", "Paruro" y "Quispicanchis", más el Escuadrón "13 de enero" y 2 piezas de artillería.

Cuando Salaverry supo en Lima, meses antes de que llegara Gamarra a Puno, que Lopera se había pronunciado a favor de la causa salaverrina, envió otra división, a órdenes del Coronel Larenas, para apoyar y reforzar a la primera; Gamarra debió, pues, ponerse en guardia contra la división Larenas, que iba de Lima y que encontraría la situación completamente cambiada. Para ello ocupó el Cuzco el 20 de mayo e inició activa propaganda invitando a Larenas a pasar a esa ciudad, que evacuó tan pronto como la división se aproximaba, a fin de hacerla desorganizar con sus agentes secretos y propagandistas; los gamarristas sedujeron pronto a las tropas de Larenas y éste se vió abandonado por sus soldados, pasándose a Gamarra los Batallones segundo del "Pichincha", "Victoria", "Andahuaylas", "Granaderos", "Cazadores" y dos cortos escuadrones (15 de junio).

Con estas dos divisiones Gamarra tenía los elementos suficientes para enfrentarse sea a Salaverry, que continuaba en Lima, sea a Orbegoso, que permanecía en Arequipa; su situación era favorable a partir de ese momento.

TRATADO DE ORBEGOSO Y SANTA CRUZ

Al saber Orbegoso que Gamarra había pasado el Desaguadero y teniendo noticia de la enorme actividad que desplegaba Salaverry en Lima para emprender operaciones contra él, decidió llamar al Perú a Santa Cruz, sometiéndole su autoridad efectiva de Presidente Provisional y ofreciendo al Caudillo boliviano las tropas que le obedecían. Entonces se vio a Santa Cruz aceptar este nuevo convenio (15 de junio de 1835), más eficiente y ventajoso, y abandonar su compromiso con el Mariscal Gamarra de quien tenía algún fundamento para desconfiar; en efecto: por esta fecha ya Gamarra se hallaba en tratos secretos con Salaverry para burlar a Santa Cruz. Por su parte, este último, también con infidencia, había auxiliado a Gamarra sólo para detener los alarmantes progresos de Salaverry, cuyo afianzamiento en el poder hubiera anulado para siempre su proyectada federación.

INTELIGENCIAS DE SALAVERRY Y GAMARRA

Ofendido Gamarra por esta actitud de Santa Cruz, pensó en batirlo a fin de aparecer como el salvador de su patria, aparentando odiar al extranjero, con quien sin embargo acababa de tratar y, entonces, para asegurar la fidelidad de la división salaverrina que recién se le había pasado y estar libre de toda amenaza a su espalda, ofreció sus servicios a su ahijado Salaverry, poniéndose incondicionalmente a sus órdenes como jefe de las tropas del Sur (26 de julio). El Dictador aceptó la oferta y le ordenó replegarse a Lima para operar juntos; pero Gamarra, acatando la orden, decidió no cumplirla y presentar batalla aisladamente, pensando en que si vencía lograba sus fines y si era batido impedía que Salaverry se reforzara con esos elementos y afirmara su causa, cerrándole a él las puertas de la presidencia que ambicionaba.

En este punto se hallaba la complicada situación política cuando el Mariscal Santa Cruz cruzó el Desaguadero.

PASO DEL DESAGUADERO

16 de junio de 1835

A mediados del mes de junio, cuando todavía no estaba firmado el tratado con Orbegoso, por enfermedad del agente diplomático peruano encargado de formalizarlo, y porque las condiciones de mando que exigía Santa Cruz no estaban aún bien confirmadas, éste ordenó, visto el pedido de Orbegoso, que la Primera División boliviana cruzara la frontera (16 de junio de 1835) y se estableciera en Puno. Desde esa ciudad envió fusiles a Gamarra con quien estaba todavía en buenas relaciones.

La Primera División boliviana, a órdenes del General Herrera y del Coronel Ballivián, se componía de los Batallones 1º de la "Guardia", 4º de línea y del Regimiento "Lanceros de la Guardia", o del "General", mandado por Avilés.

A fines del mes de junio Santa Cruz, con el General Velazco como jefe de Estado Mayor General, condujo a Puno la Segunda División boliviana, estableciendo en ese lugar su cuartel general y cubriéndose con vanguardias que adelantó a la región de Vilque.

Santa Cruz mantenía hasta entonces comunicaciones con Gamarra y le dio una cita para Sicuani, a donde no acudió ninguno de los dos, a pesar de prometerlo, por temor de caer en una celada.

ENTREVISTA DE VILQUE

8 DE JULIO DE 1835

Al saber Orbegoso que los bolivianos se encontraban en Puno - Vilque, se dirigió a este último lugar para entrevistarse con Santa Cruz y tomar acuerdo con él. La entrevista se realizó el 8 de julio de 1835, ratificándose en ella el tratado y tomándose consejo para las operaciones de guerra. Entre otros acuerdos, se determinó que Orbegoso enviara las tropas de reciente creación que tenía en Arequipa para reforzar a los bolivianos y que con el resto y algunos reclutas se dirigiera al Norte, para apoderarse de esa parte del territorio y distraer la atención de Salaverry.

OPERACIONES CONTRA GAMARRA

9 al 14 de agosto

* En cumplimiento del acuerdo de Vilque, Orbegoso regresó a Arequipa, de donde envió una división, compuesta por los batallones "Ayacucho", "Libres de Arequipa" y un escuadrón de "Húsares de Junín", a órdenes del General Cerdeña, con el Coronel Morán. Estas tropas llegaron a Lampa el 22 de julio, incorporándose al Ejército Boliviano.

Una vez reunida al grueso la división del General Cerdeña, Santa Cruz emprendió la marcha hacia el Cuzco el 9 de agosto, tomando por Paucará, Santa Rosa, Sicuani, Tinta, sobre Urcos y acampando el 12 en Sallumayo.

Gamarra por su parte, se trasladó hacia el enemigo que venía del sur y, después de algunas vacilaciones, ordenó que el Coronel Lopera ocupara Roncán, desde donde éste pudo distinguir a los perú-bolivianos.

BATALLA DE YANACOCHA

13 DE AGOSTO DE 1835

El día 13 las tropas de Gamarra ocupaban el abra de Andahuayas, inmediatamente al sur de la laguna de Yanacocha; el terreno era quebrado delante de su línea, impidiendo la actuación de la caballería. Gamarra tenía 4000 soldados y había hecho levantar, además, cerca de 6000 indios, que se batirían con hondas y des-

---

* Croquis No. 31

prendiendo galgas, para lo que el terreno era favorable, pues el enemigo tenía que atacar en un espacio rodeado por un hemiciclo de alturas que dominaban el acceso del abra. Lopera, dueño de la altura de Roncán situada a la entrada del hemiciclo, debía replegarse si era atacado por fuerzas superiores.

Santa Cruz adelantó las compañías de cazadores apoyadas por el "Escolta", cuyo mando confió al General Braun; éste atacó la izquierda gamarrista secundado por la vanguardia que conducía el General Ballivián; sobre la derecha de Gamarra atacaron Cerdeña y Morán con la división peruana de Arequipa; al Centro, Santa Cruz envió a los batallones bolivianos 1º, 2º y 3º de la Guardia y al 4º de línea; la caballería y la artillería se establecieron detrás del centro, quedando asegurada la retaguardia por dos compañías del Batallón "Libres de Arequipa".

Ante un ataque tan potente, Lopera se replegó para tomar un emplazamiento en la línea general; en su repliegue fue perseguido de cerca por dos batallones santacrucinos, a los que hizo frente, retirándose en orden. Mientras se realizaba este repliegue de las tropas avanzadas, Cerdeña y Morán, que habían atacado con ímpetu, rompieron la derecha del dispositivo y flanquearon la línea general, dando la victoria con este ataque.

Los fuegos de la artillería de Santa Cruz contribuyeron al desconcierto de los gamarristas, influídos además por la fuga de los indios auxiliares. Sin embargo, la lucha continuó en la línea del abra, donde las tropas se batieron durante dos horas y media, desencadenando los defensores, y especialmente el Batallón "Paruro", brillantes cargas a la bayoneta que, descendiendo al llano, despejaron el terreno de enemigos.

En fin, ante la fuerza del número y no disponiendo los defensores sino de dos paquetes de cartuchos por plaza, tuvieron que ceder el terreno y dejar el campo al atacante. Sólo salvaron dos escuadrones, que se retiraron a Oropesa, donde fueron dispersados al día siguiente. Las bajas de ambos contendientes llegaron a 1500 hombres.

Después de Yanacocha, Gamarra se dirigió aislado a Lima para presentarse a Salaverry y justificarse ante él; Santa Cruz entró al Cuzco, el 16 de agosto, quedando de este modo en posesión de todo el sur del Perú. Una parte de las tropas de Gamarra se pasó en masa a Santa Cruz, al fin de la batalla, y comenzó a prestar servicios con los confederados.

OPERACIONES DE SALAVERRY

Septiembre de 1835 a febrero de 1836

Salaverry contaba en Lima con varias unidades de tropa que había formado y disciplinado personalmente, preparando un ejército de pequeño efectivo pero de sólida consistencia moral. El General Plaza formó en el norte una corta división, que se reunió con el grueso de Lima.

El Jefe Supremo disponía además del dominio del mar, gracias a los barcos de guerra que le obedecían, cuyo número y condicio-

nes le daban la supremacía absoluta en el Pacífico, permitiéndole imponerse no sólo a los escasos elementos de Orbegoso, sino a los de los países limítrofes que hubieran podido mezclarse en la contienda —Chile y el Ecuador, separado este último— de la Gran Colombia desde 1831, en que ésta se desintegró.

Las tropas de Salaverry, acampadas en Bellavista estaban formadas por los Batallones:

1º de "Carabineros de la Legión de la Guardia";

2º del mismo cuerpo;

"Cazadores de la Guardia";

"Cazadores de Lima";

"Victoria".

La caballería estaba constituída por los escuadrones "Húsares de Junín", "Granaderos del Callao" y el regimiento de "Coraceros de Salaverry", compuesto de tres escuadrones, que era lo más escogido de las tropas del Caudillo.

La división del General Plaza organizada en Trujillo comprendía los Batallones "Cazadores de Trujillo", "Cazadores de Amazonas" y el 3er. Escuadrón de "Húsares de Junín".

Las tropas salaverrinas fueron divididas en dos divisiones de infantería y dos de caballería.

EXPEDICION A COBIJA

Para llevar las hostilidades a Bolivia, Salaverry despachó por mar una expedición formada por 260 "Carabineros de la Guardia", a órdenes del Coronel Quiroga, los que debían desembarcar en Cobija y destruir los elementos de guerra que los bolivianos tuvieran en esta región.

El convoy salió del Callao y después de dos semanas de navegación desembarcó a los "Carabineros" al sur de Cobija; días después éstos se hallaban frente a la citada localidad que se defendió con energía durante algunas horas, capitulando a poco.

Quiroga respetó a los defensores y habitantes, destruyó o embarcó en sus naves los elementos de vida y guerra que halló en el puerto y regresó a Pisco, donde por entonces se hallaba Salaverry con sus divisiones, siendo recibido en triunfo.

* CAMPAÑA DEL CENTRO

20 DE OCTUBRE AL 18 DE DICIEMBRE

Después de la victoria de Yanacocha, Santa Cruz dispuso que una parte del ejército confederado emprendiera marcha al norte, por Andahuaylas sobre Ayacucho, y, si era posible, sobre Jauja. Ordenó que esas tropas fueran las que comandaba el Coronel Morán, de la división peruana que envió Orbegoso de Arequipa, y las reforzó con los gamarristas pasados a sus filas; entre estos últimos se

* Croquis No. 32.

contaban los Batallones "Pichincha" y "Zepita", que recordaban dos victorias de Santa Cruz.

La intención de Santa Cruz era atraer al interior del país a las tropas de Salaverry, para hacerles perder la ventaja que les proporcionaba el mar; al mismo tiempo pensaba desgastar los cuerpos de tropa enemigos fatigándolos con idas y venidas en la serranía; y, en fin, quería ocupar mayor extensión de territorio y darse el tiempo necesario para organizar el Sur, ya invadido y dominado por completo.

En tanto que los santacrucinos avanzaban por el interior, el Jefe Supremo trasladó a Pisco sus divisiones para orientarlas al Sur; condujo por tierra a la caballería, personalmente, y ordenó que la infantería fuera trasladada por mar; el 6 de octubre de 1835 se hallaba en ese lugar el ejército de Salaverry, habiéndose aumentado con dos escuadrones formados por reclutas de Chancay y de Cañete.

Estando en Pisco, Salaverry supo que Morán operaba en el interior y que según toda probabilidad seguiría a Junín; deseoso entonces de impedir que el enemigo actuara tan franca y osadamente a su espalda, decidió abrir campaña contra esa fracción, cuyo efectivo según datos precisos que tenía no alcanzaba sino a 800 hombres y otros tantos indios alzados. Como este destacamento santacrucino se encontraba aislado por completo de su grueso, Salaverry juzgó fácil cortarle la retirada interponiéndose entre él y el núcleo principal de las tropas de Santa Cruz; para conseguir este fin decidió operar en la dirección general de Ayacucho.

Al efecto hizo avanzar dos escuadrones a la ciudad de Huancavelica para atraer al enemigo un poco más al norte y tomó por Ica, con el grueso para seguir al interior. El planteamiento general de la operación era bueno, pero Salaverry no calculó las facilidades que ofrece la sierra para el que quiere defenderla.

El General Morán, bien informado de los movimientos del enemigo y muy conocedor del terreno, no cayó en la red y, retrocediendo con oportunidad hacia sus bases, hizo una prolongada acción dilatoria burlando toda tentativa de envolvimiento y oponiendo seria resistencia en combates episódicos, con los que entretuvo y desgastó a los salaverrinos en tanto que él se replegaba hacia el sur, lentamente, y pronto a reaccionar. Santa Cruz, interesado en el buen éxito y esperando que, ante la fatiga, se disolviera el pequeño efectivo de tropas del Dictador, reforzó a Morán con varios batallones bolivianos a órdenes de Braun. La acción de este último y el aumento progresivo de resistencia que encontró Salaverry, le dieron el convencimiento de que sus esfuerzos eran estériles en esa región.

Desesperanzado entonces, después de haber perseguido a Morán desde Pilpichaca donde tomó el primer contacto hasta el Pampas, dispuso que se abandonara al enemigo y se emprendiera la marcha hacia Arequipa para buscar los núcleos principales del invasor. Para efectuar este última operación ordenó que la división Fernandini, siguiera por Lucanas sobre Vítor, que designó como zona de reunión; esta división debería cubrirse, hacia el este, con un

destacamento de 400 hombres que encargó al Coronel Porras; él con el resto de las tropas, volvió a Pisco para alcanzar Arequipa por la vía marítima.

En su marcha a Vítor, Fernandini fue perseguido por Cerdeña, Morán y Braun desde Parinacochas a Condesuyos, logrando escapar con éxito de tan delicada situación. Porras, encargado del destacamento que cubría el flanco de la división, fue, en cambio, rodeado en Vinchos y tuvo que rendirse.

De esta manera lamentable, y sin provecho alguno, terminó para los salaverrinos la campaña del centro.

CAMPAÑA DEL SUR

18 de diciembre de 1835 al 7 de febrero de 1836

* A fin de operar en el Sur contra el grueso de las tropas santacrucinas, Salaverry ordenó la concentración del total de las suyas a lo largo del valle de Vítor. Para hacerlo dispuso que la división Fernandini continuara por tierra, como hemos visto, y ordenó que la caballería siguiera los caminos de la costa, al mando del Coronel Mendiburu; el resto del ejército debía embarcarse en Pisco para tomar tierra en la planchada de Camaná, a fin de internarse ulteriormente. Para preparar la concentración en Vítor adelantó al sur dos cortas expediciones, una sobre Iquique y otra a Chala, que terminaron con desgracia, como se verá en seguida.

Luego que el Dictador dio las órdenes para la concentración, y en tanto que ésta se realizaba, se dirigió a Lima para reorganizar el Consejo de Gobierno que tenía el mando en su ausencia y para poner orden en la Capital.

INCURSION EN AREQUIPA

15 DE SEPTIEMBRE AL 23 DE NOVIEMBRE

Para asegurar el desembarco del grueso del ejército en el Sur, Salaverry ordenó que el Coronel Lerzundi se trasladara por mar a Chala para ocuparla con 150 hombres; en seguida debía ingresar algo al interior para sembrar la alarma, asegurando la posesión de los desembarcaderos y proporcionando informaciones.

Lerzundi logró su fin batiendo una fuerza enemiga de doble efectivo que el suyo a la que sorprendió en Sihuas el 25 de septiembre. Pero, después de algunas correrías y luego que fue reforzado por 60 hombres que trajo de Pisco el Coronel Arrisueño, habiendo tomado éste el mando, la tropa fue dispersada en Ananta, el 23 de noviembre, por el Coronel confederado Quiroz.

Los dispersos que fugaron hacia el norte, encontraron al Coronel Mendiburu que conducía a Vítor la caballería salaverrina y se incorporaron a los cuerpos de esta arma.

---

* Croquis No. 32.

EXPEDICION A IQUIQUE

NOVIEMBRE DE 1835 A ENERO DE 1836

A mediados de noviembre, cumpliendo órdenes del Dictador, salió de Pisco el General Valle con 400 soldados en tres barcos. Su misión era llegar a Iquique, apoderarse del puerto y expedicionar a Bolivia para fomentar la revolución contra Santa Cruz en su propio país. Como la operación era de ejecución muy difícil y obedecía a un plan, verdaderamente descabellado, el General Valle no precipitó sus operaciones y cuando Salaverry llegó en diciembre a la planchada de Camaná encontró fondeados en ese litoral a los barcos de la expedición que creía que estaban cumpliendo su cometido. Valle fue obligado a reembarcarse y a cumplir las órdenes que se le habían dado.

El destacamento de Valle reemprendió entonces su navegación hacia las costas de Tarapacá donde desembarcó; luego que tomó tierra, Valle hizo avanzar una punta hacia el interior, formada por 150 hombres que, no bien había comenzado a internarse fue desbaratada por tropas de la guarnición del departamento.

Valle, convencido de la imposibilidad de llenar su cometido, reunió una Junta de Guerra con cuyo acuerdo se reembarcó para replegarse al grueso.

OCUPACION DE AREQUIPA

30 DE DICIEMBRE DE 1835

Fernandini con la división del interior, Mendiburu con la caballería y el resto del ejército transportado por mar, llegaron a la zona de reunión entre el 18 y 21 de diciembre. Salaverry con una parte de las tropas desembarcó el 19 del mismo mes en la planchada de Camaná.

En tanto que las anteriores operaciones se desarrollaban, tuvieron lugar algunos sucesos de cierta importancia, contrarios a la causa de Salaverry, con los que se cerró el año de 1835. Estos fueron la sublevación de los tripulantes de la goleta "Peruviana" en Iquique; el rechazo que sufrieron los bergantines "Congreso" y "Arequipeño", frente al puerto de Cobija, adonde habían expedicionado; la sorpresa que dio Miller en Camaná a los "Húsares" ocasionándoles 150 bajas. En enero del 36, los santacrucinos rechazaron en Arica a tres barcos de guerra que Salaverry envió para incendiar el puerto; Miller dio otra sorpresa que le permitió apoderarse de Islay, capturando los hombres y elementos desembarcados en el puerto, esos hechos dieron comienzo a las operaciones de guerra del año 1836.

En otras regiones del país se producían, asimismo, sucesos desfavorables a Salaverry. Echenique fue despachado por Santa Cruz desde Ayacucho, para ocupar la ciudad de Ica tan pronto como la evacuaran los salaverrinos. En Lima, el General Vidal se dio el título de Comandante General de la Capital y obligó a Solar, dejado

por Salaverry como jefe militar, a encerrarse en los castillos del Callao; un combate realizado en los alrededores de Lima el 3 de enero, entre Solar y Vidal, asentó la autoridad del último con desmedro del delegado de Salaverry

Por este tiempo Orbegoso, haciéndose cargo de la división peruana de Morán que actuaba en el interior, había seguido a Lima donde ingresó pomposamente el 6 de enero. El 9 del mismo mes Orbegoso hizo sitiar el Callao; el 19 Morán asaltó los castillos con todo éxito; Solar se guareció en el de la Independencia con algunos soldados, pero la falta de agua lo hizo capitular al siguiente día. Después de recobrar Lima, Orbegoso hizo una gira por el Norte que se sometió también a su autoridad, gracias a sus atinadas medidas políticas.

De esta manera Salaverry quedó reducido al terreno en que pisaba y a la escuadra, que comenzaba a desagregarse. A mayor abundamiento, Arequipa odiaba al Dictador por sus severas disposiciones y por el menosprecio que hacía de su entusiasta federalismo.

Salaverry, que se internaba lentamente, ocupó Arequipa el 30 de diciembre de 1835, habiendo aumentado sus efectivos con el Batallón "Chiclayo", de reciente formación, que había llegado del Norte. Al presentarse frente a la ciudad la encontró desguarnecida porque los soldados santacrucinos la habían evacuado a órdenes de su comandante, el General Braun. La guarnición había estado formada por cinco compañías del "Nº 2" de Bolivia, los "Lanceros del General", un escuadrón de "Guías" (llamado también "Lanceros de Tarija") y 150 peruanos; Braun se trasladó a Torata y después regresó sobre Arequipa, estableciéndose en Puquina.

Arequipa albergó a los salaverrinos sólo por veinte días, pues éstos se vieron obligados a abandonar la ciudad para estacionar en Challapampa, dada la hostilidad de los arequipeños; esta misma circunstancia había obligado al Dictador a enviar al Callao al batallón de 600 hombres que había levado en la ciudad, a fin de evitar un conflicto entre sus propias tropas.

GRAMADAL

26 DE ENERO DE 1836

Cuando Santa Cruz supo que Salaverry se hallaba en Arequipa, regresó rápidamente de Ayacucho, hasta donde había acompañado a Orbegoso, para ocupar Puno y reunir sus cuerpos de tropa en vista de la nueva campaña que debía iniciarse.

Durante la marcha entre Ayacucho y Puno hizo desprender del grueso un destacamento de 700 hombres del batallón peruano "Arequipa" cuyo mando confió al Coronel Quiroz para que observara a Fernandini. Habiéndose aproximado Quiroz hasta Yura, Salaverry destacó contra él a los Coroneles Ríos y Vivanco para que lo destruyeran, atacándolo concéntricamente; pero Quiroz, prevenido con tiempo del ataque que se emprendía contra él, se replegó al Gramadal e hizo variar con ese movimiento las circunstancias del ataque.

A pesar de la fuerte posición que ocupaba Quiroz, los salaverrinos decidieron continuar la operación. Pero, al iniciarse el ataque, supieron que el grueso de los confederados, con Santa Cruz en persona, se aproximaba al campo de la lucha; Salaverry, informado de esta circunstancia, acudió entonces con refuerzos para conseguir en el menor tiempo posible el fin que se había propuesto. El choque fue sangriento, haciendo los jefes salaverrinos derroche de valor; pero, no obstante el denuedo de Déustua, Vivanco, Ríos, Lerzundi, Zavala y del mismo Salaverry, que intervino mandando una compañía de "Carabineros", el terreno quedó por el adversario; la inminente llegada del grueso de Santa Cruz obligó a los salaverrinos a retirarse antes de caer bajo su acción con esas compañías aisladas y escuadrones sueltos.

AREQUIPA

30 DE ENERO

El Mariscal de Zepita había reunido en Puno algunas unidades, con las que emprendió la marcha a Puquina para recoger a las tropas de Braun que se encontraban en ese lugar. De Puquina, por Pocsi, continuó sobre Arequipa, que ocupó el 30 de enero, después de aparecer cerca de Gramadal cuando se libraba esa acción, el día 26.

A su ingreso a la ciudad de Arequipa contaba con los Batallones de la "Guardia", "Cazadores", "Zepita", "Arequipa" (peruanos estos dos últimos), el "Nº 2 del General" y el 4 y 6 de Bolivia. Su caballería estaba formada por dos escuadrones de "Lanceros del General" y dos de "Guías".

Al entrar los santacrucinos en Arequipa, Salaverry se apoderó del puente, que defendió obstinadamente, sin que los confederados, mandados por el General Cerdeña, pudieran forzar el paso. Santa Cruz ordenó entonces la construcción de un puente de madera, que permitió rodear por su izquierda a los defensores, obligándolos con esto a retirarse a Uchumayo.

UCHUMAYO

3 DE FEBRERO

Batiéndose sin cesar, llegaron los contendientes al puente de Uchumayo, por el que el General confederado Ballivián se empeñó en pasar. Después de haber sufrido graves pérdidas y habiendo fracasado un nuevo rodeo que intentaron, los asaltantes comenzaron a retirarse; pero, Santa Cruz, que llegó con todo el ejército, ordenó mantenerse en la posición a todo precio hasta que fuera de noche, para romper el contacto.

Durante la noche del 4 al 5 los confederados emprendieron la retirada, conforme a su plan, dejando al General O'Connor a cargo de las tropas de seguridad, pero Salaverry, tuvo noticia de este repliegue y emprendió la marcha tras el enemigo, arrollando a O'Connor, cuyas fuerzas fueron dispersadas; la división del General Anglada, argentino a órdenes de Santa Cruz, fue también dispersada al pretender ejecutar un movimiento envolvente, siendo después perseguida con gran tenacidad.

BATALLA DE SOCABAYA

7 de febrero

OPERACIONES PRELIMINARES

Después de realizados los anteriores hechos de armas, Salaverry marchó a Congata, donde se incorporaron los perseguidores de Anglada, y continuó a Tingo, donde acampó. El 7, en la madrugada, continuó su marcha y pasó por la Laja para seguir por Tingo Chico sobre Huasacachi.

Santa Cruz había acampado en la región de la Apacheta, ocupando el Alto de la Luna por indicación que le hiciera el General Cerdeña, que se hallaba gravemente herido después del choque del puente de Arequipa. Cuando los soldados salaverrinos se presentaron de flanco, desprevenidamente, delante del dispositivo de Santa Cruz, éste emprendió la marcha, en masa, sobre la larga columna que aparecía. Salaverry se vio entonces forzado a hacer frente al enemigo que avanzaba y cubrirse por sus cazadores, que envió al Alto de la Luna para tomar ese punto importante; pero, a pesar del esfuerzo que hicieron los cazadores para apoderarse del Alto, no consiguieron ocuparlo, porque los confederados lo habían tomado de antemano y lo defendían con vigor.

Para dar frente al ataque en masa que emprendía Santa Cruz, las tropas del Dictador hicieron una brillante conversión a su izquierda; en tanto que las fuerzas perú-bolivianas tomaban sobre la marcha, su dispositivo de batalla. Pronto se cruzaron los fuegos entre los cazadores de ambos bandos y a poco la batalla se hizo general.

LA ACCION

Santa Cruz ordenó que la derecha de su dispositivo la formaran los Batallones de la "Guardia" y "Zepita", reforzados por tres compañías del "Arequipa", vencedoras en el Gramadal; esta ala la encomendó al General Ballivián. A la izquierda dispuso que se establecieran el 2º del "General" y el 4º de Línea", a órdenes de Anglada y de O'Connor. Detrás, como reserva, dejó al Coronel Valdez con el 6º de Línea y al General Braun con toda la caballería.

Las tropas de Salaverry, una vez que dieron frente al adversario, adoptaron el siguiente dispositivo: a la izquierda, frente a Ballivián, los Batallones "Victoria" y "Chiclayo"; a la derecha, frente a Anglada, los "Cazadores de la Guardia" y los "Cazadores de Lima"; detrás de la izquierda formaron el 1º y 2º Batallones de "Carabineros". El Dictador dispuso su caballería detrás de las alas: "Húsares de Junín" (dos escuadrones) detrás de la izquierda, "Coraceros de Salaverry" (tres escuadrones) y uno de "Granaderos del Callao" detrás de la derecha.

Ambos dispositivos se hallaban cubiertos adelante por las gruesas guerrillas de cazadores que habían tomado el contacto y que rompieron los primeros fuegos.

El empeño se generalizó cuando Ballivián cargó con el Batallón de la "Guardia" sobre los cazadores peruanos, que habían roto

la línea de cazadores bolivianos en su derecha. Al producirse esta carga, el Batallón "Victoria", intervino, amagando un movimiento envolvente por la izquierda del "Guardia" que Ballivián paró empeñando el "Zepita", sobre las huellas de la "Guardia". En ese momento de crisis, cuando el "Victoria" y el "Chiclayo" comenzaron a ceder terreno, intervinieron los "Húsares de Junín", a órdenes de Lagomarcino, desbaratando al "Zepita" y destruyendo al de la "Guardia", que quedó en el campo.

Braun entonces quiso restablecer la acción en la derecha boliviana cargando a los húsares con dos escuadrones de lanceros; pero Lagomarcino dominó pronto esos escuadrones y los persiguió más allá de la reserva general de la línea perú-boliviana.

En ese momento Salaverry, para apoyar la acción de los húsares y sostener al "Victoria" y "Chiclayo", lanzó a los Batallones 1º y 2º de Carabineros, de segundo escalón del ala izquierda, los que se perdieron en seguida, el uno bajo el fuego de los restos del "Zepita" y el otro porque se desordenó al cruzar unas zanjas y sementeras. Mientras tanto Lagomarcino con sus escuadrones agotados por el vigoroso ataque a fondo que había conducido, regresaba por el mismo camino que había tomado al perseguir a los lanceros, sin intentar nada en la retaguardia del enemigo, que había alcanzado tan fácilmente.

Mientras a la izquierda se desarrollaban estos hechos, en la derecha salaverrina los cazadores de primera línea dominaron también a las guerrillas bolivianas y poco tardó el impetuoso General Salaverry en ordenar que "Cazadores de la Guardia" y "Cazadores de Lima" se lanzaran a la bayoneta. Una vez dada la orden, ambos batallones, destrozando a los sobrevivientes del "Zepita" que se hallaban en la mitad del campo, cargaron furiosamente al "2º" y al "4º" de Bolivia, a los que arrollaron completamente, poniéndolos en fuga. Anglada logró reunir, en ese momento crítico, cuatro compañías de dispersos, a los que se plegaron las tres compañías de "Arequipa"; con estas tropas, aprovechando de las ventajas del terreno, quiso resistir, pidiendo a Braun que lo secundara atacando con la caballería.

En efecto: en tanto que las compañías de Anglada disparaban, Braun, inteligente y valeroso, condujo los dos escuadrones de "Guías" disimulados por una ondulación del terreno que existía a la izquierda de la línea y cayó de sorpresa sobre el flanco derecho del escuadrón "Granaderos" (Zavala), que permanecía en reserva detrás de la derecha de Salaverry. Al producirse el choque, el Jefe Supremo, que vio la matanza de sus "Granaderos", tomó personalmente una lanza y poniéndose a la cabeza del "2º de Coraceros" (Boza), sus soldados escogidos, se lanzó a la carga y dispersó a los jinetes de Braun, arrolló y desbarató las compañías de Anglada y llegó a la retaguardia del dispositivo adverso, haciendo fugar largo trecho a Santa Cruz y a sus generales.

Hasta este momento, en medio de espantosa carnicería, Salaverry era dueño absoluto de la situación y la victoria lo favorecía.

Pero el "2º de Coraceros" repitió la errónea maniobra que había efectuado Lagomarcino, regresando rectamente a su punto de partida sin sacar provecho de la enorme ventaja que había obte-

nido. Y entonces, en plena victoria, fue cuando se produjo lo imprevisto: los coraceros marchaban descuidados, de regreso, entre las pircas de un callejón, cuando el "6º de línea" boliviano, íntegro, rompió el fuego a boca de jarro sobre ellos, matando medio escuadrón a la primera descarga; los soldados fueron presa de pánico y arrastraron en su huída al "3º de Coraceros" (Solar), que se desbandó. Salaverry, lanza en mano, quiso contener la dispersión, mató algunos prófugos para imponerse, pero a pesar de sus esfuerzos no pudo impedir la retirada general. El "4º de Coraceros" (Mendiburu) se retiró del campo sin haber tomado parte en la acción.

El activísimo Braun, al ver el desórden de los salaverrinos, aprovechó la oportunidad para cargar con los jinetes dispersos que pudo reunir, definiendo la derrota y explotando el éxito obtenido. Santa Cruz, de nuevo en primera fila, puso orden en sus tropas y emprendió la persecución.

El campo quedó por los confederados después de tres horas de lucha, debiendo éstos la victoria al "6º de Línea", que intervino con fortuna.

ESTABLECIMIENTO DE LA CONFEDERACION

Antes de Socabaya, Santa Cruz había enviado al General Miller, con un destacamento ligero hacia el camino de Islay, para impedir las comunicaciones de las fuerzas de Salaverry con la escuadra y para cortar la retirada de los salaverrinos si la batalla les era desfavorable. Producida la derrota, Miller capturó a los fugitivos y entre ellos a Salaverry y sus principales jefes, que remitió a Arequipa, donde se hallaba Santa Cruz.

Como Salaverry había decretado la guerra a muerte, a pesar de que después del combate del puente de Arequipa se hizo canje de prisioneros y parecieron regularizarse las operaciones, Santa Cruz, desoyendo todo consejo y rechazando los dictados de su propia conciencia, ordenó el fusilamiento del Caudillo y de sus principales generales.

Con este hecho sangriento por base, Santa Cruz, inició su mando político.

Después de las victorias de Yanacocha y Socabaya no había quien pudiera oponerse en el Perú a la unión de Bolivia con los estados Norte y Sur Peruanos, cuya formación se planteó.

En completo acuerdo con Orbegoso, el General Santa Cruz dispuso que funcionaran tres Asambleas, en Bolivia, Nor Perú y Sur Perú, para que decidieran del establecimiento de la Confederación. Estas Asambleas, formadas por personalidades afectas al sistema confederal, aprobaron el plan y dieron premios y honores al Mariscal de Zepita, otorgándole el título de Protector de la Confederación.

Las Asambleas funcionaron el año 1836: en Sicuani, el 17 de marzo, para el estado Sur Peruano; en Tapacarí, el 20 de junio, para Bolivia, y en Huaura, para el Nor Peruano, el 6 de agosto. La Confederación tuvo vida en esta forma.

Muchas fueron las ventajas que produjo la administración del General Santa Cruz. El poder militar del país se acrecentó debi-

damente acusando este hecho, mejor que cualquier otro, el progreso y potencialidad del nuevo estado. Pronto fue reconocida la Confederación por los países extranjeros, que veían con simpatía la formación de un organismo político poderoso que mantuviera la paz en el Continente, limitando las luchas internas y ofreciendo su ejemplo a los inestables pueblos limítrofes.

Santa Cruz deseaba ardientemente la paz y ésta era una de las mejores garantías que ofrecía su gobierno. Así lo demostró repetidas veces sufriendo, tal vez con exceso, la belicosidad de los vecinos, que no encontraron otro procedimiento más expedito de destruir el visible progreso del nuevo Estado, que declarándole la guerra.

CONSIDERACIONES

La posición defensiva de Yanacocha, a pesar de sus magníficas condiciones, no podía dar la victoria a Gamarra. Defender el terreno sin preparar la vuelta a la ofensiva y aferrarse a él combatiendo ciegamente, a pie firme, no ha dado resultados favorables, sino en algunos casos extraordinarios.

Por fuerte que sea una posición defensiva no debe servir sino para quebrantar el primer impulso del atacante o para equilibrar las fuerzas momentáneamente, esperando el defensor que el adversario se desgaste para recobrar la iniciativa. Para conseguir este resultado, todo plan de organización defensiva debe estudiar cuidadosamente la vuelta inmediata a la ofensiva.

Gamarra quería vencer a Santa Cruz o aniquilar a sus propias tropas para no tenerlas que ofrecer a Salaverry, cuyo triunfo le hubiera quitado la probabilidad de ocupar de nuevo la Presidencia de la República. A esta idea del jefe se debió la desbandada total de las fuerzas; porque, si la posición de Yanacocha era favorable y bien cubierta a los flancos, en cambio no tenía ninguna salida o línea de repliegue y a los soldados de Gamarra no les quedaba sino vencer o morir.

En la campaña del centro, Santa Cruz, ansioso de postergar la decisión final, no empeña contra su adversario todos sus elementos, limitándose a enviar un destacamento de propaganda política al interior, que al mismo tiempo debía atraer al enemigo a un terreno difícil para desgastarlo: de este modo procuraba no jugar en una sola batalla el brillante papel que se había asignado en la Confederación.

Estas causas íntimas lo cegaron, impidiéndole notar que ese destacamento era presa fácil para el enemigo, que podía dar un terrible golpe moral con una fácil victoria, dirigiéndose después contra el grueso que él comandaba. Su intención de alejar a Salaverry de la vía marítima no tenía más objeto que retardar el desenlace, esperando seguramente que las intrigas políticas le dieran el triunfo, pues, aunque Salaverry dominara en el mar, esto no era un obstáculo para que Santa Cruz hubiera concentrado todas sus fuerzas para atacarlo. No existía tampoco para los confederados la necesidad de conservar una línea de comúnicaciones con Bolivia, porque, dominando en todo el territorio de la Confederacion su línea iba tanto a La Paz como al Cuzco o hacia Arequipa.

Salaverry, por su parte, reconoció tarde su error y comprendió al fin, que su objetivo principal debía ser el Ejército del Sur y que perdía tiempo y fuerzas en perseguir infructuosamente al destacamento de Morán. El hecho mismo de que Santa Cruz se debilitara enviando destacamentos debió haberlo impulsado a dirigirse al Sur para buscarlo.

Las operaciones combinadas, por mar y tierra, que planteó Salaverry, se resintieron de falta de energía en la ejecución porque no pudo, por escasez de efectivos, darles la fuerza necesaria para desembarcar e imponerse. Sólo la expedición a Cobija, que tomó tierra por sorpresa y dejos de los defensores del puerto, obtuvo éxito.

En la campaña del Sur condujo Salaverry las operaciones con visible indecisión y lentitud por falta de servicio de informaciones, que es tanto más necesario cuanto laborioso y pesado, en país hostil.

Esa falta de informaciones impidió perseguir y capturar a la división de Braun, que evacuó Arequipa con toda calma. La acción del Gramadal fracasó también por la misma razón, puesto que Santa Cruz aparece cerca del campo de la lucha cuando menos lo esperaban los generales salaverrinos.

Las operaciones defensivas que el Caudillo peruano realizó en el puente de Arequipa y en Uchumayo tienen carácter simplemente dilatorio, ya que sólo después del éxito de Uchumayo es que Salaverry comienza a buscar al enemigo.

En Socabaya es característico de la época y de la táctica del "codo a codo" aquello de que un batallón se desorganiza porque tiene que atravesar un campo cultivado.

La batalla fue conducida con toda bravura por ambas partes y fue éste uno de los casos en que los jefes y subordinados de uno y otro bando procedieron de propia iniciativa, cooperando con decisión y acierto al buen resultado general

La caballería intervino con éxito en esta batalla, en todos los momentos de gran dificultad. El pánico de los "Coraceros de Boza" y la parsimonia de los "Húsares de Lagomarcino" cuando se recoge a su emplazamiento son, sin embargo, dos tachas graves que pueden hacerse a esa arma. La fuga de los "Coraceros" es inexplicable, como todo acto efectuado bajo la influencia del pánico: una emboscada puede desordenar a los soldados, gracias a la sorpresa, por un corto tiempo; pero es fácil para una tropa disciplinada, volver al orden tan luego como ha pasado la primera impresión del peligro.

CAPITULO VI

GUERRAS DE LA CONFEDERACION PERU - BOLIVIANA

1836 - 1837

PRIMERA EXPEDICION RESTAURADORA

Causas de la guerra.- Los emigrados.- El comercio.- El recelo de Chile.- Pretexto de la guerra.

Empresas navales de Chile.

Expedición de Blanco Encalada.- Planes de operaciones.- Desembarco de la expedición.- Marcha hacia Arequipa.- Ocupación de la ciudad.- Paucarpata.

Operaciones marítimas.

La invasión argentina.

Consideraciones.

CAUSAS DE LA GUERRA

Fueron muchas las causas por las que Chile declaró la guerra a la Confederación; entre ellas las había de orden político, económico y de influencia, pero todas a base del recelo que inspiraba a los dirigentes chilenos el formidable poder que se levantaba a su lado; según el concepto de éstos, era necesario que Chile se opusiera a la Confederación, y aunque el pueblo chileno repudiaba rotundamente la política internacional de su gobierno, éste puso todo empeño en lanzarlo a la aventura bélica, que debía enseñarle el camino hacia futuras depredaciones y conquistas.

LOS EMIGRADOS

Las revueltas partidaristas que agitaron al Perú antes de que se fundara la Confederación y el exilamiento, voluntario o no, de los políticos opuestos a ella, dio lugar a que gran número de peruanos se encontraran de grado o por fuerza, fuera del territorio nacional. Arrancados del poder y asilados o refugiados en los países limítrofes, siempre a la expectativa de cambios de régimen político

que los favorecieran, mantenían correspondencia subversiva con sus partidarios, alistaban tropas, apercibían elementos de guerra y preparaban, por la prensa y por la acción, el restablecimiento de su preponderancia. En diversas oportunidades los gobernantes de los países vecinos, recelosos del progreso que pudiera alcanzar el Perú por los beneficios de la paz, habían favorecido embozadamente los trastornos del orden, permitiendo la reunión de tropas, proporcionando armas y municiones y hasta tolerando la adquisición de barcos de guerra.

Cuando se estableció definitivamente la Confederación Perú-Boliviana, los expatriados peruanos comprendieron que el ingreso al país estaba prohibido para ellos, puesto que Santa Cruz trataría de mantener a todo trance la paz, única forma de asegurar la existencia del nuevo organismo político; el protectorado por 10 años que se arrogaba el mismo Caudillo, ponía asimismo un freno a toda ambición. Consultando entonces sus propios intereses antes que los de la gran masa de sus compatriotas, decidieron con precipitación llamar en su socorro a los dirigentes extranjeros interesados en estorbar la formación de una potencia que, con los beneficios de la paz y del orden, podía quitar a los limítrofes toda influencia y poder material. De esta manera la ambición de mando llevó a algunos caudillos peruanos a ponerse a órdenes de los enemigos de su patria, armando a sus partidarios con los medios proporcionados por el extranjero y formando tropas, cuyo mando tomaron, para conducir de la mano al invasor de su propio suelo.

Así Gamarra y otros asilados en el Ecuador demandaron empeñosamente la intervención de este país, sin tener éxito. El General Flores, a quien se dirigió Gamarra, después de algunas vacilaciones, desistió de sus propósitos de invasión, pero, sin embargo, el Ecuador planteó por ese entonces una alianza con Chile, con el fin notorio de arruinar a la Confederación; contando con el odio que Portales y otros chilenos tenían al Perú, pronto se arreglaron los términos del compromiso de auxilios, que poco después fue anulado con la misma facilidad con que se suscribió.

Por ese tiempo Gamarra se dirigía a los chilenos, desde el Ecuador, para obtener el apoyo que este último país no quería proporcionarle.

En fin, Chile, buscando previamente la alianza con la Argentina y con el apoyo material y moral de los emigrados, se decidió a emprender la guerra contra la Confederación.

EL COMERCIO

El azúcar de los departamentos peruanos al norte y el trigo de Araucania han sido siempre productos de intercambio para el Perú y Chile, que los han considerado en todo tiempo como importantes renglones de exportación. De otro lado, la competencia entre los puertos de las dos naciones provocaba cierta rivalidad comercial, originando sucesivos tratados de navegación y comercio, cuya inobservancia o incumplimiento fue causa de repetidas quejas y desacuerdos. Las derivaciones económicas de estas dos circunstancias eran motivo de encubierta discordia.

En el primer período de Gamarra se inició una guerra de aranceles entre los dos países. Después Orbegoso planteó arreglos diplomáticos para suscribir un tratado cuya aceptación postergó, en espera de condiciones más ventajosas. Salaverry, tan luego como se apoderó del mando, aceptó dicho tratado con la mejor buena voluntad, porque veía en su aprobación una manera de afirmarse en el poder, neutralizando la acción de los países vecinos y obteniendo el reconocimiento de su gobierno en el extranjero. El tratado postergado por el Provisorio entró en vigencia, pues, bajo el Dictador; pero, después de Socabaya cuando cayó Salaverry, Orbegoso se apresuró a desconocerlo, de acuerdo con Santa Cruz. Los hombres de negocios de Chile vieron en esto una prueba de manifiesta hostilidad de la naciente Confederación, y como el erario chileno necesitaba esas rentas y a su comercio le faltaban mercados, comenzaron a intrigar para hacer caer al régimen que, con expectativa de larga estabilidad gobernaba en el Perú.

Por otro lado, años atrás el gobierno de Chile había declarado a Valparaíso puerto libre, de depósito, y esta medida hizo que, con perjuicio de los puertos peruanos, comenzara aquel país a mejorar su condición económica; Santa Cruz, una vez en el mando, declaró puerto de depósito al de Arica, en los territorios de la Confederación, con mayores ventajas que Valparaíso, y restringió las franquicias de que gozaban hasta entonces los buques chilenos, creando de este modo un nuevo conflicto para el comercio de aquella nación.

EL RECELO DE CHILE

El enorme poder político que representaba en América la unión del Perú y de Bolivia en un solo estado, tenía que alarmar forzosamente a los limítrofes, y especialmente a Chile, cuya condición económica empeoraría cada vez más cerca de una nación fuerte, rica y al parecer absorbente.

En Chile se produjeron inquietudes de todo género, a medida que la Confederación se hacía más estable. El ministro peruano en Santiago fue hostilizado primero en forma subrepticia y después de manera desembozada, se violó su correspondencia y se hizo en la prensa abierta campaña contra el Perú y Bolivia.

Los disimulados deseos de expansión territorial que alentaban los dirigentes de Chile, dada la escasez de sus tierras, y el afán de conseguir una influencia internacional de que carecían en el Continente los impulsaba, por otra parte, a procurar el derrumbamiento del edificio político levantado a tanta altura por Santa Cruz.

Por estas razones principales, los políticos chilenos, naturalmente deseosos del engradecimiento de su patria, se penetraron de la necesidad de destruir la Confederación, empleando para conseguir sus fines gran energía y todos sus desvelos. Los medios para lograr su objeto tenían que ser aquellos de que dispone el débil: el ardid y la astucia; se dedicaron, pues, a amparar a los emigrados para ahondar las divisiones partidaristas y a fomentar la discordia entre peruanos y bolivianos

Como sus elementos de guerra eran de poca importancia, aceptaron de buen grado el ofrecimiento de formar tropas peruanas en

Chile mismo y pensaron en anular el poder naval de la Confederación por golpes de mano, en que se mezclaron la astucia y el desacato a prácticas y reglas del derecho internacional

Los chilenos pensarían además, con arreglo a sus propias tendencias, que la Confederación iba a invadir su territorio, asaltándolo para apropiarse de su suelo, y en este concepto resolvieron oponerse, con la mayor prontitud, a la consolidación de tan amenazadora potencia

PRETEXTO DE GUERRA

También las luchas partidaristas en Chile habían traído a nuestras playas a algunos chilenos que, como los peruanos desterrados, ansiaban volver a su suelo natal.

Entre estos chilenos se encontraba el General Freire, ex Director Supremo de Chile, que intentaba expedicionar a su país y derrocar al gobierno del Presidente Prieto. Para lograr sus fines necesitaba disponer de elementos de transporte naval y de armas, que solicitó a Orbegoso; pero éste no concedió de plano lo que se le pedía, pretextando tener que consultar a Santa Cruz sobre asunto de tanta importancia.

Poco tiempo después el General Santa Cruz dispuso que se fletaran al comercio algunos barcos de guerra que debían ser desarmados para entregarlos a quienes obtuvieran la buena pro en el remate. Freire se aprovechó de esta licitación y empleando agentes secretos fletó dos barcos por su cuenta; en seguida, el 3 de julio de 1836, el General chileno se hizo a la mar en el bergantín "Orbegoso", que fue uno de los barcos alquilados por el gobierno peruano; el 7 del mismo mes salió la "Monteagudo", puesta en la misma condición, conduciendo al resto de los amigos del jefe expedicionario

Los dos barcos pidieron en el Callao despacho para Guayaquil y salieron del puerto hacia el norte, a fin de no excitar sospechas de las autoridades marítimas; pero llegados frente a Huacho tomaron rumbo al sur. El General Morán, encargado de la entrega de los barcos en el Callao, había dejado en ellos algunos cañones, municiones y varios cajones conteniendo sables y tercerolas.

Freire se presentó en la costa de Chile con la intención de desembarcar y promover la revuelta; pero la tripulación chilena que lo acompañaba se sublevó, lo tomó preso y lo entregó a las autoridades establecidas, que se apropiaron del "Orbegoso". Días después la "Monteagudo" cayó también en poder del gobierno de Chile.

El juicio que se hizo seguir en Santiago al General revolucionario no probó nada concreto contra el gobierno de la Confederación Perú-Boliviana; pero el hecho de que los barcos fueran peruanos, que hubieran salido del Callao sufriendo el control de las autoridades y la circunstancia de encontrarse a bordo armamento de origen conocido, excitó a los chilenos y dio lugar a que éstos acusaran al Perú como enemigos de la paz y del orden de su país, encontrando eco en los emigrados que exageraron el incidente.

La expedición de Freire fue el pretexto ostensible de la guerra. Chile no la declaró, sin embargo, abiertamente, pero este hecho le sirvió de fundamento para iniciar hostilidades, hallándose en plena paz.

EMPRESAS NAVALES IRREGULARES

La potencia militar de Chile era nula; su marina de guerra se reducía al bergantín "Aquiles", al que no podía sostener y que había poco antes ofrecido en venta al Perú. En oposición, el poder naval de la Confederación era imponente y daba a ésta el dominio absoluta del mar en toda la costa occidental de América, favoreciendo el comercio de los nacionales. La sorpresa más inusitada debía cambiar esta situación.

En la mañana del 21 de agosto de 1836, un mes antes de que terminara el juicio de Freire en Chile, se presentó en el Callao, el bergantín chileno "Aquiles", que fue recibido en regla, a pesar de no haber hecho el saludo de práctica al entrar al puerto. Sus jefes desembarcaron para visitar oficialmente a las autoridades marítimas y fueron espléndidamente recibidos.

A medianoche del 21 de agosto 80 marineros y tropa del bergantíin "Aquiles" se desprendieron de su barco tripulando cinco lanchas y abordaron silenciosamente a la "Santa Cruz", al "Arequipeño" y a la goleta "Peruviana", sorprendiendo a los cuatro o cinco vigilantes nocturnos que, como único equipaje, había en cada buque; estos se encontraban desmantelados, sin tripulación y fondeados como pontones, en plena paz. Los buques peruanos recibieron esa misma noche jefes y marineros chilenos.

Se había consumado el más pirático despojo.

Las autoridades peruanas y el comandante del "Aquiles" cambiaron las conocidas notas diplomáticas a partir del día siguiente; protestaron con indignación las primeras, pero, después de correr estos trámites, siempre inútiles, las naves pusieron proa a los puertos chilenos el 2 de septiembre. El "Arequipeño", ya chileno, quedó en el Callao para capturar otros barcos peruanos que se presentaron aislados.

Santa Cruz envió entonces a la República del Sur una misión diplomática, que fracasó ruidosamente pocos meses después, sin obtener los arreglos que solicitaba.

Las notas y oficios que siguieron cambiándose entre Chile y el Perú no tuvieron ningún resultado práctico. Los chilenos querían la guerra y, por consiguiente, los documentos diplomáticos sólo les servían para descargar frases de contenido encono.

Mientras se cruzaban estas notas, después que Chile se negó a aceptar un tratado que Santa Cruz ofreció en el Callao al comandante del "Aquiles", los chilenos enviaron al Perú, a órdenes de Blanco Encalada, los barcos que habían capturado, reforzándolos con otros de comercio armados en guerra. La escuadra traía un agente diplomático que serviría para adormecer a Santa Cruz, presentándole condiciones de paz inaceptables y humillantes, al mismo tiempo que la fuerza continuaba efectuando todo género de depredaciones en el litoral.

La escuadra chilena, que se presentó en el Callao el 30 de octubre, estaba compuesta por las siguientes unidades: "Aquiles", "Arequipeño", "Monteagudo", "Orbegoso", "Colocolo" y "Valparaíso".

Entre el comandante de la escuadra y el gobierno del Perú se inició una nueva serie de comunicaciones, en tanto que los barcos bloqueaban el primer puerto de la República. Después de un nutri-

do cambio de oficios, el agente diplomático chileno, a pesar de las tranquilas exposiciones de Santa Cruz, declaró la guerra a la Confederación. De nada había valido el amor a la paz y justicia que testimoniaron los perú-bolivianos en todas sus comunicaciones, ni el afán de Santa Cruz para conservar su magnífica conquista política y la brillante situación personal que se había creado.

La escuadra peruana, formada por la "Libertad" el "Congreso", la "Yanacocha" y las goletas "Junín" y "Limeña", recibió orden de reunirse en Paita. Pero la "Libertad", que había tocado en Guayaquil después de un largo viaje, tuvo que completar su tripulación en este puerto con extranjeros, franceses y ecuatorianos, que Chile había sobornado para que realizaran la toma del barco: navegaba la "Libertad" en convoy con el "Yanacocha", rumbo a Paita, cuando arrió la bandera peruana (19 de noviembre de 1836) y enarboló la chilena; la "Yanacocha" le hizo fuego y se separó de ella, a la altura de las islas de Lobos, porque la tripulación y elementos de la sublevada eran superiores. La "Libertad" siguió a Chile, llegando a Valparaíso el 9 de diciembre.

Blanco Encalada incursionó en la costa del Perú; cometió todo género de exacciones en Paita y continuó a Guayaquil con la intención de capturar al "Congreso", que se había refugiado en la ría. Los chilenos desembarcaron en la isla ecuatoriana de la Puná y se surtieron por la fuerza de toda clase de elementos, rompiendo de facto las relaciones de paz con ese país.

En cuanto al "Congreso", montado y comandado por el General Morán, logró burlar la persecución el 13 de febrero de 1837 y escapó a los chilenos, no sin que éstos intentaran combatir en las aguas territoriales de Guayaquil, violando una vez más todo precepto de derecho internacional.

Al regreso de Guayaquil, Blanco Encalada cometió nuevos excesos en Tumbes y Paita. La escuadra chilena tocó en el Callao y estableció el bloqueo del puerto; pocos después capturó en Cerro Azul al bergantín peruano de comercio "Martín", cargado de azúcar.

Por fin, las unidades navales que le quedaban al Perú se reunieron una a una en el Callao, cuando terminó la írrita misión diplomática chilena y cuando los bloqueadores se dirigieron a Chile, abandonando su empresa, después de haber sido atacados en sus naves (20 de enero de 1837) por unidades de tropas embarcadas en lanchas de carga del puerto.

EXPEDICION DE BLANCO ENCALADA

30 de septiembre al 23 de noviembre de 1837

Al mismo tiempo que la marina chilena, realizaba las citadas empresas en las costas del Perú y del Ecuador, se preparaba en Chile un ejército formado por elementos peruanos y chilenos.

El ministro chileno Portales y sus adictos creían que los pueblos del Perú se sublevarían contra Santa Cruz tan pronto como fueran apoyados por algunas tropas regulares que desembarcaran en el país; los emigrados peruanos ofrecieron que tal sucedería, en-

gañándose ellos mismos sobre su prestigio y no creyendo, con los chilenos, que el gobierno de Santa Cruz se hubiera hecho tan pronto de firmes y consecuentes partidarios.

Estos dos errores, que animaron a Chile a despachar la primera expedición, fueron la causa de su fracaso. En efecto: debido a ellos no dio al primer ejército expedicionario la fuerza requerida para operar contra tropas poderosas en un territorio extenso y difícil como el del Perú.

Por otra parte, la opinión pública era en Chile desfavorable a la guerra. Los políticos ajenos a las ideas directoras de Portales y que no tenían contacto con los expatriados peruanos, instigadores de la empresa, se daban cuenta del inminente riesgo que corrían las tropas expedicionarias y medían con serenidad las dificultades; el ejército creía que la guerra era injusta y que se le llevaba a ella no por una causa nacional, sino por el capricho de algunos hombres; el pueblo, asimismo, veía que se aumentaban sus cargas, sin vislumbrar el término favorable de sus esfuerzos. Esta situación se agravó porque Portales, con curioso criterio, propio de su ignorancia de las cuestiones militares, ordenó que se enrolara en el ejército a todos los maleantes y vagos y a muchos presidiarios; entonces los verdaderos soldados del ejército y sus jefes protestaron de este deshonor para sus banderas y pasaron a las medidas violentas, a fin de impedir tal atentado. Cuatro rebeliones sucesivas de las tropas dieron por tierra con el sistema de reclutamiento que creyó viable el jefe político de la empresa; en la última rebelión, en Quillota, Portales fue tomado preso y fusilado poco después por los mismos bandoleros que había vestido de soldados.

Esta última rebelión del ejército, engrosada por su sangriento éxito inicial, fue dominada en el encuentro de Barón por las tropas leales al gobierno chileno; en ese combate dio la victoria el General Castilla, jefe de un escuadrón de "Húsares de Junín", formado por peruanos, próximos expedicionarios, que obedecían al gobierno de Chile.

En fin, después de vencer muchas otras circunstancias adversas, el Presidente Prieto logró reunir y embarcar las tropas que los emigrados pedían con insistencia. El ejército fue puesto a órdenes del Almirante Blanco Encalada, y los barcos que lo conducían zarparon de Valparaíso con rumbo al norte el 11 de septiembre de 1837. Había transcurrido un año y veinte días desde que el "Aquiles" asaltó a las naves peruanas en plena paz.

Las tropas que se dirigieron al Perú recibieron el nombre de "Ejército Restaurador del Perú". *.

El General La Fuente era el jefe de la división peruana que formaba en ese ejército y debía hacerse cargo de la autoridad política del territorio que se ocupara; Castilla y Vivanco, del Postigo, Boterín, Lopera y otros distinguidos jefes, ilustrados en las campañas de la independencia, venían a órdenes de La Fuente.

---

* El nombre que se dió a este ejército hace llamar restauradora a la expedición y restauradores a los jefes y tropas que la formaban; sucede lo mismo con la expedición que condujo el General Bulnes un año después

La organización del "Ejército Restaurador" era la siguiente:

División Peruana	Primer escuadrón del "Húsares de Junín". Batallón "Cazadores". " "Nº 2".

El efectivo de esta división, en cuadro, era de 402 hombres. Además, los peruanos traían 210 caballos, 3000 fusiles y 2000 vestuarios; estos elementos habían sido adquiridos en Chile por Bujanda, agente de Gamarra, y por los demás refugiados.

División Chilena	Batallón "Portales". " "Valparaíso". " "Valdivia" con 600 hombres cada uno, y el " "Colchagua", con 480.

Artillería ligera, una compañía de 60 hombres;

70 jinetes y 160 cívicos (presidiarios).

El efectivo total de las tropas expedicionarias ascendía a 2810 hombres.

PLANES DE OPERACIONES

El plan de operaciones del Almirante Blanco Encalada había sido trazado contando con la debilidad de las guarniciones de la región Sur del Perú. En efecto, cuando el Mariscal Santa Cruz tuvo noticia que se preparaba la expedición, creyó que ésta desembarcaría cerca de Lima y llegó a escribir que "no pensarían sino en repetir la operación de San Martín"; bajo este supuesto había hecho ocupar fuertemente la región de Lima, tenía potentes guarniciones en los departamentos del norte y conservaba parte de sus efectivos entre Jauja y Ayacucho. Por otra parte, como Santa Cruz sabía que se preparaba una expedición argentina que avanzaría sobre Tarija. al sur de Bolivia, la que ya había hecho sus primeras manifestaciones de ofensiva, concentró otra porción de sus efectivos en esa frontera, cuya guarda confió al General Braun.

Fundándose en la aparente dispersión de las tropas confederadas, Blanco decidió apoderarse de Arequipa donde creyó que no encontraría resistencia apreciable; de este modo, pensó quedar en posesión de una ciudad importante y de recursos, alentando para después el deseo de trasladarse a Puno. Este plan era apoyado por los Generales peruanos quienes ofrecían, y esperaban con fe, completar sus efectivos en Arequipa y conseguir en esa región los recursos que hacían falta para poner la expedición en un pie brillante.

El plan de Blanco se basaba, además, en algunas consideraciones exclusivamente militares; el Almirante pensaba que si Santa Cruz llamaba las fuerzas que tenía en Bolivia para llevarlas contra él, se vería obligado a abandonar la frontera con la Argentina; creyó, asimismo, en la posibilidad de reembarcarse y dirigirse sobre Lima y el norte del Perú si los confederados trasladaban sus fuerzas de esta zona hacia el Sur. Como se ve, el plan se basaba en suposiciones más o menos aceptables, pero que carecían de serio fundamento porque era muy difícil prever el rumbo que imprimiría a la

campaña el defensor y porque se daba por seguro el éxito del ejército argentino, que debería atacar al mismo tiempo que las tropas perú-chilenas de Arequipa, sin haber organizado con ellas el necesario enlace ni establecido el sincronismo requerido.

En todo caso, para lograr en el Perú ese formidable movimiento de opinión pública que se esperaba, Blanco debió dejar que su ejército, una vez desembarcado, se extendiera en la zona invadida para buscar adeptos, enviando puntas hacia las regiones más pobladas. Castilla que conocía el país y sabía los resortes que era necesario tocar, solicitó una reducida fracción de tropas para efectuar propaganda, requisiciones, y demás, marchando en la dirección de Puno para amagar este lugar; pero, la desconfianza de Blanco, que quería mantener las tropas reunidas y no ceder la más pequeña parte de su autoridad, malogró este plan.

Las razones que expuso el Almirante en Valparaíso, antes de partir, para fundamentar su plan de operaciones, demostraba la necesidad de operar lo más pronto posible contra Bolivia para destruir el foco de la organización confederal, y contemplaban, también, la necesidad de hallarse cerca de Chile para mantener comunicaciones y facilitar sus abastecimientos y refuerzos. El General La Fuente, sin hacer oposición al plan general, opinaba que debía efectuarse el desembarco en el Norte donde creía que los expedicionarios encontraran mejor y más eficiente auxilio por parte de los peruanos que, en esa región, tenían menos contacto y relaciones con el Protector de la Confederación.

Santa Cruz, por su parte, con sus tropas repartidas en todo el territorio, contaba con la solidez de su poder, que había conquistado pacientemente durante largos años, consolidándolo en los últimos por su irreprochable administración; además, sabía que sus tropas eran capaces de cualquier esfuerzo y que, a pesar de su separación inicial, podían concentrarse con rapidez a la primera orden en la zona de operaciones que el enemigo escogiera. Pronto, en efecto, apercibió cerca de 4000 hombres frente a Arequipa, para desalojar de allí al invasor.

* DESEMBARCO DE LA EXPEDICION

29 DE SEPTIEMBRE

Como ya hemos dicho, el convoy que conducía a la expedición perú-chilena zarpó de Valparaíso el 11 de septiembre, tomando rumbo al litoral sur del Perú; una parte de las tropas embarcadas en la goleta "Peruviana" desembarcaron en Cobija. El cuerpo principal del convoy tocó en Iquique el 22 de septiembre, encontrando el puerto abandonado por las autoridades, y continuó sobre Arica donde fondeó el 25; en este puerto Blanco planteó arreglos con el General boliviano López que se había comprometido a apoyar la expedición y que tenía a su cargo la guarnición de Tacna, formada por el batallón peruano "Zepita" y el regimiento boliviano "Lanceros de la Guardia".

* Croquis No. 33.

Blanco partió de Arica rumbo a Islay donde tocó el 29, ordenando en seguida el desembarco de las tropas. Para acelerar la operación de tomar tierra, el Almirante dispuso que la caballada y otros elementos que venían en las goletas "Carmen" y "Colcura" desembarcaran en Huata; el resto del convoy, continuó a las caletas de Quilca y Ananta. En Huata la goleta "Carmen" chocó con las rocas y se fue a pique; a pesar de los esfuerzos hechos por los otros barcos para el salvataje, se ahogaron numerosos caballos y se perdieron todos los repuestos, vestuarios, calzado, parte del armamento y las herraduras que habían adquirido en Chile los Generales y políticos peruanos organizadores de la expedición. Exceptuando este gravísimo incidente, el desembarco se realizó con felicidad.

MARCHA HACIA AREQUIPA

Una vez que las tropas pisaron tierra, hubo que hacer marchar treinta kilómetros a la caballada para darle agua, porque la falta de previsión del mando hizo que el ganado desembarcara en un arenal desierto.

El 5 de octubre emprendieron los expedicionarios la marcha hacia Arequipa. En esta marcha, por poco que hubiera intervenido con audacia y decisión un reducido número de tropas perú-bolivianas, se habría desbaratado la expedición; en efecto, los soldados de Blanco, sin ser hostilizados por el enemigo, pasaron grandes penalidades para acercarse a Arequipa y su avance a esa ciudad fue un verdadero desastre.

El naufragio de la "Carmen" hizo perder todo el calzado de manera que la tropa, con un solo par de zapatos, llegó a Arequipa en la condición más calamitosa. La pérdida de gran número de caballos retardó también la operación, debiendo enviarse cortos destacamentos de jinetes para requisar bestias de silla que era imposible encontrar, porque el patriotismo de los arequipeños los había impulsado a retirarlas a gran distancia.

Los víveres, forrajes y demás recursos de vida habían sido recogidos asimismo, de manera que los expedicionarios estuvieron forzados a vivir sólo de los escasos elementos que podían tomar sorpresivamente.

El comando de la expedición destacó desde Quilca una vanguardia, formada por el Batallón "Valdivia" y por 25 jinetes que debía preceder al ejército a gran distancia; el mando de ella fue confiado a los Generales Aldunate y Castilla. Esta vanguardia adelantó, a su vez, ligeros elementos que alcanzaron Sihuas.

En tanto que Castilla y Aldunate avanzaban, el ejército bajo el mando directo de Blanco, pasó grandes trabajos en su marcha sobre Arequipa. Los campos estaban talados, se les negaba toda clase de recursos y la marcha por las cuestas Colorada y de Vítor hicieron perder gran parte del efectivo; a estas bajas debieron agregarse las que ocasionó la peste de viruela, que se declaró en el ejército contagiando a 300 hombres. Además de las pérdidas señaladas, que rebajaban el efectivo, el General chileno dejó 100 soldados en la escuadra; destacó jinetes sobre Camaná y Chuquibamba para buscar caballos y se vio forzado a enviar a pie su escolta, por el valle

de Tambo, para que se remontara. Con las pocas mulas que los expedicionarios consiguieron, hicieron trasportar dos de sus cuatro cañones, dejando los otros en Quilca.

Antes de llegar a Arequipa la vanguardia tuvo que luchar con una partida de montoneros y vencer resistencias pasivas de todo género que no se esperaban porque los emigrados peruanos, para recobrar su posición política en el Perú, habían engañado a los chilenos haciéndoles consentir que los pobladores y hasta las tropas confederadas se unirían a los expedicionarios. En justicia, se debe advertir que los mismos emigrados se engañaron, porque creyeron que sus amigos políticos les serían fieles, así como los soldados que habían servido bajo sus órdenes; pero, unos y otros se habían convencido en el corto período de paz de que disfrutaron bajo Santa Cruz, de que sólo el orden y la confianza en la autoridad producen beneficios, lo que les hizo odiar los trastornos que no satisfacen sino la ambición de algunos hombres con detrimento del resto de los asociados que forman la nación.

Blanco llegó a Challapampa el 12 de octubre, después de sufrir toda clase de penalidades en su desastrosa marcha. El mismo día ingresó en la ciudad de Arequipa, escoltado por una compañía, siendo recibido con la indiferencia más insultante.

Del lado perú-boliviano, las tropas confederadas que ocupaban la región del Sur se hallaban diseminadas en diversas guarniciones, muy alejadas entre sí. En Tacna existía un núcleo de tropas, a órdenes del General López, cuyo efectivo llegaba a 900 hombres; este General entró en arreglos con los peruanos de la expedición para favorecer el derrocamiento de Santa Cruz, sublevó su división y se dirigió sobre Cochabamba; ante este hecho, 450 de sus soldados lo abandonaron y se retiraron al norte para reunirse con el confederado Cerdeña; el resto se dispersó. En Arequipa, el General Cerdeña tenía 300 hombres formados en un reducido batallón y un escuadrón, más cuatro piezas de artillería. En el Cuzco, habían 200 soldados y entre Puno, Lampa y Torata cerca de 1000. Como el Protector creía que el desembarco de los chilenos se efectuaría más al norte, había dispuesto sus tropas desde el Cuzco hasta Jauja, manteniendo en esta última región el mayor número de fuerzas; además, el General Morán ocupaba Lima con una fuerte división.

Cuando los confederados conocieron la presencia de la escuadra chilena en Arica, apercibieron con rapidez sus elementos más próximos para detener las operaciones de la expedición que denunciaba su intención de tomar el Sur como teatro de operaciones.

Al saber Cerdeña el desembarco en Quilca adelantó una punta hacia Vítor, en la dirección que traía el enemigo, para que tomara el contacto y con el resto de sus tropas se retiró sobre Puquina, dejando una avanzada en Pocsi para que lo informara y para retardar al enemigo si intentaba seguirlo; en esto obró según las órdenes que le había impartido Santa Cruz.

OCUPACION DE LA CIUDAD DE AREQUIPA

Tan pronto como los soldados de Blanco ocuparon Arequipa, éste dispuso que se reuniera el pueblo en un comicio en el que, a pesar de la indiferencia general, se hizo la farsa de proclamar a La Fuente como Jefe Supremo, Provisorio de la República.

La situación de los ocupantes, odiados y repudiados por la población, fue de lo más azarosa. El patriotismo del pueblo les negaba toda clase de elementos de vida y hostilizaba a los chilenos en todo instante. A estos males se sumaba la amenaza permanente del ejército enemigo, que cada día era más numeroso en los alrededores de la ciudad.

Se había talado la comarca y el ejército perú-chileno no tenía qué comer; hubieron días en los que no se pudo repartir nada a la tropa, otros días escasamente se desayunaron al caer el sol. La caballada de que disponían los expedicionarios tenían que hacer largas marchas para recoger su forraje y los caballos no podían pastar en la campiña, porque un decreto de Santa Cruz ofrecía un premio al que presentara un caballo con lo que se obtuvo que estos desaparecieran uno a uno, en las noches, cuando quedaban en el campo. No se pudo conseguir herraduras para reemplazar las que se perdieron en la "Carmen" y duró tres semanas el herrado del poco ganado de que se disponía; para aligerar la tarea del herrado Castilla propuso acuartelar a los herradores, pero Blanco se opuso originando este hecho una agria disputa entre ambos jefes. Los ligeros destacamentos enviados a Tambo y a Chuquibamba para requisar ganado, sólo consiguieron algunas bestias después de muchos esfuerzos.

Se quiso contratar arrieros y mulas para traer los dos cañones que quedaron en Quilca, pero no se encontraron y hubo que mandar soldados, conduciendo algunos animales de carga, para que los trasportaran.

Ei vista de la escasez de subsistencias se dispuso que el rancho se entregara en plata, dándole a cada soldado un real diario; pero un decreto de Santa Cruz, declarando sin valor la plata chilena, quitó todo poder adquisitivo a la moneda y los soldados se vieron en peores condiciones.

En lo que se refiere a las operaciones de guerra, la situación era aún más crítica. Los partes falsos llovían al Cuartel general perú-chileno anunciando marchas, concentraciones y avances del enemigo, que obligaban al invasor a desplazamientos inútiles y a permanecer en continua alerta.

En un solo día se presentaron ante Blanco 25 desertores del ejército confederado, que en los días subsiguientes fugaron totalmente, demostrando con esto que eran verdaderos espías. La menor operación de guerra que efectuaban los invasores era conocida en seguida por Santa Cruz, a quien los pobladores prevenían de todo suceso. El anuncio de que se convocaría la guardia nacional de Arequipa, por orden de La Fuente, bastó para que la ciudad quedara desierta.

Durante lo ocupación de Arequipa los restauradores sólo enviaron un corto destacamento para rechazar una avanzada que Cerdeña hizo adelantar a Mollebaya, los atacantes hicieron varios prisioneros y se mantuveiron en el pueblo, quedando los de Cerdeña en Pocsi.

Mientras Blanco atravesaba por tan crítica situación, los confederados habían concentrado en los alrededores de Puquina y en la pampa de Usuña un poderoso ejército, cuyo efectivo llegaba a 5000 soldados, a órdenes directas de Santa Cruz, secundado por los Ge-

nerales Herrera y Cerdeña. Desde Lima, por la costa, el Protector hizo marchar al General Vigil con una division que debía cortar la línea de comunicaciones de los chilenos con su escuadra; esta división dispersó en Chuquibamba a los soldados que había enviado Blanco para requisar ganado y se estableció finalmente en Camaná, amenazando la retirada de los invasores.

La proximidad de ambos ejércitos, situados en Arequipa y en Usuña, dio lugar a algunas escaramuzas, sin importancia, entre las avanzadas de Polobaya, Mollebaya y Pocsi.

El ejército invasor, cada vez más abatido, temía un ataque de su poderoso enemigo, no podía retirarse a sus barcos porque se había internado demasiado y su repliegue, sin elementos, por una zona hostil y acosado de cerca por el adversario, que ya aparecía sobre su retaguardia, hubiera sido un desastre peor que la más dura derrota en una batalla formal.

Blanco se hallaba en una verdadera trampa, había quedado preso de su propia conquista.

PAUCARPATA

17 DE NOVIEMBRE

En estas condiciones Santa Cruz, deseoso de conservar la paz y con el fin de ganarse el agradecimiento de Chile por una conducta generosa con el ejército de Blanco, realmente acordonado y prisionero en Arequipa, provocó conferencias de paz que se llevaron a buen término, no sin que los confederados tuvieran que hacer una demostración de sus fuerzas, estrechando el cerco de la ciudad y ocupando posiciones escogidas en los alrededores. Esta última operación se efectuó en los días 14 y 15 de noviembre.

El 17, sentadas ya las bases por los encargados de los arreglos, se entrevistaron Santa Cruz y Blanco en la quinta Porongoche, del General Tristán, ratificándose el tratado en seguida.

El tratado de Paucarpata dejó a los expedicionarios en completa libertad para retirarse armados del país, fijándoles solamente el plazo en que debían hacerlo, que fue de seis días.

Santa Cruz procedió con magnanimidad, concediendo todo lo que pedía el rendido para "demostrar al mundo" su pacifismo y para conquistar, con este generoso perdón, la buena voluntad de Chile.

El Protector, calificado como brillante estadista y sabio administrador, desmereció mucho y cayó en el concepto público después de suscribir este tratado, que no satisfacía el honor nacional ultrajado por la planta del invasor y que lo señalaba como un idealista intonso, incapaz de apreciar el proceder de Chile en sus relaciones internacionales, de que ya había dado pruebas fehacientes en aquel tiempo.

Los chilenos, llevando consigo a los expedicionarios peruanos, se reembarcaron para su país en la fecha fijada.

OPERACIONES MARITIMAS

Octubre a diciembre de 1837

Mientras que tenían lugar las operaciones que se acaban de reseñar, la escuadra peruana, reducida a la "Socabaya", el "Fundador", la "Confederación" y la goleta "Junín", recibió la misión de hostilizar los barcos, el comercio y los puertos chilenos. Reunida en el Callao a órdenes del General Morán, abandonó su fondeadero el 15 de octubre de 1837 y puso proa al sur para llenar su cometido.

El convoy arribó a la isla chilena de Juan Fernández, donde capturó a la guarnición, se apoderó de elementos de guerra y embarcó algunos políticos chilenos, enemigos del presidente Prieto. Morán se dirigió después a los puertos de Talcahuano, San Antonio y Huasco donde desembarcó a los políticos capturados para que fomentaran dificultades a su gobierno. En estos puertos obtuvo algunas ventajas y se impuso al enemigo, regresando después al Perú.

LA INVASION ARGENTINA

Desde la creación de Bolivia, las Provincias del Plata habían manifestado derechos sobre el territorio de Tarija y una parte del Chaco. Esta pacífica actitud reivindicatoria fue explotada por Chile para empeñar a la Argentina contra Bolivia, con el fin de deshacer la Confederación.

Los argentinos, después de efectuar algunos arreglos con Chile, declararon la guerra a Bolivia el 19 de marzo de 1837 y se dispusieron a tomar la ofensiva. Pero, la campaña que los chilenos esperaban que fuera fulminante para debilitar a Bolivia, fue conducida lánguidamente porque las tropas escogidas que el Dictador Rosas quería emplear en la ofensiva, tuvieron que marchar a la provincia de Corrientes para debelar un levantamiento; otras incidencias, igualmente graves, impidieron que la operación se desarrollara con la requerida energía.

Los argentinos llegaron a pisar Tarija, pero sufrieron un contraste en Humahuaca y, poco después, el 24 de junio de 1838, fueron batidos en Montenegro por el General Braun.

El Dictador Rosas desistió entonces, o postergó sus propósitos.

CONSIDERACIONES

En esta guerra, como en todas las demás que ha hecho el Perú, se nota, desde la iniciación de las operaciones, la ventaja que reporta a los beligerantes la posesión de las vías marítimas. Chile, impotente en el mar, se decide a cometer un atentado internacional para hacerse dueño de él y conseguir, así, incontestable superioridad sobre las fuerzas de la Confederación.

El hecho de que un pueblo joven, que sólo hacía unos lustros que había luchado con tesón para formarse un nombre y darse una bandera, procediera en esta forma, demuestra con evidencia el enorme interés que tienen los países marítimos en mantener o crear un poder naval eficiente, que les permita alcanzar la realización de sus aspiraciones.

La manera de alcanzar esta finalidad es varia y está siempre de acuerdo con la idiosincracia del pueblo que la busca.

La incursión de la escuadra chilena sobre el litoral peruano, aunque se apartó de las reglas preestablecidas del derecho internacional, dio positivamente grandes ventajas a Chile, correspondiendo la victoria, en éste y en todos los casos, a quien procede en la guerra como en la guerra. Desencadenados los elementos de la fuerza, todo debe temerse de ellos; en la lucha no se debe contar con la benevolencia del más fuerte, sino con la fuerza que podamos oponerle para hacer menos dura su acción.

A pesar de todas las nobles adquisiciones de orden jurídico, que regulan el progreso de la humanidad, hasta hoy, parece demostrado que el derecho enmudece cuando truena el cañón, y cuando yacen bajo las ruinas sus defensores y los juristas que redactaron su articulado. Tal es la dura y efectiva ley de la guerra.

El filibusterismo del Almirante Cochrane en las guerras de la Emancipación, así calificado en todos los tonos, fue aplaudido por los pueblos que estaban interesados en que España perdiera sus dominios coloniales. La experiencia estaba fresca, Blanco siguió los ejemplos recientes que encontró en su ruta.

En su plan de operaciones terrestres el Almirante Blanco contaba con la ayuda de elementos desconocidos cuya acción no estaba reglada de antemano. La cooperación efectiva e inmediata de la Argentina y la sublevación en masa de los peruanos eran para él los datos principales que intervenían en el problema y, cuando más contaba con estas circunstancias favorables, se manifestaron en contra de sus proyectos: los argentinos llevaron su ofensiva con tan escasos medios que la condenaron de antemano al fracaso; su rechazo, fácilmente obtenido por los bolivianos, dadas las citadas condiciones, aumentó la moral del defensor y le permitió jugar con nuevos elementos de guerra; los peruanos, muy lejos de rebelarse contra Santa Cruz, manifestaron la mayor y más consciente hostilidad contra los invasores. Desde que se produjeron tales hechos, la partida estaba irremisiblemente perdida para los perú-chilenos expedicionarios.

Los azares con que siempre hay que contar en la guerra aumentaron el desconcierto. La pérdida de la "Carmen", que restó al ejército expedicionario una parte de sus elementos más importantes, y la escasez de recursos de la región escogida para el desembarco, influyeron decisivamente en el desarrollo de la campaña.

Cuando se dispone de la vía marítima no debe existir la preocupación que tuvo Blanco para mantenerse cerca de la patria estratégica: gracias a la movilidad que proporciona el dominio del mar, pudo escoger libremente el punto o puntos mejor provistos del litoral para desembarcar y crear nuevas bases de operaciones que le darían, además, la ventaja de vivir en territorio enemigo sin gastar sus propios medios. De esta manera actuó San Martín, con innegables ventajas.

La elección del punto de desembarco era la cuestión más delicada por resolver; eligiéndolo en el Sur, como lo hizo Blanco por falta de tacto político, caía en el foco principal del federalismo, hostil a la renovación de gobierno. Desde el punto de vista militar, la

elección era también falsa, porque, contando con un efectivo reducido, era imperdonable ceguera introducirse en cuña entre fuerzas que le eran superiores aun aisladamente; la situación inicial sería en este caso tanto más grave, cuanto más se internaran los invasores en el territorio, ofreciéndose como presa fácil en medio de los cuerpos enemigos, prevenidos con toda oportunidad.

Más favorable era el desembarco en el Norte para actuar sobre un extremo del dispositivo, ocupar el territorio y vivir en él; aprovechar de la buena voluntad de los pobladores y obligar al defensor a desgastarse, forzándolo a marchar en el extenso territorio de la Confederación en busca del invasor. Procediendo de este modo, los expedicionarios hubieran tenido además, la posibilidad de reembarcarse cuando las fuerzas adversas estuvieran próximas, para aparecer en otra región del país y conmoverla.

Autoriza a emitir el juicio anterior el hecho de que, según la naturaleza de la guerra, en vista del vacilante estado de la opinión pública y de su división en partidos, era preferible esperar un cambio radical contando con tales factores antes que buscar una batalla decisiva. La batalla es el fin que se persigue en la guerra, para aniquilar en ella las fuerzas del enemigo; pero, si esto no se puede conseguir de primera intención, por escasez de medios, hay que contemporizar hasta completarlos para hallar el necesario equilibrio de las fuerzas.

Al Almirante Blanco, en el juicio que se le instauró en su patria para que explicara el desastre, inculpa al General La Fuente de las tristes condiciones en que llegó el ejército restaurador a Arequipa. Dice que el General peruano le aseguró que él con tropas peruanas había cubierto la distancia de Vítor a Quilca en algunas horas y que esta aseveración le hizo emprender la marcha por el pesado arenal; Blanco no acierta a explicarse por qué sus soldados no vencieron el camino con la misma facilidad, olvidando que el General La Fuente se refería a tropas peruanas y no a los soldados de Chile que, declaradamente, son poco esforzados para las marchas.

Otra causa que originó la casi disolución de los efectivos de Blanco, fue el retiro que hizo el defensor de todos los medios de transporte y vida que se encontraban sobre su ruta.

Los caminos de penetración de la costa a la sierra peruana son muy difíciles de recorrer y el extenso glacis de rocas y arena que desciende de 4000 metros de altitud hasta las orillas del mar, es la verdadera defensa del corazón del país. El invasor del litoral que pretenda vencer a soldados que ocupen el interior, llegará donde ellos en el límite extremo de sus fuerzas, sin haber logrado que pasen todos sus elementos de guerra por el tamiz que representan los estrechos desfiladeros, ascendentes, que conducen a la sierra.

La situación del invasor que recién llega a la costa es precaria, su dominio está a merced del primer golpe que se le inflija, que siempre tendrá, en esas circunstancias, las características más decisivas.

La propaganda política que los jefes peruanos expedicionarios quisieron hacer en el territorio, fue contrariada por el General en Jefe, que no quería separarse de uno solo de los soldados que se le pedían para escoltar a los propagandistas. De este modo, los habitantes eran cada día más hostiles a las tropas restauradas.

Se acusa a los chilenos de tener "una táctica especial que les hace introducirse en territorio ajeno paralizándose en seguida que lo que han logrado, para esperar el ataque enemigo" *. Tal apreciación es efectiva cuando se juzga superficialmente, pero, si se examina la situación material, y por consiguiente la moral de esas tropas, se comprende que no podían emprender operación alguna en la angustiosa situación en que se hallaban.

En realidad, los atrevidos agresores se encontraban vencidos completamente y esperaban, sin remedio alguno, el fuerte castigo, que merecía su osadía. Santa Cruz, sin ambición de glorias militares, los perdonó, permitiéndoles volver a su país, con el gesto noble de un mandatario que aspiraba al título de justo. Vano fue su empeño, que tendía a congraciarse con los chilenos; ya éstos habían dado muchas pruebas de su modo de actuar en el campo jurídico internacional, y en ésta, que juzgaban de vital importancia, no iban a contrariar sus habituales procederes.

Mientras Blanco permanecía en Arequipa, preso de su ilusoria conquista, el Protector reunió todos los elementos necesarios para abrir campaña y se situó cerca del invasor para imponerle respeto y encerrarlo en Arequipa, "como en un corral de buitres". Concentró un potente ejército en la región de Pocsi-Usuña-Puquina e hizo venir desde Lima al General Vigil para que se situara sobre la línea de comunicaciones del adversario, a fin de impedir que éste ganara sus buques después de la segura derrota que iba a sufrir. Vigil tuvo en esta oportunidad el mismo papel que desempeñó Miller, cuando las operaciones de Santa Cruz contra Salaverry.

Las operaciones marítimas que efectuó Morán en las costas de Chile, con los pocos barcos que le quedaron a la Confederación, pone en evidencia, una vez más, los portentosos resultados que pueden obtenerse con una marina activa y bien comandada.

---

* Paz Soldán La Confederacion

CAPITULO VII

GUERRAS DE LA CONFEDERACION PERU - BOLIVIANA

1838

SEGUNDA EXPEDICION RESTAURADORA

I.—CAMPAÑA DE LIMA

Desconocimiento por Chile del tratado de Paucarpata.

Operaciones marítimas.

Expedición de Bulnes.- Partida de la expedición.- Operaciones en los alrededores de Lima.

Batalla de Guía.- Fuerzas en presencia.- Operaciones preliminares.- El terreno.- La acción.- Ocupación de Lima por las fuerzas de Bulnes.- Concentración de las fuerzas Confederadas.

Combate de Matucana.

Ocupación de Lima por los confederados.

Los corsarios.

Consideraciones.

DESCONOCIMIENTO POR CHILE DEL TRATADO DE PAUCARPATA

Cuando se recibió noticia en Chile del tratado de paz firmado en Paucarpata entre Santa Cruz y Blanco Encalada, la opinión pública se conmovió profundamente. El gobierno chileno no aceptó el tratado, que consideró nulo alegando que el General en Jefe de los expedicionarios se había extralimitado en sus atribuciones, apartándose de los pliegos de instrucciones que había recibido. Sin embargo, nada era más falso, porque Blanco acompañado de Irrisarri que tenía a su lado las funciones reconocidas de Agente Diplomático y Negociador, no había procedido en esa forma sino para salvar el ejército chileno que se perdería irremisiblemente si sus jefes no se acogían a la generosa oferta de Santa Cruz y en todo, de acuerdo con los amplios poderes que Chile habia concedido a Irrisarri para tratar.

El 24 de diciembre de 1837, un mes después que los expedicionarios habian salido de puertos peruanos y cuando se hallaban com-

pletamente a salvo, se promulgó en Santiago el decreto que declaraba nulo el tratado de Paucarpata, expresando en su texto que continuaba el estado de guerra con la Confederación a la que debía notificarse este acuerdo.

En consecuencia, el gobierno chileno dispuso que recomenzaran las hostilidades y para cumplir a su modo con los usos de la guerra, en lo que se refiere a la notificación de hostilidades, ordenó que una parte de su escuadra hiciera rumbo al norte para hostilizar los puertos peruanos, entorpecer el comercio y principalmente para apoderarse de los barcos de guerra confederados que encontraran en su ruta; la escuadra era portadora de la notificación de reapertura de las hostilidades, que fue entregada al Capitán del puerto de Arica bajo sobre cerrado, rotulado para el Ministro de Relaciones Exteriores del Perú.

Como el Ministro de Relaciones no tenía residencia en Arica, mientras llegara a su poder, en Lima, la citada comunicación, los chilenos tenían tiempo para realizar operaciones de guerra, sobre seguro, contra un enemigo absolutamente desprevenido; además, los marinos que entregaron el sobre al Capitán del puerto le afirmaron formalmente que contenía la ratificación del tratado de Paucarpata, tal como se había convenido en el párrafo segundo del artículo 4º de dicho tratado *, con lo que dejaron en completa tranquilidad a ese funcionario y lograron que los confederados se descuidaran del todo.

OPERACIONES MARITIMAS

10 de enero al 2 de julio

La "Libertad", el "Aquiles", la "Valparaíso", el "Arequipeño" y un barco más de menor poder combativo, fueron los que se presentaron en Arica conduciendo las comunicaciones a que se ha hecho mención. Una vez que llenaron su cometido en ese puerto se trasladaron en convoy a Islay, a donde llegaron el 12 de enero de 1838.

El plan de los jefes de la escuadra chilena era apoderarse por sorpresa de los buques peruanos fondeados en Islay, contando con que sus tripulantes se encontraran desprevenidos en virtud del tratado firmado el año anterior; pero, los peruanos habían cobrado ya la necesaria experiencia sobre la manera cómo los chilenos hacían la guerra y burlaron sus expectativas, porque el "Junín", la "Socabaya" y el "Fundador" se defendieron enérgicamente logrando rechazar a los ejecutores de esta nueva alevosía.

Para dominar a sus adversarios las tres naves confederadas salieron del puerto y tomaron altura a fin de equiparar sus fuerzas con las del enemigo, gracias al mayor andar de los barcos y a la reconocida habilidad de sus tripulaciones para las maniobras de escuadra. En efecto: fuera de la rada, a pesar de los esfuerzos de los asaltantes, los marinos peruanos consiguieron los fines que se habían propuesto; el "Junín" logró tomar rumbo al Callao para dar cuenta al gobierno y la "Socabaya" y el "Fundador" llegaron a imponerse a la escuadra enemiga obligándola a romper el combate y

---

* Véanse Documentos.

renunciar a su pirática empresa, después de cañonearse todo el día 12 y la noche del 12 al 13. En la madrugada del 13 los chilenos se resignaron a seguir rumbo al norte para presentarse en las aguas del Callao.

La "Peruviana", capturada por Chile al comienzo de la guerra, se había entregado a los confederados en Pisco, en el mes de diciembre de 1837, acogiéndose al tratado de Paucarpata y disculpando su acción porque "se había cansado en el mar". Llevada al Callao se le dejó con la más extraña hidalguía su equipaje y guarnición chilena, esperando la ratificación por Chile del tratado de paz. Su Comandante, aprovechando ese gesto del gobierno confederado, decidió escapar del puerto el 3 de enero de 1838 cuando la nave se hallaba bien provista y dotada de toda clase de elementos, después de haber recibido hospitalidad para él y sus hombres que se presentaron en estado de inanición; pero la "Confederación", fondeada también en el Callao, redujo en breves instantes a los tripulantes chilenos, abordando a la "Peruviana" y forzando a su equipaje a la obediencia *.

Después del combate naval de Islay, sin conocerse aún en Lima la nueva incursión chilena, salió del puerto del Callao, el 16 de enero, la corbeta "Confederación" con rumbo al sur; esta unidad se cruzó sin verse, poco después de su salida, con el "Junín", que traía de Islay la noticia de la reapertura de las hostilidades por la escuadra de Chile. Cuando llegó esta nueva al Callao, las autoridades despacharon un pequeño barco para que diera alcance a la corbeta y le previniera del estado de guerra, ordenándole regresar al puerto.

El mismo día 16 de enero llegó a Chorrillos la escuadra chilena y se informó en este lugar de la partida de la "Confederación", por lo que su Comandante ordenó en seguida que la "Libertad" siguiera sus aguas para capturarla. Esta operación tuvo éxito, pues, dos días más tarde, el 18, la corbeta abordó a la "Confederación" en la que navegaba el General Ballivián, sumándose de esta manera una nueva unidad a la escuadra chilena, compuesta hasta entonces de barcos asaltados en plena paz.

Frente al Callao sufrieron los chilenos algunas pérdidas y desventajas. A pesar de haber ordenado el bloqueo desde el mes de mayo, no lo pudieron hacer efectivo porque el "Fundador" y el "Junín", así como la artillería de la plaza les impusieron respeto, los alejaron y por fin, como consecuencia de varios pequeños combates, el más importante de los cuales se efectuó el 2 de julio, se vieron obligados a refugiarse tras de la isla de San Lorenzo, de donde sólo habían de salir periódicamente para hacer incursiones sobre los puertos indefensos del litoral.

EXPEDICION DE BULNES

16 de junio de 1838 al 21 de junio de 1839

Cuando el Gran Mariscal Gamarra, que se encontraba refugiado en el Ecuador supo el fracaso de la expedición de Blanco, decidió trasladarse a Chile con el fin de ofrecer sus servicios e instar a los

* Estas empresas navales pueden servir, desde el comienzo de esta larga guerra, para la confrontación de dos tendencias espirituales diametralmente opuestas.

políticos chilenos para el envío de una nueva expedición cuyo mando, dada su categoría, debía corresponderle. Una vez en Chile inició arreglos con el gobierno de ese país y obtuvo la cooperación de los políticos peruanos que habían fracasado en la primera expedición.

Pronto, disponiendo de los cuerpos de tropa chilenos que escaparon en Arequipa por la magnanimidad de Santa Cruz y de los 3000 fusiles y 500 sables de que disponía La Fuente, se alistó una nueva expedición cuyo mando inmediato se confió al General Bulnes, encargando a Gamarra de la dirección política y militar de la campaña, o sea de la dirección de la guerra y de las operaciones.

PARTIDA DE LA EXPEDICION

16 de Junio de 1838

Las fuerzas expedicionarias se componían de 5400 soldados que disponían de 667 caballos. Los peruanos que tomaron parte en ella fueron sólo 60, al partir de Valparaíso, entre los que se contaban los Generales Gamarra, la Fuente y Castilla. Veintitrés transportes, escoltados por cuatro barcos de guerra, conducían estas tropas.

El convoy partió de Valparaíso el 16 de junio de 1838 y navegó por partes a Coquimbo, donde las tropas se organizaron en tres divisiones recibiendo el completo de los elementos necesarios para emprender operaciones. El 20 de julio de 1838 abandonaron Coquimbo los expedicionarios y llegaron frente a la punta de Asia, en la costa sur de Lima, el 5 de agosto. En este lugar fondeó el convoy esperando recibir datos de la escuadrilla chilena que voltejeaba desde antes frente al Callao.

La goleta "Fama", procedente del Callao, se presentó a la escuadra en las aguas de Asia y dio algunos datos, al mismo tiempo que trasbordaba a varios jefes peruanos y numerosos hombres de fila que venían a tomar parte en la guerra al lado de Gamarra.

La "Janequeo", destacada del convoy para tomar el contacto con la escuadra del Callao, dio a su vuelta informaciones sobre el movimiento político realizado en Lima por Orbegoso, que el 31 de julio se declaró desligado de Santa Cruz, quedando los nor-peruanos separados de la Confederación. Además, esta nave dio datos sobre el dispositivo de las tropas defensoras de la Capital que, formadas en dos divisiones, permanecerían en Lima con Orbegoso y en Chancay - Pativilca con el General Nieto.

*OPERACIONES EN LOS ALREDEDORES DE LIMA

5 al 14 de Agosto de 1838

El General Orbegoso, Presidente del Estado Nor-Peruano se mantenía en Lima teniendo a sus órdenes una división confederada que mandaba el General Morán, adicto a Santa Cruz y algunas otras tropas. También obedecían sus órdenes dos batallones y un escuadrón que había formado el General Nieto en el departamento de La Libertad, del que era prefecto y comandante general; estas

---

* Croquis No. 34.

últimas tropas estacionaban en la región de Pativilca para cubrir el litoral del norte y poder concurrir a Lima, si fuera necesario.

A comienzos de julio de 1838, el General Nieto condujo a la provincia de Chancay su corta división y esperó en este lugar la llegada de Orbegoso que debía alcanzarla para efectuar acuerdos que permitieran, sublevándose contra Santa Cruz, separarse de la Confederación. La entrevista se realizó efectivamente en Huaura y de allí ambos caudillos se dirigieron a Lima a donde llegaron el 29 de julio. Cuando se produjo en la Capital el movimiento separatista que encabezó Orbegoso a los dos días de su llegada, Morán abandonó Lima y se dirigió al interior con la división santacrucina que comandaba.

Lima se hallaba, pues, con escasa guarnición cuando el convoy que trasportaba a las tropas de Gamarra y Bulnes se presentó frente al Callao el día 6 de agosto, anclando a la altura de la isla de San Lorenzo. Alarmado Orbegoso con la presencia de la expedición pidió a los jefes de ésta que no desembarcaran sus tropas, por cuanto el Estado Nor-Peruano ya no formaba parte del sistema de Santa Cruz contra quien ellos decían que era la guerra. Pero, Gamarra, a bordo, desoyendo todo pedido, dispuso que una parte de las fuerzas expedicionarias desembarcara en Ancón y se dirigiera a Copacabana, a 25 kilómetros de Lima, a donde llegó el 7 de agosto.

Una vez en tierra, los soldados chilenos procedieron como si ocuparan territorio conquistado, actuando en todo momento por la fuerza. Orbegoso inició entonces un cambio de notas, muy ponderadas y fundadas en la justicia, que el General Bulnes encargado de recibirlas no vio inconveniente en responder con cortesía, sin ceder por ello una pulgada del terreno que indebidamente ocupaba. El General Nieto en representación de Orbegoso, se entrevistó con Bulnes en Chacra Cerro el 13 de agosto, sin conseguir los fines que se proponía; días antes, el 8, hubo en Tambo Inga otra entrevista entre Nieto y Castilla.

El Mariscal Gamarra, director político y militar de la expedición, hacía dar a Bulnes contestaciones dilatorias para obligar a Orbegoso a presentar batalla, en la que esperaba vencer fácilmente dada la diferencia de efectivos y la calidad de las tropas orbegosistas formadas en su mayor parte por soldados colecticios, sin sólida instrucción, que no tenían sino algunos meses bajo banderas. El General Bulnes, por su parte, seguía el juego de notas y oficios que haría aparecer a los chilenos como venidos en son de paz y forzados a batirse por la falta de cordura de Orbegoso. Por otra parte, Gamarra no quería aceptar arreglo alguno en el que no figurara, de inmediato, como Presidente de la República Peruana.

El 14 de agosto hubo otra junta de delegados en Chacra Cerro, en la que no se llegó a conclusión alguna.

Los peruanos defensores de Lima, violentados por la actitud del invasor, cuyo general decía: "El desembarco del ejército se ha realizado ya en gran parte, porque nada había a mi ver, que se opusiera a ello" *, declararon rotas las hostilidades el 14 de agosto, después de agotar todos los medios de conciliación.

---

* Oficio de Bulnes a Orbegoso, de 8 de agosto de 1838

Los chilenos habían venido al Perú para batirse con Santa Cruz y comenzaron las operaciones de guerra contra otro enemigo de Santa Cruz, que se había declarado tal muchos días antes de que se presentara en el Callao el convoy que trasportaba a las tropas de desembarco.

BATALLA DE GUIA

21 de Agosto de 1838

Fracasado todo arreglo, sólo la lucha podía resolver la situación que era cada vez más crítica, dada la proximidad a que se hallaban las tropas enemigas y el enconado espíritu que animaba a los chilenos.

El General Nieto, nombrado comandante en jefe del ejército por el General Orbegoso, había establecido sus tropas en número escaso de 2700 hombres en la hacienda Chacra Cerro, frente a los restauradores acampados en Copacabana; los dos partidos tenían de por medio el río Chillón que está seco en esa época del año, siendo fácil de cruzar en cualquier punto.

Una vez que se declaró por ambas partes que ningún arreglo era posible, los chilenos aproximaron sus barcos al Callao y asaltaron, con las tripulaciones de sus doce naves, al bergantín "Congreso", que echaron a pique en la rada misma, y a la corbeta "Socabaya", que condujeron consigo como un nuevo trofeo. Con este golpe se puede decir que la escuadra peruana pasó íntegra al poder de Chile, porque las pequeñas goletas que quedaron al servicio de la Confederación, no podían oponerse a la enorme potencia de todos los demás barcos peruanos con bandera chilena que permanecían frente al Callao.

FUERZAS EN PRESENCIA

El ejército de Orbegoso contaba con reducido efectivo y sus unidades, formadas por soldados reclutas, se habían completado con los voluntarios limeños dados de alta a última hora en vista del peligro inminente que corría la Capital. Además, entre las tropas se contaban a los serenos (guardias nocturnos de comercio) de Lima, que fueron conducidos al campo de batalla.

Las tropas orbegosistas estaban formadas por los Batallones 1º y 2º de "Ayacucho", Batallón "Legión", "Batallón Nº 4", Batallón "Serenos" (con 200 hombres). El ejército disponía de tres piezas de artillería y contaba con 500 hombres de caballería, entre los que figuraba una parte del regimiento "Húsares de Junín".

En cuanto a las tropas chilenas, dotadas de toda clase de elementos, estuvieron formadas para la batalla en tres divisiones llamadas:

"Vanguardia", constituída por las compañías de cazadores de todos los batallones, que fue puesta a órdenes de los Generales La Fuente y Castilla;

Primera División, a órdenes del General Cruz, formada por los Batallones "Portales", "Valparaíso", "Colchagua", "Carampangue" y Segunda División o Reserva, formada por los Batallones "Valdivia", "Santiago", "Aconcagua" y escuadrón de "Carabineros de la

Frontera"; con esta división, comandada por el Coronel Pedro Godoy, permanecía el Mariscal Gamarra. Las Divisiones Primera y Segunda tenían dos piezas de artillería cada una

Aparte de las divisiones se contaban los regimientos de caballería "Cazadores a Caballo" y "Lanceros".

* OPERACIONES PRELIMINARES

Días antes de que se rompieran las hostilidades el General Nieto había ocupado Chacra Cerro donde, según sus planes, quería permanecer a la defensiva. Cuando todo arreglo fue imposible los chilenos rodearon Chacra Cerro por el oeste dirigiéndose sobre Naranjal-Oquendo; con este movimiento que burlaba la posición escogida por Nieto, lo obligaron a abandonar aquel lugar para retrogradar sobre Aznapuquio.

Pocos días después Gamarra, que dirigía efectivamente las operaciones, hizo avanzar al ejército expedicionario sobre Bocanegra de donde estaba en condición de marchar sobre Lima o sobre el Callao. Nieto dejó efectuar a su vista este movimiento de flanco que, una vez realizado, lo obligó a retrogradar nuevamente sobre Puente Palo y Guía, colocando una parte de las tropas en Monserrate, sobre la margen sur del Rímac.

En tanto que Nieto se replegaba, los expedicionarios continuaron al sur dirigiéndose ostensiblemente hacia La Legua para colocarse entre Lima y el Callao.

Tal era la situación la víspera de la batalla de Guía.

* EL TERRENO

La última línea que ocuparon las tropas de Orbegoso estaba cortada en todos sentidos por numerosos tapiales que encuadraban los sembríos; por la derecha de su dispositivo corría una línea de alturas que dominaba el campo de la lucha; su izquierda se apoyaba en el talud, fácil de escalar, que forma el río Rímac en su ribera norte. Las tropas peruanas daban frente a la dirección general de Bocanegra, y se extendían entre las alturas de Puente Palo hasta el río inclusive; prolongando su izquierda, río de por medio, se estableció el Batallón 1º de "Ayacucho".

La circunstancia de que el río estuviera casi seco en esta época del año, hacía que las unidades que permanecían en ambas márgenes pudieran socorrerse fácilmente

LA ACCION

El General Orbegoso hizo reunir el 21 de agosto en la mañana, una junta de Generales en la que se acordó permanecer a la defensiva y tratar de que se realizaran nuevas gestiones para un avenimiento entre ambos contendientes.

Mientras que se realizaba la Junta, las tropas fueron distribuidas en el terreno sobre una sola línea constituída, de derecha a iz-

* Croquis No. 34.

* Croquis No. 35

quierda, por los Batallones "2º de Ayacucho", "Legión y "Nº 4"; la caballería formó detrás y en las alas del Batallón "Legión". El puente principal de Lima fue ocupado por los 200 hombres del Batallón "Serenos", que se parapetaron en los techos de las casas y en el arco ornamental que existía sobre el puente .Al otro lado del río, y en parte de las antiguas murallas de la ciudad, a la altura de Monserrate quedó, bajo el mando del General Nieto, el Batallón 1º de "Ayacucho". La línea estaba cubierta al frente por las compañías de cazadores en guerrilla y delante de estas tropas se establecieron algunos grupos de montoneros. Además, Orbegoso hizo ocupar las alturas de su derecha por una compañía de granaderos que debía cubrir ese flanco y sostener la posición.

En esta disposición, Orbegoso y Nieto se dedicaron a escoger un jefe o grupo de jefes que tuvieran influencia sobre el Director de los llamados restauradores, para que se dirigieran a su campo y buscaran una fórmula de arreglo.

Por su parte, los expedicionarios habían avanzado hacia la línea de Orbegoso para buscar, según dijo después su General, una región que ofreciera mayores facilidades para estacionar y que permitiera aproximarse más, a fin de emprender negociaciones parecidas a las que habían planteado los defensores; por lo menos estas son las dos razones, indiscutiblemente falsas, que da Bulnes en su parte al Ministro de Guerra de Chile, cuando explica las causas que originaron el choque de Guía.

Cuando las tropas de Bulnes estuvieron próximas a la línea de Orbegoso, algunos montoneros abrieron el fuego contra las columnas de cazadores chilenos que formaban la División Vanguardia, la que se desplegó e inició el ataque.

Tan pronto como se oyeron los primeros disparos, Bulnes dispuso que el Coronel peruano Torrico atacara la derecha de la línea orbegosista con un batallón y que el Coronel peruano Deústua lo hiciera, igualmente, sobre la izquierda. Al mismo tiempo que se pronunciaban estos ataques, dispuso que los regimientos de caballería "Lanceros" y "Cazadores a Caballo", reforzaran a las compañías de cazadores de infantería de la vanguardia.

La acción se empeñó en esta forma, pero, como los defensores resistieron con gran energía, pronto se agotó el ataque de los cazadores, de los dos batallones y de la caballería, cuyas cargas fueron infructuosas. El comando de las tropas restauradoras reforzó entonces este primer ataque lanzando adelante al resto de la Primera División que se orientó sobre la izquierda peruana, por el borde del barranco que forma el río. Los Batallones "Colchagua" y "Carampangue", Torrico y Deústua, destacados anteriormente, secundaron el ataque cargando a la bayoneta sobre el centro y derecha, respectivamente de la línea de defensa.

En el lado peruano, cuando se rompieron los fuegos, el General Orbegoso ordenó que las tropas de Monserrate concurrieran a la batalla cruzando el río; pero, como en la mañana se había tomado acuerdo con el General Nieto para plantear negociaciones pacíficas, éste retardó su reunión mientras recordaba al Presidente las decisiones adoptadas en la Junta de ese mismo día; la orden fue ratificada por tres veces consecutivas, pero Nieto no encontró la forma de darle cumplimiento.

El resto de las tropas de Orbegoso quedó a la defensiva, empleando sólo la caballería para efectuar algunas cargas que fracasaron porque no fueron apoyadas oportuna y eficazmente.

El combate duró desde medio día hasta las cinco de la tarde, hora en que la caballería de Orbegoso, después de fallar en sus cargas, emprendió la retirada hacia Lima, dispersándose. Este abandono del campo de batalla quebrantó la moral de los defensores que comenzaron a ceder el terreno, replegándose lentamente sobre el Puente de Piedra de Lima.

El Batallón 1º de "Ayacucho", a órdenes directas de Nieto, que esa mañana fue nombrado jefe de Estado Mayor subrogándolo como comandante en jefe el propio Orbegoso, no concurrió al campo de batalla del que sólo lo separaba el lecho pedregoso del río.

Cuando el comando de las tropas invasoras se dió cuenta de la dispersión de la caballería y de la flojedad de la defensa, dispuso que la Segunda División mantenida hasta entonces en reserva, interviniera a órdenes del Coronel Godoy. Esta división siguió, como la anterior, el camino del borde del barranco para cortar de Lima a los defensores. El Batallón "Valdivia", que formaba en vanguardia de esta división, a órdenes del Coronel peruano Layseca, recibió la misión de ocupar el Puente de Piedra, para lo que se le afectaron dos piezas de artillería. En segundo escalón avanzaron los Batallones "Santiago" y "Aconcagua", seguidos de cerca por los "Lanceros" los "Coraceros" y los "Carabineros de la Frontera".

Cuando la Segunda División marchaba hacia el puente fue tomada de flanco sin sufrir graves pérdidas, por los fuegos del 1º de "Ayacucho", que había comenzado un lento avance cruzando el río; el ataque sobre Lima continuó, sin embargo, protegido por las sombras de la noche que comenzaba a caer y a pesar de la acción vacilante del batallón que mandaba Nieto; los tiros del "Ayacucho" detuvieron el avance de los chilenos un corto espacio de tiempo, que aprovechó la infantería de Orbegoso para ponerse a salvo.

A las siete de la noche, el Batallón "Valdivia" pronunció su ataque sobre el puente y después de una hora de lucha contra los soldados que ocupaban las azoteas de las casas adyacentes, batiéndose con vigor, logró apoderarse de él y de las tres piezas de artillería que lo defendían. Los expedicionarios ocuparon la plaza de armas de Lima a las ocho de la noche.

La caballería de Orbegoso, comandada por los Coroneles Pedernera y Méndez, abandonó el campo y se dirigió al sur de Lima hacia Pisco. La infantería, recluta, se disolvió en las calles de la Capital, salvándose, en orden una pequeña parte de ella que condujo el General Vidal a Chancay. El Batallón 1º de "Ayacucho", con 500 hombres de efectivo, se retiró al Callao para reforzar la guarnición de los Castillos que quedaron después de la batalla bajo el mando del General Nieto. El 26, este jefe se trasladó por mar a Supe, burlando el bloqueo, para levantar nuevas tropas; después de algunas marchas y contramarchas que efectuó en enlace con Vidal, se convenció de la imposibilidad de realizar su intento.

El 30 de agosto se presentó en los Castillos y asumió el mando de la guarnición el General Orbegoso, que había quedado oculto en Lima para curarse una seria contusión que sufrió en la batalla.

* OCUPACION DE LIMA POR LAS FUERZAS DE BULNES

21 DE AGOSTO AL 8 DE NOVIEMBRE DE 1838

El mismo día en que se realizó la batalla de Guía los soldados de la expedición ocuparon Lima y el 22 estacionaron, en parte, en la hacienda Santa Beatriz cerca de la ciudad; el General Cruz se trasladó frente a los castillos del Callao, para sitiarlos, con los batallones "Portales", "Valparaíso", "Aconcagua" y "Carampangue", y el escuadrón "Carabineros de la Frontera"; la escuadra chilena, estrechaba de cerca el bloqueo de la plaza.

El 24 de agosto se produjo en Lima un movimiento popular que proclamó Presidente de la República al Mariscal Gamarra, contra la voluntad de los chilenos expedicionarios que comprendían que el espíritu nacionalista de este Caudillo, la fuerza de la opinión que le ayudaba, y su habilidad como político y como militar, serían serios obstáculos para que ellos se condujeran en el país como en territorio conquistado.

Con los orbegosistas dispersos de la batalla de Guía y algunos voluntarios, formó el Mariscal Gamarra varias compañías peruanas que denominó de la "Legión Peruana", poniéndolas a órdenes del Coronel Frisancho.

Gamarra, deseoso de formar un ejército nacional que hiciera respetar su autoridad y equilibrara las fuerzas chilenas de la expedición, cuyos abusos y actitudes sublevaban al pueblo, dispuso que el General La Fuente se trasladara al departamento de La Libertad para formar algunas unidades de tropa conduciendo, al efecto, los cuadros y material necesario. El 30 de agosto partieron los barcos que conducían esos elementos; en Trujillo fue bien recibido el General La Fuente y se pasaron a sus banderas los soldados del Batallón "Cajamarca", sublevado contra el Prefecto Sierra, orbegosista.

Las tropas que formó el General Nieto en Supe, a las que se unieron parte de las que salvó en Guía el General Vidal, emprendieron la marcha a Trujillo, pero encontraron en Virú al Prefecto Sierra con algunos dispersos, que les previnieron de la llegada de La Fuente a aquella ciudad. Nieto regresó entonces al sur y en la marcha fue abandonado por sus soldados, viéndose obligado a embarcarse para Guayaquil.

El 17 de diciembre el General Vidal fue aclamado en Huaraz, espontáneamente, como Jefe Supremo de la República. Vidal, por acuerdo de una junta de notables, pidió a Orbegoso que entregara las fuerzas del Callao a Gamarra a quien los de la junta reconocieron poco después como Presidente de la República. El General Orbegoso se negó a hacerlo y fue declarado traidor por la Asamblea del departamento de Huaylas (actual Ancash). Vidal quedó, pues, a órdenes de Gamarra desde ese momento y formó cuerpo con los restauradores que asentaron su autoridad en Lima y en los departamentos del Norte.

---

* Croquis No. 34

El sitio del Callao se estrechaba cada día más y eran frecuentes los encuentros entre los sitiados y los sitiadores, sin que éstos obtuvieran ventaja apreciable.

Las compañías peruanas de reciente formación, secundadas por algunos jinetes chilenos, fueron encargados de perseguir y destruir las montoneras que asediaban la Capital a órdenes del General Miller, que servía con Santa Cruz. Dado el reducido efectivo de estos grupos, las tropas de Bulnes lograron realizar su misión sin gran esfuerzo. Pero, cuando el ejército de la Confederación estuvo en el valle de Jauja y esas montoneras fueron más atrevidas en sus operaciones, se reforzó a las compañías de "Legión Peruana" con la mitad del Batallón "Santiago".

A mediados de septiembre salió de Lima el General peruano Salas mandando dos compañías del "Colchagua", cincuenta "Cazadores a Caballo" y un cuadro de infantería peruana, con la misión de batir al Coronel Pedernera que ocupaba Pisco con los "Húsares de Junín" y una corta fuerza de infantería que había conducido a ese lugar cuando la batalla de Guía. Salas se embarcó en la corbeta "Valparaíso" y se presentó en Pisco, ocupando el puerto sin inconveniente porque Pedernera lo había abandonado para dirigirse a Chunchanga.

Salas continuó entonces sobre Ica donde creyó encontrar a su adversario, pero cuando llegó a este lugar supo que Pedernera había vuelto de Chunchanga a Pisco tomando prisioneros a los jefes y a la tropa que quedaron en ese puerto. El General Salas, al saber este hecho, regresó sobre Pisco y hallando a Pedernera en posición en el Cerro de la Sierpe, cerca de Chunchanga, lo batió después de tres horas de encarnizada lucha (11 de octubre). Los húsares de Pedernera que quedaron disponibles se dirigieron a Cañete donde chocaron con otras tropas despachadas de Lima por tierra, que los dispersaron totalmente. Pedernera pasó al interior y se presentó a Santa Cruz.

Poco después de llegar a Trujillo, La Fuente se vio obligado a trasladarse a Piura, donde las tropas que obedecían al Coronel peruano Rázuri *, orbegosista, se negaban a reconocer la autoridad de Gamarra. Nieto, que permanecía a la expectativa de los acontecimientos quiso explotar esta situación y desembarcó en Paita para tomar la dirección del movimiento, pero cuando llegó ya era tarde: el Comandante boliviano Urbina se había apoderado de la tropa, que se sublevó contra Rázuri para levantar bandera, ya no por Orbegoso, sino por la Confederación, y La Fuente había precipitado sus operaciones y llegado frente a Piura, que asaltó, dispersando a los rebeldes (30 de septiembre).

CONCENTRACION DE LAS FUERZAS CONFEDERADAS

Mientras que se desarrolloban los anteriores sucesos, el General Santa Cruz efectuaba rápidas marchas por el interior para acercarse a Lima y tomar el contacto con las tropas invasoras.

* El mismo que en Junín hizo desencadenar la carga decisiva de Húsares del Perú mandado por Suárez.

Al abandonar sus cuarteles del Sur dejó en Bolivia una fuerte división que encargó al General Velazco y otra en Cuzco-Arequipa con el General Ballivián como segundo jefe, a órdenes del General Cerdeña. Al comienzo del mes de octubre Santa Cruz dejó el Cuzco para recoger en su marcha sobre Lima a los cuerpos de tropa que tenía escalonados en la sierra desde hacía tiempo, listos para acudir, sea al norte, sea al sur, según la región en que aparecieran los invasores.

A fines del mes de octubre Santa Cruz alcanzó Jauja y continuó sobre Tarma, para descender poco después por la quebrada de Huarochirí y llegar a Santa Eulalia, cerca de Chosica, el día 3 de noviembre.

COMBATE DE MATUCANA

18 de septiembre de 1838

Mientras el grueso de las fuerzas de Santa Cruz se reunía en el interior, el General Otero que mandaba algunas tropas confederadas, estacionadas en Jauja-Tarma, resolvió que un corto destacamento se lanzara sobre los soldados restauradores que ocupaban Matucana para atacarlos por sorpresa, destruir esa tropa e infligir al adversario un golpe moral.

Al efecto, tomó personalmente las compañías de cazadores de los batallones "Pichincha" y "Arequipa", peruanos y del 3 y 4 de Bolivia y agregó unos cívicos de la región con los que alcanzó un efectivo de 500 hombres. El 16 de septiembre partió de sus cantones y se dirigió por la quebrada de Huarochirí sobre el pueblo de Matucana donde estacionaban, a órdenes del Coronel Peruano Torrico, dos compañías de cazadores de la "Legión Peruana" y la mitad del batallón chileno "Santiago"; el efectivo total de estas tropas llegaba a 280 hombres.

El 18 de septiembre, a mediodía, cuando las fuerzas perú-chilenas de Torrico se hallaban formadas en la plaza pública de Matucana, en la que se celebraba una misa solemne por el aniversario nacional de Chile, se presentó Otero con sus soldados. El destacamento restaurador fue prevenido poco antes y tuvo tiempo para abandonar la plaza, dirigiéndose los peruanos que estaban con "bala en boca", por hallarse de servicio, a contener al atacante; el "Santiago", mientras tanto, corrió a atrincherarse en el cementerio de la población.

Las compañías peruanas, bajo el mando directo de Torrico, fueron arrolladas fácilmente dada la diferencia de efectivos y el ímpetu del ataque pero los asaltantes cayeron, unos minutos después, bajo el fuego de los chilenos parapetados en el cementerio, lo que desorganizó sus filas y dió tiempo para que se reconstituyeran las compañías de la "Legión".

Cuando pasaron los efectos de la sorpresa entre los defensores, éstos salieron de sus parapetos y cargaron a la bayoneta a los de Otero, rodeándolos y expurgando las casas donde resistían.

Pronto el General confederado vio dispersos a sus soldados y convencido de que su intento había fracasado, se replegó por las alturas hacia sus cuarteles de Tarma.

Las tropas de Torrico quedaron en Matucana, celebrando su triunfo.

Este combate que no tuvo grandes consecuencias de orden militar para el desarrollo de las operaciones y que los chilenos llaman batalla de Matucana, tuvo la característica de ser la primera acción en que combatieran soldados bolivianos y chilenos durante el curso de estas campañas. En su manifiesto de Guayaquil, Santa Cruz censura la operación ideada por Otero, tildándola de mal preparada y peor dirigida.

OCUPACION DE LIMA POR LOS CONFEDERADOS

10 de noviembre de 1838

* Al conocer el Mariscal Gamarra la aproximación del ejército de Santa Cruz, que amenazaba en forma inminente con tomar Lima, reunió una Junta de Guerra, para acordar las medidas que debían adoptarse. Esta Junta acordó, según lo propuso Gamarra, que se abandonara la Capital a Santa Cruz y se marchara al norte para atraerlo a regiones más favorables.

Por otra parte, la situación de los restauradores era muy crítica en Lima: gran número de soldados, 1000 más o menos, se hallaban en los hospitales atacados de diversas enfermedades; los montoneros que rodeaban la Capital molestaban a toda tropa que abandonara los límites de la ciudad e impedían la llegada de víveres y recursos del interior y de los vecinos valles de la costa; la opinión pública era francamente hostil a los chilenos, lo que ya se había manifestado desde el desembarco, y la hostilidad se había convertido en odio como consecuencia del combate de Guía que transformó a los auxiliares en invasores; la perversidad del soldado y las extorsiones del comando, la insolencia de que hacían gala los expedicionarios en todas las circunstancias, tenían exasperados a los habitantes de la Capital.

El aguerrido ejército que Santa Cruz orientaba sobre el de Gamarra tenía una potencia y superioridad indiscutible y este último comprendió que, en caso de ser atacado por esas fuerzas superiores, en territorio realmente enemigo y con la amenaza de que los soldados de Orbegoso salieran de los castillos del Callao sobre su espalda, el desastre era seguro.

La Junta de Generales decidió, pues, retirarse al norte, cuyos pobladores repudiaban la Confederación y donde había todo género de recursos. Además, la presencia de un ejército en esa región entusiasmaría a los habitantes, favoreciendo el enganche de voluntarios que engrosarían los efectivos y, de otro lado, operando en esta forma Gamarra pensaba dar tiempo para que las unidades organizadas por La Fuente en Trujillo se unieran al grueso y concurrieran a la batalla general. Contaban también los restauradores con que el cambio de guarnición aliviaría a los enfermos que iban a pasar a un clima más salubre y a zonas mejor provistas.

No escapó tampoco a la reflexión del Mariscal de Piquiza la ventaja de reducir el teatro de operaciones en que actuaba recogiéndose, por decir así, a territorios menos amplios donde su ejército estaría en potencia, al mismo tiempo que obligaba al adversario

* Croquis Nº 35.

a ensanchar su propio campo alargando sus líneas de comunicaciones. Por otra parte, el terreno de la sierra, muy fácil de defender con cortas retaguardias, desgastaría a los confederados empeñados en perseguir a su adversario, hasta que éste juzgara oportuno volver a la ofensiva para hallar la decisión.

Para no dar a conocer sus intenciones a los habitantes de Lima hasta el último momento, los generales expedicionarios resolvieron simular la organización de una línea defensiva al este de Lima, por donde debían aparecer las fuerzas adversas, y, al mismo tiempo, organizaron otra línea en Aznapuquio para apoyar el embarque por Ancón de una parte de las tropas y la marcha por tierra, hacia Chancay, que debía hacer la caballería. Las tropas estacionaron en las haciendas que rodean la Capital para disimular las operaciones y escapar a la vigilancia de los numerosos espías que Santa Cruz sostenía en Lima.

Mientras que los restauradores preparaban sus próximas operaciones, el ejército de la Confederación había bajado de la sierra por la quebrada de Huarochirí y se hallaba en Santa Eulalia el 3 de noviembre. Desde mucho antes el General Orbegoso, rechazando con energía todo convenio con los chilenos, había vuelto a izar en los Castillos la bandera de la Confederación procediendo, con noble gesto, a unirse a su enemigo político, Santa Cruz, para desbaratar los planes de los enemigos de la Patria. El Protector había facilitado esta actitud conciliadora ofreciendo que tan pronto como salieran los expedicionarios del Perú, se reuniría libremente un congreso general que determinaría si debía subsistir o no el régimen confederal, asegurando que él no tenía interés en que se mantuviera la unión del Perú y Bolivia.

El 8 de noviembre de 1838, Gamarra ordenó que todas las tropas restauradoras, que ya se hallaban listas, evacuaran Lima. A las cinco de la tarde de ese día los cuerpos emprendieron la marcha; parte de la infantería y otros elementos más pesados se embarcaron por Chorrillos y el resto por Ancón. Las tropas que sitiaban los fuertes del Callao, a órdenes del General Torrico, permanecieron en sus puestos hasta las doce de la noche del día 8; un destacamento mandado por Castilla quedó en las salidas oeste de Lima para cubrir la retirada, así como la caballería, que recibió orden de replegarse lentamente hacia Ancón, de donde debería seguir a Huacho por tierra.

Santa Cruz ingresó a Lima el 10 de noviembre y desde antes de hacerlo envió al General Necochea a los fuertes del Callao, para pedirle a Orbegoso el Batallón "Ayacucho" y ocho piezas de artillería. El General Orbegoso se resistió a hacer entrega de sus fuerzas, pero instado por Santa Cruz, que le hizo entender que sólo esperaba este auxilio para batir a los chilenos, que decía que estaban en Infantas, cedió al fin, y envió lo que se le pedía en la misma fecha de la entrada a Lima de los confederados.

Luego que el Protector recibió ese refuerzo, se negó a cumplir sus compromisos con el presidente Orbegoso y tampoco persiguió a los chilenos que el 10 estaban ya fuera de su alcance, embarcándose en Ancón. Los confederados se movieron sobre Ancón sólo al día siguiente, 11, cuando la infantería del enemigo estaba ya a bordo, y la caballería, que siguió por tierra, en plena marcha a Chancay.

Santa Cruz dejó pues escapar al enemigo, preocupándose más de desarmar a Orbegoso que de batir a aquél que, durante el día 10, se encontraba fraccionado y efectuando la ardua operación del embarque. Además, con el deseo de conceder a los chilenos otra paz como la de Paucarpata, no los buscó a fin de darse tiempo de proponerles arreglos que, a pesar de valerse de todos los medios decorosos que pudo ejercitar, fracasaron por completo.

LOS CORSARIOS

23 de noviembre de 1838 al 12 de enero de 1839

Dueño Chile de la superioridad marítima más completa, con la que disfrutaba de amplia libertad para la realización de las operaciones, Santa Cruz procuró reducir esa superioridad o por lo menos limitarla armando buques corsarios.

Fue encargado de dirigir los barcos fletados al comercio que se armaron en corso, el francés Juan Blanchet. La fragata "Smack", la goleta "Edmons" y la goleta "Perú", fueron preparadas con prontitud y cuando se encontraban listas para abandonar su fondeadero se presentaron frente al Callao, el 23 de noviembre, el "Aquiles", la "Janequeo" y la "Colocolo". Tan luego como se avistaron estos barcos chilenos, los corsarios salieron del puerto y se dirigieron sobre ellos para lanzarse al abordaje; pero los chilenos escaparon a gran velocidad, sin aceptar el combate.

Poco después, el 27 de noviembre, los corsarios confederados salieron del Callao para buscar a la escuadra enemiga que se hallaba entre Supe y Santa.

Habiendo hallado al "Arequipeño" en el puerto de Supe, se lanzaron sobre él al abordaje y lo capturaron fácilmente (30 de noviembre), dirigiéndose en seguida, con su presa armada y tripulada por peruanos, hacia el puerto de Santa. Como en este puerto encontraron a la mayor parte de la escuadra chilena hicieron rumbo al sur, presentándose en el Callao el 15 de diciembre.

En el Callao, gracias a los afanes del Gran Mariscal Riva-Agüero, nombrado por Santa Cruz Presidente del Estado Nor-Peruano, los corsarios recibieron como refuerzo a la barca "Mexicana" y completaron sus tripulaciones, mejorando además su armamento.

El 12 de enero los corsarios se presentaron frente a Casma donde se hallaban la "Confederación", la "Santa Cruz" y la "Valparaiso". Tan luego como los peruanos avistaron los barcos se dirigieron hacia ellos estrechando la distancia para abordarlos, pero el vivo fuego de las naves chilenas impidió la operación; varios proyectiles de cañón desarbolaron al "Arequipeño" que no pudo abandonar el puerto en esas condiciones quedando en poder de los chilenos; los demás corsarios se vieron obligados a retirarse toda vez que su intento había fracasado.

CONSIDERACIONES

Como se ve, toda campaña se abre en el Perú por un ciclo más o menos largo de operaciones marítimas, hecho que acusa claramente la importancia que tiene el dominio del mar.

Es ocioso, insistir en el estudio de las operaciones marítimas puesto que las ventajas que éstas proporcionan son perfectamente conocidas.

Con la lección recibida en Paucarpata, los llamados restauradores eligieron esta vez un punto de desembarcó más favorable y que les ofrecía ventajas definidas desde los primeros encuentros.

En esta oportunidad el Mariscal Gamarra dirigía la expedición y, siendo el más calificado de los militares peruanos, asesorado además por Castilla, Plasencia y otros jefes de evidente versación militar, era lógico que la campaña se desarrollara con mayor eficiencia.

El desembarco cerca de Lima era favorable porque permitía ocupar desde el comienzo un centro importante de recursos, influía en la moral del adversario, impedía que éste contara con todo el Norte del Perú que quedaba cortado del Sur y de los centros de operaciones de los confederados, favorecía la destrucción de una parte de las fuerzas confederadas que era fácil batir dada su escasa importancia, influyendo este hecho en la conducción general de las operaciones.

Por esto último, cuando los expedicionarios recibieron, aún a bordo, frente a la punta de Asia, la noticia de que Orbegoso se separaba de la Confederación y que Morán abandonaba Lima, dieron, hasta los últimos soldados, muestras de intenso regocijo; en efecto, la primera batalla que iban a librar en condiciones de por sí favorables, se les presentaba aún más propicia por la debilidad en que quedaban sus adversarios. Si antes hubo alguna vacilación, desde ese momento quedó resuelta la toma inmediata de la Capital.

Decididos los restauradores a tomar Lima, sólo recibieron las notas de Orbegoso con el fin de ganar tiempo, desembarcar con tranquilidad, instalarse en el territorio y hacer descansar a sus soldados de la larga navegación que habían efectuado.

Un ejército que abandona su país sufriendo las penalidades y sacrificios consiguientes a toda campaña, no llega frente a sus objetivos para firmar tratados y entrar en arreglos que no impliquen la obtención inmediata de la finalidad que se pretende alcanzar. La ingenuidad de Orbegoso, que imaginó contemporizar con Gamarra pidiéndole que lo dejara en la presidencia, que era lo que el Mariscal ambicionaba, y con los chilenos que tenían la misión precisa de no dejar huellas del poderío de la Confederación, fue la causa de que en esta campaña triunfara el invasor.

Impedir a todo trance que el invasor logre sus propósitos cayendo sobre él en el crítico instante del desembarco, o replegarse al interior atrayéndolo para infligirles pérdidas parciales, olvidar sus resentimientos personales y llamar en su auxilio a Morán que aun estaba próximo o, en fin, entregar sus tropas a este último, eran los procedimientos que Orbegoso debió poner en práctica. El cambio de comunicaciones diplomáticas sólo sirve para adormecer a los beligerantes que están con las armas en la mano; aceptarlas o provocarlas cuando la situación es favorable, es perder lastimosamente la oportunidad de vencer y de ganarlo todo.

El ataque frontal no da casi nunca buenos resultados, y cuando es favorable no permite aniquilar por completo al enemigo que

puede siempre escapar hacia atrás para reconstituirse, mientras el atacante se detiene para reorganizarse, después del pesado esfuerzo que representa un choque frontal.

Cuando el defensor se establece en una línea del terreno que ha escogido de antemano, porque la juzga favorable para sus fines y en la que se debe suponer que se ha organizado con solidez para facilitar la defensa y quebrantar el empuje del enemigo, el atacante debe tender a burlarla, si dispone del espacio necesario, para no hacer el juego del enemigo y para eludir el sistema de la defensa.

Gamarra burló las líneas sucesivas de Chacra Cerro y Aznapuquio en que se establecieron las tropas de Orbegoso. Este procedimiento le permitió apoderarse de mayor extensión de terreno, renovar su teatro de operaciones, situarse más cerca de Lima e imponer su propia voluntad al enemigo, sin someterse a seguirlo en su maniobra.

Cuando Gamarra juzgó necesario ocupar Lima y los defensores se interponían en su camino, cuando ya tenía en sus manos todos los elementos del triunfo, decidió que se efectuara el ataque para destruir las fuerzas del enemigo.

La defensiva pasiva era entonces un método de guerra que se practicaba corrientemente.

Orbegoso no tuvo ningún deseo de agredir al adversario y por una especie de fatalismo se dejó llevar de las notas y documentos que lo adormecieron, para luego presentar batalla con la mayor pasividad. No era que en aquel tiempo los Generales hubieran dado excesiva preponderancia al fuego, como sucedió muchos años después, sino que decidieron esperar al enemigo sin tener en cuenta que la potencia de un ejército no resulta sólo de la presencia de la masa, sino de la impulsión que se le imprime. El movimiento es el único que da resultados decisivos.

En la batalla de Guía los restauradores lanzaron sus ataques principalmente sobre el ala izquierda de la defensa. Esta región descubierta, era, en efecto, la que prestaba más facilidades para la acción ofensiva; la orientación del ataque estaba también cuidadosamente escogida, porque desembocaba sobre la línea de repliegue del enemigo que se veía obligado a abandonar el terreno ante la amenaza de que Lima fuera abordada burlando la defensa.

Además, el ataque envolvente lanzado sobre aquella ala era favorecido por el ataque simultáneo de todo el frente, hecho por otros batallones encargados de fijar al defensor en el resto de su línea.

La caballería establecida detrás de las tropas encargadas del ataque decisivo, se encontraba también en buena colocación, puesto que amenazaba con desbordarse sobre la espalda del defensor tan pronto como se abriera un pasaje a través de la línea que éste ocupaba.

En el ataque de los restauradores se produjeron dos faltas muy graves: no se tomó disposición alguna para cubrir el flanco derecho de las tropas, para lo que se debió colocar una fracción que hiciera frente a los soldados de Nieto cuya situación era amenazadora; y el ataque envolvente no se dirigió en potencia, con la fuerza

necesaria para hallar una pronta decisión que hubiera evitado el ulterior ataque sobre el Puente de Piedra. Si las tropas reservadas, en este caso la segunda división, hubieran estado orientadas y cerca de su zona de acción, habrían pasado bruscamente al ataque haciendo caer todo el sistema defensivo tan pronto como se notó que la caballería orbegosista abandonaba el campo; pero como la infantería de Bulnes no tenía prevista esta operación, que fue ideada en el último momento, perdió tiempo en aproximarse, dio lugar a que los dispersos se aferraran al terreno en los alrededores del puente y obligó a organizar un nuevo ataque.

La buena resolución que se dio al problema no fue, pues, fruto de reflexión anticipada, sino el resultado de una sucesión de expedientes, aplicados con fortuna a última hora.

Se podría creer que si Gamarra no empeñó a fondo sus tropas disponibles en el momento oportuno, fue porque las conservaba para contrarrestar el ataque de flanco que esperaba de parte de Nieto. Si se diera por aceptado este hecho, habría que disculpar la falta de preparación para el empeño de la reserva y nada se diría de la falta de cobertura en el ala derecha restauradora.

Orbegoso se instaló en una línea de defensa ligada al terreno y, sin reservas, formó en el puente una especie de reducto, neutralizando en defenderlo sus tres piezas de artillería y muchos soldados. Así se presentaba ante el enemigo por fracciones sucesivas, conservando innecesariamente una parte de sus tropas lejos del campo de batalla.

El precipitado repliegue de su caballería y su falta de energía o de tacto para imponerse y relevar a Nieto a fin de que llegaran al campo de batalla las tropas que éste mandaba, acabaron de perderlo.

En el combate de Matucana, las tropas de servicio que asistían a la ceremonia religiosa del 18 de septiembre, salieron en desorden a contener momentáneamente al enemigo para permitir que el resto de la guarnición se apercibiera para la defensa. El hecho de soportar el primer choque del atacante les hizo ceder pronto el terreno con cargo de regresar a la línea, como lo hicieron, cuando se restableció el combate y se dictaron las disposiciones convenientes.

Los chilenos no han comprendido esto y acusan a las compañías peruanas de haber abandonado el campo, atribuyendo a las suyas todo el triunfo de la que llaman batalla de Matucana.

El abandono de Lima que propuso Gamarra, salvó a su ejército de un seguro desastre. No se trataba simplemente de eludir el choque con un enemigo más potente, sino que se procuraba al mismo tiempo debilitarlo para presentar batalla cuando las fuerzas se equilibraran.

Retardando el empeño general Gamarra tomaba el tiempo necesario para aumentar sus efectivos y reorganizar sus fuerzas. Forzaba al enemigo a buscarlo en el terreno por él escogido, poniendo además, entre los dos ejércitos, el espacio necesario.

Marchar lejos del enemigo, utilizando la ventaja que da el transporte marítimo para economizar fatiga a las tropas, era una operación muy fácil de ejecutar. En cambio, si Santa Cruz venía

en su seguimiento avanzando pesadamente por tierra, expuesto a toda clase de agresiones, como sucedió, se diluirían sus efectivos y llegaría en el límite de sus fuerzas a la batalla general.

La evacuación de Lima, donde el espíritu de las masas estaba ya minado contra la Confederación, era ventajosa desde todo punto de vista y la concepción de esa maniobra estratégica fue muy atinada.

La retirada de Gamarra de la Capital se hizo con retraso. Tanto en el campo táctico como en la fase de la conducción general de las operaciones, la retirada frente al enemigo es de ejecución muy delicada, en la que todo depende de la oportunidad con que se inicia el movimiento. Gamarra no debió esperar que Santa Cruz se encontrara a una jornada para abandonar la Capital; si el Protector hubiera procedido con un espíritu ofensivo más ardiente, la operación de los restauradores hubiera sido un completo desastre, puesto que habrían sido cogidos en flagrante delito de retirada.

El embarque de elementos de tropa hecho al mismo tiempo por Chorrillos y por Ancón daba lugar a una dispersión total del ejército, muy peligrosa dada la proximidad del enemigo.

En esta oportunidad, como en muchas otras, llama la atención la ausencia absoluta de elementos que busquen el dato. Ambos adversarios maniobran y proceden absolutamente a ciegas.

Desde Jauja el Mariscal Santa Cruz debió bajar a la costa sobre Huacho, para cortar al adversario toda posibilidad de dirigirse al Norte, donde los habitantes eran contrarios al sistema confederal. Procediendo de esta manera lo sitiaba en Lima, no dejándoles sino los teatros de operaciones del Sur y del interior que eran desfavorables a la causa de la Restauración y que se hallaban bien guarnecidos.

CAPITULO VIII

GUERRAS DE LA CONFEDERACION PERU-BOLIVIANA

1839

SEGUNDA EXPEDICION RESTAURADORA

II.— CAMPAÑA DEL NORTE

Planes de operaciones.- Movimientos en Ancash.

Combate de Buin.

Batalla de Yungay.- Fuerzas opuestas.- El terreno.- La acción.- La persecución.

Caída de la Confederación.

Consideraciones.

PLANES DE OPERACIONES

* Las tropas del Ejército Restaurador que abandonaron Lima a comienzos de noviembre, desembarcaron el 14 del mismo mes en Huacho; en este lugar se les reunió la caballería que había hecho la marcha por tierra. Luego que las fuerzas se hallaron concentradas, Gamarra convocó una Junta de Guerra para precisar el plan de operaciones que se debía seguir.

Según la opinión del Mariscal, Presidente Provisional, que dirigía los debates de la Junta, se acordó marchar al interior del país para apoderarse del feraz Callejón de Huaylas donde se podían reorganizar y reconstituir las fuerzas. Luego que las tropas estuvieran en esa región, Gamarra proponía cubrirse hacia la dirección probable del avance de Santa Cruz con fuertes vanguardias, que opusieran resistencia al enemigo combatiendo en retirada y previniendo al grueso con toda oportunidad.

En los cálculos del Mariscal de Piquiza influía mucho la idea de atraer a su adversario a un terreno favorable para la defensa, donde pensaba escoger él mismo una posición que le permitiera equilibrar sus fuerzas con las que obedecían a Santa Cruz, más aguerridas y superiores en número.

El plan de Gamarra, basado en el conocimiento exacto del terreno, contemplaba todas las dificultades que se opondrían al ejército de Santa Cruz al trasponer la cordillera por los estrechos pa-

---

* Croquis No 36

sos que ofrece: la inutilización de los recursos en las zonas que fueran cediendo sus propias tropas; la hostilidad que manifestaban por los confederados las poblaciones del norte, hostilidad que había que desarrollar por la propaganda política y amparar con la fuerza; el alargamiento de la línea de comunicaciones del enemigo y el abandono que éste se vería obligado a hacer del sur y centro del país, con lo que se dificultarían cada vez más sus relaciones de autoridad para el envío de refuerzos, elementos de guerra y demás. Todas estas circunstancias eran otras tantas ventajas para los restauradores que podían defender el terreno montañoso con escasas tropas; disponer de recursos abundantes; enganchar voluntarios; acortar sus líneas acercándose a las fuerzas que disciplinaba La Fuente en Trujillo, que Gamarra visitó del 6 al 30 de diciembre, y servirse en cualquier momento de la vía marítima para los movimientos de tropas o para amenazar un punto cualquiera del extenso litoral.

Ocupando el interior, Gamarra estaba convencido de que a los confederados no les quedaría otra solución que partir a buscarlo y, en ese caso, la línea de operaciones a lo largo de la costa que podían tomar para trasladarse al norte, era impracticable, por la aridez de las regiones que cruza, para un numeroso conjunto de hombres; esa línea llevaba al General Santa Cruz en una dirección excéntrica con respecto al enemigo; estaba amenazada por la escuadra expedicionaria que era dueña del mar y por el grueso de las tropas restauradoras que la dominaban sobre su flanco derecho; en fin, esa línea caía a Trujillo donde se hallaba el General La Fuente para cerrarle el paso mientras el grueso maniobraba a fin de aparecer sobre su flanco. Los confederados podían también permanecer a la defensiva, pero esto contrariaría sus intereses, pues tal procedimiento era opuesto a los deseos de la opinión pública y al fin mismo de la guerra; si Santa Cruz aceptaba pasivamente la invasión del territorio que regía, su prestigio sería minado por la propaganda separatista, y sus enemigos mejorarían de condición; ya de Bolivia llegaban noticias alarmantes sobre intentos revolucionarios y movimientos contrarios a la Confederación y a su jefe.

El Mariscal Gamarra era muy experimentado en la conducción de la guerra en nuestro país: trasladó el teatro de operaciones a una región abundantemente provista: buscó los terrenos de montaña en los que desaparecen las ventajas que proporciona la fuerza numérica; adoptó la defensiva estratégica, esperando la oportunidad para lanzarse a la ofensiva; en fin, atrajo al enemigo a su propio terreno para tener sobre él la ventaja de esperarlo con sus tropas descansadas y en posición estudiada. Del Callejón de Huaylas, además, sus fuerzas se hallaban en aptitud de repetir la operación de Bolívar antes de la batalla de Junín, dirigiéndose al interior o sobre Lima tan pronto como una revolución, que se esperaba, se declarara en el Estado Sur-Peruano, o en Bolivia.

Las previsiones del Mariscal peruano se cumplieron según sus deseos, pues Santa Cruz se empeñó en buscar al enemigo a fin de lograr una rápida decisión; para proceder en esa forma contaba con la superioridad material que tenía y con el ascendiente moral que creía tener en vista de la actitud del enemigo que simulaba huir ante él.

MOVIMIENTOS EN ANCASH

Gamarra dictó las disposiciones convenientes para la marcha del ejército de Huacho al interior, en lo que se refiere a víveres, etapas e itinerarios; las tropas pasaron a Supe y de allí por Pativilca, Huaricanga, Julcán y Marca, tramontaron la cordillera, para seguir por Ramadones y Recuay a la ciudad de Huaraz donde llegaron el 3 de diciembre de 1838. El General peruano Torrico, con los Batallones "Portales" y "Carampangue" y 50 "Lanceros", tomó por Ocros a Chiquián, paso forzoso al sur del Callejón, que debía ocupar con sus tropas sirviendo de vanguardia sur del dispositivo general. El General peruano Vidal quedó en Huacho con 30 cazadores del batallón peruano "Huaylas", 50 "Cazadores a Caballo" y 25 "Carabineros de la Frontera", con la misión de vigilar los caminos de la costa y asegurar el que había seguido el grueso del ejército, por Julcán y Marca.

El 24 de noviembre el Mariscal Santa Cruz dispuso que se abriera campaña al Norte, después del fracaso de las gestiones diplomáticas que entabló para obtener un arreglo con Chile. La marcha de los confederados se efectuó hacia Huaraz en varias columnas que tomaron caminos distintos para reunirse en Chiquián. Este fraccionamiento obligó al General Vidal, que había quedado en Huacho, a retirarse a Pativilca para mantener sus comunicaciones con el grueso del Ejército Restaurador.

Continuando la marcha hacia el Callejón de Huaylas, una fracción de las tropas confederadas batió el 1º de diciembre a un reducido destacamento que estacionaba en Chavín; el 18 del mismo mes Morán, jefe de la vanguardia, desalojó de Chiquián a la vanguardia del ejército de Gamarra que, según las órdenes que tenía, cedió el terreno y se replegó a Recuay para engañar a Santa Cruz sobre sus intenciones y atraerlo a lo largo del Callejón. En Llata hubo otro pequeño encuentro el día 21 de diciembre.

El Protector de la Confederación no salió de Lima hasta el 24 de diciembre y llegó a Chiquián, donde asumió el mando de las tropas, el 30 del mismo mes.

Cuando el General Torrico, jefe de la vanguardia de Chiquián hizo replegar sus tropas a Recuay, como acabamos de decir, continuó personalmente a Huaraz donde se efectuó el día 20 una nueva junta de generales que decidió seguir retrogradando, sin cambiar las instrucciones dejadas por Gamarra hasta que éste volviera de Trujillo para acordar las modificaciones que hubiera lugar en vista de que el enemigo había ya manifestado sus intenciones y su dirección de marcha. En consecuencia, Torrico volvió a reunirse a sus tropas que habían quedado en Recuay, para proseguir su misión.

El mismo día 30 de diciembre, en que Santa Cruz tomó el mando de su ejército en Chiquián, lo hacia Gamarra en Caraz, a donde había llegado procedente de Trujillo conduciendo un batallón peruano y otros elementos de guerra. Gamarra aprobó la elección hecha por el Coronel Plasencia, subjefe de Estado Mayor, de la posición del llano de San Miguel, al sur de Caraz, donde pensaba resistir al enemigo.

El Mariscal Santa Cruz al hacerse cargo del mando, reunió todos sus destacamentos y se internó decididamente al Callejón para buscar al ejército enemigo que parecía huir a su aproximación. El 3 de enero de 1839 los confederados llegaron frente a Recuay para desalojar a Torrico de ese lugar; pero éste no esperó el choque, sino que, sin disparar un tiro, cedió el campo y se replegó á Huaraz. El repliegue de la vanguardia restauradora excitó el ardor de Santa Cruz que se lanzó a fondo tras el enemigo, al que creía perseguir; el día 5 ambos adversarios se encontraban disputándose la posición de la ciudad de Carhuaz, a donde habían llegado uno en seguimiento del otro.

COMBATE DE BUIN

6 de enero de 1839

A la salida de Carhuaz, cortando el camino al norte que une esta ciudad con la de Yungay, corre de este a oeste un riachuelo torrentoso, llamado el Buín, que es invadeable en los meses de lluvias (enero, febrero y marzo).

El Buín, afluente oriental del caudaloso río Santa, era cruzado en aquellos años por dos puentes, uno de los cuales se encontraba a la salida de la población de Carhuaz y el otro, de piedra, a 5 kilómetros aguas arriba.

El repliegue a Carhuaz de la vanguardia a órdenes de Torrico, hizo conocer a los restauradores que las tropas de Santa Cruz se aproximaban y, como consecuencia, la división del General Cruz que ocupaba la ciudad la evacuó precipitadamente a las 12 del día 6 de enero para dirigirse a Yungay, que dista alrededor de 15 kilómetros. Automáticamente la vanguardia a órdenes de Torrico que se hallaba al contacto con el enemigo, quedó convertida en retaguardia y encargada de la protección de la división Cruz que se retiraba.

Torrico ordenó que las fuerzas de que disponía, batallones "Carampangue", "Valdivia" y medio escuadrón, se establecieran en una ladera que domina el puente principal, desde donde con sus tiros logró detener el avance de los confederados; una parte de la infantería restauradora se estableció como guarnición inmediata del puente.

A las cinco de la tarde el Batallón "Valparaíso" que pertenecía a la división Cruz, en retirada, recibió orden de contramarchar y dirigirse al puente en socorro de los batallones de Torrico, cuyas municiones comenzaban a agotarse.

Al obscurecer la situación no había cambiado y se supendieron los fuegos; a poco, los dos batallones de Torrico, más el Batallón "Valparaíso", se retiraron en orden a Yungay, a donde llegaron a las cuatro de la mañana del 7, reuniéndose a la división Cruz que había alcanzado ese lugar a las cinco de la tarde del día anterior.

El Protector, que al tomar el contacto en el Buín dividió sus fuerzas en tres columnas y que pareció querer rodear a los defensores, no estuvo atinado al dictar sus disposiciones para el ataque: no envió el más ligero destacamento por el puente de piedra, 5 ki-

lómetros al este de la población, para envolver a los defensores; no intentó vadear el río en un punto cualquiera; no arriesgó unos batallones que pasando por el puente de piedra marcharan paralelamente al grueso enemigo, en retirada, para caer sobre el flanco viniendo de las alturas o apareciendo en Yungay antes que él; estuvo tan indeciso que no lanzó sobre el puente principal ni siquiera una compañía a la bayoneta para forzar el paso; en fin, pudo rodear la defensa enviando parte de sus tropas por el ala oeste de los defensores donde los caminos estaban libres. Sin embargo, tenía datos precisos y detallados sobre la situación y condiciones en que se hallaban las divisiones contrarias y pudo, sin perder tiempo, atacar sucesivamente a las tropas restauradoras que se alargaban en columna de camino entre Carhuaz. Yungay y Caraz; procediendo de esta manera hubiera alcanzado uno a uno a los elementos de marcha encajonados en el valle, sin darles tiempo, efectuando rápidos y enérgicos envolvimientos consecutivos, a que desplegaran la totalidad de sus fuerzas.

Durante el combate de Buín la otra división expedicionaria permaneció en la ciudad de Caraz que ocupaba con el cuartel general; el Director de la Guerra, Mariscal Gamarra, se hallaba también en este lugar.

El combate de Buín que pudo ser desastroso para las fuerzas expedicionarias, en el que éstas no tomaron medidas de previsión para impedir la sorpresa, y en el que la retirada hubiera sido un completo fracaso si Santa Cruz obra con energía y decisión, estuvo dirigido personalmente por el General Bulnes, nombrado Comandante en jefe de los restauradores por el Presidente Gamarra; ésta fue la única operación de guerra en que Bulnes escapó a la tutela directa de Gamarra y de los demás Generales peruanos, expidiéndose con éxito.

La acción se desarrolló como un simple encuentro de retaguardia, pero fue calificada poco después como batalla campal, para satisfacción de los acuciosos auxiliares que, de lo contrario, hubieran vuelto a su país sin un solo triunfo propio.

BATALLA DE YUNGAY

20 de enero de 1839

* Después del combate del Buín el Mariscal Santa Cruz que no había tomado el debido empeño en pasar el riachuelo, quedó en Carhuaz para dar descanso a sus tropas, organizando defensivamente esa región para resistir en caso de ser atacado. Sus enemigos, en tanto, se reunieron en Caraz y prepararon la resistencia en la llanura de San Miguel, que era la posición que habían escogido de antemano para la defensa.

Cinco kilómetros al sur de Caraz y 10 al norte de Yungay se extiende una llanura entre la cadena oriental y el río Santa; casi al centro de ella se levanta la casa hacienda de San Miguel, que iba a servir de reducto a la línea defensiva de Gamarra, que tenía 5 kilómetros de frente. La posición escogida por el Coronel Plasencia,

* Croquis No 37

con la aprobación del Director de la Guerra y de las Operaciones, no podía ser desbordada porque se apoyaba en sus dos alas en obstáculos infranqueables: al este, montañas de fuerte pendiente; al oeste, el caudaloso río Santa. El terreno llano que la rodeaba permitía el empleo conjugado de todas las armas y el único inconveniente que encontraría la defensa era la imposibilidad de evacuar la línea en caso de una derrota, pues había que embotellar a las tropas por dos puentes que constituían un paso obligado.

Del 6 al 12 de enero ambos adversarios permanecieron a la defensiva, en Carhuaz y en Caraz-San Miguel, esperando uno el ataque del otro. El 12, Gamarra reunió una junta de Generales para que determinara si el ejército debía pasar a la ofensiva en vista de que Santa Cruz reconstituiría a sus fatigadas tropas en el estacionamiento de Carhuaz, eliminando así una de las ventajas que se había querido explotar.

Acordado por los Generales que convenía tomar la ofensiva, la junta discutió, en seguida, la forma en que debería emprenderse ésta. Se pensó en realizar un ataque frontal actuando siempre en el compartimiento este del Callejón, entre la cadena oriental y el Santa, y se pesaron también las ventajas que ofrecería pasar al otro compartimiento, cruzando el Santa por uno de los puentes de Caraz, a fin de desembocar después sobre el flanco oeste o aun sobre la retaguardia del enemigo; este último plan, que hubiera sido muy ventajoso para no hacer el juego del enemigo y para amenazarlo en sus líneas de comunicaciones, tuvo que ser desechado porque obligaba, según algunas opiniones, a trasladar los hospitales e impedimenta del ejército a Huaylas, si es que no continuaban detrás del ejército por los pasos difíciles de Huacra; a pesar de este inconveniente la junta decidió estudiar esta solución consultando a los guías y prácticos del terreno. Pero, mientras los generales tomaban datos, Santa Cruz abandonó Carhuaz al día siguiente y dio un paso más hacia el norte situándose delante de Yungay en ambas márgenes del río Ancash, a 10 kilómetros escasos de la posición de San Miguel.

Gamarra hizo reunir entonces otra junta que decidió, en vista de los acontecimientos, que el ataque fuera frontal y que se llevara a cabo lo más pronto posible para impedir que Santa Cruz se reforzara y estudiara bien su nueva posición. Entonces se impartieron las órdenes convenientes a fin de que el ejército estuviera listo para combatir a partir del día 19.

FUERZAS OPUESTAS

El ejército de la Confederación estaba formado por las siguientes unidades:

Batallones bolivianos 1º, 2º, 3º 4º, 5º y 6to.

Batallones peruanos { "Ayacucho". "Arequipa". "Centro". "Pichincha".

Regimientos de caballería "Lanceros" y "Lanceros del General", escolta de Santa Cruz este último. Además, se contaba con ocho piezas de artillería.

El total de las tropas confederadas, cuyo efectivo pasaba de 6000 hombres, fue organizado en dos divisiones que se encargaron a los Generales Herrera y Morán; la caballería estaba a órdenes del General Urdininea, Santa Cruz dirigía en jefe las operaciones, habiendo designado al General Quiroz como jefe de Estado Mayor.

El ejército restaurador fue formado para la batalla en tres divisiones, y una vanguardia de cazadores; la caballería formó otra división. Esta distribución de las tropas no fue respetada durante la acción, porque los azares del campo de la lucha separaron o reunieron esas unidades en vista de las distintas misiones que debieron cumplir. Las divisiones eran mandadas por los Generales peruanos Eléspuru, Torrico y Vidal; la de caballería estaba a órdenes del General peruano Castilla.

El ejército restaurador constaba de las siguientes unidades:

Batallones peruanos	"Huaylas". "Cazadores del Perú".
Batallones chilenos	"Carampangue". "Aconcagua". "Valdivia". "Portales". "Colchagua". "Valparaíso". "Santiago".
Caballería	Regimiento "Cazadores a Caballo". Escuadrón "Carabineros de la Frontera". Escuadrón "Lanceros".

Gamarra disponía, también, de ocho piezas de artillería.

EL TERRENO

Saliendo de Yungay hacia el norte, en la misma situación que el Buín a la salida de Carhuaz, se halla el riachuelo Ancash. La orilla meridional de éste es de fuerte pendiente y escarpada en algunos puntos; su altura permite dominar por completo la otra orilla, por la que se iba a presentar el Ejército Restaurador.

Santa Cruz había hecho ocupar la margen elevada del Ancash, apoyando su derecha en los contrafuertes andinos y su izquierda en el río Santa. Delante de la derecha de su posición, en la otra orilla del riachuelo, se levanta una altura aislada, conocida con el nombre de Pan de Azúcar, que es una saliente de otra altura más elevada, llamada de Punyán; delante de su izquierda, siempre en la otra margen se veía la casa hacienda de Punyán.

De la altura que ocupaba Santa Cruz partían dos caminos principales que permitían cruzar fácilmente el Ancash: uno era el camino real, que pasaba por el puente situado en la parte media del frente ocupado y otro, escarpado y tortuoso, verdadero sendero de montaña, que subía por la izquierda de la posición, vadeando el Ancash cerca de su desembocadura en el Santa.

Además de la defensa natural que proporcionaba la altura de la ribera, el Protector había cubierto a sus tropas tras una espesa pirca que hizo levantar tan luego como ocupó el terreno.

LA ACCION

En la madrugada del 20 de enero de 1839 las tropas de Gamarra emprendieron marcha desde Caraz-San Miguel hacia los atrincheramientos de Santa Cruz. La columna, formada por tres divisiones de tres batallones cada uno, teniendo la primera dos piezas de artillería y la segunda seis, fue precedida por las compañías de cazadores de todos los batallones y un escuadrón de "Cazadores a Caballo", a órdenes del General Torrico. La caballería del ejército que formaba la Cuarta División, al mando del General Castilla, cerraba la izquierda.

Desde el comienzo de la marcha ofensiva a Yungay, Gamarra dispuso que el Batallón "Aconcagua", de la Tercera División, progresara por la cadena de alturas de la izquierda, para cubrir ese flanco y amagar el ala correspondiente del enemigo. El Batallón no encontrando resistencia en la cima, continuó hasta el cerro Punyán de donde descendió ulteriormente al cuello que forma esta altura con el Pan de Azúcar; este cerro estaba ocupado por cinco compañías confederadas de cazadores, a órdenes del General Quiroz. Tan pronto como el "Aconcagua" abandonó el cerro de Punyán dos compañías santacrucinas se precipitaron a ocuparlo, lo que dio lugar a que Bulnes enviase a esta altura tres compañías, dos del "Huaylas" y una del "Valdivia", para recuperarlo.

Mientras se efectuaban estas operaciones ya el resto del Ejército Restaurador se hallaba sobre la línea que pasa por la casa hacienda de Punyán y pronto las piezas de artillería de la Segunda División abrieron el fuego sobre las tropas de la defensa, haciendo repasar la quebrada a algunos elementos ligeros de caballería que se hallaban en la margen norte del Ancash.

Esta primera fase de la batalla, reducida a la toma de contacto sobre todo el frente, se completó por el reconocimiento a la vista, que hizo Bulnes del dispositivo general de la defensa.

Como de la resistencia hecha por los cazadores confederados que ocupaban el Pan de Azúcar se deducía que estas fuerzas quedaban sin enlace y adelantadas de la posición elegida por Santa Cruz, Gamarra dispuso que se atacara en primer lugar esa altura, a fin de alcanzar después la línea principal del defensor sin dejar esas tropas a su espalda. Aceptado este plan, el General Bulnes ordenó el asalto de la citada altura como una operación preparatoria del ataque general; esto era necesario, además, para desalojar a las compañías que amagaban la izquierda restauradora maniobrando en los cerros de Punyán, tarea que había sido encomendada, como ya se ha dicho, a dos compañías del "Huaylas" y una del "Valdivia".

Dado que el "Aconcagua" se encontraba orientado hacia el pie del cuello que separa ambas elevaciones, Bulnes aprovechó esta circunstancia para ordenarle que lo tramontara, tanto para amenazar por la espalda a las compañías confederadas del cerro Punyán y hacerlas abandonar el terreno, como para rodear el Pan de Azúcar. Al mismo tiempo que el "Aconcagua" iniciaba el movimiento de rodeo, Bulnes hizo desprender del grueso y avanzar sobre Pan de Azúcar, a órdenes del General peruano Ugarteche, a las compañías de cazadores del "Valparaíso", del "Carampangue", del "Santiago" y a la sexta compañía de "Cazadores del Perú".

gando sobre la división Morán; pero la carga, efectuada en pendiente sobre un terreno cortado por zanjas y tapias, no tuvo éxito y los cazadores a caballo fueron rechazados dispersándose hacia el llano de donde habían partido.

En estas circunstancias, cuando el ataque general había fracasado, no habiéndose obtenido sino una ligera ventaja contra la derecha confederada, el General Bulnes impartió a todos los cuerpos la orden de retirada general; algunos de ellos, que no estaban estrechamente al contacto, comenzaban a cumplir la orden, cuando el General Castilla notó el movimiento retrógrado e increpando a Bulnes *, hizo recomenzar la batalla que ya el Comandante en Jefe daba por perdida. A partir del momento en que Castilla tomó el mando efectivo del conjunto de las tropas restauradoras, se inició la cuarta fase de la lucha.

Como decimos más arriba, Castilla increpó a Bulnes con energía cuando éste, ya en retirada, le propuso romper el combate y regresar a San Miguel. En seguida dio órdenes a los batallones de la derecha, que ya rompían el contacto, para forzarlos a mantenerse en su puesto; se trasladó velozmente al centro de la línea de batalla donde se encontraba el Mariscal Gamarra para pedirle que en ese tramo de la línea de tropas se sostuvieran en el terreno que ocupaban y, tomando personalmente el escuadrón "Lanceros" y los batallones "Santiago" y parte del "Cazadores del Perú", de la derecha, pidió al General Eléspuru que recomenzara el ataque. Iniciado el cumplimiento de estas disposiciones se dirigió con las citadas unidades a la extrema derecha del dispositivo restaurador, donde vadeó el riachuelo Ancash cerca de su desembocadura en el Santa, para aparecer sobre el flanco izquierdo de la línea confederada, casi a la espalda de las tropas de la división Morán.

Entonces el General Morán, empeñado por el frente contra la división Eléspuru que, según las órdenes de Castilla reemprendía el ataque con decisión y atacado de revés en forma fulminante, empeñó el 6º de Bolivia que tenía disponible y pidió refuerzos a Santa Cruz.

Al recibir este pedido, el Protector dispuso que los batallones 1º y 2º de Bolivia, que había conservado en reserva, se trasladaran al sector tan seriamente amagado; pero estos batallones, lejos de obedecer, se rebelaron y comenzaron a retirarse en la dirección general de Yungay, sin querer entrar al combate. Los "Lanceros de Bolivia", también en reserva, se negaron igualmente a intervenir y Santa Cruz, que no tenía más tropas disponibles, se vio obligado a enviar su "Escolta". Este escuadrón llegó con oportunidad para detener momentáneamente el ímpetu de las tropas de Castilla, pero pronto fue arrollado y desbaratado.

En estas condiciones el General Morán, a pesar de sus esfuerzos, no pudo contener al mismo tiempo los dos poderosos ataques convergentes que recibía y su línea comenzó a ceder, dispersándose la tropa cuando se vió mezclada con la del adversario y cuando no-

* De explícitos documentos probatorios publicados en aquella época, que quedaron sin desmentido.

to que los Batallones 5º, de la derecha, 1º y 2º de Bolivia y los "Lanceros", pertenecientes a la reserva abandonaban el campo, arrastrando en su fuga al Protector.

Este desbande de las reservas fue la señal de la derrota para los confederados que, a las 2 y 30 de la tarde, se dispersaron por completo, perseguidos con oportunidad y ardimiento por los vencedores.

Las tropas de Gamarra hicieron numerosos prisioneros, tomaron banderas y trofeos de toda naturaleza, y dieron muerte en el campo de la lucha a dos Generales y 1400 oficiales y soldados de Santa Cruz.

*** LA PERSECUCION**

Tan pronto como las tropas confederadas comenzaron a ceder el terreno los soldados vencedores emprendieron, llevados del ardor del campo de batalla, la más enérgica explotación del éxito. La caballería del ejército unido expedicionario entró a la ciudad de Yungay mezclada, por la instantaneidad del avance, con la de Santa Cruz a la que sableó y persiguió mucho más allá de dicha ciudad.

La tropa chilena, incontrolada, ultimó a heridos en el campo de batalla y cometió indebidas muertes entre los prisioneros. El Mariscal Santa Cruz afirma en su manifiesto de Guayaquil: "que la mitad de los muertos fueron sacrificados lejos del campo de batalla".

Terminada la explotación del éxito y una vez dueño de Yungay, Gamarra dispuso que las tropas vencedoras emprendieran la marcha al sur, por divisiones, para capturar dispersos e impedir toda reorganización de las fuerzas enemigas. Pocos días después, los perseguidores habían recorrido veinte leguas, capturando prisioneros e impidiendo la reunión de los dispersos. Las poblaciones del tránsito, hostiles desde mucho antes a la causa de Santa Cruz, pusieron toda clase de obstáculos a la marcha de los fugitivos y auxiliaron con datos y recursos a los llamados restauradores.

Por su parte Gamarra marchó sobre Huacho, con una fracción del ejército, dando de antemano las órdenes convenientes para que el General La Fuente, que se hallaba en Trujillo con el batallón de este nombre recientemente formado, se dirigiera por mar a dicho puerto. El 7 de febrero se reunieron ambos generales en Huacho, siguiendo La Fuente a Lima, por tierra, para destruir las fuerzas que mandaba en esa ciudad el General confederado Vigil.

Otra columna desprendida de Yungay alcanzó en el valle de Chancay al General Morán que se retiraba con un escuadrón. Batida esta unidad fueron hechos prisioneros algunos distinguidos jefes que marchaban con ella, entre los que se contaba el General Boliviano Urdininea; Morán escapó a Lima, donde Santa Cruz le ordenó que tomara el mando de los Castillos del Callao guarnecidos por cerca de dos mil hombres.

Santa Cruz que no alcanzó a ver el fin de la batalla de Yungay partió del campo de la acción el 20 de enero y llegó a Lima el 24; permaneció algunos días en la Capital y salió de ella el 28 del mismo mes encaminándose hacia Arequipa que alcanzó el 14 de febrero. En esa ciudad dictó órdenes para reunir los restos del Ejército

* Croquis No 38

del Norte con el del Centro y el Ejército Boliviano que mandaban en ese entonces los Generales bolivianos Ballivián en Puno y Velazco en Tupiza, respectivamente; pero éstos, así como los pobladores de Arequipa donde llegó a reunir 6000 hombres entre soldados y voluntarios, proclamaron la disolución de la Confederación al conocer el desastre de Yungay. Velazco hizo la revolución en Tupiza el 9 de febrero y Ballivián en Puno, que estaba señalado como punto general de reunión de los confederados, el 17 del mismo mes; los arequipeños rebelados contra el Protector le hicieron dimitir el mando el 20 de febrero y lo obligaron a abandonar la ciudad y trasladarse a Islay, acompañado hasta Congata por el batallón "Cuzco". Santa Cruz se embarcó para Guayaquil el 24 de febrero de 1839.

Cuando el General Vigil tuvo noticia de la aproximación del General La Fuente, que ocupó Lima el 11 de febrero, se retiró al sur de la ciudad y poco después, el 27 de febrero, firmó un acta en la que reconocía el gobierno de Gamarra.

El General Torrico que había seguido por la sierra, después de desbaratar en su camino todo rezago de organización de las tropas confederadas, alcanzó cerca de Jauja a la división del General santacrucino, Otero, persiguiéndola hasta Ayacucho. Como de este lugar Otero tomó hacia la costa, Torrico ordenó al Coronel Deústua que continuara la persecución con una parte de las fuerzas y él se dirigió al Cuzco con el resto de su división. Deústua alcanzó a Otero en Coracora, donde se había unido a este último, a pesar de la palabra empeñada, el General Vigil que vino de Lima con sus tropas. Deústua hizo conocer a Otero la situación política del país y convencido éste de que la Confederación había quedado disuelta, proclamó a Gamarra y se sometió al nuevo gobierno.

Gamarra entró a Lima el 27 de febrero siendo recibido con gran entusiasmo.

Cuando se tuvo noticia en Lima de la dimisión y embarco de Santa Cruz, Gamarra pasó una intimación a Morán para que se rindiera; este jefe comprendiendo la situación en que se encontraba, después de haber desaparecido todo vestigio de la autoridad a que obedecía, entregó los castillos del Callao el 5 de marzo.

Bulnes, con el General Castilla siguieron de Yungay por Cerro de Pasco a Jauja, donde permanecieron hasta que los auxiliares de Chile recibieron la paga y los premios que se les había ofrecido. Los soldados chilenos se embarcaron para su país en dos fracciones, conforme se les iba pagando; así una parte se embarcó en abril y la otra en octubre de 1839.

CAIDA DE LA CONFEDERACION

Los acontecimientos que hemos seguido dieron por tierra con el sistema político implantado por Santa Cruz en las repúblicas del Perú y Bolivia.

Gamarra, Presidente Provisional del Perú desde agosto de 1838, reunió en Huancayo un Congreso General en el mes de agosto de 1839. Este cuerpo político declaró insubsistente la Constitución de 1834 y dictó una nueva el 10 de noviembre de 1839.

El Mariscal Gamarra fue proclamado Presidente Constitucional de la República el 10 de julio de 1840, después que se practicaron las elecciones conforme a los preceptos de la nueva Carta Fundamental.

CONSIDERACIONES

La ocupación del Callejón de Huaylas por el Ejército Unido Expedicionario ofrece algunas de las características de la espera estratégica.

En principio, la espera estratégica, modalidad de la defensiva estratégica, se adopta cuando no se dispone de las fuerzas necesarias para emprender la ofensiva, y se reconoce la superioridad del enemigo, sea por el poder abrumador de sus medios de lucha, sea por la naturaleza y por la extensión del territorio que ocupa. El terreno montañoso duplica, por decirlo así, los efectivos del que lo defiende, pues, al mismo tiempo que favorece la defensa con elementos ligeros, disminuye el poder del atacante por la fatiga que impone a sus tropas y por la imposibilidad en que lo coloca de emplear la totalidad de los medios de que dispone; la extensión del territorio obliga al atacante a realizar tanteos, siempre penosos, para buscar al enemigo, atraerlo o fijarlo, a fin de lograr la decisión. En el caso en que se encontraba en Lima el ejército de Gamarra, todo indicaba la conveniencia de continuar a la defensiva estratégica, que ya había tomado desde que ocupó la Capital; pero, dada la proximidad inmediata de Santa Cruz, que acudió desde el interior con suma rapidez demostrando con ello el poder de los elementos de que disponía, era necesario tomar espacio y buscar un teatro de operaciones más favorable aún, que aproximase el grueso a la región de Trujillo donde se organizaban nuevas fuerzas y que diera nuevo aliento a las tropas que, en territorio hostil y sin el completo de los elementos que podían alcanzar progresivamente, no estaban aún en estado de presentar batalla campal.

Para que haya espera estratégica se requiere que, permaneciendo a la defensiva estratégica, las tropas se encuentren en las condiciones más favorables para pasar a la ofensiva táctica tan pronto como se presente el enemigo.

Esas condiciones favorables se refieren al terreno, a las propias tropas y a las posibilidades del adversario.

En lo que se refiere al terreno, éste debe ofrecer facilidades para la defensa a fin de poderse mantener en él sólidamente; tener accesos difíciles del lado del enemigo, pocos y de paso obligado, de manera de canalizar estrechamente su acción, con lo que se obtiene que se presente dividido cuando pretenda utilizar los distintos encaminamientos o que se introduzca por un solo acceso sin poder desplegar toda su potencia desde el primer momento; presentar, adelante del defensor, las condiciones necesarias para poder lanzarse bruscamente al ataque con las mayores ventajas posibles; tener salidas amplias hacia atrás, que permitan a las fuerzas replegarse sobre sí mismas, sin correr el riesgo de que las líneas de comunicaciones sean cortadas.

En cuanto a las propias tropas, deben encontrarse en una región de recursos abundantes, en la que puedan vivir por largo tiem-

po sin que se vean obligadas a realizar desplazamientos inútiles; permanecer en disposición tal que toda sorpresa estratégica sea imposible, para lo que es necesario adelantar vanguardias que no sólo prevengan de la aproximación del enemigo sino que lo retarden, a fin de dar lugar a que el grueso se aperciba.

Las posibilidades del enemigo deben limitarse, para lo que es necesario obligarlo a hacer un largo y penoso recorrido que desgaste sus fuerzas morales y materiales, haciéndolo luchar no sólo con las dificultades de los caminos, sino también con la escasez de recursos; generalmente esos inconvenientes lo fuerzan a fraccionarse en varias columnas, lo que permite que el defensor pueda tentar entonces una operación por líneas interiores o en posición central.

La defensiva estratégica no debe tomarse sino como un expediente que permite disimular nuestras intenciones, conocer de antemano las del enemigo, aumentar los propios medios y destruir o desgastar los del contrario.

Ahora bien: no en todos los casos se puede adoptar la defensiva estratégica, porque si el enemigo no se siente amenazado en sus órganos vitales, si no se ve obligado a buscar el choque, puede dejarla burlada. La naturaleza de la guerra determina estas circunstancias; así, en una guerra de invasión el defensor se siente impulsado por la opinión pública, y por sus propios resortes morales, a buscar la decisión antes de que el agresor se haga más fuerte y se aferre al territorio que ocupa.

Las vanguardias que cubren al grueso en la espera estratégica, adelantadas en las direcciones por las que puede presentarse el enemigo, deben ser débiles para no disminuir en gran proporción los efectivos del grueso, lo que sería atentar contra el principio de la economía de las fuerzas; pero, deben ser, sin embargo, suficientemente fuertes para bastarse a sí mismos durante el tiempo que trascurra hasta recibir apoyo.

Las vanguardias pueden ser tanto más débiles cuanto mayores facilidades ofrezca el terreno para su defensa y para la acción retardatriz. Pueden ser tanto más débiles, también, cuanto mayor sea la distancia a que se hallen del grueso a que cubren, porque entonces compensan su escasa capacidad de resistencia con el mayor espacio en profundidad de que disponen, lo que da tiempo al jefe de aquél para tomar sus disposiciones; en este caso deben disponer de gran movilidad que les permita burlar al adversario rompiendo y recobrando el contacto. En ambos casos, los datos que proporcionen estas vanguardias serán vagos porque su debilidad no obligará al enemigo a mostrar sus fuerzas, pudiendo darse el caso de que una vanguardia se repliegue ante un simple destacamento, engañando entonces al jefe sobre la verdadera dirección de ofensiva del grueso adverso. Para impedir esto, ampliando su radio de acción para que pueda determinar el contorno aparente y deducir de éste el volumen de las fuerzas adversas, llegando a ver lo que hay detrás de este contorno, deben estar dotadas de numerosa y atrevida caballería.

Si la vanguardia se repliega ante la presencia de un enemigo superior en número y el grueso avanza sincrónicamente en su ayuda, hay un momento en que ambas fracciones se hallan en el mismo campo y las fuerzas de la vanguardia no se desperdician cum-

pliéndose entonces, estrictamente, con el principio de la economía de las fuerzas: todas concurren a la misma acción, en el mismo campo táctico.

De otro lado, las vanguardias, entre sí y con el grueso, se deben encontrar en enlace estrecho y a distancia conveniente para prestarse mutua ayuda. De esta manera, las fuerzas no están dispersas y alejadas, sino montadas en un sistema cuyas piezas son solidarias.

La clásica frase que compara la espera estratégica con la disposición de "la araña en su tela", expresa lacónica y gráficamente el mecanismo general de la misma.

Son evidentes las enormes ventajas que pudo haber obtenido Gamarra de su dispositivo en el Callejón de Huaylas y, después de analizar las características de la espera estratégica, se puede afirmar que sus planes estuvieron de acuerdo con algunas de las modalidades del sistema.

El hecho de que Santa Cruz dividiera su ejército en varias columnas, demuestra que el terreno, sus obstáculos, sus recursos, condicionan las operaciones y pone en evidencia que Gamarra pudo lanzarse a la ofensiva táctica, batiendo una tras otra las columnas confederadas, si hubiera emplazado el grueso de sus fuerzas en el "puño del abanico", es decir en el punto de convergencia del haz de caminos que Santa Cruz se vio obligado a seguir para llegar al Callejón. Gamarra falseó en este punto la espera estratégica, pensando que sólo la naturaleza del terreno desgastaría al enemigo, sin procurar dividirlo ni explotar la crítica situación en que lo había colocado.

Atraídos los santacrucinos a los pasos de la sierra, Gamarra no se decidió a tomar la ofensiva táctica hasta que se alarmó con las ventajas que él mismo concedía al enemigo, permitiéndole un prolongado descanso en la región Caraz-Yungay.

Por su parte, comprendiendo el Mariscal Santa Cruz que las tropas de Gamarra se mantenían en una posición escogida y arreglada de antemano, y por consiguiente difícil de atacar, se limitó a marcar el paso cuando llegó frente a ella a fin de provocar al enemigo a que atacara primero; para conseguir sus fines se organizó en el terreno que había alcanzado, adoptando la defensiva táctica.

Este análisis de los planes y manera de conducir las operaciones, permite apreciar debidamente los puntos de la mentalidad militar de ambos caudillos

Es de notar la manera de proceder de Gamarra para dirigir las operaciones. Encontrándose como director de la guerra y de las operaciones al frente de un ejército aliado tenía que pedir acuerdo de los distintos jefes para dar sus órdenes, a fin de no lastimar sus derechos o provocar susceptibilidades; de ahí las repetidas juntas de guerra que convocaba.

La constitución de juntas de guerra es un procedimiento funesto; ellas suprimen la voluntad única del jefe que debe poder ejercitar sus calidades y capacidades sin limitación alguna. En las juntas, donde las decisiones se someten al voto de los jefes que las forman, se adoptan siempre los planes que proponen los pusilánimes y circunspectos, ya que las concepciones luminosas y las resoluciones enérgicas corresponden a los menos, o son patrimonio de

lúcidos cerebros que no todos poseen. Las decisiones adoptadas por mayoría, son opacas, fruto de la clara y penetrante visión del genio y de la ceguera de los más, que lo rodean; las mentalidades mediocres y los espíritus timoratos están siempre en mayor número, en todas partes.

Es verdad que en las juntas de guerra que convocaba Gamarra, como un **modus operandi** para no herir la susceptibilidad de los auxiliares, era su voz la que predominaba auxiliado en sus concepciones por el modesto y preparado Coronel Plasencia. Este jefe peruano fue efectivamente el alma de la campaña, y el "Diario de Operaciones" que dejó escrito ofrece enseñanzas militares que pueden utilizarse aún en nuestros días, a pesar de las adquisiciones recientes de la teoría de la guerra.

Cuando Santa Cruz se internó a fondo en la zona oriental del Callejón de Huaylas, Gamarra pudo fijarlo con una parte suficientemente fuerte de sus tropas y lanzar el resto sobre su flanco o mejor aun sobre su espalda, avanzando en rápida marcha por la zona occidental del Callejón. Esta maniobra realizada con precisión y rapidez hubiera permitido coger de una "redada" a los confederados; igual operación pudo haber intentado Santa Cruz.

La idea de pasar todas las tropas a la zona occidental para caer sobre la espalda del enemigo, que fue enunciada en la junta de guerra realizada el 12 de enero en Caraz, era más que todo una componenda ideada por los prudentes para no emprender el ataque directo de las tropas de Santa Cruz. En efecto: con trasladar a todas las tropas a la otra margen del Santa no se conseguía sino poner el río por medio y dar al ataque cierto carácter sorpresivo para los confederados.

Entre quedarse en la margen que ocupaban para realizar un ataque frontal, solución mala por carecer de idea de maniobra; o maniobrar sobre la espalda del enemigo tomándolo entre dos fuerzas convergentes que produjeran dos ataques separados en el espacio, pero reunidos en el tiempo, solución magnífica, de acuerdo con los principios del Arte; se quiso adoptar un término medio, vago, poco preciso, cual era dar la batalla con los frentes invertidos, en el mejor de los casos, solución tan arriesgada como defectuosa y de resultados aleatorios.

El proyecto de pasar las fuerzas a la margen occidental del Santa, para recorrer cerca de 25 kilómetros y desembocar a la espalda de las tropas de Santa Cruz, fue desechado porque había que desfilar de flanco, por un camino difícil, casi a la vista del enemigo; no se tuvo presente que la noche encubre las operaciones, como las encubrió en Pichincha, en la Macacona, en víspera de Ayacucho. Se adujo también que esta operación obligaba a trasladar los hospitales y la impedimenta por el difícil camino de Huacra o retirarlos a Huaylas para cubrirlos de la acción del enemigo, sin pensar que batiendo a éste los hospitales ya no necesitarían ser custodiados.

La solución consistía, indudablemente, en dejar en la margen oriental del río a las tropas necesarias para fijar a Santa Cruz y cubrir la impedimenta, mientras que el grueso maniobraba para caer sobre la espalda, o siquiera sobre el flanco, de las fuerzas ene-

migas. Pudo haberse hecho también lo contrario, haciendo caer sobre la espalda de los confederados un simple destacamento; pero esto no hubiera permitido sino la explotación frontal del éxito, lo que es menos decisivo.

En la batalla de Yungay, cuando Bulnes daba por perdida la acción, por falta de golpe de vista militar que le permitiera apreciar las circunstancias en que ésta se desarrollaba, Castilla logró salvar a los expedicionarios del más grande desastre.

Gamarra sólo había ideado el ataque frontal y obstinado sobre la línea confederada, sin obtener ventajas apreciables hasta ese momento. El General chileno Cruz empeñó la caballería en forma igualmente infructuosa; pero, este empeño tuvo la virtud de revelar a Castilla, que estaba en el ala derecha, la ventaja que ofrecería un ataque en fuerzas en esa región.

Era imposible romper el frente de Santa Cruz, pero no era imposible rodear su posición. Castilla descubrió el punto vulnerable y convencido de la excelencia de la operación que emprendía, la ejecutó con vigor y completa decisión. La maniobra que pudo hacerse de Caraz por Huacra en el campo estratégico, fue realizada por Castilla en los límites reducidos del campo táctico.

El General peruano contorneó la posición enemiga y obtuvo la victoria con el simple hecho de presentarse con decisión en una de sus alas, amenazando con volver la línea. Efectivamente, las fuerzas que condujo no tenían la potencia necesaria para doblegar a las reservas que Santa Cruz había conservado con muy buen tino; pero, su energía en el ataque desmoralizó a las tropas reservadas bolivianas que fugaron, abandonando a su jefe, tan pronto como vieron aparecer un ataque vigoroso en dirección peligrosa para su línea.

Desde el punto de vista moral, es muy reveladora la acción de Castilla. Su decisión para proseguir la acción confirma la teoría de que la batalla no es sino una lucha de fuerzas morales, en la que es vencido el que primero cree estarlo.

En esta campaña se llevó a cabo una persecución brillante, que deshizo uno tras otro todos los elementos de fuerza de que disponía Santa Cruz.

La persecución inmediata del campo de batalla, o sea, la explotación del éxito, fue función natural de los soldados. Nótese que en Pan de Azúcar murieron todos los defensores, sin que hubieran quedado heridos ni prisioneros, lo que evidencia que, en una lucha regular, los vencedores no dieron cuartel, practicando el llamado "repase".

La persecución estratégica, a través del territorio, fue dirigida por Gamarra que determinó las rutas por seguir, las operaciones por realizar y designó a los jefes peruanos que habían de conducirla.

Gamarra inundó el Perú con sus fuerzas. Persiguió directamente a los agrupamientos escapados de la batalla; orientó a La Fuente sobre Lima; encaminó a Torrico por la sierra; ordenó sitiar a Morán en los Castillos del Callao; y conservó a los chilenos cerca de sí, como grueso de las fuerzas, impidiéndoles recorrer el país con aire de vencedores, a fin de librarlo de sus huellas.

CAPITULO IX

GUERRA CON BOLIVIA

1841

Causas de la guerra.
Invasión de Bolivia.- Operaciones estratégicas.
Batalla de Ingavi.- Fuerzas en presencia.- El terreno.- **La acción.**
Resultados de la guerra.
Consideraciones.

CAUSAS DE LA GUERRA

El General Gamarra, después de jurar el cargo de Presidente Constitucional en julio de 1840, hubo de experimentar desde los comienzos de su gobierno las resistencias o rebeliones de diversos caudillos que, como Vivanco, le acusaban de irregularidad en las elecciones que lo habían llevado al poder, las que, según se decía, habían sido fraguadas por los Colegios Electorales con el apoyo de las bayonetas chilenas.

En el Sur existían, además, numerosos federalistas o regionalistas que alentados por algunos políticos bolivianos, tendían a producir el desorden para explotar sus consecuencias. Gamarra logró reducir a los rebeldes comprobando que gran parte de sus actividades se debían a intrigas bolivianas.

En Bolivia, después de la caída de Santa Cruz, se produjeron asimismo repetidos movimientos políticos inspirados o dirigidos por caudillos que ambicionaban apoderarse del mando. Uno de estos caudillos, que se hallaba asilado en el Perú, el General Ballivián, obtuvo la ayuda de Gamarra en sus empresas políticas y recibió una fuerte suma de dinero para costear una expedición a Bolivia donde debía combatir al partido de Santa Cruz *.

Santa Cruz, que se encontraba en el Ecuador después del derrumbamiento de la Confederación, aspiraba nuevamente al mando en Bolivia y, como de haberlo obtenido, era un peligro para la política de Gamarra, éste procuraba evitar que tal sucediera por todos los medios a su alcance.

Cuando Ballivián se internó a Bolivia por el Tacora, la lucha política se hizo más enconada en esa república y pareció que, por el

---

* Fr. G. Valdivia: Las Revoluciones de Arequipa.

hecho de dividirse la oposición entre Ballivián y Velazco que ejercía el mando, quedaba el partido de Santa Cruz con más probabilidades que los otros para llevar a su jefe al poder. El Presidente del Perú decidió entonces intervenir en la política boliviana por medios francos y enérgicos, cuyo buen éxito había comprobado en anteriores oportunidades.

Pero, al reunirse el ejército peruano en Puno y cuando comenzó a aproximarse a la frontera boliviana se dio el hecho extraordinario, que dice muy bien del patriotismo de los caudillos de Bolivia, de que Velazco y Ballivián se unieran para rechazar la invasión extranjera. A partir del momento en que los dos jefes políticos estaban en perfecto acuerdo era injustificada la intervención peruana; pero, sin embargo, Gamarra prosiguió las operaciones militares dirigiéndose a La Paz.

El hecho de que el Mariscal de Piquiza continuara la guerra en esas condiciones, parece demostrar que no era sólo el afán de neutralizar a los santacrucinos lo que lo llevaba a la república Alto Peruana.

En efecto, alguna opinión tenía entre los habitantes de La Paz el proyecto de separar esa provincia de la nacionalidad boliviana para disfrutar de las ventajas del puerto de Arica, y ligar su suerte a la del opulento y poderoso Perú con el que tenían los mismos vínculos raciales y políticos que con las demás provincias alto peruanas. Por otra parte, el Mariscal Gamarra siempre pensó en unir, por medios distintos a los que empleara Santa Cruz, la suerte de esos dos pueblos hermanos que sólo el autoritarismo y ambición del Libertador Bolívar hizo separar.

La confirmación de que Gamarra alentaba este ideal se encuentra en que condujo a sus tropas en dos ocasiones a ese país; que en 1831 estuvo a punto de repetir su intervención; que aceptó la Confederación que propuso Santa Cruz, siendo el primero en apoyarla, y que sólo luchó contra ella cuando vio, antes de Yanacocha, la infidencia del Mariscal de Zepita y en Yungay, cuando todos los peruanos se hallaban convencidos en esta época, por algunos errores de Santa Cruz, de que éste se transformaba en velado sojuzgador de las garantías y derechos de los peruanos.

Con ardiente espíritu nacionalista, amante de la gloria militar, convencido de su talento para dirigir la guerra, lo que le reconocían propios y extraños, Gamarra no consideraba difícil la tarea de recobrar los más antiguos límites del Perú. Recibió comunicaciones del General Obando para recuperar por el norte hasta el Juanambú y por el sur, de acuerdo con Ballivián, quería llegar al Pilcomayo.

INVASION DE BOLIVIA

* Cuando el ejército peruano avanzó por Huancané y Moho para cruzar la frontera y dirigirse a La Paz, Ballivián reunió las pocas tropas que tenía a su disposición y pidió al General Velazco el olvido de las disensiones políticas internas, solicitándole el envío de las fuerzas que le obedecían. Velazco aceptó la propuesta y respondió al Coronel Carrasco, encargado del arreglo, las siguientes palabras:

* Croquis No. 39.

"Diga usted al General Ballivián que yo no seré el Orbegoso del Perú, que toda la fuerza de la República y sus recursos están a su disposición para la defensa del país". El Presidente Velazco, añadiendo el hecho a la palabra, despachó en seguida adonde Ballivián a todas las tropas a sus órdenes y envió a este General el nombramiento de comandante en jefe del ejército boliviano.

OPERACIONES ESTRATEGICAS

Tan pronto como los peruanos pusieron el pie en el territorio boliviano, el General Ballivián que se encontraba en La Paz, hizo una finta avanzando a su encuentro hasta Huarina en la península de Hachacache y después se retiró velozmente hacia Sica-Sica para no arriesgar batalla en condiciones de inferioridad, dirigiéndose a buscar la reunión con los refuerzos que le enviaba el General Velazco desde el sur. Al abandonar La Paz puso en armas a la indiada de esa región para rodear de hostilidad al invasor; mantuvo también, bastante cerca de los peruanos, algunas partidas de montoneros que tenían por misión dificultar sus comunicaciones y apoyar la acción de los pobladores de la zona invadida.

Gamarra ocupó La Paz y se mantuvo en esa ciudad para trasladarse después a Viacha donde se estableció, parapetando sus tropas en los extramuros del pueblo con el frente a la dirección general de Calamarca por donde esperaba que apareciera su adversario; ocupando este lugar se hallaba en condición de cambiar la línea de comunicaciones que había traído por la del Desaguadero. En el cerro de Santa Bárbara, al S. O. de Viacha, hizo tomar posición a su artillería, contando con que esa altura aislada en medio del llano le permitía batir en todas direcciones para apoyar a su infantería.

Estando en esta disposición, el batallón 5º de Bolivia se desprendió del grueso en Ayo-Ayo, a órdenes del Coronel Herrera, y se dirigió sobre Mecapaca donde habían algunas fuerzas peruanas que pensó sorprender, pero fue batido y dispersado completamente.

El 17 de noviembre Ballivián, que se encontró en fuerzas con todos los elementos de Velazco que se le habían reunido, se dirigió de Calamarca a Viacha para buscar al enemigo y presentar batalla. Cuando llegó a Choquenaire desistió de su empeño y desvió su marcha hacia el este, sea por falta de informaciones precisas que le hicieron creer que existía una parte de las tropas peruanas en La Paz, sea para interponerse entre esta ciudad y el enemigo, o sea, en fin, para impedir la reunión del batallón peruano "Puno" que se supo que marchaba de La Paz a Viacha. Parece que esta última circunstancia no puede haber sido la causa de esa desviación en una marcha hacia el enemigo: los que sostienen que Ballivián se dedicó a dar caza a un batallón con todo su ejército, pretenden demostrar al mismo tiempo que el General boliviano tenía un ardiente espíriu ofensivo; sin embargo, una y otra afirmación se desdicen: la ofensiva se emprende contra el grueso adverso y una vez que se ha desencadenado no se le hace derivar sobre destacamentos insignificantes, que llevan al atacante en dirección excéntrica, haciéndolo acudir al menor engaño paar efectuar, tal vez, el juego del enemigo.

Los bolivianos siguieron al este y se detuvieron poco después dando frente a retaguardia, es decir frente a Viacha. Este hecho demuestra que su finalidad no era buscar al Batallón "Puno", sino más bien interponerse entre La Paz y el enemigo.

* Como la línea de ofensiva de Gamarra estaba orientada al sur, cuando el Mariscal peruano vio que el enemigo se situaba sobre su ala izquierda y con un frente perpendicular al suyo, dispuso que sus tropas abandonaran la posición de Viacha, que quedaba inútil por la maniobra del enemigo, y que se dirigieran al sur, por escalones, para cortar a Ballivián de las líneas de comunicación que lo unían a Calamarca. Esta última operación se realizó con facilidad, alcanzando los peruanos el caserío de Limani donde se establecieron con frente al norte, orientados hacia los pantanos de Viacha, en los que Ballivián apoyaba su derecha.

A esta maniobra de Gamarra el General boliviano respondió haciendo retroceder su ala izquierda, para dar frente al enemigo, conservando siempre su derecha en los pantanos. Desde ese momento Ballivián, cortado por los peruanos de sus bases y del centro del país y fascinado ante la maniobra de éstos, cedió en absoluto la iniciativa de las operaciones al General Gamarra, que adquiría la enorme ventaja, al contrario de los bolivianos, de pasar de la defensiva estratégica a la ofensiva táctica.

En estas condiciones trascurrió la noche del 17 al 18 de noviembre, sin que el General Ballivián tratara de enmendar la situación en que se encontraba, la que le era desfavorable porque el enemigo le imponía la batalla, porque éste ocupaba la parte más elevada del terreno, dominando con la vista y los fuegos el campo boliviano, y porque, en fin, estaba cortado de sus bases y con su frente normal de ofensiva invertido. El General Gamarra tampoco intentó durante la noche ninguna operación, porque la situación era completamente ventajosa para su ejército. Una lluvia torrencial obstaculizó además todo desplazamiento

BATALLA DE INGAVI

18 de noviembre de 1841

**Al amanecer del 18 de noviembre los dos ejércitos hicieron salvas de artillería y tocaron dianas. Las tropas se hallaban desplegadas en orden cerrado, cubiertas adelante por líneas de guerrillas a pie y a caballo; poco después ambos ejércitos avanzaron buscando el contacto.

FUERZAS EN PRESENCIA

La víspera de la batalla el ejército peruano tenía como Comandante en Jefe al General Castilla, siendo el Mariscal Presidente el director de las operaciones; pero los jefes de los batallones estaban descontentos con aquél y frente al enemigo se produjeron algunas quejas que tenían tendencia a degenerar en rebelión. Gamarra, no-

---

* Croquis No 40

** Croquis No 40

ticiado de esto, relevó a Castilla, encargándolo del mando de la caballería; nombró al General San Román para el comando general de la infantería y asumió personalmente el cargo de General en Jefe.

Las tropas peruanas contaban 23 jefes, 235 oficiales y 5119 soldados. Las unidades formadas con estos efectivos eran las siguientes:

Batallones:
- "Cuzco".
- "Punyán".
- "Salaverry".
- "Legión".
- "Yungay".
- "Puno".
- "Ayacucho".

Escuadrones:
- "Cazadores".
- "Franco Tiradores".
- "Húsares de Junín".
- "Coraceros".
- "Granaderos".

Además, habían 8 piezas de artillería bien servidas.

El ejército boliviano tenía 40 jefes, 320 oficiales y 4000 soldados. Las unidades que lo constituían eran las siguientes:

Batallones: 5º 6º, 7º, 8º, 9º, 10o. y 12o.

Escuadrones: 1ro. 3ro. 4to. y 5to., más el regimiento de "Coraceros". Estos escuadrones tenían efectivo muy reducido.

Los bolivianos disponían de 6 piezas de artillería.

EL TERRENO

En la región de Viacha el terreno es plano y sólo se encuentran algunas alturas al sudoeste del pueblo. Al este se hallan los extensos pantanos de Viacha, que son intransitables.

La pampa donde se realizó la batalla, alrededor de la casa hacienda y capilla de Ingavi o Incahue, tiene ligera pendiente ascendente hacia el sur y en ella se encuentran algunas chozas y caseríos aislados.

Los peruanos ocupaban el lado del glacis, frente a la casa hacienda de Ingavi y a las tropas de Ballivián, las que tenían a su espalda y hacia la derecha los pantanos de Viacha y a su izquierda, también detrás de sus líneas, los cerros Chonchocoro.

El terreno permitía que actuara la caballería, en todas direcciones.

LA ACCION

Los batallones peruanos desplegados en línea se encontraban cubiertos a su frente por delgadas guerrillas cuyo tiroteo se inició muy de mañana. Gamarra había repartido la caballería a la derecha e izquierda de su línea, teniendo además, en cada ala, una columna ligera de infantería, formada por los cazadores de los cuer-

pos, que debían secundar la acción de la caballería; la artillería fue intercalada entre las unidades de primera línea; como reserva quedaron los Batallones "Puno" y "Ayacucho", en segunda línea, detrás del centro, permaneciendo con ellos el Comandante en Jefe.

Análogo dispositivo tomaron las tropas bolivianas, conservando en reserva los Batallones 7 y 9º y los restos del 5º batido días antes en Mecapaca, así como el Regimiento "Coraceros" de escaso efectivo. Ballivián había emplazado cuatro piezas de artillería en su ala izquierda, que era la más amenazada y dos en la derecha.

Empeñado el combate entre las guerrillas, pronto se produjo el tiroteo general entre las dos líneas.

La insistencia de Gamarra para desbordar el dispositivo de Ballivián por la izquierda de éste, hizo que los bolivianos se precavieran de esa maniobra limitándose, para pararla, a ceder el terreno en esa ala, esquivando el desbordamiento.

En uno de estos desplazamientos, Castilla ordenó al Coronel Arróspide, jefe de los "Coraceros" que ocupaban la derecha peruana, que cargara para destruir las columnas bolivianas que en sus repliegue presentaban el flanco. Pero, dado el mal espíritu que reinaba en el ejército —y sólo a ello debieron la victoria los bolivianos, como veremos más adelante— este Coronel se negó terminantemente a cumplir la orden, a pesar de que fue reiterada de parte del General en Jefe por uno de sus ayudantes.

Ya en pleno combate, Gamarra, con la obsesión de desbordar el ala izquierda boliviana, dedicó todo el esfuerzo de sus tropas a buscar tal resultado haciendo avanzar y alargar su derecha; pero, los sucesivos avances de esta ala originaron cierto desorden en sus filas que Ballivián supo explotar, ordenando que sus batallones se lanzaran ciegamente adelante estrellándose contra las líneas de la infantería peruana. Al mismo tiempo que lanzó su ataque frontal, juzgando que su izquierda estaba sólidamente establecida y que se bastaba a sí misma, alargó y adelantó su derecha amenazando a los peruanos con cortarles su línea de retirada por el oeste, interponiéndose entre ellos y la dirección general del Desaguadero.

En este momento de crisis, la caballería peruana que formaba en el ala izquierda se separó un buen espacio hacia el oeste para guardar la línea de retirada, que veía amenazada, abandonando su primitivo emplazamiento. Este movimiento, inoportuno e innecesario, tuvo las más lamentables consecuencias, pues San Román interpretando mal la finalidad que tenía, sacó de la línea dos batallones y un escuadrón con los que abandonó el campo de batalla, encaminándose en la dirección general de Viacha.

Entonces los bolivianos, al ver esta disgregación de las fuerzas peruanas, redoblaron sus esfuerzos y la caballería peruana de la izquierda, engañada a su vez por el movimiento del General San Román, comenzó también a abandonar el campo.

Al mismo tiempo el General Gamarra, que desde el comienzo de la acción se encontraba al centro del dispositivo y en plena línea de batalla, fue muerto por varios proyectiles que lo tocaron en la cabeza y en la mitad del pecho; al caer, los soldados de los Batallones "Ayacucho", "Punyán", "Puno" y "Yungay", del primero y se-

gundo escalón, entre los que se hallaba el Gran Mariscal de Piquiza, se dispersaron a las voces de "el Presidente ha muerto", que repetían con insistencia, sembrando la confusión y el desaliento entre los demás hombres de tropa.

Castilla, a pesar de todo, se empecinó en sostener el ala en que se hallaba y siguió combatiendo con las tropas que quedaban y con los dispersos que reunía, pero pronto, después de haber cedido el terreno a palmos, los bolivianos lo hicieron prisionero con los últimos combatientes.

San Román se retiró por Viacha al Desaguadero, cuyo puente cortó para evitar la persecución, impidiendo el paso de los peruanos dispersos que quedaron dentro de una verdadera trampa, presos de su conquista, en número de 2500.

RESULTADOS DE LA GUERRA

Como consecuencia del desastre de Ingavi, Bolivia envió al Perú sus soldados para que ocuparan una parte del territorio a fin de obtener una paz favorable y duradera. El ejército boliviano ocupó la región del Sur, hasta la línea Puno-Moquegua.

La amistad que existiera entre los peruanos y bolivianos que acababan de luchar juntos contra Chile para sostener la Confederación; el federalismo de los departamentos del Sur del Perú, que hacía aceptar a los bolivianos como leales asociados; la prudencia y circunspección de los jefes militares de la ocupación y las reconocidas dotes de honradez del soldado boliviano, que es muy disciplinado y respetuoso del derecho ajeno, hicieron tolerar la ocupación del territorio, esperando las cláusulas de una paz honrosa para ambas naciones. Sin embargo, algunas partidas de montoneros peruanos se levantaron en Tacna y Puno, obteniendo brillantes éxitos parciales y atacando y venciendo a elementos importantes de las fuerzas de ocupación.

En el Perú gobernaba el Presidente del Consejo de Estado, Dr. Menéndez, encargado por Gamarra del poder ejecutivo. Este se dedicó a organizar nuevas fuerzas para tratar con Bolivia en buenas condiciones y, sobre la base de los restos de la expedición formó un ejército, llamado del Sur, que se estableció en el Cuzco a órdenes del General La Fuente; en el Norte se formó otro ejército, mandado por el General Torrico, para limitar las pretensiones del Ecuador cuyo presidente, el General Flores, amigo de Santa Cruz, amenazaba con invadir el Perú reclamando una línea de demarcación que no se le concedió (abril de 1842).

En esta delicada situación internacional, Chile, temiendo que Bolivia se engrandeciera con su triunfo, propuso mediar en el conflicto y lo hizo en efecto. A poco Ballivián, cuya situación era insostenible por razones de política interna, aceptó el tratado de paz de Acora, de junio de 1842, por el que los beligerantes volvieron honrosamente a su posición política en el Continente.

CONSIDERACIONES

El Presidente Gamarra, confiado en sus anteriores triunfos en Bolivia y dada la caótica situación política en que esta república se encontraba, esperó al invadirla que los sucesos se desarrollaran en

forma favorable para él. No previó el plausible gesto patriótico de los caudillos del Altiplano y creyó, por el contrario, que se repetirían las defecciones que llevaron a la más completa ruina a Olañeta en 1825 y a Sucre en 1828. Habiendo preparado la entrada en Bolivia de su amigo el General Ballivián, en la misma forma en que Santa Cruz preparó la suya al Perú antes de Yanacocha, creyó contar con él como aliado. La situación fue, sin embargo, muy diferente.

Esperando todo de las circunstancias políticas y cuidando al mismo tiempo, para atraerse partidarios, de no aparecer desde el comienzo como un conquistador sediento de batalla, se limitó a ocupar una parte del territorio creyendo que los demás resultados se conseguirían espontáneamente.

En tal expectativa Gamarra no se hizo informar con precisión sobre la situación del enemigo y no se cuidó de destruir las fuerzas de éste.

La campaña debió iniciarse por una ofensiva fulminante sobre Ballivián, seguida por una tenaz persecución que hubiera originado, desde el comienzo, el aniquilamiento de las fuerzas bolivianas, impidiéndoles reunirse, organizarse y pasar a la ofensiva, como lo hicieron.

Además, procediendo en esta forma, Gamarra hubiera obtenido todas las ventajas de la sorpresa estratégica.

Con la ofensiva sobre objetivos limitados que emprendiera el Mariscal Gamarra, descuidó a las fuerzas del adversario para preocuparse, exclusivamente, de la toma de un objetivo geográfico, como era la ciudad de La Paz, cuya ocupación, a pesar de ser el centro político de Bolivia, no daba la decisión final de la guerra que sólo puede hallarse, como siempre, mediante la destrucción del poder militar del adversario.

Los peruanos emprendieron la ofensiva estratégica, llevaron la guerra al territorio del enemigo e infligieron con esto un terrible golpe moral a sus defensores; pero, luego que obtuvieron estos fines, no los explotaron y se "anclaron" al terreno adoptando la defensiva táctica y cediendo, sin que nada los obligara a ello, la iniciativa de las operaciones.

Un cambio tan brusco en la situación, originado por la contradicción de los procedimientos empleados por Gamarra, no pudo menos que alentar a los bolivianos a tomar la ofensiva poniendo a su favor las ventajas que proporciona el movimiento.

El temor que tuvo Ballivián para embestir la fuerte posición de Viacha, devolvió a Gamarra la libertad de acción que había perdido voluntariamente por adoptar un dispositivo preconcebido cuya acción podía eludir el enemigo.

Es curioso observar cómo ambos Generales parecen lanzarse uno contra otro con gran ímpetu, para desmayar después y limitarse a escoger posiciones. La virtud que se atribuía a las bellas posiciones y a las llaves del terreno, había fascinado a ambos caudillos.

En todo caso, el Mariscal Gamarra podía justificar su decisión de permanecer a la defensiva táctica y tomar posiciones, porque su primer fin, que era ocupar el territorio, estaba ampliamente obteni-

do. En cambio, Ballivián se veía impulsado por la opinión pública y por la naturaleza de la guerra —rechazo de una invasión— a buscar al enemigo para expulsarlo de su país.

En la batalla, Gamarra marca desde el comienzo su dirección de ataque y revela al enemigo, en su insistencia, cuál es su intención. Conocida la intención del ataque, cuando éste desprecia las ventajas que proporciona la sorpresa, es fácil oponerse a sus esfuerzos y burlar sus decisiones.

Ballivián, con certero golpe de vista, comprendió desde el principio cuál era el fin que perseguían los peruanos y esquivó el desbordamiento para desgastarlos, preparando al mismo tiempo su propio ataque general. Este ataque general fue facilitado por el dispositivo de Gamarra, pues su obsesión de envolvimiento le había hecho desplazar su centro de gravedad hacia la derecha, confiando la izquierda a la acción de la caballería; como en estas condiciones los bolivianos amagaron precisamente esta ala, que Gamarra descuidó convencido de la excelencia y seguridad de la operación, la caballería peruana vaciló y dio, sin querer, la señal de romper el combate provocando, con su prematuro repliegue, el desmenuzamiento progresivo de la línea peruana.

El envolvimiento y el desbordamiento son operaciones que obtienen su mejor fruto cuando se ejecutan por sorpresa. La virtuosidad de su ejecución no reside exclusivamente en aparecer sobre la espalda del enemigo, sino en hacer el movimiento cuando éste no lo imagina y no ha previsto en consecuencia, con la debida oportunidad, las medidas necesarias para pararlo.

Para obtener la decisión en esas condiciones, es necesario fijar al adversario hacerlo empeñarse a fondo para desgastarlo y agotar sus reservas, y, cuando pasa por esta crisis, dar el golpe final apareciendo en dirección convergente con otras tropas que forman con las primeras una verdadera tenaza. Ahora bien, el que recibe el ataque en esta forma no empeñará sus reservas ni desguarnecerá su retaguardia si no se ha visto obligado a ello, sea porque se le cede terreno y debe entonces reforzar sus primeras líneas para aprovechar la oportunidad de avanzar, sea porque ve que se redobla la resistencia y le es necesario emplear mayor potencia en el ataque. Pero, si en una u otra circunstancia, antes de lanzarse a fondo, el enemigo nota la maniobra de rodeo o de envolvimiento, no caerá ya en el lazo y la ooperación se deberá recomenzar.

De otro lado, el desbordamiento debe ser fulminante y llevado a fondo. Los tanteos, aun en el caso de que se haya obtenido la sorpresa inicial, le quitan todo su valor.

El Mariscal de Piquiza, que esperaba todo de la desorganización política del país adverso, debió sufrir un terrible desengaño al comprobar el mal estado de la disciplina de su ejército en la víspera de la batalla, cuando los altos jefes protestaron contra el comando de Castilla. En la batalla misma: cuando Arróspide se niega a cargar con los "Coraceros' 'en la derecha del dispositivo; cuando la caballería de la izquierda abre sus intervalos restando su valioso esfuer-

zo en la lucha; y, por fin, cuando San Román abandona el campo, debió comprender que la disciplina es la fuerza principal de los ejércitos.

Así como en las elevadas concepciones de la estrategia hay principios inmutables que rigen el desarrollo de toda operación de guerra, siendo el de la acción en potencia, el principio director; así, entre las fuerzas morales que deben existir en un ejército: el valor, el honor, la abnegación... hay una fuerza máxima, verdadero haz de todas ellas, origen y fin de todas las virtudes guerreras de un ejército: la disciplina, potencia espiritual que permite aunarnos al servicio de una sola voluntad, a pesar de todo y de todos. Esta fuerza faltó a los peruanos en aquella oportunidad y, por ello, el triunfo de los bolivianos no se debe atribuir ni a las concepciones de su jefe, ni al valor de sus soldados.

CAPITULO X

INVASION AL ECUADOR

1859 - 1860

Causas de la guerra.
La expedición; sus fuerzas.- Acantonamiento en Piura.
Operaciones alrededor de Guayaquil.
Ocupación de Guayaquil y Paz de Mapasingue.
Consideraciones.

CAUSAS DE LA GUERRA

En el año de 1854 el gobierno del Ecuador firmó un convenio con los tenedores de bonos de su deuda externa, comprometiéndose a pagarles con el usufructo de una zona de tierras en la región de los ríos Bobonaza y Pastaza que consideraba de su propiedad bajo el nombre de Provincia de Oriente, siendo así que, conforme a la división territorial establecida por las leyes de Indias y según el **uti possidetis de 1810** esos territorios pertenecen al Perú.

Al ratificarse en septiembre de 1857 dicho convenio, el ministro peruano en Quito presentó formal protesta ante la cancillería ecuatoriana recibiendo, como respuesta, sus pasaportes para que dejara el país. Poco después, alarmados los ecuatorianos de su imprudente actitud, enviaron a Lima a un representante especialmente encargado de dar satisfacciones por el agravio; pero, las explicaciones no eran francas y no fueron aceptadas por el Presidente Castilla.

El representante ecuatoriano se retiró y poco después zarpó del Callao la fragata peruana "Amazonas" con la misión de bloquear Guayaquil, lo que se realizó efectivamente desde noviembre de 1858 hasta agosto del año siguiente, en que el Presidente Castilla comenzó a preparar una expedición para invadir el Ecuador, en vista de que no se hallaba una fórmula pacífica para arreglar el diferendo.

Al conocerse en Quito la determinación del gobierno peruano, los ecuatorianos comenzaron a apercibirse para sostener la guerra; pero, una vez despertado su ardor bélico, surgieron numerosos caudillos políticos que pretendieron el mando para arreglar, cada uno con mejores intenciones, la grave situación internacional en que se hallaban comprometidos.

LA EXPEDICION

Castilla, después de ordenar el bloqueo, reforzó paulatinamente las guarniciones del Norte del Peru e hizo concentrar en Piura algunos cuerpos de tropa, cuyo efectivo alcanzó a 2000 hombres, con la misión de cuidar la frontera y mantenerse a la expectativa, constituyendo así el primer escalón de marcha.

En Lima, en tanto, se concentraba el resto de las fuerzas del ejército recibiendo cada cuerpo el completo de su personal, ganado, armamento y material hasta formar unidades brillantes, en magnífico pie, lista para una larga guerra.

FUERZAS DE LA EXPEDICION

La agrupación acantonada en Piura estaba constituída por los Batallones "Callao" Nº 4, "6 de marzo" Nº 6 y columna "Cazadores de Piura". A estas tropas había que sumar los regimientos de caballería "Lanceros de la Unión" Nº 3 y "Provisional" Nº 4.

Las unidades que se hallaban en Lima, listas para embarcarse, eran las siguientes:

Batallones:
- "Punyán" Nº 1.
- "Pichincha" Nº 2.
- "Ayacucho" Nº 5.
- "Paucarpata" Nº 8.
- "Puno" Nº 9.
- "7 de Marzo" Nº 10.
- Columna "Cazadores del Rímac".

Escuadrón "Húsares de Junín" Nº 1.

"Escuadrón de Artillería Volante", que contaba con 12 piezas de a 4.

"Batería de grueso calibre", con cuatro piezas de a 24.

Además, como elementos de guerra, el ejército disponía de 12 piezas de marina de 32, 2 obuses de a 12 y 6 piezas de artillería de montaña.

El parque constaba de 40 quintales de pólvora, 330.000 cartuchos Sharps para carabina, 1.500.00 cartuchos para fusil, 8000 proyectiles de cañón. Habían 4000 fusiles de reserva y el vestuario y equipo correspondientes.

Los servicios comprendían una maestranza, un hospital militar y un cuerpo de ingenieros-pontoneros con abundante material.

El transporte a Paita de esas tropas, así como la conducción del parque y del tesoro, cuya caja militar contaba con dos millones de pesos en libras esterlinas, se realizó en los siguientes barcos:

Vapor "Huaraz" que transportaba el tesoro.
"General Plaza", buque hospital.
Transporte de guerra a vela "Arica".
" " " " "Iquique".

Fletados al comercio:
- "Nicolás Rodrigo".
- "Carlota".
- "Rosalía".
- "Tirone".

La fragata de guerra "Amazonas" de 33 cañones y el bergantín "Guisse" con 19, escoltaban el convoy.

El vapor "Tumbes" quedó reservado para conducir al Mariscal Presidente que actuaría como General en Jefe y a su estado mayor.

Desde agosto de 1859 el bloqueo de Guayaquil se hizo más estrecho enviando en relevo del "Amazonas" a la fragata "Callao", ex "Apurímac", de 44 cañones y a los vapores de guerra "Loa", "Ucayali", "Lerzundi", y "Sachaca".

ACANTONAMIENTO EN PIURA

El 29 de septiembre en la mañana las tropas de Lima recibieron orden de embarcarse y dos horas y media después estaba a bordo el último elemento de ellas.

El vapor "Tumbes", que salió primero, llegó a Paita el 2 de octubre y el convoy que conducía a la expedición comenzó a desembarcar las tropas a partir del 3 en que tocó en el mismo puerto. De este lugar el ejército continuó al interior, escalonándose a lo largo del río Chira; poco después, contando ya con 8000 combatientes, se concentró en la Huaca, donde dió desarrollo a un período intensivo de instrucción.

Mientras que el ejército peruano se preparaba para abrir campaña, Castilla prosiguió las negociaciones diplomáticas con el Ecuador hasta que, convencido de que por esta vía no solucionaría la situación, ordenó el reembarco de las fuerzas en Paita para hacer rumbo al puerto de Guayaquil, que fue alcanzado el 8 de noviembre de 1859.

Antes de abandonar el territorio nacional, Castilla dispuso que se constituyera un cuerpo de observación, para guarnecer la frontera del Macará.

OPERACIONES ALREDEDOR DE GUAYAQUIL

* La guarnición del puerto de Guayaquil se había aprestado a la defensa organizando algunas baterías en las orillas de la ría, pero al aproximarse imponente la poderosa escuadra peruana en fila doble de barcos, incluyendo los transportes, los defensores comprendieron su impotencia y decidieron no resistir. El convoy fondeó frente al puerto, en consecuencia, sin disparar sus cañones.

El Mariscal Castilla, adoptando una actitud conciliadora, no procedió de hecho a efectuar el desembarco, disponiendo sólo lo conveniente para que éste pudiera hacerse en el más corto tiempo, tan luego como lo juzgara necesario.

El 12 de noviembre se presentó a bordo una comisión del gobierno ecuatoriano proponiendo bases de arreglo. Castilla exigió entonces, como cuestión previa, que se permitiera el desembarco de las tropas a lo que no pudieron oponerse los comisionados. El mismo día tomaron tierra las tres divisiones del ejército peruano, haciéndolo la Primera y Segunda en Tornero, al norte de Guayaquil, y la Tercera en Matanzo, frente a dicho lugar, en la orilla opuesta al puerto.

* Croquis No. 41.

Las negociaciones se iniciaron, pero el 21 el Mariscal Castilla se dio cuenta de que los guayaquileños se valían de ellas para ganar tiempo y organizar mejor la resistencia. Dispuso, entonces, que las tres divisiones que formaban el ejército peruano se trasladaran a la ribera norte de la ría, donde se encuentra Guayaquil. La operación se realizó el 22 empleando las Primera y Segunda divisiones, de Tornero, una serie de puentes de circunstancias que establecieron los pontoneros del ejército para cruzar los numerosos esteros de esa región. La Tercera División pasó el 26 de Matanzo a la otra margen, utilizando lanchas y balsas.

OCUPACION DE GUAYAQUIL Y PAZ DE MAPASINGUE

7 y 25 de enero de 1860

Luego que el ejército peruano estuvo en la margen norte del río se organizó en dos escalones que marcharon hacia Guayaquil para apoderarse de las alturas de Mapasingue, de donde dominaba por completo la plaza y sus accesos. Cuando la Tercera División terminó la operación de pasar el río, se estableció detrás de las dos primeras formando la reserva general. El Cuartel General quedó en la casa hacienda Mapasingue.

Como las negociaciones continuaban aún, el Presidente del Perú, al mismo tiempo que ordenaba que se embarcara en Paita la división de observación para reforzar a las tropas peruanas que actuaban en Guayaquil, envió un ultimátum al presidente Franco, quien, aceptando todas las condiciones que en él se imponían, abrió las puertas de Guayaquil y ofreció sus propios cuarteles para que acantonaran los peruanos, lo que éstos hicieron el 7 de enero de 1860.

Poco después, el 25 del mismo mes, se firmó el tratado de paz de Mapasingue en el que el generoso Mariscal Castilla no quiso imponer condiciones, ni acallar para siempre las infundadas pretensiones del Ecuador.

El 10 de febrero el ejército peruano abandonó el territorio ecuatoriano obsequiando a los soldados de ese país, 3000 fusiles de aguja, 3000 equipos de campaña y otros tantos uniformes de parada; además, proporcionó calzado a las tropas que estuvieron a punto de darle batalla.

El largo convoy que conducía al ejército peruano llegó al Callao el 19 de febrero, después de su triunfal y onerosa excursión.

CONSIDERACIONES

Era innecesaria la excesiva potencia que dio Castilla a los elementos de invasión, no obstante que en la mente del caudillo germinaba la idea de hacer una campaña de aplastamiento absoluto del enemigo. Fue ventajoso, sin embargo, este exceso de fuerza, pues dio lugar a que no se realizaran cruentas operaciones, logrando imponerse la paz por la simple presencia de las tropas.

El Presidente y Comandante en Jefe del Ejército Peruano cometió varios errores de carácter político. Fue el primero, tratar con un jefe de partido que no era el llamado, a pesar de la investidura de

Jefe Supremo que él mismo se arrogaba, a firmar una paz definitiva. Castilla debió, una vez lanzado en la empresa proseguirla a fondo hasta hacer cesar todo reclamo, llegando a un avenimiento con un gobierno formal que ofreciera suficiente garantía para cumplir los pactos. Tan discutible fue el arreglo con Franco, en Mapasingue, que el mismo Congreso Peruano no quiso ratificarlo.

Asimismo, Castilla debió obtener que los territorios infundadamente reclamados quedaran bajo el dominio del vencedor, para alcanzar el fin político de la guerra.

Por último, en todo caso, debió exigir que el Ecuador costeara la guerra que había provocado; pero como hemos visto, se dio el caso rarísimo de que pasara todo lo contrario, pues los peruanos cedieron armamento y equipos, en cantidad considerable.

Es digna de atención la forma de operar de Castilla en las márgenes del Guayas. Su acción es tan medida y conciliadora que impone a sus tropas sacrificios y fatigas por no haber desembarcado, desde el comienzo, frente a los objetivos. El desembarco en Tornero y Matanzo lo obliga a efectuar una doble operación que pudo haber evitado.

Desde otro punto de vista, merece también anotarse el hecho de aprovechar el río Guayas para penetrar al país y desembarcar sobre la espalda del enemigo, cortándole de hecho toda comunicación con el interior y estrechándolo entre el mar y las tropas invasoras.

La preparación técnica de la expedición fue completa. Nada se dejó al azar a pesar de la insignificancia de la resistencia que hubiera podido oponer el enemigo, cuyos batallones eran de tan escaso efectivo como el "Imbabura", por ejemplo, que contaba apenas con 23 hombres.

La caja militar estaba bien provista teniendo en cuenta que se llegaba a un país pobre, cuyos recursos no permitían pagar las necesidades del ejército de invasión.

Un parque de ingenieros y un numeroso personal especializado en la construcción de puentes, era asimismo necesario en la costa del Ecuador cortada por riachuelos, cubierta de esteros e intransitable por la abundancia de aguas.

El transporte de una batería de a 24, así como el de los cañones de marina de 32, que hubieran servido para el sitio de plazas; la rapidez de los embarques que demuestran un gran esmero en la instrucción y una ordenada y metódica distribución de los elementos de transporte, y algunos otros procedimientos anotados en la descripción de las operaciones, pone en evidencia que el ejército que Castilla formó y condujo al Ecuador era un organismo eficiente, que hubiera cumplido su rol en esa o en cualquiera otra circunstancia.

Sería ocioso insistir en el brillante papel que cabe a la marina de guerra, como auxiliar del ejército, en cualquiera de nuestras guerras. En la guerra a que se refiere este capítulo su acción es notable; sin ella se hubiera repetido una larga y pesada invasión por el interior del Ecuador y a lo largo de su territorio, como la de Santa Cruz en 1822 o la de La Mar en 1828-1829.

CAPITULO XI

GUERRA CON ESPAÑA

1866

Origen de la guerra.- La "Expedición Científica".- Ocupación de las Islas de Chincha.- Tratado Vivanco-Pareja.- Revolución de Prado.

Operaciones navales en Chile.- La "Covadonga".- La Cuádruple Alianza.- Combate naval de Abtao.- Bombardeo de Valparaíso.

Combate naval del Callao.- Fuerzas opuestas.- 2 de mayo de 1866.

Consideraciones.

ORIGEN DE LA GUERRA

En repetidas ocasiones los gobernantes de España pretendieron reconquistar sus antiguos dominios coloniales de América. Esta aspiración era alentada por la tortuosa y vacilante vida política de los nuevos estados; las relaciones, pues, entre éstos y su antigua Metrópoli no podían ser cordiales.

El Perú, país que sin disputa era el primero de la América Meridional, se enfrentó siempre a toda pretensión de España, haciéndole sentir la inutilidad de sus intentos y el peso de su derrota en los campos de Ayacucho. No era de extrañar, pues, que se produjera un rompimiento en las vidriosas relaciones de ambos países.

Los principales acontecimientos que pueden señalarse como antecedentes o causas de este rompimiento son los siguientes:

En 1846 el Mariscal Castilla supo oficialmente que España preparaba una expedición que debía conducir el General ecuatoriano Flores sobre el Ecuador, su propia patria, donde, después de apoderarse del gobierno mediante la protección de las armas extranjeras, propiciaría que los españoles recobraran sus antiguas colonias. Parece que el General boliviano Ballivián no era extraño a esta combinación.

Castilla pasó entonces una circular a los gobiernos de América protestando de la presunta intervención española y pidiendo que, en caso de que ésta se llevara a cabo, se procediera de común acuerdo.

En 1853 el Presidente del Perú, General Echenique, envió a España como Ministro Plenipotenciario a José Joaquín de Osma; éste y el Ministro de Estado español Calderón de la Barca ajustaron un tratado en cuya cláusula tercera se "concedía amnistía a los peruanos, por su conducta durante las guerras de la Emancipación". Semejante tratado no podía ser aceptado por el Gobierno del Perú, que lo rechazó perentoriamente, fundándose, entre otras razones, en que dicha amnistía implicaba una subordinación inexistente.

En 1861 el General Santa Ana, Presidente de la República de Santo Domingo, entregó su país a España, convencido de que éste era el único medio de impedir disenciones internas; España formalizó la anexión y procedió a ocupar la isla dominicana. El Perú, nuevamente bajo el mando de Castilla, protestó de estos hechos ante las naciones del Continente, tratando de impedir nuevas anexiones.

En 1862 tropas francesas, españolas e inglesas debieron desembarcar en México, y aunque sólo lo hicieron las primeras, el gobierno peruano acreditando un ministro ante los republicanos del país invadido, opositores a la invasión, demostró que el Perú se opondría a todo precio a la intervención europea en América y, por consiguiente, a la reconquista española.

Por último, en 1863, el mismo Presidente Castilla se negó a aceptar como cónsul general de España en el Perú a un súbdito de aquel país cuya odiosidad para con los peruanos era notoria.

En la capitulación que concedió Sucre al General Canterac, sobre el campo de batalla de Ayacucho, se establecía que el Perú reconocería las deudas contraídas hasta entonces por el gobierno virreinal, con cargo de que el Congreso resolviera lo más conveniente al respecto. Durante el gobierno de Echenique, cuando se trató de la consolidación de las deudas peruanas, se proyectó pagar la deuda española y, además, se reconocieron créditos por valor de doce millones de pesos por daños de guerra a los españoles o por los suministros hechos por éstos al ejército independiente; llevado el proyecto al Congreso Nacional, fue desaprobado y los acreedores españoles quedaron en la misma condición que antes.

Pero, una vez reconocidos los créditos, los tenedores de bonos trataron de obtener su cancelación por todos los medios posibles y, explotando los desacuerdos existentes entre el Perú y España, influyeron en el gobierno español para que empleara la fuerza, a fin de obligar al Perú a la cancelación de la llamada "deuda española".

LA "EXPEDICION CIENTIFICA"

En 1863 tomó aguas del Pacífico, por el estrecho de Magallanes, una flota española que conducía, según afirmaba el gobierno de esa nación, a varios hombres de ciencia encargados de efectuar estudios de historia natural en el Continente Américano. Muy pocos fueron los pueblos que creyeron en la finalidad que se atribuía a la expedición y menos aun cuando vieron que los barcos que la formaban eran poderosas y escogidas naves de guerra.

La escuadra española, constituída por las fragatas "Resolución" y "Triunfo" y la cañonera "Covadonga", tocó en Valparaíso en junio de 1863 y en julio del mismo año recaló en el Callao, donde fue atendida según lo exige la cortesía internacional. El Contralmiran-

te Pinzón, que comandaba los barcos, fue bien recibido en Lima, y poco antes del 28 de julio se dirigió al norte, recorriendo la costa de México, para anclar en Acapulco.

En esta situación se recibió en el Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, el 20 de marzo de 1864, una comunicación de don Eusebio Salazar y Mazarredo, en la que pedía ser reconocido como enviado diplomático del gobierno español con el extraño título de "Comisario Especial". El Gobierno peruano respondió a esta comunicación negándose a reconocer oficialmente a tal agente, por cuanto el título de que venía premunido correspondía a los emisarios que el Rey de España enviaba años antes a sus provincias rebeldes, situación que en abril de 1864 no era la del Perú.

Salazar y Mazarredo, sin otra explicación, contestó el 12 de abril declinando en el gobierno peruano la responsabilidad de cuanto pudiera ocurrir como consecuencia de la negativa para reconocerlo y acusando al mismo gobierno de contratar empréstitos cuya finalidad era, a su juicio, adquirir elementos de guerra para oponerse a lo que él llamaba justas exigencias de España. El enviado especial terminaba su nota imputando al gobierno la responsabilidad de los sucesos ocurridos en Talambo, hacienda del valle de Jequetepeque, en la que fue muerto un español en riña vulgar.

Por esta fecha se encontraba nuevamente en aguas peruanas la poderosa flota española y a sus barcos se trasladó Salazar y Mazarredo para, de acuerdo con el Almirante, desencadenar las operaciones de guerra.

OCUPACION DE LAS ISLAS DE CHINCHA

14 DE ABRIL DE 1864

Dos días después de que el titulado Comisario Especial abandonó Lima, la escuadra española se apoderó de las islas de Chincha, hizo arriar la bandera peruana, tomó prisionera a la guarnición y capturó al transporte de guerra "Iquique", fondeado en ese lugar.

El gobierno peruano recibió una nota del jefe de la escuadra española y del agente diplomático, en què participaban la ocupación militar de las islas y exponían en un largo memorándum los motivos que tenían para proceder en esa forma, alegando entre éstos un pretendido derecho de reivindicación.

El Presidente Pezet, primer vicepresidente del General San Román, que había muerto en el mando, protestó de la ocupación de las islas y recurrió a España, donde creyó hallar la debida satisfacción de la ofensa recibida; pero el gobierno de ese país se limitó a desautorizar a su agente en lo que se refería a la pretendida reivindicación, sin entrar en otras explicaciones.

En tanto que corrían las negociaciones, la fragata española "Triunfo" se quemó totalmente en las islas de Chincha.

TRATADO VIVANCO-PAREJA

27 DE ENERO DE 1865

Por ese tiempo el gobierno peruano declaró que para entrar en arreglos exigía, como cuestión previa, que se desocuparan las islas que indebidamente mantenía bajo su bandera el jefe de la escuadra

española. Por su parte, Pinzón hizo espontánea oferta de devolver el territorio ocupado y entonces el Presidente del Perú nombró como representante diplomático al General Vivanco, para que formulara las cláusulas de un tratado.

En esos días el General Pareja había relevado a Pinzón, trayendo como refuerzo las fragatas "Villa de Madrid", "Blanca", "Berenguela" y "Vencedora", y él fue quien acordó con Vivanco un tratado preliminar, compuesto de ocho artículos, que se firmó en la "Villa de Madrid" al ancla en el Callao, el 27 de enero de 1865.

En el tratado se establecía que las islas de Chincha serían devueltas a su legítimo dueño; que el Perú aceptaría un "Comisario Especial" para arreglar el incidente de Talambo; que pagaría a los acreedores españoles y que abonaría además tres millones de pesos por los gastos efectuados por la escuadra española en aguas peruanas. Estos tres millones de pesos fueron pagados en seguida.

Días después de la firma del tratado, el 5 de febrero, desembarcaron en el Callao algunos marineros españoles, con el fin de pasear en el puerto y en la Capital, donde los atraía una corrida de toros. La odiosidad latente entre los pobladores de estas ciudades y los españoles dio lugar a que se produjeran altercados y reyertas que generaron en el Callao una asonada contra los marineros, en la que fue muerto un cabo de mar de la fragata "Resolución".

Cambiadas las notas diplomáticas de estilo, el Presidente Pezet, ansioso de conservar la paz, en espera de los elementos de guerra que había pedido a Europa, se apresuró a dar satisfacciones al jefe de la escuadra española, conviniendo en abonar 6000 pesos a la viuda del cabo muerto en el tumulto, más 17.000 por daños causados en las propiedades particulares de algunos súbditos españoles residentes; para dar mayor satisfacción procedió a expatriar a varios prominentes políticos, que no estaban de acuerdo con sus procedimientos, a los que inculcaba la realización de los desagradables sucesos del Callao. Entre los deportados salió del país el Mariscal Castilla, entonces Presidente del Senado.

REVOLUCION DE PRADO

28 DE FEBRERO AL 6 DE NOVIEMBRE DE 1865

La aceptación por el Presidente Pezet del humillante tratado Vivanco - Pareja había sublevado la opinión pública y originado vibrantes protestas en todo el territorio: se acusaba a Pezet de traición a la Patria, por haber dado explicaciones y pagado indemnización de guerra al agresor, sin haber procurado defender el honor nacional. Nadie recordó entonces que el Mariscal Castilla había pedido oportunamente los medios necesarios para defender al país de la agresión que ya se vislumbraba durante su último período presidencial, y nadie tuvo en cuenta que la representación nacional negó en ese entonces los recursos para la adquisición de elementos de lucha; a pesar de esta carencia de armas, el país entero pidió una guerra de cuyo buen resultado desconfiaba fundadamente el Presidente Pezet, porque conocía los inconvenientes que había que vencer.

Apoyándose en este sentir de la opinión pública, el Prefecto de Arequipa, Coronel Mariano I. Prado, inició en esa ciudad un movimiento revolucionario, declarando el 28 de febrero de 1865, con inflamado patriotismo, que la Presidencia de la República quedaba vacante por no haber respondido Pezet a la confianza de la Nación y proclamándose sucesivamente jefe superior del Sur y director de la guerra. Las unidades del ejército de guarnición en el Sur se adhirieron al movimiento y sus efectivos engrosaron rápidamente con los numerosos voluntarios, entusiastas y decididos, que se presentaron a servir la causa nacional. A la voz de Prado se levantó unánime todo el país, las provincias más alejadas se declararon contra el régimen que firmó los tratados y pronto el presidente Pezet sólo mandó en Lima y sus alrededores, disponiendo además de algunos de los barcos de la reducida escuadra peruana.

Prado, partiendo de Arequipa, inició operaciones sobre Lima, trasladándose por el interior hacia Ayacucho, donde se le reunió en junio el General Diez Canseco, segundo vicepresidente de la República, que había abandonado Lima perseguido por Pezet.

En Ayacucho Diez Canseco fue reconocido como presidente de la república, ya que se consideraba que Pezet, primer vicepresidente en el mando, había sido depuesto por la opinión pública. Prado, que no aceptó el ascenso a General que le ofrecieron primero los pueblos y después el General Diez Canseco, quedó con el mando de las tropas revolucionarias únicamente como comandante en jefe, cediendo toda ventaja política y demostrando con ello que sólo lo movía el sagrado interés de servir a la Patria. En tanto, el General Pezet esperaba a los revolucionarios entre Monterrico Chico inclusive y Chorrillos inclusive, d'sponiendo de casi todo el ejército de línea, que era muy superior a las tropas colecticias de la Revolución.

En julio las fuerzas de Prado dejaron Ayacucho y se trasladaron por Huancavelica sobre la Capital, alcanzando Lurín, donde acamparon en el mes de octubre. Atemorizados los caudillos de la Revolución por la superior potencia del ejército de línea que obedecía a Pezet, el que contaba, entre otros elementos, con las primeras 60 piezas de artillería rayada que trajo al Perú el Coronel Bolognesi durante la segunda administración del Mariscal Castilla, decidieron no atacar de frente el dispositivo de los defensores de la Capital, sino burlarlo, ocupando Lima sin combatir.

Como la guarnición de Chorrillos estaba constituída sólo por 300 cívicos que, formando en la derecha de la línea Pezet, se hallaban separados de ella, el Coronel Prado dispuso lo conveniente para marchar sobre Chorrillos durante la noche. En efecto: en la noche del 5 al 6 de noviembre los revolucionarios se apoderaron fácilmente de Chorrillos y continuaron sobre la Huaca Juliana en Miraflores.

De la Huaca Juliana el ejército de Prado continuó en la misma noche sobre la Capital, ocupándola a las seis de la mañana del 6 de noviembre. Para ingresar a la ciudad, a pesar de la guarnición que Pezet había dejado en las murallas que entonces la rodeaban, dispuso Prado que se franquearan los muros por la puerta del ferrocarril a Chorrillos.

Una vez dentro del recinto de Lima, se empeñó un duro combate en las calles para apoderarse del Palacio de Gobierno y de algunos otros puntos importantes; los revolucionaros, vencedores en es-

te combate por su mayor número, coronaron a su vez las murallas y esperaron que Pezet hiciera maniobrar su ejército para dar frente hacia el lugar donde había tenido su espalda, trasladándose de la línea Monterrico - Surco sobre Lima. Desde ese momento se trocaron los papeles de atacante y defensor, con gran éxito para Prado, que conquistó entonces, de modo muy explicable, la más entusiasta simpatía nacional.

El ejército de línea se reunió, efectivamente, en condiciones de atacar Lima, pero Prado hizo proposiciones de paz a Pezet, de acuerdo con algunos de sus principales jefes; después que los arreglos entre ambos tuvieron buen fin, Pezet se embarcó para el extranjero. El ejército de línea protestó entonces del abandono en que lo dejaba el Presidente, muchos soldados inutilizaron sus armas para no entregarlas a los revolucionarios y luego se dispersaron; otros se pasaron a las filas de la triunfante revolución.

Después de la victoria, Diez Canseco fue reconocido como Supremo Mandatario del Perú, pero permaneció pocos días en el gobierno. Los elementos liberales que acompañaban a Prado en la campaña revolucionaria llevaron a la primera magistratura, el 28 de noviembre, al Coronel jefe del Ejército, dándole el título de Jefe Supremo y concediéndole facultades dictatoriales.

OPERACIONES NAVALES EN CHILE

Una vez suscrito el tratado Vivanco-Pareja y después de haber obtenido satisfacciones por los hechos que tuvieron lugar en el Callao el 5 de febrero, los españoles se dirigieron a Chile para imponerse también a ese pueblo y demandar explicaciones sobre algunos hechos que juzgaban de abierta hostilidad para la causa española.

En efecto: los chilenos habían protestado cuando la ocupación de las islas de Chincha, manifestando simpatía por el Perú; habían asimismo impugnado el tratado de 27 de enero y mantenían estrechas relaciones con el Perú, a pesar de la presencia de la escuadra española. Al hacer los reclamos pertinentes, el ministro español en Chile había sido ampliamente satisfecho por el gobierno; pero el General Pareja no aceptó la conformidad manifestada por dicho ministro y, apoyado por la escuadra, pidió satisfacciones más amplias, ordenando el bloqueo de los cincuenta y tantos puertos de Chile. Poco después restringió el bloque que en realidad no podía cubrir y se limitó a cerrar Valparaíso y algunos puertos, declarando la guerra a Chile el 18 de septiembre de 1865.

LA "COVADONGA"

Chile se hallaba aún más indefenso que el Perú. Su escuadra se componía de un solo barco de madera, la corbeta "Esmeralda", que se hizo en seguida a la mar para hallar su salvación en el movimiento; al poco tiempo este barco atrajo a una celada, cerca de Papudo, a la cañonera española "Covadonga" y la capturó aumentando así la potencia de la marina chilena.

El General Pareja, al conocer este hecho que podía afectar su responsabilidad como comandante en jefe de la escuadra se suicidó,

sucediéndole en el mando el Brigadier Casto Méndez Núñez, que había llegado al Pacífico al mando de la fragata "Almanza", que con la fragata blindada "Numancia" se incorporaron a la escuadra.

LA CUADRUPLE ALIANZA

Tan pronto como Prado se hizo cargo del gobierno, dio pruebas de la más celosa y acertada actividad. Comenzó por entablar negociaciones para formar una alianza con Chile, que se hallaba bajo el bloqueo de la escuadra española. Chile aceptó el apoyo que se le ofrecía y la alianza ofensiva y defensiva quedó en vigor a partir del 14 de enero de 1866, en que se canjearon las ratificaciones.

Sucesivamente, mediante oportunas gestiones diplomáticas, se adhirieron a la alianza las Repúblicas del Ecuador, el 30 de enero, y de Bolivia, el 22 de marzo.

Luego que se estableció la alianza con Chile, el Dictador Prado declaró la guerra a España, el mismo día 14 de enero, haciendo suya desde ese momento la defensa de Chile y dando por anulado el tratado Vivanco-Pareja, que no había obtenido aún la aprobación del Congreso Nacional.

Días antes de que se declarara la guerra con España, el gobierno peruano despachó del Callao en auxilio de Chile a las fragatas "Amazonas" y "Apurimac" y a las corbetas "América" y "Unión", recién llegadas de Europa. Estos barcos debían además favorecer la entrada al Pacífico del "Huáscar" y la "Independencia", blindados adquiridos en Europa por la administración anterior, que habían salido de Brest, Francia, el 17 de enero de ese año.

Al Ecuador se le enviaron algunas piezas de grueso calibre para que artillara y defendiera Guayaquil.

COMBATE NAVAL DE ABTAO

7 DE FEBRERO DE 1866

La escuadra peruana burló la vigilancia de las naves españolas en su travesía al sur y, reunida con los dos buques que formaban la escuadra chilena, buscó un fondeadero en las recortadas costas de Chiloé para hallarse en condiciones de atacar al enemigo, luego que la ocasión fuera propicia, o reunirse al "Huáscar" e "Independencia", que debían pasar por Magallanes.

Al tomar el fondeadero, el 16 de enero, la fragata "Amazonas" chocó con una roca que le originó irreparable avería; una parte del armamento mayor fue sacado de la fragata, escapando así al desastre; la tripulación salvo íntegra.

Al saber Méndez Núñez, que las escuadras aliadas se hallaban en Chiloé, exoneró del bloqueo de Valparaíso a las fragatas "Blanca" y "Villa de Madrid" y dispuso que emprendieran operaciones contra aquéllas.

Las citadas fragatas españolas se presentaron a la entrada del canal en que se hallaban fondeadas las naves aliadas e iniciaron contra ellas un violento y sostenido cañoneo.

En ese día, 7 de febrero de 1866, había salido del fondeadero la "Esmeralda" y sólo quedaron en él la "Apurímac", la "América", la

"Unión" y la cañonera "Covadonga"; el total de los cañones de todos estos barcos sólo llegaba a cincuenta y siete, teniendo las dos fragatas españolas noventa y dos bocas de fuego.

La "Apurímac" había desarmado sus máquinas y se hallaba sin medios para moverse porque carecía de arboladura; la "Unión" y la "América" tenían sus máquinas apagadas y no disponían de carbón para levantar vapor. La "Covadonga", que era la nave de guardia, se encontraba expedita.

A pesar de hallarse los aliados en tan desfavorables circunstancias, sin movimientos y en un callejón cuya salida estaba ocupada por el enemigo, sostuvieron el fuego durante dos horas, a órdenes del Contralmirante peruano Manuel Villar, hasta que los buques españoles, después de haber recibido numerosas averías, se vieron obligados a romper el combate retirándose a Valparaíso.

BOMBARDEO DE VALPARAISO

31 DE MARZO DE 1866

Después del combate naval de Abtao, el jefe de la escuadra española comprendió que sin subsistencias, sin reemplazo de municiones y sin carbón para sus máquinas, no podía continuar las operaciones marítimas indefinidamente y decidió emplear la fuerza sobre los centros vitales del enemigo, a fin de irrogarle el mayor perjuicio posible. Al efecto, Méndez Núñez dispuso el bombardeo de Valparaíso para dirigirse poco después al Callao con la misma intención.

Para realizar sus designios Méndez Núñez concentró todos los elementos de su escuadra frente a Valparaíso y envió una notificación al cuerpo diplomático, el 27 de marzo de 1866, previniéndole de la operación que iba a realizar, a fin de que se pusieran a salvo las personas neutrales y los intereses de los extranjeros residentes.

A pesar de la protesta unánime del cuerpo diplomático, el bombardeo sobre la plaza indefensa, que no disparó un solo tiro de cañón, se realizó el día 31 de marzo de 1866.

El bombardeo duró dos horas y cincuenta minutos, disparando la escuadra española cerca de 2500 balas de cañón, que irrogaron enormes perjuicios en los depósitos de la aduana y en edificios públicos y particulares.

Después del bombardeo de Valparaíso, Méndez Núñez destruyó y hundió en el puerto algunos pequeños barcos que había tomado como presas durante el bloqueo y puso en seguida proa al norte para dirigirse al Callao con la intención de efectuar en este puerto igual operación.

COMBATE NAVAL DEL CALLAO

* El 25 de abril de 1866 se presentaron frente al Callao algunas naves de la escuadra española; al día siguiente llegaron las demás unidades que la formaban. La escuadra fondeó cerca de la isla de San Lorenzo.

Croquis No 42

El mismo día, horas antes de que se avistaran los barcos enemigos, el transporte peruano "Chalaco" zarpó al norte conduciendo a Guayaquil varias piezas de artillería de grueso calibre que el Dictador Prado enviaba al Ecuador para su defensa.

Desde que se tuvo noticia en Lima del bombardeo de Valparaíso se temió que el Callao corriera igual suerte y, en consecuencia, se contrataron 500 artesanos que procedieron a montar todas las piezas de artillería disponibles, inclusive nueve de grueso calibre que acababan de llegar, comprados por el gobierno de Pezet a raíz de las primeras manifestaciones hostiles de España.

Cuando la escuadra de Méndez Núñez apareció en el Callao, no se tuvo duda de que el comando español pensaba bombardear la plaza y entonces el entusiasmo por montar artillería en las playas del puerto fue creciendo, con el deseo de rechazar la agresión.

El 27 de abril el Almirante Méndez Núñez pasó una nota al cuerpo diplomático de Lima en la que, siguiendo los mismos métodos que empleó en Chile, notificaba su intención de bombardear el Callao dando un plazo de cuatro días para que fuera abandonado por los no combatientes y evacuado por los neutrales que debían poner a salvo sus intereses.

Al conocerse en Lima la notificación, el entusiasmo para organizar los medios de defensa creció de punto y los habitantes hábiles de la Capital concurrieron en masa, como los del Callao, a prestar su concurso en los trabajos defensivos. Los adinerados contribuyeron pecuniariamente para pagar jornales, los comerciantes lo hicieron con víveres que conducían personalmente a las obras o con especies que repartían entre las familias de los obreros; El Dictador y los miembros del ministerio se constituyeron en el Callao para dirigir y presenciar los trabajos, corriendo los mismos riesgos que los obreros.

FUERZAS OPUESTAS

Para defender el Callao se había organizado en la ribera una serie de baterías que se repartieron por partes iguales al norte y el sur de la población. Los barcos de guerra de que se disponía, convenientemente armados, permanecieron en el centro del dispositivo defendiendo la población misma como baterías flotantes. Además, se había lanzado a flote algunas minas, más ingeniosas que eficaces, formadas por barriles de pólvora con mixtos detonantes.

La Comandancia General de las "Baterías del Norte" estaba desempeñada por el Coronel José Joaquín Inclán, quien mandaba las siguientes organizaciones defensivas, enumeradas de norte a sur:

Batería de la "Independencia", a órdenes del Coronel Mariano Delgado de la Flor, compuesta de seis cañones cortos de 32.

Torre de "Junín", mandada por el sargento mayor Tomás Iglesias, compuesta de dos cañones Armstrong de 500 libras con blindaje de planchas de fierro; en esta torre se hallaba el comandante de las Baterías del norte.

Batería "Pichincha", al mando del Teniente Coronel Melchor Delgado, con cinco cañones largos de 32

Fuerte "Ayacucho", Teniente Coronel Andrés A. Cáceres, con dos cañones Blackley de 450 y espeso parapeto de tierra.

La Comandancia General de las "Baterías del Sur" estaba confiada al Coronel Manuel G. de La Cotera, quien mandaba las siguientes baterías:

"Cañón del Pueblo", cerca de la estación del ferrocarril, a órdenes del Capitán de Fragata Hercilio Cabieses, sistema Blackley de 450, que había sido montado en 24 horas.

Batería "Provisional" bajo el mando del Capitán de Corbeta José Sánchez Lagomarcino, con cinco cañones largos de 32.

Fuerte "Santa Rosa", Capitán de Fragata Guillermo Jhone, con dos Blackley de 450 libras; en este fuerte se hallaba el Coronel La Cotera.

Batería "Maipú", Coronel Ruperto Delfín, con ocho cañones largos de 32.

Torre de "La Merced", giratoria, blindada, de dos cuerpos, Coronel Enrique Montes, con dos cañones Armstrong de a 300.

Batería "Chacabuco", Teniente Coronel Miguel Rodríguez, con un cañón de 68 y 6 de a 32, cortos.

Batería "Abtao", Teniente Coronel Benito del Valle, con siete cañones largos de a 32.

En fin, la batería "Zepita" que hacía frente a la Mar Brava y que a órdenes del Coronel José A. Morón, disponía de dos cañones de a 68 y cuatro de a 32.

Los barcos, que formaban el centro de la línea como baterías móviles, estaban a órdenes del Capitán de Navío Lizardo Montero y eran los siguientes:

Vapor de guerra "Tumbes", de madera, en el que asistió al combate el jefe de la flotilla: 250 toneladas, dos cañones de a 32.

Vapor "Loa", de madera, al que se le había construído en el
700 toneladas, un cañón de 110.
Callao un blindaje de circunstancias adosando rieles a sus bordas;

Vapor "Victoria", de madera, acorazado con rieles y construído íntegramente en el Callao, habiéndosele adaptado una maquinaria de locomotora; este pequeño monitor estaba dotado de espolón, tenía sólo 60 centímeros de altura en la borda y montaba un cañón rayado de 68 en una torre giratoria.

En el puerto se encontraban, además, los vaporcitos "Colón" y "Sachaca", de madera, armados cada uno con dos cañones de pequeño calibre.

Para rechazar un probable desembarco, las tropas de que disponía Prado en Lima y sus alrededores, se agruparon cerca del Callao, en la región de las Chacritas, a órdenes del General Buendía. Los batallones que formaban esta agrupación eran los siguientes:

"Ayacucho", "Granaderos", "Legión Peruana", "Yungay", "9 de Marzo", "Independencia", "28 de Febrero", "Cazadores del Cuzco", "Cazadores de Cajamarca", "Huánuco", "Puno", "Trujillo", "Zepita", "América", "Arequipa", "Punyán", "Izcuchaca".

La caballería se hallaba reunida cerca de Bellavista; la formaban los siguientes regimientos: "Húsares de Junín", "Coraceros", "Lanceros de Chiclayo", "Lanceros del Cuzco", "Lanceros de la Unión".

Más próximos al Callao, y cubiertas del cañoneo por las casas de la población, se encontraban varias compañías de bomberos, algunas de ellas improvisadas, listas para combatir los incendios que pudieran producirse.

El conjunto de la defensa era dirigido por el Coronel Dictador que se había trasladado días antes al Callao y hecho sede del gobierno en los Castillos, frente al adversario.

Las fuerzas españolas que obedecían a Méndez Núñez, estaban formadas por las siguientes unidades navales:

Fragata blindada "Numancia", capitana de la escuadra, Comandante Juan Antequera; 40 cañones.

Fragata "Villa de Madrid", Comandante Alvaro Gonzales 56 cañones.

Fragata "Almanza", Comandante Victoriano Sánchez; 52 cañones.

Fragata "Resolución", Comandante Carlos Valcárcel; 42 cañones.

Fragata "Blanca", Comandante Juan Topete; 68 cañones.

Fragata "Berenguela", Comandante Manuel de la Pezuela; 36 cañones.

Corbeta "Vencedora", 3 cañones.

"Consuelo", "Victoria", "Cousiño", "Maule" de dos cañones y varios veleros empleados como transportes.

La escuadra española disponía en total de cerca de 300 cañones, siendo los de mayor calibre, en las fragatas de madera, de 68 libras.

2 DE MAYO DE 1866

El plazo que señalaba la notificación de Méndez Núñez expiraba el 1º de mayo; sin embargo en ese día no se produjo ningún movimiento en la escuadra española y sólo el día 2, a las 9 de la mañana, comenzaron las fragatas a levantar vapor, lo que se distinguió fácilmente desde el puerto.

A las once los barcos de combate comenzaron a desplazarse para formar dos divisiones que se dirigieron hacia el puerto, adelantando las alas del dispositivo, a las doce menos quince. Frente a las baterías del sur del Callao, que llegaban hasta el actual balneario de La Punta, se presentaron la "Numancia", la "Resolución" y la "Blanca". Al norte, sobre el frente comprendido entre la boca del Rímac y la población, avanzaron la "Almanza", la "Villa de Madrid", la "Berenguela" y la corbeta "Vencedora" que compensaba el poder que daba la blindada "Numancia" a la división del sur.

Pasadas las doce del día la escuadra española izó sus banderas de combate y su pabellón, a lo que respondieron los fuertes y baterías de tierra efectuando la misma operación.

A las doce y quince del día, la "Numancia" lanzó los dos primeros disparos hallándose a 800 ó 1000 metros del puerto; tan cerca estaba que se distinguían los movimientos del personal de a bordo. Estos disparos fueron respondidos por los dos cañones Blackley del fuerte "Santa Rosa"

A partir de ese momento se generalizó el fuego entre la escuadra y los fuertes y baterías del norte y del sur.

Al iniciarse los fuegos, el cañón del "Pueblo" saltó de su cureña por deficiencia del montaje improvisado que tenía; pero el único proyectil que disparó tocó a la blindada "Numancia" sin ocasionar avería seria.

A las 12 y 25, otro proyectil de grueso calibre tocó a la "Numancia" obligándola a virar para presentar los cañones de su otra banda, pero en este momento un proyectil del "Loa" y otro disparado por los fuertes cayó sobre ella, hiriendo con un casco al Almirante Méndez Núñez y haciendo que suspendiera el fuego por 15 minutos, mientras se llamaba a la fragata "Almanza" para que cooperara contra las baterías del sur cuyos certeros disparos comenzaban a producir desorden.

En la primera hora de combate uno de los Blackley del fuerte "Santa Rosa" se imposibilitó para continuar el fuego. En la torre de "La Merced" un Armstrong se inutilizó, asimismo, por defecto de los compresores de la pieza, que, haciéndole perder su carril, impedían que ésta volviera a su posición de tiro; los artilleros de la torre se encontraban componiendo el montaje de esa pieza, mientras la otra continuaba el fuego sobre las fragatas, que se hallaban a 800 metros, cuando una bomba disparada por uno de los barcos españoles se introdujo por el pequeño espacio de una porta y cayó sobre un amontonamiento de saquetes de pólvora que los "pasa cartuchos" habían formado junto a la pieza descompuesta para facilitar y acelerar sus tiros tan pronto como se encontrara expedita. Esta bomba hizo deflagrar la pólvora de los saquetes, provocando una formidable explosión, que se oyó a las 12 y 50, y que destruyó la torre, mató e hirió a sus ocupantes, entre los que se encontraba el Ministro de Guerra, Coronel José Gálvez.

En el lado del norte, un poco antes de la explosión de la "Merced', se produjo la retirada a la isla de San Lorenzo de la "Villa de Madrid", que habiendo sufrido una seria avería se hizo remolcar por la "Vencedora", abandonando el combate. A la 1 y 30 la "Berenguela", incendiada y haciendo agua por los certeros disparos de las baterías del norte, y de la torre de "Junín", se retiraba para no regresar. A partir de ese momento sólo quedó en el norte la "Vencedora", de regreso del remolque, y la "Almanza" desplazada hacia la división sur.

A la 1 de la tarde la escuadrilla peruana avanzó hacia las fragatas para obligarlas a que tomaran mayor distancia y para aliviar el combate de las baterías. Sus proyectiles tocaron a la "Blanca" y a la "Almanza", haciéndolas virar y alejarse algunas centenas de metros. Como al mismo tiempo un grueso proyectil tocó a la "Numancia", todas las fragatas se retiraron y el fuego decayó en intensidad. En estas circunstancias la "Blanca" aprovechó para dirigirse a prestar auxilio a la "Berenguela", que estaba navegando pesadamente hacia San Lorenzo; cuando volvió la "Blanca", sostuvo el fuego algún tiempo, pero recibió un proyectil que la obligó a retirarse en busca de refugio. En el momento en que la "Blanca" viraba, la "Numancia" recibió el quinto proyectil de grueso calibre, que puso fuera de combate a Méndez Núñez, ya herido anteriormente

En este momento, 3 de la tarde, la escuadrilla peruana hizo una nueva salida, que sólo afrontó la "Numancia", amparada por su blindaje, en tanto que la "Resolución" y la "Almanza" se retiraron, regresando una hora después, cuando los barcos peruanos habían vuelto a guarecerse bajo los cañones del puerto.

A las 4 de la tarde sólo hacían frente a las Baterías del Sur, la "Numancia", la "Resolución" y la "Almanza", que se retiró un largo rato para apoyar un incendio declarado a bordo. Frente a las Baterias del Norte se encontraba la corbeta "Vencedora" a competente distancia, haciendo algunos disparos aislados.

Poco después de las 4 la "Almanza" recibió a popa un proyectil de grueso calibre que destruyó el alcázar del capitán y tocó la maquinaria, obligándola a desplegar sus velas para alcanzar San Lorenzo.

A las 4 y 50 la "Resolución" viró y se dirigió, inclinada sobre una banda, a la isla, siguiéndola poco después la "Numancia", precedida por la "Vencedora", que rompió el combate a las 4 y 50 de la tarde.

Las baterías peruanas tuvieron 65 muertos y cerca de 150 heridos.

Las naves españolas permanecieron en San Lorenzo, reparando sus averías y dando sepultura a sus muertos, hasta el 10 de mayo, en que abandonaron el Pacífico para dirigirse a España tomando rumbo en parte a Filipinas y en parte a Magallanes.

CONSIDERACIONES

El honor de una Nación puede sufrir graves ultrajes cuando el Estado no prevé, con la debida solicitud, la siempre latente posibilidad de una guerra.

Los ciudadanos de un pueblo cuya dignidad nacional sufre menoscabo, no reflexiona sobre la cantidad y calidad de los medios de que disponen para la lucha. Piden la guerra con estentóreo grito y arrollan en la vorágine de los acontecimientos a todo el que se oponga al cumplimiento de su voluntad, menospreciando a los hombres de gobierno que no supieron preparar eficazmente al país; luego, la Historia arroja lodo sobre el nombre de éstos.

Los humillantes tratados que Pezet se vio obligado a aceptar fueron el fatal corolario de la imprevisión de los políticos que lo precedieron en el mando. Sin elementos de lucha de ninguna clase, sin preparación militar eficiente, los descuidados gobernantes del 65 tuvieron que suscribir tales convenios para evitar mayores males.

El hecho de que el gobierno de Pezet adquiriera buques y cañones de grueso calibre, pone en evidencia que los arreglos que aceptó no eran en realidad sino una tregua, pedida artificiosamente, para ganar tiempo y permitir la llegada de esos elementos.

Pero la opinión pública exigía satisfacción inmediata de las ofensas recibidas y exponía al país, con su actitud, a grandes desastres. La revolución de Prado tomó cuerpo entonces y expulsó al régimen de Pezet, lanzándose con patriótico y ciego fervor en el más

peligroso camino; felizmente los elementos de guerra que hacían falta llegaron poco después y entonces se pudo reivindicar la honra nacional, escapando del grave riesgo en que el pueblo exacerbado había puesto a la República.

Responder a una ofensa con una serie de notas pacíficas, es deshonroso; no tener los medios para vengar el ultraje debidamente, es vergonzoso. Lo último indica que se esperaba, resignadamente y con premeditación, los mayores agravios.

Los numerosos valles que se desarrollan en la costa del Perú, alcanzando perpendicularmente el litoral, son magníficos puntos de arribada para una escuadra que opera en aguas nacionales, cualquiera que sea su fuerza.

Así los barcos españoles hicieron fácil aguada y tuvieron aprovisionamientos de todo género, aún cuando a la firma de los tratados de la Cuádruple Alianza los puertos del Perú, Bolivia, Chile y el Ecuador quedaron cerrados para ellos. Siendo buques de vapor, su provisión de carbón y de agua era difícil; sin embargo, se sostuvieron sin inconveniente alguno durante largo tiempo y encontraron después del combate del Callao, los elementos necesarios para emprender larga travesía a Filipinas y a Europa por Magallanes.

El desprecio a las fuerzas del adversario, es siempre causa de desastres.

En Abtao los españoles midieron con demasiada economía las fuerzas necesarias para buscar a la flota aliada; el resultado fue, en consecuencia, desfavorable para ellos. Reunir todos los medios en un solo punto, concentrar las fuerzas, ser siempre superior al enemigo, es un principio aplicable a todo género de lucha.

Nunca se es demasiado fuerte para vencer.

La guerra tiene por objeto el aniquilamiento de las fuerzas del adversario. Una vez declarada debe ser proseguida a fondo, hasta obligarlo a la obediencia; su sumisión absoluta no puede alcanzarse sino por la fuerza, dándole la certidumbre de que si continúan las hostilidades sus males serán cada vez mayores. Si el enemigo no ofrece resistencia, y no quiere, sin embargo, dar las debidas garantías de paz, tanto peor para él; la guerra ya desencadenada, se continuará para irrogarle los mayores perjuicios posibles, hasta obtener que ceda.

Tal es la teoría de la guerra.

El agredido se defenderá, como en el Callao; soportará la acción de la fuerza, como en Valparaíso, o se someterá a las decisiones del agresor como Pezet se vio obligado a hacerlo.

El espíritu que anima a las masas populares en las grandes crisis, produce milagros sorprendentes en la guerra.

La revolución de Arequipa, cuyas declaraciones patrióticas "volaron de campanario en campanario", levantando en su favor a los pueblos y a las tropas, pone en evidencia que el primer factor del éxito es la comunidad de sentimientos y el afán de vengar una afrenta nacional. La súbita eclosión del odio incubado en el espíritu de las masas, durante mayor o menor tiempo, es el resorte principal de los movimientos arrolladores de éstas; cuando las pasiones que impulsan a la guerra son justas, la voluntad nacional toma un carácter tan sagrado que nada puede oponérsele, vence todo obstáculo y se impone por mil medios.

El triunfo de la revolución llamada "Restauradora de la Honra Nacional" y la brillante victoria del 2 de Mayo, son ejemplos sublimes de lo que puede un pueblo embriagado de pasiones saturado de ideal y dirigido por hombres superiores, de alta visión y probada fe nacionalista.

Parece que en el combate del 2 de Mayo tenían los españoles tan poco respeto por las baterías y fuertes peruanos, que no pensaron en emprender el cañoneo formal de ellos. El hecho de haber diseminado sus barcos en un extensa línea, sin tratar de concentrar los fuegos sobre un órgano cualquiera de la defensa, hace ver que los objetivos fueron repartidos uniformemente, como en Valparaíso, para proceder contra todos ellos al mismo tiempo.

Los peruanos, en cambio, sólo dispararon sobre algunos de los numerosos barcos al comienzo de la acción, toleraron que éstos se aproximaran lo más posible para dar lugar a que actuaran las piezas de 32, que eran de corto alcance, y dedicaron su atención, tanto en las baterías del norte como en las del sur, a concentrar sus fuegos para batir una tras otra a las unidades de combate de Méndez Núñez.

La dispersión frontal de las unidades de la Escuadra Española fue agravada por su escalonamiento en profundidad, pues, como se ha visto, los barcos avanzaron en dos alas, formando un ángulo entrante muy abierto, cuyo vértice, ocupado por la "Vencedora", estaba retrasado con respecto a la línea de fuertes y baterías de la playa. Presentándose ante la defensa de esta formación, las fragatas españolas fueron entrando sucesivamente bajo el fuego y ofreciéndose una por una ante las baterías que concentraban sus tiros muy fácilmente, puesto que no estaban atraídas por otras unidades atacantes.

Las condiciones de tiro eran más favorables para los peruanos por la estabilidad de las piezas en tierra, por la relativa solidez de las defensas y por el calibre del material, muy superior al de a bordo, que obtenía efectos más serios en menos tiempo y con menor gasto de munición.

CAPITULO XII

CONSIDERACIONES GENERALES

Naturaleza de las Guerras de Consolidación de la República.- Influencia de la política interna.- Características de la política internacional.

La conducción general de las operaciones.- Declaratoria de guerra.- Campañas navales.- Objetivos geográficos.- Líneas de comunicaciones.- Operaciones en la Sierra.- Géneros de guerra.

Los métodos de guerra.- Defensiva táctica.- La persecución.

Conclusión.

NATURALEZA DE LAS GUERRAS DE CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA

Siendo la guerra la continuación de la política internacional por otros medios, tiende lógicamente a conquistar fines políticos que colmen las aspiraciones del país o de los países que la emprenden.

En consecuencia, la guerra deberá hacerse con tanta mayor energía cuanto más trascendentales sean los intereses que se ponen en juego. De esta consideración se dedujo antaño que podía aceptarse una graduación en el vigor y tenacidad con que se debe conducir la lucha, según se trate de guerras de exterminio, entonces aceptadas, de luchas comerciales, de simple amenaza, de intervención en la política de otro país y demás. Aceptando este criterio, se establece la distinción entre guerras ofensivas, defensivas, con objetivo limitado u otras muchas, que reciben su nombre según la forma como se conduzcan las operaciones y en vista del fin político por alcanzar.

En los períodos de formación y estabilización de los Estados que comienzan a gozar de los beneficios de la autonomía, la disputa por una provincia, la determinación de la influencia en las comarcas vecinas, originan guerras de finalidad limitada, verdaderos tanteos a que se lanzan los pueblos para apreciar las propias o ajenas fuerzas, para obtener pequeñas ventajas y para hallar el equilibrio entre las nuevas entidades estaduales.

Para la consecución de sus aspiraciones capitales, los pueblos empeñan toda su potencia y despliegan la mayor energía. Pero cuan-

do son conducidos a la guerra por el mero deseo de satisfacer tal o cual violenta pasión de sus dirigentes, cuando sus intereses vitales no corren riesgo inminente, cuando no conocen sus derechos, no tienen legítimas y heredadas aspiraciones, ni ansias reivindicatorias que forman su propia historia, cuando sus hombres de gobierno ignoran o no presienten las leyes de formación y equilibrio de las nacionalidades, cegados por las bastardas orientaciones de una política interna, mezquina y personalista; entonces la guerra es una lucha partidarista, abanderizada, en la que sólo intervienen los soldados y sus jefes, al margen de la Nación.

El caudillaje y la política de partido, de oscuras finalidades, tuvieron preponderante influencia en el ciclo de guerras que acabamos de estudiar. La ambición que alentaban los caudillos, los llevó a la lucha para sustentar sus intereses personales; a veces arrastraban a sus pueblos a la guerra, sin que para hacerla hubiera de por medio elevados ideales internacionales, ni altos ni concretos anhelos patrióticos.

El soldado de aquellos tiempos, que vegetaba por los cuarteles, era un profesional que seguía con solicitud el menor capricho de sus jefes; entablándose la lucha exclusivamente entre las tropas, sin que intervinieran en ellas las demás fuerzas vivas de la Nación. A esta característica particular sólo escapó la guerra con España, de 1866, en la que la masa popular intervino indignada para defender el honor nacional ultrajado.

Las guerras de Consolidación de la República tienen grandes analogías con las guerras dinásticas de Europa, en las que el ejército no era sino el órgano de fuerza de que disponía personalmente un mandatario para imponer su voluntad a los vecinos. Esta circunstancia especial explica las fugas en masa, la negativa de las tropas para batirse, la flojedad de algunas resistencias, la falta de brío y obstinación para la lucha, que se presentaron en ciertos casos.

Estando constituídos los ejércitos que solían oponerse por determinado número de hombres, a veces de una misma nacionalidad, defensores de causas contrarias, el menor fracaso que experimentaba uno u otro de los bandos combatientes decidía a las tropas a voltear caras, cediendo el campo y renunciando a conseguir los fines que perseguía su partido o la bandería que se les obligaba a defender. De esta suerte, no experimentaban la infinita amargura que ocasiona la derrota a los que no saben o no quieren vencer o morir en la demanda; y, como era la defensa de sus intereses personales y no la causa sagrada de la Patria la que los lanzaba a la lucha, se hallaban, según su criterio, libres de renunciar en cualquier momento a los beneficios que guerreando habían pensado obtener. Esta fue la razón por la que, después de la batalla, casi siempre desaparecía el ejército vencido, abandonando a sus caudillos.

Por esta especial característica los bolivianos se mostraron sumisos cuando Gamarra invadió su territorio en 1828; el alto comando peruano se divide frente al enemigo en la campaña que terminó virtualmente en el Portete de Tarqui; los "yanacochinos", como se llamó a los soldados de Gamarra en 1835, cedieron en Yanacocha ante los perú-bolivianos después de hacer algún esfuerzo y cambiaron de bandera en gran número; los chilenos no combatieron en

Paucarpata; los bolivianos fugaron en Yungay, abandonando a su jefe, y dejaron Lima, antes de Guía, a la aproximación de los perú-chilenos dirigidos por Gamarra; en fin, los propios jefes, en revuelta sacaron los regimientos peruanos de la línea de fuego en Ingavi tan pronto como murió el Presidente a quien servían.

INFLUENCIA DE LA POLITICA INTERNA

A pesar de que los caudillos se lanzaban a la guerra confiando en las tropas que pertenecían a su partido político, no contaban efectivamente con ellas, porque así como por el momento estaban a sus órdenes, podía suceder que fueran arrastradas por una nueva corriente de opinión, o que las movieran nuevos ideales, o que comprendieran que no eran los mejores los principios políticos que sustentaban y, en consecuencia, cambiaran la bandera de un día a otro. En tal condición las campañas contra los soldados de otros países, que asimismo provocaban o recibían la guerra por cuestiones referentes a su política interna, se hacían contando con la desmoralización del enemigo; y así los planes de guerra no contemplaban solamente el choque de las tropas y la mejor organización y disposición de éstas para la batalla, sino que tenían en cuenta, principalmente, la opinón política del ejército contrario, que a veces terminaba por sumar sus fuerzas a las de su contendiente.

Un caso típico de esta manera de proceder es el del batallón 1º de "Pichincha": servía a Orbegoso en marzo de 1835, mes en que levantó bandera por Salaverry; en mayo se puso a órdenes de Gamarra, batiéndose por él en la batalla de Yanacocha; terminada esta acción, en el mes de agosto, sirvió con Santa Cruz, su vencedor, y se midió con Salaverry en la campaña del centro. Había cambiado tres veces de bandera, en el corto período de seis meses.

Las guerras de este ciclo, por razón de equilibrio internacional, eran verdaderas guerras de intervención política, en la que los intervencionistas contaban con los votos y la buena voluntad de la mitad, por lo menos, de los presuntos adversarios.

Gamarra en Bolivia, en 1828, y La Mar en el Ecuador, en 1829, intervienen de acuerdo con los pobladores y contando con el beneplácito de los soldados contrarios para expulsar a Sucre y debilitar, en los dos casos, el poder que conculcaba Bolívar. Santa Cruz proporciona elementos de guerra a Gamarra, para que se enfrente a Orbegoso y a Salaverry; luego invade el país contando con él, para unirse en seguida con el Presidente Orbegoso, y, auxiliado por éste batir a Gamarra, obteniendo que los derrotados se pasen a sus banderas. Salaverry, para sostenerse en el poder, se proclama defensor del país contra los perú-bolivianos y resulta vencido por ellos. Estas luchas son, como se aprecia fácilmente, verdaderas revueltas, simples guerras de opinión, en las que no entran en cuenta los intereses nacionales.

Los chilenos intervienen en 1836 en la política del Perú, instigados por los peruanos que habitaban en Chile y llamados al propio suelo por los peruanos enemigos de Santa Cruz. El Mariscal Protector de la Confederación comprende el juego político y se humilla

primero, simulando impotencia, para tratar después generosamente a los vencidos de Paucarpata, que considera como hermanos extraviados.

Chile insiste en intervenir, auxiliado de nuevo por los peruanos; comienza primero por luchar contra Orbegoso que, sin embargo, acababa de declarar disuelta la Confederación, y termina, gracias a la acción de Castilla, por batir en Yungay a Santa Cruz, contra el que había realizado una verdadera contraintervención.

Poco después Gamarra paga e intriga para intervenir en Bolivia contra el partido de Santa Cruz, al que teme personalmente; pero, al pisar el territorio boliviano, es batido en Ingavi por sus propios cómplices.

Castilla interviene en el Ecuador y el tratado que firma no merece aprobación del Perú, meses después, porque había sido celebrado por sólo dos de los tres partidos políticos que se disputaban el poder de ese país.

Las intervenciones de Chile en nuestras revueltas internas, por las que siempre cobró sueldos y premios, procediendo tal vez con el deseo de dañarnos, no dicen nada contra las aptitudes marciales del hombre del Perú. Necesitó éste auxiliares y los consiguió, procurando evitar que los chilenos permanecieran en el territorio más del tiempo estrictamente necesario para prestar su ayuda.

CARACTERISTICAS DE LA POLITICA INTERNACIONAL

Los Blanco y otros en Bolivia ayudaron al ejército peruano, invasor en 1828, para salvar a su país de lo que juzgaban un mal mayor: el gobierno de Sucre. El Coronel español Jiménez, jefe de las tropas que quedaron a cargo del parque de La Mar en Saraguro, acusa al General Gamarra, tal vez sin fundamento, de haber provocado el desastre que sufrieron los peruanos en ese lugar. El General boliviano López pretendió ayudar contra su patria, a los chilenos de Blanco Encalada; los peruanos La Fuente, Castilla y otros acompañaban a este último. Gamarra es el alma de la llamada Segunda Expedición Restauradora, con la que invade su propio país para desbaratar la organización que le había dado el General Santa Cruz. Ballivián ofrece secundar a Gamarra y después le presenta batalla en Ingavi. Obando, Bustamante, en 1829, y García Moreno, en 1859, ofrecieron a los peruanos la entrada en el Ecuador y lucharon con sus mismos connacionales para lograr que aquéllos ingresaran a su propio territorio.

Si Santa Cruz tuvo clara visión de estadista y formó la Confederación, Orbegoso, en cambio, sólo pensó en el mando o tal vez en la conservación del orden, sin vislumbrar la importancia de la combinación santacrucina, cegado por el odio a Gamarra y el temor a Salaverry. Prueba de ello fue que Orbegoso rompió de los primeros los lazos perú-bolivianos.

Gamarra, por su parte, tan pronto formó al lado de los que aceptaban la Confederación Perú-Boliviana como sistema político, invadiendo el territorio peruano con elementos bolivianos; tan pronto se opuso por las armas al ingreso de Santa Cruz al Perú. En

uno y otro momento de su actuación, demostró que sólo juzgaba la intervención de Santa Cruz como una operación militar montada, ya para favorecerlo, ya en contra suya.

Santa Ana en Santo Domingo, el General Flores en el Ecuador, y algunos más en otros pueblos, muestran las modalidades de la política internacional de entonces, en las nuevas repúblicas hispanoamericanas.

Estos hechos descubren, además, la manera como se planteaban los problemas internacionales de aquellos tiempos, en los que parece que no habiendo sino dos o tres hombres públicos en cada país, se hacían árbitros omnipotentes de los pueblos que les habían confiado la regencia de sus destinos.

En realidad, las relaciones internacionales en manos de inhábiles gestores o atolondrados caudillos, no respondían a los anhelos de los pueblos, sino al capricho de dichos dirigentes más o menos improvisados en las tareas del gobierno. De otro lado, es lógico creer que, vinculados los pueblos estrechamente por la santa causa de la emancipación que acababan de conquistar luchando en común, olvidaban las fronteras que los separaban, y daban por seguro que las guerras entre ellos, desposeídas de carácter internacional, sólo eran el choque entre hermanos más o menos ambiciosos, que querían imponer su voluntad lejos de los grandes intereses de la patria, que su miopía espiritual situaba en segundo plano o que no alcanzaba a ver.

LA CONDUCCION GENERAL DE LAS OPERACIONES

No es fácil determinar las características generales de la conducción de las operaciones, en el período de las Guerras de Consolidación. A pesar de que en los principales teatros de operaciones actúan los mismos generales y que en las campañas de más importancia figuran siempre Santa Cruz o Gamarra, es difícil reconocer un sistema en sus operaciones. Lo mismo sucede con los demás jefes de ejército, que no manifiestan un método definido de operar. La conducción de las operaciones se realiza por expedientes más o menos afortunados, que dependen de circunstancias diversas, difíciles de captar a través de la pompa de los partes y del fárrago de documentos, llenos de frases ampulosas, que eluden preconcebidamente el precisar los hechos.

Entre los expedientes a que recurren los Generales se notan a veces concepciones luminosas y acertadas, pero siempre incompletas, que fracasan al pasar del planteamiento a la ejecución.

Sin embargo, se observan tendencias constantes, que parecen indicar que la experiencia de las continuas luchas comenzaba a dejar algunas enseñanzas.

LA DECLARATORIA DE GUERRA

La ausencia de causas hondas o serias de discordia, impidió que el encadenamiento de los sucesos previniera de una posible ruptura de relaciones entre los pueblos. Cuando aparecen de improviso, en plena paz, los pretextos casi siempre forzados para declarar una guerra, se pasa bruscamente a las medidas de hecho.

Esta manera sorpresiva de iniciar las operaciones reporta grandes ventajas al que posee el dominio del mar, porque puede cortar al enemigo sus comunicaciones con el exterior y producir la asfixia comercial en el país agredido; al mismo tiempo, obtiene ventaja no despreciable en el transporte de las tropas que hace trasladar por mar, frente a sus objetivos.

Esta manera sorpresiva de tomar la iniciativa de las operaciones, fue empleada por Chile las dos veces que envió sus tropas al Perú.

La captura de los buques confederados en el puerto del Callao, en plena paz, fue un gravísimo atentado internacional que proporcionó de facto la superioridad marítima a Chile; como no se quiso castigar debidamente este hecho en Paucarpata, las ventajas de ese modo de iniciar la guerra beneficiaron inmensamente a Chile. Después de Paucarpata, también se iniciaron las operaciones sin previo aviso, presentándose la escuadra de los restauradores frente al puerto de Islay, para cañonear a los pocos barcos peruanos allí fondeados.

Gamarra en 1828 y en 1841, invadió Bolivia notificando la guerra cuando ya había cruzado la frontera. De esta manera, los invadidos debieron apercibirse para la defensa cuando ya se hallaba dentro de sus linderos, viviendo sobre el país y estorbando sus operaciones, un ejército enemigo.

En fin, Santa Cruz, premunido del pacto con Gamarra y en la inminencia de realizar otro con Orbegoso, pasó también la frontera y emprendió operaciones de guerra en territorio peruano, antes de que sus naturales defensores tuvieran aviso.

El desamparo en que se hallaban las fronteras, las afinidades raciales, la comunidad de sentimientos de los pobladores de las regiones fronterizas, favoreció esta clase de empresas. En otros casos, el dominio del mar ha dado también lugar a que se conozca la presencia del enemigo cuando éste se hallaba de puertas adentro. La captura de los barcos peruanos en agosto de 1836; la entrega de la "Pichincha", colombiana, a las autoridades peruanas, y de la "Libertad" a los bolivianos, así como la toma de las islas de Chincha en la Guerra con España, han sido actos piráticos que han servido para abrir por sorpresa las operaciones activas.

Parece que la guerra sin declaratoria y el ataque brusco, eran los métodos que adoptaron en aquella época los directores de operaciones.

Los que se apropiaron de la iniciativa de las operaciones por este sistema de declaratoria imprevista no explotaron, sin embargo, todas las ventajas que ofrece. Una ofensiva fulminante, auspiciada por la sorpresa estratégica, hubiera dado inmediatamente la victoria a quien la hubiera realizado, anonadando al adversario y clvándolo al terreno. El que rompe las hostilidades con brusquedad debe disponer de medios poderosos, bastante próximos, que le permitan explotar esa primera ventaja; pero en los casos a que nos referimos, la naturaleza de la guerra, de menudas conveniencias políticas, no permitía emplear desde el comienzo los medios que eran necesarios; estas guerras no se llevaban a fondo y con la debida energía, porque era necesario apropiar y calcular las actividades para el fin estrecho y limitado que se perseguía.

LAS CAMPAÑAS NAVALES

Han sido siempre la repetición de las operaciones de Lord Cochrane en el Pacífico.

Rotas las hostilidades, la escuadra que tenía el dominio del mar, ha establecido el bloqueo de los puertos del enemigo, capturado sus barcos aislados y ocupado, con o sin combate, las principales plazas marítimas.

El saqueo y las extorsiones en los pueblos indefensos del litoral ha sido procedimiento bastante conocido. Cuando los peruanos han tenido la superioridad marítima, como contra el Ecuador y contra Bolivia, se han limitado a ocupar Guayaquil o Cobija. La expedición del General Morán a la isla chilena de Juan Fernández y a los puertos de ese país se realizó con mesura, sin pedir nada a los pobladores, sin cañonear puertos indefensos y sin cometer depredación alguna.

Una característica **sui generis** de las campañas navales de este período ha sido la entrega voluntaria de barcos, realizada por sus propios tripulantes, quienes por razones de política interna, que ya han sido analizadas, ofrecían sus naves a los adversarios de su patria; tal pasó con la "Pichincha", colombiana, entregada en Paita, y con el "Congreso" y la "Libertad".

En este período se sucedieron numerosos combates navales, cuyo éxito dependió exclusivamente de la potencia de las naves empeñadas y no del talento de los jefes y del valor de las tripulaciones. Sin embargo, el combate de la corbeta peruana "Libertad" en la punta de Malpelo, cuando la guerra con la Gran Colombia, dio la ventaja a la corbeta sobre fuerzas superiores. El combate de Islay, antes de la Segunda Expedición contra Santa Cruz, dio la ventaja a tres barcos peruanos sobre cinco chilenos. Los corsarios de Santa Cruz, cuando capturaron en Supe al "Arequipeño"; frente al Callao contra la escuadra chilena, y en Casma, donde hubo que abandonar el mismo barco recobrado en Supe, demostraron las posibilidades de empleo de la marina. El combate de Abtao debe también contarse como una victoria exclusivamente peruana, porque fueron barcos de esta nacionalidad los que hicieron fallar la empresa de las dos poderosas fragatas españolas; la "Esmeralda", teniendo a bordo al Almirante chileno, oyó el cañoneo y no concurrió al combate, como en esa época fue probado.

Para las empresas navales irregulares, los chilenos han tenido siempre singular fortuna: la defección de la corbeta "Libertad", cuando cambió de bandera frente a Lobos, tripulada por enganchados extranjeros astutamente sobornados por Chile; la captura de la "Monteagudo" y la "Orbegoso", que actuaban fletadas al General Freire; la de la "Confederación", la de los barcos peruanos apontonados en el Callao, de la "Socabaya" en el mismo puerto, antes de que se diera la batalla de Guía; el vedado ardid de Papulo para capturar a la cañonera española "Covadonga", son actos de filibusterismo que aún celebran como espléndidos triunfos.

Operaciones navales de gran importancia fueron las que tuvieron lugar cuando la guerra con España. Los barcos españoles, a vapor, lograron muchos de los fines que se habían propuesto y, si es

verdad que fueron rechazados el 2 de Mayo frente al Callao, impusieron, en cambio, severo castigo a Chile cuando el bombardeo del puerto indefenso de Valparaíso, que era en aquel tiempo uno de los más importantes del Pacífico Sudamericano.

La hazaña de Guisse en Guayaquil contra las fuerzas de Bolívar, la toma del puerto a sangre y fuego, la ocupación de extenso territorio en las márgenes del Guayas, hasta el Daule, es también una brillante operación naval.

Por fin, en el titulado "Paseo Militar al Ecuador", los barcos peruanos de guerra y los numerosos transportes que condujeron a las tropas, hicieron ver la fuerza abrumadora que representa una escuadra poderosa en estos amplios, recortados e indefensos litorales del Pacífico.

LOS OBJETIVOS GEOGRAFICOS

Los Generales que dirigieron operaciones durante el ciclo de las Guerras de Consolidación tenían siempre en mira la ocupación de objetivos geográficos. Si el enemigo se cruzaba en su paso se producía la batalla, como en el Portete y en Guía; de lo contrario, se continuaba la operación hasta la población o región escogida donde, por sistema, se esperaba la acometida del enemigo; así lo hicieron Blanco Encalada y Salaverry en Arequipa, Gamarra en La Paz-Viacha, antes de Ingavi, y el mismo en Lima, después de Guía.

Las campañas contra Bolivia y el Ecuador en 1828 y en 1859, respectivamente, escapan a toda regla, porque fueron simples incursiones a países postrados, sin fuerzas morales ni materiales.

El hecho de que Santa Cruz tuviera que parar dos guerras de invasión y la necesidad de aniquilar a sus enemigos interiores, lo presenta siempre en marcha hacia las fuerzas enemigas. Efectivamente, Santa Cruz buscó siempre a su adversario y en esto tuvo claro concepto de las operaciones de guerra. Tenía un espíritu de ofensiva muy desarrollado, que lo hace aparecer, desde el punto de vista militar, como el opositor innato del sistema de Gamarra. Santa Cruz toma la ofensiva hacia Yanacocha, corre veloz desde Ayacucho a Socabaya, desde La Paz a Paucarpata, de Puno a Lima y de Lima a Yungay. Después de Yungay trata de reunir sus fuerzas para recomenzar; pero éstas se disgregan porque sus jefes creen que es llegada la hora de asaltar el poder. Con mayor lealtad de parte de Orbegoso y Nieto, Velazco y Ballivián, Santa Cruz hubiera reaccionado y la Confederación subsistiría, después de sepultar el ficticio poder de las tropas "restauradoras" que contaban más con el Perú, para armarse y guerrear, que con su propia base estratégica

LAS LINEAS DE COMUNICACIONES

Otra de las características que ofrecen estas guerras es el notorio afán de los caudillos, especialmente de Santa Cruz, de cortar la línea de comunicaciones de su adversario.

Gamarra conserva siempre su línea de comunicaciones con todo cuidado. En Saraguro la sorpresa nocturna de Urdaneta no lo desanima y, con gran estupefacción de sus colegas, abandona el parque y continúa al norte para esquivar el golpe con los frentes

invertidos, puesto que se suponía que el grueso de Sucre se hallaba en ese lugar; además, tenía la idea de utilizar la línea de Guayaquil, lo que hacía que no le preocupara esta incursión a su espalda. Durante la invasión de Bolivia, en 1828, Gamarra permaneció siempre listo a evacuar el territorio, sin internarse en él, y esta misma idea le hizo dar vueltas alrededor de La Paz en 1841. Antes de Guía, no abandona su línea al mar y hace fintas, en el campo táctico, sobre la línea que une a Orbegoso con la Capital. Evacúa Lima y se dirige al Norte, enlazándose con la Fuente y teniendo expedito el camino a Trujillo, que cubre directamente desde las márgenes del Santa.

Blanco Encalada, cuando ocupó Arequipa, vio su línea cortada muy pronto por las tropas del General Vigil, que hizo venir desde Lima el activísimo Santa Cruz. Meses antes Salaverry se vio cortado por Miller, mandado por el mismo Santa Cruz, que no sólo desbarató los elementos en orden que escapaban a los buques después de Socabaya, sino que capturó al joven y valiente Caudillo para entregarlo al Protector de la Confederación.

Esta previsión de Santa Cruz, pone en evidencia la importancia que concedía a la línea de comunicaciones.

Una demostración de que La Mar y Gamarra procuraban cortar la línea a Cuenca del Mariscal Sucre, se encuentra en los tanteos que hacen para desbordar a los colombianos por el oeste; los reconocimientos a Cuenca, de Raulet, y los que se enviaron después a Baños descubrieron la maniobra con su insistencia y, una vez descubierta, Sucre puso todo empeño en evitarla, replegándose a Jirón y a Narancay.

En el campo táctico, en Ingavi, Ballivián y Gamarra giran uno alrededor del otro para cortarse la línea de comunicaciones; también esta vez la insistencia manifiesta de Gamarra, hace que Ballivián descubra el juego y lo explote con gran éxito en su favor.

OPERACIONES EN LA SIERRA

Gran afán tenían los caudillos por realizar sus operaciones decisivas en el interior del país, donde se abroquelaban para hacerse más fuertes, a pesar de que a veces contaban con el dominio del mar

Deben exceptuarse las operaciones que terminaron en Ingavi, Yanacocha y el Portete, porque estas regiones montañosas fueron ocupadas como teatros de operaciones, impuestos por razón de las circunstancias.

Después de Yanacocha, Santa Cruz envía a Morán por el interior para atraer a Salaverry y hacerle perder las ventajas que le proporciona el dominio del mar. A pesar de que Salaverry pasó a la sierra con todo su ejército, Morán, defendiendo el terreno con tesón y energía, sin empeñarse a fondo, puso en evidencia que la fuerza numérica tiene poca importancia en terreno montañoso. El desgaste y desaliento de las tropas de Salaverry fue enorme, y aun en el caso de haber obtenido una victoria parcial, sus fuerzas habrían quedado rebajadas a la mitad de su valor.

Salaverry, tomando Arequipa como objetivo geográfico, ocupó voluntariamente la sierra, a pesar de que pudo esperar en la costa la probable ofensiva de su adversario.

Blanco Encalada, dirigido por los peruanos de la expedición que condujo, repitió la misma maniobra; se internó en el departamento de Arequipa para permanecer inmóvil en esa región.

Gamarra, deseoso de ocupar Lima, encontrando muy fácil batir a los pocos soldados de Orbegoso, da la batalla de Guía y se instala en la Capital; pero, tan pronto como se aproxima Santa Cruz con mayores fuerzas, corre a buscar en el Callejón de Huaylas la fuerza moral y material que le faltaba a sus tropas.

Las campañas de Santa Cruz y el desplazamiento de sus fuerzas se efectuaron siempre por la sierra y sólo marchó por la costa, con pequeña parte de sus tropas, para dirigirse de Lima a Chiquián al iniciarse la campaña que terminó en Yungay.

La maniobra de atraer al enemigo a la sierra fue, pues, realizada por Santa Cruz y por Gamarra, alternativamente.

Provocar al invasor a que avance de la costa a la sierra y cortar con rapidez su línea de comunicaciones con el mar, fue una maniobra favorita de esos tiempos, que dio sus mejores resultados contra Salaverry y Blanco Encalada. Gamarra, cuando ocupaba Lima después de Guía, no cayó en el lazo y, retirándose a Yungay, dio tiempo a su enemigo para que se decidiera a buscarle, contando con que la naturaleza de la guerra obligaba a este último a tomar el contacto y a empeñar batalla a la mayor brevedad.

GENEROS DE GUERRA

Gamarra emprendió en 1841 la ofensiva estratégica en el territorio de Bolivia; pero, amigo de las buenas posiciones, se estableció después a la defensiva táctica. En la guerra con la Gran Colombia malogró con sus detenciones los planes de La Mar, que, habiendo iniciado la ofensiva estratégica, quiso continuarla en el campo táctico. En Yanacocha, Gamarra no dió un paso hacia el enemigo confiando en las virtudes de la posición. En Guía y Yungay ordenó el ataque forzado por las circunstancias. Parece que Gamarra era partidario de la defensiva táctica, dominando tanto ésta como la ofensiva, que practicó a veces con éxito.

La ofensiva era el método predominante en las operaciones de Santa Cruz; sin embargo, en Yungay, esperó al enemigo.

Salaverry parece que confiaba sólo en el valor de sus tropas, que arriesgaba con desenfado y energía. Su campaña del centro lo hace figurar entre los Generales afectos a buscar al enemigo y conseguir la decisión; sus tanteos en Arequipa, Uchumayo y la imprudencia de su desfile en Socabaya, lo presentan como irreflexivo y demasiado aventurado en sus operaciones.

Orbegoso realiza en Guía la operación tipo de la defensiva pasiva, dispuesta. para hacerla más ineficaz aún, en dos escalones cucesivos.

LOS METODOS DE GUERRA

Con ligeras variantes, los métodos y sistemas empleados encuentran su respectivo modelo en las operaciones de las Guerras de la Emancipación.

Las batallas suelen producirse sin haber elaborado de antemano un plan y las tropas se van empleando en primera línea a medida que las circunstancias lo requieren.

El choque de las fuerzas es casi siempre frontal y en él sólo vencen los más obstinados, cualesquiera que sean las disposiciones del jefe que interviene, a veces, empeñando sus reservas.

Aparte de los desastres del Portete y de Yanacocha, en los que no se hace la menor previsión por parte del comando, los demás batallas ofrecen bastantes enseñanzas.

DEFENSIVA TACTICA

La defensiva a pie firme, sin idea alguna de maniobra, se realizó en Guía y en Yungay.

En esta última batalla, Santa Cruz establece un frente defensivo que cree inviolable y se expone como un plastrón a los golpes del enemigo. Cada ataque que dirigen los llamados restauradores sobre su línea, le hace reaccionar para tapar la brecha: las fuerzas perú-chilenas toman el Pan de Azúcar, el Protector manda un batallón a recobrarlo; los soldados del "Aconcagua" dejan los altos de Punyán y Santa Cruz orienta sus compañías para tomarlos. El General chileno Cruz lanza un ataque a caballo que era completamente inútil y Morán, sin auxilio de su jefe, lo detiene, desperdiciando por falta de apoyo la magnífica oportunidad que se le presenta para perseguir a los jinetes hasta la línea de donde habían partido y desordenar los batallones que se retiraban a su vista, por orden de Bulnes. Por fin, el aferramiento de Santa Cruz a la defensiva táctica y su falta de energía y oportunidad, a lo que se debe agregar su deseo de abandonar el campo de batalla, le impide utilizar sus reservas con el debido vigor contra las tropas de Castilla que rodean su posición.

El General que se siente impotente para emprender operaciones de aliento, juzga más cuerdo no buscar al adversario y trata de compensar su inferioridad ocupando una posición que duplique sus fuerzas; pero, no piensa, al adoptar este temperamento, que con tal proceder confiesa al enemigo la debilidad en que se encuentra y que, en consecuencia, el impulso de éste crece porque aumenta su libertad de maniobra ante la pasividad del contendiente, decuplicando entonces su fuerza moral que es elemento principal de la victoria.

La defensiva puede tomarse como un expediente momentáneo, para descubrir las intenciones del enemigo y para conseguir que muestre sus fuerzas; pero, su condición esencial de éxito reside en el apoyo próximo que deben ofrecerle las tropas reservadas, listas para desencadenar la ofensiva tan pronto como el adversario revele su desgaste o tan luego como incurra en algún error o ponga en evidencia un desfallecimiento.

Dentro de las normas anteriormente citadas procedió Ballivián en la batalla de Ingavi, lanzándose sobre la izquierda peruana cuando ésta comenzó a ceder el terreno.

El comando, que orienta y encarrila todos los esfuerzos, debe hacer sentir su acción en la batalla, empleando sus reservas en el momento oportuno y en el punto favorable, que siempre se descu-

bre durante el combate. Si el jefe deja que sus tropas es agoten en esfuerzos aislados y no se halla en aptitud de explotar las ventajas que obtengan, se desperdiciarán las oportunidades más favorables para lograr la decisión.

En ese trabajo de coordinación de los esfuerzos y de aprovechamiento de los sucesos, favorables o no, es donde se debe palpar la acción del jefe. La explotación oportuna de las ventajas parciales no puede realizarse, por otra parte, sino mediante dos condiciones: exactitud y velocidad en la trasmisión del dato, que informa del momento, y rapidez en la concepción y decisión de la maniobra por ejecutar. El dato, en las batallas de la época que estudiamos, se obtenía por la simple observación a la vista del campo de batalla; la rapidez en la concepción y en la decisión es fruto, hoy como antes, de la experiencia natural o adquirida que tenga el jefe, de sus reflejos mentales y del profundo conocimiento del terreno en general y de las posibilidades de las tropas en particular; esto último sólo se adquiere viviendo entre ellas una vida, a fin de compenetrarse del espíritu del soldado, que será bueno o malo, según sea la comprensión que de sus virtudes tenga el jefe que lo comanda.

LA PERSECUCION

La animadversión política, el deseo de capturar a los jefes del bando opuesto y alguna otra circunstancia, hizo que se efectuaran brillantes y enérgicas persecuciones, como no se habían visto durante las largas campañas de la Emancipación.

En Yanacocha, la persecución del campo de batalla se continúa hasta llegar a Oropesa, donde son capturados los últimos soldados organizados de Gamarra.

En Socabaya, se emprende la persecución inmediatamente después de la batalla y ella hace desaparecer los últimos grupos de salaverrinos; el Dictador mismo, cae prisionero.

En Guía, el ejército colecticio de Orbegoso, desaparece en las casas de la Capital.

En Yungay, especialmente, Gamarra ordenó una persecución estratégica tenaz y bien conducida. No se debe tener en cuenta en esta batalla la indebida matanza realizada en el campo mismo de la lucha por los soldados chilenos; este procedimiento reviste caracteres que no concilian con el grado de civilización que ha alcanzado la humanidad, puesto que el principio de la destrucción, que es bárbaro y cruel, pero necesario, debe detener sus realizaciones ante un adversario inerme o ya impotente.

Gamarra ordenó a sus tropas seguir sobre las huellas del enemigo, en persecución directa; se trasladó personalmente a la costa para cortar a los dispersos el camino al mar; ordenó a Torrico que marchara por la sierra en persecución indirecta, paralelamente a la dirección de la costa que podían emplear los fugitivos; hizo que Castilla con los chilenos, tomara detrás de Torrico para apoyarlo; aproximó a La Fuente desde Trujillo, donde se encontraba, y lo orientó sobre Lima. Por su parte, Torrico, cuya misión era alcanzar

el Cuzco, no se dejó atraer a la dirección excéntrica que tomó el General confederado Otero y envió en su seguimiento a Deústua; llegado al Cuzco con el grueso de sus tropas, se estableció en ese centro importante, después de haber recorrido todo el interior para ponerlo bajo las órdenes de la nueva autoridad suprema.

En Ingavi, San Román, cortando el puente del Desaguadero, dejó a sus compatriotas a merced de Ballivián; este General realizó también la persecución, capturando a Castilla con una parte de las tropas, muy al sur del campo de batalla, y tomando a los dispersos que quedaron en Bolivia, a los que mantuvo aherrojados, como reos comunes, con innecesario rigor.

CONCLUSION

Ha pasado para no volver la movida época del caudillaje, en la que estallaron las guerras que acabamos de estudiar. Los hombres que por sostener magnos ideales, grandes concepciones políticas o, a veces, falsos o erróneos apostolados, transformaron el territorio del Perú y el de los países limítrofes en campo de batalla permanente, han desaparecido a esta hora sin dejar discípulos; los que pudieran haber existido en las últimas décadas, han visto cómo sus inquietudes se pierden y esfuman absorbidas en el movimiento actual de la humanidad, que tiende a buscar ventajas más positivas e inmediatas que las que proporciona la lucha armada entre los hombres.

El caudillo guerrero, como el capitán conquistador, sólo pueden encontrarse, hoy, en las páginas de la Historia. No es posible ya, dado el actual dinamismo económico, hallar aquellos idealistas militantes que, con el arma al brazo, estaban siempre listos a perder la vida, el bien más preciado, a la vuelta de un camino o en la primera encrucijada, para imponer una ambición personal, para sostener un principio o un ideal a veces incongruente o para oponerse a una conculcación, real o imaginaria, de un derecho nacional. La guerra de nuestros días engendra tales trastornos y encarna tan complicada combinación de factores vitales, que no puede ser desencadenada a la voz, por un solo hombre. Requiere la cooperación de todas las fuerzas vivas del país y, para que éstas se empeñen, exige razones poderosas capaces de sacudir el espíritu de la Nación.

Nuestros Caudillos equivocaron, en algunas ocasiones, los procedimientos políticos que debían seguir; fracasaron más de una vez en la búsqueda de los medios para alcanzar sus aspiraciones y no siempre llegaron a identificarse con los justos anhelos de la Nación cuyos destinos regían; se disputaron el poder, siempre con la firme y sincera convicción de superar al mandatario en funciones y de superarse a sí mismo en el manejo de la cosa pública, a fin de lograr la felicidad de la Patria; ensangrentaron el País y, engañados por el espejismo de la victoria, que todo lo ofrece, lo llevaron por equivocada senda, apartándose del largo pero seguro camino de la paz que conduce a las grandes realizaciones nacionales. Mas, sus intenciones fueron rectas, no llegaron a saber que erraban; y así como la vida enseña que los genios son simple producto del medio, del ambiente, y del momento en que aparecen, debe aceptarse que los

caudillos fueron hombres necesarios, factores sociológicos fatales en la vida del Perú y, si se quiere, artesanos providenciales o inconscientes en la edificación de la nacionalidad.

Esos infatigables guerreros, con sus desorbitadas actividades personales y loables ambiciones patrióticas, supieron, influídos por el miraje napoleónico de los albores de su siglo y estimulados por la gloria militar que habían sabido ganar en las campañas de la Emancipación o cuyos resplandores sintieron muy de cerca, hacer flamear el hermoso blanco y rojo de nuestra bandera bajo el cielo de casi todos los países del Continente o sobre la humillada cerviz de los extranjeros invasores y así forjaron, en rudo batallar, las bases de nuestra organización estadual. Por esto último hemos llamado a las guerras que nuestros caudillos encendieron por su propia voluntad, o en las que intervinieron señalando los destinos del Continente Americano, Guerras de la Consolidación del Perú.

FIN DEL TOMO PRIMERO

CRONOLOGIA

De los principales hechos de armas

LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

INDICE

CAPITULO III

SAN MARTIN EN EL PERU

1820

CAPITULO IV

PRIMERA CAMPAÑA DE ARENALES EN LA SIERRA

1820

CAPITULO V

ARENALES Y MILLER

1821

CAPITULO VI

FUNDACION DE LA INDEPENDENCIA DEL PERU

1821 - 1822

Página

CAPITULO VII

GUAYAQUIL Y QUITO

1821 - 1822

CAPITULO VIII

PRIMERA CAMPAÑA A INTERMEDIOS

1822 - 1823

CAPITULO IX

SEGUNDA CAMPAÑA A INTERMEDIOS

1823

CAPITULO X

CAMPAÑA DE JUNIN

1823 - 1824

CAPITULO XI

CAMPAÑA DE AYACUCHO

1824

CAPITULO XII

OPERACIONES DESPUES DE AYACUCHO

1824 - 1826

Página

CAPITULO XIII

CONSIDERACIONES GENERALES

LIBRO SEGUNDO

GUERRAS DE CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA

CAPITULO I

MODALIDAD GENERAL DE ESTAS GUERRAS

1827

CAPITULO II

INVASION A BOLIVIA

1827 - 1828

CAPITULO III

GUERRA CON LA GRAN COLOMBIA

1828 - 1829

Campaña Marítima

CAPITULO IV

GUERRA CON LA GRAN COLOMBIA
1828 - 1829

Campaña Terrestre

CAPITULO V

GUERRAS DE LA CONFEDERACION PERU-BOLIVIANA
1835 - 1836

Campañas Perú-Bolivianas

CAPITULO VI

GUERRAS DE LA CONFEDERACION PERU-BOLIVIANA
1836 - 1837

Primera Expedición Restauradora

CAPITULO VII

GUERRAS DE LA CONFEDERACION PERU-BOLIVIANA
1838

Segunda Expedición Restauradora

1. Campaña de Lima

CAPITULO VIII

GUERRAS DE LA CONFEDERACION PERU-BOLIVIANA
1839

Segunda Expedición Restauradora

II. Campaña del Norte

CAPITULO IX

GUERRA CON BOLIVIA
1841

CAPITULO X

INVASION AL ECUADOR

1859 - 1860

CAPITULO XI

GUERRA CON ESPAÑA
1866

CAPITULO XII

CONSIDERACIONES GENERALES

CRONOLOGIA

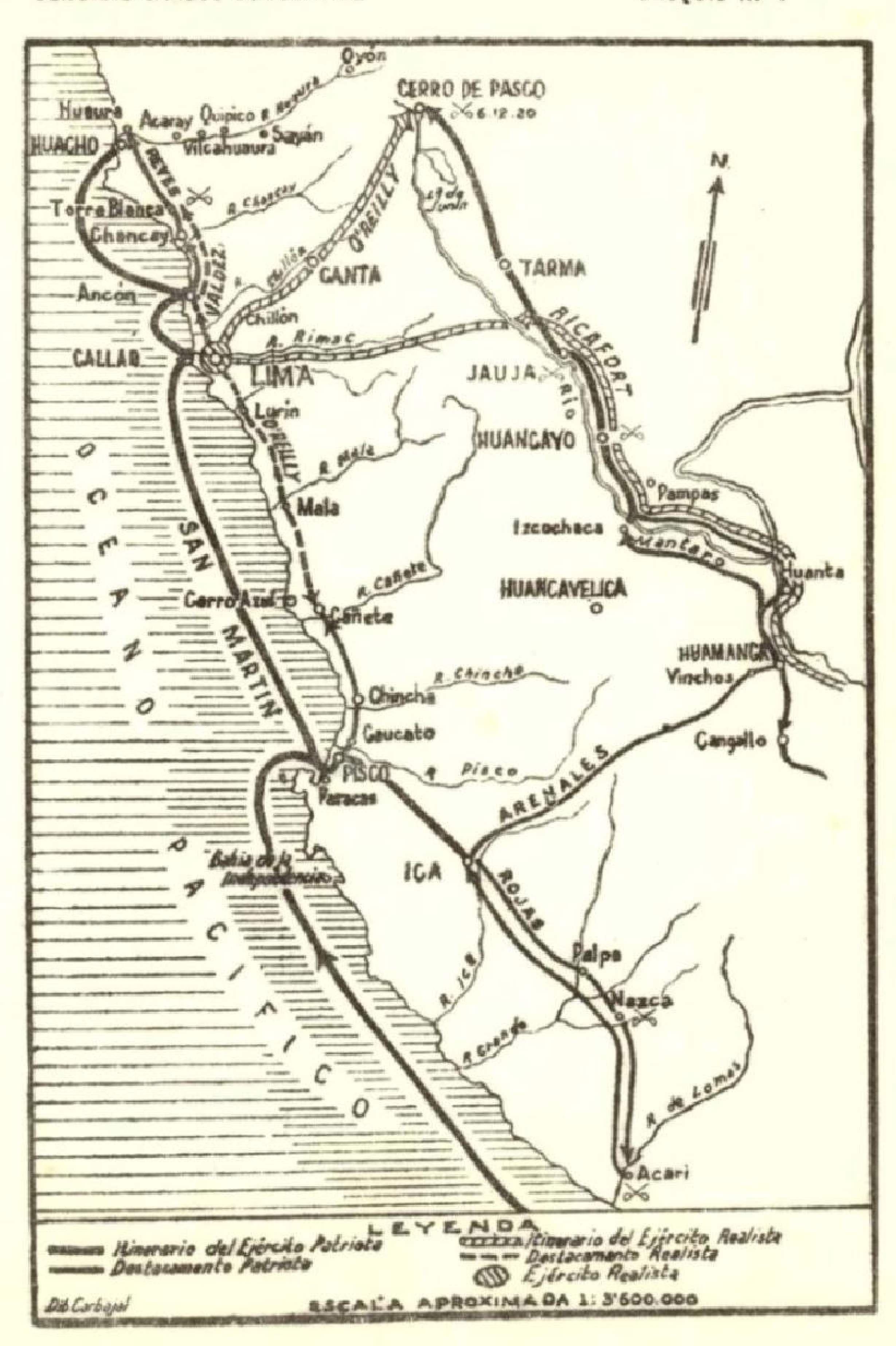
LIBRO PRIMERO

REVOLUCION EMANCIPADORA

CROQUIS 1 A 26

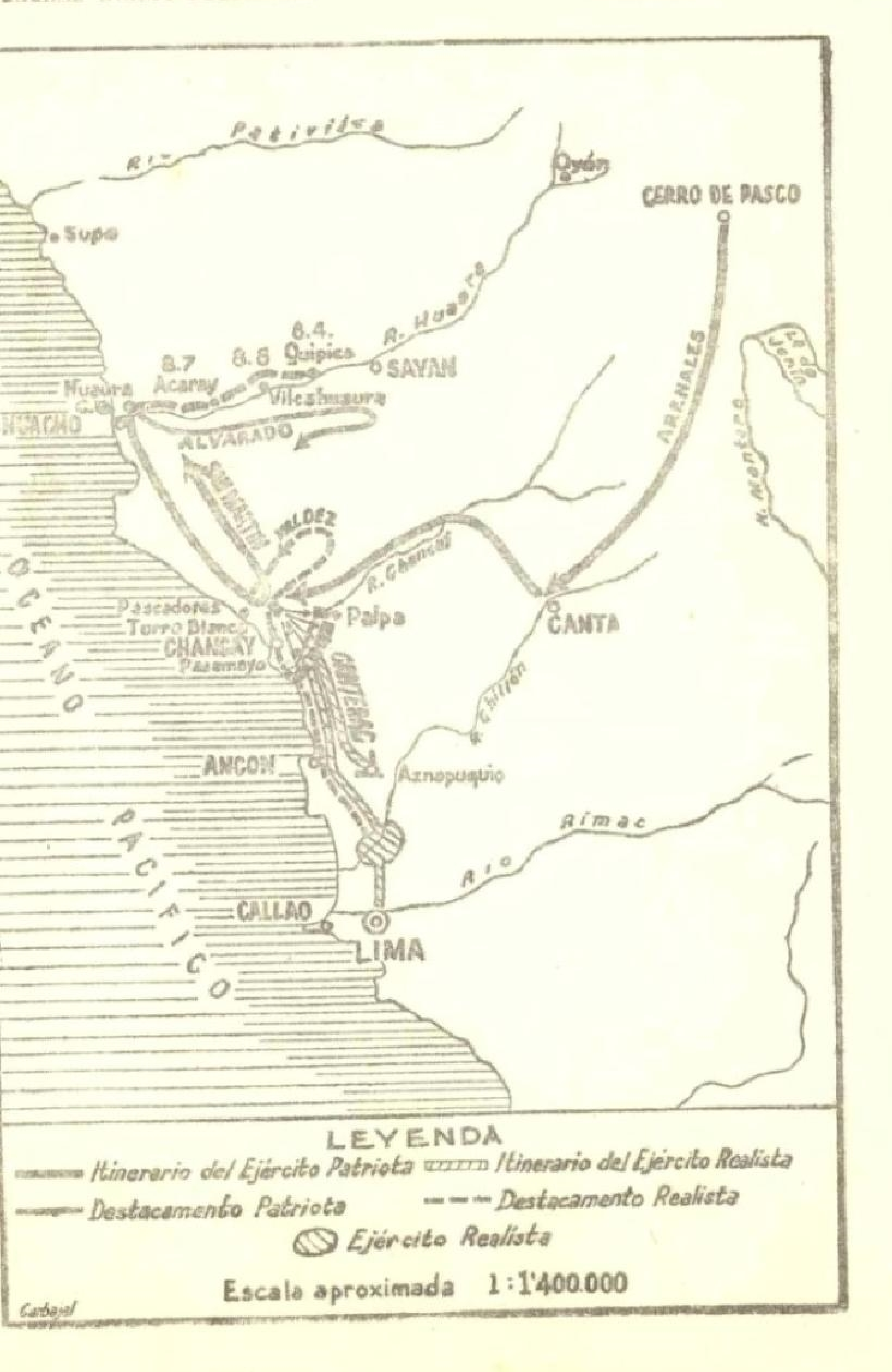
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N.° 1

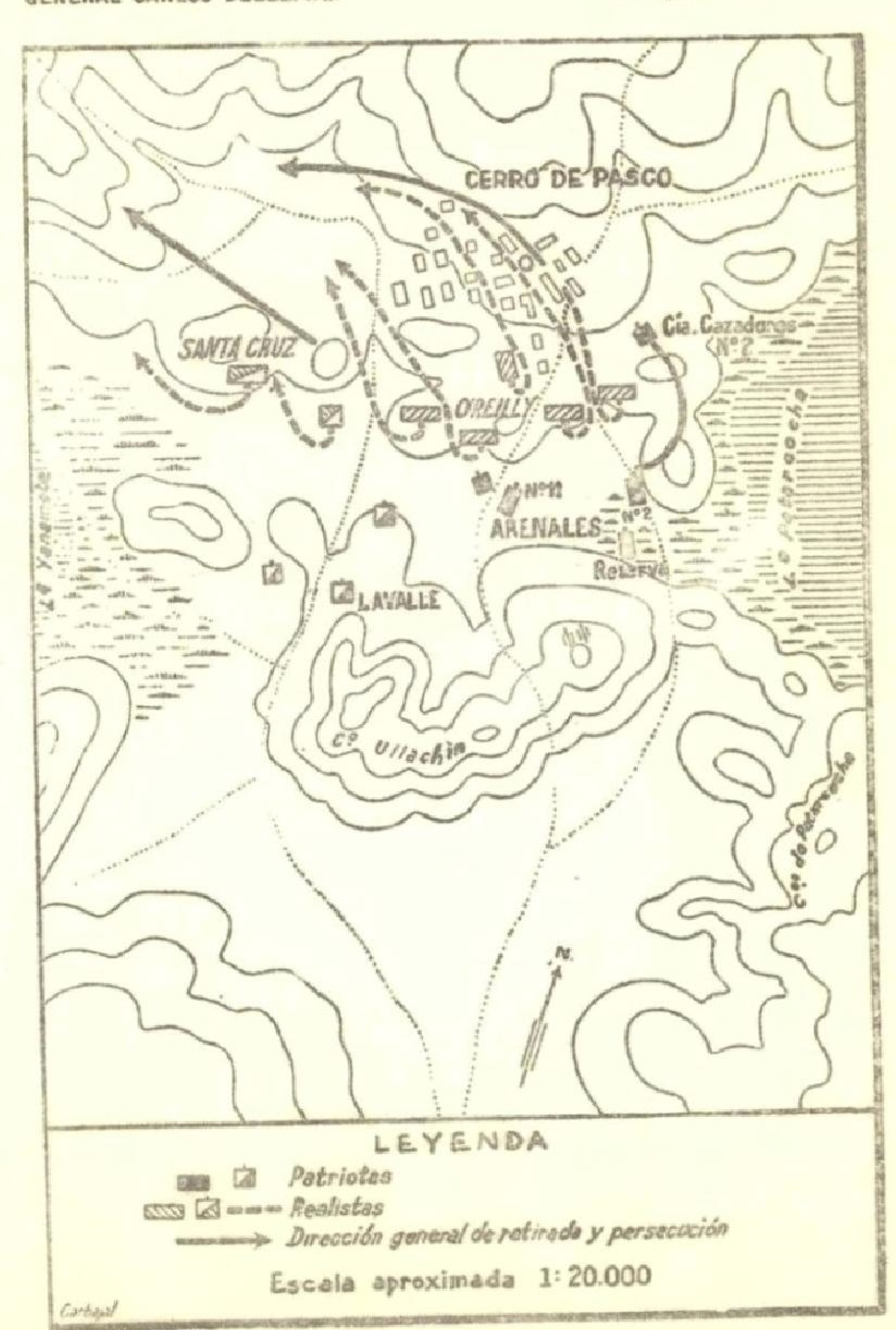


ISTORIA MILITAR DEL PERU
ENERAL CARLOS DELLEPIANE

REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N.° 2

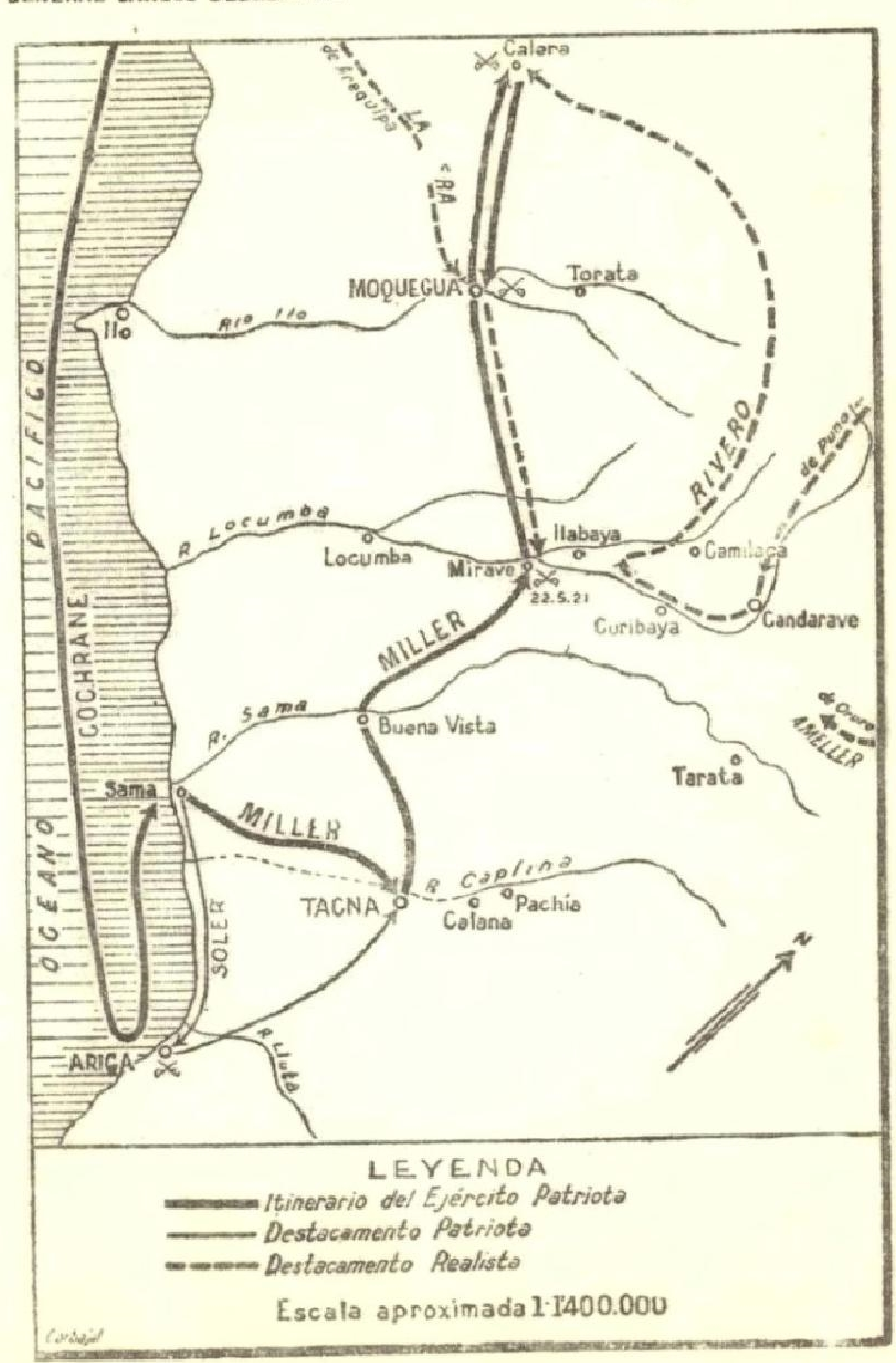


REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N.° 3



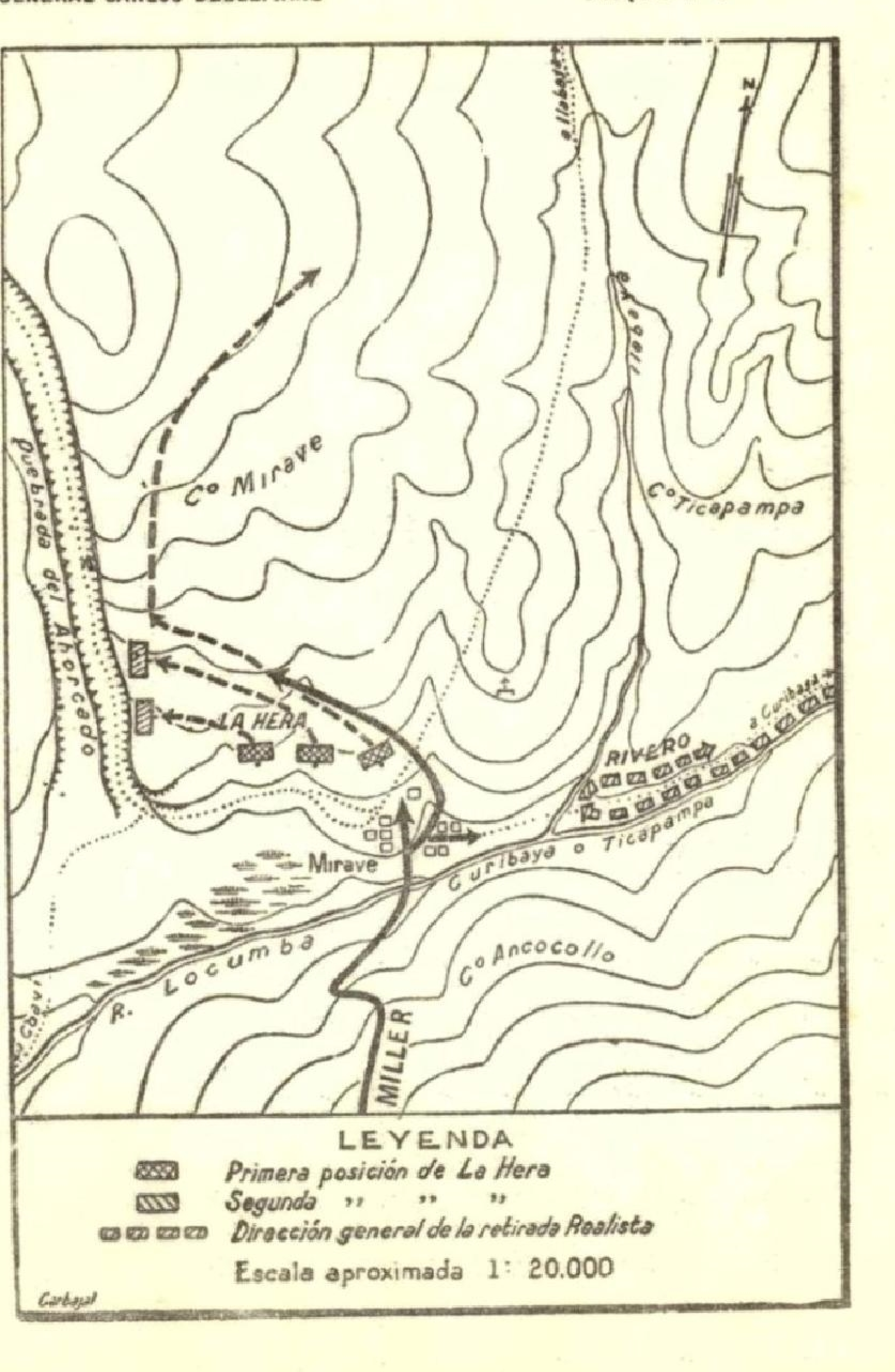
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N.° 4



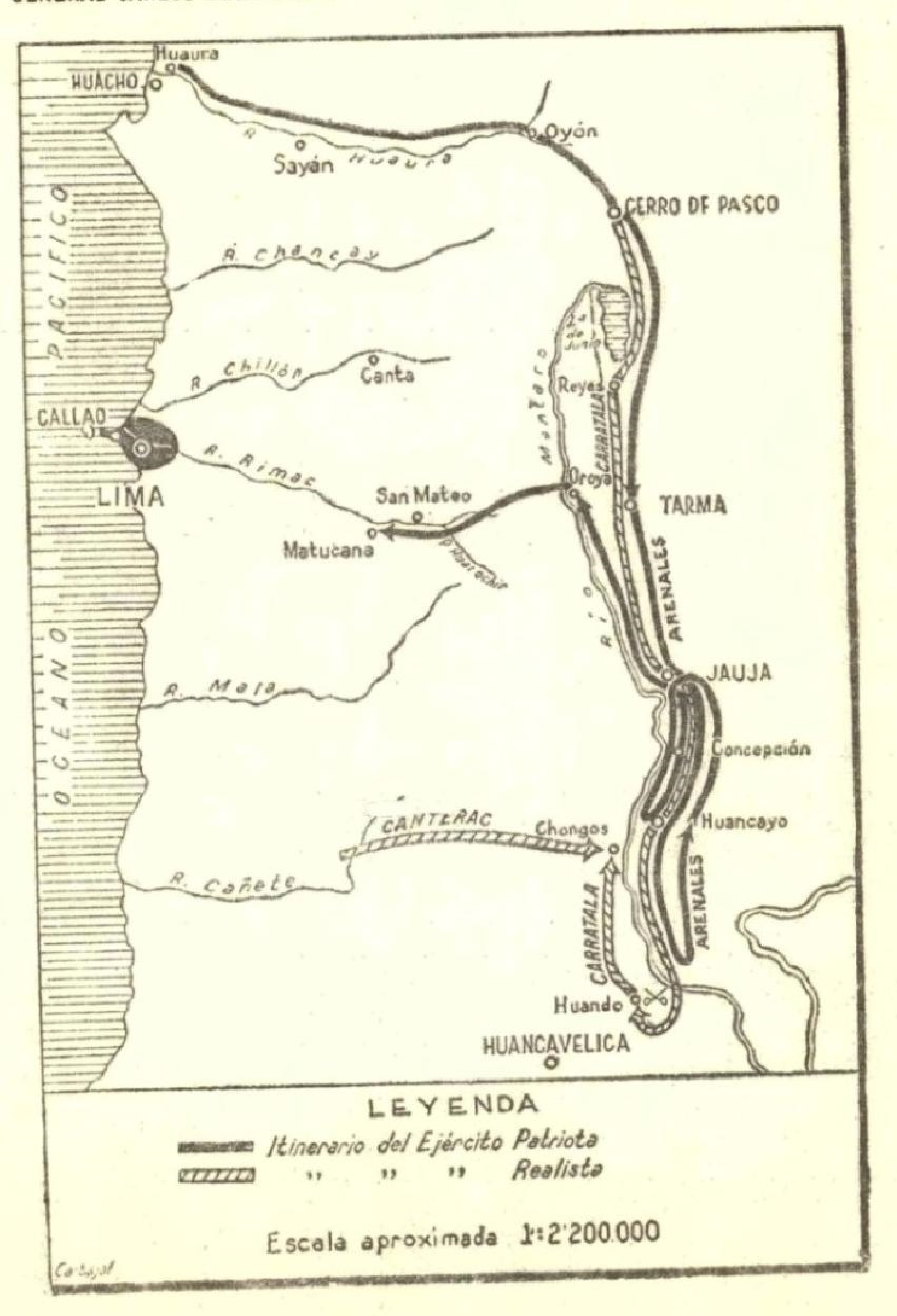
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS Nº 5



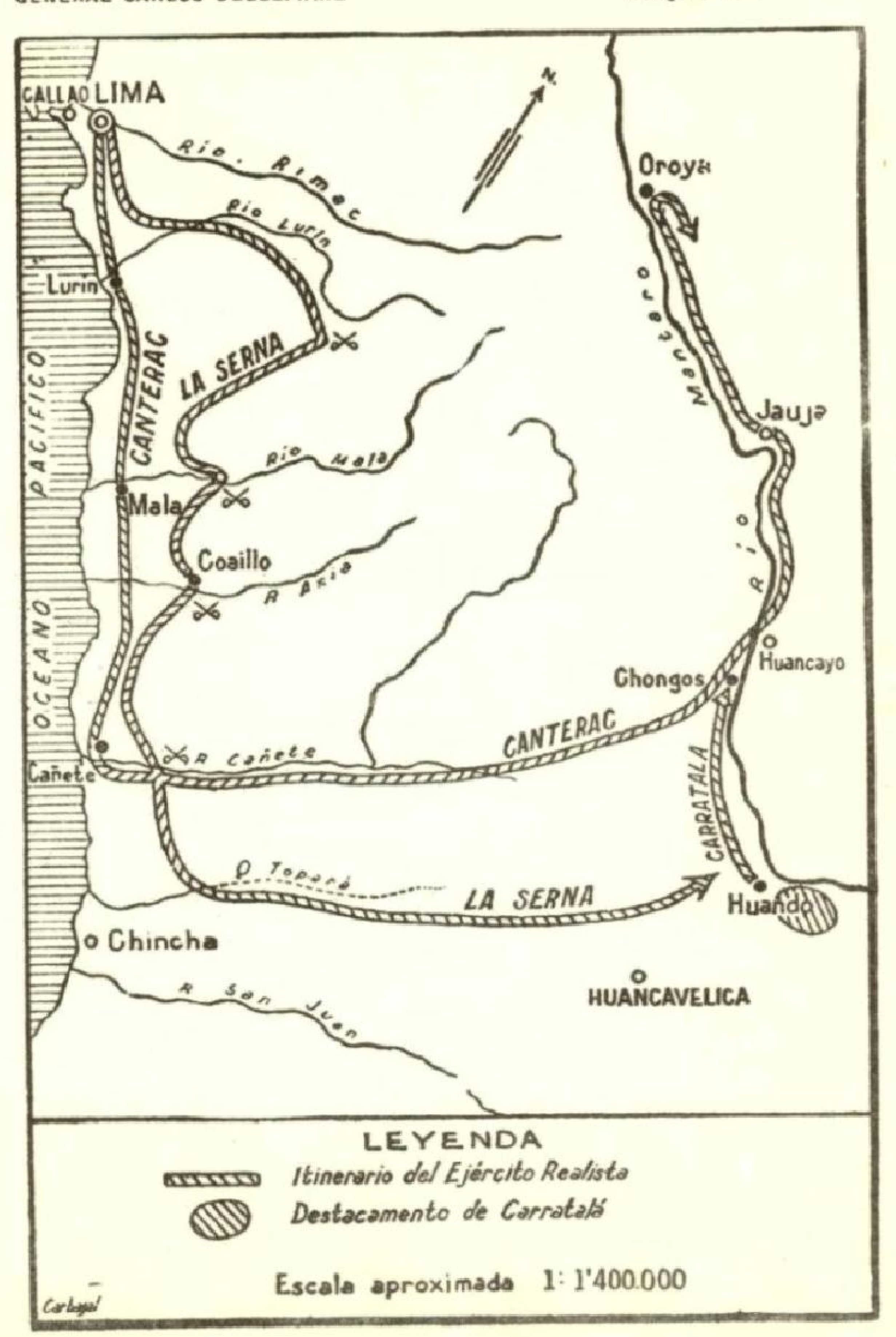
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N.° 6



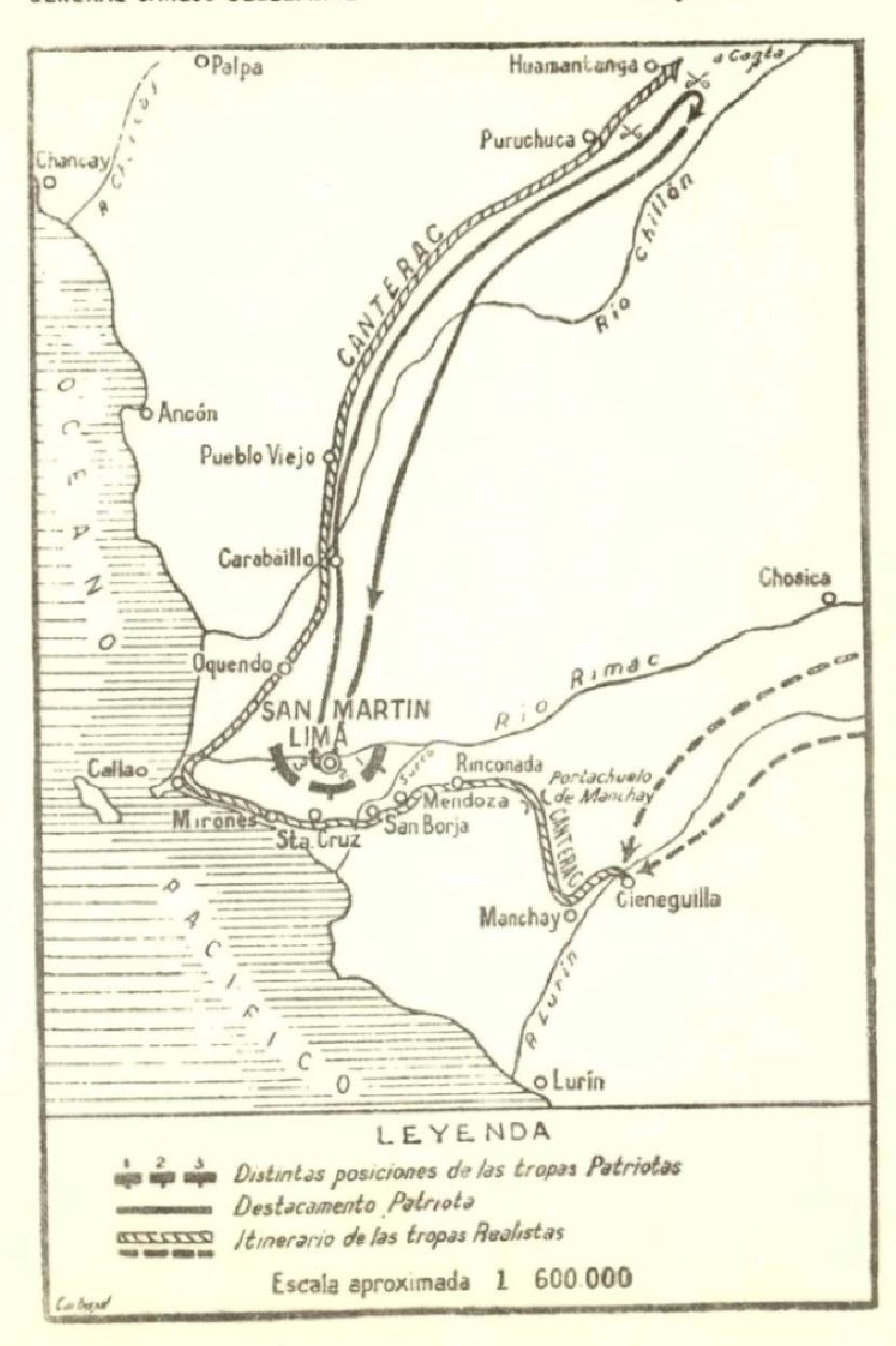
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N.° 7



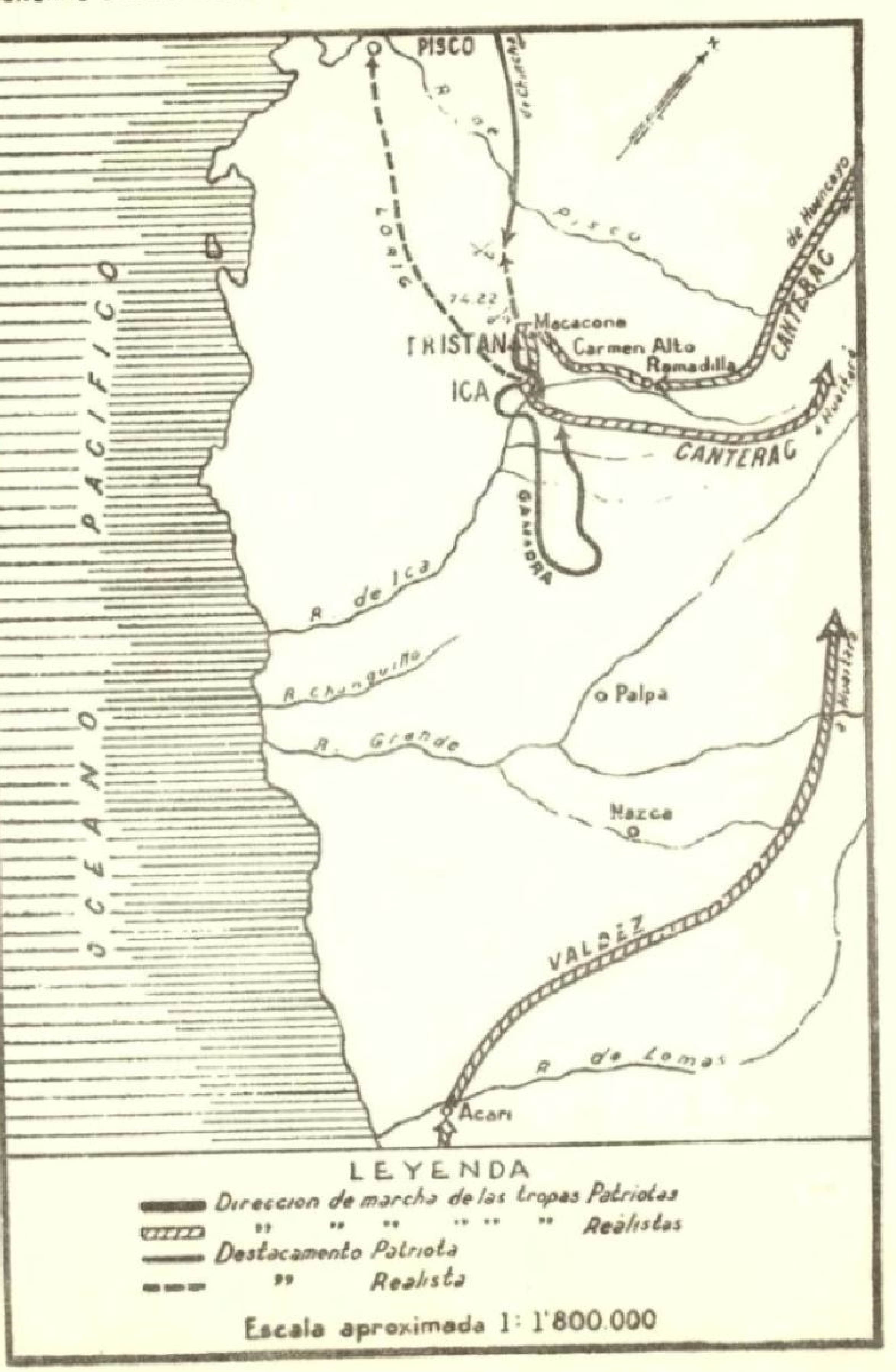
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N.° 8

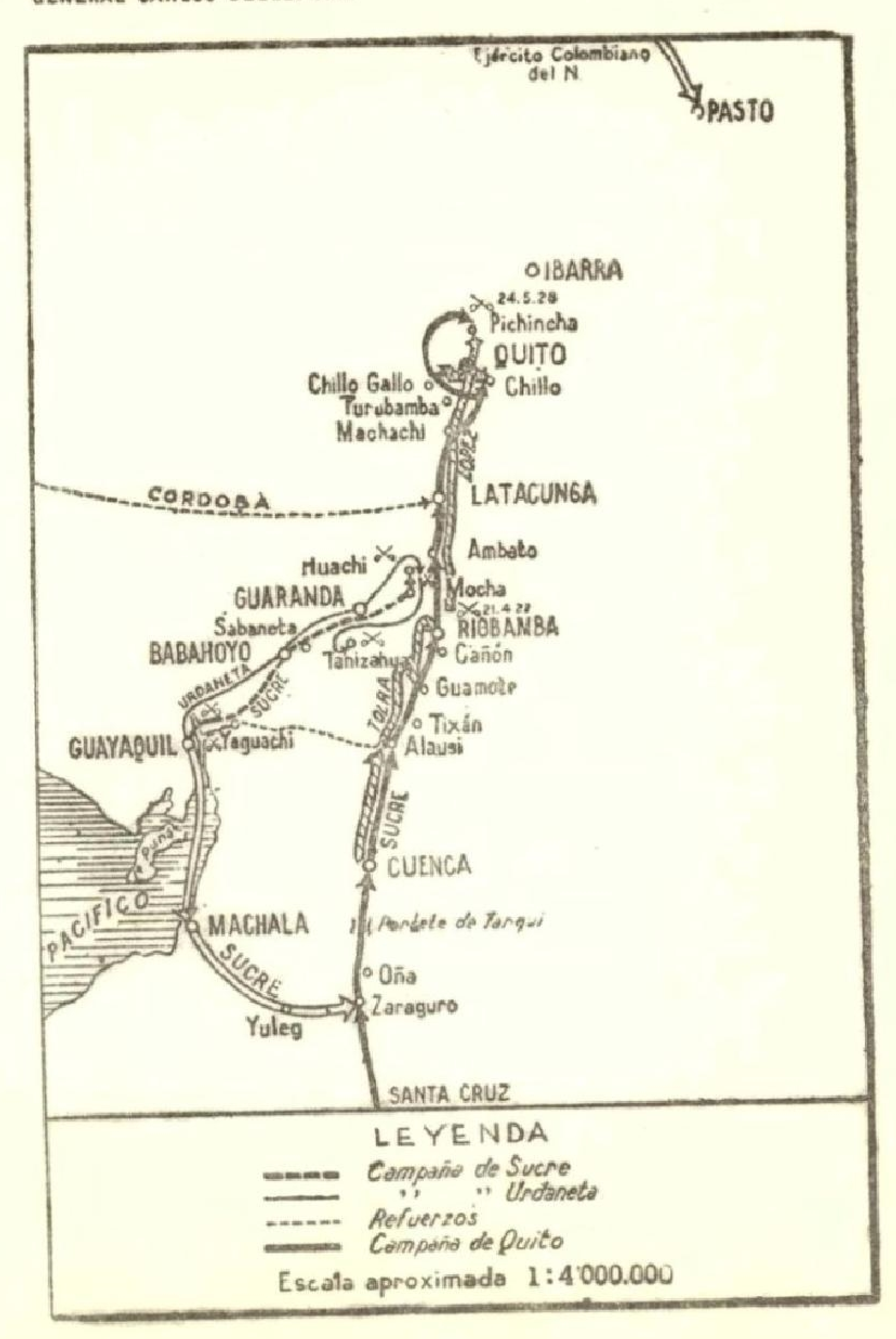


HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N.° 9

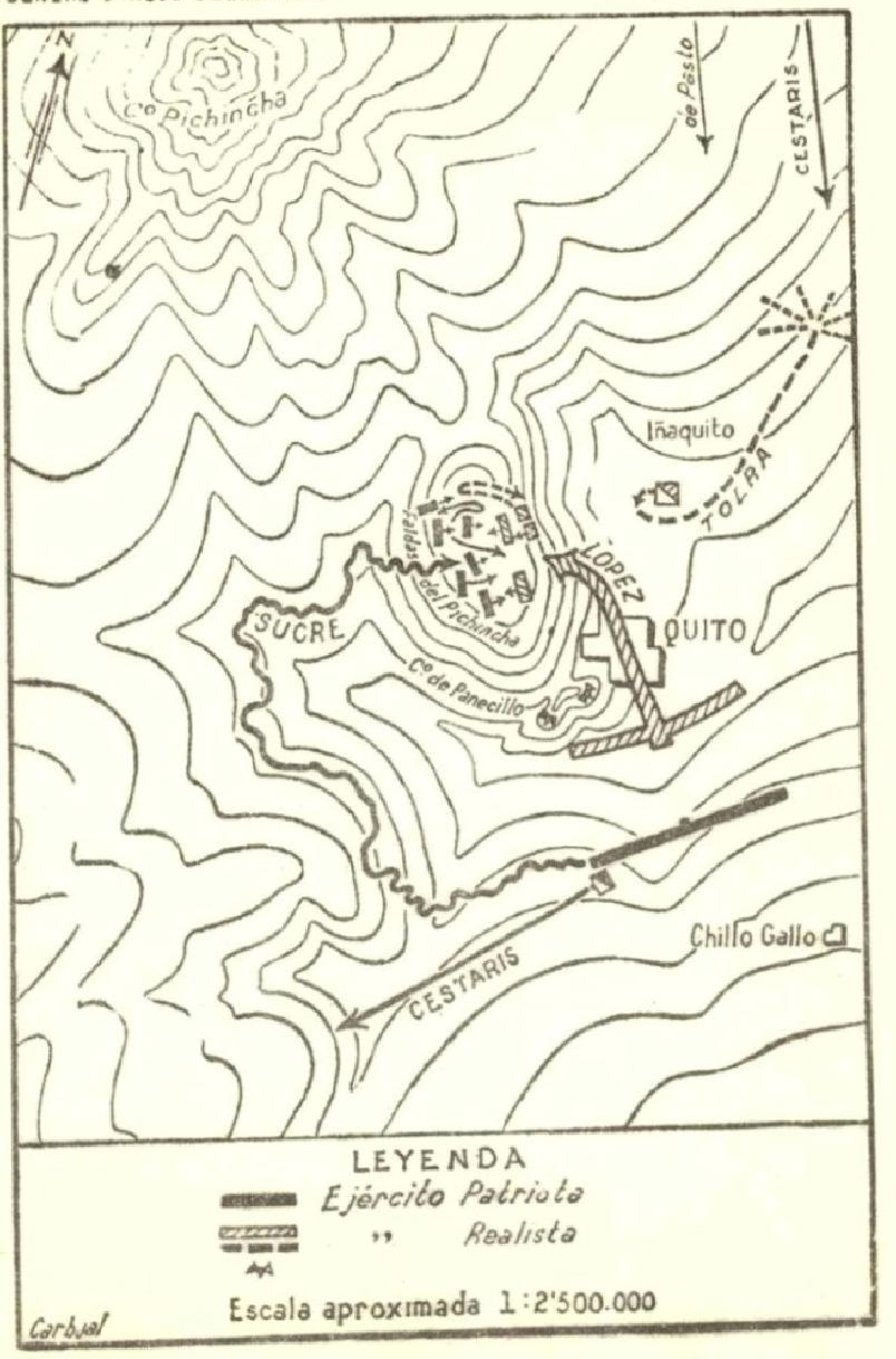


REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS Nº 10

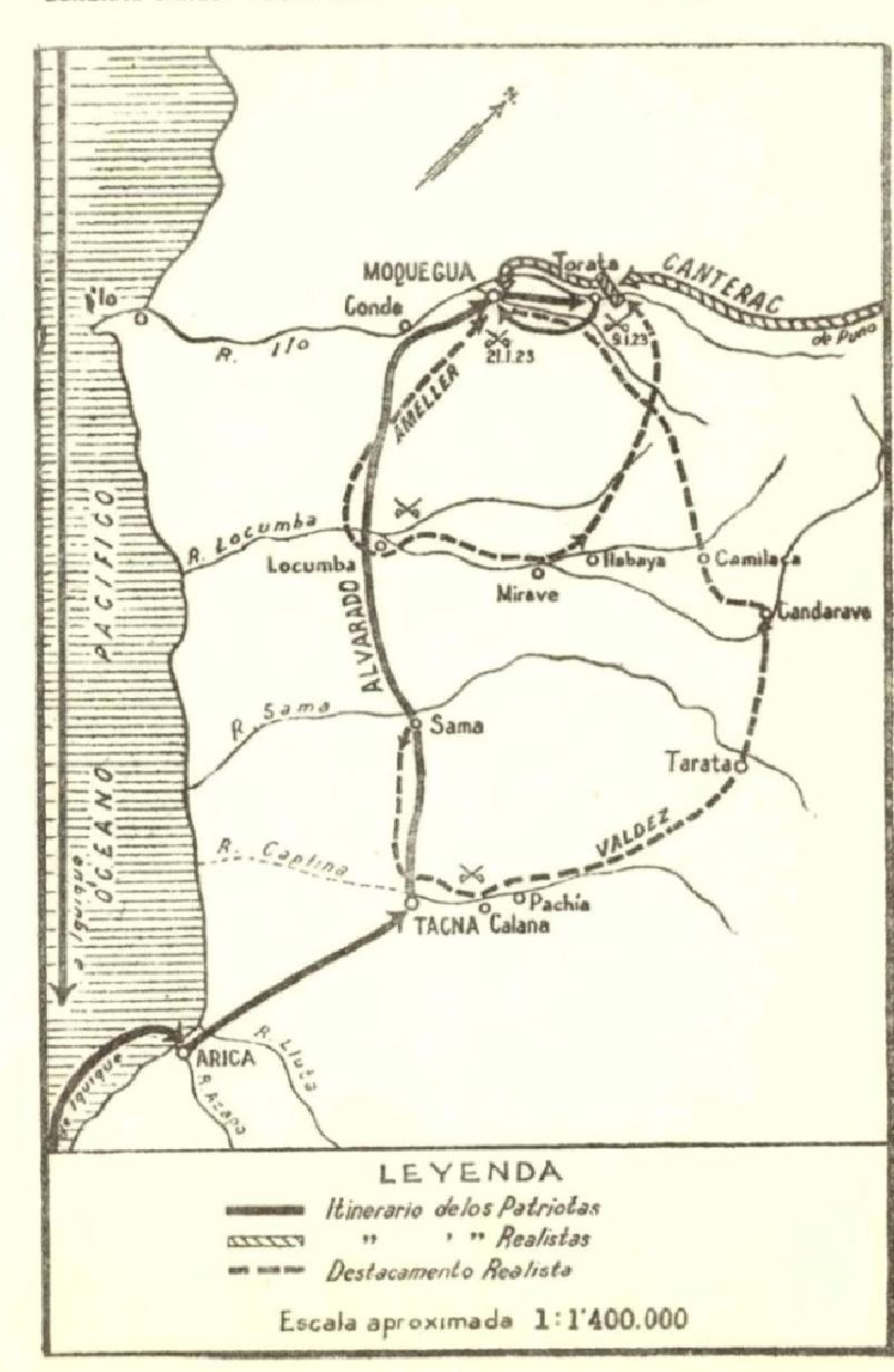


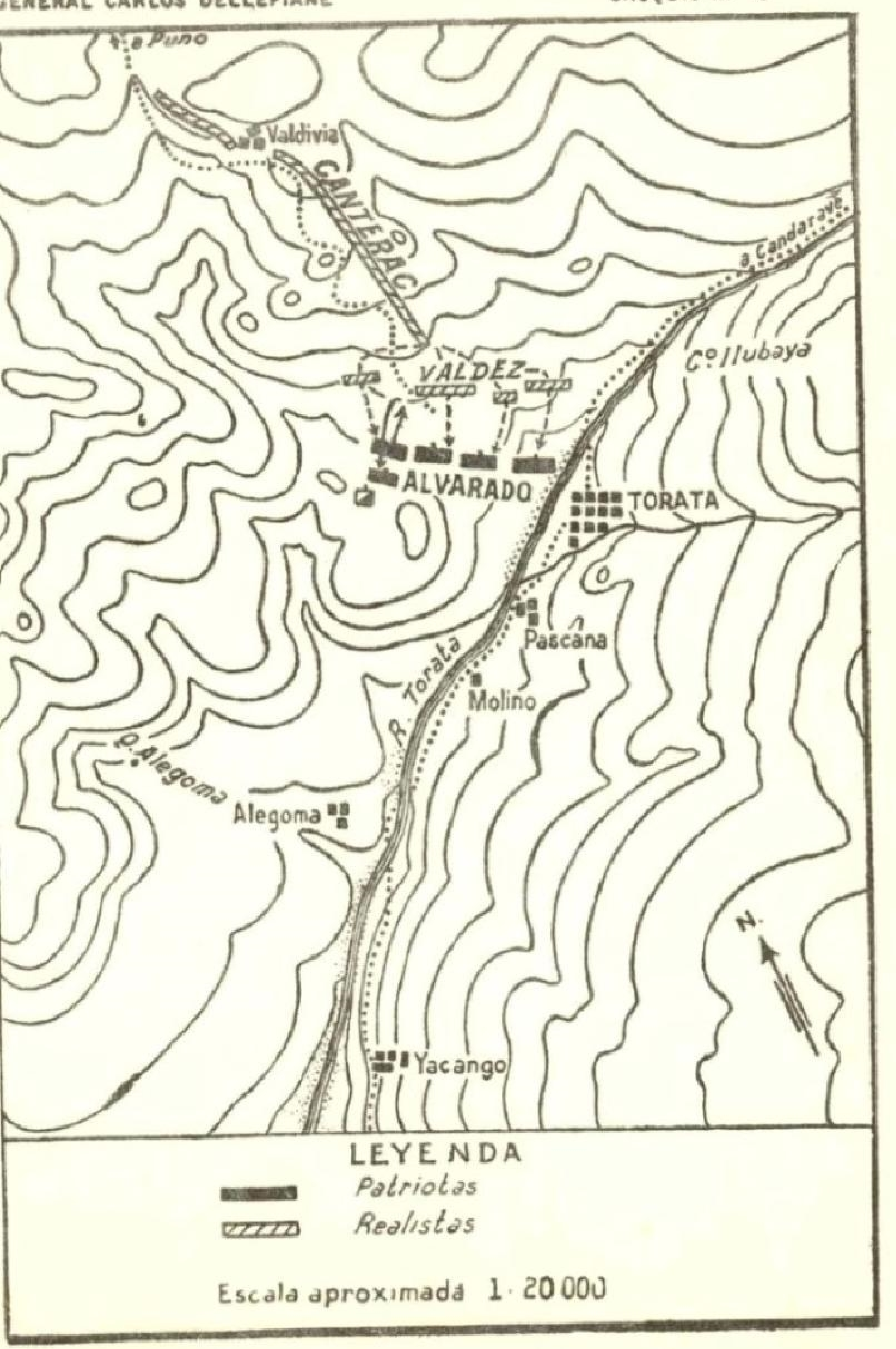
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

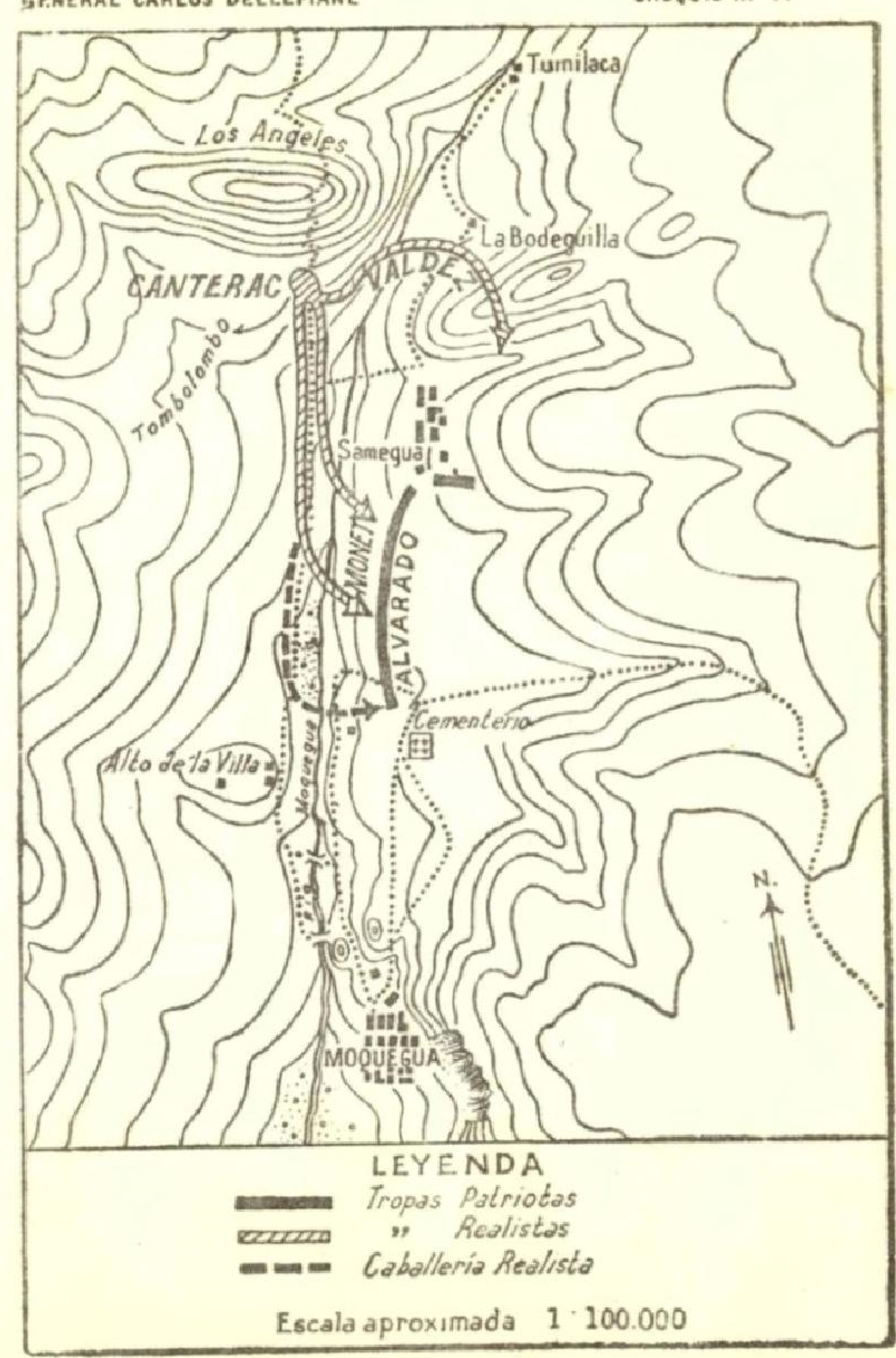
REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N. 11



REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N.° 12

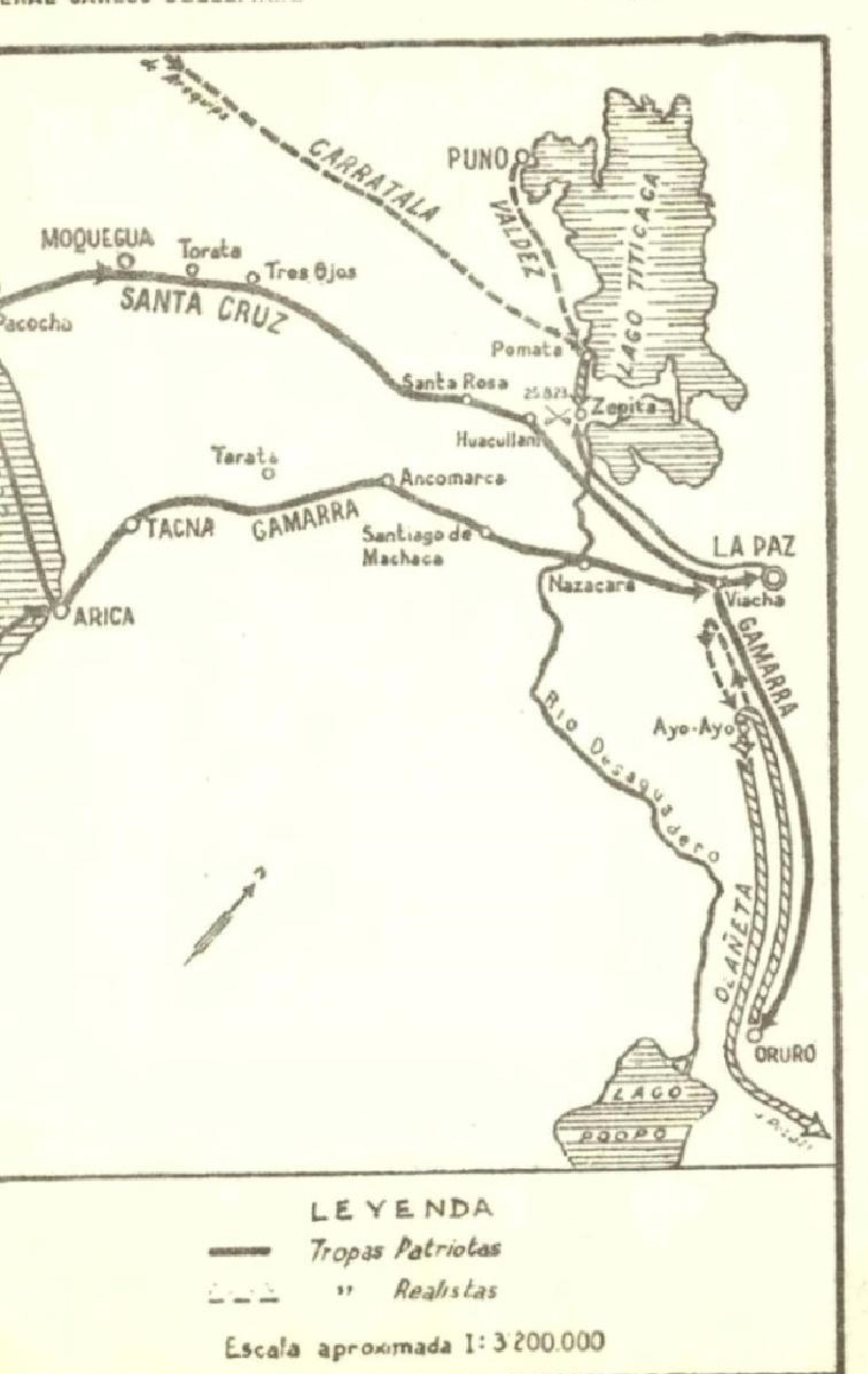



HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE
REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N.° 13
a Puno
Valdivia
CANTERAC
a Candarave
C.° Ilubaya
VALDEZ
ALVARADO
TORATA
Pascana
R. Torata
Molino
Q. Alegoma
Alegoma
N.
Yacango
LEYENDA
Patriotas
Realistas
Escala aproximada 1 : 20 000


HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE
REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N.° 14
Tumilaca
Los Angeles
La Bodeguilla
CANTERAC
VALDEZ
Tombolombo
Samegua
MONET
ALVARADO
Cementerio
Alto de la Villa
Moquegua
MOQUEGUA
N.
LEYENDA
Tropas Patriotas
" Realistas
Caballería Realista
Escala aproximada 1 : 100.000

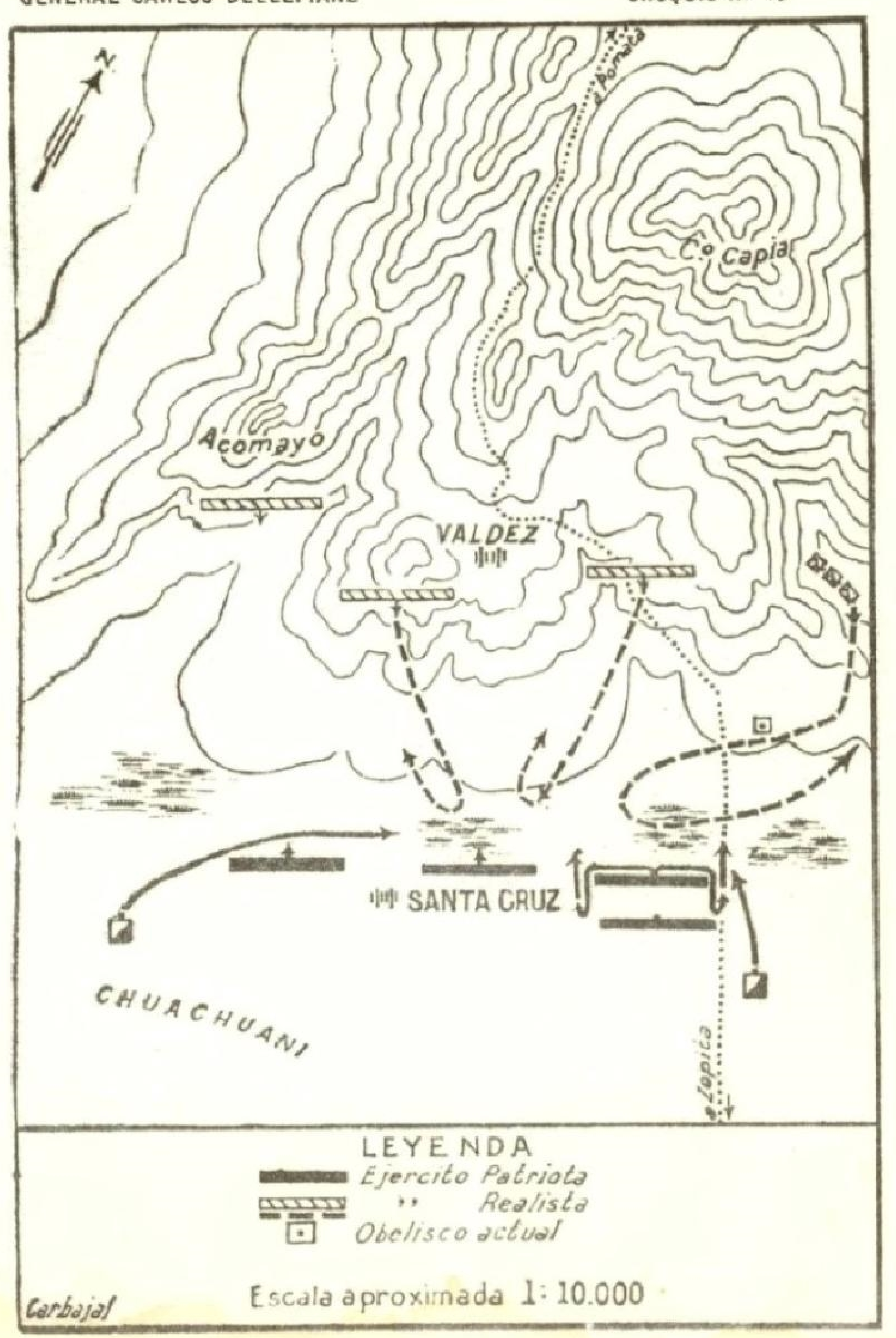
ORIA MILITAR DEL PERU
ERAL CARLOS DELLEPIANE

REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N.° 15



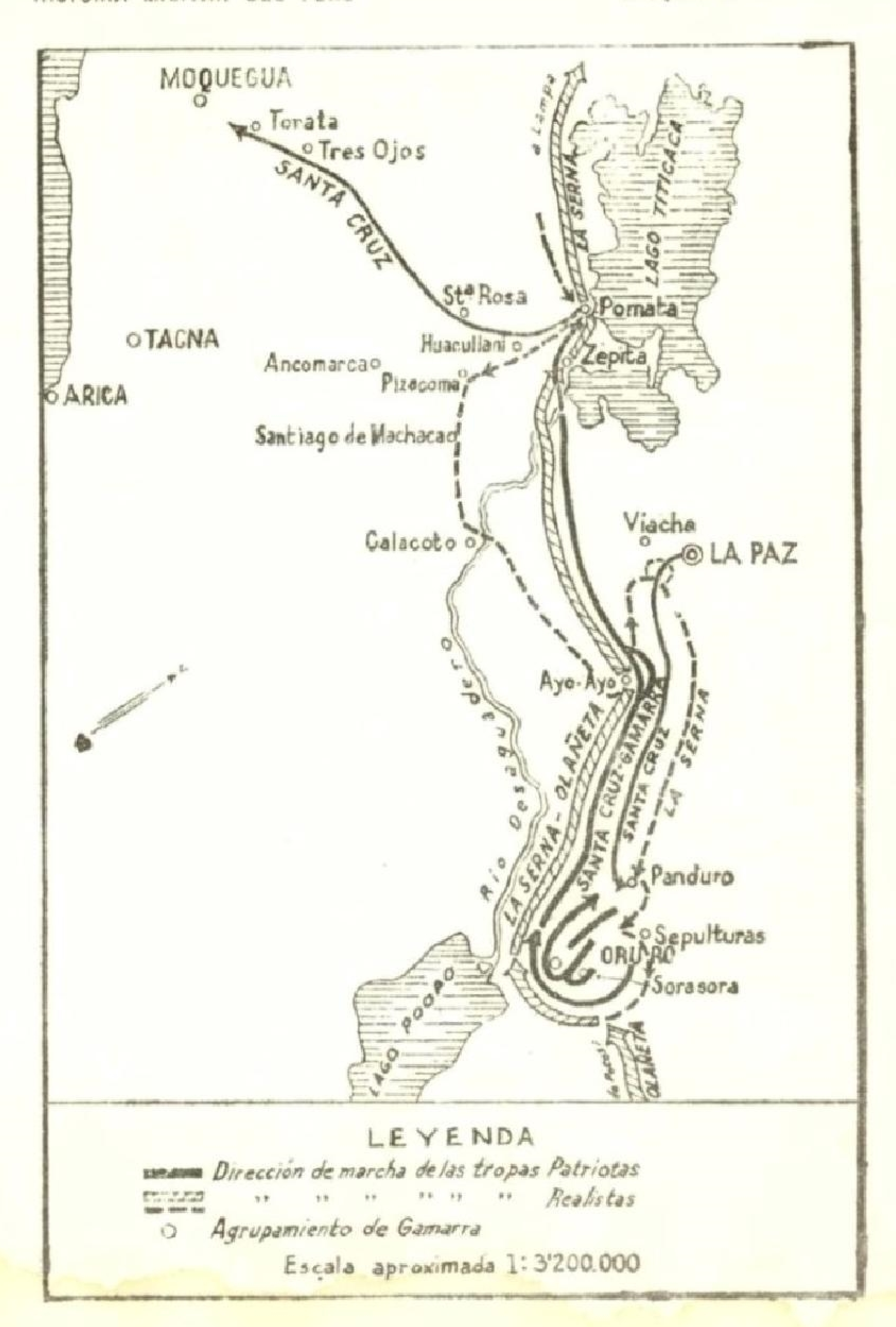
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

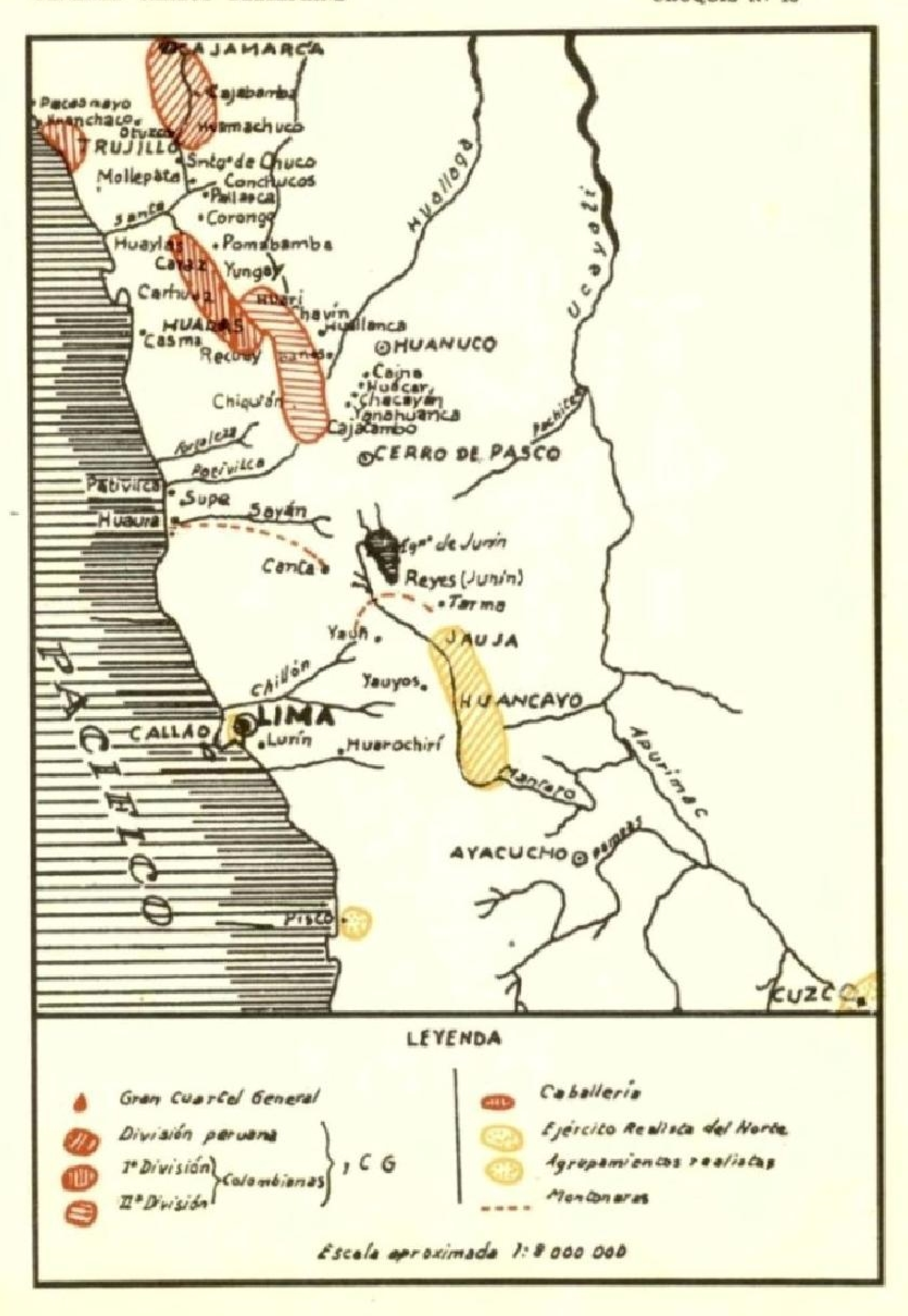
REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N. 16



GENERAL CARLOS DELLEPIANE
HISTORIA MILITAR DEL PERU

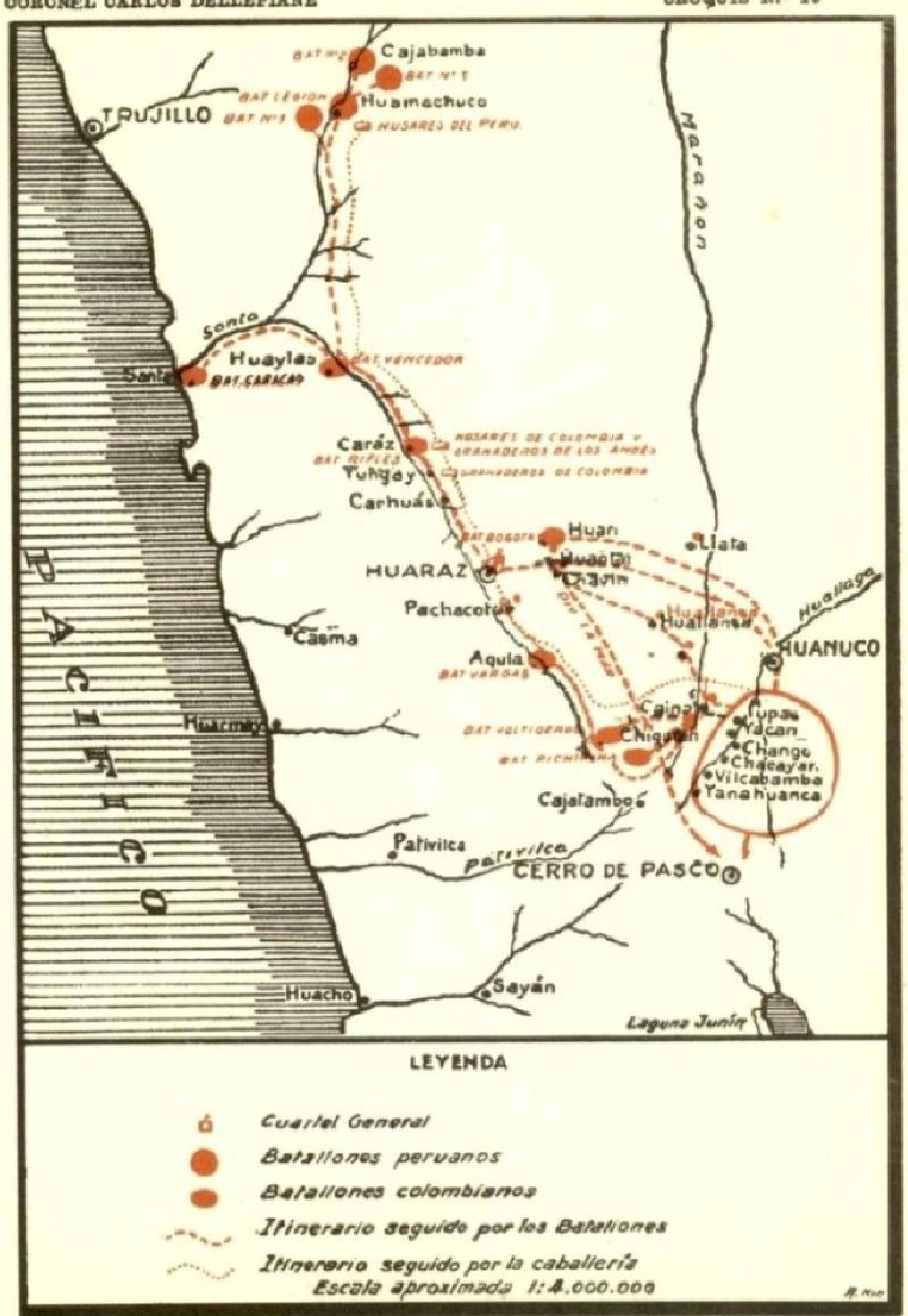
REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N. 17




CAJAMARCA
Cajabamba
Pacasmayo
Huamachuco
Otuzco
TRUJILLO
Sntgº de Chuco
Mollepata
Conchucos
Pallasca
Santa
Corongo
Huaylas
Pomabamba
Caraz
Yungay
Carhuaz
Huari
Chavín
HUARAS
Huallanca
Casma
HUANUCO
Recuay
Caina
Huacar
Chacayán
Chiquián
Yanahuanca
Cajacambo
CERRO DE PASCO
Pativilca
Supe
Huaura
Sayán
Lgº de Junín
Canta
Reyes (Junín)
Tarma
Yauli
JAUJA
Chillón
Yauyos
HUANCAYO
LIMA
CALLAO
Lurín
Huarochirí
Mantaro
Huallaga
Ucayali
Pachitea
Apurímac
AYACUCHO
Pisco
CUZCO
PACIFICO
LEYENDA
Gran Cuartel General
División peruana
1ª División
IIª División
Colombianas
C G
Caballería
Ejército Realista del Norte
Agrupamientos realistas
Montoneras
Escala aproximada 1: 8 000 000

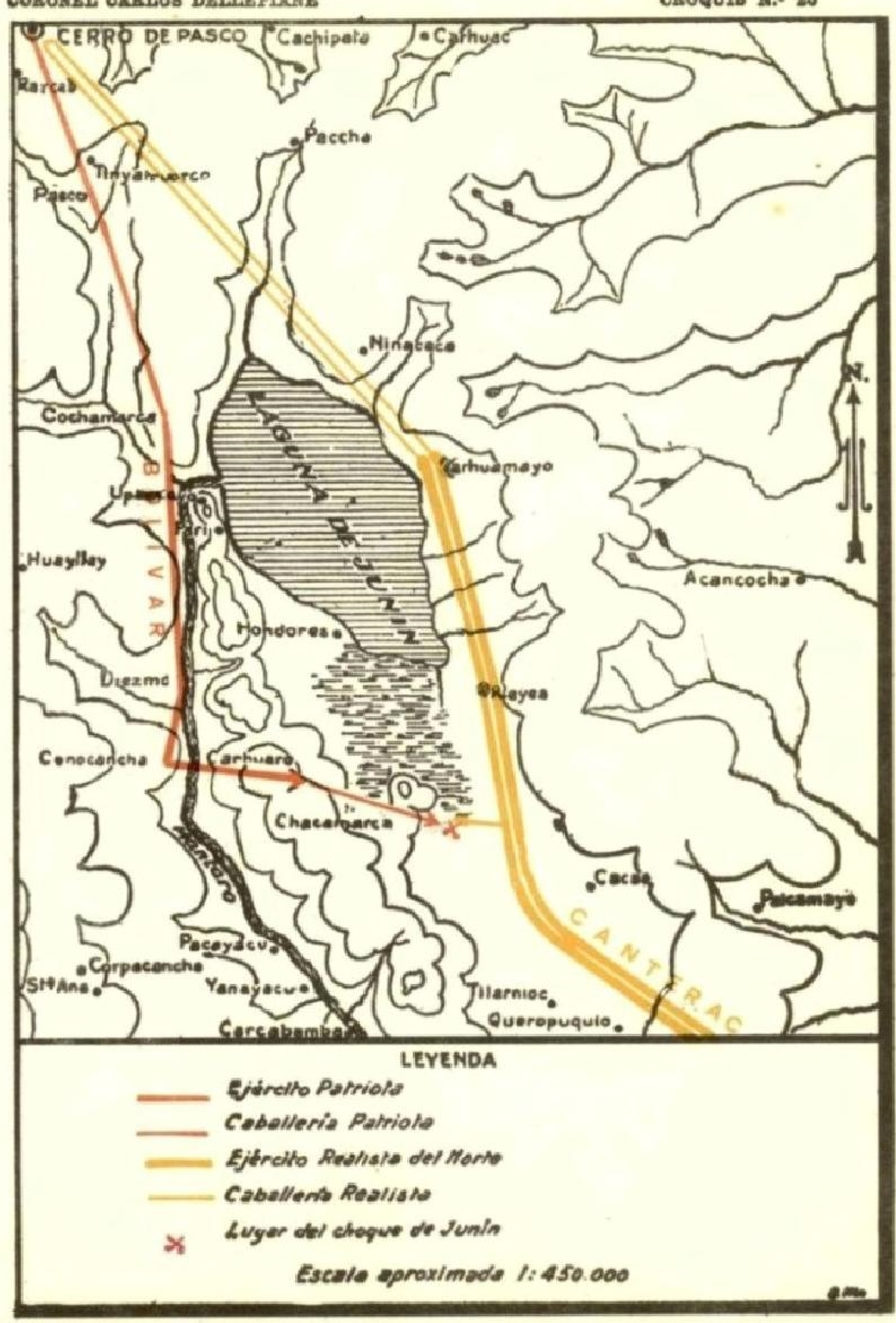
HISTORIA MILITAR DEL PERU
CORONEL CARLOS DELLEPIANE

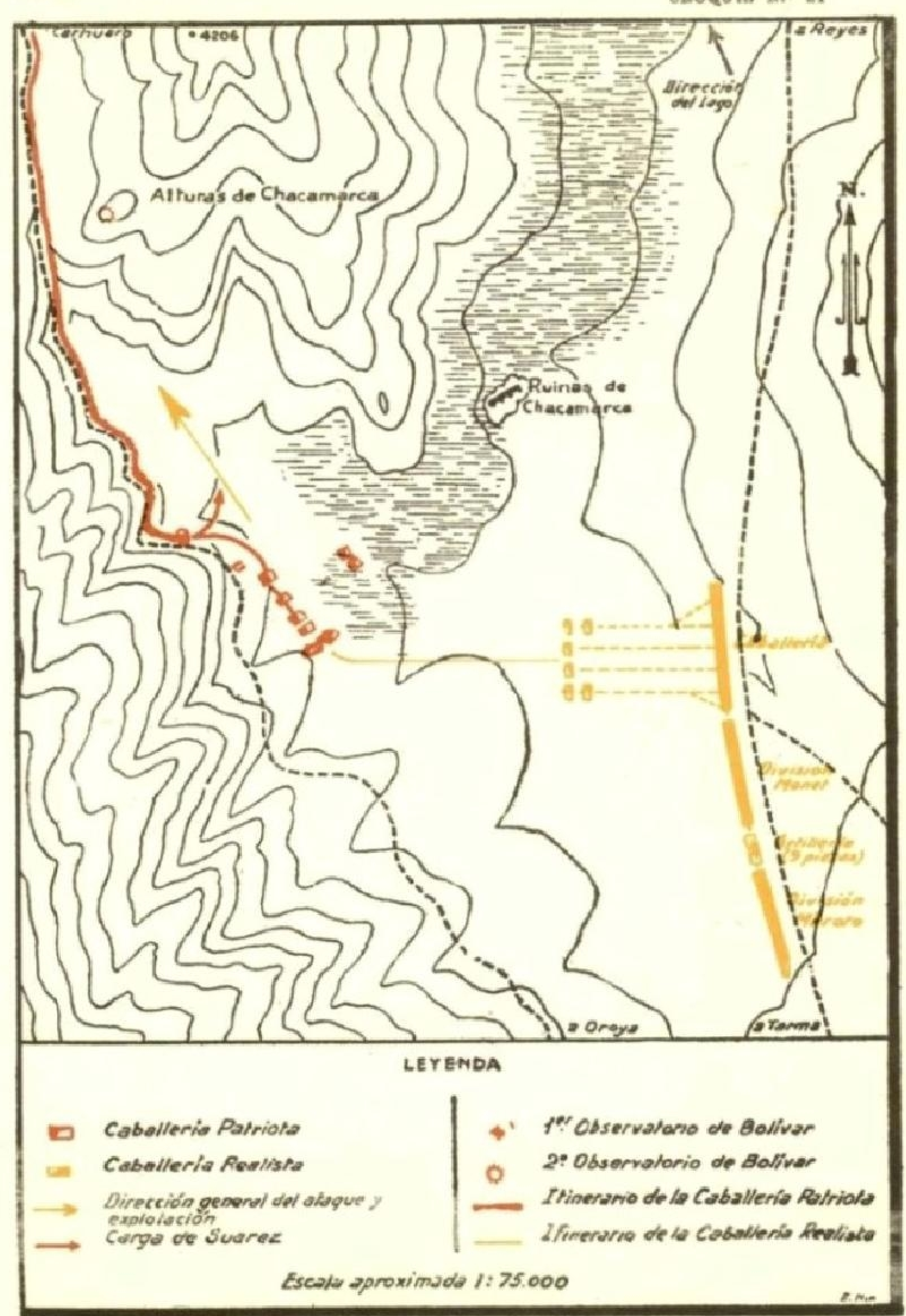
REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N.º 19



HISTORIA MILITAR DEL PERU
CORONEL CARLOS DELLEPIANE

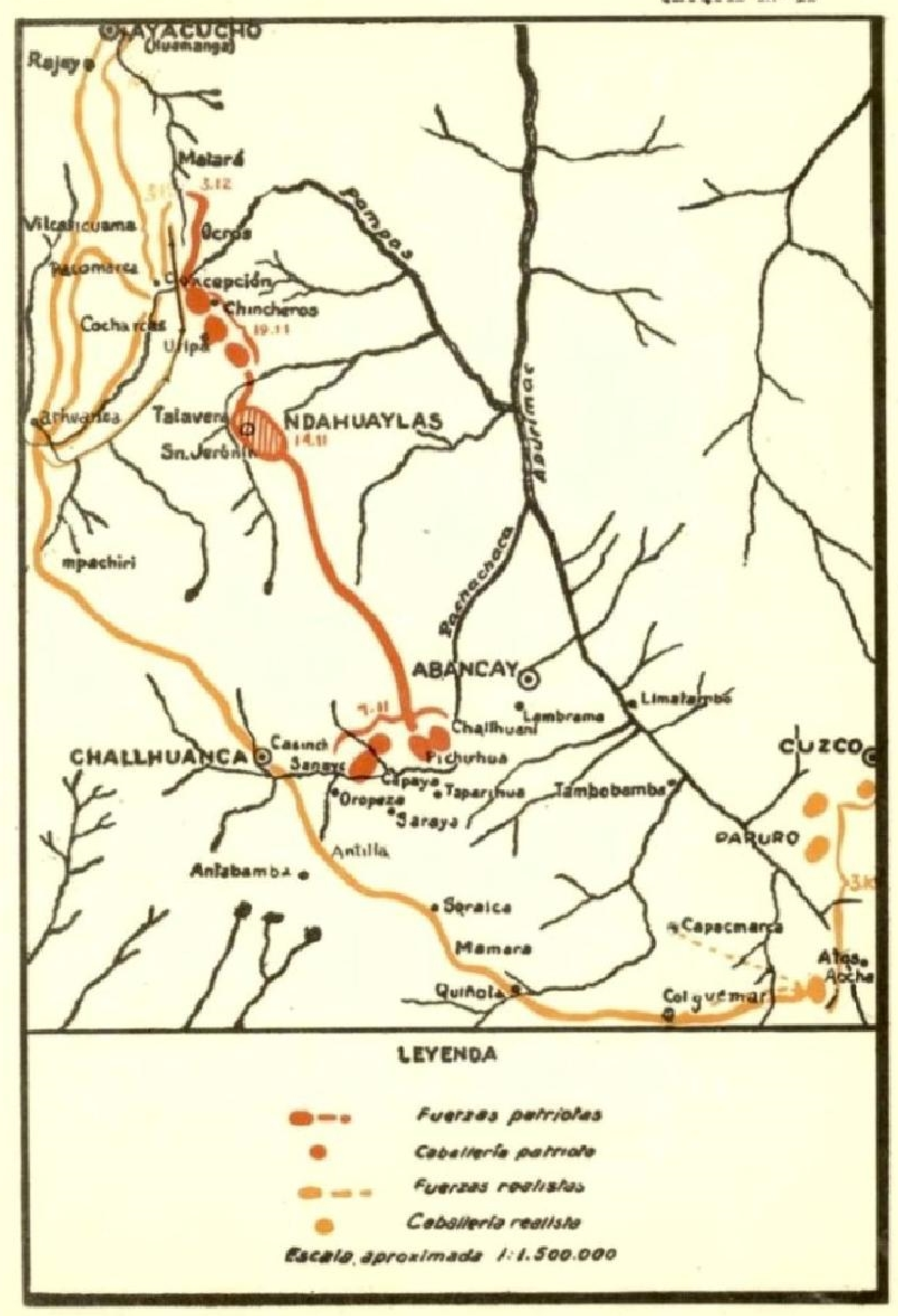
REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N.° 20

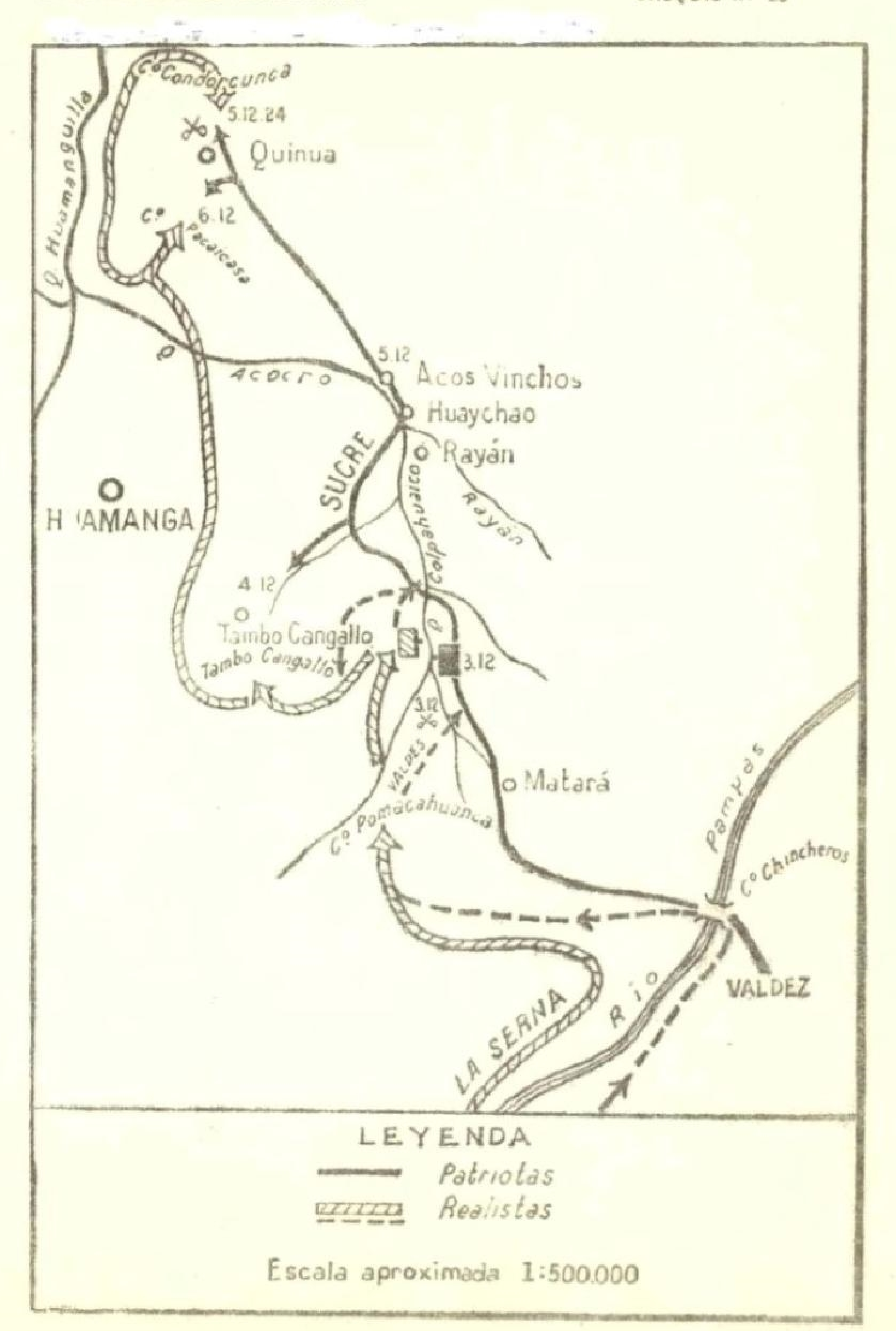



Carhuero
4206
a Reyes
Dirección del Lago
N.
Alturas de Chacamarca
Ruinas de Chacamarca
Caballería
a Oroya
a Tarma
LEYENDA
Caballeria Patriota
Caballería Realista
Dirección general del ataque y explotación
Carga de Suarez
1er Observatorio de Bolivar
2° Observatorio de Bolivar
Itinerario de la Caballería Patriota
Itinerario de la Caballería Realista
Escala aproximada 1: 75.000

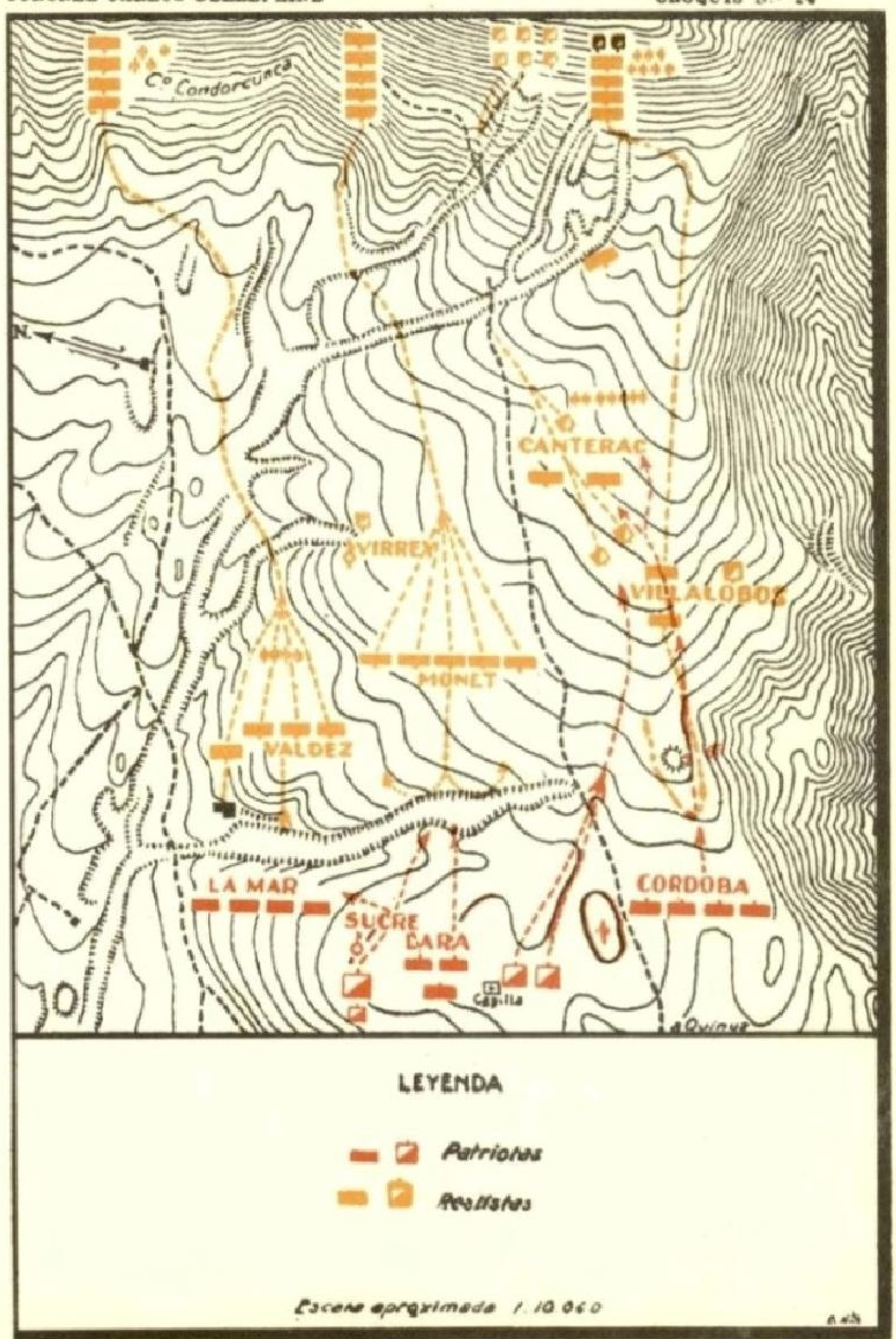
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N.º 22



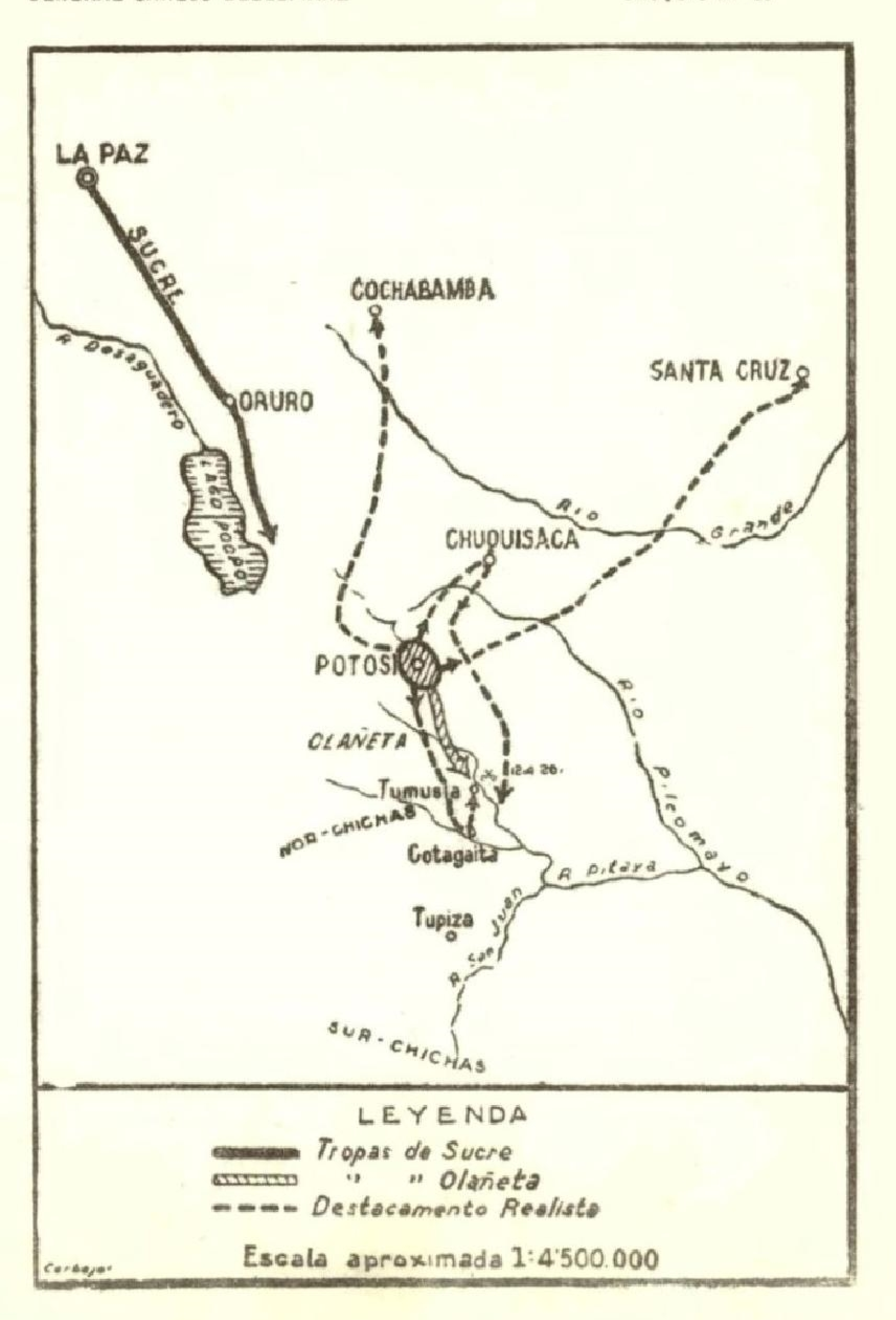

Cº Condorcunca
5.12.24
Quinua
Cº Pacaicasa
6.12
Q. Huamanguilla
Acocro
5.12
Acos Vinchos
Huaychao
Rayán
Rayán
SUCRE
HUAMANGA
4.12
Tambo Cangallo
Tambo Cangallo
3.12
3.12
Matará
VALDES
Cº Pomacahuanca
Pampas
Cº Chincheros
VALDEZ
Rio
LA SERNA
LEYENDA
Patriotas
Realistas
Escala aproximada 1:500.000

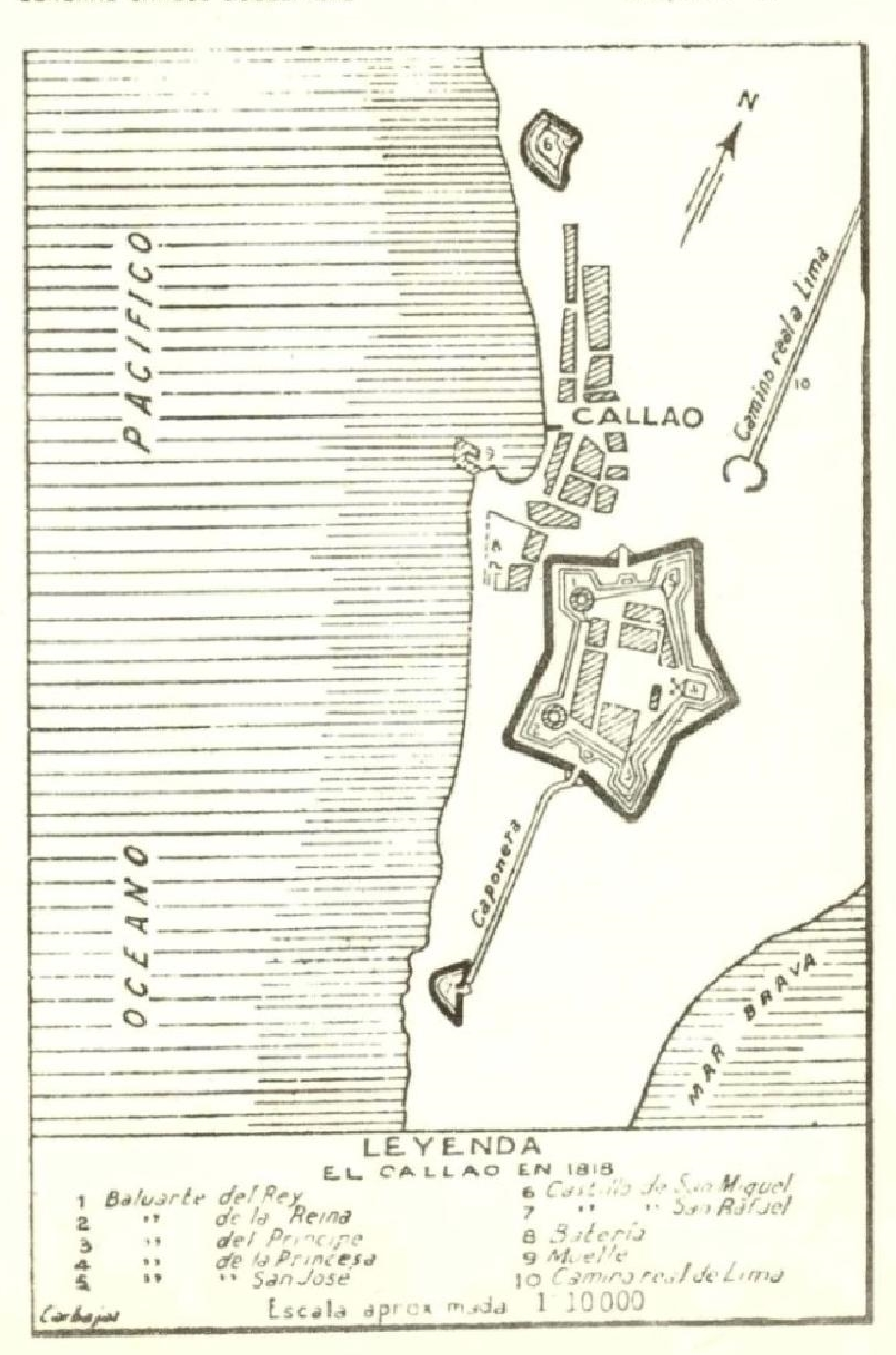
CROQUIS N.° 24


Cº Condorcunca
N.
CANTERAC
VIRREY
VILLALOBOS
MONET
VALDEZ
LA MAR
SUCRE
LARA
CORDOBA
Capilla
Quinua
LEYENDA
Patriotas
Realistas
Escala aproximada 1:10.060

HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

REVOLUCION EMANCIPADORA
CROQUIS N.° 25




OCEANO PACIFICO
N
CALLAO
Camino real a Lima
10
Caponera
MAR BRAVA
LEYENDA
EL CALLAO EN 1818
1 Baluarte del Rey
2 " de la Reina
3 " del Principe
4 " de la Princesa
5 " " San José
6 Castillo de San Miguel
7 " " San Rafael
8 Batería
9 Muelle
10 Camino real de Lima
Escala aproximada 1 10000
Carbajal

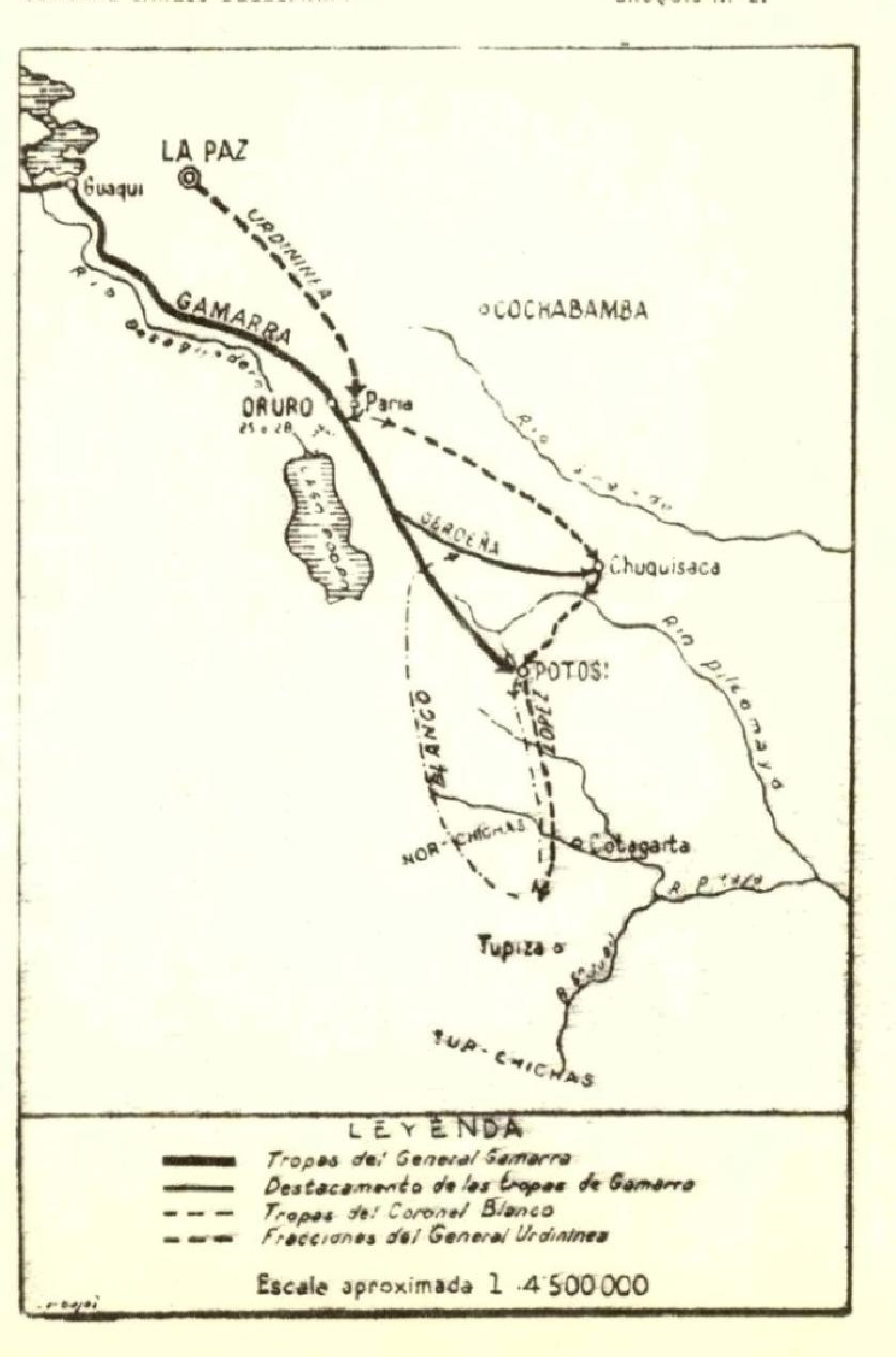
LIBRO SEGUNDO

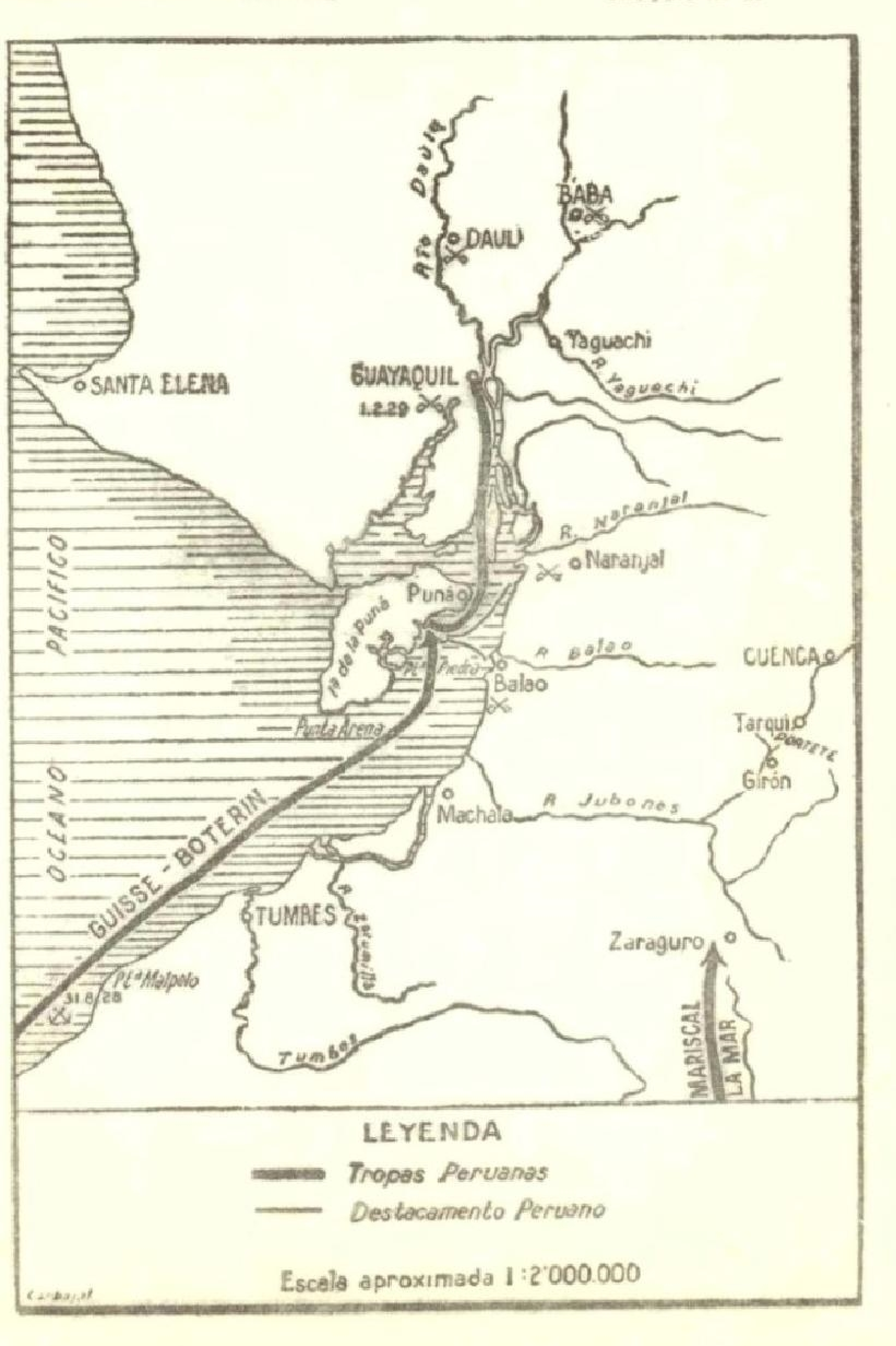
CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA

CROQUIS 27 A 42

HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

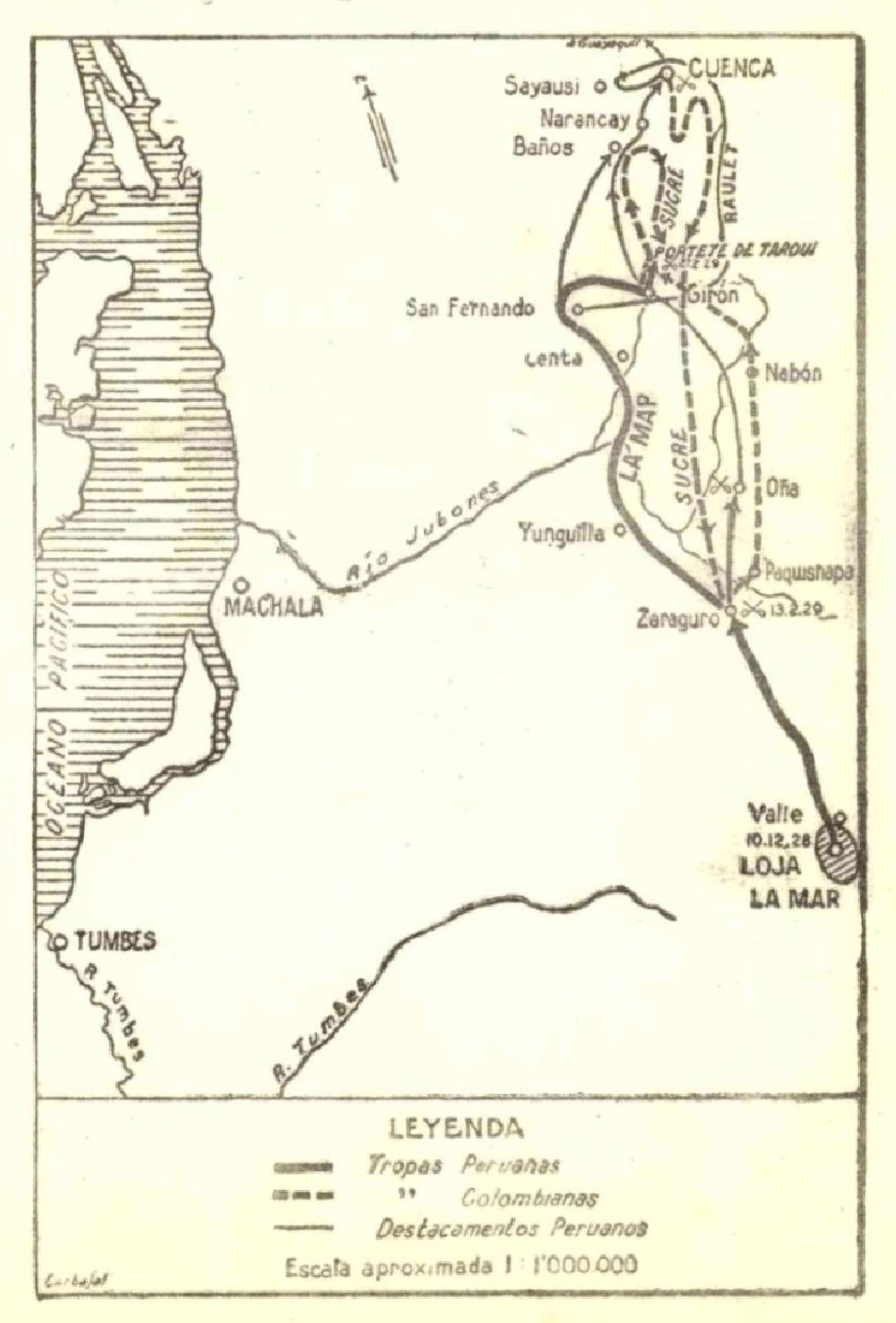
CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA
CROQUIS N.° 27




Río Daule
DAULE
BABA
Yaguachi
R. Yaguachi
GUAYAQUIL
1.2.29
SANTA ELENA
R. Naranjal
Naranjal
Puná
Ira de la Puná
Pta. Piedra
R. Balao
Balao
CUENCA
Tarqui
Portete
Girón
Punta Arena
R. Jubones
Machala
OCEANO PACIFICO
GUISSE - BOTERIN
TUMBES
Zarumilla
Zaraguro
Pta. Malpelo
31.8.28
Tumbes
MARISCAL LA MAR
LEYENDA
Tropas Peruanas
Destacamento Peruano
Escala aproximada 1:2'000.000

HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA
CROQUIS N.° 29

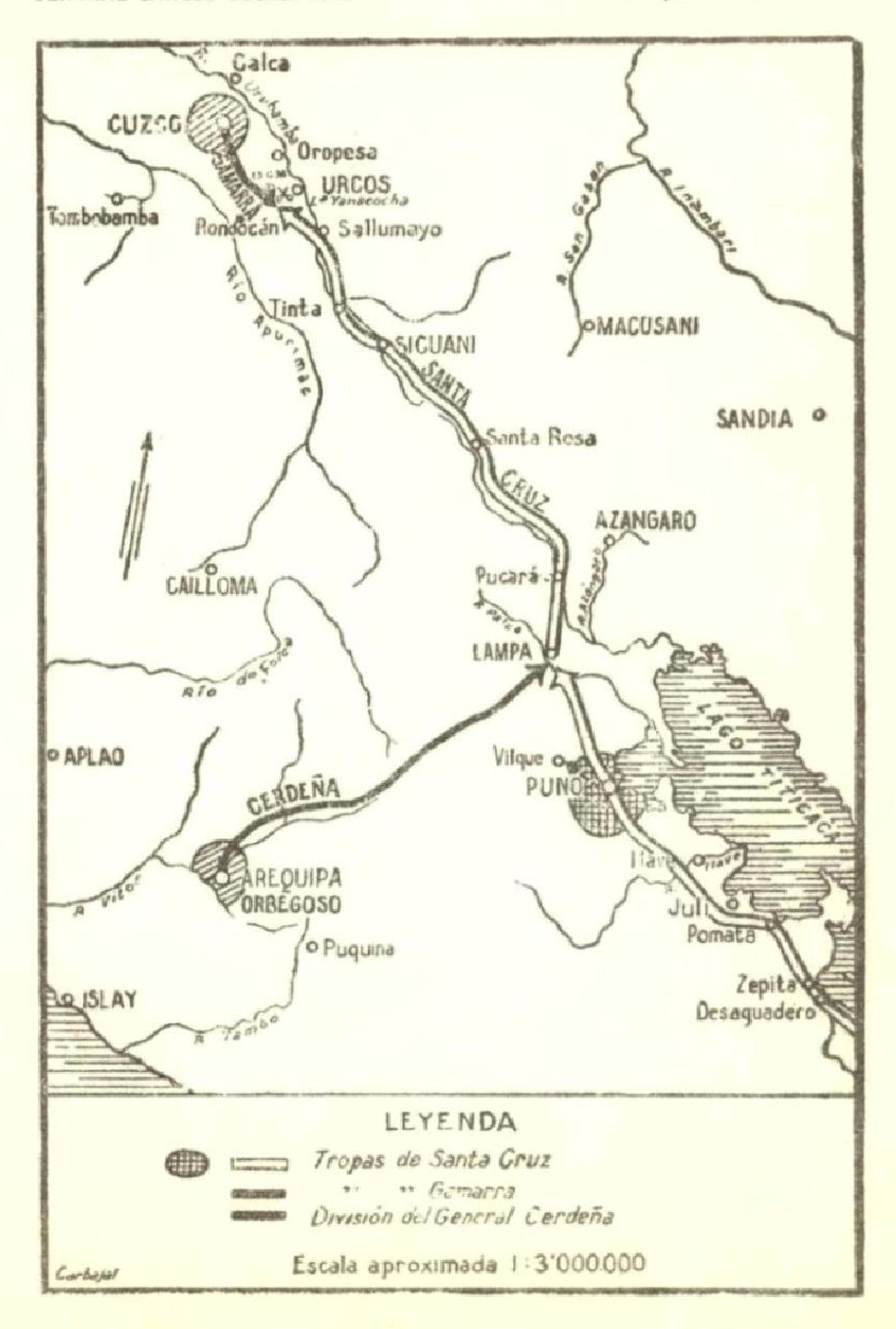


CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA
CROQUIS N.° 30

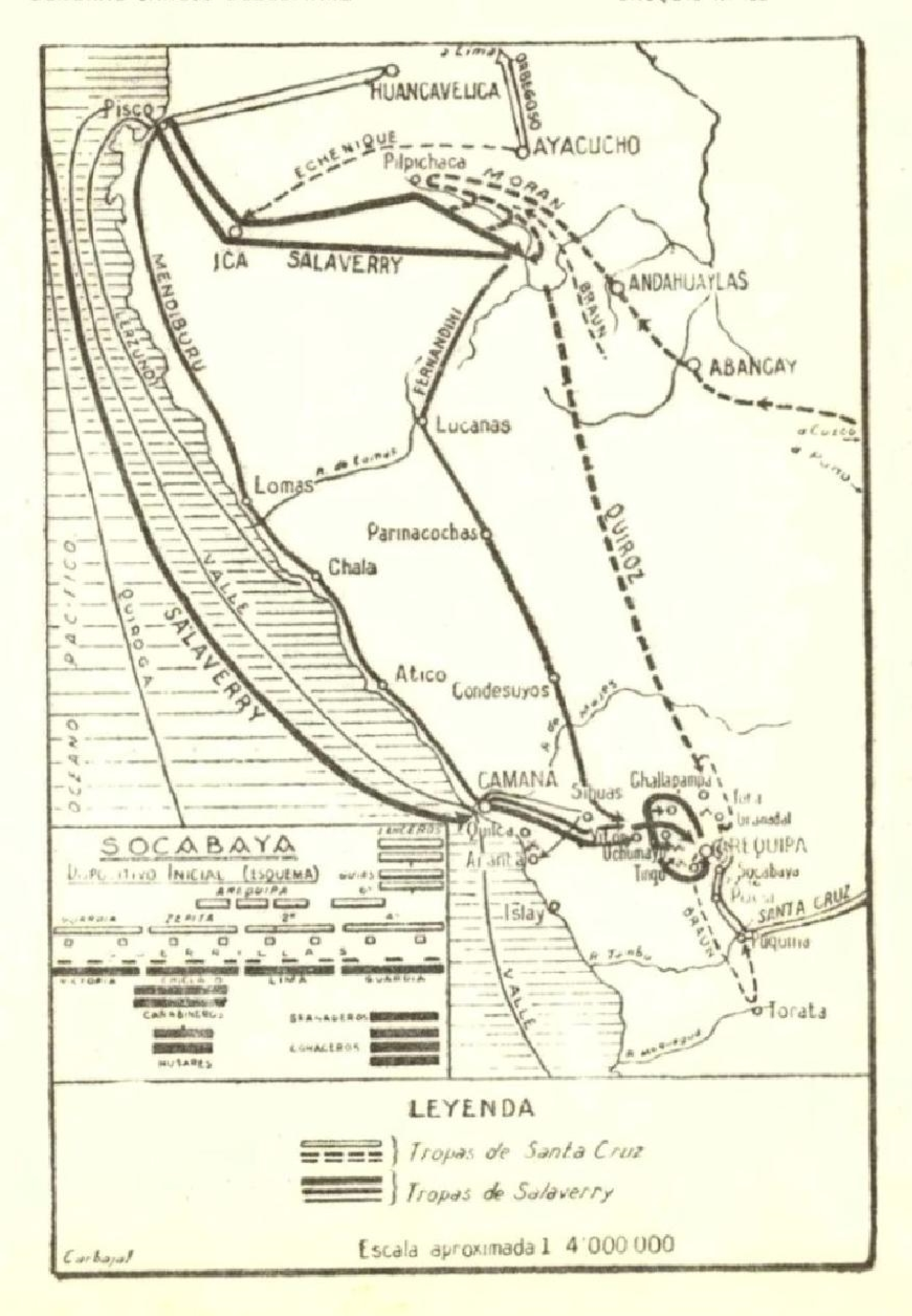


HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA
CROQUIS N.° 31

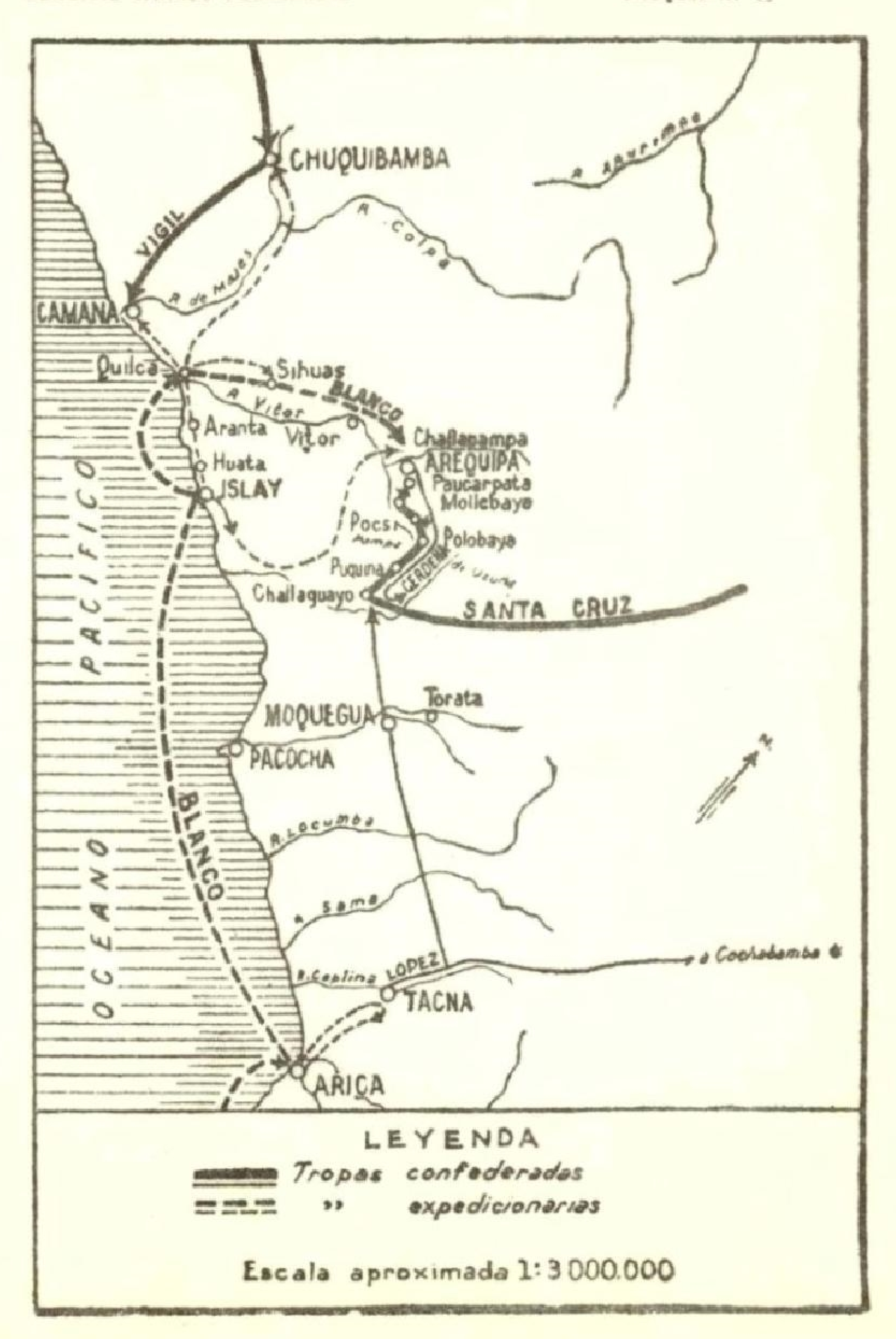


CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA
CROQUIS N. 32



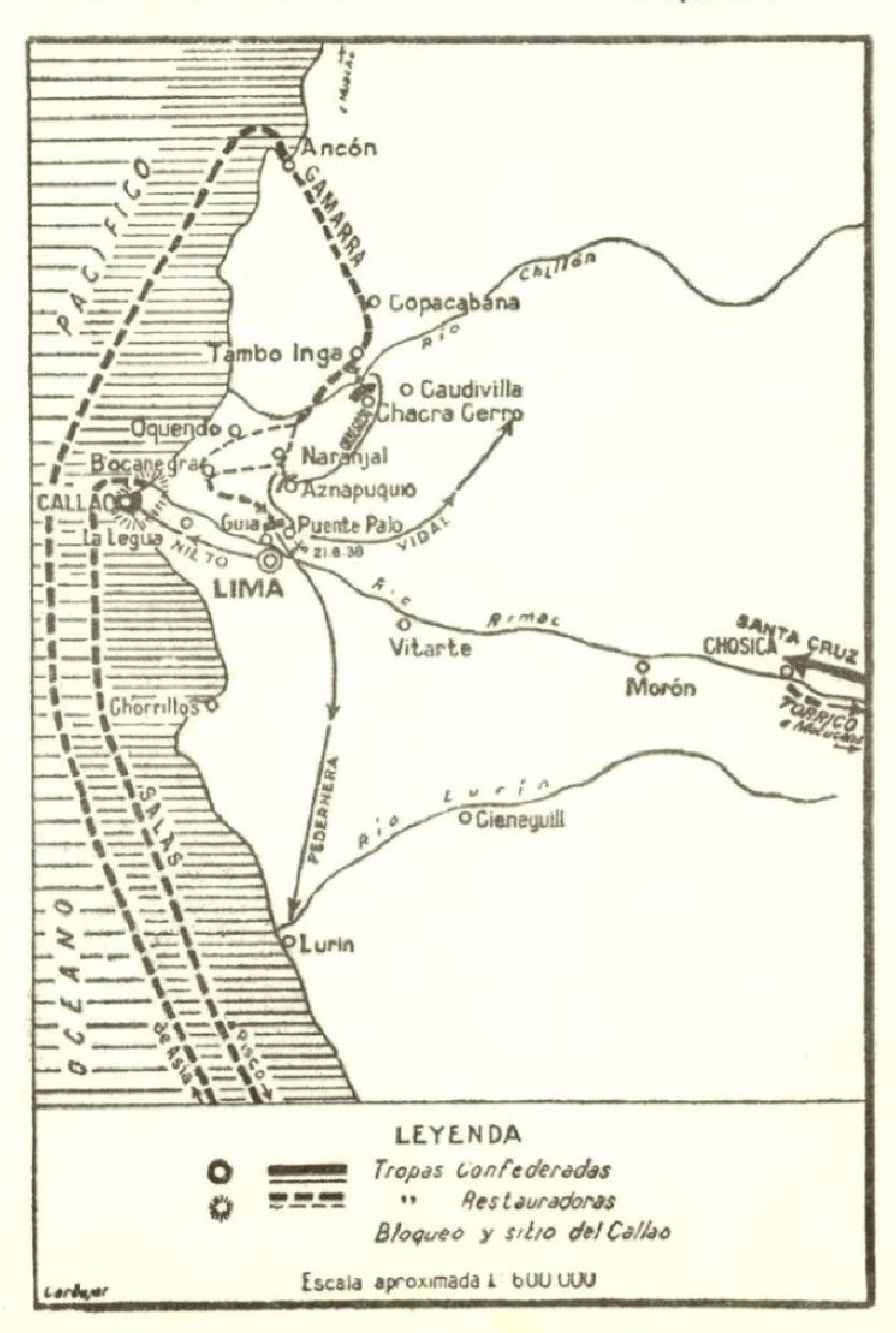
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA
CROQUIS N.° 33



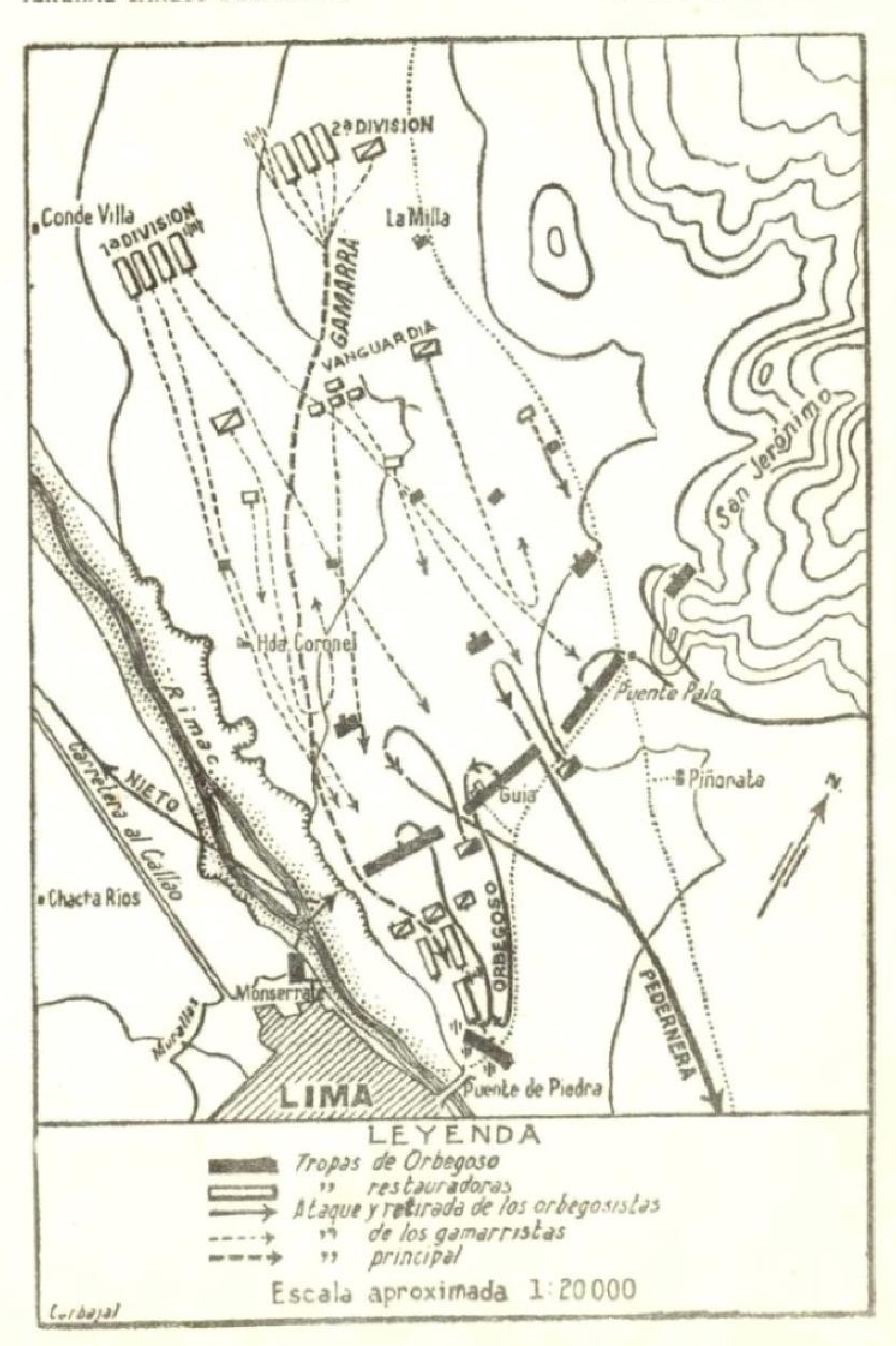
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA
CROQUIS N.° 34



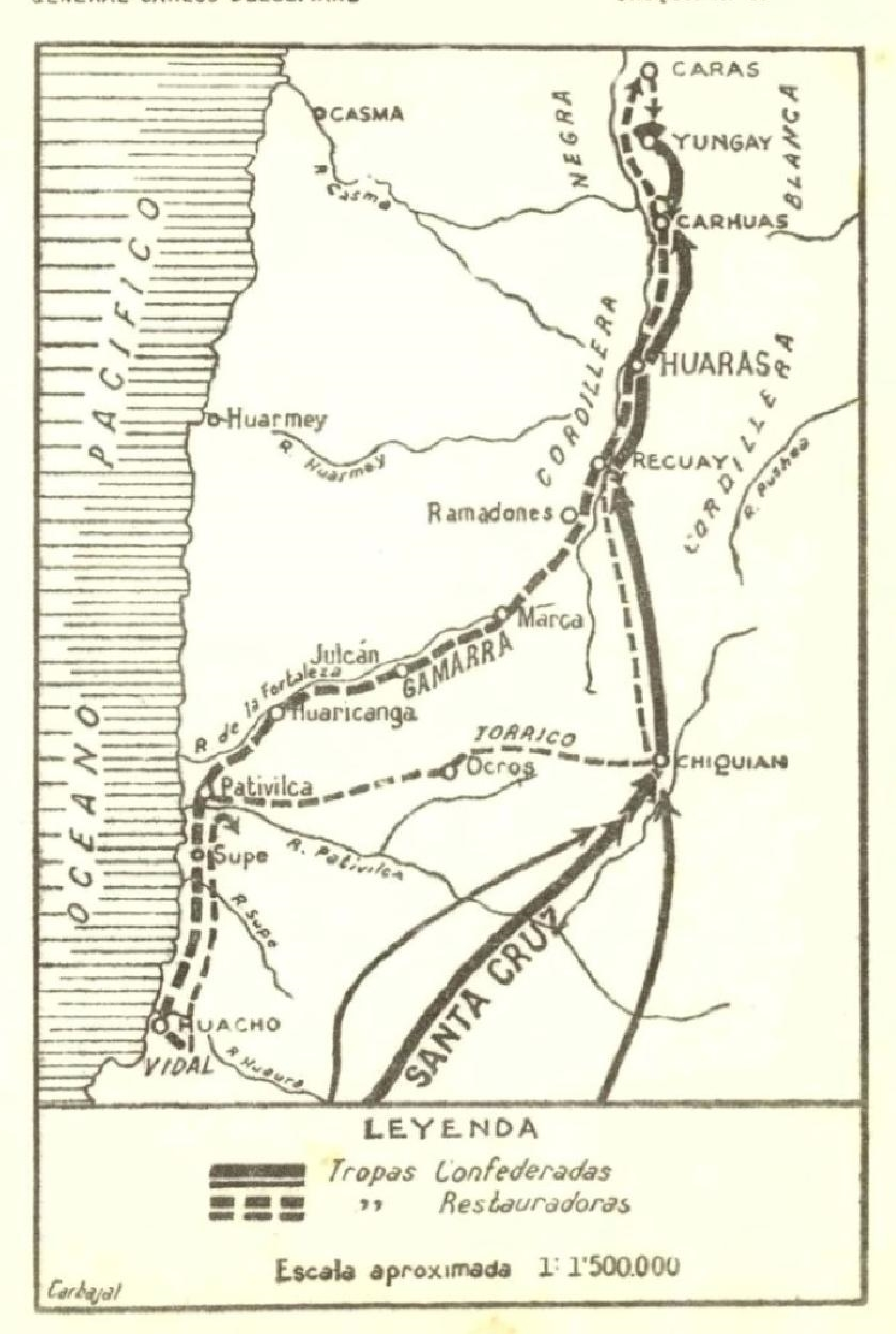
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA
CROQUIS N.º 35



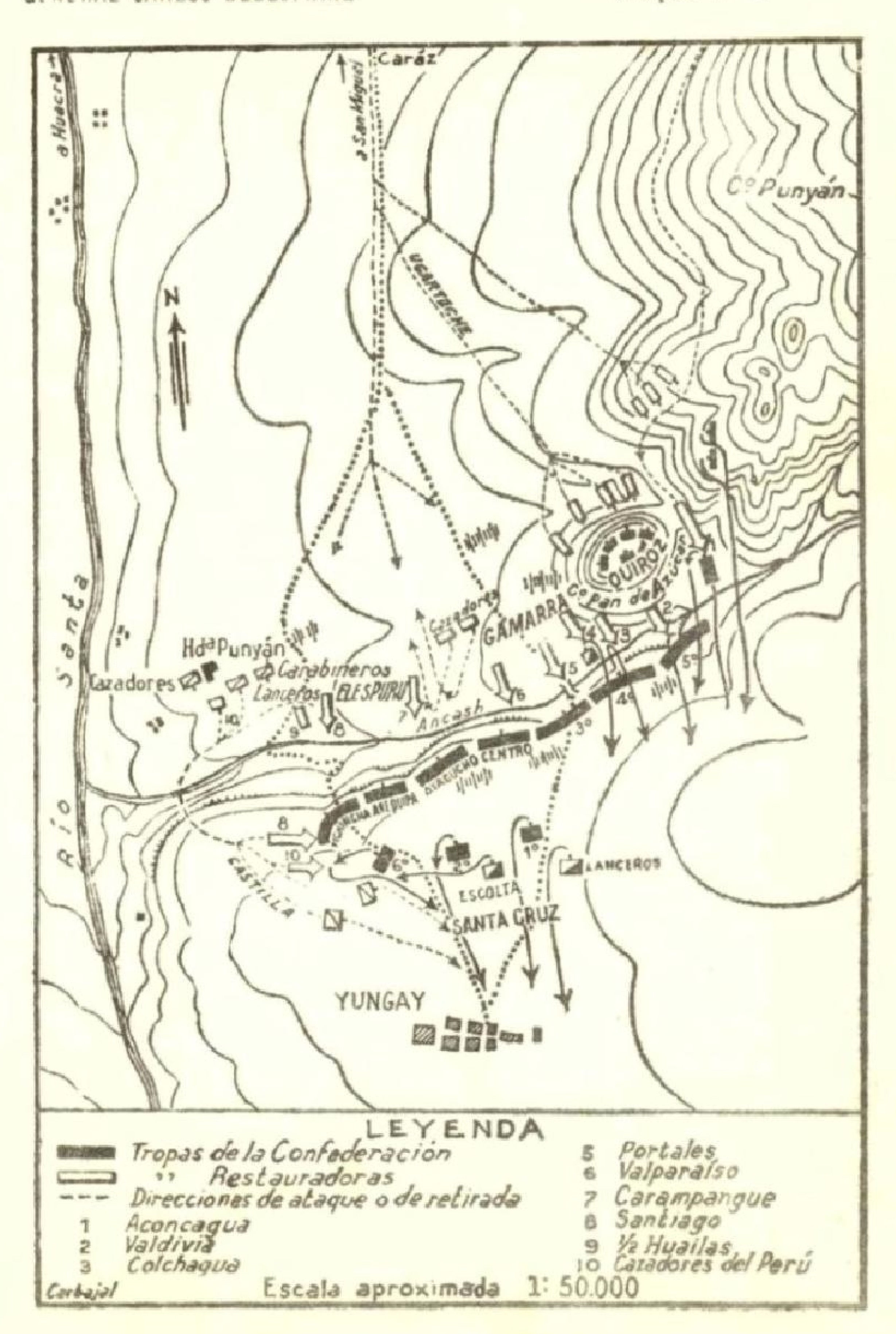
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA
CROQUIS N.° 36



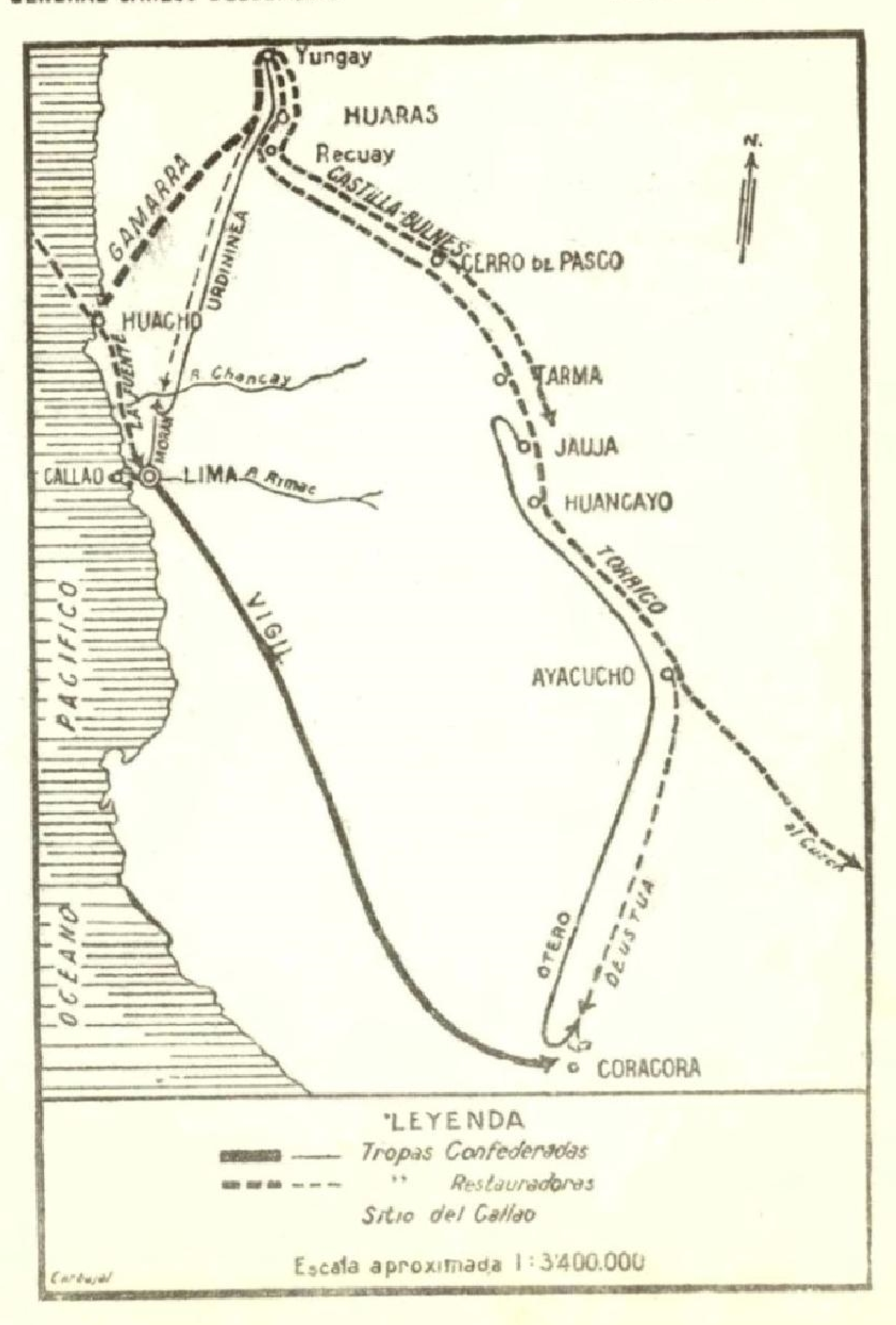
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

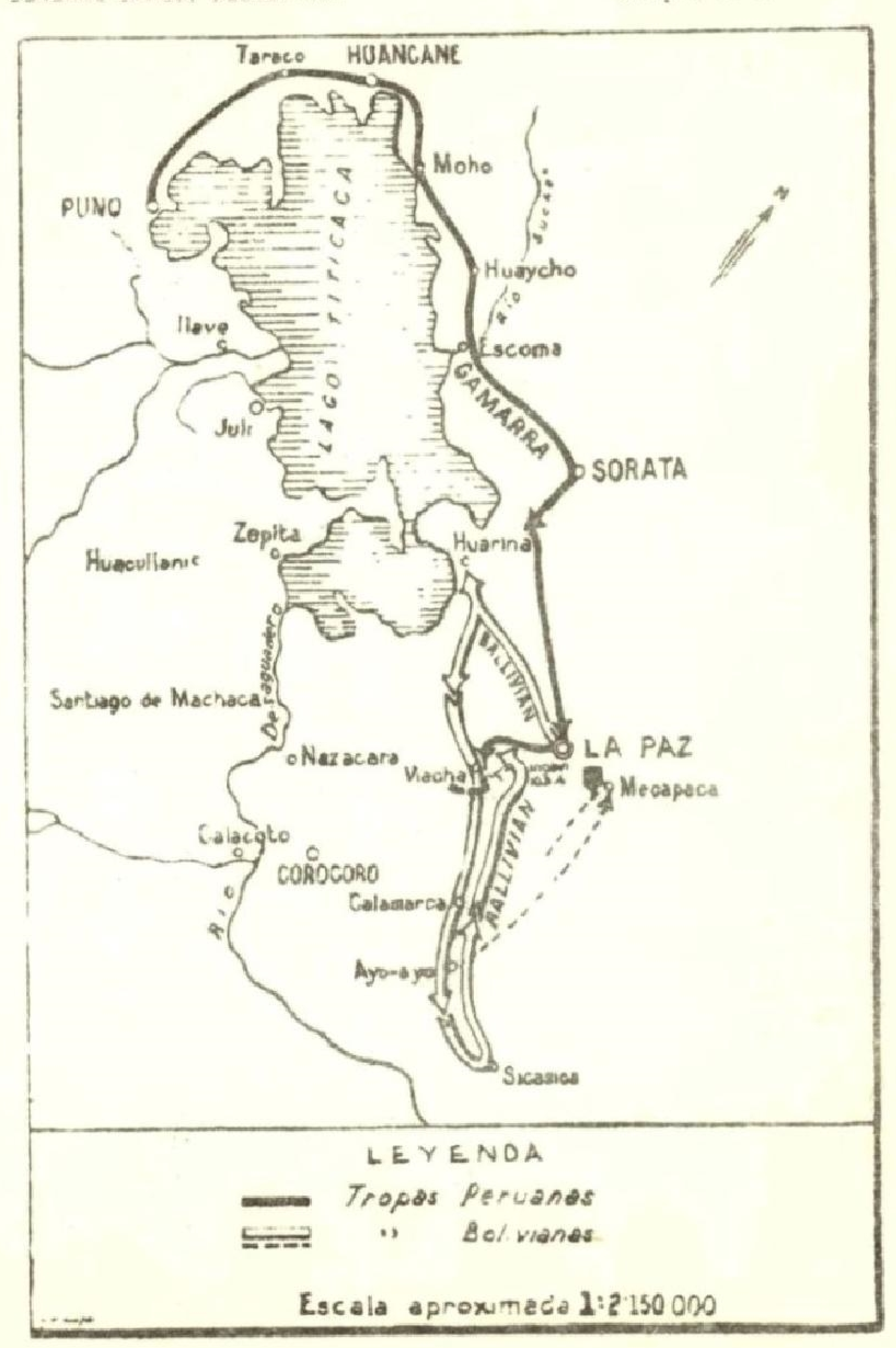
CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA
CROQUIS N° 37



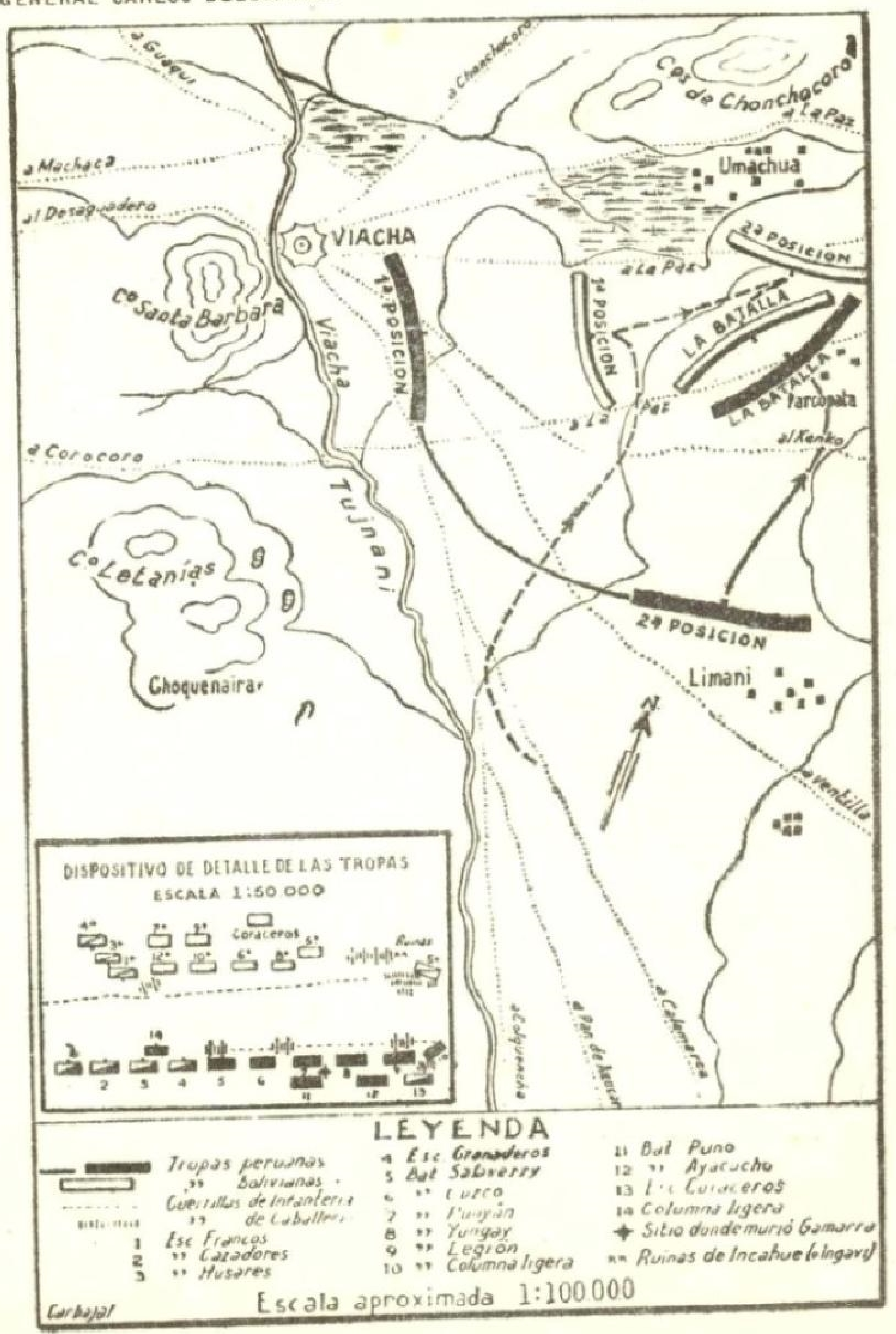
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

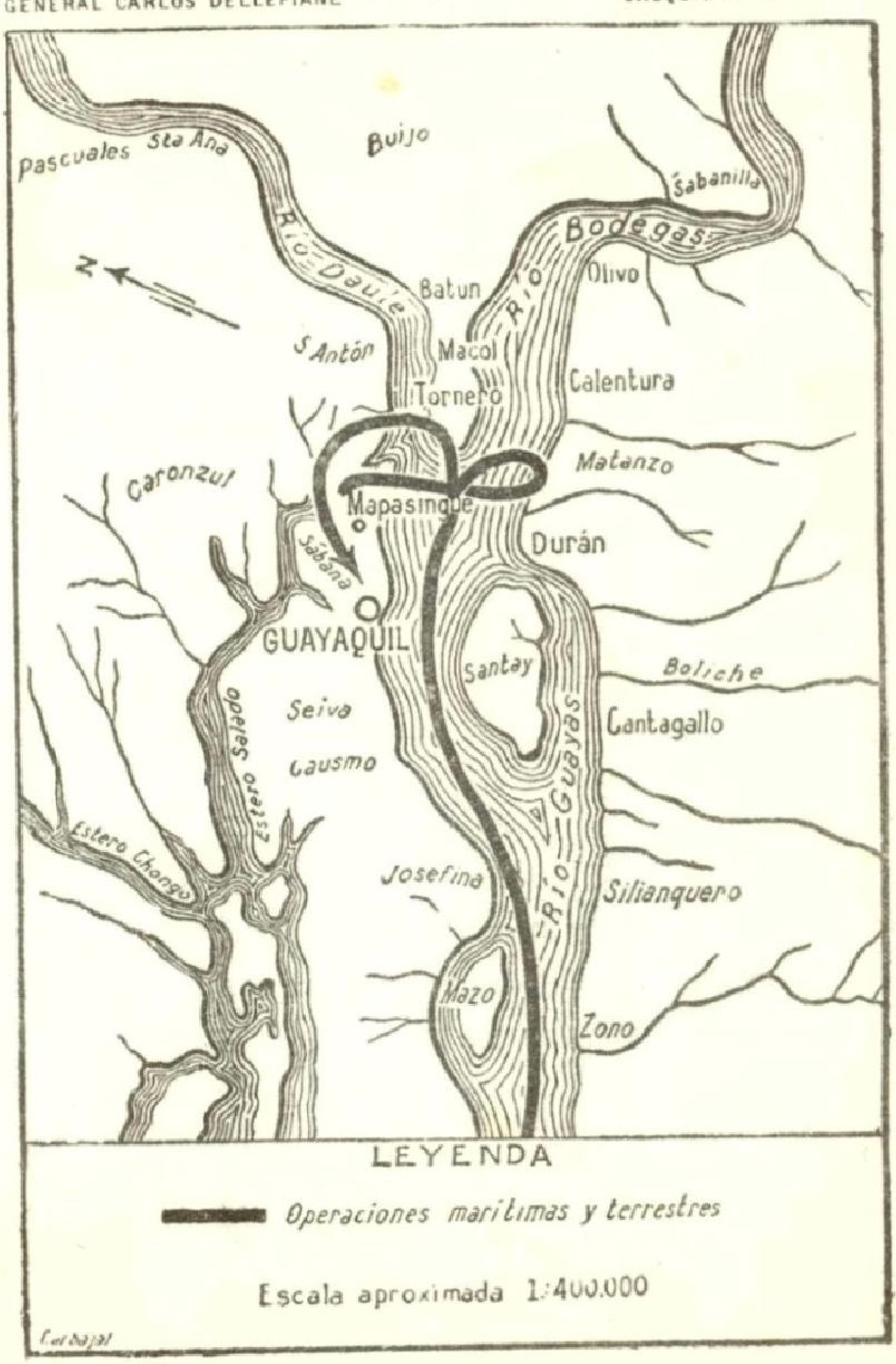
CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA
CROQUIS N. 38




Taraco
HUANCANE
Moho
PUNO
Huaycho
Ilave
Escoma
LAGO TITICACA
GAMARRA
Juli
SORATA
Zepita
Huarina
Huacullani
BALLIVIAN
Santiago de Machaca
Desaguadero
LA PAZ
Nazacara
Viacha
Mecapaca
Calacoto
COROCORO
BALLIVIAN
Calamarca
Rio
Ayo-ayo
Sicasica
LEYENDA
Tropas Peruanas
" Bolivianas
Escala aproximada 1:2 150 000

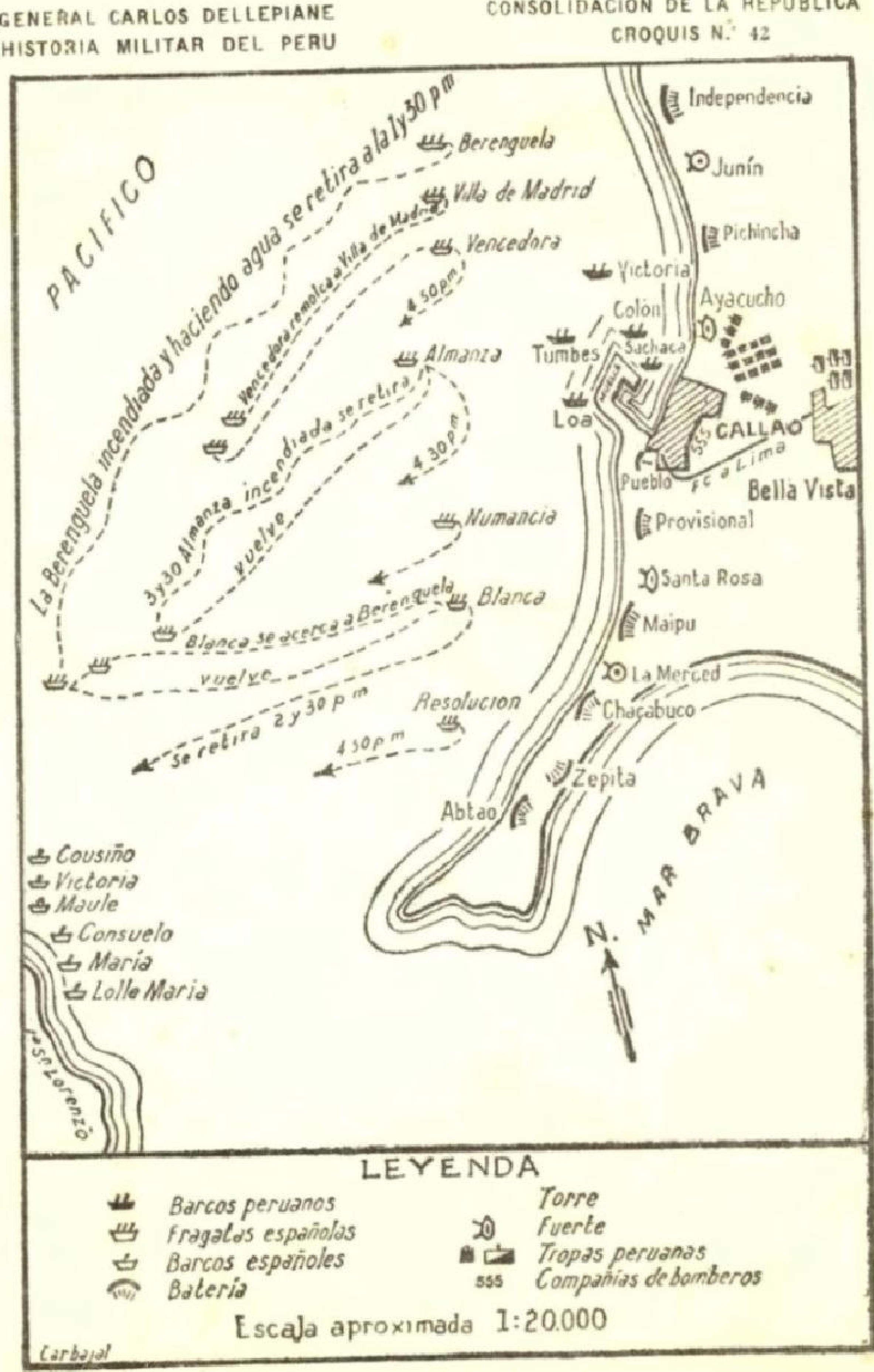
CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA
CROQUIS N. 40




Pascuales
Sta Ana
Buijo
Sabanilla
Río Bodegas
Río Daule
N
Olivo
Batun
Río
S Antón
Macol
Tornero
Calentura
Matanzo
Caronzul
Mapasingue
Durán
Sábana
GUAYAQUIL
Santay
Boliche
Seiva
Cantagallo
Gausmo
Estero Salado
Río Guayas
Estero Chongo
Josefina
Silianquero
Mazo
Zono
LEYENDA
Operaciones marítimas y terrestres
Escala aproximada 1:400.000
Carbajal

GENERAL CARLOS DELLEPIANE
HISTORIA MILITAR DEL PERU

CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA
CROQUIS N.° 42



EJERCITO PERUANO



Imp. Col. Mil "Leoncio Pra